ISÓCRATES

DISCURSOS

EGINÉTICO - A DEMÓNICO - CONTRA LOS SOFISTAS
ELOGIO DE HELENA - BUSIRIS - PANEGÍRICO
PLATEENSE - A NICOCLES - NICOCLES - EVÁGORAS
ARQUIDAMO - SOBRE LA PAZ - AREOPAGÍTICO
SOBRE EL CAMBIO DE FORTUNAS - FILIPO
PANATENAICO

INTRODUCCIÓN GENERAL DE

JUAN SIGNES CODOÑER

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA



BIBLIOTECA GREDOS

Pérez Galdós, 36. 08012 Barcelona

Diseño: Brugalla
ISBN: 978-84-473-5414-6
Depósito legal: B.32622-2007

Impresión:
CAYFOSA-QUEBECOR

Impreso en España – Printed in Spain

BIBLIOGRAFÍA[9]

E. ALEXIOU, *Ruhm und Ehre. Studien zu Begriffen, Werten und Motivierungen bei Isokrates*, Heidelberg, 1995.

C. BEARZOT, «Isocrate e il problema della democracia», *Aevum* 54 (1980), 113-131.

J. A. E. BONS, «*Amphibolia*. Isocrates and Written composition», *Mnemosyne* 46 (1993), 160-171.

L. CANFORA, «La democracia restaurata: Isocrate», en ÍD., *Storia della letteratura greca*, Bari-Roma, 1988, págs. 355-373.

CHR. EUCKEN, *Isokrates. Seine Positionen in der Auseinandersetzung mit den zeitgenössischen Philosophen*, Berlín-Nueva York, 1983.

L. GUALDO ROSA, *La fede nella Paideia. Aspetti della fortuna di Isocrate nei secoli XV e XVI*, Roma, 1984.

J. LOMBARD, *Isocrate. Rhétorique et éducation*, París, 1990.

J. L. LÓPEZ CRUCES - P. P. FUENTES GONZÁLEZ, «Isocrate d'Athènes», *Dictionnaire des philosophes antiques*, vol. III, París, 2000, págs. 891-938.

A. MASARACCHIA, *Isocrate. Retorica e politica*, Roma, 1995.

N. O'SULLIVAN, *Alkidamas, Aristophanes and the Beginning of Greek Stylistic Theory*, Stuttgart, 1992.

T. PAPILLON, «Isocrates and the Greek Poetic Tradition», *Scholia* 7 (1998), 41-61.

---

[9] Incluyo algunos títulos destacados aparecidos en los últimos años y en los que me he basado en gran medida para la exposición anterior. Una bibliografía muy completa se encontrará en el artículo de LÓPEZ CRUCES-FUENTES GONZÁLEZ.

NOTA DEL EDITOR

Tradicionalmente los discursos se numeran de acuerdo con la clasificación que hizo Wolff[1] en su edición, que es la siguiente:

1. Exhortaciones:

   I. *A Demónico*
   II. *A Nicocles*
   III. *Nicocles*

2. Consejos:

   IV. *Panegírico*
   V. *Filipo*
   VI. *Arquidamo*
   VII. *Areopagítico*
   VIII. *Sobre la paz*

3. Elogios:

   IX. *Evágoras*
   X. *Elogio de Helena*
   XI. *Busiris*
   XII. *Panatenaico*
   XIII. *Contra los sofistas*

---

[1] Jerónimo Wolff hizo la primera edición con traducción latina, notas e índice en Basilea, en 1570.

4. Forenses:

XIV. *Plateense*
XV. *Sobre el cambio de fortunas*
XVI. *Sobre el tronco de caballos*
XVII. *Sobre un asunto bancario*
XVIII. *Contra Calímaco*
XIX. *Eginético*
XX. *Contra Loquites*
XXI. *Contra Eutino*

DISCURSOS

EGINÉTICO (XIX)

Este discurso es una reclamación sobre una herencia *(epidikasía)*. Trasíloco de Sifno, hijo del adivino Trasilo y de su tercera mujer, adopta como heredero, en el momento de su muerte, a un sobrino de la primera mujer de su padre, y le da a su propia hermana en matrimonio. Una hija ilegítima de Trasilo reclama la herencia; entonces el heredero nombrado por Trasíloco, encarga a Isócrates este discurso de defensa. Hay que advertir que el proceso tiene lugar en Egina, donde se refugiaron Trasíloco y su heredero, una vez que fueron expulsados de Sifno, pequeña isla del mar Egeo, por razones políticas; de ahí su nombre de *Eginético*. Es el único discurso de la oratoria forense ática que no se pronuncia en Atenas.

Parece que el acusado habla antes que el acusador, por los pasajes 30-32 y 42 del mismo discurso; quizá la ley de Egina lo permitía.

La fecha del proceso puede fijarse con bastante seguridad; la hegemonía de Atenas en el mar se ha conseguido en la batalla de Cnido en el 394; por tanto, Trasíloco y su heredero, que son aristócratas, han debido salir de Sifno, ir a Melos, Trecén y por último a Egina; allí Trasíloco ha pasado seis meses en cama y no ha muerto antes del año 391.

Como las relaciones entre Egina y Atenas son malas en el 390-389, con lo dicho anteriormente se puede fijar la fecha del discurso en 391 ó 390. Blass lo sitúa no antes del 393 ni después del 390 a. C.

Es quizá el mejor discurso de la primera época de Isócrates (403-393 a. C.).

1 Yo pensaba, eginetas, que Trasíloco había dispuesto tan bien sus cosas, que nadie vendría nunca a obrar en contra del testamento que él dejó; pero, puesto que mis adversarios tienen tal manera de pensar que discuten sobre las cláusulas así establecidas, me siento obligado
2 a solicitar justicia de vosotros. Experimento lo contrario que la mayoría de los hombres. Pues veo que otros llevan a disgusto correr sin motivo un riesgo por algo, pero a mí me falta poco para dar las gracias a los que me pusieron en este proceso. Si el asunto no hubiera sido traído al tribunal, no sabríais cómo me comporté con el difunto y llegué a ser su heredero; pero cuando sepáis lo ocurrido, todos os daréis cuenta de que, en justicia, mereci una recompensa incluso mayor que
3 ésta[1]. Además, lo que debía hacer la que reclama el dinero de la herencia era intentar conseguir la fortuna que Trasíloco dejó, no recurriendo a vosotros, sino haciéndose merecedora de ella por su cariño a aquél. Ahora, en cambio, está tan lejos de arrepentirse de lo mal que se portó con él en vida, que, ya muerto, intenta
4 anular su testamento y dejar desierta su casa[2]. Y me admiro de que los que actúan en favor de ella crean que el riesgo del proceso merece la pena por esto, a saber, porque nada tienen que pagar si no tienen éxito[3]. En cambio, yo pienso que también será un gran castigo el quedar convictos de que su reclamación era injusta, porque ante vosotros quedará peor su reputación. Su maldad la conoceréis, pues, por sus acciones, cuando hayáis oído hasta el final lo ocurrido. Empezaré a contarlo desde el punto a partir del que, según creo, con más rapidez captaréis el asunto por el que litigamos.

---

1 Lugar común; cf. Lis., XXIV 1; Iseo, II 1.

2 Esto es, sin herederos que mantengan el nombre familiar.

3 Quizá en Egina no había que depositar las costas del proceso por anticipado *(pritaneia)*, o la reclamante podía acogerse a una situación de heredera (*epiklêrica*), como en Atenas.

Trasilo, el padre del autor del testamento, no recibió 5
de sus antepasados hacienda alguna, pero llegó a tener lazos de hospitalidad con el adivino Polemeneto, y tal fue su amistad con él, que, al morir Polemeneto, le dejó sus libros sobre adivinación y parte de la herencia de la que ahora tratamos. Y habiendo recibido estos me- 6
dios, Trasilo ejerció esta profesión de adivino; viajó y residió en muchas ciudades, mantuvo relaciones con diversas mujeres, algunas de las cuales tuvieron hijos que aquél nunca legitimó; también en aquella época tuvo relaciones con la madre de ésta. Y cuando adquirió gran 7
fortuna y añoró su patria, se separó de aquélla y de otras, navegó hacia Sifno y se casó con la hermana de mi padre. Trasilo era entonces el primero de los ciudadanos por su riqueza, pero sabía que nuestra familia sobresalía por la nobleza de su origen y por otros honores. Tanto le complació la amistad de mi padre que, 8
muerta su mujer sin hijos, se casó de nuevo con una prima de mi padre, porque no quería deshacer el parentesco con nosotros. No mucho tiempo después de haberse casado, tuvo con esta esposa la misma desgracia que con la primera. Entonces se casó con una mujer 9
de Serifo, de familia mucho más importante de lo que corresponde a esta ciudad [4]; y de ella nacieron Sópolis, Trasíloco y una hija que es ahora mi mujer. Trasilo murió, tras dejar como legítimos sólo a estos hijos y nombrarlos sus herederos [5].

Trasíloco y yo heredamos de nuestros padres la amis- 10
tad tan grande que hace poco he recordado y la hicimos aún mayor de lo que era. Porque, mientras fuimos niños, nos quisimos más que si fuéramos hermanos y no hacíamos el uno sin el otro ni un sacrificio ni una peregri-

---

[4] Era proverbial la pequeñez de Serifo; cf. PLAT., *Rep.* 329 E; PLUT., *Temístocles* 8; JUVENAL, X 170; HERÓD., VIII 48.

[5] Según el derecho griego, sólo a los varones.

nación ni cualquier otra fiesta; cuando nos hicimos hombres, nunca nos peleamos entre nosotros, sino que hasta considerábamos comunes nuestros asuntos privados, pensábamos de igual manera en política y nuestros
11 amigos y enemigos eran los mismos. Y ¿por qué hablar sólo de nuestras relaciones en la patria? Pues ni cuando estuvimos desterrados pensamos en separarnos. Finalmente, cuando Trasíloco estuvo aquejado de agotamiento y enfermo durante mucho tiempo, muerto su hermano Sópolis antes que él, y ausentes su madre y hermana, estando en tal desamparo, le cuidé con tanto esmero y mimo que aquél pensó que no podía pagarme un favor
12 digno de lo que había hecho. Y a pesar de eso, no se olvidó; por el contrario, cuando empeoró y no tuvo esperanza alguna de vivir, ante testigos me adoptó por hijo y me entregó su hermana y su fortuna. Dame el testamento.

(TESTAMENTO)

Léeme también la ley de los eginetas; pues el testamento debía redactarse de acuerdo con ella, porque vivíamos aquí como residentes.

(LEY)

13 Eginetas, según esta ley, Trasíloco me adoptó como hijo a mí, que era conciudadano y amigo suyo, no inferior por mi linaje a ninguno de Sifnos, educado y criado como él. Así que no sé cómo podía haber cumplido mejor la ley, que manda adoptar como hijos a los iguales. Dame también la ley de Ceos, por la que nosotros nos gobernamos.

14 Y si, eginetas, mis contrarios se hubieran opuesto a estas leyes, pero hubieran presentado en su apoyo la ley que ellos tenían, su manera de actuar sería menos sor-

prendente; pero sucede que su ley es semejante a la que hemos leído. Dame el libro.

(LEY)

¿Qué argumento les queda, puesto que ellos mismos 15
reconocen que Trasíloco dejó hecho testamento, que ninguna ley les apoya y a mí, en cambio, todas? Primero la que tenéis vosotros, que sois los que sentenciaréis el asunto; después, la de los sifnios, de donde era el que dejó el testamento, y además la de los mismos adversarios. Y ¿de qué se abstendrán los que intentan convenceros de la necesidad de anular el testamento, cuando las leyes son así y vosotros habéis jurado votar de acuerdo con ellas?

Creo, en efecto, que he demostrado suficientemente 16
el asunto; pero, para que nadie crea que tengo la herencia por motivos fútiles o que esta mujer está privada del dinero cuando se portó convenientemente con Trasíloco, quiero hablar también sobre esto. Pues me daría vergüenza por el mismo difunto, si no quedarais todos convencidos de que actuó no sólo según las leyes, sino
también con justicia. Creo que la demostración será 17
fácil. Hay tal diferencia entre nosotros y ella, que ella, que disputa la herencia basándose en su parentesco, pasó todo el tiempo discutiendo y llevándose mal con Trasíloco, Sópolis y la madre de ambos; yo, en cambio, mostraré que he sido digno de ser su mejor amigo no sólo en lo que atañe a Trasíloco y a su hermano, sino también en lo que respecta a la misma hacienda por la que disputamos.

Sería muy largo hablar sobre sucesos antiguos; cuan- 18
do Pasino[6] tomó Paros, ocurrió que mis amigos tenían depositada la mayoría de su fortuna en casa de gente

[6] Personaje desconocido.

unida a mí por lazos de hospitalidad; pues creíamos
que esta isla era la más segura. Y cuando aquéllos anda-
ban apurados, pensando que la habían perdido, yo na-
vegué por la noche[7] y les traje el dinero, con peligro
19 de mi vida, pues el país tenía guarniciones y habían
colaborado en la conquista de la ciudad algunos de nues-
tros desterrados, que en un solo día mataron con sus
propias manos a mi padre, tío, cuñado y además a tres
primos míos. A pesar de esto no me eché atrás, sino que
me fui en barco, porque pensaba que era tan preciso
20 correr un riesgo por ellos como por mí mismo. Después
de estos sucesos, fuimos desterrados de la ciudad en
medio de tanta confusión y miedo, que algunos descui-
daron aun a los suyos; pero yo en estas desgracias no
me contenté con poder salvar a mis familiares, sino que,
como sabía que Sópolis estaba ausente y Trasíloco en-
fermo, saqué conmigo a su madre y hermana y toda su
fortuna. ¿Quién es de hecho más justo que tenga esta
fortuna que el que entonces ayudó a salvarla y ahora
la ha recibido de sus dueños?

21 Lo dicho hasta ahora son cosas en las que corrí peli-
gro, pero no sufrí daño alguno; puedo, sin embargo,
contar otras en que resulté gravemente perjudicado por
hacerle un servicio a Trasíloco. Cuando, en efecto, fui-
mos a Melos, al saber él que teníamos la intención de
residir allí, me pidió que navegase con él a Trecén[8] y
que nunca le abandonase; hablaba de su debilidad físi-
ca, de sus muchos enemigos y de que, sin mí, nada
22 podía hacer en sus negocios. Mi madre tenía miedo por-
que sabía que aquel territorio era insalubre, y nuestros
huéspedes nos aconsejaban que nos quedáramos en Me-
los, pero decidimos darle gusto. Y no bien acabábamos

---

7 Nunca se navegaba de noche, salvo en caso de mucho apuro (Tuc., III 49, 3).

8 En el golfo Sarónico, cerca de Epidauro.

de llegar a Trecén cuando contrajimos enfermedades tan graves, que yo mismo estuve a punto de morir. A mi hermana, muchacha de 14 años, la enterré a los 30 días de nuestra llegada y a mi madre apenas cinco días después. ¿Qué creéis que pensaba con este cambio tan grande que se había producido en mi vida? Yo, que 26
nunca antes había sufrido nada malo, que hacía poco había probado el destierro, el vivir entre extraños y la pérdida de mis bienes, además de esto vi a mi madre y a mi hermana arrojadas de la patria y muertas en tierra extraña y ante extraños. Por eso nadie en justicia me envidiaría si obtuviera algún bien de las cosas de Trasíloco; porque, para agradarle, me establecí en Trecén y pasé desgracias tales que nunca podré olvidar.

No podrán decir, de cierto, que sufrí todo esto cuan- 24
do Trasíloco estaba en buena situación, pero que le abandoné cuando le fue mal; porque en estas circunstancias demostré aún más claramente y mejor el afecto que le tenía. Porque cuando, después de vivir en Egina, cayó enfermo de este mal del que murió, le atendí de tal manera como creo que nunca nadie lo hizo a otro, a él que estuvo enfermo casi todo el tiempo, sin apenas poder moverse, yaciendo en la cama durante seis meses sin interrupción. Y ninguno de sus parientes consideró 25
oportuno participar de estas miserias, sino que ni se acercaron a visitarle, salvo su madre y su hermana, que no lo debían haber hecho, pues llegaron enfermas de Trecén hasta el punto de precisar ellas mismas cuidados. En cambio yo, cuando los demás se comportaban así con él, no rehusé ni me fui, sino que lo cuidé con la ayuda de sólo un esclavo; pues ninguno de sus cria- 23
dos lo soportaba. Él era, sí, difícil de carácter por naturaleza y estaba aún más malhumorado por la enfermedad; por eso no hay que admirarse de que no se quedaran, sino mucho más de que yo pudiera resistir cuidándole en tal enfermedad. Supuraba la mayoría del tiempo

27 y no podía moverse del lecho, y sufrió tanto que no pasábamos ningún día sin lágrimas [9], sino que vivíamos lamentando nuestras penas, el destierro y nuestra soledad. Y esto nunca cesó; pues no era capaz de irme, ni de que pareciera que le descuidaba, lo que para mí era lo peor de los males presentes.

28 Quisiera ser capaz de aclararos cómo me porté con él; porque creo que ni aceptaríais oír una palabra de mis adversarios [10]. No es cosa fácil, sin embargo, contar ahora que en el cuidado de un enfermo existen las mayores dificultades, las circunstancias más desagradables y los trabajos más enojosos, así como que se precisa la mayor atención. Pero vosotros mismos considerad con cuántos insomnios y trabajos uno cuidaría una enfer-
29 medad así durante tanto tiempo. Yo me puse tan malo, que cuantos amigos nos visitaron decían que temían que también yo muriera y me aconsejaban que me cuidara, diciendo que la mayoría de los que cuidaron esta enfermedad, también ellos murieron. Yo les respondía que prefería mucho más morir que dejar a aquél morir por falta de atenciones antes de que llegara su hora.

30 Y a mí que pasé todo esto, se atreve a disputarme el dinero ésta que nunca se dignó a ir a verle, y eso que estuvo tanto tiempo enfermo, y que ella sabía cada día cómo estaba y le era fácil la visita. Además ahora intentará tratarlo como hermano [11], y así, cuanto más mencione su parentesco con el muerto, más se notará que
31 ella faltó en lo más importante y venerable; esta mujer ni cuando él estaba a punto de morir, y veía a nuestros conciudadanos que se hallaban en Trecén, navegar hacia Egina para enterrarle, ni siquiera en esta circunstancia se presentó; por el contrario, fue tan inhumana y crimi-

---

[9] Las mismas expresiones en *Plateense* 47.
[10] Lugar común en la oratoria griega.
[11] La expresión empleada *(adelphídsein)* es rara.

nal que no le pareció oportuno asistir al funeral, pero no dejó pasar ni 10 días para ir a reclamar la herencia [12], como si fuera pariente del dinero y no de aquél. Y si esta mujer reconociera que existía tanta antipatía 32 entre ella y aquél, que era lógico que obrara así, Trasíloco no habría decidido mal al preferir dejar su fortuna a sus amigos antes que a ella; pero si esta antipatía no existió, resultó tan negligente y malvada con él, que con mucha más justicia debía ser privada de sus propios bienes que ser heredera de los de aquél. Pensad que si 33 de ella hubiera dependido, Trasíloco no habría tenido cuidados en su enfermedad ni habría recibido las honras fúnebres acostumbradas [13], cosas ambas que alcanzó gracias a mí. Y es justo que vosotros concedáis vuestro voto, no a los que dicen ser parientes, pero en sus obras resultan semejantes a unos enemigos, sino con más razón a cuantos, sin tener pretensión alguna de parentesco, se portaron en las desgracias con más cariño que los allegados.

Dicen mis oponentes que no ponen en duda que Tra- 34 síloco haya dejado testamento, pero sostienen que no es conveniente ni correcto. Y bien, eginetas, ¿cómo resolvería uno sus asuntos con más conveniencia o corrección? ¿Mejor que Trasíloco, que no dejó desierta su casa y testimonió su agradecimiento a sus amigos, que a su madre y hermana no sólo las hizo dueñas de lo suyo, sino también de lo mío, al casar a su hermana conmigo y hacerme hijo de su madre? ¿Habría, acaso, obra- 35 do mejor aquél si no hubiera procurado que alguien

---

[12] Acaso pudo ir al funeral que se celebraba al noveno día del fallecimiento *(énata)*, pero el orador insiste en que el motivo de la presencia de la reclamante era conseguir la herencia.

[13] Esto era especialmente grave para la mentalidad griega (recuérdese el proceso a los estrategos el año 406 a. C., por no hacer honras fúnebres a los muertos en la batalla naval de Notio).

se ocupara de su madre, ni se hubiera acordado de mí, si hubiera dejado a su hermana a la ventura y visto con indiferencia desaparecer el nombre de su familia?

36 Quizá era yo indigno de ser adoptado por Trasíloco y de casarme con su hermana. Todos los sifnios atestiguarían que mis antepasados, por linaje, riqueza, buena fama y por todo lo demás, eran los primeros de los ciudadanos. Porque ¿quiénes fueron considerados dignos de los más altos cargos o pagaron las mayores contribuciones o desempeñaron las coregías [14] más hermosas o cumplieron los servicios públicos con mayor magnificencia? ¿De qué familia de los sifnios salieron
37 más reyes? [15]. Por eso Trasíloco, aunque nunca hubiera tenido yo trato con él, seguramente habría decidido darme su hermana, por todos mis antecedentes, y yo, aunque nada de esto tuviera, sino que fuera el más sencillo de los ciudadanos, con justicia habría merecido recibir los mayores premios por mis buenas acciones para con él.

38 Además, creo que habría dado muchísimo gusto a su hermano Sópolis al tomar estas disposiciones. Pues también Sópolis detestaba a esta mujer y la consideraba malintencionada en sus actos, y a mí, en cambio, me tenía por el mejor de sus amigos. Lo demostró en otras muchas ocasiones, y, sobre todo, cuando nuestros compañeros de destierro decidieron capturar la ciudad con la ayuda de sus tropas auxiliares [16]. Al ser elegido Sópolis como general con plenos poderes, me designó como secretario y me hizo tesorero de todos los fondos; y cuando estábamos a punto de combatir, él me colocó a

---

14 Según esto, la coregía existía también en Sifno.

15 Las funciones de estos «reyes» debían ser religiosas, como las del arconte rey en Atenas.

16 Estas tropas auxiliares solían estar formadas por mercenarios (cf. Heród., I 64; V 63; VI 28, y Tuc., IV 52; VI 55, 58).

su lado. Observad cuánto le ayudé: cuando nosotros 39
fracasamos en el ataque a la ciudad y la retirada no resultó como pensamos, Sópolis resultó herido e imposibilitado para caminar y desfallecido, y yo le llevé al barco con la ayuda de mi criado, transportándole sobre mis hombros; y por eso decía con frecuencia y delante de muchos que yo era el único hombre causante
de su salvación. Y ¿qué hazaña podría ser mejor que 40
ésta? Cuando Sópolis murió tras navegar a Licia, esta mujer, no muchos días después de recibida la noticia, hacía sacrificios y celebraba fiestas, sin avergonzarse ante el hermano que aún vivía; ¡tan poco pensaba ella en el muerto! Yo, en cambio, le lloraba como es cos-
tumbre llorar a los familiares. Y todo esto lo hacía por 41
mi propia manera de ser y por mi amistad con aquéllos, no porque pensase en este proceso; pues no creí que fueran a tener tan mala suerte, que al morir ambos sin descendencia nos llevarían a comprobar cómo se portó con respecto a ellos cada uno de nosotros.

Habéis oído, en resumen, cómo nos portamos con 42
Trasíloco y Sópolis ésta y yo; quizá recurrirán al único argumento que les queda: que Trásilo, el padre de ésta, se llevaría un gran disgusto —si es que los muertos tienen alguna noticia de lo que ocurre aquí— [17] al ver a su hija privada del dinero, y a mí como heredero de lo
que él ganó [18]. Yo creo, en cambio, que debemos hablar 43
no de los que están muertos desde hace tiempo, sino de los que dejaron su herencia recientemente. Porque Trásilo dejó como dueño de lo suyo a los que quiso; lo justo será que permitáis a Trasíloco hacer lo mismo y que los herederos de su herencia sean los que él desig-

---

[17] Se encuentra repetida esta fórmula en el mismo Isócrates, *Plateense* 61, *Evógoras* 2; también en Licurgo, *Contra Leócrates* 136, etc.

[18] Se utiliza aquí el procedimiento de la anticipación *(prokatálēpsis)* del orador al argumento de sus adversarios.

nó, y no esta mujer; y además parecería que yo tam-
44 poco rechazo la opinión de Trásilo. Pues pienso que sería el más duro juez de ésta, si supiera cómo se portó con sus hijos. Y estaría muy lejos de disgustarse si votáis de ácuerdo con las leyes, pero sí que se enfadaría, y mucho, si viera que los testamentos de sus hijos quedan anulados. Porque si Trasíloco hubiera dejado su hacienda a mi familia, se podría reprocharle esto, pero Trasíloco me introdujo en su familia y así recibieron
45 no menos de lo que dieron[19]. Excepto estos adversarios míos, es lógico que Trásilo más que nadie esté bien dispuesto con los que basan su reclamación en una donación; porque también él aprendió el arte de adivinación junto a Polemeneto y heredó su fortuna, no por parentesco, sino por sus cualidades; por eso no se enfadaría si uno, que fue útil a sus hijos, fuese conside-
46 rado digno de la misma donación que él[20]. Hay que acordarse también de lo que se dijo al principio. Os señalé que Trásilo tuvo en tal alta consideración el hacerse pariente nuestro, que se casó con una hermana de mi padre y después con una prima. Entonces ¿a quiénes hubiera dado con más gusto su propia hija que a éstos de los que él mismo quiso tomarla? ¿De qué familia habría visto con más placer que se adoptara legalmente un hijo, que de la que él intentó tener hijos propios?

47 Por eso si decidís con vuestro voto que la herencia me pertenece, obraréis bien con aquél y con todos los demás que tienen algún interés en estos asuntos; en cambio, os equivocáis si hacéis caso a esta mujer, y no sólo me haréis injusticia a mí, sino a Trasíloco, que dejó

---

19 Al haber sido adoptado, la herencia queda realmente en la misma familia del difunto.

20 Se confunden aquí dos tipos de herencia: la que se hace en testamento antes de morir, y la que es precedida por una adopción.

el testamento, a Sópolis, a la hermana de los dos que ahora es mi mujer, y a su madre, que sería la más desdichada de todas las mujeres, como si no bastándole haber perdido a sus hijos, tuviera que ver sin efecto la resolución que aquéllos tomaron y su casa desierta.
También vería ella que se quedaba con su dinero la que 48
se alegraba con sus desgracias y que no podía obtener justicia yo, que hice por sus hijos tantas cosas que, si alguno me comparase no con ésta, sino con los que alguna vez discutieron una donación, descubriría que con mis amigos me comporté mejor que nadie. Y es preciso que los que así se portan reciban honores y sean tenidos en la mayor consideración en lugar de ser desposeídos de las recompensas que otros les dieron.
También hay que ayudar a la ley según la cual nos está 49
permitido hacer adopciones y decidir sobre nuestros propios bienes, pensando que esta ley está establecida para proporcionar hijos a los hombres que no los tienen; pues, gracias a ella, tanto los parientes como los que no lo son, guardan mejores relaciones entre sí[21].

Para terminar mi discurso y no gastar más tiempo, 50
examinad qué grandes y justas son las razones con que vengo ante vosotros: en primer lugar, una amistad antigua con los que dejaron la herencia, amistad heredada de los padres y mantenida en todo tiempo; luego, muchos y grandes buenos servicios hechos a aquéllos cuando estaban en mala situación; por último, un testamento reconocido incluso por los adversarios y una ley que sanciona esto y que todos los griegos reconocen como establecida. Y la mayor prueba es que los 51
que mantienen opiniones contrarias sobre otras muchas cosas, en esto concuerdan. Os pido, pues, que teniendo

21 Lugar común; se encuentra también en ISEO, II 13, y DEMÓSTENES (*Contra Leptines* 102).

en la memoria esto y lo dicho anteriormente, votéis lo justo y seáis conmigo tales jueces como desearíais obtenerlos para vosotros mismos.

A DEMÓNICO (I)

Este discurso está dirigido a Demónico, hijo de Hipónico; según el autor del resumen de esta obra, Hipónico era chipriota; por eso se ha incluido este discurso dentro de los llamados «chipriotas»: *A Nicocles*, *Nicocles* y *Evágoras*.

Es el *A Demónico* una obra singular, un compendio de sentencias, proverbios y consejos morales. A pesar de su estilo reiterativo y monótono ha sido muy leído e imitado.

El problema principal del discurso es su autenticidad; el vocabulario, estilo, sintaxis y pensamiento no coinciden con lo que es normal en Isócrates. Las razones que da E. Mikkola[1] son decisivas, a nuestro entender, para considerar el *A Demónico* como obra no isocrática. Mikkola llega a sugerir la posibilidad de pensar en Jenofonte como autor del discurso.

Dentro del *A Demónico* podemos distinguir tres partes:

1) Relación del hombre con la divinidad.

2) Relación con la sociedad en general.

3) Relación del individuo consigo mismo; desarrollo de su carácter.

Argumento de un gramático anónimo

Isócrates escribió muchos discursos, entre los que están las *exhortaciones*, aunque algunos quisieron decir que no eran suyas debido a su pobre estilo. Este tipo de discursos es el que lógica-

---

[1] *Isokrates...*, págs. 276-285, donde se incluye la relación de editores que admiten o niegan su autenticidad.

mente leemos en primer lugar, no porque sean mejores que los demás (pues tanto el *Panegírico* como otros muchos los aventajan), sino porque tratan de las costumbres morales. Es forzoso poner en orden esas costumbres antes que las palabras, de igual manera que el campesino, antes de las semillas y del plantón que quiere cultivar, debe desbrozar los campos de la maleza que los daña y de plantas parecidas. Por eso, como estos discursos los escribía a los jóvenes, Isócrates se vio obligado a utilizar un estilo más modesto, de modo que las *exhortaciones* podrían ser obras auténticas suyas.

Hay que averiguar la causa por la que leemos estos discursos en este orden: primero el *A Demónico* y en segundo lugar el *A Nicocles*, y no indiferentemente, como las demás obras de Isócrates. Sostenemos que Isócrates quería ser útil a todo el mundo, pero por pensar que sería fastidioso escribir sus consejos a todos, hizo como si los escribiera sólo a éstos. Pero, en realidad, aconseja a todos mediante estas tres exhortaciones. Del mismo modo que Hesíodo, al decir «trabaja, ingenuo Perses» finge que lo dice a su hermano, pero aconseja a todos, también así Isócrates. Éste coloca en primer lugar el *A Demónico*, en la idea de hablar primero a los ciudadanos corrientes, para luego enseñar a reinar en el *A Nicocles*. Pues quien llega a la realeza fue antes un ciudadano particular. En el *A Nicocles*, o *referente a los aliados*, dice también cómo el ciudadano debe obedecer al rey.

Las *exhortaciones* son presentadas bajo la forma de un consejo, y se llaman exhortaciones *(parainéseis)* por la palabra *aínos*, que significa consejo, utilizada también por Hesíodo: «y ahora un consejo *(aínos)* para los reyes...». Estos discursos no admiten discusión, porque no tienen interlocutor.

Es ya el momento, según dijimos, de pasar a las exposiciones mismas de los discursos. Pero como es obligado exponer, antes de las exposiciones de los discursos, sus argumentos y fines, vamos a mostrar, antes que el discurso, su argumento.

Un tal Hipónico, según una larga tradición, nacido en Chipre, era amigo del sofista Isócrates. Cuando Hipónico murió, dejó un hijo, llamado Demónico. Al ver Isócrates que éste era aún niño y necesitaba una cuidadosa educación, le escribe consejos con la intención de enseñarle cómo vivir. Porque Isócrates quería continuar con el hijo la amistad que tuvo con el padre,

y así lo dice en el mismo proemio de este discurso. Y le aconseja escribiéndole una carta, porque no podía abandonar Atenas a causa de sus discípulos. Algunos intentan llamar al discurso *Carta a Demónico.* Tal es el argumento según aparece.

Hemos dicho más arriba que Isócrates quería ser útil a todo el mundo al hacer sus exhortaciones, y por eso aconseja cómo debe vivir un ciudadano corriente (lo que hace en su discurso *A Demónico*) y cómo debe reinar (y así lo propone en el *A Nicocles*).

Porque rehúye el ser inoportuno, no confiere claramente a sus discursos su propósito particular. Comienza por los dioses, luego pasa a sus padres, después a sus amigos, familia y patria y al modo de vivir tanto física como espiritualmente.

Por último queda pasar ya al proemio (de la palabra *oímos*, que significa «camino». Así en Hesíodo: «es grande y escarpado el camino [*oímos*] hasta ella». El camino del discurso son los pleitos y las acciones).

1 En muchas cosas, Demónico, encontraremos muy diferentes las opiniones de los buenos y las intenciones de los malvados; el mayor desacuerdo lo tienen sobre todo en sus relaciones con los demás; pues unos aprecian a sus amigos sólo cuando están presentes; los otros, en cambio, también los aman cuando están muy lejos; en poco tiempo las relaciones de los malvados se rompen, pero las amistades de los buenos no podría romperlas toda la eternidad[2].

2 Al pensar yo que a los que tratan de conseguir renombre y pretenden una educación les conviene imitar a los buenos y no a los malos, te he enviado como regalo este discurso, prueba de mi afecto hacia vosotros y muestra de mi relación con Hipónico; porque los hijos

2 Sobre la dificultad que tiene el hombre malvado de hacer amigos, cf. también JENOF., *Recuerdos de Sócrates* II 6, 19, y TEOGNIS, 101 ss.

deben heredar tanto la hacienda como la amistad que tuvo su padre.

3 Veo también que la suerte nos ayuda y que la presente ocasión nos apoya: pues tú deseas una educación, y yo me dedico a enseñar a los demás; tú estás en la edad de buscar la filosofía y yo dirijo a los que filosofan. Ahora bien, cuantos escriben a sus amigos discursos de exhortación, intentan sin duda una obra hermo-
4 sa, pero no se ocupan de lo más valioso de la filosofía; en cambio los que enseñan a los jóvenes no los medios con los que mejor adornarían sus discursos, sino cómo mostrarán con su manera de ser su bondad natural, ésos ayudan a sus oyentes mucho más que aquéllos, porque unos sólo fomentan el arte de hablar, y los otros mejoran también su carácter.

5 Por todo lo expuesto, nosotros al intentar escribir no una exhortación sino una recomendación, pretendemos aconsejarte lo que los jóvenes deben intentar conseguir, de qué actos tienen que apartarse, con qué hombres juntarse y cómo administrar su propia vida. Pues sólo los que siguieron este camino en la vida pudieron lograr de manera auténtica la virtud, que es la adquisi-
6 ción más sagrada y segura de todas. En efecto, la belleza, o la consume el tiempo o la enfermedad la marchita y la riqueza sirve más al vicio que a la rectitud, por preparar la posibilidad de manifestarse a la indolencia e incitar a los jóvenes a los placeres; pero la fuerza corporal con la inteligencia es una ventaja, y, sin ésta, fue muy perjudicial a los que la tenían; y si bien hermoseó los cuerpos de los que en ella se ejercitaban,
7 en cambio oscureció los cuidados del espíritu. La adquisición de la virtud creció a la vez con los que tienen intenciones sinceras, y es la única que con ellos envejece, más importante que la riqueza y más útil que la nobleza de cuna: lo imposible para las demás, ella lo hace posible, lo temible para la mayoría, lo aguanta ella

con valor, considera censurable la pereza y digno de alabanza el trabajo. Es fácil comprender esto a través 8 de los trabajos de Heracles y de las hazañas de Teseo; la virtud de su carácter dio tal sello de celebridad a sus actos, que nunca sus acciones podrán caer en el olvido.

Tendrás un ejemplo familiar y hermoso de lo que 9 acabo de decir si te acuerdas no ya de cosas ajenas, sino de la manera de pensar y obrar de tu padre. Porque él vivió sin desdeñar la virtud ni despreocupado de ella; al contrario, ejercitaba su cuerpo con trabajos y soportaba los riesgos con su espíritu. No amaba inmoderadamente la riqueza, sino que se gozaba de sus bienes como un mortal, pero cuidaba su fortuna como si fuera a ser inmortal[3]. Y no administraba su vida 10 rebajándose, sino que amaba la belleza y era generoso y sociable con los amigos, y hacía más caso a los que se preocupaban de él que a sus parientes; porque creía que para la camaradería era mucho más fuerte la naturaleza que la ley, la manera de ser que el parentesco, la elección que la necesidad. Nos haría falta todo el 11 tiempo si quisiéramos enumerar todas sus hazañas. En otra ocasión las aclararemos en detalle, pero ahora hemos dado a conocer una muestra de la naturaleza de Hipónico, que tú debes tomar como ejemplo para vivir, tras considerar como ley su manera de ser y hacerte imitador y emulador de la virtud paterna. Sería, en efecto, una vergüenza que las pinturas reprodujeran la belleza de los seres vivos y los hijos, en cambio, no imitasen a los buenos padres. Piensa que a ningún 12 atleta le conviene entrenarse contra sus adversarios tanto como a ti observar de qué modo emularás las actividades de tu padre. Pero esta manera de pensar no se puede imbuir al que no está lleno de muchas y bue-

[3] Ideas parecidas en BAQUÍLIDES, III 78, y LUCIANO, *Antología Palatina* X 26.

nas enseñanzas; porque ocurre que los cuerpos crecen
con ejercicios metódicos, el alma, en cambio, con discur-
sos virtuosos. Por eso, intentaré exponerte con brevedad
con qué actividades creo que progresarás muchísimo ha-
cia la virtud y alcanzarás la mejor fama entre todos los
demás hombres.

13 En primer lugar, sé piadoso con los dioses, no sólo
haciendo sacrificios, sino también respetando los jura-
mentos; porque lo primero es señal de abundancia de
dinero, y lo segundo es prueba de rectitud de carácter.
Honra siempre a la divinidad, sobre todo en las ocasio-
nes en que lo haga la ciudad; porque así a la vez tendrás
fama de que sacrificas a los dioses y de que eres fiel a
14 las leyes. Sé con tus padres tal como desearías que fue-
ran contigo tus propios hijos. Ejercítate en la gimna-
sia corporal, pero no en la que tiende a la fuerza, sino
en la que busca la salud; y esto lo conseguirás si dejas
15 los ejercicios cuando aún puedes continuarlos. No te
rías con exceso ni admitas una palabra insolente; por-
que lo uno es insensato, lo otro, una estupidez. Piensa
que lo que es vergonzoso hacer, tampoco está bien de-
cirlo. Acostúmbrate a no estar malhumorado, sino pru-
dente; por aquello parecerás presuntuoso, por esto inte-
ligente. Considera que te conviene muchísimo el orden,
la vergüenza, la justicia, la templanza; pues con todo
ello, según opinión general, se fortalece el carácter de
16 los jóvenes. No esperes que si has hecho algo malo que-
de sin descubrir. Pues incluso lo que ocultes a otros, lo
tendrás en tu conciencia. Teme a los dioses, honra a los
padres, respeta a los amigos, obedece las leyes. Busca
las distracciones que gozan de buena fama; pues el
17 placer con el bien es lo mejor, sin él, lo peor. Cuídate
de las calumnias, aunque sean falsas; porque la masa
no conoce la verdad, pero se fija en las apariencias.
Debe de hacerse todo de manera que a nadie se le
oculte; porque puedes taparlo de momento, pero luego

quedará a la vista. Obtendrás la mayor reputación si se ve que no haces lo que censurarías que otros hicieran [4].
Si eres estudioso serás muy sabio. Lo que sabes, con- 18
sérvalo con ejercicios, y lo que no has aprendido, añádelo a tus conocimientos; porque es tan malo no aprender un razonamiento útil que se oye, como no aceptar algún bien que se recibe de los amigos. Gasta el tiempo libre que tengas en tu vida en escuchar discursos; así te resultará fácil aprender lo que otros descubrieron
con dificultad. Piensa que las enseñanzas son mucho 19
mejor que la mayor fortuna, pues ésta desaparece con rapidez, pero aquéllas duran siempre; pues la sabiduría es la única adquisición imperecedera. No rehúses emprender un largo camino para ver a los que prometen enseñar algo útil; sería una vergüenza que los comerciantes atravesasen mares tan grandes para acrecentar la hacienda que tienen, y en cambio los jóvenes no soportasen ni los viajes por tierra para mejorar su cono-
cimiento. Sé cortés en tu manera de ser y afable en 20
tu conversación. La cortesía está en saludar a todos los que te visitan, la afabilidad en seguir familiarmente las conversaciones con ellos. Sé amable con todos, pero ten relación con los mejores; de esta manera no serás enemigo de unos, y te harás amigo de los otros. No tengas con unas mismas personas conversaciones demasiado frecuentes sobre idénticos asuntos; porque todo
cansa. Ejercítate en trabajos voluntarios, para que pue- 21
das soportar los obligatorios. Entrénate en dominar la avaricia, la ira, el placer, el dolor, cosas todas por las que es una vergüenza que el alma resulte vencida. Lo conseguirás si crees que es ganancia lo que proporciona buena fama y no lo que da riqueza; si, en un momento de cólera, te portas con los que te injuriaron como te gustaría que se portaran contigo si les injuriases; si,

[4] Diógenes Laercio, I 36.

en la prosperidad, te das cuenta de que es vergonzoso mandar sobre servidores y ser esclavo de los placeres; y si, en los infortunios, miras las desgracias de los
22 demás y te acuerdas de que eres hombre. Guarda mejor las palabras que las riquezas que te son confiadas en depósito; porque es preciso que los hombres de bien muestren una manera de ser de más confianza que un juramento. Piensa que conviene desconfiar de los malos tanto como confiar en los buenos. A nadie hables de lo que hay que guardar en secreto, a no ser que convenga callar los sucesos tanto a ti que lo dices como a aquellos
23 que lo escuchan. Acepta un juramento impuesto por dos motivos: para librarte a ti mismo de una acusación vergonzosa o para salvar a tus amigos de grandes riesgos. Nunca jures por un dios a causa de dinero, ni aunque jures verdad; pues a unos les parecerá que juras en falso, y a otros que eres avaricioso.

24 No hagas amistad con nadie antes de comprobar cómo se ha comportado con amigos anteriores; espera, empero, que él sea contigo cual ha sido con aquéllos. Concede tu amistad poco a poco, pero cuando la concedas, intenta que dure. Porque tan vergonzoso es no tener ningún amigo como cambiar frecuentemente de camarada. No pruebes a tus amigos con daño para ti, ni dejes de probar a tus compañeros. Esto lo consegui-
25 rás si finges que los necesitas sin necesitarlos. Comunícales como secretas cosas que se pueden decir; si no tienes suerte, no recibirás daño alguno, y si la tienes, conocerás mejor su manera de ser. Pon a prueba a tus amigos a través del infortunio que hay en la vida y de la participación en peligros; porque al oro lo probamos con el fuego, y a los amigos los conocemos en las desgracias. Servirás a tus amigos de la mejor manera si no aguardas a que te supliquen, sino que les ayudas espon-
26 táneamente en el momento oportuno. Considera que es tan vergonzoso que te rebasen los enemigos en los per-

juicios que te causen como que te superen los amigos en las buenas acciones; acoge como camaradas no sólo a los que sienten pena con tus desgracias, sino también a los que no envidian tu buena suerte; porque muchos acompañan en su aflicción a los que les va mal, pero los envidian cuando las cosas les salen bien. Acuérdate de tus amigos ausentes en presencia de los que están, para que se den cuenta de que no los tendrás en poco
cuando ellos no estén. En el vestir escoge ser pulcro, 27
pero no afectado. La elegancia es propia del hombre de buen gusto, lo rebuscado del pretencioso. Ama el goce comedido de las riquezas que posees, no su desmesurado aumento. Desprecia a los que se afanan por el dinero, y no pueden gozar de lo que tienen; pues a ellos les ocurre lo mismo que si uno compra un buen caballo
sin saber montar bien. Intenta que el dinero te propor- 28
cione intereses y propiedades; los intereses son para los que saben gastarlos, las propiedades para los que pueden adquirirlas. Aprecia tu fortuna actual por dos cosas: porque puedes pagar una multa y ayudar a un amigo que esté en mala situación. En lo referente a otras circunstancias de la vida, ámala con medida, no desmesu-
radamente. Confórmate con lo presente, y busca cosas 29
mejores. A nadie eches en cara su desgracia; porque la suerte es común y desconocido el porvenir. Haz bien a los buenos; pues es un hermoso tesoro el reconocimiento agradecido de un hombre de bien. Si haces bien a los malvados te ocurrirá lo mismo que a los que dan de comer a perros ajenos: ellos ladran tanto a los que les dan comida como a los desconocidos, y los malvados injurian igual a los que les ayudan y a los que les mal-
tratan. Odia a los aduladores como a gentes que enga- 30
ñan; porque unos y otros, cuando son creídos, hacen daño a los que les creyeron. Si aceptas amigos que te dan gusto en las malas acciones, no tendrás en tu vida junto a ti a los que, aborreciéndolas, tienden a ser me-

jores. Sé amable y no altivo con los que se te acerquen: porque el orgullo de los soberbios apenas lo pueden aguantar los esclavos, pero el carácter de la gente ama-
31 ble, todos lo aceptan con gusto. Y serás amable si no eres agresivo ni descontentadizo ni pendenciero con todos, si no respondes con aspereza a los enfados de todos tus compañeros, aunque resulte que se enfadan sin razón; antes bien, debes ceder cuando estén irritados y responderles cuando pase su enojo; no estés serio en un momento alegre, ni te rías en una situación seria; porque la inoportunidad es lo peor de todo; no hagas favores con displicencia, como les pasa a muchos; los hacen, pero sirven a sus amigos de mala gana; no seas amigo de querellas, que es cosa pesada, ni de censuras,
32 porque es causa de irritación. Evita por encima de todo las reuniones donde se bebe; y si se presentase la ocasión, vete antes de que te emborraches. Pues cuando la inteligencia queda afectada por el vino, le sucede lo mismo que a los carros que pierden sus aurigas: aquéllos, privados de sus conductores, son arrastrados desordenadamente, y el alma comete muchos errores al perder la inteligencia. Ten sentimientos inmortales por tu magnanimidad y mortales por gastar con modera-
33 ción lo que tienes. Considera que la educación es mucho mejor que la falta de instrucción, por cuanto que todos los que hacen otras cosas malas sacan beneficio, pero la ignorancia es el único mal que castiga a quienes lo tienen; en efecto, muchas veces se paga con obras aquello en lo que se falta de palabra. Si quieres granjearte la amistad de algunos, di algo bueno de ellos ante personas que se lo cuenten; porque el comienzo de la amistad es la alabanza, y el reproche el de la enemistad.
34 Al reflexionar, toma el pasado como ejemplo del futuro; pues lo oscuro se conoce rápidamente por lo claro. Sé lento en el reflexionar, pero cumple con rapidez tus decisiones. Piensa que lo más importante es la buena

suerte que viene de los dioses y la prudencia procedente de nosotros mismos. Cuando te dé vergüenza
hablar de algo con franqueza, pero quisieras consultarlo
con algunos de tus amigos, habla de ello como de un
asunto ajeno; así sabrás la opinión de aquéllos y no
quedarás tú mismo al descubierto. Cuando quieras ser- 35
virte de un consejero para defender tus cosas, mira
primero cómo administró las suyas: pues el que organizó mal su hacienda, nunca aconsejará bien sobre las
ajenas. Lo que más puede moverte a reflexionar es
considerar las desgracias que trae la irreflexión: pues
también tenemos mayor cuidado de la salud cuando nos
acordamos de los dolores de la enfermedad. Imita las 36
costumbres de los reyes y sigue sus hábitos; pues parecerá que los aceptas y los emulas, y así lograrás la mejor fama entre la gente y que sea más firme la benevolencia de los reyes. Obedece también las leyes establecidas por los reyes, pero considera su voluntad como
la ley de más peso. Pues así como al que es ciudadano
de una democracia le es preciso obedecer a la mayoría,
al que vive en una monarquía le conviene respetar al
rey. Si alcanzas un cargo de poder, no utilices para el 37
gobierno a un malvado; porque te echarán la culpa de
lo que aquél haga mal. Vete de los cargos públicos no
más rico, sino con más prestigio; pues el aplauso de la
mayoría es más importante que muchas riquezas. No te
prestes a ninguna acción mala ni la sostengas; pues
parecerá que tú mismo haces eso cuando defiendes a
otros que lo hacen. Prepárate para poder aventajar a 38
los demás, pero conténtate con tener sus mismos derechos, para que parezca que deseas la justicia, no por
debilidad, sino por deseo de equidad. Acepta mejor una
pobreza justa que una riqueza injusta [5]; pues la justicia
es más importante que la riqueza porque ésta sólo es

[5] Lugar común en poetas y oradores.

útil a los vivos, y aquélla da renombre incluso a los
muertos; además, de la riqueza participan los malos,
pero de la justicia no es posible que tengan parte los
39 miserables. No emules a nadie que haya sacado prove-
cho de la injusticia, por el contrario, acepta antes a los
que se han empobrecido con la justicia; porque los
justos, aunque en nada aventajen a los injustos, al me-
40 nos les superan en buenas esperanzas. Preocúpate de
todo lo que se refiere a la vida, pero sobre todo ejercita
tu inteligencia; pues lo máximo en lo más pequeño es
una buena inteligencia en un cuerpo humano. Intenta
ser amigo de trabajos corporales, y filósofo de espíritu,
para que puedas con lo primero cumplir tus intenciones
41 y con lo segundo, prever lo que te conviene. Todo lo que
vayas a decir, recapacítalo primero en tu interior; por-
que a muchos la lengua se adelanta al pensamiento.
Considera que ninguna cosa humana es segura; porque
así ni te alegrarás en exceso si tienes suerte, ni estarás
demasiado dolido en la desgracia. Habla sólo en dos
circunstancias: de aquello de lo que sepas mucho o de
lo que te veas obligado a hablar. Pues sólo en estas
ocasiones es mejor la palabra que el silencio, en las
demás mejor callar que hablar.

42 Alégrate con los bienes que te lleguen y entristécete
moderadamente con los males que te sucedan, y no te
descubras ni en unos ni en otros; porque sería absurdo
guardar la hacienda en la casa y pasear con el pensa-
43 miento al aire. Apártate de una conducta censurable
más que de un peligro; pues para los malvados debe ser
terrible la muerte, pero para los buenos lo es la des-
honra en vida. Intenta sobre todo vivir con seguridad;
pero si tienes que exponerte a un peligro, busca en la
guerra la salvación con una hermosa fama, no con una
vergonzosa; pues el destino decretó para todos el morir,
pero una muerte hermosa la reservó como algo particu-
lar para los buenos.

No te asombres si mucho de lo que te he dicho no 44
corresponde a tu edad actual; no es que esto se me haya pasado por alto; pero preferí a través de este escrito darte un consejo para tu vida presente y al mismo tiempo dejarte una recomendación para el futuro. Y su utilidad la descubrirás fácilmente, cuando te sea difícil encontrar un consejero bien intencionado. Y para que no busques a través de otro lo que falta, sino que lo tengas aquí como un depósito, pensé que era preciso no dejar de lado aquello en lo que te puedo aconsejar.

Quedaría muy agradecido a los dioses, si no me equi- 45
vocase en la opinión que tengo de ti. Pues encontraremos que la mayoría de los hombres, de igual manera que prefieren los alimentos más placenteros o los más saludables, así también frecuentan a los amigos que comparten sus faltas, pero no a los que les reprenden. Creo que tú piensas lo contrario que éstos, y tomo como prueba tu amor al trabajo en otros aspectos de tu educación; pues el que se impone a sí mismo obrar de la mejor manera, es natural que acepte de entre los demás a los que le empujan a la virtud.

Te animarías muchísimo a desear las buenas accio- 46
nes si te dieras cuenta de que los placeres más auténticos los logramos a partir de ellas. Porque al que se dedica a la molicie y ama los placeres hasta la saciedad, pronto las penas se le unen a los placeres; en cambio amar el esfuerzo que lleva a la virtud y organizar sabiamente la propia vida, siempre da las satisfacciones más
puras y firmes; los que al principio gozaron, luego lo 47
pasaron mal, pero nosotros obtenemos placeres de las fatigas. En todas las obras no nos acordamos tanto del principio como del final; pues la mayoría de las que hacemos en la vida no las hacemos por sí mismas, sino
que trabajamos con empeño por sus resultados. Piensa 48
que a los malos se les consiente que hagan lo que les plazca, pues esta forma de vida la han adoptado desde

siempre; pero a los buenos no les es posible descuidar su virtud, porque tienen muchos que les reprenden. Todos en efecto odian no tanto a los que faltan como a los que, tras decir que son virtuosos, en nada se dife-
49 rencian del común; y los odian con razón; porque cuando condenamos a los que mienten sólo de palabra, ¿cómo no diremos que son unos malvados los que durante toda su vida se comportan como seres despreciables? Con justicia podríamos suponer que los que son así no sólo faltaron contra sí mismos, sino que también traicionaron su suerte; pues ella les proporcionó dinero, buen nombre y amigos, y ellos se hicieron indignos de
50 la felicidad que les correspondía. Y si es preciso que un mortal ponga la mira en el pensamiento de los dioses, creo que también aquéllos, por su comportamiento con sus parientes más cercanos, dejaron claro cómo son con los hombres malos y buenos. Pues Zeus, que engendró a Heracles y a Tántalo, según dicen los mitos y todos creen, al uno por su virtud lo hizo inmortal, y al otro
51 lo castigó con las mayores penas por su maldad. Es preciso que tú, sirviéndote de estos ejemplos, aspires a una conducta intachable, y que no sólo permanezcas fiel a lo que hemos dicho, sino que también aprendas lo mejor de los poetas y leas lo que de útil hayan podido
52 decir otros oradores. Porque de la misma manera que vemos que la abeja se posa en todas las flores y que saca lo mejor de cada una, así también es preciso que los que desean una educación no dejen nada sin probar y reúnan de todas partes lo que les sea útil. Pues a duras penas uno puede vencer, a pesar de este cuidado, las imperfecciones de la naturaleza humana.

CONTRA LOS SOFISTAS (XIII)

Este discurso se considera como la «declaración de principios» de Isócrates al abrir su escuela de retórica en Atenas hacia el año 390 a. C.[1]. El propio Isócrates nos dirá después (*Sobre el cambio de fortunas* 193) que lo escribió al comienzo de su carrera de maestro de retórica.

¿Contra qué sofistas se pronuncia Isócrates? Fundamentalmente contra dos escuelas: la erística (esto es, los polemistas o aficionados a la discusión por sí misma), que teoriza sobre problemas éticos, y la que se dedica a enseñar elocuencia política mediante técnicas fijas. Isócrates, por su parte, es partidario de adaptar la técnica de la oratoria a las cualidades de cada uno. Retórica y filosofía serán para él conceptos idénticos, e insistirá mucho en la conciencia moral que han de tener los buenos oradores.

El discurso les pareció incompleto a Auger y Drerup; Blass[2], en cambio, considera que, de estar incompleto, lo estaría desde antiguo y poco sería lo que habríamos perdido. Mathieu y Wilamowitz creen que la obra está completa.

---

[1] En A. Lesky, *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1968, pág. 615, se dice que el «Contra los sofistas» fue escrito por Isócrates cuando tenía noventa años; pero se trata de un error de los traductores, pues, según el original, ha de leerse «en los años ochenta» del siglo IV a. C.

[2] *Die attische...*, II, pág. 241.

Argumento de un gramático anónimo

Este discurso es uno de los más técnicos escritos por Isócrates, si es que hay otro; porque en él marcó los límites de casi toda la retórica. Nos enseña cómo debe ser el discípulo y cómo el maestro y divide en dos partes el discurso, dedicada una a la filosofía de la dialéctica, y otra a la virtud política, esto es, a la retórica. Porque Isócrates quería convencer a los que examinan mal ambas cosas. Así, habla primero de los dialécticos y después de los políticos; estas categorías las separa en dos: los que prometen enseñar, sin saber, y los que escribieron sobre la técnica retórica, siendo también ellos ignorantes. Algunos buscaron la razón por la que Isócrates, en este discurso, llegó a atacar tan claramente a éstos. Y unos alegaron que el motivo al que antes nos referimos fue que Aristóteles injurió a Isócrates al quitarle un discípulo llamado Teodectes. No es difícil comprender que esta razón es absurda. Porque Isócrates no hace el discurso sólo contra los filósofos, sino también contra los retóricos. ¿Cuál sería el auténtico motivo, de no ser el antedicho? Pues que Isócrates veía en el momento de construir su discurso, que muchos se lanzaban irreflexiblemente sobre las ciencias y prometían enseñar lo que ignoraban, disfrazando la verdad. Por eso su discurso se titula *Contra los Sofistas*, no sólo contra los que ejercían esta profesión, sino también contra los que disfrazaban la verdad. Porque este término tiene tres acepciones entre los antiguos: así llaman «sabio» a lo verídico y a lo bello; por eso Platón llama filósofo a la causa primera, que ama lo verídico y lo bello, y por eso el hombre que participa de la filosofía toma de aquí su nombre, porque imita a la divinidad como puede. Pero también llaman sofista al maestro de retórica, al que enseña discursos retóricos. Y asimismo también consideran sofista a quien disfraza la verdad, que es precisamente al que se refiere Isócrates. Algunos investigaron por qué este discurso, si es uno de los *Cuatro Elogios*, se titula *Contra los Sofistas* y es en realidad, un discurso de censura, ya que más que hablar en favor de alguien, cosa propia de un elogio, lo hace en contra. Sostenemos que si uno examinara por qué un discurso de crítica y uno de elogio llegan a un único tipo, el panegírico, descubriría la causa.

Pues el parentesco entre el elogio y la crítica y el que ambos estén divididos en los mismos capítulos hizo que la crítica se llamase elogio por antífrasis. Y si uno dijera: «¿Por qué no es del género forense este discurso, si utiliza el ataque?», contestaríamos: «Porque ni se pronunció en el tribunal ni determina la pena.»

Si todos los que intentan educar quisieran decir la 1
verdad y no se comprometieran a más de lo que pueden cumplir, no les tendrían en mal concepto los ciudadanos comunes, pero ahora, los que se atreven a fanfarronear muy irreflexivamente, han hecho parecer que deciden más sensatamente quienes eligen la molicie que quienes se ocupan de la filosofía[3].

Porque ¿quién no odiaría y despreciaría, en primer lugar, a los que pasan el tiempo en discusiones y pretenden buscar la verdad[4], pero nada más comenzar su
propósito intentan mentir? Creo, en efecto, que está 2
claro para todos que conocer de antemano el porvenir no es propio de nuestra naturaleza; sino que estamos tan lejos de esta capacidad que Homero, el que ha conseguido mayor renombre por su sabiduría, ha hecho que incluso los dioses deliberen sobre ello[5], no porque conociera su manera de pensar, sino con la intención de demostrarnos que esto es una de las cosas imposibles
para los hombres. Y estos individuos han llegado a tal 3
atrevimiento que intentan convencer a los jóvenes de

---

[3] Para Isócrates la filosofía comprende todas las ramas de la cultura y de la educación, y no un determinado método de conocimiento como la entendían Sócrates y Platón.

[4] Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 842, Isócrates incluye aquí a Platón, y éste más tarde, en el *Eutidemo*, se preocupará de establecer una distinción entre Sócrates y los erísticos; igualmente en la *República* 499 A, Platón intenta separar al filósofo auténtico del simple polemista.

[5] Homero, *Ilíada* XVI 431 ss. y 652 ss.; XXII 168 ss.

que, si tienen trato con ellos, sabrán lo que se debe hacer y, por medio de esta ciencia, serán felices. Y establecidos como maestros y dueños de bienes tan importantes, no se avergüenzan de pedir por ellos tres o cua-
4 tro minas[6]. Si vendieran alguna otra riqueza por menos de su valor, ni ellos mismos negarían que están locos; en cambio, tasando en tan poco toda la virtud y felicidad, pretenden hacerse maestros de otros como poseedores de la inteligencia. Y dicen que para nada necesitan el dinero, llamando a la riqueza plata baja y oropel, pero por una pequeña ganancia prometen todo menos la inmortalidad a los que están con ellos. Y lo más
5 ridículo de todo es que desconfían de esos de quienes tienen que cobrar y a quienes pretenden transmitirles el sentido de justicia, y además exigen como fiadores de sus discípulos a gente de la que nunca han sido maestros; y deciden bien sobre su seguridad, pero hacen lo
6 contrario de lo que anuncian. Pues conviene que los maestros de otras disciplinas cualesquiera examinen con minuciosidad lo que se les debe, porque nada impide que los que se han hecho expertos en algo, no sean cumplidores de sus contratos; en cambio ¿cómo no va a ser ilógico que los que hacen nacer la virtud y la prudencia no confíen al máximo en sus discípulos?[7]. Pues si éstos son buenos y justos con los demás, no dejarían de serlo con esos gracias a los cuales llegaron a ser así.
7 Cuando algunos de los ciudadanos comunes, tras reflexionar sobre todo esto, se dan cuenta de que los que enseñan la sabiduría y transmiten la felicidad, están faltos ellos mismos de muchas cosas, y exigen una cantidad pequeña a sus discípulos; de que observan las

---

[6] Isócrates pedía diez minas; Sócrates, en la platónica *Apología* 20 B, habla de un sofista, Eveno, que pedía cinco minas; Gorgias, en cambio, había estipulado cien minas por sus lecciones.

[7] Cf. PLAT., *Gorgias* 519 C, 460 E.

contradicciones entre las palabras, pero no examinan las que hay en las obras; de que además se jactan de saber el futuro, pero no son capaces de decir ni aconse- 8
jar nada de lo que es preciso para el presente; de que, en cambio, los que utilizan su sentido común se ponen más de acuerdo y más cuenta se dan que los que proclaman tener ciencia [8], con razón, creo, desprecian estas ocupaciones y las juzgan charlatanería y mezquindad de espíritu, pero no cuidado del alma.

No sólo hay que criticar a éstos, sino también a los 9
que prometen enseñar discursos políticos; pues ellos tampoco se interesan por la verdad, sino que piensan que esto es arte: el atraer a los más posibles por la pequeñez de sus salarios y la magnitud de sus proclamas, y el recibir de ellos lo que puedan. Tan estúpidos son y han creído que lo son los demás, que, escribiendo peores discursos que los que algunos particulares improvisarían, sin embargo prometen que harán a los que están con ellos oradores de tal categoría que no pasarán por alto nada de lo que haya en cada asunto [9]. Y de 10
esta habilidad en nada hacen partícipes ni a las experiencias ni a la naturaleza del alumno, sino que afirman que les transmitirán la ciencia de los discursos [10] como la de la escritura, sin haber examinado que son cosas

---

[8] No se puede transmitir «ciencia» (*epistêmē*), sino sólo «opinión» *(dóxa)* sobre algo. En este punto, Isócrates se opone totalmente a Platón, para quien *dóxa* es pura apariencia, sin valor de conocimiento real. Lo mismo en *Elogio de Helena* 5.

[9] Coinciden Isócrates y Platón (cf. *Timeo* 19 E) en que los sofistas son incapaces de una política práctica. Según WALBERER, *Isokrates und Alkidamas*, disert., Hamburgo, 1938, pág. 4 ss., Isócrates se refiere aquí a Lisias.

[10] Para JAEGER, *Paideia...*, pág. 833, este pasaje demuestra que Isócrates concebía su filosofía como una técnica *(téchnē)*. BLASS, *Die attische...*, II, pág. 107, ya notó que Isócrates rehuía la expresión *téchnē*, quizá para evitar que se le confundiera con un escritor exclusivamente técnico y no creativo.

distintas y creyendo que, gracias a las exageraciones de sus programas, serán admirados y parecerá más importante su enseñanza retórica. Ignoran que hacen prosperar las artes no los que se atreven a envanecerse de ellas, sino quienes puedan descubrir qué posibilidades hay en cada una.

11 Yo estimaría más que muchas riquezas que la filosofía pudiera tanto como ellos dicen; pues quizá nosotros no quedaríamos atrás del todo, ni habríamos gozado de ella la parte más pequeña [11]. Pero, como no es así, querría que callasen los charlatanes. Pues veo que las difamaciones no se producen sólo contra los que se equivocan, sino que también son acusados al mismo tiempo todos los demás que se dedican a esta ocupación.

12 Me maravillo cuando veo que son considerados dignos de tener discípulos quienes, sin darse cuenta ellos mismos, aportan una técnica fija como ejemplo de una actividad creadora [12]. Porque, ¿quién no sabe, salvo ellos, que los signos gráficos son invariables y permanecen siempre igual, de forma que seguimos siempre usando los mismos para lo mismo, y, en cambio, a las palabras les ocurre todo lo contrario? Pues el discurso pronunciado por uno no es igualmente útil para el que habla a continuación. Antes bien, parece que es más experto el que habla de manera apropiada a los asuntos [13], y pue-

---

[11] La retórica y la filosofía son conceptos idénticos en Isócrates, piensa A. Burk, *Die Pädagogik...*, pág. 71, nota 2; lo mismo se dice en *Nicocles* 1 y *Panegírico* 10; lo que en *Panegírico* 47 se señala como tarea de la filosofía, se atribuye a los discursos en *Sobre el cambio de fortunas* 254 ss. y *Nicocles* 5-9.

[12] Comparar con Plat., *Protágoras* 326 D. La crítica de Isócrates va en la misma dirección que la de Aristóteles, *Refutaciones sofísticas* 183 b, 36 ss., sobre la *pragmateía* de Gorgias y de los antiguos retores.

[13] Para H. Wersdörfer, *Die philosophia des Isokrates im Spiegel ihrer Terminologie*, 1940, pág. 25, la frase «hablar de manera

de encontrar otros términos y no los mismos. Y la 13
mayor prueba de su diferencia es lo siguiente: que los discursos no pueden ser hermosos si no se dan en ellos la oportunidad, lo adecuado y lo nuevo, y en cambio a los signos gráficos nada de esto les hace falta. Por eso sería mucho más justo que los que se sirven de ejemplos semejantes pagaran dinero en lugar de recibirlo, porque intentan educar a los demás cuando son ellos mismos los que necesitan educarse con mucho cuidado.

Y si es preciso no sólo criticar a los demás, sino acla- 14
rar mi propia manera de pensar, creo que todos los bienintencionados dirán conmigo que muchos de los que dedican su tiempo a la filosofía acabaron siendo simples aficionados, mientras que otros, sin tener nunca trato con sofistas, han llegado a ser hábiles en la oratoria y en la política. Pues la capacidad de hacer discursos y de todas las demás empresas reside en los bien dotados y en los que se han adiestrado mediante la práctica;
y a los que son así, la educación los hizo más expertos 15
y hábiles para la investigación; pues ella les enseñó a comprender lo que encontraban en sus divagaciones a partir de una mayor preparación, y a los de inferiores cualidades, no les haría buenos litigantes ni creadores de discursos, pero sí les hará avanzar y comportarse
con mayor prudencia en muchas cosas[14]. Quiero, ya 16
que llegué a este punto, hablar de ello con más claridad aún. Yo sostengo que no es muy difícil llegar a dominar

---

apropiada a los asuntos» (*axíōs légein tôn pragmátōn*) es el fundamento de la retórica de Isócrates.

[14] Para la forma de enseñar de Isócrates, cf. R. Johnson, «Isocrates' methods of teaching», *American Journal of Philology* 80 (1959). La habilidad natural de los escolares se desarrolla con la práctica y la teoría. Isócrates está influenciado por los maestros sofistas como Gorgias. El desarrollo intelectual está emparejado con la técnica retórica, pero es peculiar de Isócrates la insistencia en la conciencia moral.

la ciencia de los procedimientos con los que pronunciamos y componemos todos los discursos, si uno se confía, no a los que prometen con facilidad, sino a los que saben algo sobre ello; pero elegir los procedimientos que convienen a cada asunto, combinarlos entre sí y ordenarlos convenientemente, y además no errar la oportunidad, sino esmaltar con habilidad los pensamientos que van bien a todo el discurso y dar a las
17 palabras una disposición rítmica y musical, eso requiere mucho cuidado y es tarea de un espíritu valiente y capaz de tener opinión propia [15]; es necesario que el discípulo, además de tener una naturaleza adecuada, haya aprendido las figuras retóricas y se haya ejercitado en sus usos, y que el maestro explique esto de la manera más precisa posible y no omita nada de lo que debe enseñar, y que, de lo restante, se presente a sí mismo
18 como un ejemplo de tal calidad, que los formados por él y capaces de imitarle, aparezcan pronto como oradores más floridos y gratos que los demás. Y si todo esto llega a coincidir [16], los que se dedican a la filosofía llegarán a su meta; pero si quedara olvidado algo de lo dicho, necesariamente en ese punto estarían peor los que estudian.

19 Los sofistas que han aparecido recientemente y que hace poco han caído en jactancias, aunque ahora exageren, sé bien que todos se dirigirán a estos principios [17]. Nos quedan los que han nacido antes que nosotros y que se atrevieron a escribir las llamadas «Artes» [18]: a

---

[15] La misma expresión en *Sobre el cambio de fortunas* 11.

[16] También Platón habla de «coincidencia» de poder y espíritu en *República* 473 D y *Leyes* 712 A.

[17] Quizá puede ser una alusión a Alcidamante, contemporáneo de Isócrates, que también escribió un libro atacando a los sofistas.

[18] Puede referirse a los primeros maestros de retórica, Córax y Tisias, siracusanos.

esos no hay que dejarlos sin censura, pues prometían enseñar a contender en los juicios escogiendo las expresiones más duras, cosa propia de la lengua de los envidiosos, pero no de los maestros de esta enseñanza.
Además, esta disciplina, en cuanto que es enseñable, 20
no puede ayudar más a la oratoria forense que a todos los demás discursos. Y resultaron peores que los que se ocupan de la dialéctica en general, por cuanto que ellos, aunque exponen unos discursitos con los que caería en todos los desastres quien persistiese en su práctica, al menos prometieron en ellos la virtud y la prudencia, mientras que aquéllos, invitando a hacer discursos políticos, se olvidaron de todo lo bueno que hay en ellos y se propusieron ser maestros de indiscreción y codicia.

A los que quieran seguir los preceptos de una filoso- 21
fía así, mucho más les ayudarían éstos a una formación equitativa que a la retórica. Y que nadie piense que yo digo que la justicia es cosa enseñable[19]; pues, en general, creo que no existe ciencia alguna que inspire la prudencia y la justicia a los que han nacido mal dispuestos para la virtud. Pero no dejo de creer que el estudio de los discursos políticos anima y ejercita muchísimo.

Para que no dé la impresión de que refuto las pro- 22
mesas de otros y exagero las posibilidades que hay, aclararé fácilmente, según creo, a los demás, por qué he quedado convencido de que esto es así.

[19] La opinión de Isócrates es en este punto absolutamente opuesta al pensamiento de Sócrates y Platón.

ELOGIO DE HELENA (X)

Es esta una obra típica del género sofístico: Gorgias había compuesto ya un *Encomio de Helena*, en el que intentaba reivindicar la figura de esta mítica reina, causante de la guerra de Troya. La intención era defender «causas perdidas» gracias a la habilidad retórica, pero Gorgias había calificado su obra como un *paígnion* o «juego».

Isócrates, en cambio, toma el mismo argumento como pretexto para expresar sus ideas sobre la retórica, en contraposición con los sofistas anteriores. A continuación pasa a hacer el elogio propiamente dicho.

Ya a Aristóteles[1] le extrañaba la poca conexión de este proemio, polémica contra las escuelas erísticas, con el resto de la obra, y lo comparaba con el preludio *(proaúlion)* de un concierto de flauta, unido por hilos muy flojos con el concierto mismo.

G. Kennedy[2] ve en el *Elogio de Helena* un documento panhelénico, ensayo del *Panegírico.* Para Kennedy la inmediata inspiración de Isócrates vendría de Eurípides, *Troyanas* 931 ss., e Isócrates habría tenido tres propósitos al componer esta obra:

1) Crítica de otros educadores.
2) Experimentación de un tema serio.
3) Modelo de elogio para sus discípulos.

---

[1] *Retórica* III 14, 1414 b 26.

[2] «Isocrates' Encomium of Hele: a panhellenic document», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 89 (1958), 77 ss.

Para R. L. Howland[3], el *Elogio de Helena* sería una réplica al *Protágoras* platónico.

El esquema del discurso es el siguiente:

1-13 Crítica de la enseñanza de los demás oradores.
14-15 Defensa de la *paideia* isocrática.
16-17 Especial inclinación de Zeus por Helena.
18-20 Helena como seductora; Helena enamora a Teseo.
21-37 Elogio de Teseo.
38-40 Otros pretendientes de Helena.
41-48 Juicio de Paris; intento de rehabilitar a Paris.
49-51 Actitud de los griegos tras el rapto de Helena.
52-53 Intervención de los dioses en el conflicto entre griegos y troyanos.
54-60 Elogio de la belleza, ante la que se inclinan los mismos dioses.
61-66 Homenaje al poder de Helena.

La obra es inmediatamente posterior al *Contra los sofistas*, y su fecha, por tanto, sería poco después del 390 a. C.

Argumento de un gramático anónimo

Algunos sostienen que Isócrates escribió este discurso a Polícrates, para atacarle en él; no es cierto esto, pues lo que ocurrió fue lo contrario. Porque Polícrates censuró a Isócrates que había escrito mal este discurso, lo mismo que aquél le atacó en su *Busiris*. ¿Qué diremos? Sostenemos que Isócrates a quien ataca es a Gorgias de Leontino, el introductor de la retórica en Grecia, porque escribió mal, como aclara disimuladamente el mismo Isócrates en el proemio. Pero es mejor decir, como Macaón, que Isócrates escribe contra Anaxímenes de lámpsaco[4], de quien

[3] «The Attack on Isocrates in the Phaedrus», *Classical Quarterly* (1937), pág. 151 ss.

[4] Historiador y orador del siglo IV, discípulo de Zoilo y de Diógenes de Sinope; escribió tres obras de carácter histórico: doce libros de historia universal desde los orígenes a la batalla de Mantinea (año 362 a. C.), ocho libros sobre Filipo y una obra sobre Alejandro, del que posiblemente fue maestro.

circula un discurso sobre Helena, que es más una defensa que un elogio. Isócrates felicita a Anaxímenes por haber elegido escribir sobre un argumento tan bello, sobre Helena; pero critica mucho en el proemio a algunos filósofos que no escogen escribir sobre tan hermosos asuntos, sino que simplemente intentan contar cosas extravagantes y paradójicas, sin ninguna utilidad y sobre eso también hace su exposición.

Hay algunos que se jactan si, tras elegir un argumen- 1
to extraño y paradójico, han podido hablar de él de manera adecuada; y se han hecho viejos, unos afirmando que no es posible mentir ni contradecir ni disputar en dos discursos sobre un mismo asunto[5], y otros explicando que el valor, la sabiduría y la justicia son una misma cosa, que no tenemos ninguna de ellas por naturaleza y que hay una sola ciencia que abarca todas; otros, por último, pasan su tiempo en discusiones que para nada sirven y que pueden ocasionar dificultades a
sus oyentes[6]. Y yo, si viese que esta nimiedad se ha 2
introducido recientemente en sus discursos y que ponen todo su empeño en la novedad de sus descubrimientos, no me asombraría tanto de ellos; pero ¿quién hay ahora que haya comenzado tan tarde a instruirse que no sepa que Protágoras y los sofistas de su época nos dejaron obras de estas características e incluso mucho más faltas de argumento?

¿Cómo alguien podría sobrepasar a Gorgias[7], que se 3
atrevió a decir que de lo que hay nada existe, o a Zenón[8], que intentó mostrar una misma cosa como posible

---

[5] Cf. PLAT., *Sofista* 240 C.

[6] Nuevo ataque a Antístenes y Platón, según JAEGER, *Paideia*..., pág. 845, nota 48 a.

[7] En *Sobre el cambio de fortunas* 268 se recuerdan las teorías de Gorgias y Meliso.

[8] Zenón de Elea, discípulo de Parménides.

e imposible, o a Meliso que, siendo infinito el número de las cosas que existen, intentó descubrir pruebas de
4 que todo es una sola cosa? Pero, a pesar de que aquéllos demostraron con tanta claridad que es fácil desarrollar un discurso falso sobre lo que uno se proponga, aún pasan el tiempo en el mismo tópico; a esta gente le hacía falta, alejándose de esa charlatanería que finge convencer[9] con palabras, pero que en los hechos está
5 refutada desde hace mucho tiempo, buscar la verdad y enseñar a sus discípulos los sistemas de gobierno por los que nos regimos, y ejercitar su experiencia en éstos, pensando que es mucho más importante tener una opinión razonable sobre cosas útiles que saber con exactitud cosas inútiles[10], y sobresalir un poco en lo grande que destacar mucho en lo pequeño y en lo que nada
6 ayuda para la vida. Pero no se ocupan de otra cosa que de sacar dinero a los jóvenes. Y es su filosofía sobre las discusiones la que puede hacerlo; porque ellos, sin pensar ni en lo privado ni en lo público, disfrutan muchísimo con esta clase de discursos, inútiles del todo.
7 Hay que tener mucha indulgencia con los jóvenes que piensan así; pues en todos los asuntos continúan inclinados a lo más extraño y maravilloso; pero hay que criticar a los que fingen educar porque acusan a los que no respetan los contratos privados y a los que se sirven de discursos para la injusticia, pero ellos mismos hacen cosas peores; pues los primeros perjudican a desconocidos, pero los segundos dañan en gran manera a sus
8 discípulos. Y tanto se han entregado a la confección de falsos discursos, que incluso algunos, al ver que han

---

[9] Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 846, nota 49, Isócrates se burla aquí del término técnico socrático *elénchein* (convencer).

[10] Cf. nota 8 del discurso *Contra los sofistas;* esta antítesis entre conocimiento (*epistêmē*) y opinión (*dóxa*) ya la presentaba Sófocles en *Ayante* 942 y *Traquinias* 590 ss. entre *phroneîn* y *dokeîn.*

sacado provecho de esto, se atreven a escribir cómo la
vida de los mendigos y de los desterrados es más envi-
diable que la de los demás hombres [11] y consideran que,
si pueden decir algo sobre asuntos viles, eso es una
prueba de que fácilmente tendrán éxito en los de mayor
importancia. Y lo que me parece más ridículo de todo 9
es el intentar convencer con tales discursos de que
poseen el arte de los asuntos políticos, cuando les es
posible demostrarlo en lo mismo que proclaman; por-
que a los que disputan sobre la inteligencia y andan
diciendo que son sofistas, les conviene destacar y mos-
trar que son superiores a la gente común, no en lo que
ha sido pasado por alto por los demás, sino en lo que
todos rivalizan. Ahora, en cambio, hacen lo mismo que 10
si uno fingiera ser el más fuerte de los atletas y des-
cendiese a donde ningún otro estimaría digno. Porque
¿qué hombre bien intencionado intentaría alabar las
desgracias? Está claro que se refugian en esto por debi-
lidad. Porque de obras así hay una sola salida, que no 11
es difícil descubrir ni aprender ni imitar; en cambio,
los discursos de carácter general, los convincentes y los
semejantes a éstos se descubren y pronuncian gracias a
muchos procedimientos y circunstancias difíciles de
aprender, y es tan complicada su composición como es
más trabajoso hablar con solemnidad que con ligereza
y tratar en serio algo que tomarlo a broma [12]. Y la prue- 12
ba más fehaciente es ésta: de los oradores que quisieron
elogiar a los mosquitos, a las sales y a cosas semejan-
tes [13], ninguno careció jamás de palabras; pero los que
intentaron hablar sobre cosas reconocidas como buenas,

---

[11] Se condena aquí el individualismo y cosmopolitismo éticos de los socráticos radicales Antístenes y Aristipo (Jaeger, *Paideia...*, pág. 855).

[12] Se dicen cosas parecidas en *Contra los sofistas*, 16 ss., *Panegírico*, 7 ss. y *Sobre el cambio de fortunas*, 46 ss.

[13] Cf. Plat., *Banquete* 177, y Luciano, *Elogio de la mosca*.

hermosas y distinguidas por su virtud, todos han hablado de manera muy inferior a las posibilidades existen-
13 tes. Porque no es propio de una misma manera de pensar hablar de forma apropiada a una y otra cosa; por el contrario, es fácil exagerar con palabras las cosas pequeñas, pero difícil lograr la grandeza de las que así son; también es raro sobre cosas que tienen fama, encontrar algo que nadie haya dicho antes, pero sobre cosas modestas y humildes cualquier cosa que uno diga, es completamente original.

14 Por eso, de todos los que quisieron pronunciar bellos discursos, alabo sobre todo al que escribió sobre Helena [14], porque se acordó de una mujer de tal categoría que sobresalió mucho por su origen, belleza y fama. Pero también a éste se le pasó por alto un pequeño detalle: dice que ha escrito un elogio de ella, pero resulta que ha hecho una defensa de lo que ella hizo [15]. En uno y otro caso el discurso no se construye con los mismos procedimientos ni trata de hechos idénticos, sino todo lo contrario; pues conviene defender a los que están acusados de delinquir, y elogiar, en cambio, a los que sobresalen en algo bueno.

Y para que no parezca que hago lo más fácil, criticar a los demás sin presentar mi propia opinión, intentaré hablar sobre la misma Helena, tras dejar a un lado todo lo dicho por otros.

15 Tomaré, pues, como comienzo de mi discurso el comienzo de su linaje. Habiendo muchos semidioses que eran hijos de Zeus [16], sólo de esta mujer consintió ser

---

[14] Se refiere sin duda a Gorgias.

[15] Esta crítica a Gorgias la hace Isócrates desde un principio aceptable a los socráticos.

[16] La nómina de los hijos de Zeus es muy extensa: Éaco, Heracles, Anfión, Zeto, Perseo, Dárdano, Jasio, Minos, Radamanto, Épafo, Arcadio, Sarpedón, Helena, los Dioscuros, Hermes, Argos, Pelasgo, Tántalo, Dioniso, Lacedemón.

llamado padre. Y aunque Zeus se interesó muchísimo 16
por el hijo de Alcmena y por los de Leda, amó a Helena mucho más que a Heracles, hasta el punto de que a éste le dio la fuerza, que permite dominar a los demás por la violencia, y a ella, en cambio, le asignó la belleza que por naturaleza gobierna incluso a la misma fuerza.
Y como Zeus sabía que las distinciones y las glorias no 17
resultan de la tranquilidad, sino de las guerras y combates, y quería no sólo elevar sus personas al rango de dioses, sino también que dejaran en pos de sí una fama inolvidable, hizo la vida de Heracles trabajosa y amante del peligro, y notable y disputada la naturaleza de Helena.

En primer lugar, Teseo, llamado hijo de Egeo, pero 18
nacido de Poseidón[17], después de ver a Helena, que todavía no estaba en la flor de la edad, pero ya sobresalía de las demás, quedó tan prendado de su belleza él, acostumbrado a vencer a los demás, que a pesar de tener una patria muy ilustre y un reino muy sólido pensó que no merecía la pena vivir con los bienes que le
rodeaban sin la compañía de aquélla; y puesto que no 19
podía obtenerla de sus tutores, que esperaban la madurez de la muchacha y el oráculo de la Pitia, tras despreciar el poder de Tíndaro[18] y desdeñar la fuerza de Cástor y Polideuces[19], tener en poco todos los peligros que había en Lacedemonia, y raptarla por la fuerza, la
instaló en Afidna[20], del Ática. Tanta gratitud tuvo Teseo 20
a Pirítoo[21], su cómplique en el rapto, que cuando éste

---

[17] Cf. Apolodoro, III 216; Pausanias, II 38, 1, y Plutarco, *Teseo* 3.

[18] Padre putativo de Helena.

[19] Hermanos de Helena.

[20] Una tradición decía que el nombre de esta localidad procedía de Afidno, a quien Teseo confió a Helena y Etra cuando acompañó a Pirítoo al Hades.

[21] Hijo de Zeus o de Ixión, rey de los lapitas.

quiso pretender a Core[22], hija de Zeus y Démeter, y le invitó a bajar con él al Hades, ya que no fue capaz de persuadirle a desistir, aunque el peligro era manifiesto, con todo lo acompañó; pues pensaba que para pagar aquel favor no podía rehusar nada de lo que Pirítoo pidiese, en compensación a los peligros corridos por aquél en su compañía.

21 Y si el que hizo esto fuera un cualquiera y no un hombre muy notable, no quedaría claro si mi discurso es un elogio de Helena o un ataque a Teseo; pero ahora descubriremos que los demás hombres ilustres estuvieron faltos o de valor o de sabiduría o de alguna otra cualidad parecida y que sólo Teseo no careció de nin-
22 guna, sino que adquirió la virtud por completo. Me parece que conviene hablar sobre él con más amplitud; pues creo que la garantía mejor para los que quieran elogiar a Helena es demostrar que quienes la amaron y admiraron eran también ellos más dignos de admiración que los demás. Porque lo que ha ocurrido en nuestra época es natural que lo juzguemos con nuestra propia manera de pensar, pero en hechos antiguos conviene que nos mostremos de acuerdo con las personas sensatas de aquel tiempo.

23 Lo más hermoso que puedo decir de Teseo es que, nacido en la misma época que Heracles, tuvo una fama comparable a la de aquél. Pues no sólo se proveyeron de armas semejantes, sino que adaptaron las mismas costumbres, haciendo lo que convenía a su linaje común, pues nacidos de dos hermanos, el uno de Zeus, el otro de Poseidón, tuvieron hermanas también las aficiones. Pues ellos fueron los únicos de los antepasados que se hicieron campeones en defensa de la vida humana.
24 Y resultó que uno sufrió los peligros más renombrados y mayores y el otro los más útiles y provechosos para

[22] También llamada Perséfone.

los griegos. A Heracles, Euristeo[23] le mandó conducir los bueyes de Eritea[24], traer las manzanas de las Hespérides, hacer subir a Cerbero del Hades y otros trabajos semejantes, que no beneficiaron a los demás aunque él personalmente pasó peligros.

En cambio, Teseo, señor de sí mismo, eligió aquellos 25
combates que le hicieron convertirse en bienhechor de los griegos y de su propia patria. Al toro lanzado por Poseidón, que devastaba el país y al que nadie se atrevía a hacer frente, él solo lo redujo y liberó de una gran miedo y de un gran apuro a los que habitaban la ciudad; y, tras esto, habiéndose aliado a los lapitas[25], 26
luchó contra los Centauros, seres de doble naturaleza, que dotados de una rapidez, fuerza y osadía extraordinaria, arrasaban unas ciudades, intentaban devastar otras, y amenazaban a algunas otras; Teseo, tras vencer a los Centauros en combate, frenó primero su osadía, y no mucho tiempo después borró su raza de entre los hombres.

Por la misma época nuestra ciudad enviaba, de acuer- 27
do con el oráculo, un tributo de siete muchachos y siete muchachas al monstruo criado en Creta[26], nacido de Pasífae, hija de Helios. Teseo, al ver cómo eran llevados y escoltados delante del pueblo entero hacia una muerte injusta y evidente, y que eran llorados aún vivos, se indignó tanto que pensó que era preferible morir antes que vivir gobernando una ciudad obligada por sus enemigos a pagar un tributo tan lamentable. Y, habién- 28
dose embarcado con ellos, venció al ser mezcla de hom-

---

[23] Euristeo, rey de Micenas, impuso a Heracles los Doce Trabajos.

[24] Una isla cercana a las costas de España (cf. HERÓD., IV 8).

[25] Pueblo mítico de Tesalia. Durante la boda de su rey Pirítoo les atacaron los Centauros. Teseo defendió a Pirítoo y de ahí su alianza y amistad.

[26] El Minotauro; sobre el tributo humano, cf. PLAT., *Fedón* 58 A.

bre y toro, que tenía la fuerza que corresponde a la fusión de tales cuerpos, salvó a los muchachos, los devolvió a sus padres y liberó a la ciudad de aquel mandato tan injusto, terrible y sin remedio.

29 No sé cómo voy a utilizar sus restantes hazañas; pues, conociendo las empresas de Teseo y habiendo comenzado a hablar de ellas, no me atrevo a dejarlo en la mitad y pasar por alto el delito de Espirón [27], de Querquión [28] y de otros semejantes, contra los que luchó, librando a los griegos de muchas y grandes desgracias; pero sé que me salgo fuera de lo que ahora es oportuno y temo dar la impresión de que me ocupo más de este personaje que del que tomé como tema al principio del
30 discurso. De estas dos alternativas escojo dejar de lado muchas cosas, porque algunos las oirían con disgusto y prefiero enumerar el resto de la forma más resumida que pueda; así contentaré a aquéllos y a mí mismo, y no seré totalmente vencido por los que acostumbran a despreciar y a criticar a todos los oradores.

31 Teseo mostró, en efecto, su valor en aquellas hazañas en que corrió peligro él sólo; su conocimiento de la guerra en los combates en que luchó con toda la ciudad; su piedad hacia los dioses en las súplicas que le hicieron Adrasto y los niños de Heracles [29] —pues a éstos los salvó, después de vencer en combate a los peloponesios, y a aquél le entregó los muertos ante la ciudad cadmea para que los enterrara, contra la voluntad de los tebanos [30]—, sus otras cualidades y su prudencia en lo ya citado y sobre todo en cómo gobernó
32 su ciudad. En efecto, al ver que quienes intentan gober-

[27] Bandido de Mégara, que arrojaba a los caminantes al mar, donde una tortuga los devoraba.

[28] Hijo de Poseidón, que retaba a los viajeros a un combate de lucha libre y los mataba.

[29] Cf. EURÍPIDES, *Heraclidas*.

[30] Cf. EUR., *Suplicantes*, y ESQUILO, *Siete contra Tebas*.

nar a los ciudadanos por la fuerza son esclavos de otros, que los que ponen en peligro la vida de los demás viven ellos mismos con mucho miedo, y se ven obligados a guerrear ya con sus ciudadanos contra los atacantes de fuera, ya con tropas de fuera contra sus conciudadanos, que, además, destruyen los templos de los dioses, 33
matan a los mejores ciudadanos, desconfían de sus más íntimos, y no viven con más gusto que los condenados a muerte, sino que envidiados por lo externo, sufren en su interior más que otros —porque ¿qué hay más 34
doloroso que vivir siempre con el temor de que alguno de los compañeros te mate, y temer no menos a los guardias que a los conspiradores?—, odió todo esto, pensó que individuos así no son gobernantes, sino enfermedades de las ciudades [31], y demostró que es fácil gobernar y al mismo tiempo no hallarse peor que quienes viven como ciudadanos en plan de igualdad.

En primer lugar, reunió en un mismo sitio a la ciu- 35
dad, que estaba dispersa y distribuida en aldeas [32], y la hizo tal que aún ahora desde aquel tiempo es la mayor de las griegas; tras esto, estableció una patria común, dio libertad a los espíritus de sus conciudadanos e hizo que para ellos hubiera iguales oportunidades para rivalizar en el mérito, confiando que sería su jefe, tanto si llevaban una vida activa como si permanecían despreocupados; sabía que son honores más agradables los que proceden de hombres inteligentes que de esclavos.

Tan lejos estuvo de llevar a cabo algo contra la vo- 36
luntad de los ciudadanos, que hizo al pueblo señor de la política, y ellos le estimaron sólo a él digno de gobernarles, pensando que era más fiable y más igualitaria la

---

31 La comparación con los terminos propios de la medicina es frecuente en toda la prosa ática, especialmente desde TUCÍDIDES; no hay que olvidar que la medicina fue la ciencia griega más prestigiosa y avanzada.

32 Cf. TUC., II 15.

monarquía de aquél que su propia democracia. Pues no mandaba, como otros, los trabajos a los demás y disfrutaba él sólo de los placeres, sino que compartía los peligros y distribuía a todos por igual los provechos.
37 Pasó su vida sin ser objeto de intrigas, sino amado, y no mantuvo su poder con el apoyo de una fuerza extranjera, sino escoltado por el afecto de los ciudadanos, con el poder de un soberano absoluto, pero con las buenas acciones de un jefe popular; con tanta justicia y amor gobernaba, pues, la ciudad que, incluso ahora, queda en nuestras costumbres huella de su afable mesura.

38 Y a la que nació de Zeus, que alcanzó tanta virtud y prudencia, ¿cómo no va a haber que elogiarla, honrarla y juzgar que fue la más sobresaliente de las mujeres que han existido jamás? Pues no podríamos, de cierto, aducir un testigo más digno de confianza ni un juez más capaz de las buenas cualidades que Helena tuvo, que la opinión de Teseo. Pero para que no parezca que pierdo el tiempo en el mismo tema por falta de ideas, ni que me sirvo de un solo hombre para elogiarla, quiero tratar también de lo que ocurrió después.

39 Tras la bajada de Teseo al Hades, ella volvió a Lacedemonia; tenía edad de desposarse, y todos los que entonces reinaban y tenían poder tuvieron sobre ella la misma opinión; porque, aunque podían tomar mujeres principales en sus propias ciudades, despreciaron los
40 matrimonios locales y fueron a pretenderla. Y cuando aún no había sido elegido el que se casaría con ella, sino que la suerte era todavía igual, tan claro estaba para todos que Helena sería causa de combate que, tras reunirse, se dieron garantía entre ellos de que ayudarían [33], si alguno la raptase, al que fuera declarado digno de tomarla, pensando cada uno que para sí se prepa-

[33] Cf. Eur., *Ifigenia en Aulide* 55 ss.

raba esta ayuda. Y con esta esperanza interior se engañaron todos menos un solo varón, pero ninguno de ellos se equivocó en la opinión común que tuvieron sobre ella. En efecto, transcurrido no mucho tiempo, se suscitó entre las diosas una discusión sobre la belleza, de la que fue juez Alejandro[34], el hijo de Príamo; Hera le ofrece reinar sobre toda Asia, Atenea vencer en las guerras, y Afrodita, el matrimonio con Helena; como no pudo hacer un juicio sobre sus cuerpos, porque estaba amedrentado ante la vista de las diosas, forzado a ser juez de sus regalos, escogió la convivencia con Helena en lugar de todo lo demás y no miró los placeres —aunque también esto es preferible a muchas cosas para la gente inteligente, pero, con todo, no pensó en ello—, sino que deseó llegar a ser yerno de Zeus, pensando que este honor era mucho mayor y más bello que la realeza de Asia, y que los grandes poderes y gobiernos alguna vez caen en manos de hombres viles, pero que de tal mujer ninguno de los hombres venideros sería considerado digno; aparte de estas consideraciones, no había mayor fortuna para dejar a los hijos que hacerles descendientes de Zeus no sólo por parte de padre, sino también de madre.

41 (margin, line 1)
42 (margin, line 8)
43 (margin, line 15)

Sabía, en efecto, que las demás prosperidades rápidamente se derrumban, pero que la nobleza de nacimiento siempre permanece; así, esta elección resultaría beneficiosa para todo su linaje, pero los demás dones sólo lo serían para el tiempo que él viviera. 44

Nadie que sea inteligente podría censurar estos razonamientos, pero algunos de los que no piensan para nada en la circunstancia anterior, sino que sólo miran 45

[34] Alejandro parece la traducción griega del nombre frigio Paris; en los poemas homéricos se le llama de ambas formas, incluso, a veces, con los dos simultáneamente (MATHIEU, *Isocrate*..., I, pág. 173, nota 2). La leyenda del juicio de Paris se remonta a los *Cantos Ciprios* de ESTASINO.

lo ocurrido, le vituperaron; es fácil que todos se den
cuenta de la insensatez de estos últimos, si se toma
como punto de partida las acusaciones que le hicieron.
46 Pues, ¿cómo podrían menos de haber quedado en ri-
dículo, si piensan que su naturaleza es superior a la del
elegido por las diosas?, pues no harían a cualquiera
juez de lo que las puso en tanta discordia; por el con-
trario, está claro que escogerían al mejor como juez de
la rivalidad tan grande que tenían, según el cuidado que
47 pusieron en el asunto. Hay que examinar qué clase de
hombre era Alejandro y hacerse una opinión sobre él,
no por el enfado de las que perdieron, sino por los
motivos por los que todas quisieron elegir su criterio.
Pues nada impide que incluso los que son inocentes lo
pasen mal a manos de los más poderosos; pero haber
alcanzado un honor tan grande como es llegar a ser
juez de las diosas siendo un mortal, no es posible sino
48 al que destaca mucho por su conocimiento. Me causa
asombro que alguno piense que ha decidido mal quien
escogió vivir con una mujer por la que muchos semi-
dioses quisieron morir. ¿Cómo no iba a ser un insen-
sato, si, habiendo visto a las diosas rivalizar sobre la
belleza, él despreciase precisamente la belleza y juzgase
que esta mujer no era el mayor de los dones, cuando
veía que aquéllas discutían muchísimo por ella?

49 ¿Quién desdeñaría el matrimonio con Helena cuando,
al ser raptada, los griegos se indignaron tanto como si
toda Grecia hubiera sido asolada y los bárbaros, en
cambio, se ufanaron tanto como si a todos nosotros nos
hubieran dominado? Está claro qué posturas adoptaron
unos y otros. Pues, aunque habían tenido antes muchas
disensiones entre ellos, por encima de eso se mante-
nían en paz, pero por Helena se enzarzaron en una
guerra de tal magnitud, que no sólo por su enorme
violencia, sino por su duración y por la cantidad de los
50 preparativos, nunca jamás hubo otra semejante. Unos

podían, devolviendo a Helena poner fin a sus males presentes, y los otros, desentendiéndose de ella, vivir sin miedo el tiempo que les quedara; pero ni unos ni otros lo quisieron; antes bien, unos vieron con indiferencia sus ciudades destruidas y la tierra arrasada por no devolverla a los griegos, y los otros prefirieron envejecer quedándose en tierra extraña y no volver a ver a los suyos antes que regresar a sus patrias tras abandonarla.
Y hacían esto no por su afición a disputar en favor de 51
Alejandro o de Menelao, sino unos por Asia, y los otros por Europa, pensando que allí donde viviese la persona de Helena, esa tierra sería la más feliz.

Y se produjo tal afición a las penalidades y a aquella 52
expedición militar, no sólo entre los griegos y los bárbaros, sino entre los dioses, que no apartaron a sus hijos de los combates librados en torno a Troya; por el contrario, aunque Zeus conocía el destino de Sarpedón [35], la Aurora el de Memnón [36], Poseidón el de Cicno y Tetis el de Aquiles, con todo, les impulsaron y dirigieron; pensaban que era más hermoso para ellos morir 53
luchando por la hija de Zeus que vivir apartados de los peligros que por ella se corrían. ¿Por qué maravillarse de lo que los dioses pensaron sobre sus hijos? Pues ellos mismos trabaron un combate mucho más grande y terrible que el que sostuvieron contra los gigantes; contra aquéllos lucharon unos al lado de otros, pero por Helena lucharon entre sí mismos.

Los dioses razonaron de manera lógica y yo voy a 54
utilizar ponderaciones semejantes para hablar sobre Helena. Poseyó en su más alto grado la belleza, que es lo más venerado, honroso y divino de las cosas que existen. Es fácil comprender su poder; pues muchas cosas

---

[35] Sarpedón, hijo de Zeus y Laodamia, aparece destacado en *Ilíada* V y XVI; murió a manos de Patroclo.

[36] Memnón, hijo de la Aurora y de Titono, fue muerto por Aquiles. Cicno también.

que no participan de valor, sabiduría o justicia apare-
cen más estimadas que cada una de estas cualidades,
pero las que carecen de belleza, en nada las hallaremos
atractivas, sino todas despreciables, excepto cuantas
participen de esta apariencia; y la virtud es muy apre-
ciada precisamente por esto, porque es la más bella de
55 las maneras de ser. Cualquiera podría comprender cuán-
to se destaca de las cosas que existen, por cómo nos-
otros mismos nos comportamos con cada una de ellas.
En efecto, las demás cosas que podemos necesitar, las
queremos sólo conseguir y no sufrimos por ellas más
en nuestro espíritu; pero el deseo de lo hermoso nos
es innato y tiene una fuerza mucho mayor que la refle-
56 xión, porque también el asunto es más importante. Envi-
diamos a los que destacan por su inteligencia o por
alguna otra cualidad, a no ser que nos atraigan por
comportarse bien con nosotros cada día y nos obliguen
a amarles, pero tan pronto como vemos a personas
hermosas nos hacemos sus amigos y sólo a ellos como
57 a dioses no nos cansamos de servirles. Con más gusto
preferimos servir a los que son así que mandar sobre
otros, y tenemos más gratitud a los que nos mandan
muchas cosas que a los que nada ordenan. Censuramos
y llamamos aduladores a los que están dominados por
otro poder, pero a los que sirven a la belleza los con-
sideramos gentes de buen gusto y esforzados.

58 Tanta veneración y cuidado usamos con esta forma
ideal, que a los hermosos que se prostituyeron por di-
nero y ordenaron mal su propia juventud los infamamos
más que a los que pecan contra los cuerpos de otros;
y cuantos guardaron su juventud inaccesible a los mal-
vados, haciendo de ella como un santuario, a esos, du-
rante toda su vida, los honramos como si hubieran
hecho algún bien a toda la ciudad.

59 ¿Para qué perder el tiempo contando opiniones huma-
nas? Zeus, el que todo lo puede, muestra su fuerza en

otras cosas, pero considera oportuno acercarse a la belleza en plan humilde. Semejante a Anfitrión, llegó a Alcmena; ocultándose con oro, visitó a Dánae; hecho cisne, se refugió en el regazo de Némesis[37], y, de nuevo, tomó este aspecto para unirse a Leda; aparece siempre en busca de tal tipo de naturaleza con habilidad, mas no con violencia.

Y se honra tanto más a la belleza entre los dioses 60
que entre nosotros, que incluso disculpan a sus mujeres cuando son vencidas por ella. Cualquiera podría señalar a muchas inmortales que fueron seducidas por la belleza de un mortal; ninguna intentó que se olvidase lo ocurrido como si fuera una vergüenza, sino que, por ser bello lo sucedido, quisieron que fuera cantado en himnos más que mantenido en silencio. La mayor prueba de lo dicho es que encontraríamos a muchos más que han llegado a inmortales por su belleza que por todas las demás virtudes.

Entre ellos, Helena se destacó en la misma medida en 61
que su aspecto fue superior. Pues no sólo alcanzó la inmortalidad, sino que obtuvo un poder igual al de los dioses; y en primer lugar, a sus hermanos, ya sometidos por el destino, los hizo dioses, y, queriendo que la transformación fuera convincente, les dio honores tan patentes que, cuando son vistos por los que corren peligros en el mar, salvan a cuantos les invocan piadosamente. Después, demostró a Menelao tal agradecimiento 62
por las penalidades y peligros que por ella había soportado, que cuando estaba destruido todo el linaje de los Pelópidas y a punto de caer en males irremediables, le libró de estas desgracias, y le transformó de hombre mortal en dios, le hizo vivir con ella y estar a su lado

[37] La leyenda de Némesis (con culto en Ramnunte y Esmirna) se parece a la de Leda; ya aparece en Hesíodo, *Teogonía* 233, *Trabajos y Días* 197-201. En los *Cantos Ciprios* aparece como madre de Helena.

63 para toda la eternidad. De estos hechos, la ciudad de los espartanos, que conserva con mucho cuidado la tradición, puede servirme de testigo por sus obras; pues aún ahora, en Terapna[38] de Laconia, les hacen sacrificios sagrados y tradicionales, no como a héroes, sino como a dioses que son los dos.

64 Helena mostró también su poder al poeta Estesícoro[39]; porque cuando al empezar una oda dijo algo impío sobre ella, se levantó privado de la vista, y cuando, al saber la causa de la desgracia hizo la llamada *Palinodia*,
65 de nuevo le volvió a su primitiva naturaleza. Y dicen algunos de los poetas homéricos que, habiéndose aparecido una noche a Homero, le ordenó componer versos sobre los que lucharon en Troya, con la intención de que la muerte de aquellos héroes fuera más envidiable que la vida de los demás; y que su poesía resulta tan encantadora y renombrada entre todos, en parte gracias al arte de Homero, pero sobre todo, por ella.

66 Así, como tiene poder tanto para castigar como para mostrar gratitud, es preciso que los que sobresalen por sus riquezas la hagan propicia y la honren con ofrendas, sacrificios y las demás súplicas, y que los filósofos intenten decir algo sobre ella digno de sus cualidades; pues corresponde a los espíritus instruidos hacer tales primicias.

67 Es mucho más lo que ha quedado por decir que lo que se ha dicho. Porque, aparte de las artes, filosofías y otras ventajas que uno podría referir a aquélla o a la guerra de Troya, pensaríamos con justicia que Helena es la causa de que no estemos esclavizados por los bárbaros. Descubriremos, en efecto, que los griegos se pusieron de acuerdo por su causa e hicieron una expe-

---

[38] Localidad muy cercana a Esparta.

[39] Estesícoro de Hímera (640-555 a. C. aprox.). Nacido en el sur de Italia, pasó la mayor parte de su vida en Hímera (Sicilia). Plat., *Fedro* 243 A recoge su leyenda y tres versos de su poema.

dición común contra los bárbaros, y que entonces, por vez primera, Europa levantó un trofeo en Asia; y a 68 causa de estas acciones cambiamos tanto que, en la época anterior, los bárbaros que no tenían éxito en su tierra se consideraban capaces de gobernar ciudades griegas —Dánao[40], huido de Egipto, sometió Argos; Cadmo[41], el sidonio, reinó sobre Tebas; los carios se asentaron en las islas[42]; Pélope[43], hijo de Tántalo, se apoderó de todo el Peloponeso— mientras que, tras aquella guerra, nuestra raza tomó un incremento tan grande como para quitar a los bárbaros grandes ciudades y mucho territorio[44]. Si algunos quisieran conti- 69 nuar este tema y ampliarlo, no carecerán de motivo para poder elogiar a Helena, aparte de lo dicho; por el contrario, encontrarán muchos y extraordinarios argumentos para hablar sobre ella.

---

[40] Hijo de Belo, tío de Poseidón, hermano de Egipto, padre de las 50 Danaides (cf. Esquilo, *Suplicantes*). Venció a Gelanor, rey argivo (Pausanias, II 19, 3 ss.). Sus descendientes se llamaron dánaos (cf. *Ilíada* I 42).

[41] Hijo de Agenor (o de Fénix), recorrió medio mundo hasta que el oráculo de Delfos le ordenó seguir a una vaca y fundar una ciudad en el lugar en el que el animal se detuviera. De esta forma fundó la ciudad «cadmea» (Tebas) en Beocia (*Boiōtía*, de *boũs* «vaca»).

[42] Cf. Tuc., I 4.

[43] Su padre Tántalo, para probar la sabiduría de los dioses, lo cocinó y se lo sirvió a éstos en un banquete. Todos los dioses notaron la trampa, salvo Deméter, que inadvertidamente comió un trozo; los dioses lo resucitaron y reemplazaron con marfil la parte del hombro comida por Deméter (cf. Píndaro, *Olímpica* I 40 ss., Eur, *Ifigenia entre los Tauros* 387 ss.). Pretendiente de Hipodamía, tuvo que participar en la célebre carrera de carros de Pisa, y logró la victoria y con ella la mano de Hipodamía gracias a la traición del auriga Mirtilo. De su nombre deriva el del Peloponeso.

[44] Heród., I 1-5.

BUSIRIS (XI)

El *Busiris* es un ensayo de «elogio» parecido al de Helena; pero esta vez estamos aún más cerca de un juego retórico, antecedente de los «elogios paradójicos» que serán muy cultivados por la segunda sofística del siglo II d. C.

En principio Isócrates escribe su *Busiris* para contestar a un tal Polícrates, ateniense avecindado en Chipre. Este Polícrates, para huir de la miseria se había dedicado a la profesión de sofista hacia el año 380 a. C. y había conseguido cierto prestigio en Atenas; efectivamente, se le menciona en obras retóricas posteriores, entre Antifonte, Trasímaco, Anaxímenes e Iseo. Las obras más famosas de Polícrates eran un *Elogio de Busiris* y una *Acusación de Sócrates*.

Busiris, rey mítico de Egipto, y ejemplo de la falta de hospitalidad de los egipcios, era un personaje familiar para los griegos: Eurípides había hecho sobre él un drama satírico (frag. 315), y Epicarmo una comedia. La atribución a Burisis de teorías políticas es similar a la que hace Platón en la *República*. Posiblemente Isócrates conocía las instituciones egipcias por el libro II de la *Historia* de Heródoto y atribuyó a Busiris la creación de estas instituciones siguiendo el argumento sofístico de la probabilidad. Este uso del mito lo emparenta con algunos de los seguidores de Sócrates como Platón, Antístenes y Jenofonte [1].

La obra no es de gran calidad y se puede fechar hacia el año 385 a. C.; Jebb piensa en el 390, Blass en el 391. Mikkola coincide con la fecha que da Jebb, sin seguridad.

---

[1] Así piensa G. Kennedy, *The Art...*, pág. 181.

Argumento de un escritor desconocido

Isócrates escribe este discurso contra Polícrates, un sofista que llegó a esta profesión forzado por su pobreza. Polícrates era ateniense, pero ejercía la sofística en Chipre. Isócrates le escribe en plan amistoso rectificándole manifiestamente porque se había equivocado en los discursos que escribió, el *Elogio de Busiris* y la *Acusación de Sócrates*. Pues Polícrates fue el que hizo el discurso de acusación contra Sócrates para que Ánito, Meleto y otros de su entorno le acusaran e hicieran morir. Le acusaban de que introducía nuevas divinidades entre los atenienses diciendo que había que adorar a los pájaros, perros y cosas semejantes, y por eso corrompía a sus jóvenes discípulos. Algunos se preguntaron por qué motivo Isócrates no llegó a atacar claramente ese discurso contra Sócrates, si es que se preocupa por su maestro, y a esto respondemos: para que no se enfadaran los atenienses que acababan de votar contra Sócrates. Pues habría parecido que les censuraba que hubieran votado equivocadamente. Porque también ellos más tarde, cambiando de opinión, pensaron que actuaron impíamente al votar contra Sócrates y luego fueron castigados con la peste que cayó sobre ellos a causa de la muerte de Sócrates [2]. Él murió bajo el arcontado de Laques, y desde entonces ordenaron que no se hablara de Sócrates en público, como podría ser en un teatro. Se cuenta que como Eurípides quisiera hablar sobre él y tuviera miedo, compuso el *Palamedes*, para tener oportunidad de referirse a Sócrates y a los atenienses, «matasteis, matasteis al mejor de los griegos» *(ekánete*, esto es, *ephoneúsate)*. Todo el teatro comprendió y lloró, porque Eurípides aludía a Sócrates [3]. Como dijimos, Isócrates escribe este discurso a Polícrates para criticarle. Y si alguno buscara el motivo por el que no se refirió al otro discurso que Polícrates escribió contra Sócrates, responderemos, como ya hicimos

---

[2] Grave error histórico; la peste atacó Atenas durante los años 430-427 a. C., mientras que el proceso, condena y muerte de Sócrates sucedieron el 399 a. C.

[3] De nuevo error histórico. Eurípides murió en Macedonia el año 406 a. C. Imposible, por tanto, que se refiriera a Sócrates.

antes, que era para que no se irritasen con él los atenienses que acababan de votar en contra.

El argumento del *Busiris* es el siguiente: Busiris era hijo de Libia y de Poseidón; nació en tierra libia, pero desdeñó vivir allí, y escogió Egipto, donde funda una ciudad con su mismo nombre, Busiris, que todavía ahora se llama así[4]. Se le acusó de que expulsaba a los extranjeros y los sacrificaba. Polícrates, como sofista y logógrafo, quiso escribir una defensa de Busiris y de aquello que se le acusaba. Por eso Isócrates le censura y le aconseja cómo debe escribir un elogio. Debido a esto, este discurso es uno de los *Cuatro Elogios*.

Conozco, Polícrates, tu honradez y el cambio que has 1
dado a tu vida por haberme enterado por otros; pero,
después de leer yo mismo algunos de los discursos que
tienes escritos, gustosamente te hablaría con franqueza
de la educación a la que debes consagrarte, pues creo
que a los que tienen mala suerte sin merecerla y buscan
sacar algún dinero de la filosofía[5] conviene que, volun-
tariamente, les den esta ayuda todos cuantos han traba-
jado más y más se han perfeccionado; y ya que nunca 2
nos hemos encontrado, si un día nos vemos, podremos
trabar conversación por extenso sobre otros asuntos;
pero me ha parecido que debía escribirte aquello en lo
que actualmente pueda ayudarte, ocultándoselo lo más
posible a los demás. Sé, en efecto, que a la mayoría de 3
los que son amonestados les es innato no apreciar los
consejos, sino que oyen lo que se les dice con tanta
irritación cuanto mayor sea el detalle con el que algu-
no examine sus errores. Con todo, los bienintencionados
no deben temer el soportar esa enemistad, sino que han

---

[4] La actual ciudad de Abousir.

[5] Alusión a los motivos de Polícrates para dedicarse a la filosofía; Kennedy, *The Art...*, pág. 180, señala que esta referencia al instinto mercenario está plenamente de acuerdo con lo que Sócrates y su escuela pensaban sobre esto.

de intentar cambiar la manera de pensar de los que así
4 se portan con los que les aconsejan. Al haberme dado cuenta de que estás muy orgulloso de tu *Apología de Busiris* y de tu *Acusación de Sócrates*, intentaré aclararte que en ambos discursos te equivocaste más de lo necesario. Pues cuando todos saben que es preciso que los que quieren elogiar a otros les atribuyan mayores cualidades de las que tienen en realidad, y que los
5 acusadores hagan lo contrario, tú estuviste tan lejos de usar esto en tus discursos que, afirmando defender a Busiris, no sólo no le libraste de la calumnia que se le achacaba, sino que le añadiste un delito tan grande, que nadie podría encontrar ninguno peor. Pues otros que intentaron injuriarle sólo le culpaban de que sacrificaba a los extranjeros que llegaban a su país, pero tú le acusaste también de comer a los hombres [6]. Intentaste acusar a Sócrates y, como queriendo elogiarle, le diste a Alcibíades como discípulo, cuando nadie supo que fuera educado por aquél [7], pero todos estarían de acuer-
6 do en que sobresalió muchísimo entre los griegos. Por eso, si los muertos pudieran juzgar lo que se ha dicho, Sócrates te agradecería la acusación más que los elogios que otros suelen hacerle, y Busiris, aunque hubiera sido muy suave con los demás, se irritaría tanto ante lo que

---

[6] Sobre la leyenda de Busiris, cf. HERÓD., II y 45, y APOLODORO, II 5, 7.

[7] JAEGER, *Paideia*..., pág. 953, al hablar de Jenofonte, destaca cómo las escuelas del siglo IV a. C. hacían discípulos de Sócrates a Critias y Alcibíades con la intención de desacreditar al maestro acusándole de espíritu antidemocrático. Sabemos de la estrecha relación de Alcibíades con Sócrates (cf. PLAT., *Banquete* 215 ss.). El elogio que Isócrates hizo de Alcibíades en el discurso *Sobre el tronco de caballos* podía obedecer a que era una obra encargada por el propio hijo del político, pero ahora no cabe duda de la simpatía de nuestro autor por él, fascinación que no fue el único en sentir. A pesar de ello, le criticará posteriormente en *Filipo* 58-61.

tú has dicho que no se abstendría de castigo alguno. ¿Cómo no va a avergonzarse más que a enorgullecerse quien es más amado por los que injurió que por los que elogió? Te descuidaste tanto en decir incongruencias 7
como para afirmar que Busiris envidiaba la fama de Eolo y Orfeo, pero demostraste que no se ocupó en nada de lo que ellos hicieron. ¿Qué le atribuiremos, pues, de lo que se dice de Eolo? Eolo enviaba a sus patrias a los extranjeros que iban a parar a su territorio[8], Busiris, en cambio, si hay que creer lo que dices, tras sacrificarlos, se los comía. ¿Acaso le compararemos con las 8
hazañas de Orfeo? Orfeo sacó a los muertos del Hades[9], pero Busiris hacía perecer a los vivos antes de lo señalado por el destino. Y me gustaría saber qué habría hecho si les hubiera despreciado quien, admirando la virtud de aquéllos, se muestra haciendo todo lo contrario. Y lo más extraño de todo es que, aunque te habías ocupado de genealogías, te atreviste a decir que envidió a éstos, cuyos padres ni siquiera habían nacido en su época.

Para que no parezca que hago lo más fácil, criticar lo 9
que se ha dicho [sin presentar mi propia opinión][10], intentaré aclararte en pocas palabras, tomando el mismo argumento, aunque no sea serio ni tenga elevados razonamientos, cómo hay que hacer el elogio y la defensa.

¿Quién no podría hablar fácilmente del noble origen 10
de Busiris? Su padre fue Poseidón, su madre Libia[11],

---

8 Eolo, dios de los vientos, facilitó el retorno de Odiseo a Itaca, enviándole vientos favorables (*Odisea* X 17-27).

9 Alusión al mito de Orfeo y Eurídice.

10 Las palabras entre corchetes faltan en todos los MSS. Blass, siguiendo la corrección de Γ 1, las añade; además, la misma fórmula aparece en el *Elogio de Helena* 15.

11 Llamada Lisianasa por Apolodoro y Anipe por Plutarco (*Vidas paralelas* 38), quien la hace hija del Nilo.

hija de Épafo[12], hijo de Zeus; Libia, según dicen, fue la primera mujer que reinó sobre el territorio al que dio su propio nombre. Y habiendo tenido Busiris tales padres, no se envaneció sólo de ellos, sino que creyó que debía dejar para el futuro un recuerdo de su propio valor.

11 Desdeñó el imperio materno por pensar que era inferior a su propia naturaleza, y, tras haber sometido a muchos y haber adquirido un enorme poder, estableció en Egipto la capital de su reino. Creyó que aquel lugar era el más ventajoso como residencia, no ya de los que
12 estaban a su disposición, sino de todos. Porque veía que los demás sitios no eran acomodados ni tan ajustados al ideal de universo: unos estaban inundados por las lluvias, otros arrasados por los calores, pero esta tierra estaba situada en el lugar más bello del mundo[13], y era capaz de producir muchos y variados bienes, pro-
13 tegida por la inmortal muralla del Nilo, que no sólo le proporcionaba natural defensa, sino también sustento suficiente, al ser inexpugnable e invencible para los atacantes, dócil y útil en muchas cosas para sus habitantes. Además de lo dicho, el Nilo hizo que la maestría de los egipcios en el cultivo de la tierra fuera semejante a la de los dioses; pues otros tienen a Zeus como administrador de las lluvias y las sequías, pero cada uno de los egipcios se hizo a sí mismo señor de ambas cosas.
14 Llegaron a tal colmo de felicidad, que por la bondad y naturaleza de la tierra y por la gran extensión de las llanuras disfrutaron de un continente, pero por la disposición de sus excedentes y la importación de lo que les falta, gracias a disponer del río, habitaban una isla;

---

[12] Hijo de Io y de Zeus; rey de Egipto (cf. Esquilo, *Prometeo encadenado* 850).

[13] Sin duda se refiere al Delta del Nilo, que para los griegos era el auténtico Egipto. Con palabras parecidas se refiere a Egipto Platón en el *Timeo* 24 A.

pues, al recorrerla en círculo, y regarla toda, les ha proporcionado muchas facilidades para ambas cosas.

Busiris comenzó, en efecto, por donde deben hacerlo 15
los inteligentes: ocupó el lugar más hermoso posible, y al mismo tiempo encontró el alimento suficiente para los suyos. Tras esto, los dividió en clases, a unos los dedicó a actividades sacerdotales, a otros los orientó hacia las artes, a otros, en fin, los obligó a ocuparse de los asuntos bélicos; pues creía que había que extraer lo necesario y lo superfluo de la tierra y de las artes, y que la salvaguardia más segura es el cuidado de las
cosas de la guerra y la piedad hacia los dioses. Habiendo 16
hecho todos los cálculos con los que se puede gobernar de la mejor forma posible el estado, ordenó que siempre ejercieran las mismas actividades los mismos; pues sabía que los que cambian de ocupación no hacen con exactitud ni una sola cosa, mientras que los que sin interrupción se mantienen en las mismas actividades, terminan cada una de ellas extraordinariamente bien [14].
Por eso encontraremos que, en lo referente a las artes, 17
los egipcios aventajan a los que se ocupan de las mismas ciencias más que los demás artesanos a los ignorantes; y es tan buena su organización, gracias a la que mantienen la realeza y otros elementos de su constitución política, que los filósofos dedicados a tratar de estos temas, y más reputados, han decidido alabar la constitución de Egipto, y los lacedemonios administran muy bien su ciudad porque han imitado algo de lo de allí [15].

---

[14] Esta especialización es criticada por Platón en *República* 436 A; Mathieu, *Isocrate...* I, pág. 192, nota 1, afirma que Isócrates critica el que exista esta especialización en Atenas en su discurso *Sobre la paz* 54-55. Pensamos que la crítica de Isócrates en este pasaje va más bien dirigida contra la elección indiscriminada que se practicaba en la Atenas de su tiempo.

[15] Cosas parecidas dice Heródoto (II 80 y VI 60); Platón (*Timeo* 23 E ss.) afirma, en cambio, que fueron los egipcios los que imitaron las antiguas leyes atenienses.

18 Pues el que ninguno de los guerreros pueda salir del país sin permiso de sus jefes, las comidas públicas y el ejercicio físico, y además que no descuiden los preceptos estatales por carecer de lo necesario, ni se ocupen en otras actividades, sino que pongan su atención en las armas y en las expediciones militares, todo esto lo han
19 tomado de allí. Pero se han servido muy mal de estas costumbres, pues los lacedemonios, al hacerse todos soldados, creen justo apoderarse de lo ajeno por la fuerza, mientras que los egipcios viven tal como deben hacerlo quienes ni descuidan sus asuntos privados ni conspiran contra los ajenos. Cualquiera podría distinguir la diferencia entre ambas formas de gobierno por lo siguien-
20 te: si todos imitáramos la pereza y ambición de los lacedemonios, pereceríamos de inmediato, tanto por la falta del sustento cotidiano como por la guerra entre nosotros mismos; en cambio, si quisiéramos servirnos de las leyes de los egipcios y quisieran unos trabajar y otros defender lo de éstos, unos y otros viviríamos felizmente con lo propio.

21 También se podría considerar a Busiris responsable del cuidado de la inteligencia. Pues proporcionó a los sacerdotes el bienestar con los ingresos de los santuarios, la prudencia con las purificaciones prescritas por las leyes y la tranquilidad con la exención de los riesgos
22 bélicos y de otros trabajos; y al vivir con estas ayudas, los sacerdotes descubrieron el auxilio de la medicina para los cuerpos [16], no la que se sirve de remedios arriesgados, sino de los que ofrecen una seguridad semejante al alimento de cada día, y tales ventajas que los egipcios, según reconocen todos, son los más sanos y longevos; para los espíritus dieron a conocer la práctica de la filosofía que puede establecer las leyes e

---

[16] Ya Heródoto (II 84; III 129) mencionaba el gran prestigio de la medicina egipcia.

investigar la naturaleza de los seres. A los ancianos les 23 encargó los asuntos más importantes, y persuadió a los jóvenes a que dejaran los placeres y se aplicaran a la astrología, los cálculos y la geometría, habilidades que unos aplauden por ser útiles para algunas cosas y otros intentan demostrar que contribuyen muchísimo a la virtud de los egipcios [17].

Hay que aplaudir sobre todo y admirar la piedad de 24
los egipcios y su culto a los dioses. Pues los que se engríen hasta el punto de ser considerados más de lo que merecen en la sabiduría o en cualquier otra virtud, perjudican a los que engañan; en cambio, los que se preocupan de los asuntos divinos hasta el punto de imaginar que los cuidados y castigos de los dioses son mayores de lo que realmente son, éstos ayudan muchísimo a la vida de los hombres. Y en efecto, los que al 25
principio hicieron nacer entre nosotros el temor a los dioses han sido los responsables de que no vivamos unos con otros de una manera completamente salvaje. Los egipcios se comportan con tal piedad y veneración en esto, que son más dignos de confianza los juramentos pronunciados en sus santuarios que en otros sitios, y cada uno cree que pagará al instante el castigo por sus faltas, y no quedará oculto de momento ni aplazará el castigo para sus hijos. Y piensan esto con razón: pues 26
Busiris estableció para ellos numerosas y distintas prácticas de piedad, y mandó por ley que veneraran y honraran incluso a aquellos animales que entre nosotros se desprecian, no porque desconociese el valor de éstos, sino porque creía que había que acostumbrar a la masa

[17] En *Sobre el cambio de fortunas* 261-268, los conocimientos de astronomía, geometría y ciencias semejantes se consideran inútiles para la vida práctica, pero sí un buen entrenamiento para llegar a la filosofía. El estudio de las ciencias es útil para los jóvenes, pues, al menos, hace que se aparten de otros errores (*Panatenaico* 26-27).

a permanecer fiel a todo lo mandado por los gobernan-
27 tes, y también porque quería intentar captar en lo visible qué intención habían de tener con lo invisible. Pues pensaba que los que se preocupan poco de esto, quizá también despreciarían lo más importante, mientras que los que se mantienen fieles a todo lo ordenado, mostrarían tener una piedad firme[18].

28 Cualquiera que no tuviese prisa comenzaría a contar muchas y admirables cosas sobre la piedad de los egipcios, que no soy el único ni el primero en examinar, sino que muchos de los contemporáneos y de los antiguos lo han hecho, como Pitágoras[19] el samio. Éste, después de llegar a Egipto y hacerse discípulo de aquellos hombres, fue el primero que llevó a los griegos una filosofía diferente y se aplicó con más brillantez que los demás en lo que se refiere a los sacrificios y ritos en los santuarios, pensando que si por esto no obtenía más de los dioses, al menos gozaría con esto de la mayor reputa-
29 ción entre los hombres. Y así ocurrió; porque aventajó tanto en fama a los demás, que todos los jóvenes deseaban ser sus discípulos, y los ancianos veían con más placer que sus hijos se reunieran con él a que se ocupasen de los asuntos domésticos. Y de esto no hay que dudar; pues aún ahora los que presumen de ser sus discípulos causan más admiración cuando están callados que los que gozan de la mejor fama en el hablar.

30 A lo expuesto podrías tal vez responder, que alabo el país, las leyes, la piedad e incluso la filosofía de los egipcios, pero que no he hecho demostración alguna de que sea Busiris el autor de estas cosas como pretendí. Pero yo, si fuera otro el que me reprendiese de esta

---

[18] Es toda una declaración sobre la utilización de la religión por parte del estado; también puede verse aquí una muestra del agnosticismo de Isócrates.

[19] La relación de Pitágoras con Egipto aparece recogida en muchos textos antiguos.

manera, pensaría que me censuraba sabiamente; en ti, en cambio, no cabe esta suposición[20]. Cuando quisiste 31
elogiar a Busiris, preferiste decir que dividió el Nilo alrededor del territorio y que a los extranjeros que llegaban se los comió, después de sacrificarlos; pero no diste prueba alguna de que hiciera esto. ¿Cómo no va a ser ridículo reclamar a los demás lo que tú mismo no has utilizado ni en pequeña medida? Pues mucho más 32
que nosotros distas de decir cosas de fiar, porque yo no le atribuyo ningún imposible, sino las leyes y la constitución, que son actividades de hombres de conducta intachable, pero tú le muestras como autor de actos que ningún hombre haría, porque unos son propios de la crueldad de las fieras, los otros del poder de los dioses. Además, si ocurriera que ambos mentimos, al menos 33
yo he utilizado estas palabras que precisan los que hacen un elogio, pero tú las que van bien a los que injurian; así que apareces equivocado no sólo en la veracidad, sino también en la forma toda en que precisa hacerse un panegírico.

Al margen de esto, si hay que examinar mi discurso 34
dando de lado los tuyos, nadie me criticaría razonablemente. Pues si estuviera claro que fue algún otro el que hizo lo que atribuyo a Busiris, reconozco que mi audacia sería grande, por intentar alterar lo que todos saben. Pero como en la actualidad esta cuestión está 35
abierta a la opinión pública y hay que imaginársela, si alguno examinase a partir de conjeturas la constitución de Egipto ¿a quién haría más responsable de ella

---

[20] Adopto aquí la lección *hypólēpsin* («suposición», «respuesta») que dan todos los MSS y no la conjetura *epílēpsin* («ataque») hecha por CORAÏ y seguida por MATHIEU-BRÉMOND y VAN LOOK en sus ediciones. Ellos traducen «a ti no te conviene entregarte a este ataque», mientras que mi versión es «en ti, en cambio, no cabe esta suposición», esto es, la de que Polícrates haya estudiado el asunto con detenimiento.

que al hijo de Poseidón, nieto de Zeus por línea materna, que adquirió el mayor imperio de los de su época y fue el más famoso entre los demás? Pues no conviene que quienes estuvieron desposeídos de estas cualidades resulten, más que aquél, inventores de bienes tan importantes [21].

36 Además, también con la cronología, cualquiera podría demostrar que son falaces los discursos de los que insultaron a Busiris. Porque los que le acusan de matar extranjeros y los que dicen que murió a manos de Hera-
37 cles, son los mismos individuos. Sin embargo, todos los historiadores concuerdan en que Heracles es cuatro generaciones más joven que Perseo, hijo de Zeus y Dánae, y Busiris doscientos años mayor que este último [22]. ¿No es extraño que quien quiere refutar la calumnia lanzada contra Busiris haya desaprovechado esta
38 prueba, tan clara y significativa? Pero tú, Polícrates, no te preocupaste para nada de la verdad, sino que seguiste las maledicencias de los poetas [23], que muestran a los descendientes de los dioses haciendo y sufriendo cosas peores que los hombres más impíos, y que han dicho de los mismos dioses palabras que nadie se atrevería a decir de los enemigos; pues no sólo les echaron en cara robos, adulterios y ser mercenarios de los hombres, sino que también inventaron contra ellos que devoraban a sus hijos, castraban a sus padres, encadenaban a sus

---

21 Ver introducción a este discurso, donde se recoge el comentario de G. Kennedy.

22 Cf. Esquilo, *Prometeo encadenado* 774 y 853.

23 Hay aquí un paralelo con Jenófanes (frag. 11 Diels) que criticaba la moral de los dioses tal como aparecía en los poemas de Homero y Hesíodo. Incluso las palabras utilizadas por Jenófanes «robar» *(kléptein)* y «cometer adulterio» *(moicheúein)* son repetidas aquí por Isócrates en los sustantivos «robos» *(klopás)* y «adulterios» *(moicheías)*. E. Mikkola, *Isokrates...*, pág. 115, destaca este paralelismo.

madres y muchas otras maldades[24]. Y no pagaron el 39
justo castigo por estas cosas; pero no escaparon impunes: unos viven desterrados y quedaron privados del sustento cotidiano, otros quedaron ciegos, hubo quien pasó toda su vida huyendo de su patria y luchando con sus parientes, y Orfeo, el que más se dedicó a este tipo
de poemas, acabó su vida despedazado[25]. Por esto si 40
razonamos bien, no imitaremos los discursos de aquéllos, ni estableceremos leyes contra las mutuas injurias, mientras toleramos las libertades de lenguaje hacia los dioses; por el contrario, vigilaremos y consideraremos igualmente impuros a los que dicen tales cosas y a los que las creen.

Pienso que ni los dioses ni sus descendientes parti- 41
cipan de maldad alguna; antes bien, nacen con todas las virtudes y han sido, para los demás, guías y maestros de las mejores costumbres. Porque sería absurdo, si atribuimos a los dioses el fundamento de la buena educación de nuestros hijos, que pensáramos que no
se preocupan nada de la suya propia. Si uno de nos- 42
otros tuviera poder sobre la naturaleza de los hombres, ni a sus esclavos permitiría que fueran malvados; pero pensamos que los dioses vieron con indiferencia que sus propios hijos fueran tan impíos y criminales. Y tú, que crees que harás mejor, si tienen trato contigo, a quienes te son ajenos, consideras, en cambio, que los dioses

---

[24] Hermes robó los bueyes de Apolo (cf. el *Himno homérico a Hermes*); Ares y Afrodita cometieron adulterio (*Odisea* VIII 266-366); Apolo fue criado de Admeto (Eur., *Alcestis*); Crono devoró a sus hijos y mutiló a Urano; Hefesto encadenó a Hera por orden de Zeus.

[25] Homero, ejemplo de poeta errante; Estesícoro, cegado por haber injuriado a Helena (cf. *Elogio de Helena* 64); Arquíloco, desterrado en Paros y soldado mercenario, como Alceo, que combatió a Mirsilo, tirano de Lesbos; la leyenda de Orfeo, despedazado por las mujeres tracias, es bien conocida (cf. Virgilio, *Geórgicas* IV).

43 no tienen cuidado alguno de la virtud de sus hijos. Y
según tu razonamiento, no dejan de equivocarse en las
cosas peores; porque, si no desean en absoluto que sus
hijos sean buenos, tienen una inteligencia inferior a la
humana, y si lo quieren, pero no saben cómo hacerlo,
tienen menos poder que los sofistas.
44 Aunque hay muchas cosas en las que uno podría ex-
tenderse en el elogio y la defensa, creo que no hace falta
hablar más; pues me referí a esto, no por hacer una
demostración a otros, sino con la intención de señalarte
cómo hay que hacer cada género retórico, ya que el
discurso que escribiste, nadie en justicia lo juzgaría
defensa de Busiris, sino afirmación de lo que se le
45 calumnia. Porque no le libras de culpas, sino que seña-
las que también otros han hecho lo mismo, inventando
una cómoda defensa de los malhechores. Pues si no es
fácil descubrir un delito que todavía no se ha cometido,
y creyéramos que no hacen nada malo quienes son
cogidos en cualquier falta, ya que es manifiesto que
otros han hecho lo mismo, ¿cômo no haríamos fáciles
las defensas de todos y prepararíamos una gran liber-
46 tad de acción a los que quieran ser malvados? Com-
prenderías muy bien la necedad de lo que has dicho si
lo piensas contigo mismo. Reflexiona, pues: si fueras
acusado de grandes y terribles delitos y alguno te de-
fendiera de esa manera ¿cómo te sentaría? Yo sé que
le odiarías más que a tus acusadores. ¿No sería una ver-
güenza montar para otros defensas que si las dijeran
47 en tu favor te enfadarías muchísimo? Mira también y
considera en tu interior lo siguiente: si alguno de tus
familiares se dejase arrastrar a hacer lo que tú elogias
¿no sería el más miserable de los que existen y de los
que han existido? ¿Es necesario escribir unos discursos
cuyo mayor mérito es que no podrán convencer a nin-
guno de los que los escuchan?

Quizá dirás que esto no se te pasó por alto, pero que 48
quisiste dejar a los filósofos un ejemplo de cómo hay
que hacer las defensas de delitos vergonzosos y de asun-
tos difíciles. Si antes lo ignorabas, creo que ahora te
resulta claro que uno se salvaría mucho mejor sin decir
nada que defendiéndose de esta manera. También está 49
claro que al estar la filosofía en situación precaria y
mal mirada, gracias a tales discursos la odiarán aún
más.

Si me haces caso, jamás en el futuro desarrollarás
argumentos desagradables, o, al menos, intentarás ha-
blar de cosas que no te harán parecer peor de lo que
eres, no perjudicarán a tus imitadores ni desacreditarán
la enseñanza de la retórica. No te admires de que siendo 50
más joven que tú y sin tener contigo trato alguno, in-
tente reprenderte con tanta solicitud; porque creo que
el aconsejar sobre esto no es tarea de los más viejos
ni de los más íntimos, sino de los que más saben y de
los que quieren ayudar.

PANEGÍRICO (IV)

Nos encontramos ante la primera obra de Isócrates con intención de propaganda política; su título procede de las fiestas religiosas *(panegýria)* que se celebraban tras los juegos de Olimpia, y en las que tales discursos encontraban un auditorio numeroso. Ya desde finales del siglo v a. C., se había impuesto la costumbre de recitar estos discursos políticos: sabemos que el año 392 GORGIAS había pronunciado su *Discurso Olímpico* y LISIAS hizo lo mismo el 388 [1].

Isócrates había trabajado mucho tiempo en esta obra. Los antiguos nos hablan de una elaboración de 10 ó 15 años [2].

Los sucesos políticos que motivaron el discurso son los siguientes: el año 387 a. C. se negocia la paz, llamada de Antálcidas, entre Persia y Esparta, en la que se impone el arbitraje persa, se suprimen las ligas y se abandona Asia; gracias a Persia, Esparta recupera su hegemonía, e impone su intervención en todo el Peloponeso (destrucción de Mantinea, prohibición de las alianzas, guarniciones en Tebas, etc.); el rey de Esparta, Agesilao, es el impulsor de este intervencionismo.

---

[1] Con estos discursos intentaban aconsejar a los griegos sobre una política general.

[2] Cf. PSEUDO-PLUTARCO, *Vida de los diez oradores* 15; PLUTARCO, *De gloria Atheniensium* 8; Isócrates nos habla también de ello en este mismo discurso, parágrafo 14.

Todas estas circunstancias son mencionadas con frecuencia en el *Panegírico*, cuyo mensaje, en resumen, es una invitación a la unión de todos los griegos contra Persia, el enemigo común.

El esquema del *Panegírico* es el siguiente:

Exordio (1-14): superioridad del espíritu sobre la fuerza física; finalidad de la obra.
¿Quién merece la hegemonía en Grecia? (15-20)
Atenas merece la hegemonía (21-99)
Justificación del imperio ateniense (100-110)
Crítica de la política espartana (111-128)
Necesidad de luchar contra Persia (129-137)
Motivos de la guerra (138-159)
Circunstancias favorables (160-180)
Ventajas de la guerra (181-186)
Conclusión (187-189)

La fecha del *Panegírico* es muy precisa: entre julio y septiembre del año 380 a. C. (se habla de las luchas en Olinto y Fliunte como de algo que está ocurriendo; y estas guerras comenzaron en 382 y 381 y no terminaron hasta el 379); para discusiones sobre la fecha de difusión del discurso, cf. JEBB[3].

Es difícil sustraerse a la idea de que el *Panegírico* hubo de influir por fuerza en la realización de la segunda liga marítima el año 377 a. C.

1 Con frecuencia me ha causado asombro que quienes convocaron las fiestas solemnes y establecieron los certámenes gimnásticos consideraran merecedores de tan enormes premios los éxitos físicos y que, en cambio, a los que particularmente se esforzaron por el interés común y tanto aprestaron sus espíritus para ayudar a

---

[3] *The attic...*, II, pág. 108.

los demás, no les concedieran honor alguno[4]. A estos 2 últimos hubiera sido lógico prestarles más atención; porque si los atletas duplicaran su fuerza no resultaría mayor beneficio para los demás, pero de un sólo hombre inteligente se beneficiarían todos los que quisieran participar de su pensamiento. No elegí quedarme cru- 3 zado de brazos porque esto me descorazonara, antes bien, tras considerar que para mí sería premio suficiente la fama que me resultare de este mismo discurso, vengo a aconsejar la guerra contra los bárbaros y la concordia entre nosotros. Y aunque no desconozco que muchos de los que presumen de sofistas[5] se lanzaron sobre este tema, sin embargo, por un lado tengo 4 la esperanza de aventajarles de tal manera que parezca que nunca han dicho nada sobre ello; y al mismo tiempo he decidido que los más hermosos discursos son los que, al versar sobre asuntos de primera importancia, hacen destacar más a los oradores y benefician a sus oyentes extraordinariamente. Este discurso es uno de ellos. Por otra parte no han cambiado tanto las circuns- 5 tancias como para que sea vano recordar estas cosas. Pues los oradores deben callar cuando un asunto finaliza y ya no hay que deliberar sobre él, o cuando uno ve que un discurso es tan definitivo que no puede ser superado por los demás. Pero mientras que las cosas 6 vayan como antes y ocurra que se haya hablado con descuido, ¿cómo no va a ser necesario el examinar y estudiar este discurso que, si tuviera éxito, nos libraría de la guerra entre nosotros, del desorden actual y de los mayores males? Además, si sólo fuera posible aclarar 7

[4] La superioridad del esfuerzo intelectual sobre el físico es una idea que ya se encuentra en JENÓFANES, frag. 2, 15-22; Isócrates volverá a mencionarla en *Sobre el cambio de fortunas* 250 y en la *Carta a los magistrados de Mitilene* 5.

[5] Alusión a los discursos que sobre el tema habían pronunciado Gorgias y Lisias.

los mismos hechos mediante un único procedimiento, cualquiera podría suponer superfluo que un orador molestase a su auditorio con la misma exposición que
8 otros; pero ya que la esencia de los discursos es tal, que se puede exponer un mismo asunto de muchas maneras, empequeñecer lo grande, atribuir grandeza a lo pequeño[6], tratar lo antiguo con un estilo nuevo, y contar a la antigua sucesos ocurridos recientemente, no se debe rehuir un tema que otros trataron antes,
9 sino intentar decirlo mejor que aquéllos. Porque los hechos ocurridos han quedado para todos nosotros como algo común, el servirse de ellos en el momento adecuado, el reflexionar lo que conviene sobre cada uno y el organizarlos con buenas expresiones es propio de
10 personas inteligentes. Creo que todas las demás artes y el estudio de la retórica tomarían enorme incremento si se admirara y honrara no a los que primero comienzan las acciones, sino a quienes mejor ejecutan cada una de ellas, no a quienes intentan hablar sobre lo que nadie jamás antes habló, sino a los que saben decirlo de forma que ningún otro podría hacerlo[7].

11 Algunos, ciertamente, critican los discursos de nivel superior al normal y elaborados en exceso; se engañan tanto, que equiparan los discursos hechos con vistas a ser insuperables con los que versan sobre contratos privados[8], como si ambos tuvieran que ser idénticos y no unos sencillos y los otros efectistas, o como si ellos distinguieran las proporciones y el orador elegante no

---

[6] Es una fórmula muy utilizada por la sofística; según PLATÓN, *Fedro* 267 A, Tisias y Gorgias habrían descubierto que la fuerza de la palabra puede lograr que las cosas pequeñas parezcan grandes y las grandes pequeñas *(tá smikrà megála kaì tà megála smikrà phaínesthai).*

[7] Retórica y filosofía son aquí conceptos idénticos.

[8] Claro rechazo de la oratoria forense, a la que se había dedicado Isócrates, como sabemos, en su primera época.

supiera hablar con sencillez. No queda oculto, en efecto, que éstos aplauden a quienes están a su altura; no va mi discurso dirigido a ellos, sino a los que no admitirán lo que se diga a la ligera, por el contrario, serán rigurosos e intentarán ver en mis palabras algo que no encontrarán en las demás. A esos dirigiré mis palabras sobre el asunto que nos ocupa, después de hacer una pequeña alabanza mía. Porque veo que otros en sus proemios calman a los oyentes disculpándose por lo que van a decir, y unos dicen que su preparación ha sido demasiado rápida, y otros que es difícil encontrar discursos iguales a la magnitud de los hechos[9]. Yo, en cambio, si no hablara de manera digna del tema, de mi propia reputación y del tiempo, no sólo del que hemos consumido en preparar el discurso[10], sino de todo el que he vivido, os recomiendo que no tengáis conmigo indulgencia, sino que os riáis y me insultéis; porque merezco sufrir cosas así, si hago tan grandes promesas sin ser diferente a los demás. En lo que respecta a mis intereses particulares, esto quede advertido. En cuanto a los intereses generales, cuantos, nada más llegar, muestran que es preciso, tras hacer cesar las enemistades mutuas, volvernos contra el bárbaro[11], y describen minuciosamente las desgracias causadas por la guerra que nos hacemos, y las ventajas que se derivarán de la expedición contra aquél, dicen la verdad, pero no fundamentan cómo sería posible consolidar esto. Pues unos griegos están bajo nuestro dominio, otros, bajo el de los lacedemonios. Las constituciones por las que se rigen las ciudades han dividido así a la

12 13 14 15 16

[9] El propio Isócrates afirma lo que ahora critica en el *Panatenaico* 36 y 38.

[10] Ver introducción a este discurso.

[11] Así se llama tradicionalmente al pueblo persa y a su rey; uno de los primeros en emplear este término es ARISTÓFANES en *Avispas* 1078.

mayoría de ellos. Cualquiera que crea que las gentes harán en común algo bueno, antes de reconciliarse sus dirigentes, es completamente simple y está muy lejos de
17 la realidad. Pero es preciso que quien no sólo hace un alarde, sino que quiere lograr algo, busque aquellas palabras que persuadan a ambas ciudades a tener los mismos derechos entre ellas, a repartirse las hegemonías y a obtener de los bárbaros las ventajas que ahora
18 desean sacar de los griegos. Es fácil inducir a esto a nuestra ciudad, pero los lacedemonios aún ahora son difíciles de convencer; porque han heredado la falsa idea de que el gobernar es para ellos algo hereditario [12]. Y si alguien les demostrara que este honor es más nuestro que suyo, inmediatamente abandonarían el examen minucioso de estos asuntos para volverse a su conveniencia.

19 Así, sería preciso que los demás oradores empezaran por aquí y no que deliberaran sobre asuntos en los que se está de acuerdo, antes de informarnos de aquéllos que se discuten. A eso es a lo que a mí me interesa dedicar la mayor parte del tiempo por un doble motivo: sobre todo, para que se obtenga alguna ventaja y luchemos en común contra los bárbaros haciendo cesar la
20 competencia entre nosotros; pero, si esto es imposible, para dejar en claro quiénes son un estorbo para la felicidad de los griegos [13], y que todos vean que también antes nuestra ciudad gobernó el mar con justicia [14]

---

[12] El mismo argumento que aquí emplea Isócrates lo usan los argivos en HERÓD., VII 148, cuando quieren compartir con Esparta la hegemonía de la alianza contra Persia, a lo que se niegan los espartanos. Es de destacar que, como señala TUCÍDIDES (I 139, 2; II 7, 4), los espartanos orientaron su propaganda contra Atenas durante la guerra del Peloponeso con la frase «autonomía para todos los griegos». Más tarde, también la liga de Corinto hablará de la «libertad de los griegos» (cf. PLAT., *Menéxeno* 244 D).

[13] Los espartanos.

[14] Clara justificación del imperialismo naval ateniense.

y, no sin ella, pretende ahora la hegemonía. Porque si 21
hay que honrar en cada empresa a quienes son más expertos y poderosos, sin discusión nos corresponde tomar la hegemonía que antes tuvimos; pues nadie podría señalar otra ciudad que se haya destacado tanto en una guerra por tierra, como la nuestra se distinguió
en los peligros marítimos. Además, si algunos piensan 22
que esta decisión no es justa, sino que las cosas han cambiado mucho, porque el poder no permanece siempre en los mismos, y consideran merecedores de tener la hegemonía como cualquier otra recompensa, o a los que primero gozaron de este honor o a los responsables de los mayores bienes para los griegos, creo que tam-
bién éstos están de nuestra parte[15]; pues cuanto desde 23
más lejos se examinen estas dos circunstancias, tanto más aventajaremos a los rivales. Está reconocido, en efecto, que nuestra ciudad es la más antigua, la mayor y la más nombrada entre todos los hombres. Partiendo de tan noble presupuesto, conviene que seamos aún más
honrados por lo que sigue. Pues habitamos esta ciudad 24
sin haber expulsado a otros, sin haberla conquistado desierta, ni habiendo reunido mezclas de muchos pueblos; por el contrario, hemos nacido con tanta nobleza y autenticidad como la tierra de la que procedemos, y hemos vivido todo el tiempo sin perderla, siendo autóctonos[16], y podemos llamar a la ciudad con las mismas
expresiones que a los más íntimos. De los griegos, sólo 25
a nosotros está reservado llamar a la misma ciudad nodriza, patria y madre. Es preciso, ciertamente, que quienes están orgullosos con motivo, pretendan justamente

[15] En resumen, tanto por sus méritos ante los persas (la alusión a los «peligros marítimos») como por la antigüedad de su hegemonía Atenas debe tener la dirección de la guerra contra Persia.

[16] Es frecuente esta referencia a la autoctonía de Atenas; cf. TUC., II 36, y PLAT., *Menéxeno* 237 D.

la hegemonía, y al recordar con frecuencia sus tradiciones, puedan mostrar que el origen de su linaje es semejante al nuestro.

26 Tal es nuestra grandeza, que existió desde el principio y fue donada por el destino. De cuántos beneficios hemos sido autores para otros, lo examinaríamos mejor si recorriéramos por orden desde el principio la historia y las hazañas de la ciudad. Descubriremos, en efecto, que ella tiene la responsabilidad de casi todo, tanto en los peligros bélicos como en la restante organización,
27 según la cual convivimos, con la que nos gobernamos y por la que podemos vivir. Pero es necesario elegir de las buenas acciones no las que se olvidaron y silenciaron por su insignificancia, sino las que por su grandeza se comentan y recuerdan entre todos los hombres en todas partes, tanto antes como ahora.

28 En primer lugar, por medio de nuestra ciudad se consiguió lo que primero precisa nuestra naturaleza; y aunque la tradición haya quedado como algo legendario, conviene, no obstante, relatarla[17]. Al llegar Deméter a esta tierra, cuando estaba errante tras el rapto de Core[18], fue benévolamente tratada por nuestros antepasados, con unos servicios que no pueden entender

[17] Desde el parágrafo 28 al 99 se extiende la justificación mítico-histórica de los derechos de Atenas a la hegemonía. El uso del mito, cosa que hace frecuentemente Isócrates, nos recuerda mucho a Platón.

[18] Perséfone (nombre no griego) o también Core (*Kórē* «la muchacha») aparece ya en Homero como esposa de Hades, el dios del mundo de ultratumba. En Hesíodo, *Teogonía* 912 ss., se llama por vez primera Deméter a su madre y se cuenta el rapto de Core por Hades, más detallado en el *Himno a Deméter* homérico. Al ser Hades (Plutón) señor de la riqueza subterránea *(ploûtos)* se dio a Core el poder sobre las cosechas. Generalmente se menciona a Deméter y Core juntas (*tō theō*), «las dos diosas»), especialmente en los misterios de Eleusis. Este mito fue frecuentísimamente usado en la antigüedad clásica; ver Ovidio, *Fastos* IV 393-620, y *Metamorfosis* V 385 ss.

sino los iniciados, y les dio dos tipos de recompensas: las más importantes fueron las cosechas [19], causa de que no vivamos como fieras, y la celebración de los misterios, que dan a los iniciados las más dulces esperanzas para el final de la vida y para toda la eternidad. Nuestra 29
ciudad amó tanto a los dioses y a los hombres que cuando fue señora de bienes tan importantes, no los ocultó a los demás, sino que hizo partícipes a todos de lo que recibió. Y todavía en la actualidad celebramos los misterios cada año, y la ciudad enseñó en breve a todos los usos, los cultivos y las ventajas que resultan de las cosechas. Nadie podría en justicia desconfiar de esto si añadimos aún unas pocas palabras. Porque, en primer 30
lugar, si alguien despreciase la tradición histórica por tratarse de algo antiguo, por eso mismo tendría que considerar que se han producido los hechos; en efecto, debido a que muchos los han contado y todos los han oído, conviene dar crédito a lo que se ha dicho sobre estas cosas, aunque no sean recientes. En segundo lugar, no sólo podemos refugiarnos en que la tradición histórica y la fama las hemos heredado desde hace mucho tiempo, sino que también podemos utilizar pruebas de más peso que éstas. Pues la mayoría de las ciudades, 31
como recuerdo del antiguo favor, nos envían cada año las primicias del trigo, y, a algunas que dejaban de hacerlo, la Pitia les ordenó llevar su parte de las cosechas y cumplir las tradiciones con nuestra ciudad [20]. ¿Hay algo más creíble que aquello que la divinidad prescribe, acepta la mayoría de los griegos, confirma con los hechos actuales lo que se ha dicho desde antiguo y, al ocurrir ahora, concuerda con las palabras de aquéllos?

---

19 Cf. PLAT., *Menéxeno* 237 E.

20 Estas primicias eran 1/600 parte de la cosecha de cebada y 1/1200 de la de trigo; sin embargo, había ciudades que ya no cumplían esta tradición, como nos dice el mismo Isócrates (MATHIEU, *Isocrate...* II, pág. 22, nota 1).

32 Al margen de esto, si dejáramos todas estas razones y mirásemos con atención desde el principio, descubriríamos que los primeros que aparecieron sobre la tierra no encontraron la vida tal y como es ahora, sino que poco a poco se la procuraron [21]. ¿A quiénes, pues, hay que estimar más que a los que la recibieron de los dioses como recompensa o la hallaron ellos mismos tras bus-
33 carla? ¿No a quienes todos reconocen que han sido los primeros que existieron, los más dotados para las artes y los más piadosos con los dioses? Es superfluo señalar qué honor merecen alcanzar los responsables de tantos bienes. Porque nadie podría encontrar una recompensa tan grande que sea igual a sus acciones.

34 Del mayor de los beneficios, el primero en ocurrir y compartido por todos, esto podemos decir. Por aquella misma época, vio nuestra ciudad que los bárbaros ocupaban la mayor parte del territorio, que los griegos, en cambio, estaban encerrados en un pequeño espacio y que, por la insuficiencia de la tierra, conspiraban entre ellos y hacían expediciones militares contra sí; que unos morían por la falta del sustento cotidiano y otros por
35 la guerra. Estando así la situación, no la miró con indiferencia, sino que envió generales a las ciudades, que reunieron a los más necesitados, se hicieron sus jefes militares y, tras vencer a los bárbaros en la guerra, fundaron muchas ciudades en uno y otro continente, colonizaron todas las islas y salvaron tanto a los que les
36 acompañaron como a los que se quedaron. En efecto, a estos últimos les dejaron tierra suficiente en su patria y a aquéllos les proporcionaron más de la que tenían; pues adquirieron todo el espacio que ahora tenemos [22]. De esta forma dieron las mayores facilidades a los que

---

21 Sobre el progreso de la civilización, véase Jenófanes (frag. 18, Diels) y Esquilo, *Prometeo encadenado* 447 ss.

22 Sobre la colonización ateniense, véase *Panatenaico* 43-44, 160, 190, y Tuc., I 2-6.

después quisieron fundar colonias e imitar a nuestra
ciudad, pues no tenían que arrostrar peligros por la
adquisición de territorio, sino que fueron a habitar el
lugar delimitado por nosotros. ¿Quién podría señalar 37
una hegemonía más paternal que ésta, que existía antes
de la fundación de la mayoría de las ciudades griegas
o más útil que la que puso en fuga a los bárbaros y
condujo a los griegos a tal prosperidad?

No se olvidó de otras cosas, mientras llevó a cabo 38
éstas tan importantes, sino que el primero de sus favo-
res fue encontrar alimento para los necesitados [23], lo
que deben hacer quienes quieren administrar convenien-
temente el resto de los bienes. De la misma manera,
al pensar que una vida en sólo estas condiciones no
merece desearse vivir, se preocupó tanto de las demás
cosas, que de los bienes presentes de los hombres, de
cuantos no tenemos por los dioses, sino que hemos
alcanzado por nosotros mismos, ninguno existiría sin el
concurso de nuestra ciudad, y la mayoría se han logra-
do gracias a ella. Pues encontró a los griegos que vivían 39
sin leyes y habitaban aquí y allá, unos maltratados por
tiranías, otros muriendo por falta de gobierno, y los
liberó de estos males, siendo señora de unos y modelo
para otros. Fue la primera que estableció leyes y creó
una constitución [24]. Y he aquí la prueba: quienes al prin- 40
cipio presentaron una querella por homicidio, y quisie-
ron reconciliarse con la palabra y no con la violencia,
hicieron de acuerdo con nuestras leyes sus propios jui-
cios sobre ello [25]. En cuanto a las artes, tanto las que

---

[23] Lo mismo se dice en *Busiris* 15; debe tratarse de un lugar común.

[24] Ya vimos las razones que da A. LEVI, *Isocrate...*, pág. 100, para que no se traduzca *politeía* como «constitución», sino como «gobierno»; a pesar de ello, nosotros lo traducimos por el primer término por entenderlo en un sentido más amplio, prácticamente equivalente al de «gobierno».

[25] Alusión al enorme prestigio del Areópago.

son útiles para las necesidades de la vida como las ideadas para agradar[26], unas las descubrió nuestra ciudad, otras las transmitió a los demás, después de probar su
41 uso. Organizó el resto de su administración con tanta hospitalidad y respeto a todos[27], que tanto se adapta a los que carecen de fortuna como a los que quieren disfrutar de sus bienes, y tampoco es inútil a los que son dichosos o desafortunados en sus ciudades; por el contrario, hay entre nosotros para unos las más gratas dis-
42 tracciones, para otros el refugio más seguro. Además, como el territorio que ha adquirido cada pueblo no es autosuficiente, sino que carece de unas cosas y tiene excedentes de otras, y como es muy difícil encontrar un lugar donde vender unas e importar otras, nuestra ciudad también ayudaba en estas dificultades; pues estableció como un mercado en medio de Grecia, el Pireo, cuya abundancia es tal, que lo que en otros mercados es difícil de encontrar incluso por separado, todo ello es fácil adquirirlo en él[28].

43 Con razón son aplaudidos quienes establecieron las fiestas solemnes porque nos transmitieron esta costumbre de que, después de hacer libaciones y terminar las enemistades existentes, nos reunamos en un mismo lugar y que, tras esto, con invocaciones y sacrificios celebrados en común, nos acordemos del parentesco que existe entre nosotros, nos tratemos unos con otros con benevolencia en el futuro, renovemos los antiguos

---

26 Una idea favorita de todo el pensamiento griego del siglo IV a. C. es la del progreso de las artes *(téchnai)* que, tras el descubrimiento de las cosas necesarias físicamente han llegado incluso a satisfacer las necesidades espirituales. Cf. ARISTÓT., *Metafísica* A. 1 981 b 17.)

27 Lo mismo dice TUC., en II 39, 1, poniéndolo en boca de Pericles.

28 Cf. TUC., II 38, 2.

lazos de hospitalidad y hagamos otros nuevos; que no 44
sea ocioso este tiempo ni para las personas corrientes ni para los que se distinguen por sus condiciones naturales, sino que, una vez reunidos los griegos, unos muestren sus facultades, y otros los vean compitiendo entre sí, sin que nadie se aburra, y cada uno tenga un motivo de orgullo: los unos cuando vean que los atletas compiten en su honor y los otros al pensar que todos vienen a contemplarlos. Y aunque estas reuniones nos producen tantos bienes, ni siquiera en esto se dejó aventajar
nuestra ciudad. Pues tiene muchos y bellísimos espec- 45
táculos, unos extraordinarios por su coste, otros famosos por su arte; algunos, incluso, distinguidos por ambas cosas. Y es tan grande el número de los que nos visitan que, si hay algo bueno en tratar con unos y otros, también esto lo ha comprendido nuestra ciudad. Además, se pueden encontrar entre nosotros las amistades más fieles, y relaciones de todo tipo, e, incluso, presenciar competiciones no sólo de rapidez y fuerza, sino también de oratoria, inteligencia y todas las demás ocupaciones, para las que existen los mayores premios.
Pues además de los que ella misma ofrece convence 46
también a otros[29] a que los den; lo que nosotros decidimos goza, en efecto, de tal fama que es muy bien acogido por todos los hombres. Y, aparte de esto, las otras fiestas solemnes se reúnen cada mucho tiempo [30] y se disuelven con rapidez, pero nuestra ciudad es una fiesta solemne durante todo el año para quienes la visitan.
Nuestra ciudad dio a conocer la filosofía[31], que descu- 47

[29] El término *synapeíthein* («convencer») es también utilizado por TUC., en VI 88.

[30] Cf. TUC., II 38, 1, y el PSEUDO-JENOFONTE, *La República de los atenienses* 3, 8. En efecto, las Panateneas y las Dionisíacas eran fiestas anuales, mientras que los juegos Olímpicos y Píticos se celebraban cada cuatro años, y los Nemeos e Ístmicos cada dos.

[31] JAEGER, *Paideia...*, pág. 834, nota 15, señala que el término *philosophía* no significa en este pasaje «filosofía».

brió todo esto, ayudó a establecerlo, nos educó para las acciones, nos apaciguó, y diferenció las desgracias producidas por la ignorancia y las que resultan de la necesidad, y nos enseñó a rechazar las primeras y a soportar bien las segundas. También honró a la oratoria[32], que
48 todos desean, envidiando a quienes la dominan. La ciudad sabía que tenemos por naturaleza esta única peculiaridad respecto a todos los animales y que con esta ventaja los superamos en todo lo demás; vio también que es tan mudable la suerte en las demás acciones, que con frecuencia fracasan en ellas los inteligentes y prosperan los necios, pero que los tontos no participan de los discursos hermosos y bien construidos, empresa, por el contrario, de un espíritu bien dotado intelectual-
49 mente[33]; y que los sabios y los ignorantes parece que se diferencian sobre todo en esta cuestión; se dio cuenta de que los hombres de origen libre no se reconocen por el valor, riqueza o bienes semejantes, sino que se destacan especialmente por sus discursos, que ésta es la más cierta señal de la educación de cada uno de nosotros y que los que utilizan bien la oratoria no sólo tienen poder en sus propias ciudades, sino que son hon-
50 rados en las demás. Nuestra ciudad aventajó tanto a los demás hombres en el pensamiento y oratoria que sus discípulos han llegado a ser maestros de otros, y ha conseguido que el nombre de griegos se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los

---

[32] Lo mismo dice Isócrates en *Sobre el cambio de fortunas* 295 y 296, y PLAT., en *Leyes* 641. E. KENNEDY, *The Art...*, pág. 175, señala este pasaje como uno de los que denotan el amor de Isócrates por la sensación de poder que da la palabra.

[33] El *lógos* en su doble sentido de lenguaje y espíritu es para Isócrates el *sýmbolon* de la *paídeusis*; por ello, el retórico es el verdadero representante de la cultura (JAEGER, *Paideia...*, pág. 865).

partícipes de nuestra educación que a los de nuestra misma sangre[34].

Para no dar la impresión de que me demoro en los 51
detalles, cuando ofrecí tratar todos los hechos, ni que alabo a la ciudad por estas cosas, pero dejo de aplaudirla en lo que atañe a la guerra, voy a referirme a ello y lo dedico a los aficionados a tales temas. Creo además que hay que honrar a nuestros antepasados por los peligros bélicos, no menos que por sus otras hazañas. Por- 52
que no soportaron ni pequeños ni oscuros combates, sino muchos, peligrosos y de importancia; unos en defensa de su territorio, otros por la libertad de ajenos; pasaron toda su vida ofreciendo la ciudad abierta a todos y socorriendo siempre a los griegos agraviados[35].
Por esto, también algunos nos achacan que no pensamos 53
correctamente, porque estamos acostumbrados a servir a los más débiles, como si estas mismas razones no concordaran con las de los que nos quieren alabar. Decidimos así sobre estos asuntos, no porque ignorábamos cuánto interesan para la seguridad las alianzas con los poderosos; por el contrario, sabíamos mejor que otros lo que resulta de cosas tales, pero, a pesar de ello, preferimos ayudar a los más débiles, incluso contra nuestra conveniencia, antes que cometer una injusticia en compañía de los más fuertes, por obtener una ventaja.

Cualquiera conocería la manera de ser y la fuerza de 54
la ciudad por las súplicas que algunos nos hicieron. Dejaré a un lado las que son recientes o las que pedían cosas de poca importancia; mucho antes de la guerra de Troya —es justo que tomen pruebas de aquí quienes discuten las tradiciones— vinieron los hijos de Heracles,

---

34 La idea se encuentra ya en Eurípides y en los filósofos cínicos; cf. también *Evágoras*, 47 ss.

35 Cf. Tuc., II 39, 1, y Jenof., *Hel.* V 45.

y, poco antes que ellos, Adrasto, hijo de Tálao, que era
55 rey de Argos[36]. Este Adrasto al haber fracasado en su expedición contra Tebas y no poder recoger por sí mismo a los que habían muerto bajo la ciudad Cadmea, creía que nuestra ciudad le podría ayudar en la común desgracia, y no permitiría que quedaran sin sepultura los muertos en combate ni abolida una antigua costum-
56 bre y una ley ancestral. Los hijos de Heracles[37], que huían del odio de Euristeo y desdeñaban las otras ciudades por creerlas incapaces de ayudarles en sus desgracias, juzgaron que la nuestra era la única capaz de pagar los beneficios que su padre hizo a todos los hombres.

57 Por estos sucesos, es fácil darse cuenta de que también en aquella época nuestra ciudad tenía la hegemonía. Porque ¿quién se hubiera atrevido a suplicar a sus inferiores o a los que están sometidos a otros, y a dejar de lado a los más poderosos, sobre todo tratándose de asuntos no privados, sino comunes, que, sería lógico que no preocuparan a ningún otro sino a quienes se tenían
58 por paladines de los griegos? Y en efecto, está claro que no se engañaron en las esperanzas con las que se refugiaron entre nuestros antepasados. Porque éstos emprendieron la guerra en defensa de los que habían muerto luchando contra los tebanos, y en defensa de los hijos de Heracles contra el poder de Euristeo; y obligaron a los primeros, marchando contra ellos, a devolver los muertos a sus parientes para enterrarlos, y

[36] Por el matrimonio de su hija Argía con Polinices, ayudó a éste en su expedición contra Tebas (véase ESQUILO, *Siete contra Tebas*).

[37] Los descendientes de Heracles o Heraclidas fueron expulsados del Peloponeso por Euristeo (véase nota 23 del *Elogio de Helena*) y de allí marcharon a Tracia y luego a Atenas y Maratón; ayudados por Teseo derrotaron a Euristeo, que fue muerto por Hilo, uno de los hijos de Heracles.

saliendo al encuentro de los peloponesios que invadieron con Euristeo nuestro territorio, les vencieron en la lucha e hicieron cesar la insolencia de aquél. Aunque 59
ya eran admirados por otras hazañas, con éstas fueron aún más celebrados. Porque no fue poco lo que hicieron, ya que cambiaron tanto la suerte de cada uno, que quien nos suplicó se fue tras lograr cuanto necesitó a despecho de sus enemigos, y, en cambio, Euristeo, que había pensado antes triunfar por la fuerza, fue él mismo prisionero y se vio obligado a suplicar[38]; él, Euris- 60
teo, un ser superior a la naturaleza humana, hijo de Zeus, que aun siendo un mortal tenía la fuerza de un dios, que pasó toda su vida mandando y causando daño, cuando nos lo hizo a nosotros, sufrió un cambio tan grande, que llegó a estar sometido a los hijos de Heracles y acabó su vida vergonzosamente.

Aunque hemos hecho muchos favores a la ciudad de 61
los lacedemonios, me ha convenido hablar sólo de éste; pues a partir de la salvación que les procuramos, los antepasados de los que ahora son los reyes en Lacedemonia, descendientes de Heracles, pasaron al Peloponeso, ocuparon Argos, Lacedemonia y Mesenia, poblaron Esparta y fueron los autores de todos sus bienes actuales. Si se hubieran acordado de este hecho nunca 62
debieran haber atacado la tierra de la que partieron para adquirir tan buena situación, ni poner en peligro a la ciudad que se arriesgó en la defensa de los hijos de Heracles, ni dar la realeza a los descendientes de aquél, si es que pensaban esclavizar a la ciudad que es causa de la salvación de su linaje[39]. Pero si hay que dejar las 63

[38] Eurípides en *Heraclidas* 983 ss., dice que Euristeo no suplicó. Isócrates hace ver así el contraste entre los hijos de Heracles y su enemigo.

[39] Aristodemo, descendiente de Heracles, tuvo dos hijos, Euristenes y Procles, de cuyas familias descienden los dos reyes de Esparta.

consideraciones de gratitud y equidad para volver de nuevo al argumento y expresarlo con el término más exacto, ninguna tradición existe de que los foráneos dominen a los autóctonos, ni los beneficiados a sus bien-
64 hechores, ni los suplicantes a quienes les acogieron. Y puedo explicar esto de forma más concisa aún. Las ciudades griegas, entonces más grandes, exceptuada la nuestra, eran Argos, Tebas y Lacedemonia, y aún ahora lo siguen siendo [40]. Pero nuestros antepasados se mostraron tan superiores, que para defender a los argivos vencidos dictaron órdenes a los tebanos, cuando estaban
65 más engreídos; para defender a los hijos de Heracles, vencieron en combate a los argivos y demás peloponesios, y salvaron de los peligros de Euristeo a los fundadores y jefes de los lacedemonios. Así, en lo que atañe al dominio sobre los griegos, no sé cómo se podría hacer una demostración más suficiente.

66 Me parece que conviene hablar también de lo realizado por la ciudad contra los bárbaros, especialmente después que hice que mi discurso versara sobre la hegemonía contra aquéllos. Si contara todas las situaciones de peligro, me alargaría demasiado; intentaré hablar de las mayores, siguiendo el mismo procedimiento de
67 hace un momento. Los pueblos más aptos para mandar y de mayor poder son los escitas, tracios y persas, precisamente todos los que conspiraron contra nosotros; y la ciudad pasó apuros contra todos ellos. Por cierto ¿qué quedará a los que nos contradicen, si queda demostrado que los griegos, cuando no pudieron obtener justicia, decidieron suplicarnos y los bárbaros, en cambio, que querían esclavizar a los griegos, vinieron primero contra nosotros?

---

[40] Isócrates aconseja al rey macedonio en *Filipo* 30-34 que reconcilie a estas tres ciudades junto con Atenas, por ser las cuatro las más importantes de toda Grecia.

La guerra más famosa fue, en efecto, la guerra contra 68
Persia; pero las hazañas antiguas no son una prueba inferior para los que discuten sobre tradiciones. Cuando Grecia aún era débil, vinieron a nuestra tierra los tracios con Eumolpo[41], hijo de Poseidón, y los escitas con las Amazonas[42] hijas de Ares; no vinieron simultáneamente, sino en el momento en que cada uno de ellos extendía su poder sobre Europa; odiaban a todo el pueblo griego, pero en particular nos hacían reproches a nosotros, porque creían que al obrar así lucharían contra una sola ciudad, pero dominarían a todos a la vez.
Sin embargo, no tuvieron éxito; por el contrario, aunque 69
se lanzaron contra nuestros antepasados que estaban solos, perecieron igual que si hubieran hecho la guerra a todos los hombres. Y la magnitud de los desastres que les ocurrieron está demostrada; pues no habrían durado tanto tiempo los relatos sobre aquellos hechos, si lo
ocurrido no aventajara con mucho a otros sucesos. Se 70
cuenta que ninguna de las Amazonas que vinieron regresó, y que las que se quedaron en su país fueron arrojadas del poder como consecuencia de la derrota sufrida aquí; en cuanto a los tracios, antes vecinos nuestros, abandonaron tanto territorio a causa de esta expedición que en ese espacio intermedio se establecieron

41 Eumolpo, hijo de Poseidón, habría querido conquistar Atenas; esta versión que nos da Isócrates estaría basada en la leyenda de la rivalidad entre Atenea y Poseidón para dominar el Ática; lo mismo Eurípides en su *Erecteo* (cf. Pausanias, I 27, 4). Pero en el siglo v a. C. Eumolpo aparece representado como tracio, cercano al mito y religión de Orfeo; según esta segunda versión, sus descendientes, los Eumólpidas, aparecen ligados a los cultos de Eleusis.

42 Hijas de Ares y de la náyade Harmonía. Diodoro (III 53 ss.) sitúa en Libia su reino; Heródoto (IV 110-117) las relaciona con los escitas y sármatas. Los nombres de Pentesilea, Hipólita y Antíope aparecen en numerosas sagas; posiblemente su leyenda se apoye en sociedades matriarcales asiáticas.

muchos pueblos, razas de toda clase y ciudades populosas.

71 Estas cosas son hermosas y convenientes para quienes pretenden la hegemonía, y de las referidas, son hermanas también las que, como corresponde a descendientes de hombres así, llevaron a cabo los que lucharon contra Darío y Jerjes [43]. Después de estallar aquella enorme guerra y sobrevenir al mismo tiempo los mayores peligros, cuando los enemigos se creían irresistibles por su número y los aliados [44] pensaban que su valor era insu-
72 perable, los atenienses vencieron a ambos según convino en cada caso, superaron todos los peligros y fueron inmediatamente considerados los más valerosos; no mucho más tarde consiguieron la hegemonía marítima [45], que les confiaron los demás griegos, sin que lo discutieran quienes ahora intentan quitárnoslo.

73 Nadie crea que desconozco que en aquella ocasión los lacedemonios favorecieron mucho a los griegos; sin embargo, esto es también un motivo para que alabe a la ciudad, que tanto aventajó a tales antagonistas. Quiero hablar un poco más sobre las dos ciudades sin pasar demasiado a la ligera, para que nos acordemos de dos cosas: del valor de nuestros antepasados y de su odio
74 hacia los bárbaros. No se me pasa por alto la dificultad de hablar en último lugar de asuntos ya tratados desde antiguo, y sobre los que han hablado con frecuencia en los funerales públicos [46] los ciudadanos de mayor fuerza

---

[43] En las batallas de Maratón (490 a. C.) y Salamina (480 a. C.).

[44] Según Heród. (VIII 97; IX 71), sólo Egina ayudó a Atenas en Salamina y Esparta en Platea.

[45] Esta hegemonía fue obtenida el año 477 a. C. al formarse la liga de Delos.

[46] Es interesante esta referencia de Isócrates a los discursos políticos que se pronuncian en los funerales públicos; recuérdese el famoso discurso fúnebre que pone Tucídides en boca de Pericles, así como el discurso fúnebre pronunciado por Gorgias también con finalidad panhelénica.

oratoria; necesariamente han utilizado ya lo más importante de estos sucesos, y han dejado sin tratar lo más secundario. A pesar de ello, no debo vacilar en recordar lo que queda, pues interesa a mi trabajo.

Creo que los causantes de los mayores bienes y dignos 75
de los mayores aplausos son los que arriesgaron su vida por Grecia; pero no es justo echar en olvido a los que vivieron antes de esta guerra y gobernaron en cada una de las dos ciudades; pues aquéllos fueron los que ejercitaron a sus descendientes, empujaron al pueblo al valor y prepararon unos formidables rivales a los bárbaros. No desdeñaban los asuntos públicos, ni se apro- 76
vechaban de ellos como de algo privado, ni los descuidaban como si fueran cosas ajenas[47]; al contrario, se preocupaban de ellos como de asuntos familiares, y se mantenían apartados de lo que no conviene, tal como se debe hacer; no juzgaban la felicidad por el dinero, sino que consideraban que tenía la riqueza más segura y hermosa quien hiciese cosas de tal categoría que le proporcionaran una fama excelente y transmitiera a sus hijos la gloria más grande. No envidiaban sus mutuas 77
audacias, ni ejercitaban su temeridad, sino que juzgaban más funesto que sus conciudadanos hablaran mal de ellos, que morir noblemente por la patria, y se avergonzaban más por las faltas en los asuntos públicos que por las que cometen ahora en sus cuestiones particulares. Causa de esto era que examinaban de qué forma 78
las leyes serían más exactas y buenas, no tanto las referidas a negocios privados como las que atañen a las actividades cotidianas; sabían, en efecto, que los hombres nobles y buenos no necesitan de muchos textos legales, sino que con unas pocas indicaciones se ponen fácilmente de acuerdo en los asuntos privados y en los

[47] Lo mismo en *Areopagítico* 24, y *Nicocles* 21.

79 públicos[48]. Tenían tal civismo que competían entre sí, no para que unos, después de eliminar a otros, gobernaran al resto de los ciudadanos, sino para anticiparse en hacer algún bien a la ciudad: y se reunían en sociedades políticas[49] para ayudar al pueblo, no para pro-
80 vechos privados. De igual forma administraban lo ajeno: servían a los griegos, pero no los maltrataban, pensando que debían guiarlos, mas no tiranizarlos; preferían ser llamados caudillos que soberanos, y que se les denominase salvadores, y no opresores; atraían a las ciudades por su bien obrar, sin subyugarlas por la
81 fuerza. Las palabras que usaban eran más seguras que los juramentos actuales, pues creían que había que mantenerse fieles a los pactos como a una necesidad; no se ufanaban tanto de sus poderes como de vivir con prudencia; consideraban que debían tener hacia sus inferiores la misma consideración que ellos tenían a sus superiores; gobernaban sus ciudades según las peculiaridades de cada una, pero consideraban a Grecia la patria común.

82 Con tales propósitos y educando a los jóvenes en costumbres semejantes, hicieron tan valerosos a los hombres que lucharon contra los asiáticos, que nunca poeta ni sofista alguno pudo hablar de forma apropiada a lo que aquéllos ejecutaron. Y les disculpo mucho; pues tan difícil resulta ensalzar a quienes sobrepasan en valor a los demás como a quienes nada bueno han

---

[48] La posición que Isócrates adopta al describir la antigua democracia es similar a la de PLATÓN, *Gorgias* 515 D. En general lo que Isócrates desea es la vuelta a una democracia más moderada (cf. *Areopagítico* 21 ss.).

[49] Estas sociedades políticas o *hetaireiai* fueron muy famosas en la democracia ateniense; recuérdese el famoso «círculo» de Pericles. Más tarde se transformaron en centros de conspiraciones de la oligarquía (cf. TUC., VIII 54, y ARISTÓT., *Constitución de Atenas* XXXIV.

hecho; estos últimos carecen, en efecto, de hazañas, para aquéllos, empero, no hay palabras convenientes. ¿Cómo 83
resultarían apropiadas para hombres semejantes, que aventajaron a los que marcharon contra Troya tanto, que éstos pasaron diez años alrededor de una sola ciudad, y aquéllos, en cambio, en breve tiempo vencieron la fuerza de toda Asia, y no sólo salvaron sus propias patrias, sino que liberaron a toda Grecia?[50]. ¿De qué empresas, penalidades o peligros desertaron para vivir con honor quienes estaban tan dispuestos a morir por la fama que tendrían después de muertos? Creo que 84
alguno de los dioses, admirado por el valor de éstos, suscitó la guerra para que hombres de tal naturaleza no pasaran desapercibidos y acabaran su vida sin gloria, sino que fueran igualados en su reputación a los hijos de los dioses, los llamados semidioses, pues también sus cuerpos se entregaron a las necesidades de la naturaleza, pero dejaron recuerdo eterno de su valor[51].

Siempre nuestros antepasados y los lacedemonios 85
estuvieron rivalizando entre sí[52], pero en aquellos tiempos no les agradaba competir sino por las cosas más bellas, en la creencia de que no eran enemigos, sino antagonistas; no servían al bárbaro para esclavizar a Grecia[53], sino que tenían el mismo parecer sobre la salvación común y disputaban cuál de los dos sería su autor. Mostraron su valor por vez primera ante las tropas enviadas por Darío. Pues cuando los persas de- 86

---

[50] Comparación muy utilizada, lo mismo en el parágrafo 186 de este discurso.

[51] Con frecuencia habla Isócrates de la inmortalidad como premio para los que mueren con honor; también en *Evágoras* 3, *Arquídamo* 109, y *Sobre la paz* 94.

[52] Los parágrafos 85-87 son paralelos a los que dice LISIAS, *Epitafio* 23-26.

[53] Desde comienzos del siglo IV a. C. las relaciones con el rey persa Artajerjes II fueron constantes por parte de Atenas y Esparta.

sembarcaron en el Ática, los atenienses no aguardaron a sus aliados, sino que hicieron de la guerra común la suya particular. Salieron al encuentro de los que despreciaban a toda Grecia con sólo el ejército propio, unos pocos contra muchos miles, como si fueran a poner en peligro vidas ajenas. Los lacedemonios, tan pronto supieron que había guerra en el Ática, descuidaron todo lo demás y llegaron en nuestra ayuda con tanta prisa como si fuera su tierra la sitiada. La prueba
87 de su rapidez y rivalidad es la siguiente: cuentan que nuestros antepasados, el mismo día que supieron el desembarco de los bárbaros [54], corrieron en defensa de las fronteras de su tierra, vencieron en la batalla y levantaron un trofeo; los lacedemonios, en tres días con sus noches, recorrieron mil doscientos estadios marchando en columna; tanta fue la prisa que se dieron, éstos en compartir los peligros, aquéllos en combatir
88 antes de que llegaran quienes iban a socorrerlos. Después se produjo la segunda expedición, que condujo Jerjes en persona, quien abandonó su palacio y se atrevió a colocarse como general, tras haber reclutado a todos los del Asia. Sobre este personaje, ¿quién no ha dicho menos de la realidad, aunque se haya esforzado
89 en exagerar? A tanta soberbia llegó Jerjes que, creyendo tarea pequeña someter Grecia y queriendo dejar tras sí tal monumento que no fuera propio de la naturaleza humana, no descansó hasta inventar y ejecutar lo que todos cuentan: hacer navegar a su ejército a través del continente y hacerlo caminar sobre el mar, después de uncir con un yugo el Helesponto y perforar el monte
90 Atos [55]. Contra un individuo tan orgulloso, autor de tales

---

54 Heródoto, VI 103-120, nos dice que los atenienses tardaron nueve días en marchar contra el enemigo y que los espartanos esperaron hasta la luna nueva.

55 Cf. Esquilo, *Los Persas* 745 ss., donde la derrota del ejército persa aparece causada por la desmesura *(hýbris)* de Jerjes,

hazañas y que fue amo de tantos, salieron a enfrentarse, después de repartirse el peligro, los lacedemonios hacia las Termópilas con mil soldados escogidos y unos pocos aliados [56] contra la infantería persa, con la idea de estorbar por los desfiladeros al enemigo en su avance; y nuestros padres fueron hacia el Artemisio, habiendo equipado sesenta trirremes [57] contra toda la flota enemiga. Y se atrevieron a obrar así, no tanto por despre- 91
ciar a los enemigos como por competir entre sí; los lacedemonios, ciertamente, envidiaban nuestra ciudad por la batalla de Maratón y buscaban igualarse a nosotros, temiendo que por dos veces seguidas nuestra ciudad fuera causante de la salvación de los griegos; nuestros antepasados, por su parte, ansiaban conservar su fama y demostrar a todos que en la primera ocasión vencieron por valor, no por suerte; y además querían impulsar a los griegos a librar un combate naval, para demostrarles que tanto en los peligros navales como en los terrestres, el valor vence al número [58]. Aunque su 92
audacia era igual, no tuvieron idénticas suertes, sino que los lacedemonios perecieron, y venciendo en su espíritu, sus cuerpos cedieron, ya que no se puede decir que fueron vencidos; pues ninguno de ellos consideró honroso huir; en cambio, los nuestros vencieron a la escuadra de primera línea, y cuando se enteraron de que los enemigos se habían apoderado del desfiladero, desembarcaron en la patria [y tras disponer las cosas de la

---

que se atrevió a ir contra lo que los dioses habían dispuesto al alterar la naturaleza.

[56] No eran tan pocos los aliados: 800 espartanos, 700 de Tespis y unos 4.000 peloponesios.

[57] Según HERÓD. (VIII 2) eran en total 281 naves, de ellas 127 atenienses.

[58] Cf. PLAT., *Menéxeno* 240 D; LISIAS, *Epitafio* 23; LICURGO, *Contra Leócrates* 108.

ciudad][59] resolvieron tan bien lo que quedaba, que, habiendo realizado ya antes muchas y bellas cosas, aún
93 destacaron más en los últimos peligros. Pues cuando todos los aliados estaban abatidos y los peloponesios ponían una muralla al istmo y buscaban su salvación individual, cuando estaban sometidas a los bárbaros otras ciudades y luchaban a su lado, salvo alguna que fue olvidada por su insignificancia[60], cuando los bárbaros navegaban con 1.200 trirremes e incontable infantería[61] tenía la intención de lanzarse sobre el Atica, y los nuestros estaban sin ninguna salvación, privados de
94 aliados y frustrados en todas las esperanzas, aunque podían no ya escapar a los peligros presentes, sino conseguir honores extraordinarios que les ofrecía el gran rey, quien pensaba que si se atraía a la escuadra de la ciudad, dominaría al instante también el Peloponeso, los nuestros no aceptaron los regalos de aquél ni se irritaron con los griegos que habían desertado, pensan-
95 do con agrado en reconciliarse con los bárbaros, sino que se preparaban a luchar por la libertad y disculparon a otros que escogieron la esclavitud. Pues consideraban que las ciudades modestas deben buscar la salvación de cualquier manera, pero las que pretenden estar al frente de Grecia no pueden rehuir los peligros; así como los mejores hombres prefieren morir honrosamente que vivir con deshonra, también es preferible para las ciudades importantes desaparecer de entre los hombres
96 antes que verse en esclavitud. Y está claro que éste era su pensamiento: puesto que no podían enfrentarse a la vez con ambas fuerzas, después de recoger a toda la

---

59 Las palabras entre corchetes sólo aparecen en la cita que de este pasaje se hace en *Sobre el cambio de fortunas;* MATHIEU, *Isocrate*... II, pág. 37, nota 4, piensa que quizá Isócrates las añadió el año 353 al componer el discurso mencionado.

60 Según HERÓD., VIII 66, Platea, Tespis y algunas islas.

61 HERÓD., VII 185, habla de 2.640.000 hombres.

gente de la ciudad, navegaron a la isla vecina[62], para combatir por separado con cada una de las dos tropas[63]. ¿Cómo podría señalarse hombres mejores o más amigos de los griegos que quienes, para no ser culpables de la esclavitud de otros, soportaron ver su ciudad desierta, devastada su tierra, saqueados sus santuarios, quemados sus templos y todos los rigores de la guerra en su propia patria? Y ni esto les bastó sino que se dispu- 97
sieron a trabar combate ellos solos contra 1.200 trirremes. Pero no lo consintieron los peloponesios; pues avergonzados ante su valor, y por pensar que, si los nuestros caían antes, ni ellos se salvarían, y si resultaban vencedores, sus ciudades caerían en la deshonra, se vieron obligados a tomar parte en los peligros. Y no creo que haya que referir[64] la confusión, gritos y recomendaciones producidos en la acción, cosas comunes en todos los combates navales. En cambio, es tarea mía 98
contar los detalles particulares, dignos de la hegemonía y reconocidos unánimemente por cuantos ya han hablado antes. Tanto, en efecto, se destacó nuestra ciudad cuando estaba intacta, que incluso después de quedar destruida reunió más trirremes ante el peligro que venía sobre Grecia que todos los demás combatientes navales[65], y nadie nos odia tanto como para no reconocer que ganamos la guerra gracias al combate naval, y que de él fue artífice nuestra ciudad. Y si está a 99
punto de producirse una expedición militar contra los bárbaros, ¿quiénes deben tener el mando? ¿Acaso no los que alcanzaron mayor fama en la guerra anterior, corrieron peligros muchas veces solos y fueron consi-

62 Salamina.

63 Cf. Lis., *Epitafio* 33 ss.

64 Lo mismo en *Evágoras* 31, donde Isócrates precisa su interés por lo general, no por el detalle.

65 Isócrates vuelve a exagerar; según Heród. (VIII 44, 48), 180 naves eran atenienses y 198 de sus aliados.

derados los mejores en los combates comunes? ¿No quienes abandonaron su propia ciudad por la salvación de los demás, fueron desde antiguo los fundadores de la mayoría de las ciudades y sus salvadores de nuevo en los más grandes peligros? ¿Cómo no íbamos a resultar agraviados si después de participar en la mayoría de los males, fuéramos considerados merecedores de los menores honores, y si, tras estar en primera fila para defender a todos, ahora fuéramos obligados a marchar detrás de los otros?

100 Sé que hasta aquí todos estarían de acuerdo en que nuestra ciudad ha resultado autora de los mayores bienes y en que su hegemonía era justa; pero, con posterioridad a estos sucesos, algunos nos acusan de que, tras alcanzar el dominio del mar, nos hicimos responsables de muchos males para los griegos, y en esos discursos nos reprochan la esclavitud de los melios[66] y la
101 matanza de los escionios[67]. Yo creo, primeramente, que no prueba en absoluto que gobernáramos mal el que algunos de los que nos hicieron la guerra aparezcan castigados con dureza; por el contrario, el que ninguna de las ciudades que estuvieron bajo nuestro mando haya caído en estas desgracias es la mayor prueba de que administramos bien los asuntos de nuestros aliados.
102 En segundo lugar, si otros se hubieran ocupado de los mismos asuntos con más suavidad, nos censurarían con razón; pero como esto no ha sucedido, ni es posible dominar tan gran número de ciudades sin castigar a los que cometen faltas, ¿cómo no va a ser de justicia aplaudirnos a nosotros, que, siendo duros con muy pocos,

---

[66] Cf. el magistral diálogo entre melios y atenienses escrito por Tucídides (V 84-116); al querer mantener su neutralidad los habitantes de Melos, fueron muertos sus hombres en edad militar y esclavizados los demás (año 416 a. C.).

[67] Tuvieron el mismo destino que los melios, pero ellos sí se habían sublevado contra Atenas (Tuc., V 32).

hemos podido retener el mando durante tan largo tiempo? Creo que todos estarán de acuerdo en que los 103
jefes más capacitados de los griegos serán aquellos cuyos súbditos llegaron a realizar las mejores cosas. Encontraremos que bajo nuestro mando no sólo los asuntos particulares aumentaron extraordinariamente su prosperidad, sino que también las ciudades crecieron. No envidiábamos a las que se ensanchaban ni 104
producíamos desórdenes con el establecimiento de políticas contrarias, para que pelearan entre sí y nos sirvieran unos y otros; por el contrario, con la idea de que la concordia entre los aliados era una utilidad común, gobernábamos todas las ciudades con las mismas leyes y nuestras decisiones sobre ellas eran en plan de aliados, no de tiranos; estábamos al cuidado de todos los asuntos, pero permitíamos que cada uno fuera libre en los suyos particulares[68]; ayudábamos a la mayoría, ha- 105
cíamos la guerra a las tiranías, por considerar algo terrible que la mayoría sea sometida por unos pocos y que quienes carecen de bienes, pero no son inferiores en otras cosas, sean excluidos de los cargos públicos, y, además, que en una patria común, sean unos tiranos, otros metecos[69], y que los ciudadanos por nacimiento queden por una ley privados de la ciudadanía. Al tener 106

---

[68] Distinción entre «libertad interna» *(autonomía)* y «libertad en las relaciones con otros estados» *(eleuthería)*, que es el término que aquí emplea Isócrates (MATHIEU, *Isocrate...* II, pág. 41. nota 2).

[69] Los metecos o «cohabitantes» *(metoikoi)* eran los ciudadanos de otras localidades que se encontraban en Atenas. No tenían derechos cívicos, pagaban un impuesto de 12 dracmas al año *(metoíkion)* y para cuestiones legales debían ser representados por un ciudadano *(prostátēs)*. Prestaban el servicio militar y los impuestos extraordinarios igual que los ciudadanos; su número era aproximadamente equivalente a un tercio de los ciudadanos y entre ellos abundaban los comerciantes, industriales y los de profesiones liberales.

que censurar a las oligarquías cosas así y aun peores, establecimos entre los demás nuestra propia constitución, que no hay que alabar con palabras grandilocuentes, sobre todo pudiendo explicarla con brevedad. Pues, viviendo de acuerdo con ella, hemos pasado 70 años sin conocer tiranías, libres frente a los bárbaros, sin revueltas entre nosotros, llevando la paz a todos los hombres[70].
107 Por eso, conviene que los hombres inteligentes nos tengan un gran agradecimiento, mucho mayor que quienes nos echan en cara las cleruquías[71], que nosotros enviamos a ciudades despobladas para defensa del territorio, no para sacar provecho. Y la prueba es que teníamos un territorio muy pequeño para muchos ciudadanos, pero un imperio muy grande; que, además, habíamos adquirido doble cantidad de trirremes que todos
108 los demás juntos, capaces de combatir a un número dos veces mayor; y, aunque cerca, al sur del Ática, está Eubea, cuya situación es muy ventajosa para el dominio del mar y con otras cualidades que la destacan entre todas las islas, aunque la dominábamos más que a nuestro país, y además, sabíamos que los griegos y bárbaros de mayor fama son quienes, tras haber desterrado a sus vecinos, se procuraron una vida opulenta y fácil, a pesar de todo, nada de esto nos impulsó a atacar a los que
109 vivían en la isla[72], sino que fuimos los únicos que ha-

---

70 P. Cloché, *Isocrate...*, pág. 73, ha señalado el lenguaje claramente democrático que hay en los parágrafos 105 y 106.

71 Las cleruquías eran colonias de ciudadanos atenienses instaladas fuera del Ática. El nombre procede de los lotes de tierra (*klêroi*) que se daban a cada colono. Muchas cleruquías se instalaron en territorios confiscados a miembros de la liga ático-délica. Servían, pues, a un doble objetivo: económico, porque absorbían el excedente de población, y bélico, ya que eran auténticas guarniciones.

72 Miente Isócrates, pues Atenas estableció numerosas clerurquías en Eubea a la que tenía bajo un dominio muy severo (cf. Aristóf., *Nubes* 213). Estas cleruquías se habían establecido en

biendo alcanzado una gran potencia consentimos en vivir nosotros mismos con más apuros que quienes nos reprochaban que les esclavizábamos. Porque, de haber querido tener más, no hubiéramos deseado el territorio de los escionios, que dimos a los plateenses cuando se nos presentaron como refugiados [73], ni habríamos abandonado una tierra capaz de enriquecernos a todos.

Aunque nos hemos comportado así y hemos dado 110
semejante prueba de que no deseamos lo ajeno, se atreven a acusarnos quienes formaron parte de decarquías [74], maltrataron a sus propias patrias, hicieron pequeñas las injusticias de sus antecesores, y no dejaron exceso alguno para los que quisieren más tarde ser perversos. Van diciendo que son partidarios de los lacedemonios, pero se comportan al contrario que aquéllos, y llorando las desgracias de los melios, se atrevieron a causar daños irreparables a sus propios conciudadanos.
¿Qué injuria se les escapó? ¿Qué hecho vergonzoso o 111
indigno no llevaron a cabo? Ellos consideraban a los más enemigos de las leyes los más fieles, trataban a los traidores como bienhechores, prefirieron ser esclavos de un hilota [75] para injuriar a sus propias patrias, y estimaban más a los homicidas y criminales que a sus
propios padres; nos presentaron tan inhumanos que, 112
antes, cuando éramos prósperos, cada uno de nosotros tenía muchos para compadecerle en las pequeñas desgracias, y en cambio, bajo su gobierno, debido a la mul-

---

Calcis a finales del siglo VI a. C. y en toda la isla tras la revuelta del año 446 (MATHIEU, *Isocrate...*, pág. 42, nota 2).

[73] Cf. *Plateense*.

[74] El almirante espartano Lisandro estableció decarquías (10 oligarcas con la protección de un harmosta —jefe militar espartano—) para gobernar las ciudades griegas; en Atenas este número fue elevado a treinta, los famosos Treinta tiranos (cf. JENOF., *Hel.* III 5, 13).

[75] Se decía que la madre de Lisandro era de origen hilota.

titud de males propios, dejamos de compadecernos unos de otros; pues a nadie le dejaron tranquilidad como
113 para consolar a otro. Porque ¿a quién dejaron de atacar? ¿Quién estaba tan alejado de la política que no se viera forzado a encontrarse en las desgracias a que tales maneras de ser nos condujeron? Y, encima, no se avergüenzan quienes, después de administrar con tanta ilegalidad sus propias ciudades, también acusan a la nuestra injustamente, sino que además de otras cosas, se atreven a hablar de los procesos privados y públicos celebrados entre nosotros en otro tiempo, ellos, que mataron sin juicio en tres meses a más de los que la
114 ciudad juzgó en todo su gobierno. ¿Quién podría enumerar los destierros, las revueltas civiles, las violaciones de leyes, los cambios de constituciones, los ultrajes contra los niños, las mujeres deshonradas y los pillajes de dinero? Aparte de esto, puedo decir en general que con un solo decreto se hubieran podido terminar con facilidad los males ocurridos bajo nuestro gobierno[76], pero nadie podría remediar los asesinatos e ilegalidades producidos bajo su poder.

115 Ni la paz presente ni la autonomía[77] que sin existir en las constituciones está escrita en los tratados, son preferibles a nuestro gobierno. Pues ¿quién desearía una situación en la que los piratas dominan el mar, los pel-
116 tastas ocupan las ciudades[78], los ciudadanos luchan

[76] El año 378-377 a. C. la asamblea aprobó el decreto que dio paso a la segunda confederación que anuló las nefastas medidas a las que aquí alude Isócrates. La influencia de nuestro autor en el logro de esta segunda liga, gracias precisamente al *Panegírico,* es imposible de negar.

[77] Para A. Levi, *Isocrate...*, pág. 101, autonomía significa «libertad de administrarse».

[78] Los peltastas, armados de jabalina (*pêlta*, de ahí su nombre) arma típicamente tracia, aparecen con este nombre en el siglo V a. C. Eran de hecho, una infantería ligera por oposición a la infantería pesada, los hoplitas.

entre sí dentro de sus muros en vez de pelear contra otros para defender su territorio, están cautivas más ciudades que antes de firmar la paz [79], y por los frecuentísimos cambios políticos viven con más desesperación quienes se quedan en las ciudades que los castigados con destierro? Porque unos temen siempre el futuro y a los otros les parece siempre que van a regresar. Estas 117
ciudades se alejan tanto de la libertad y la autonomía, que unas están bajo tiranos, otras albergan harmostes, algunas están devastadas y de otras se han hecho señores los bárbaros. A éstos, cuando se atrevieron a pasar a Europa y eran más engreídos de lo que les convenía, nosotros les pusimos en tal situación que no sólo cesa- 118
ron de hacer expediciones contra nosotros, sino que soportaron ver arrasada su propia tierra [80]; y, cuando navegaron con 1.200 naves, les humillamos tanto que no botaron un barco grande hasta Fasélide [81], estuvieron en calma y aguardaron ocasiones favorables, pero no confiaron en su fuerza presente. Que esto fue así a causa 119
del valor de nuestros antepasados, lo demuestran suficientemente las desgracias de la ciudad; pues, tan pronto como fuimos despojados del poder, también comenzaron los males de los griegos. Tras el desastre producido en el Helesponto [82], cuando estaban establecidos otros jefes, los bárbaros vencieron en combate naval [83],

[79] Se refiere a la paz de Antálcidas, firmada el año 397 a. C. Sus cláusulas pueden verse en JENOF., *Hel.* V 1, 31.

[80] Referencia a la victoria del general ateniense Cimón sobre los persas a orillas del río Eurimedonte (año 465 a. C.).

[81] Por la paz de Calias (año 448 a. C.) Persia renunció a intervenir con su escuadra más allá de Fasélide; Chipre y las ciudades griegas de Asia Menor permanecían dentro del imperio persa, aunque conservaban su autonomía. Se reconocía la hegemonía de Atenas en el Egeo.

[82] En la batalla de Egospótamos, año 405 a. C.

[83] En la batalla de Cnido (año 394 a. C.) la flota persa, dirigida por el almirante ateniense Conón, aniquiló a la espartana.

se hicieron con el dominio del mar, ocuparon la mayoría de las islas, desembarcaron en Laconia, tomaron Citera por la fuerza y costearon todo el Peloponeso cau-
120 sando estragos. Cualquiera comprendería muy bien la magnitud del cambio si leyera los tratados efectuados cuando teníamos la hegemonía nosotros y los suscritos ahora. Se verá que entonces limitamos el imperio del Rey, le impusimos algunos tributos y le impedimos utilizar el mar; pero ahora es el Rey quien gobierna los asuntos de los griegos[84], ordena lo que debe hacer cada uno y sólo le falta imponer gobernadores en las
121 ciudades. Pues, salvo esto, ¿qué le queda por hacer? ¿No fue señor de la guerra, dirigió la paz y se hizo árbitro de los asuntos presentes? ¿No navegamos hacia él como hacia un amo para acusarnos mutuamente? ¿No le llamamos Gran Rey como si fuéramos sus siervos? ¿No fijamos las esperanzas de salvación durante nuestras guerras mutuas en él, que gustosamente nos aniquilaría a unos y otros?

122 Al reflexionar sobre estos hechos, es justo indignarse por la situación presente, desear nuestra hegemonía y reprochar a los lacedemonios, porque al principio llegaron a ponerse en pie de guerra con el pretexto de liberar a los griegos[85], pero al final entregaron a muchísimos de ellos a los bárbaros; porque desterraron a los jonios de nuestra ciudad, de la que los mismos jonios habían emigrado[86] y gracias a la cual se salvaron muchas veces, y porque les entregaron a los bárbaros, cuya tierra ocupan, a pesar de ellos, y contra los que nunca deja-
123 ron de pelear. Antes, los lacedemonios se indignaban

---

[84] Cf. Jenof., *Hel.* VI 3, 9.

[85] Cf. nota 12 de este mismo discurso.

[86] Según una tradición ática, Ión fundador del pueblo jonio, descendía de Erecteo; en efecto, la madre de Ión, Creusa, era hija de Erecteo. Ión habría conducido desde Atenas la migración que colonizó Jonia.

cuando creíamos conveniente gobernar a algunos de acuerdo con la ley; pero ahora nada se preocupan de aquellos que han llegado a tal grado de esclavitud que no les basta con pagar tributos y ver sus acrópolis ocupadas por sus enemigos, sino que, además de las desgracias comunes, sufren en sus cuerpos vejaciones más terribles que las de nuestros esclavos comprados con dinero; pues ninguno de nosotros maltrata tanto a sus siervos como ellos castigan a hombres libres. Y el ma- 124
yor de los males es cuando son obligados a hacer con ellos una expedición para defender su misma esclavitud, a luchar contra quienes quieren ser libres y a soportar peligros de tal naturaleza que, si son vencidos, serán aniquilados de inmediato, y, si han vencido, sufrirán mayor esclavitud en el futuro. Y de esto ¿a qué otros 125
hay que considerar culpables sino a los lacedemonios, quienes, a pesar de su gran poder, ven con indiferencia sufrir males terribles a sus antiguos aliados, y al bárbaro acrecentar su propio imperio con la fuerza de los griegos? Los lacedemonios antes arrojaban a los tiranos[87] y prestaban ayuda al pueblo, pero ahora han cambiado tanto que hacen la guerra a las instituciones democráticas y consolidan las monarquías. Y así es que 126
después de firmarse la paz, arrasaron la ciudad de Mantinea[88], se apoderaron de Cadmea de Tebas[89], ahora sitian Olinto y Fliunte[90] y cooperan con Amintas[91], rey

[87] Alusión a la ayuda prestada por Esparta para la expulsión de los Pisistrátidas, tiranos de Atenas.

[88] El año 385 a. C. (cf. JENOF., *Hel.* V 2, 7).

[89] Tomada por el harmosta Fébidas el año 382 a. C.

[90] El sitio de Olinto duró del año 382 al 379; el de Fliunte, del 381 al 379; ya comentamos en la introducción a este discurso que este dato hace fechar con seguridad el *Panegírico* en el año 380 antes de Cristo.

[91] Amintas, rey de Macedonia, padre de Filipo, ayudó a los espartanos contra Olinto.

de Macedonia, con Dionisio[92], tirano de Sicilia y con el bárbaro que domina Asia, para que todos ellos consi-
127 gan el mayor poder. ¿No es absurdo que los jefes de los griegos establezcan a un sólo hombre como señor de tantos hombres que ni es fácil saber su número y que, en cambio, no permitan a las mayores ciudades ser dueñas de sí mismas, sino que las obliguen a ser
128 esclavas o a caer en las mayores desgracias? Y lo peor de todo es que uno pueda ver que quienes se consideran merecedores de alcanzar la hegemonía luchen cada día contra los griegos y tengan hecha una alianza eterna con los bárbaros.

129 Que nadie suponga que estoy de malhumor, porque recordé esto con más aspereza, cuando he dicho antes que mi discurso versaría sobre la reconciliación. Pues no hablé así de los lacedemonios para desacreditar su ciudad ante otros, sino para apartarlos, en la medida que pueda hacerlo un discurso, de esta manera de pen-
130 sar que tienen. Porque no se puede desviar de acciones erróneas ni persuadir a desear cosas diferentes si antes no se censura con valentía las circunstancias actuales. Hay que considerar, en efecto, acusadores a quienes hablan así para hacer daño, y amonestadores, en cambio, a los que censuran para ayudar. No se debe entender, por tanto, de idéntica manera un mismo discurso
131 que se pronuncia con distinta intención[93]. También podemos censurar esto a los lacedemonios, quienes en su propia ciudad obligan a sus vecinos a servir como hilo-

---

[92] Dionisio fue durante todo su reinado aliado de Esparta (véase *Sobre la paz* 99). Ya veremos cómo cambia Isócrates cuando llegue a proponer a Dionisio, a quien ahora critica, la dirección de la guerra contra Persia.

[93] D. Gillis, «Isocrates Panegyricus: the rhetorical texture», *Wiener Studien* 84 (1971), pág. 56 ss., interpreta los parágrafos 129 y 130 como reparación del posible daño hecho a la unidad panhelénica por las anteriores críticas de Isócrates a Esparta.

tas, pero no organizan así la comunidad de sus aliados, cuando podían, tras reconciliarse con nosotros, hacer a todos los bárbaros periecos de Grecia entera. Los que 132
son orgullosos por naturaleza y no por azar [94] tienen que intentar empresas de este tipo en lugar de imponer impuestos a los isleños, a quienes se debe compadecer al verlos por la estrechez de su tierra obligados a cultivar montañas, mientras que los continentales, por la abundancia de su territorio, dejan sin cultivar la mayor parte, y del que cultivan obtienen tanta riqueza.

Creo que si viniera alguien de fuera y contemplase la 133
situación actual, condenaría la gran locura de nuestros dos pueblos, cuando corremos tanto riesgo en cosas de poca importancia, siéndonos posible adquirir muchas sin dificultad, y arrasamos nuestra propia tierra, despreocupándonos de sacar provecho del Asia. Al Gran 134
Rey, en cambio, nada le conviene más que examinar cuáles son los hechos por los que nunca dejaremos de combatir entre nosotros; nosotros, sin embargo, tan lejos estamos de estorbar alguna de sus acciones o de rebelarnos, que intentamos ayudar a sofocar los tumultos que se producen contra él espontáneamente, nosotros, que, de los dos ejércitos que hay en Chipre [95], le permitimos usar uno y sitiar al otro, siendo así que los dos son griegos. Pues, los que hicieron defección 135
están en buenas relaciones con nosotros y se confían a los lacedemonios; y de los que están en el ejército de Tiribazo, la infantería más útil se recluta en estos lugares y la mayor parte de la flota navegó desde Jonia; estos hombres preferirían arrasar en común Asia que

[94] G. Heilbrunn, «Isocrates...», pág. 168, nota 66, hace notar el contraste entre «naturaleza» *(phýsis)* y «azar» *(týchē)*; los grandes proyectos, como la expedición panhelénica, se logran con una reputación resultado de la propia habilidad, no del azar.

[95] Se refiere a la guerra de diez años entre el rey persa Artajerjes II y Evágoras, rey de Salamina, en Chipre (cf. *Evágoras* 64 ss.). En ambos ejércitos había mercenarios griegos.

136 luchar entre sí por cosas de poca importancia. Nada de esto preveemos, sino que disputamos sobre las islas Cícladas[96], y tenemos entregadas al bárbaro tan a la ligera a la mayoría de las grandes ciudades y unas fuerzas considerables por su número. Y así tiene unas, otras está a punto de tenerlas, contra otras conspira,
137 despreciándonos a todos nosotros con razón. Pues ha logrado lo que nunca consiguió ninguno de sus antepasados: nosotros y los lacedemonios reconocemos que Asia es del Rey[97]; y ejerce un poder tan señorial sobre las ciudades griegas que destruye unas y sobre otras fortifica ciudadelas. Y todo esto viene ocurriendo por nuestra insensatez, no por su fuerza.

138 Algunos, ciertamente, admiran la magnitud de las empresas del Rey y dicen que es difícil de vencer, aduciendo que ha introducido muchos cambios entre los griegos. Pero yo creo que quienes hablan así no obstaculizan la expedición, sino que la aceleran. Porque si iba a ser difícil hacerle la guerra estando nosotros de acuerdo y el Rey en dificultades, mucho más se ha de temer el momento en que la situación de los bárbaros se restablezca y se aúnen en un solo criterio, mientras que nosotros seguiremos peleando unos contra otros
139 como ahora. Ni aunque estuvieran conformes con mis palabras, ni siquiera así conocen con exactitud la fuerza de aquél. Si consiguieran demostrar que el Rey con anterioridad ha vencido alguna vez simultáneamente a las dos ciudades, con razón también ahora intentarían infundirnos miedo; pero si esta circunstancia nunca ha ocurrido, sino que, si cuando nosotros y los lacedemonios estábamos enfrentados con igualdad de fuerzas, es cuando consiguió sus mayores triunfos al asociarse

---

96 Los espartanos cobraban tributos y mantenían guarniciones en las Cícladas.

97 Referencia a las cláusulas de la paz de Antálcidas (cf. n. 79).

on uno de los dos, en absoluto es esto una prueba de u poderío. En circunstancias semejantes, muchas vees fuerzas pequeñas han tenido influencias decisivas; sí, podría referirme a Quíos[98] que dio la supremacía narítima a quienes decidieron unirse a ella. No es justo, 140 pues, examinar el poder del Rey por lo que hizo con yuda de otros, sino por lo que ha guerreado él mismo por su propia cuenta. En primer lugar, cuando Egipto se sublevó ¿qué ha conseguido de sus habitantes? ¿No envió a esta guerra a los persas más famosos, a Abroconas, Titraustes y Farnabazo, quienes, tras aguantar tres años sufriendo daño más que causándolo, acabaron por retirarse en tales condiciones que los sublevados no se contentaron con la libertad, sino que buscaban ya dominar a los vecinos? En segundo lugar, cuando el Rey 141 hizo una expedición contra Evágoras que domina una sola ciudad[99] (de las de Chipre), que le había sido entregada según los tratados y que, habitando una isla, ya había sido vencido por mar y sólo cuenta con 3.000 peltastas para defender su territorio, aun así, con una fuerza tan pequeña, el Rey no puede vencerle en la guerra. Ya lleva gastados 6 años y, si hay que conjeturar el porvenir a partir de lo ocurrido, es mucho más probable que otro se subleve ante de que Evágoras sea rendido por asedio; tal lentitud hay en las acciones del Rey. En la guerra de Rodas, cuando tenía a los aliados de 142 los lacedemonios como amigos a causa de la dureza de los regímenes políticos, cuando utilizaba nuestros marineros y remeros, cuando dirigía su expedición Conón, el más responsable de los generales, el de mayor confianza para los griegos y el más experto en los peligros de la guerra, a pesar de haber tenido tal colaborador,

---

98 Quíos, antigua aliada de Atenas, se pasó a Esparta tras la expedición ateniense a Sicilia (cf. Tuc., VIII 7).

99 La de Salamina.

vio con indiferencia que durante 3 años la escuadra que afronta el peligro por Asia estuviera sitiada por sólo 100 trirremes; además, quitó a los soldados la paga de 15 meses, de manera que muchas veces le habrían abandonado si dependieran de él, pero por el peligro presente y la formación de la liga de Corinto [100] vencieron,
143 después de una difícil batalla naval [101]. Y esto es lo más regio y venerable que hizo, y de lo que nunca paran de hablar quienes quieren ensalzar las hazañas de los bárbaros. Así, nadie puede decir que utilizo ejemplos sin justicia, ni que pierdo el tiempo en cosas pequeñas,
144 dejando de lado las mayores hazañas; pero para escapar a esta acusación referí las acciones más hermosas, sin olvidarme de aquellas otras, a saber, de que Dercílidas [102] con 1.000 hoplitas se apoderó de Eólide, que Dracón [103] tras tomar Atarneo y reunir 3.000 peltastas, devastó la llanura de Misia, que Tribón [104], habiendo transportado pocos más que éstos, devastó toda Lidia, y que a Agesilao [105], utilizando el ejército de Ciro, le faltó poco para apoderarse de la tierra del lado de acá del
145 río Halis. No hay que temer al ejército que escolta al Rey ni al valor de los persas. Pues demostraron claramente, cuando marcharon bajo las órdenes de Ciro [106], que en nada son mejores a los que viven junto al mar.

---

[100] La liga de Corinto, constituida por Atenas, Tebas, Corinto y Argos con apoyo persa, se formó el año 395 a. C. para luchar contra la hegemonía espartana.

[101] La de Cnido.

[102] Almirante espartano el año 399 a. C. (cf. JENOF., *Hel.* III 2, 1).

[103] Nombrado por Dercílidas harmosta de Atarneo el año 395 antes de Cristo (cf. JENOF., *Hel.* III 2, 11).

[104] Antecesor de Dercílidas al frente de la escuadra espartana, durante los años 400-399.

[105] La campaña de Agesilao se desarrolló durante el año 395 antes de Cristo (cf. JENOF., *Hel.* III 4, 20).

[106] Véase JENOF., *Anábasis.*

Paso por alto otras batallas en las que fueron vencidos, e incluso concedo que se hallaban en discordia y que no querían luchar con valentía contra el hermano del Rey. Pero después que Ciro murió se reunieron todos 146
los que pueblan Asia, y en esta circunstancia pelearon tan mal, que no dejaron ningún argumento a quienes acostumbran a alabar el valor de los persas. Pues alcanzaron a seis mil griegos[107], no elegidos por su valor, sino incapaces de vivir en sus propias [ciudades][108] a causa de su medianía, que desconocían el terreno, faltos de aliados, traicionados por sus acompañantes, privados del general que les había guiado. Pero los persas eran 147
tan inferiores a ellos que el Rey, como no sabía qué hacer en aquella circunstancia y desconfiaba de su fuerza, se atrevió a apoderarse de los jefes de los mercenarios que habían pactado una tregua, como si, al cometer este ultraje, fuera a desordenar al ejército, y prefirió pecar contra los dioses a enfrentarse abiertamente con aquéllos. Pero al fallar su plan, y unirse los 148
soldados que soportaron bien esta desgracia, mandó contra ellos que se iban, a Tisafernes y la caballería, que les acecharon por todo el camino, aunque marcharon como si fueran escoltados, y como temían muchísimo la tierra sin habitar, consideraban el mayor de los bienes encontrarse con los más enemigos posibles. Lo 149
más importante de lo referido es lo siguiente: aquéllos no habían marchado por botín, ni por conquistar una aldea, sino que hicieron la expedición contra el propio Rey y volvieron más seguros que si hubieran ido a verle como embajadores amigos. Así, me parece que queda suficientemente demostrada su cobardía en todos los sitios; porque en la ribera de Asia han perdido muchas batallas y cuando vinieron a Europa recibieron su cas-

---

107 Es el número de supervivientes que llegaron a Lámpsaco.

108 La palabra entre corchetes, no aparece en los MSS.

tigo —unos perecieron miserablemente, otros se salvaron con deshonra— y terminaron por ser motivo de risa a las puertas del mismo palacio real [109].

150 Nada de esto fue ilógico, sino que todo sucedió como era de esperar; porque es imposible que los así criados y gobernados participen de valor alguno, ni en las batallas levanten un trofeo sobre sus enemigos. ¿Cómo puede salir un general experto o un soldado valiente con la manera de vivir de aquéllos, que, en su mayor parte, son una masa desordenada y desconocedora de riesgo, floja para la guerra y más educada para la esclavitud que nuestros propios esclavos? Y quienes de ellos

151 gozan de la mayor estimación nunca vivieron en igualdad ni en sociedad con otros ni con el estado, y pasan toda su vida injuriando a unos y siendo esclavos de otros, como hombres que corrompen enteramente sus naturalezas, afeminan sus cuerpos a causa de su riqueza y tienen sus espíritus humillados y pusilánimes por la monarquía; se dejan inspeccionar ante el mismo palacio, se postran en el suelo [110], se preocupan de humillarse de todos modos, adoran a un hombre mortal y le llaman dios, desdeñando más a los dioses que a los hombres.

152 Los que marchan a las costas, llamados sátrapas, no deshonran la educación de allí, sino que se mantienen en las mismas costumbres, y son infieles con los amigos y miedosos con los enemigos; unas veces viven con humillación, otras con soberbia, traicionando a sus alia-

153 dos y sirviendo a sus enemigos. Así es que, al ejército de Agesilao lo mantuvieron durante 8 meses con sus propios recursos [111], mientras quitaron el sueldo durante

109 Exageración de Isócrates, aunque Cunaxa, lugar de la batalla en la que murió Ciro, se encuentra cerca de Babilonia (a unos 65 kms., según Jenof., *Anábasis* II 2, 6).

110 Alusión al saludo persa *(proskýnēsis)*, que a los griegos les parecía el colmo de la humillación.

111 Jenof., *Hel.* III 4, 25-27, nos dice que al establecerse una

doble tiempo que aquél a quienes se arriesgaban por ellos; a los que tomaron Cistene[112] les repartieron 100 talentos, y, en cambio, a quienes lucharon con ellos en Chipre les injuriaban más que a prisioneros. Para hablar 154
en general y no de cada cosa en particular, sino en conjunto, ¿quién de los que pelearon contra ellos no regresó feliz, o quién de los que estuvieron a sus órdenes no acabó su vida maltratado? ¿No se atrevieron a matar a Conón, el que como general en defensa de Asia destruyó el imperio de los lacedemonios, y a Temístocles, en cambio, que defendiendo a Grecia les venció en combate naval le estimaron digno de los mayores regalos?[113].
¿Hay que apreciar la amistad de quienes castigan a sus 155
bienhechores y adulan tan a las claras a quienes les hacen daño? ¿A quiénes de nosotros no perjudicaron? ¿Cuánto tiempo han dejado pasar sin conspirar contra los griegos? ¿Qué cosa nuestra no odian esos que osaron saquear y quemar en la guerra anterior los santuarios de los dioses y los templos? Por eso hay que alabar 156
también a los jonios que maldijeron[114] a quienes levantaran los templos quemados o quisieran ponerlos de nuevo en su estado primitivo, no porque les faltase con qué repararlos, sino para que fueran recuerdo de la impiedad de los bárbaros ante las generaciones futuras; también para que ninguno confiase en quienes se atrevieron a pecar de tal modo con las cosas divinas, sino que vigilen y los teman, al ver que los bárbaros no sólo hicieron la guerra a nuestros cuerpos, sino también a nuestras ofrendas.

---

tregua entre Agesilao y el sátrapa Titraustes, el ejército espartano recibió una indemnización de 30 talentos.

112 Ciudad de Asia Menor, conquistada por Agesilao.

113 No hay que olvidar que, según Tuc., I 137 ss., Temístocles, ya exiliado, estuvo sirviendo a los persas.

114 Cf. Heród., VI 19, 32; el juramento de los jonios debe ser una leyenda.

157 Puedo contar cosas parecidas de nuestros conciudadanos. También ellos, tan pronto como hacen la paz con quienes combatieron, se olvidan a la vez de la enemistad que antes se produjo; en cambio, no saben hacerlo con los continentales, ni cuando éstos les hacen un favor; tan inextinguible odio les tienen. Nuestros padres castigaron con la muerte a muchos por su inclinación hacia los persas; y, aún ahora, en las asambleas también se lanzan maldiciones, antes de ocuparse de ningún otro asunto, contra cualquier ciudadano que tenga trato con los persas[115]. Los Eumólpidas y los Cérices[116] en la celebración de los misterios, a causa de su odio a los persas, ordenan excluir de los actos sagrados a los demás bárbaros, como si fueran homi-
158 cidas. Somos por naturaleza tan enemigos suyos, que los mitos que más nos distraen son los Troyanos y Pérsicos, por los que nos enteramos de sus desgracias. Cualquiera puede notar que hemos hecho himnos de la guerra contra los bárbaros y cantos fúnebres, en cambio, de las guerras entre griegos; los primeros los cantamos en las fiestas, de los otros nos acordamos
159 en las desgracias. Creo que la poesía de Homero alcanzó tan enorme fama porque elogió bellamente a los que lucharon contra los bárbaros, y por este motivo quisieron nuestros antepasados que fuera estimado su arte en los certámenes musicales y en la educación de los jóvenes; para que, al oír muchas veces sus versos, aprendiésemos la enemistad existente contra ellos, y al imitar las virtudes de los que hicieron la expedición,
160 aspirásemos a acciones como aquéllas. Así pues, me parece que hay más que suficientes motivos que nos aconsejan hacerles la guerra, y sobre todo la actual

115 Cf. Plat., *República* 470 C.

116 Encargados de los cultos de Eleusis, descendientes de Eumolpo y Cérix.

oportunidad, la más clara de todas, que no se debe despreciar; sería indigno no aprovecharla y acordarse de ella cuando haya pasado. ¿Qué más ventajas que las de ahora podríamos desear, si queremos hacer la guerra al Rey? ¿No se le han sublevado Egipto y Chipre? ¿No 161
han sido devastadas por la guerra Fenicia y Siria? ¿No está ocupada por sus enemigos Tiro, que era su orgullo? De las ciudades de Cilicia, la mayoría las tienen nuestros amigos, y no es difícil hacerse con las demás. De Licia jamás se apoderó un persa. Hecatomno, gober- 162
nador de Caria [117], en realidad hace mucho tiempo que se sublevó y lo reconocerá cuando nosotros queramos. Desde Cnido hasta Sinope habitan el Asia griegos, a quienes no hay que persuadir a luchar, sino más bien no impedírselo. Y cuando tenemos tales apoyos y una guerra tal cercando al Asia, ¿a qué examinar en detalle lo que ocurrirá?; porque, si los bárbaros valen menos que estas pequeñas partes, no es dudoso lo que les ocurriría si se vieran obligados a combatir con todos nosotros. Así está la situación. Si el bárbaro con más 163
fuerza ocupase las ciudades ribereñas y estableciera en ellas mayores guarniciones que ahora, quizá las islas próximas al continente, cual Rodas, Samos y Quíos se inclinarían hacia su suerte; pero si nosotros somos los primeros en tomarlas, es verosímil que los habitantes de Lidia, Frigia y el restante territorio del interior se pusieran al lado de los que marchasen desde aquí. Por eso, hay que darse prisa y no demorarse, para que 164
no suframos lo que nuestros padres. Pues aquéllos, por haberse retrasado más que los bárbaros y haber abandonado a algunos aliados, se vieron forzados a combatir pocos contra muchos; hubieran podido, tras marchar

---

[117] Hecatomno, padre de Mausolo, se mantenía independiente en Caria.

los primeros sobre Asia con toda la fuerza de Grecia[118],
165 someter sucesivamente cada uno de los pueblos. Está demostrado que cuando uno lucha contra hombres reclutados en muchos lugares, no hay que esperar a que se agrupen, sino atacarles cuando aún están dispersos. Nuestros padres enmendaron el error que habían cometido con anterioridad, al exponerse a los mayores combates; nosotros, en cambio, si actuamos con sensatez, desde el principio vigilaremos, intentaremos anticiparnos y establecer un ejército alrededor de Lidia y Jonia.
166 Sabemos que el Rey gobierna a los del continente no porque ellos quieran, sino porque los ha rodeado a cada uno de ellos con una fuerza superior; si transportamos una aún mayor que ésta, cosa que haremos fácilmente si queremos, con toda seguridad obtendremos provecho de toda el Asia. Y es mucho más bello luchar contra aquél por la soberanía que discutir entre nosotros mismos por la hegemonía.

167 Se debe efectuar la expedición de la generación actual, para que quienes han participado de las desgracias también disfruten de los bienes y no pasen toda su vida en la desdicha. Pues ya es bastante el tiempo pasado en el que ¿qué desgracia dejó de producirse? Porque aunque son muchos los males inherentes a la naturaleza de los hombres, nosotros mismos hemos añadido más de los
168 necesarios al haber hecho guerras y revueltas entre nosotros y, así, unos han muerto injustamente en sus ciudades, otros andan desterrados en tierra extranjera con sus hijos y mujeres, y muchos, obligados por la escasez de lo cotidiano a defender a los enemigos, han muerto luchando contra sus amigos. Nadie se indignó por estos

---

118 Efectivamente, la ayuda de Atenas a la revuelta de las ciudades jonias contra Persia el año 498 a. C. fue totalmente simbólica. La rebelión, acaudillada por Aristágoras de Mileto, tras algunos éxitos iniciales, fue sofocada por Persia: Esparta se negó a intervenir.

sucesos, sino que mientras estiman oportuno llorar las desgracias compuestas por los poetas, en cambio, al ver las desgracias auténticas, innumerables y terribles producidas a causa de la guerra, tan lejos están de compadecerlas, que se alegran más con los males ajenos que con sus propios bienes particulares. Quizá también se 169
reirían muchos de mi simplicidad, si llorase las desdichas de los hombres en estas circunstancias, en las que Italia ha quedado devastada, Sicilia esclavizada [119], tantas ciudades se han entregado a los bárbaros y los restantes territorios griegos están en los mayores peligros.

Me admiro de que quienes gobiernan en las ciudades 170
crean que deben estar orgullosos cuando no pudieron jamás decir ni idear nada sobre asuntos de tal envergadura. Les haría falta, si fueran merecedores de su actual renombre, dejar a un lado lo demás para proponer y deliberar sobre la guerra contra los bárbaros. Quizá 171
conseguirían algo; y aunque renunciasen antes, al menos dejarían sus palabras como algo útil para el futuro. Ahora, en cambio, los más renombrados se ocupan en minucias y nos han dejado a nosotros, que estamos alejados de la política, el deliberar sobre asuntos tan importantes [120].

Cuanto más pobres de espíritu sean quienes nos go- 172
biernan [121], tanto más necesitamos examinar los demás con la mayor energía de qué forma haremos cesar la enemistad actual. Pues ahora, en vano hacemos tratados de paz: porque no hacemos cesar las guerras, sino que las aplazamos, y aguardamos la ocasión en que podamos causarnos algún mal irreparable. Es preciso que, tras 173
deshacernos de estas intrigas, emprendamos aquellas

[119] Por Dionisio de Siracusa: cf. nota 92.

[120] G. Heilbrunn, «Isocrates...», pág. 164, destaca especialmente este pasaje; ¿es una invitación o un reproche a los políticos profesionales?

[121] Una idea que Platón mantiene constantemente.

acciones con las que habitaremos las ciudades con mayor seguridad, y tendremos más confianza entre nosotros mismos. Es simple y fácil el discurso que trata sobre esto: no será posible que guardemos una paz estable a no ser que hagamos la guerra en común contra los bárbaros, ni que los griegos estén acordes, antes que obtengamos ayuda de nosotros mismos y arrostremos peligros contra unos mismos enemigos.
174 Cuando esto ocurra, y desaparezca la dificultad de nuestra vida que rompe las amistades, conduce a los parientes al odio y empuja a todos los hombres a revueltas y guerras, será imposible que no estemos de acuerdo y tengamos una auténtica buena disposición entre nosotros. Por eso, hay que esforzarse lo más posible para que, cuanto antes, desplacemos al continente la guerra que tenemos aquí, en la idea de que podríamos disfrutar de un único bien de nuestras guerras intestinas, siempre y cuando nos decidiéramos a utilizar contra el bárbaro las experiencias aportadas por ellas.

175 Pero quizá se diga que hay que esperar a causa de los tratados[122], y no apresurarse ni hacer con demasiada rapidez la expedición. Pues, por estos tratados, las ciudades libres deben agradecimiento al Rey, como si tuvieran esta autonomía gracias a él, y, las que han sido entregadas a los bárbaros, acusan sobre todo a los lacedemonios y también a los demás que hicieron la paz, de que fueron obligados por ellos a ser esclavos. ¿Cómo no deben abolirse estos acuerdos, que hacen pensar que el bárbaro se ocupa de Grecia y es guardián de la paz, mientras que algunos de nosotros somos
176 quienes la perjudicaron e hicieron daño? Lo más ridículo de todo es que respetamos precisamente las peores

[122] Los firmados en la paz de Antálcidas; la agresividad que aquí manifiesta Isócrates considera «papel mojado» estos tratados, como tantas veces ha ocurrido en la historia.

cláusulas de todas las suscritas en los acuerdos. En cambio, las que dejan como autónomas a las islas y ciudades de Europa, se han violado hace tiempo [123] y en vano están escritas en las estelas; pero las que nos avergüenzan y han entregado a muchos aliados, esas permanecen invariables y todos las consideramos las principales, cuando habría que abolirlas y no mantenerlas ni un día más, por estimar que son órdenes y no acuerdos. ¿Quién ignora que un tratado es el que se celebra entre ambas partes con igualdad e imparcialidad, y una orden la que deja a una de las dos en condi-
ciones de inferioridad, contra la justicia? Por eso po- 177
dríamos acusar con razón a quienes fueron como embajadores a hacer esta paz [124], porque, enviados por los griegos, firmaron los tratados en provecho de los bárbaros. Hubiera sido preciso que ellos delimitaran una por una estas cosas: o que cada uno mantuviera su territorio, o que gobernase lo conquistado en la guerra, o que controlase lo que tuviera antes de la paz; y, tras haber hecho una justicia común para todos, así lo hu-
bieran escrito. Pero ningún honor concedieron a nuestra 178
ciudad ni a la de los lacedemonios, y, en cambio, hicieron al bárbaro señor de toda Asia, como si hubiéramos hecho la guerra en su beneficio, o el imperio persa hubiera existido desde antiguo y nosotros acabásemos de poblar nuestras ciudades, y no ocurriera que este honor lo tienen los persas desde hace poco y nosotros hemos tenido siempre la hegemonía entre los griegos.
Creo que, si hablara de otra manera, más clara quedaría 179
la deshonra que nos ha sobrevenido y la ambición del Rey. Pues toda la tierra que está bajo el universo está dividida en dos partes, una llamada Asia, la otra Euro-

[123] Efectivamente, los lacedemonios habían ocupado ciudades de Arcadia, Beocia y la Calcídica.

[124] Los firmantes del tratado fueron Antálcidas y Tiribazo.

pa; el Rey ha tomado una mitad según los tratados, como si repartiera el territorio con Zeus y no hiciera
180 acuerdos con hombres. Nos obligó a escribir estas condiciones en estelas de mármol y a ponerlas en los santuarios comunes, como el más bello trofeo de los que se consiguen en las batallas; pues éstos son por hazañas pequeñas y un único momento de suerte, y aquél, en cambio, está erigido como consecuencia de toda la guerra y contra Grecia entera.

181 Por esto hay que indignarse y mirar de qué forma nos vengaremos de lo ocurrido y enderezaremos el porvenir. Es una vergüenza que, individualmente, parezca adecuado utilizar a los bárbaros como esclavos, y que, oficialmente, se vea con indiferencia a tantos aliados esclavizados por ellos; que quienes vivieron la guerra de Troya compartieron todos con los perjudicados la irritación por el rapto de una sola mujer[125], hasta tal extremo, que no dejaron de luchar antes de destruir
182 la ciudad del que osó cometer aquella injuria, y que nosotros, ultrajada toda Grecia, no tomemos una venganza común, cuando además podemos realizar acciones dignas de fama. Pues sólo esta guerra es mejor que la paz, parece una procesión más que una expedición militar y conviene tanto a los que prefieren la tranquilidad como a quienes desean pelear. Porque unos podrían disfrutar tranquilamente de lo suyo y los otros obtener las mayores riquezas de lo ajeno.

183 Razonando de la manera que se quiera, se descubrirá que estas acciones son las más ventajosas para nosotros. Porque ¿contra qué enemigo deben guerrear quienes no tienen ambición alguna, sino que sólo buscan lo justo? ¿Acaso no contra los que ya antes hicieron daño a Grecia, ahora la acechan y siempre actúan así contra nos-
184 otros? ¿A quiénes deben envidiar los que nunca fueron

[125] Cf. el *Elogio de Helena.*

cobardes, sino que, en esto, se han comportado apropiadamente? ¿No a los que han adquirido un poder demasiado grande para un hombre, pero merecen menos consideraciones que nuestros inferiores? ¿Contra quiénes conviene que hagan una expedición los que desean ser piadosos y al mismo tiempo piensan en su propio interés?[126]. ¿Acaso no contra los que son por naturaleza enemigos y odiosos por tradición, que han alcanzado enormes bienes y son poco capaces de defenderlos? Pues los bárbaros son los que reúnen todas estas condiciones. Y no perjudicaremos a las ciudades al reclu- 185
tar soldados de ellas, que era lo que más les molestaba en las guerras mutuas; porque creo que serán menos los que quieran quedarse que los que deseen acompañar la expedición. Porque ¿qué joven o viejo es tan perezoso como para no querer tomar parte en esta expedición, dirigida por atenienses y lacedemonios, reunida para liberar a los aliados, enviada por toda Grecia y que va
a castigar a los bárbaros? ¿Qué fama, recuerdo y gloria 186
hay que pensar que tendrán, si viven, o dejarán, al morir, quienes se distingan en estas acciones? Porque, si los que combatieron contra Alejandro[127] y tomaron una sola ciudad, fueron considerados dignos de aplausos tales ¿qué encomios se supone que se harán a los que se apoderen de toda Asia? ¿Qué individuo capaz de hacer poesía o que sepa componer discursos no trabajará y se aplicará al estudio si quiere dejar para todo el futuro un recuerdo de su propia inteligencia y del valor de aquéllos?

No pienso ahora igual que al comenzar mi discurso. 187
Entonces creí que podría hablar dignamente del tema; pero ahora no llego a su grandeza, sino que dejo olvida-

---

[126] Otro pasaje que puede verse como muestra del agnosticismo de Isócrates.

[127] Cf. nota 34 al *Elogio de Helena*.

das muchas cosas que proyecté. Es preciso que vosotros mismos examinéis cuánta felicidad alcanzaríamos si la guerra que hay entre nosotros la hiciéramos contra los continentales y transportásemos a Europa la fortuna
188 de Asia; y no os marchéis sólo como gente que me ha escuchado, sino que quienes puedan actuar se animen entre sí, e intenten reconciliar nuestra ciudad y la de los lacedemonios, quienes disputan sobre la elocuencia dejen de escribir contra la fianza[128] y sobre otras cosas de las que hablan a tontas y a locas[129], y rivalicen en sus discursos sobre este tema y examinen cómo habla-
189 rán mejor que yo de este mismo asunto; deben considerar que quienes prometen mucho no deben disputar sobre minucias, ni hablar de cosas que en nada cambiarán la vida de los hombres a quienes persuadan, sino de aquello que, al cumplirse, les hará escapar de su mediocridad actual, y les hará aparecer ante los demás como autores de los mayores bienes.

---

[128] Nuevo ataque de Isócrates contra los que escriben discursos forenses como él mismo en su primera etapa.

[129] Véase el *Contra los sofistas* 4 y 7.

PLATEENSE (XIV)

Se supone que este discurso fue pronunciado por un ciudadano de Platea ante la Asamblea ateniense pidiendo su ayuda contra los tebanos, que habían arrasado su ciudad por segunda vez en el año 373 a. C.

En efecto, Platea, aliada de Atenas, y la única de las ciudades griegas que luchó a su lado en Maratón en el año 427 a. C. fue conquistada y destruida por los tebanos. Éstos se apoderaron del territorio y los supervivientes se refugiaron en Atenas.

El 386 a. C. tras la paz de Antálcidas, los espartanos restablecieron en Platea a sus antiguos ciudadanos, que firman con ellos alianzas. Cuando Tebas forma la Liga Beocia el 377 ó 376 a. C., obliga a Platea a participar en ella. Pero según nos cuenta Jenofonte *(Hel.* V 4.10), Platea intentó ayudar a la guarnición espartana sitiada en Cadmea, y al final del invierno del 374-3 los tebanos toman por sorpresa la ciudad y la destruyen. De nuevo son acogidos por Atenas los desterrados y es uno de ellos el que pronunció este discurso.

Dos problemas presenta el discurso: el primero, la fecha. Debe haber sido pronunciado entre esta segunda destrucción de Platea y la batalla de Leuctra (371 a. C.); pero ¿cuándo se produjo la destrucción de Platea? Diodoro (XV 46, 6) dice que en 374-3, Pausanias (LX I 5-8) en 373-2; Jenofonte *(Hel.* VI 3, 1) y Plutarco *(Pelópidas* 25, 7) dicen sólo que es anterior al 371. Mathieu se inclina por la fecha dada por Diodoro, razonando que Isócrates dice que la destrucción se produjo en plena paz (I 5, 17).

El segundo problema es si el discurso fue realmente pronunciado por un desterrado de Platea o es simplemente un discurso ficticio. Por esta segunda solución se inclina Mathieu, pensando

que se trata de una obra de propaganda en favor de la hegemonía ateniense. Jebb, en cambio (*Attic Orators* II, pág. 176) piensa que es un discurso auténtico.

ARGUMENTO DE UN GRAMÁTICO ANÓNIMO

Muchos se equivocan en cuanto a la fecha de este discurso. Porque se preguntan cómo es posible que Isócrates haya hablado en defensa de los plateenses, cuya destrucción se cuenta en el libro III de la Historia de la guerra del Peloponeso, cuando ya habían transcurrido muchos años después de esta guerra. En efecto, la destrucción de los plateenses ocurrió en el año quinto de la guerra del Peloponeso, que duró en total 27; quedaban, pues, 22 años de guerra, y luego 30 en los que los lacedemonios tuvieron la primacía. He aquí que el discurso se ha pronunciado 52 años antes que el dirigido *a Filipo;* es forzoso que Isócrates lo hubiera pronunciado con dos años de edad, cosa imposible. Ante esto, algunos apologistas dicen que el discurso se pronunció como un ejercicio de investigación; pero no es así, sino que los de Platea fueron destruidos por dos veces: la primera durante la guerra del Peloponeso, a manos de los lacedemonios, que querían agradar a los tebanos; más tarde, cuando los lacedemonios lucharon contra los tebanos después de la guerra del Peloponeso, y vencieron los lacedemonios, reconstruyeron Platea, con el deseo de poner enemigos vecinos a los tebanos. Por último, al vencer los tebanos en Leuctra, de nuevo destruyeron a los plateenses, a los que restauró otra vez Filipo en contra de los tebanos. Por eso, es tras la segunda destrucción de Platea cuando llegan a Atenas, con el deseo de recobrar su ciudad con la ayuda de los atenienses junto a los que se refugiaron, como dice Arístides. Este es el argumento. No se escribió una acción práctica.

1 Atenienses, por saber que vosotros acostumbráis a ayudar resueltamente a los injuriados y que correspondéis a vuestros bienhechores con el mayor agradecimiento, venimos a suplicar que no veáis con indiferencia cómo hemos quedado destrozados por los tebanos en

época de paz. Puesto que muchos se refugiaron entre vosotros[1] y consiguieron todo cuanto necesitaron, creemos que os interesa en gran manera preocuparos de nuestra ciudad. Pues no encontraríais a nadie más in- 2
justamente afligido que nosotros por tan enormes desgracias, ni que haya mantenido desde hace más tiempo con vuestra ciudad una relación más familiar[2]. Además venimos a pediros cosas en las que no hay peligro; si accedéis, todos los hombres pensarán que sois los más piadosos y justos de los griegos.

Si no viéramos que los tebanos están dispuestos a 3
convenceros de cualquier modo de que ningún daño nos han hecho, nuestro discurso sería breve; pero ya que llegamos a tal infortunio que no sólo es contra los tebanos nuestra lucha, sino también en contra de los oradores más capacitados, que ellos se procuraron como abogados con nuestros propios bienes[3], nos vemos obligados a explicarnos con mayor extensión.

Es difícil, en efecto, hablar de manera que nuestras 4
palabras no queden por debajo de nuestros sufrimientos; porque ¿qué discurso resultaría comparable con nuestras desgracias, o qué orador sería capaz de denunciar los crímenes tebanos? A pesar de ello, habrá que intentar como podamos dejar clara su injusticia.

Lo que más nos indigna es que estamos tan lejos de 5
tener una situación de igualdad con los demás griegos, que, en época de paz y con tratados vigentes[4], no sólo no participamos de la libertad común, sino que ni si-

---

1 Alusión a la buena acogida que Atenas dispensó siempre a los fugitivos, y suplicantes como Adrasto, rey de Argos y los hijos de Heracles (cf. *Elogio de Helena* 31 y *Panegírico* 54).

2 Atenas y Platea eran aliadas desde el 510 a. C. (Heród., VI 108).

3 Oradores atenienses partidarios de la alianza con Tebas.

4 Se refiere a la paz del año 374 a. C. entre Atenas y Esparta, según la cual Platea debía reconstruirse.

quiera fuimos considerados dignos de alcanzar una esclavitud soportable.

6 Atenienses, os pedimos que escuchéis con benevolencia nuestras palabras, y penséis que sería totalmente absurdo, si habéis sido los libertadores de quienes siempre fueron enemigos de vuestra ciudad, que nosotros en cambio suplicándoos, ni siquiera obtuviéramos lo mismo que vuestros mayores adversarios.

7 Sobre lo sucedido no creo que haya necesidad de extenderse; pues ¿quién ignora que han repartido nuestra tierra y destruido nuestra ciudad? Intentaré hablar, en cambio, de aquello con que esperan engañarnos en sus discursos.

8 Algunas veces intentan decir que nos atacaron porque no quisimos ser miembros de su federación [5]. Pensad vosotros, en primer primer lugar, si es justo, por semejantes acusaciones imponer unos castigos tan injustos y terribles y, en segundo lugar, si os parece conveniente que la ciudad de los plateenses, no por convicción sino a la fuerza, sea tributaria de los tebanos. Yo creo que nadie hay más audaz que éstos, que hacen desaparecer nuestras propias ciudades y nos obligan a participar
9 de su constitución sin que lo pidamos. Además, muestran una actitud contradictoria entre sus relaciones con otros y las que tienen con nosotros. Pues, ya que no son capaces de convencer a nuestra ciudad, debían sólo obligarnos a ser tributarios de Tebas, como los de Tespis y los de Tanagra; y así no habríamos sufrido males irremediables. Por el contrario, ahora han demostrado que no era esto lo que querían lograr, sino que deseaban
10 nuestro territorio. Me pregunto con asombro a qué circunstancia del pasado se remontan y cómo determinan lo que es justo para afirmar que están en situación de ordenarnos esto. Porque, si examinan sus antiguas cos-

---

5 La confederación beocia cuya hegemonía la ostentaba Tebas.

tumbres, no tienen que mandar a otros, sino por el contrario pagar tributo a los de Orcómeno[6]; pues era así antiguamente; si estiman que los tratados son sagrados, lo cual es justo, ¿cómo no reconocerán que faltan a ellos y los violan? Pues esos tratados mandan que las ciudades pequeñas y las grandes tengan igual autonomía.

Creo que no se atreverán a obrar con cinismo en lo 11 que se refiere a los tratados, pero dirigirán su discurso a aquello de que hicimos la guerra junto a los lacedemonios, y de que, cuando nos destruyeron, han hecho lo que convenía a toda su alianza[7]. En mi opinión, nin- 12 guna acusación ni reproche tiene que prevalecer sobre los juramentos y tratados; además, si alguien tiene que pasarlo mal a causa de su alianza con los lacedemonios, no es justo que escojan a los plateenses entre todos los griegos; porque estuvimos sometidos a los lacedemonios no de grado, sino a la fuerza. ¿Quién creería 13 que llegamos a tal locura como para preferir a los que esclavizaron nuestra patria antes que a quienes nos hicieron partícipes de la suya? Por otra parte, creo era difícil que, habitando una pequeña ciudad, nos subleváramos, cuando los lacedemonios tienen un poderío tan grande, y más aún cuando estaba establecido un harmosta suyo, una guarnición y tenían en Tespis un ejército tan fuerte[8], que nos habrían destruido no sólo 14 con más facilidad que los tebanos, sino también con más razón; porque en época de paz los tebanos no

---

[6] Orcómeno, fortaleza de los legendarios minias durante el período del Bronce Antiguo. Los griegos tenían aún conciencia de la importancia que había tenido. Orcómeno entra en la confederación beocia después de la batalla de Leuctra (371 a. C.).

[7] Se refiere a la segunda confederación ateniense, organizada el año 377 a. C. contra Esparta.

[8] Cleómbroto, rey de Esparta, ocupó Platea y Tespis a comienzos del año 378 a. C. como nos dice Jenof., *Hel.* V 4, 13-22.

debían guardar rencor por lo ocurrido en otra época, pero era lógico que los lacedemonios, traicionados en la guerra, tomaran de nosotros la mayor venganza.
15 Según creo no ignoráis que muchos otros griegos estaban obligados a acompañar a los lacedemonios con sus personas, pero que sus simpatías estaban con vosotros. ¿Qué opinión debe esperarse que tengan estos griegos, si oyen que los tebanos han convencido al pueblo ateniense de que no hay que conceder perdón a ninguno de los que estuvieron sometidos a los lacedemonios?
16 Porque está claro que el discurso de los tebanos no podrá ser más que en estos términos; pues no han destruido nuestra ciudad por una acusación particular contra ella, sino por una acusación que podrían aducir también contra otros. Lo que hay que deliberar y examinar es esto: que la insolencia de los tebanos no cambie la opinión de quienes antes odiaron el imperio de los lacedemonios y les haga pensar que la alianza con ellos es una salvación.

17 Pensad que emprendisteis la última guerra[9], no en defensa de vuestra salvación ni por la libertad de vuestros aliados —pues todo esto ya lo teníais—, sino en defensa de los privados de autonomía en contra de juramentos y tratados. Lo más terrible de todo sería si vierais con indiferencia que son destruidas por los tebanos las ciudades que, en vuestra opinión, no debían estar sometidas a los lacedemonios; aquéllos están tan
18 lejos de imitar vuestra clemencia, que habríamos preferido sufrir a manos de vuestra ciudad lo que parece más terrible de todo, el ser prisioneros de guerra, a ser vecinos de ellos; pues los que fueron sometidos por vosotros a la fuerza, pronto fueron liberados del harmosta y de la esclavitud, y ahora participan de la asamblea y de la libertad; en cambio, de los que viven cerca

[9] Entre los años 378-374 a. C.

de los tebanos, los unos no son menos esclavos que los comprados con dinero, y a los otros, los tebanos no pararán hasta tratarlos como a nosotros. Los tebanos 19
acusaban a los lacedemonios porque se apoderaron de Cadmea y establecieron guarniciones en las ciudades, y ellos, en cambio, no enviaban guardias, sino que destruían las murallas de unos y aniquiliban totalmente a otros; creen que nada hay de terrible en lo que hacen y han llegado a una desvergüenza tan grande como para juzgar conveniente que todos sus aliados se preocupen de su seguridad y hacerse a sí mismo señores de la esclavitud de los demás. ¿Quién no odiaría la ambición 20
de estos tebanos, que intentan dominar a los más débiles, desean estar en igualdad con los más fuertes, envidian a vuestra ciudad el territorio cedido por los de Oropo [10], y ellos mismos se reparten por la violencia la tierra ajena?

Además de otras maldades dicen que hicieron esto 21
en defensa de la comunidad de sus aliados. Ya que aquí existe una asamblea y que vuestra ciudad está más capacitada para deliberar que la de los tebanos, debían de haber venido ante vosotros para pensar alguno de estos actos antes de llevarlo a cabo, y no presentarse para defender los que ya han hecho. Pero, ahora, cuan- 22
do por su cuenta han robado nuestras haciendas, vienen para hacer partícipes a todos los aliados de su mala reputación; de la que vosotros, si sois sensatos, os guardaréis, pues es mucho más hermoso que obliguéis a éstos a imitar vuestra virtud, a que vosotros seáis convencidos a participar del delito de un pueblo que nada conoce de lo que es propio de los demás. Creo que está 23
claro para todos que corresponde a los inteligentes en

[10] Oropo, localidad situada en la frontera del Ática con Beocia. Tucídides nos dice (VIII 60) que el año 412 a. C. Tebas la anexionó; luego, hacia el año 402 estuvo bajo protección ateniense. El año 366 Tebas volvió a conquistarla.

época de guerra buscar todos los medios con los que superarán a los enemigos, pero cuando se produce la paz, nada deben tener en más estimación que los jura-
24 mentos y los tratados. Los tebanos antes[11] en todas sus embajadas hablaban en defensa de la libertad y de la autonomía; pero una vez que pensaron haber logrado su indemnidad, se olvidaron de todo lo demás para atreverse a hablar en defensa de sus ganancias particulares
25 y de su violencia; sostienen que es conveniente para los aliados el que los tebanos posean nuestra tierra, sin saber que a los que obtienen ventajas injustamente, nunca les aprovechó; por el contrario, muchos que desearon sin razón el territorio ajeno, por el suyo propio pasaron con justicia los más grandes peligros.

26 Pero ni siquiera podrán decir que ellos siguen fieles a sus aliados y que había que temer que nosotros, después de haber recobrado nuestra tierra, nos pasáramos a los lacedemonios; porque descubriréis que nosotros hemos sido dos veces rendidos por asedio en defensa de vuestra amistad[12], y que ellos, en cambio, muchas veces
27 han faltado contra vuestra ciudad. Sería muy trabajoso referir sus antiguas traiciones, pero, cuando estalló la guerra de Corinto por culpa de la insolencia de éstos, y los lacedemonios hicieron una expedición contra ellos, se salvaron gracias a vosotros, y no sólo no os lo agradecieron, sino que, después que acabasteis la guerra, os abandonaron y entraron en la alianza de los lacedemo-
28 nios[13]. Los de Quíos, los de Mitilene, los de Bizancio

[11] Durante la guerra de Corinto (395 a. C.) como nos dice Jenof. (*Hel.* III 5, 7-16).

[12] Por los persas, el año 480 (Heród., VIII 50) y por los tebanos el 427 (Tuc., III 52).

[13] Fueron dos gobiernos distintos los que decidieron la actuación de Tebas. Ismenias decidió jugar la política pro-ateniense (395-382 a. C.). Más tarde, bajo presión espartana, el partido de Leontiades volvió a la alianza con Lacedemonia.

quedaron con vosotros, pero los tebanos, que habitan una ciudad tan importante, ni siquiera se atrevieron a mantenerse neutrales, sino que llegaron a tal cobardía y maldad, que juraron acompañar a los lacedemonios contra vosotros, los que salvasteis su ciudad; a causa de esto pagaron la pena a los dioses y, cuando Cadmea fue ocupada, se vieron obligados a refugiarse aquí, donde demostraron muy bien su infidelidad; pues, salvados 29
de nuevo gracias a vuestro poder, y vueltos a su tierra, no aguardaron tiempo alguno, sino que inmediatamente enviaban embajadores a los lacedemonios dispuestos a ser esclavos y a no cambiar ninguno de sus acuerdos anteriores con ellos. ¿Para qué hablar más? Si los lacedemonios no les hubieran ordenado acoger a los exiliados y expulsar a los asesinos, nada les habría impedido hacer una expedición con sus agresores contra vosotros, sus bienhechores.

Y, a pesar de haberse comportado así hace poco con 30
esta ciudad, de hacer en otra época traición a toda Grecia [14], ellos fueron considerados merecedores de obtener perdón por unas injurias tan voluntarias y graves, pero creen, sin embargo, que no se debe tener indulgencia con nosotros por lo que fuimos obligados a hacer; y se atreven, siendo tebanos, a reprochar a otros la simpatía por los lacedemonios, cuando todos sabemos que han sido sus esclavos la mayor parte del tiempo y han luchado por el poder espartano con más entusiasmo que por su propia salvación. ¿A qué ataque de 31
los acaecidos contra esta tierra faltaron? ¿Quiénes se mantuvieron como mayores y más hostiles enemigos vuestros que ellos? Durante la guerra de Decelia [15], ¿no fueron responsables de males peores que los otros invasores?; cuando fracasasteis, ¿no fueron los únicos de

[14] Durante las guerras médicas.

[15] Los oligarcas ocupaban el recinto amurallado de la ciudad.

los aliados en votar que vuestra ciudad debía ser esclavizada y el territorio abandonado para pasto del gana-
32 do[16] como la llanura de Crisa? De forma que, si los lacedemonios hubieran tenido la misma manera de pensar que los tebanos, nada habría impedido que los salvadores de todos los griegos fueran esclavizados por los mismos griegos y cayeran en las mayores desgracias. ¿Qué buena acción podrían aducir, que fuera capaz de disipar el odio que por estos hechos les corresponde en justicia?

33 Ningún argumento les queda a los que han cometido tan grandes crímenes, pero, a los que quieren ser sus defensores, sólo éste: que ahora Beocia es la salvaguarda de vuestro territorio, y si rompéis la amistad con ellos, causaréis perjuicios a vuestros aliados; pues se produciría una grave situación, si su ciudad se aliara
34 con los lacedemonios. Yo creo, en cambio, que ni a los aliados les conviene que estén sometidos los más débiles a los más fuertes —pues también en el pasado luchamos en favor de ellos— ni que los tebanos lleguen a tal locura como para abandonar vuestra alianza y entregar su ciudad a los lacedemonios; y no es porque confíe en su carácter, sino porque me consta que saben que están forzados a una de estas dos situaciones: o morir resistiendo y sufrir lo que hicieron, o vivir en la indigencia como desterrados y ser privados de todas sus espe-
35 ranzas. ¿Acaso les va bien con sus propios conciudadanos, de los que a unos los mataron, y a otros, tras expulsarlos de la ciudad, les arrebataron sus bienes? ¿Y su situación con los demás beocios, a quienes no sólo intentan mandar contra justicia, sino que han destruido

[16] Los tebanos y corintios hicieron esta propuesta al ser vencida Atenas en la guerra del Peloponeso. Vid. Jenof., *Hel.* II 2, 19-20 y Plut., *Lisandro* 15. La llanura de Crisa, entre Delfos y el golfo de Corinto, fue consagrada a Apolo después de la primera guerra sagrada (finales del siglo VI a. C.).

las murallas de unos y despojado de tierra a otros?[17]. Ni siquiera pueden volver a vuestra ciudad, a la que sin 36
interrupción traicionan claramente. Así que es imposible que por diferencias con vosotros en favor de otra ciudad, pierdan tan a la ligera y claramente la suya; al contrario, dispondrán con mucha más moderación todas sus acciones, y, cuando más teman por lo suyo, tanto mayor será su respeto hacia vosotros. Os demos- 37
traron cómo hay que tratar a los de su manera de ser con lo que hicieron en Oropo; cuando pensaron que tendrían la posibilidad de hacer lo que quisieran, no os trataron como a aliados, sino que se atrevieron a injuriaros como a los peores enemigos; pero después que por estas acciones votasteis excluirlos de la paz[18], depusieron su orgullo y vinieron a vosotros con más humildad que la que ahora tenemos nosotros. Por eso, 38
si algunos oradores os asustasen diciendo que hay peligro de que los tebanos cambien de bando y se unan a nuestros enemigos, no debéis creerlos; pues les agobian tales necesidades, que aguantarían mejor vuestro dominio que la alianza con los lacedemonios.

Pero si pensasen hacer todo lo contrario, ni aun así 39
creo que os convenga hacer más caso a la ciudad de los tebanos que a los juramentos y tratados: pensad primero que es tradición vuestra temer no a los peligros, sino a la mala fama y al deshonor; en segundo lugar, que suelen vencer en las guerras no quienes someten las ciudades por la violencia, sino los que administran Grecia con más piedad y afabilidad. Y esto podría com- 40
pletarse con más de un ejemplo; pero, de los sucesos contemporáneos a nosotros, ¿quién no sabe que los lacedemonios destruyeron vuestro poder que parecía irresistible, aun teniendo al principio escasos recursos

---

17 Ataque a la política de Pelópidas, general tebano.

18 La del año 374 a. C. entre Atenas y Esparta.

para la guerra marítima, pero atrayéndose a los griegos gracias a su fama, y que vosotros de nuevo pusisteis fin al suyo, aunque partíais de una ciudad sin murallas[19] y en mala situación, pero con la justicia como
41 aliada? Y que el rey persa no fue responsable de estos hechos, lo demostraron con claridad los últimos tiempos; pues, cuando quedaba al margen de conflictos, cuando vuestra situación era desesperada y casi todas las ciudades estaban esclavizadas por los lacedemonios, a pesar de ello, tanto les aventajasteis en la guerra que vieron con buenos ojos la firma de la paz.
42 Que ninguno de vosotros tema ponerse en peligro por defender lo justo, ni crea que se quedará sin aliados por querer ayudar a los agraviados y no a los tebanos únicamente; al votar contra ellos ahora, haréis que muchos deseen vuestra amistad. Porque, si demostráis que estáis dispuestos a pelear del mismo modo contra
43 cualquiera en defensa de los tratados, ¿quiénes serán tan insensatos como para preferir estar con los que les esclavizan antes que con vosotros que lucháis por su libertad? Pero, si no lo hacéis así y de nuevo empieza la guerra[20], ¿con qué argumentos creéis que vais a atraeros a los griegos, si a pesar de ofrecer la autonomía, permitís a los tebanos destruir la ciudad que quieran?
44 ¿Cómo no apareceréis en contradicción con vosotros mismos, si no impedís que los tebanos violen los juramentos y los tratados, y pretendéis, en cambio, luchar contra los lacedemonios por defenderlos? Después de renunciar a vuestras propias posesiones porque queríais

---

[19] Exageración de Isócrates, porque Atenas conservaba sus murallas, aunque no los «muros largos», destruidos el año 404 antes de Cristo.

[20] Este dato hace sospechar que en el momento de pronunciarse el discurso reina la paz (véase introducción a este discurso).

hacer la confederación lo más grande posible[21], ¿permi-
tiréis a los tebanos ocupar la tierra ajena y hacer tales
cosas por las que todos os menospreciarán? Y lo peor 45
de todo: si es vuestra decisión el ayudar a quienes siem-
pre han estado con los lacedemonios, aunque les orde-
naren algo que viole los pactos, mientras que respecto
a nosotros que hemos pasado la mayor parte del tiempo
como aliados vuestros y sólo en la última guerra fuimos
obligados a estar a las órdenes de los lacedemonios,
¿permitiréis que por este pretexto seamos los que este-
mos en las peores circunstancias de todos los hombres?
Porque, ¿podríais encontrar a alguien más desdichado 46
que nosotros, que en un sólo día fuimos privados de
ciudad, territorio y haciendas, que, faltos igualmente
de todo lo necesario, hemos llegado a ser vagabundos
y mendigos, que no sabemos adónde volvernos y que
estamos a disgusto en todos los sitios? Pues, si nos
encontramos con gente desdichada, sufrimos al vernos
obligados a compartir los males ajenos además de los
nuestros propios; y si topamos con gentes felices, lo 47
pasamos peor aún, no porque envidiemos su buena
situación, sino porque ante sus bienes nos damos más
cuenta de nuestras desgracias; por ellas no pasamos un
solo día sin lágrimas, sino que todo el tiempo lo vivimos
llorando a la patria y lamentando el cambio que se ha
producido. ¿Qué creéis que pensamos al ver a nuestros 48
padres envejecer indignamente, a nuestros hijos sin la
educación que esperábamos darles, sino que muchos
están esclavizados por pequeñas deudas, otros marcha-
ron por un salario, otros, en fin, buscan su sustento
como cada uno puede, de manera impropia de las haza-
ñas de los antepasados, de su edad y de nuestro tem-

---

21 Al formarse la segunda liga marítima, Atenas se comprometió a no tener posesiones en tierra de los aliados y a no establecer cleruquías.

49 ple?[22]. ¿No sería lo más doloroso de todo que uno lle-
gara a ver separados no sólo a los ciudadanos entre sí,
sino incluso a las mujeres de sus maridos, a las hijas
de sus madres y deshecha toda la familia? Esto es lo
que les ha ocurrido a muchos de nuestros conciuda-
danos por su pobreza; porque la pérdida de nuestra
vida comunitaria ha hecho que cada uno de nosotros
50 tenga sólo esperanzas privadas. Creo que no descono-
céis los demás ultrajes producidos por la pobreza y el
destierro, que nosotros soportamos con más dificultad
que otros, aunque los omitamos en el discurso, pues nos
avergüenza describir con exactitud nuestros propios in-
fortunios.
51 Os pedimos que, al reflexionar sobre esto, nos dedi-
quéis alguna atención. Pues no os somos ajenos, sino
todos amigos por simpatía y la mayoría de nosotros
por parentesco; en efecto, a causa del derecho recíproco
de matrimonio otorgado entre nosotros, hemos nacido
de ciudadanas vuestras[23]; así que no podéis desatender
52 lo que hemos venido a pedir. Sería lo peor de todo que,
si antes nos hicisteis partícipes de vuestra patria, aho-
ra, en cambio, resolvierais no devolvernos ni siquiera la
nuestra propia. Además, no sería lógico tener compasión
de cada uno de los que sufren una injusticia, y que sin
embargo no hubiera podido alcanzar la más mínima
piedad una ciudad entera, destruida de manera tan
ilegal, sobre todo cuando ha recurrido a vosotros, a
quienes nunca antes os resultó vergonzoso ni falto de
53 gloria el acoger a los suplicantes. En efecto, cuando
vinieron los argivos ante vuestros antepasados y les su-

---

22 La desgracia del exilio es tema frecuente en la literatura griega; uno de los primeros en tratarlo fue Tirteo, en el fragmento 10 de la edición de Bergk.

23 Tras la destrucción de Platea, el año 427 a. C. sus habitantes refugiados en Atenas recibieron ciertos derechos, entre ellos ese derecho recíproco matrimonial *(epigamía)*.

plicaron que les ayudaran a retirar a los muertos bajo los muros de Cadmea[24], ellos fueron convencidos y obligaron a los tebanos a decidir con más justicia; vuestros antepasados no sólo en aquella ocasión alcanzaron fama propia, también dejaron para la ciudad un renombre inolvidable y eterno, que no debéis traicionar. Porque es una vergüenza vanagloriarse de las hazañas de los antepasados y obrar de manera claramente contraria en lo que se refiere a los suplicantes. Además, venimos 54
a suplicar cosas más importantes y justas; pues los argivos os imploraban después de atacar un territorio ajeno, nosotros, en cambio, cuando hemos perdido el nuestro propio; aquéllos os llamaban para retirar sus muertos, nosotros para salvar a los que quedan vivos. El que los muertos estén sin sepultura no es una des- 55
gracia igual ni semejante a la de que los vivos queden privados de patria y de todos los demás bienes; por el contrario, lo primero es peor para quienes impiden el enterramiento que para los que no lo obtienen. Ahora bien, si uno no tiene refugio alguno, sino que, al quedar sin patria sufre cada día y ve a su alrededor a los suyos sin poder ayudarles, ¿habrá que decir cuánto ha aventajado su desgracia a las demás?

Por esto os pedimos a todos vosotros que nos ayudéis 56
a recobrar nuestro territorio y ciudad; a los que sois ancianos, os recordamos qué lamentable es que los de vuestra edad se vean en el infortunio, privados del sustento cotidiano; a los jóvenes, os suplicamos y pedimos que ayudéis a los que son como vosotros, y no veáis con indiferencia que sufran todavía más desgracias de las relatadas. Sois los únicos griegos que debéis esta ayuda, 57
el socorrernos ahora que estamos devastados. Porque cuentan que, cuando vuestros padres abandonaron esta tierra durante la guerra pérsica, nuestros antepasados

[24] Vid. *Panegírico* 55.

fueron los únicos, fuera del Peloponeso, que compartieron con aquéllos los peligros y contribuyeron a salvar su ciudad[25]; por eso, es de justicia que queramos obtener el mismo favor que nosotros os hicimos primero.
58 Pero si habéis resuelto no preocuparos en modo alguno de nosotros, sin embargo no os conviene soportar que resulte asolada la tierra en la que queda la mayor señal de vuestro valor y del de otros que combatieron a vues-
59 tro lado; pues otros trofeos se han levantado en un combate de ciudad contra ciudad, pero aquéllos se alzaron en nombre de toda Grecia contra todo el poder de Asia. Y estos trofeos son los que los tebanos hacen desaparecer con razón; porque los recuerdos de los sucesos de entonces constituyen para ellos una vergüenza. En cambio, a vosotros os conviene conservarlos, ya que por aquellas hazañas os hicisteis caudillos de los grie-
60 gos. También hay que acordarse de los dioses y héroes que ocupan aquel lugar, y no mirar con indiferencia la abolición de los cultos de aquellos a quienes ofrecisteis sacrificios favorables[26] antes de enfrentaros a un peligro que dio la libertad a esos tebanos y a todos los demás griegos. También es preciso que tengáis algún cuidado de los antepasados y no descuidéis la piedad a ellos
61 debida. ¿Qué pensarán ellos, si es que los muertos tienen alguna noticia de lo que ocurre aquí[27], si se enteran de que, siendo vosotros los que tenéis el poder, los tebanos, que estuvieron de acuerdo en ser esclavos de los bárbaros, llegan a ser señores de otros, y nosotros, en cambio, que luchamos con vosotros por la libertad, hemos sido los únicos griegos desterrados? ¿Qué pensarán, si las tumbas de quienes con ellos pasaron peli-

---

[25] Cf. *Panatenaico* 93.
[26] Cf. HERÓD., IX 33.
[27] Vid. nota 17 al discurso *Eginético*.

gros, no alcanzan las ofrendas debidas[28] por falta de quienes las lleven, mientras que los tebanos, que formaron en el campo enemigo, dominan aquel territorio? Pensad que la mayor acusación que hacíais a los lace- 62 demonios era que, por complacer a los tebanos, traidores a los griegos, nos destruyeron a nosotros, sus bienhechores. Por tanto, no consintáis que se digan de vuestra ciudad estas difamaciones ni prefiráis la insolencia de los tebanos a vuestra reputación presente.

Quedan todavía muchas cosas que cualquiera podría 63 decir para induciros a reflexionar más sobre nuestra salvación, pero yo no puedo abarcar todo; sois vosotros los que debéis votar con justicia nuestro asunto, una vez que conozcáis lo que ha quedado por decir y hayáis recordado bien los juramentos y pactos, además de nuestro afecto y de la enemistad de los tebanos.

---

[28] Ofrendas a los muertos (Tuc., III 58) y a Zeus Eleuterio (Tuc., II 71, 4).

A NICOCLES (II)

Con éste, comienza una serie de tres discursos, los llamados «chipriotas», por estar dirigidos a Evágoras y su hijo Nicocles, reyes de Salamina, en Chipre. Parece que Isócrates comenzó sus relaciones con esta familia a través de su discípulo Timoteo, hijo del general ateniense Conón (cf. Blass, *Die attische...*, II, pág. 270); sabemos que Evágoras había colaborado con Conón en la batalla de Cnido, el año 394 a. C.

Evágoras murió el año 374-3 (Diodoro, XV 47) y le sucedió Nicocles, joven entonces (véase parágrafo 45 de este mismo discurso); cuando Isócrates escribe *Sobre el cambio de fortunas* (año 354-3) ya había muerto Nicocles. Todos estos datos permiten fechar este discurso hacia el año 370 a. C.

El *A Nicocles* guarda grandes paralelismos con el *A Demónico;* se trata también, de una «exhortación» *(parainesis,* con reflexiones de orden moral.

La autenticidad de la obra es segura, aunque hay sospechas de muchas interpolaciones; muchos de los consejos que da Isócrates a Nicocles se encuentran, reducidos, en *Sobre el cambio de fortunas.* Drerup, en su edición de Isócrates, recoge todos los fragmentos que le parecen no isocráticos, sino añadidos por algún comentarista desconocido[1].

---

[1] E. Mikkola, *Isokrates...*, pág. 285 ss., estudia a fondo esta cuestión, y se pregunta si quizá es la misma persona el autor del discurso *A Demónico* y el de estos pasajes interpolados en el *A Nicocles.*

Muchos han sido los imitadores de este discurso, y durante el Renacimiento italiano se han sucedido sus traducciones y adaptaciones.

Argumento de un gramático anónimo

Ya hemos dicho con anterioridad por qué motivo leemos así las *Exhortaciones*[2]. Este es el argumento según aparece: Nicocles, hijo de Evágoras, descendiente de Teucro y de Telamón (como sabremos, con la ayuda de dios, en el mismo *Evágoras)* era rey de Salamina, una ciudad de Chipre, que ahora se llama ciudad de Constantino y es la capital de Chipre. Isócrates escribe a este Nicocles unas exhortaciones, acerca de cómo se debe reinar con corrección. Hermipo, en su *Isócrates*, citando a un tal Evandro que habló contra los sofistas, dice que Isócrates envió a Nicocles este discurso después de haber recibido de él 20 talentos. Pues Evágoras había muerto, e Isócrates quería ser útil a Nicocles tras la muerte de su padre.

1 Nicocles, siempre me pareció que quienes tienen la costumbre de traeros a vosotros, los que sois reyes, vestidos, bronces, oro trabajado[3], o cualquier otra riqueza semejante —cosas de las que ellos mismos carecen, mientras que vosotros las poseéis en abundancia— lo hacen, evidentemente, con fines comerciales, no como regalo; y que os venden esas cosas con mucha más
2 habilidad que los auténticos traficantes. En cambio, yo creí que el más hermoso regalo, el más útil, y el que más conviene que yo dé y tú recibas es éste: poderte señalar qué costumbres debes adoptar y qué [actos][4]

[2] Véase argumento del *A Demónico*.
[3] Algo parecido dice Homero en *Odisea* XVI 231.
[4] La palabra entre corchetes sólo aparece en los manuscritos ΛΠ.

evitar[5] para gobernar de la mejor manera posible tu ciudad y tu reino. Porque son muchas las cosas que educan a los ciudadanos corrientes: sobre todo, el no vivir en el lujo, sino verse obligados a pensar en lo necesario para cada día; en segundo lugar, las leyes, según 3
las que cada uno se gobierna; además, la libertad de expresión y la clara posibilidad de reprender a los amigos e increpar a los enemigos por los errores de unos y de otros; por último, también algunos poetas antiguos han dejado consejos sobre cómo hay que vivir[6]; es lógico que, con todo ello, los ciudadanos corrientes se hagan mejores. En cambio, no hay nada semejante a 4
esto para los soberanos; ellos, que deben educarse mejor que los demás, viven privados de consejos cuando alcancen el poder. En efecto, la mayoría de los hombres no gozan de su intimidad, y sus amigos los frecuentan para sacar provecho. Y así, cuando llegan a ser dueños de las mayores riquezas y de los asuntos más importantes, por no utilizar bien estos recursos han hecho que muchos discutan si es preferible escoger la vida de los ciudadanos corrientes, que actúan con discreción, a la de los soberanos. Pues, cuando consideran los hono- 5
res, las riquezas y los poderes que los soberanos tienen, todos los hombres creen que son semejantes a los dioses quienes ocupan el mando supremo; pero cuando tienen en cuenta los miedos y los peligros y, al discurrir, ven que unos reyes perecen a manos de quienes menos deberían hacerlo, que otros son forzados a faltar contra sus más íntimos y que algunos han caído en ambas cosas, de nuevo piensan que es preferible vivir de cualquier modo a reinar sobre toda Asia en medio de estos sufrimientos. La causa de esta anomalía y con- 6
fusión es que se concibe la realeza como un sacerdocio

[5] Lo mismo se dice en *A Demónico* 5 y en *Sobre la paz* 62.
[6] A estos poetas los menciona en el parágrafo 43.

abierto a todo hombre, cuando es el más importante asunto humano, y el que precisa de la mayor prudencia.

Es tarea de quienes siempre están junto a los reyes aconsejar en cada circunstancia cómo podrían gobernar mejor, conservando lo bueno y rehuyendo las desgracias; yo intentaré exponer, refiriéndome a todas las costumbres en general, aquellas a las que hay que ten-
7 der y a las que es preciso dedicar un tiempo. Es difícil saber desde el principio si este presente que te ofrezco, una vez terminado, será digno del tema propuesto; pues muchas obras en verso y en prosa, cuando aún estaban en el pensamiento de sus autores suscitaron las mayores expectativas, pero una vez terminadas y presentadas a los demás, alcanzaron un éxito muy inferior al espe-
8 rado. Con todo, es hermoso el intento de investigar lo que otros han dejado de lado y dar leyes a las monarquías. Porque los que educan a los hombres corrientes, sólo les ayudan a ellos; en cambio, si alguien exhortase a la virtud a quienes dominan a la masa, ayudaría a ambos, a los que tienen el poder y a sus súbditos; pues conseguiría para los unos autoridad más estable, y para los otros constituciones más suaves[7].

9 Lo primero, en efecto, que hay que ver es cuál es la tarea de los reyes; pues, si delimitamos en lo fundamental las posibilidades del tema tomado en su conjunto, al examinarlo ahora, hablaremos mejor también de sus apartados[8]. Creo que todos estarán de acuerdo en que los reyes deben, cuando su ciudad es infortunada, terminar con esta situación, cuando es próspera, mantenerla así, y cuando es pequeña, hacerla grande; en las demás cosas que suceden cada día hay que actuar
10 de acuerdo con estas normas. Y es también evidente

[7] ¿Es esto una disculpa de Isócrates ante sus conciudadanos que le podrían reprochar el dirigirse a un rey como Nicocles?

[8] Lo mismo en *Sobre la paz* 18.

que quienes tienen tanto poder y deliberan sobre asuntos tan importantes, no pueden ser negligentes ni despreocuparse, sino examinar cómo serán más sensatos
que los demás. Está demostrado, en efecto, que su ma- 11
nera de reinar será comparable a cómo estén preparados en su manera de pensar. Por eso, a ningún atleta le conviene ejercitar su cuerpo tanto como a los reyes su espíritu; pues todos los certámenes ofrecen unos premios que nada valen al compararlos con aquéllos por los que competís vosotros cada día [9]. Teniendo esto en cuenta debes prestar atención a que tanto cuanto sobrepases a los demás en honores, habrás de aventa-
jarlos también en sus virtudes. No creas que la aplica- 12
ción es útil en otras cuestiones, pero que no tiene poder alguno para volvernos mejores y más sensatos; no reproches a los hombres tal infortunio como para haber descubierto en lo que respecta a los animales, técnicas con las que domesticamos sus naturalezas y aumentamos su precio, y que, en cambio, en nosotros mismos en nada nos ayudemos para lograr la virtud [10]. Piensa, por el contrario, que la educación y el estudio
es lo que más puede beneficiar nuestra naturaleza; sea 13
ésta tu forma de pensar: trata con los más prudentes de los que te acompañan y de los ajenos haz venir a los que puedas; no creas que has de desconocer a ningún poeta ni sofista bien reputado [11], antes bien, oye a unos y sé discípulo de otros; disponte a ser juez de tus inferiores y competidor de tus superiores. Gracias a estas prácticas, rápidamente puedes alcanzar la categoría de lo que, según pensamos, ha de ser un rey per-

---

[9] Véase nota 4 al *Panegírico*.

[10] Encontramos esta comparación de nuevo en *Sobre el cambio de fortunas* 209-214. Cf. también Teognis, 429; Jenof., *Memorables* I 2, 19 ss., y Plat., *Menón* 95 C.

[11] Lo mismo en *A Demónico* 51.

fecto y un gobernante de la ciudad como es debido[12].
14 Tú serás tu mejor colaborador si consideras vergonzoso que los peores manden a los mejores[13] y los más ignorantes estén al frente de los más inteligentes; pues cuanto más desprecies la ignorancia ajena, tanto más ejercitarás tu propia inteligencia.
15 Por aquí tienen que empezar quienes desean cumplir sus deberes, y, además de estas cosas, deben ser filántropos y amantes de su ciudad[14]. Porque nadie es capaz de dirigir correctamente caballos, perros, hombres ni cosa alguna si no disfruta con aquello que debe ser objeto de su cuidado. Preocúpate del pueblo y procura
16 en todo mandarles con afecto, pues sabes que de las oligarquías y de las demás formas de gobierno duran más tiempo las que mejor cuidan al pueblo[15]. Te atraerás bien al pueblo, si no permites que se desborde ni dejas que sea violentado, sino que procuras que los mejores tengan honores[16], y los demás no sean objeto de injusticia; porque estos principios son los primeros
17 y los más importantes de un buen gobierno. Revoca y cambia lo que no sea correcto de las órdenes prescritas y de las costumbres establecidas, y procura descubrir unas mejores. Si no es así, imita las que van bien en otros pueblos. Busca leyes totalmente justas, convenientes, concordantes entre sí, que hagan lo más breves posible las discusiones de los ciudadanos y lo más rápidas

---

[12] El texto desde el parágrafo 14 al 39 aparece en forma abreviada en *Sobre el cambio de fortunas* 73.

[13] Cf. *Nicocles* 14 ss.

[14] Jaeger, *Paideia*..., dedica un extenso capítulo (págs. 870-984) a este discurso; en pág. 884, nota 74, hace notar cómo la expresión «debe ser filántropo y amante de su ciudad» *(philánthrōpon deî eînai kaì philópolin)* es una combinación parecida al ideal del príncipe en *Evágoras* 43 y *Panegírico* 29.

[15] La misma idea se repite en *Sobre el cambio de fortunas* 70 y *A Demónico* 36.

[16] Cf. con Tuc., II 37, 1; es una idea claramente reaccionaria.

sus reconciliaciones; pues todas éstas deben ser las cualidades de unas [leyes][17] bien establecidas. Haz prove- 18
chosas las actividades de tus súbditos, y castiga las intrigas, para que rechacen estas últimas y se apliquen con más ánimo a las primeras. No juzgues con favoritismo los procesos en que se enfrentan unos con otros, ni tus juicios sean contradictorios, sino mantén siempre el mismo criterio sobre los mismos procesos; conviene y procede que la opinión de los reyes sobre las cosas justas sea firme, igual que las leyes bien establecidas[18].
[Gobierna tu ciudad como la casa de tus padres, con 19
una organización brillante y regia, pero con economía, para que goces de buena fama y, al mismo tiempo, tengas recursos suficientes. Muestra tu magnificencia no con un despilfarro que pronto se olvida, sino con lo dicho antes: con la calidad de tus posesiones y con las buenas acciones hacia tus amigos. Tales son los dispendios que te harán inolvidable y dejarás a tus sucesores cosas mejores que lo invertido.]

En lo que se refiere a los dioses, actúa como te ense- 20
ñaron tus antepasados; piensa, sin embargo, que la ofrenda más hermosa y el culto más importante es que te muestres como el mejor y el más justo. Porque es más esperable que obtengan algún bien de los dioses los que así actúan a que lo logren quienes sacrifican muchas víctimas. [Recompensa con cargos a tus amigos
más íntimos y con la sinceridad a los más afectos. Ten 21
por cierto que la mejor protección personal es el valor de los amigos, el afecto de los ciudadanos[19] y tu propia sensatez; así, cualquiera podría obtener y mantener un poder absoluto. Cuídate de las haciendas de los ciuda-

---

[17] La palabra entre corchetes no aparece en todos los MSS.

[18] Desde el párrafo 19 al 40, los parágrafos que figuran entre corchetes son de autenticidad discutida (véase introducción a este discurso).

[19] Cf. *Elogio de Helena* 37.

danos y piensa que los derrochadores gastan lo tuyo, mientras que los trabajadores lo aumentan; pues todo lo que tienen los habitantes de una ciudad es propie-
22 dad de los que reinan bien.] Demuestra en todo tiempo ser tan deseoso de la verdad que tus palabras sean más fiables que los juramentos de los demás[20]. [Ofrece a todos los extranjeros tu ciudad como un lugar seguro y legal[21], de acuerdo con los tratados; de los que se presenten, ten en más estima a quienes consideran digno recibir regalos de ti, y no a los que te los traigan; porque al honrar a los primeros, alcanzarás mayor glo-
23 ria ante los demás. Aleja de tus ciudadanos todo temor, y evita que estén asustados los inocentes; pues se comportarán contigo como tú con ellos. No actúes con cólera, pero da esa impresión cuando la ocasión lo requiera. Muestra tu rigor en que ningún suceso te pase desapercibido[22], y tu bondad en hacer menores los castigos de los delincuentes.]

24 Gobierna no con dureza ni con castigos excesivos, sino de modo que todos se vean inferiores a tu inteligencia y crean que tú cuidas su salvación mejor que ellos mismos. Demuestra en la guerra tus conocimientos y tu preparación, y en la paz no ambiciones nada que no sea justo[23]. [Trata con las ciudades más débiles como lo harías con las más poderosas que la tuya[24].
25 No seas aficionado a disputar sobre todas las cosas, sino sobre aquello que, al haber ganado tú, te beneficiará.

---

20 Lo mismo en *Panegírico* 81.

21 Además de la *proxenía* se daba la categoría de meteco (cf. nota 69 al *Panegírico)* a aquel extranjero que prestase algún servicio a una ciudad griega, sobre todo el pago de alguna contribución extraordinaria. De lo contrario, los forasteros no tenían reconocido derecho cívico alguno.

22 La misma idea en *Nicocles* 51.

23 Cf. *Sobre la paz* 136.

24 Cf. *Panegírico* 81 y *A Demónico* 14.

No consideres holgazanes a quienes sacan provecho de su inferioridad, sino a los que son superiores con perjuicio propio. Ten por magnánimos no a los que abarcan cosas que son incapaces de dominar, sino a quienes aspiran al bien y pueden ejecutar lo que intentan.]
No envidies a los que adquirieron un gran poder, sino 26
a los que utilizan mejor el que tienen [25], [y piensa que serás totalmente feliz, no si gobiernas a todos los hombres mediante el miedo, el peligro y la maldad [26], sino si, siendo como es debido y actuando como en el presente, deseas cosas moderadas y no yerras en ninguna de ellas.]

Toma como amigos no a todos los que quieren serlo, 27
sino a los apropiados a tu manera de ser; no a aquellos con los que lo pasarás bien, sino a quienes te ayudarán a gobernar mejor la ciudad. [Examina con exactitud a los que te rodean, sabiendo que todos los que no tienen trato contigo piensan que tú eres igual a tus amigos. Pon a otros al frente de los asuntos que por ti mismo no puedas realizar, con la idea de que llevarás la responsabilidad de lo que aquéllos hagan] [27]. Considera fieles 28
no a los que aplaudan todo lo que digas o hagas, sino a quienes censuren tus errores. Da libertad de expresión [28] a los inteligentes, para tener consejeros de lo que dudes. Distingue a los aduladores de oficio de los buenos servidores, para que los malvados no estén por encima de los buenos. [Escucha lo que dicen unos de otros, e intenta descubrir en sus palabras, cómo son los que

---

25 Cf. *Nicocles* 34.

26 Isócrates intenta conseguir que desaparezcan las sospechas de traición que los atenienses le atribuían por sus relaciones con los tiranos.

27 Lo mismo en *A Demónico* 37.

28 MATHIEU, *Isocrate...* II, pág. 105, nota cómo la libertad de expresión *(parrēsía)* es, para un griego, la característica de los sistemas democráticos.

29 hablan y sobre qué lo hacen.] Castiga con penas idénticas a los calumniadores y a los delincuentes.

Gobiérnate a ti mismo no menos que a los demás, y piensa que lo más propio de un rey es esto: no ser esclavo de ningún placer[29], sino dominar las pasiones más que a los ciudadanos. [No aceptes ninguna compañía producto del azar ni irreflexiva]; por el contrario, acostúmbrate a gozar de aquellas ocupaciones con las
30 que progresarás y parecerás mejor a los demás. No te muestres empeñado en aquello que también los malvados puedan conseguir; antes bien, pon tu orgullo en la virtud, de la que en nada pueden participar los perversos[30]. [Considera que los honores más sinceros no son los que se tributan en público por temor, sino cuando, por sí misma, la gente admira más tu criterio que tu suerte. Si te agrada alguna cosa vulgar, manténlo oculto y muestra, en cambio, que te dedicas a las grandes.]
31 No te parezca bien que los demás vivan con orden, y los reyes, en cambio, desordenadamente; antes bien, pon tu propia prudencia como ejemplo para los demás, sabedor de que la manera de vivir de toda la ciudad concuerda con sus gobernantes[31]. Sea para ti una señal de tu buen reinado el ver que tus súbditos son más
32 ricos y prudentes gracias a tu cuidado. Estima más dejar a tus hijos una buena fama que una gran fortuna; pues esta última es perecedera, pero aquélla inmortal, y las riquezas se pueden adquirir con la fama, pero ésta no se compra con riquezas. Además, la fortuna va a parar incluso a manos de gente vulgar, pero la fama

---

[29] Este postulado del autogobierno del príncipe es socrático (Jaeger, *Paideia...*, pág. 888, nota 92).

[30] Lo mismo en *Nicocles* 37-38 y *A Demónico* 38.

[31] Reaparece aquí la idea del modelo de la antigua *paideia* de la nobleza griega (Jaeger, *Paideia...*, pág. 888).

no puede adquirirse sino por los distinguidos[32]. [Pon elegancia en tus vestidos y en los adornos de tu cuerpo, pero sé firme como conviene a los reyes en las demás costumbres, para que los que te vean juzguen por lo que ven que tú eres digno del poder, y tus amigos tengan idéntica opinión que aquéllos por la fuerza de tu
espíritu. Iguala siempre tus palabras a tus obras, para 33
caer en los menores errores posibles. Pues lo mejor es coger la oportunidad en el justo momento, pero como eso es difícil colegirlo, prefiere descuidar algo, antes que extremarte[33]; en efecto, la moderación se encuentra
más en el defecto que en el exceso. Intenta ser sociable 34
y respetado: esto último conviene al que tiene el poder absoluto, lo primero corresponde a la vida en común. Este consejo es el más difícil de todos; porque descubrirás que muchas veces los que imponen respeto resultan fríos, y, en cambio, los que desean ser sociables pasan por pusilánimes. Hay que servirse de estos dos procedimientos y rehuir el peligro que hay en cada uno
de ellos. Si quieres examinar qué cosas deben saber los 35
reyes, sírvete de la experiencia y de la filosofía[34]; porque el filosofar te mostrará los caminos, y el ejercitarte en las propias acciones hará que puedas tratar tus empresas.

Contempla los acontecimientos y sus consecuencias para los particulares tanto como para los soberanos; si recuerdas lo pasado, mejor resolverás el futuro.]
Considera una vergüenza que algunos particulares de- 36
seen morir para ser alabados después de muertos, y que los reyes, en cambio, no se atrevan a adoptar las costumbres con las que alcanzarán gloria en vida. Prefiere

32 Lugar común es la comparación entre valores perecederos frente a valores eternos. Lo mismo en *A Demónico* II 5.

33 Cf. ARISTÓT., *Ética a Nicómaco* II 5.

34 Experiencia y filosofía forman el concepto de la filosofía política de Isócrates (JAEGER, *Paideia*..., pág. 889).

dejar estatuas que sean recuerdo de tu virtud, más que de tu cuerpo[35]. Intenta sobre todo mantener la mayor seguridad para ti mismo y para la ciudad; pero si te vieras forzado a correr peligro, escoge una hermosa
37 muerte antes que una vida vergonzosa[36]. Acuérdate de tu realeza en todos tus actos y procura no hacer nada indigno de este honor. No consientas que toda tu naturaleza sea destruida a la vez, por el contrario, ya que te tocó en suerte un cuerpo mortal, intenta dejar un
38 recuerdo inmortal de tu espíritu. Ocúpate en hablar de buenas costumbres, para que te habitúes a sentir lo mismo que dices. Cumple en tus actos cuanto te parezca lo mejor al reflexionar. Persevera tú mismo en
39 aquello que aconsejarías a tus propios hijos. Sigue lo que te he dicho o busca cosas mejores. [Considera sabios no a los que disputan sobre cosas de poca importancia con prolijidad, sino a quienes hablan bien de las importantes[37]; tampoco a los que prometen a los demás la felicidad, cuando ellos están en muchos apuros, sino a los que hablan de sí mismos con mesura, saben manejarse en la vida normal y tratar con los hombres, y no se trastornan en los vaivenes de la vida, sino que saben soportar bien y con moderación tanto las desgracias como las prosperidades][38].

40 No te asombres de que mucho de lo dicho sean cosas que tú conoces; esto no se me pasó por alto. Por el contrario, sabía que, siendo tan grande el número de gobernados y gobernantes, unos han dicho algo de estas cosas,

---

[35] La comparación entre las estatuas y el recuerdo de la virtud debe ser un procedimiento retórico muy usado.

[36] Otro lugar común (cf. *Panegírico* 95).

[37] Cf. *Panegírico* 188-189 y *Elogio de Helena* 12.

[38] La formulación isocrática se inscribe en cierto modo en una antigua tradición sofística, como muestra la *téchnē alypías* de Antifonte *(Presocráticos* 87 A 6); lo mismo se decía en *Panegírico* 47 (W. Steidle, «Redekunst...», pág. 277, nota 1).

otros las han oído, algunos han visto que otros las practican y hay quienes se aplican a ellas[39]. No hay que 41
buscar novedades en tales discursos sobre las costumbres, en los que no se puede decir nada paradójico ni increíble ni fuera de lo habitual; antes bien, hay que considerar que el escritor más agradable es aquel que sea capaz de reunir el mayor número de los pensamientos, dispersos en las mentes de los demás y expresarlos con la mayor belleza posible. Aunque también 42
tengo claro que todos consideran utilísimos los consejos de los poetas y escritores, pero que no los escuchan con gusto, sino que les pasa como ante los que nos reprenden: les aplauden, pero querrían tener trato con sus compañeros de fechorías y no con quienes les apartan de ellas[40]. Un ejemplo sería la poesía de Hesíodo, 43
Teognis y Focílides[41]. Dicen que ellos han sido los mejores consejeros para la vida humana, pero quienes lo afirman prefieren pasar el tiempo con las necedades propias mejor que con sus enseñanzas. Si, incluso, al- 44
guien eligiese las llamadas «sentencias» de los poetas principales, en las que aquéllos más se esmeraron, la disposición de la gente sería la misma; en efecto, escucharían con más placer la peor comedia[42] que cosas elaboradas con tanto arte. ¿Por qué perder el tiempo 45
hablando de cada uno de estos temas? En resumen, si queremos examinar la manera de ser de los hombres, descubriremos que la mayoría de ellos no disfrutan con

---

[39] Para W. STEIDLE, «Redekunst...», pág. 270, nota 6, los principios morales de Isócrates son los de la moral griega tradicional.

[40] Cf. con *A Demónico* 45.

[41] *Los trabajos y los días* de HESÍODO (hacia el 700 a. C.) y los poemas de TEOGNIS y FOCÍLIDES eran empleados para la enseñanza de la moral. A los tres poetas se les llama gnómicos (*gnômai* «sentencias»).

[42] También en *Sobre la paz* 14, nos da Isócrates una opinión negativa sobre la comedia, al atacar a los poetas cómicos por su lenguaje desvergonzado.

los alimentos más sanos, ni con las costumbres más bellas ni con las mejores acciones ni con las criaturas más provechosas, sino que sus placeres son totalmente contrarios a lo conveniente y que se consideran perseverantes y trabajadores quienes cumplen con parte de
46 su deber. ¿Cómo daría alguien satisfacción a tales individuos aconsejándoles, enseñándoles o diciéndoles algo útil?; ellos, además de lo dicho, odian a los inteligentes y tienen por honrados a los insensatos. Tanto rechazan la verdad de las cosas, que ignoran las suyas propias, se disgustan si reflexionan sobre sus asuntos particulares, y disfrutan, en cambio, discutiendo sobre los ajenos. Preferirían sufrir un dolor físico a esforzarse
47 con su espíritu y averiguar lo que necesitan. Se les puede encontrar en sus reuniones desvariando o insultándose, y cuando están solos, no reflexionan, sino que sueñan cosas imposibles. Me refiero, por supuesto, no a todos los hombres, sino a los que están comprendidos
48 en mis palabras [43]. Es, pues, evidente que quienes pretenden hacer o escribir algo agradable a la mayoría no deben buscar los razonamientos más provechosos, sino los más fabulosos; porque al oír cosas así, lo pasan bien, lo mismo que al ver combates y luchas. Por eso debe admirarse la poesía de Homero y de los primeros inventores de la tragedia, ya que, por conocer la manera de ser de los hombres, utilizaron para su poesía estos
49 dos temas [44]. Pues Homero fantaseó los combates y guerras de los semidioses, y los poetas trágicos repusieron los mitos como combates y acciones, para que no sólo fuéramos oyentes, sino espectadores. Con tales ejemplos queda demostrado a quienes desean cautivar el alma [45]

---

[43] Lo mismo en *Sobre la paz* 47.

[44] Ya Heródoto (II 53) pensaba que Homero y Hesíodo habían creado la mitología de los dioses.

[45] El término «cautivar el alma» (*psygagōgeīn*) está en contra-

de sus oyentes que deben evitar reprender y aconsejar, y, en cambio, han de decir lo que a su juicio, agrade más a la multitud.

Traté estos temas por creer que tú, que no eres uno 50
de tantos, sino rey de muchos, no tenías la misma manera de pensar que los demás, ni distinguías la importancia de los asuntos o la inteligencia de los hombres por los placeres, sino que los juzgabas por su utilidad.
Además, los que se dedican a la filosofía discuten sobre 51
la manera de ejercitar el espíritu: unos sostienen que mediante prácticas dialécticas, otros, que a través de discusiones políticas, y algunos dicen que es con otros sistemas como sus discípulos serán más inteligentes [46]; pero todos están de acuerdo en que un individuo bien educado debe ser capaz de reflexionar con cada uno de
estos procedimientos. Por eso hay que dejar de lado lo 52
que se discute para poner a prueba aquello en que se está de acuerdo, y observar, sobre todo, a estos maestros cuando deliberan sobre circunstancias particulares, y si esto no es posible, cuando hablan de cuestiones generales. Rechaza a los que nada saben de lo que es conveniente; pues está claro que quien no es útil a sí
mismo, tampoco hará sensato a otro. Ten la mayor con- 53
sideración y sirve a los inteligentes, que pueden ver algo más que los otros. Sabe que un buen consejero es más útil y más propio de un soberano que todas las fortunas. Piensa que harán más grande tu reinado quienes puedan ayudar más a tu inteligencia.

Yo te he aconsejado lo que sé y te honro con estos 54
consejos como puedo. Como te dije al empezar, no desees que te traigan los regalos acostumbrados que com-

---

dicción con lo que es la prosa isocrática, piensa W. Steidle, «Redekunst...», pág. 274, nota 5.

[46] Los tres tipos de representantes de la paideía que Isócrates distingue aquí corresponden a los mencionados en el discurso *Contra los sofistas* (Jaeger, *Paideia*..., pág. 893, nota 114).

prarás más caros a sus portadores que a los comerciantes, sino aquellos que a pesar de hacer un uso constante de ellos y, aunque no dejes de utilizarlos un solo día, no te perderán su valor, sino que los convertirás en mejores y más valiosos.

NICOCLES (III)

La autenticidad del discurso ha sido cuestionada por diversos comentaristas. Las razones han sido más de fondo que de forma: un ateniense como Isócrates no puede aplaudir el régimen monárquico, y Nicocles, por lo que sabemos de su reinado, se parece poco al retrato que de él hace nuestro autor, por boca del mismo Nicocles, que es quien lo pronuncia.

Ambos argumentos son poco válidos: en cuanto al primero, basta recordar la crisis de la idea democrática tras la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso; si a eso añadimos el deseo de unidad de todos los griegos contra el persa, que Isócrates expuso en el *Panegírico*, es evidente que la idea de la monarquía como forma ideal para cumplir esa unidad debió de pasar por su cabeza. El hecho de que Nicocles no fuera un rey ejemplar tampoco invalida la obra, que pretende ser un retrato idealizado.

La composición misma del discurso es típicamente isocrática. La idealización de la monarquía es muy parecida a la idealización que se hace de la democracia primitiva en el *Areopagítico*, *Panegírico* y *Panatenaico*.

La fecha del discurso puede situarse entre los años 372 y 365 antes de Cristo. Mathieu da la fecha del 368, por los datos que nos dan los puntos 31 y 34, al hablar de la administración real, lo que supone que Nicocles ya llevaba algunos años en el poder.

Argumento de un gramático anónimo

Este discurso no se refiere a los mismos asuntos ni fue pronunciado por el mismo orador. Pues en el discurso anterior a

éste se trató de cómo hay que reinar, y en el que nos ocupa de cómo los súbditos deben responder ante el rey. En el primer caso se trataba de nuevo de palabras escritas por Isócrates para Nicocles, en éste de palabras de Nicocles dirigidas a sus mejores súbditos, aunque el autor del discurso fue también Isócrates.

Si alguno preguntara por qué Isócrates no envió el discurso a los súbditos, diríamos que es lógico que los aconsejara no personalmente, sino con el rey como intermediario, porque al aconsejar a la masa se vería obligado a llenar el discurso de amenazas para persuadir completamente a esa masa con palabras. Se titula *Nicocles o a los aliados*, no porque con la conjunción anulemos la unidad del título, sino porque esa unidad tiene dos elementos, como también decimos *Fedón o sobre el alma*. Esta partícula se llama disyuntiva, y refuerza el primer término. Porque el discurso a la vez es pronunciado por Nicocles y dirigido a sus aliados y súbditos. Y que el discurso fue compuesto por Isócrates y enviado al rey, nos lo confirma éste mismo, al decir: «Oisteis a Isócrates otro discurso sobre cómo hay que reinar y yo intentaré contar lo que deben hacer los gobernados, no para aventajar a aquél, sino porque es mi deber hablar de ello.»

1 Hay gentes que toman a mal los discursos y critican con dureza a los que se dedican a la filosofía [1], diciendo que éstos pasan así el tiempo no por virtud, sino por ambición. A quienes así opinan me gustaría preguntarles por qué reprueban a los que desean ser buenos oradores, y en cambio aplauden a los que quieren obrar con corrección; porque, si las ambiciones les molestan, descubriremos que más y mayores son las que se con-
2 siguen con las acciones que con las palabras. También es absurdo que les haya pasado por alto que cumplimos piadosamente nuestros deberes religiosos, practi-

[1] Igual que en *Contra los sofistas* 13, no se puede reprochar a la retórica la inmoralidad de algunos oradores. El argumento ya lo habría dado GORGIAS (PLAT., *Gorgias* 456 D; *Menón* 88 A; *Eutidemo* 274 C y ss.; JENOF., *Banquete* 3, 4).

camos la justicia y nos ejercitamos en las demás virtudes, no para ser menos que los demás, sino para que nuestra vida transcurra con los bienes más importantes. Por eso no se han de censurar aquellos actos con los que gracias a la virtud uno puede prosperar, sino a los hombres que yerran en sus acciones, engañan con sus palabras y no saben utilizarlas con justicia. Me causa 3
admiración que quienes piensan así no hablen también mal de la riqueza, la fuerza y el valor. Porque si están mal dispuestos con los discursos porque algunos fracasan y mienten con ellos, también debían censurar aquellos otros bienes[2]; pues está claro que algunos que los tienen, fracasan y hacen daño a muchos con ellos[3].
No es justo, sin embargo, censurar la fuerza porque 4
algunos golpeen a los que se encuentren, ni vituperar el valor porque unos maten a los que no deben, ni, en general, transferir a las acciones la maldad de los hombres; por el contrario, hay que reprender a cuantos usan mal sus buenas cualidades, y que, pudiendo con ellas ayudar a sus conciudadanos, intentan dañarles[4].
Por haber descuidado el distinguir la particularidad de 5
cada cosa, son enemigos de todos los discursos y se equivocan tanto, que no se dan cuenta de que toman a mal una actividad tan importante que, de todo lo que existe en la naturaleza humana, es la causa de los mayores bienes[5]. Pues de lo demás que tenemos, en nada nos diferenciamos del resto de los seres vivos, sino que incluso somos inferiores a ellos en rapidez, fuerza y en

---

[2] Los «bienes» frutos de la *aretê* son el éxito y bienestar burgueses; esto subraya la diferencia entre el moralismo isocrático y lo que los socráticos entienden por bienes (Jaeger, *Paideia...*, pág. 875, nota 25).

[3] Cf. Aristót., *Ética a Nicómaco* 1094 b 17.

[4] Lo mismo en *Sobre el cambio de fortunas* 251.

[5] Igual que en *Panerírico* 48, Isócrates ama la sensación de poder que da la palabra (G. Kennedy, *The Art...*, pág. 175).

6 otras facultades. Pero como nos es innato el convencernos unos a otros, y el demostrarnos aquello sobre lo que deliberamos, no sólo nos apartamos de la vida salvaje, sino que, tras reunirnos, habitamos ciudades, establecimos leyes y descubrimos artes; en casi todo lo que
7 hemos inventado es la palabra la que nos ayudó [6]. Ella, en efecto, dio leyes sobre lo justo y lo injusto, sobre lo malo y lo bueno; de no haberse dispuesto así estas cosas, no habríamos sido capaces de vivir unos con otros. Con la palabra contradecimos a los malvados y encomiamos a los buenos. Gracias a ella educamos a los incultos y probamos a los inteligentes; pues el hablar como es preciso lo consideramos la mayor demostración de una buena inteligencia y una palabra veraz, legítima y justa es imagen de un espíritu bueno y leal.
8 Con la palabra discutimos lo dudoso y examinamos lo desconocido, pues los argumentos con que convencemos a otros al hablar con ellos son los mismos que utilizamos al deliberar; llamamos oradores a los que saben hablar en público, y tenemos por discretos a quienes discurren los asuntos consigo mismos de la mejor ma-
9 nera posible. Si hubiera que hablar en general del poder de la palabra, descubriríamos que ninguna acción sensata se ha producido sin su intervención; por el contrario, la palabra es guía tanto de todas las acciones como de todos los pensamientos y la usan sobre todo los más inteligentes. Por eso, a los que se atreven a maldecir a quienes educan y filosofan, se les debe odiar igual que a los que pecan contra las cosas divinas.

10 Yo acepto todos los discursos, incluso los que pueden ayudarnos poco, pero considero que los más bellos, los más dignos de un rey y los más adecuados a su carác-

---

[6] Este elogio de la palabra aparece ya en Gorgias, quien llamó divinidad al *lógos*. Véase también Jenof., *Memorables* IV 3, 11 ss.

ter son los que nos aconsejan sobre la manera de vivir y sobre la política, y de ésos, cuantos enseñan a los soberanos cómo se debe tratar al pueblo, y a los súbditos cómo tienen que portarse con sus señores; pues veo que gracias a ellos las ciudades resultan más felices e importantes[7]. En cuanto al primer punto, de cómo hay 11
que reinar, ya oísteis a Isócrates, y del segundo, que se refiere a cómo han de actuar los gobernados[8], intentaré exponerlo, no para aventajar a aquél, sino porque es mi deber hablaros de ello especialmente. Pues, si vosotros no acertarais con mi opinión, por no haberos yo aclarado lo que quiero que hagáis, no sería lógico que me enfadara con vosotros; en cambio, si después de yo decirlo no se hiciera ninguna de estas cosas, ya con justicia censuraría a quienes no obedecieran. Creo que como 12
más os podría exhortar y persuadir a recordar lo que os diga y a obedecerlo será si no me limito a daros unos consejos y a retirarme una vez los haya enumerado, sino si os demuestro, primero, que la actual forma de gobierno es la más deseable, no sólo por necesidad, ni porque siempre hayamos vivido con este sistema, sino porque es el mejor de todos los regímenes políticos; en segundo lugar, que yo no tengo este gobierno 13
ni ilegalmente ni por usurpación, sino por derecho divino y con justicia, gracias a mis remotos antepasados y gracias a mi padre y a mí mismo. Si esto queda demostrado ¿quién no se condenará a sí mismo con el mayor castigo, si no cumple mis consejos y advertencias?

En lo referente a los regímenes políticos —pues me 14
propuse empezar por aquí— creo que a todo el mundo le parece en extremo lamentable el hecho de que gocen

---

[7] Lo mismo en *Panegírico* 4.

[8] JAEGER, *Paideia*..., pág. 873, nota 13, piensa que Isócrates, al dirigirse a Nicocles, tenía la intención de reunir las dos obras (*A Nicocles* y *Nicocles*) en un díptico.

de los mismos derechos las gentes virtuosas y las malvadas, y lo más justo, en cambio, que se establezca una distinción entre estas dos categorías de ciudadanos, y que no obtengan lo mismo los que son distintos, sino que cada uno sea tratado y honrado de acuerdo con su
15 merecimiento. Las oligarquías y las democracias buscan la igualdad entre los que participan de este sistema político, y en ellas se estima precisamente esto, que nadie pueda aventajar en nada a otro, lo que favorece a los malvados. Las monarquías, en cambio, asignan lo más importante al mejor, al segundo lo siguiente, y en la misma proporción al tercero, cuarto y a los demás. Y si no se ha establecido esta norma totalmente, al menos tal es el propósito de la constitución monárqui-
16 ca[9]. Todo el mundo reconoce, sin duda, que los poderes absolutos son los que mejor distinguen la manera de ser y de actuar de los hombres. Por eso ¿qué persona sensata no aceptaría participar en este régimen, en el que no pasará desapercibido si es virtuoso, antes que mezclarse con la masa, sin que nadie sepa quién es? Con justicia podemos juzgar que este sistema político es el más agradable, por cuanto que es más fácil prestar atención a la manera de pensar de un solo hombre que
17 intentar agradar a muchas y diferentes opiniones. Que la monarquía es más dulce, agradable y justa se podría demostrar con muchos más datos. No obstante, incluso con lo dicho es fácil comprenderlo. En cuanto a lo restante, como mejor veríamos cuánto se distinguen las monarquías de los demás regímenes en lo que hace a la

---

[9] Ya indicamos en la introducción a este discurso la extrañeza ante estas palabras, escritas por un ateniense como Isócrates, aparte de la contradicción que guardan con las ideas expuestas en el *Panegírico* 75-82 y especialmente 105-107. Para A. Levi, *Isocrate...*, pág. 104, todo este pasaje muestra claramente los conceptos «teraménicos» en el pensamiento político de Isócrates.

reflexión y a la acción, es si yuxtapusiéramos las obras más importantes de unos y otros e intentáramos examinarlas. Así, los que cada año entran en el gobierno, vuelven a su condición de ciudadanos particulares antes de haberse enterado de los asuntos de la ciudad y de haber adquirido experiencia en ellos; pero los que se man- 18
tienen siempre en los mismos puestos, aunque sus dotes sean inferiores, con todo aventajan mucho a los otros por sus experiencias. Además, los primeros descuidan muchas cosas por estarse vigilando entre sí, mientras que los segundos de nada se despreocupan, ya que saben que ellos han de hacer todo. Aparte de estas razones, los de las oligarquías y democracias perjudican los asuntos públicos con sus mutuas rivalidades [10]; en cambio, los que viven en monarquías, como no tienen por qué envidiarse, obran de la mejor manera que pueden. Así 19
pues, los unos llegan tarde a los asuntos; pues la mayor parte del tiempo la gastan en sus negocios particulares y cuando se reúnen en asamblea, con más frecuencia se les podría encontrar discutiendo que deliberando en común; los otros, por el contrario, no tienen fijadas ni reuniones ni tiempo para ellas, y así, al pasar día y noche en sus trabajos, no desperdician las oportunidades, sino que cada uno cumple con su deber. Más toda- 20
vía, los primeros, con mala voluntad, querrían que los gobernantes anteriores a ellos y los posteriores administraran la ciudad de la peor manera posible, para así alcanzar ellos la mayor fama; los segundos, como durante toda su vida son los que administran los asuntos públicos, mantienen también siempre su buena disposición. Y lo más importante: unos atienden los bienes 21
públicos como si fueran privados, los otros, como si

---

[10] Puede referirse a las ocurridas en Atenas tras la derrota en la guerra del Peloponeso; cf. *Panegírico* 168.

fueran ajenos [11]; en cuanto a los consejeros de que se valen para un mismo asunto, unos toman a los más atrevidos, los otros a los más prudentes, tras seleccionarlos de entre todos; estiman unos a los que son capaces de hablar a la masa, los otros a los que saben mane-
22 jarse en los negocios. Las monarquías se distinguen no sólo en los sucesos corrientes y que se producen cada día, sino que también tienen todas las ventajas en las cosas de la guerra. Porque los gobiernos absolutos son más capaces que los demás regímenes políticos para preparar las fuerzas, utilizarlas de modo que pasen desapercibidos sus movimientos y se adelanten al enemigo, para persuadir a unos, obligar a otros, comprar a algunos y conducir a otros con diferentes tipos de lisonjas. Y esto cualquiera lo creería por los hechos no
23 menos que por las palabras: en primer lugar todos sabemos que el poder de los persas llegó a ser tan grande no por la inteligencia de sus hombres, sino porque honraban a la realeza más que otros; en segundo lugar, el tirano Dionisio [12], después de encontrar su propia patria devastada y el resto de Sicilia destruido, no sólo liberó a su ciudad de los peligros, sino que la hizo la
24 mayor de las ciudades griegas; todavía más: los cartagineses y los lacedemonios, que son los mejor gobernados de los griegos [13], tienen una oligarquía como sistema político en su patria, pero emplean la monarquía para la guerra. Se podría demostrar que la ciudad que más odie las monarquías, cuando envía fuera a muchos gene-

---

[11] La misma idea en *Panegírico* 76; *Areopagítico* 24, y *Sobre el cambio de fortunas* 24.

[12] Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa, alcanzó el poder el año 406 a. C.

[13] Véanse las ideas de Sócrates y Platón en *Critón* 52 E, donde se alaba la constitución espartana. También Aristóteles, en su *Política* 1272 b 24 ss., menciona juntos a cartagineses y espartanos.

rales, fracasa, y triunfa cuando se enfrenta a los peligros
con uno sólo[14]. ¿Quién podría señalar más claramente 25
que con tales ejemplos el valor superior de la monar-
quía? Los pueblos, en efecto, que hasta el fin se gobier-
nan con monarquías aparecen con el mayor poder; los
que tienen una buena oligarquía, para aquello que más
les preocupa ponen al frente, unos un solo general,
otros, un rey como jefe del ejército, y los que odian los
gobiernos absolutos, cuando envían muchos jefes, no
cumplen ninguno de sus deberes. Y si hay que hablar 26
de hechos antiguos, se dice que también los dioses están
regidos por Zeus. Si es verídico el relato sobre estas
cosas, está claro que los dioses prefieren esta institu-
ción; pero si nadie lo sabe con exactitud y al figurár-
noslo hemos supuesto que es así entre los dioses, esto
es una señal de que preferimos todos la monarquía;
porque nunca habríamos dicho que los dioses hacen
uso de ella si no pensáramos que aventajaba en mucho
a los demás sistemas políticos[15].

En lo que se refiere a los regímenes políticos es im- 27
posible descubrir y decir cuánto se diferencian unos de
otros; pero para la situación presente basta lo dicho
ya sobre ellos. En cambio, que nosotros tenemos el
poder legalmente es cosa mucho más breve de decir y
en la que se estará más de acuerdo. ¿Quién ignora que 28
Teucro, fundador de nuestro linaje, tras reunir a los
antepasados de nuestros conciudadanos, navegó hacia
aquí, fundó para ellos la ciudad y les distribuyó la
tierra?; ¿quién no sabe que mi padre, Evágoras, muer-
tos sus demás parientes, recobró de nuevo el poder en
medio de los mayores peligros y cambió tanto la situa-

---

[14] El fracaso de Atenas cuando hizo las guerras bajo la dirección de organismos colectivos puede ser una alusión al derrocamiento de Timoteo, durante su tercera estrategia en la guerra de la confederación. Así piensa JAEGER, *Paideia*..., pág. 881.

[15] Este es el punto de vista de un agnóstico.

ción que nunca más los fenicios volvieron a ser señores de los salaminios, sino que tienen ahora la realeza quienes la tuvieron al principio?[16].

29 De los temas que anuncié aún me queda hablar de mí, y así sabréis que vuestro rey vale tanto como para ser justamente considerado digno de una estima mayor que la actual, no sólo por sus antepasados, sino por sí mismo. Pues yo creo que todos reconocerán que las virtudes
30 más estimadas son la prudencia y la justicia. En efecto, no sólo nos ayudan por sí mismas, sino que, si quisiéramos examinar la naturaleza, la capacidad y la utilidad de las acciones, descubriríamos que las que no participan de estas virtudes son causa de los mayores males, y, en cambio, las que se realizan con justicia y templanza ayudan muchísimo a la vida humana. Si algunos de mis antepasados alcanzaron buena fama por estas virtudes, creo que también me pertenece obtener el mismo prestigio que aquéllos.

31 Mi justicia la observaréis muy bien por lo siguiente: cuando llegué al poder, encontré el palacio real vacío de riquezas y totalmente arruinado, los asuntos públicos en situación crítica y con necesidad de mucho cuidado, vigilancia y gasto[17]; aunque sabía que otros reyes, en situaciones parecidas, enderezaban sus propios bienes de la manera que fuera y muchas veces se habían
32 visto obligados a actuar contra su manera de ser, sin embargo, por ninguna de estas cosas me dejé corromper; por el contrario, me preocupé de los asuntos tan justa y noblemente que, en la medida de mis fuerzas, nada descuidé para hacer prosperar la ciudad y devolverle la felicidad. Me comporté con los ciudadanos con

---

[16] Todo esto aparece con más detalle en el *Evágoras*.

[17] Contradicción con lo que se nos dice en el *Evágoras*, a no ser que aquí, como de pasada, se haga referencia a las circunstancias que rodearon la herencia de Evágoras y el acceso de Nicocles al poder.

tanta benignidad que durante mi reinado no se han producido destierros, muertes, confiscaciones de bienes ni ninguna otra desgracia semejante. Cuando Grecia 33
nos fue inaccesible a causa de la guerra que se había producido y nosotros estábamos totalmente endeudados, yo sufragué la mayoría de esto, pagando a unos todo, a otros una parte, pidiendo a unos que difirieran el cobro y a otros reconciliándolos en sus querellas como podía. Además, los habitantes de la isla estaban a mal con nosotros, y el Gran Rey reconciliado de palabra, pero, en realidad, irritado; yo mitigué ambos pro- 34
blemas, sirviendo animosamente al Rey, y mostrándome justo con los isleños. Tan lejos estoy de desear lo ajeno [18], que, mientras otros reyes, aunque tengan un poder ligeramente superior a sus vecinos, les quitan la tierra y buscan aventajarles, yo, en cambio, ni siquiera me atreví a coger el territorio que me había sido dado, sino que prefiero tener sólo lo mío con justicia a adquirir, con infamia, mucho más de lo que me corresponde. ¿Por qué pierdo el tiempo hablando de cada una de 35
estas cosas, cuando puedo demostrar brevemente mi conducta? Pues se verá que nunca injurié a nadie, que beneficié a muchos ciudadanos y a otros griegos, y que di a unos y otros mayores mercedes que todos los que reinaron antes que yo. Los que, ciertamente, se enorgullecen en la justicia y pretenden estar por encima de las riquezas, deben ser capaces de hablar de sí mismos en términos tan elevados.

En cuanto a mi prudencia, puedo demostrarla toda- 36
vía con más ejemplos que los anteriores. Por saber que todos los hombres quieren muchísimo a sus hijos y mujeres, que se enfadan muchísimo con quienes faltan contra ellos, que su cólera es causa de los mayores ma-

[18] No se trataba de desinterés de Nicocles, sino de impotencia ante Persia (MATHIEU, *Isocrate...* II, pág. 129, nota 1).

les y que ya muchos ciudadanos particulares y muchos soberanos han perecido por culpa de esta cólera, yo, desde que ocupé el reino rehuí tanto estas inculpaciones que no tuve trato íntimo con otra persona que no fuera
37 mi propia esposa. No desconocía que gozan de fama entre la multitud aquellos que actúan con justicia en los asuntos de los ciudadanos, pero se proporcionan los placeres de cualquier manera; sin embargo, quería estar lo más alejado posible de tales sospechas, y, al mismo tiempo, ofrecer mi manera de ser como ejemplo a los demás ciudadanos, porque sabía que el pueblo gusta de vivir las mismas costumbres que ve practicar a sus go-
38 bernantes [19]. Además, también creí conveniente que los reyes fueran mejores que los ciudadanos particulares, ya que también tienen honores mayores, y que sería vergonzoso que obligaran a los demás a vivir ordenadamente, y ellos mismos, en cambio, no actuasen con más
39 prudencia que sus gobernados. Aparte de estas consideraciones, vi que muchos son dueños de sí mismos en otros asuntos, pero que, en las pasiones que suscitan los muchachos y las mujeres, son vencidos incluso los mejores; por eso quise demostrar mi capacidad de mantenerme firme en estas cosas, en las que me interesaba distinguirme no sólo del pueblo, sino incluso de los que
40 se enorgullecen con la virtud. También acusaba de mucha maldad a quienes, después de tomar esposa y unirse para toda la vida, no aceptan lo que hicieron, sino que con sus propios placeres hacen sufrir a aquéllas por las que no consideran digno sufrir; y mientras que en otras relaciones se muestran equitativos, yerran en las que mantienen con sus mujeres, cuando eran las que más habían de cuidar, por ser más íntimas e inten-
41 sas que las demás. En consecuencia, olvidan que se dejan en el palacio querellas y desgracias. Por eso, los

---

[19] Lo mismo en *A Nicocles* 11 y 31.

buenos reyes no sólo tratan de mantener en concordia las ciudades que gobiernan, sino también sus casas particulares y los territorios donde habitan; porque toda empresa precisa prudencia y justicia. Yo no tuve la misma opinión que la mayoría de los reyes sobre la procreación, ni creí preciso que unos hijos vinieran de mujeres humildes y otros de mujeres nobles, ni que hubiera que dejar a unos como ilegítimos y a otros como legítimos. Pensé que todos debían tener la misma naturaleza, y remontarse, por parte de padre y madre, a Evágoras, mi padre, de entre los mortales, de entre los semidioses, a Éaco[20], y, de entre los dioses, a Zeus, y que ningún hijo mío se viera privado de esta nobleza de nacimiento[21]. 42

Muchas cosas me empujan a permanecer en estas costumbres, y sobre todo me animó el ver que del valor, sagacidad y otras cosas que proporcionan buen nombre, participan incluso muchos malvados, pero que la justicia y la prudencia son patrimonio exclusivo de los hombres de conducta intachable. Comprendí que lo más hermoso era poder aventajar a los demás en estas virtudes, de las que en nada participan los malvados, sino que son las más nobles, firmes y dignas de los mayores aplausos. Por esto y por reflexionar así, me ejercité más que otros en la prudencia y escogí los placeres no en acciones que no traen honor alguno, sino los que producen la fama mediante la hombría de bien. Hay que estimar las virtudes, pero no todas en su misma forma, sino la justicia en las dificultades, la prudencia en el poder, la moderación en las edades juveniles. Demostraré que yo, en todas las circunstancias intenté mostrarme como soy. Privado de riquezas, fui

Line-numbered margin notes: 42 (at "Yo no tuve la mis-"), 43 (at "Muchas cosas"), 44 (at "mayores aplausos"), 45 (at "niles. Demostraré").

[20] Hijo de Zeus y Egina; ayudó a Apolo y Poseidón en la construcción de la muralla de Troya.

[21] Cf. *Evágoras* 72.

tan justo que no perjudiqué a ningún ciudadano; cuando podía hacer lo que quería, fui más prudente que los particulares; y vencí en ambas cosas cuando tenía una edad en la que podríamos ver que la mayoría comete
46 las mayores faltas en su conducta. Y estas cosas quizá no me atrevería a decirlas ante extraños, no porque no me ufane de mis hazañas, sino porque no creerían mis palabras. Vosotros, en cambio, sois testigos de todo lo dicho. Es de justicia aplaudir y admirar a los que son ordenados por naturaleza y más aún a quienes lo son
47 también por convicción. Porque quienes son prudentes por casualidad y no por convicción pueden cambiar de parecer; en cambio los que han nacido para ello y han reconocido que esta virtud es el mayor de los bienes, es evidente que toda su vida permanecen en esta disposición. Por esto hablé mucho de mí y de lo otro que mencioné antes, para no dejar ningún pretexto que os permitiera no cumplir con gusto y ánimo lo que os aconsejo y mando.

48 Afirmo que cada uno de vosotros debe hacer con cuidado y justicia aquello que le corresponde; pues en la medida que lo descuidéis en una u otra forma, necesariamente y en la misma proporción se resentirán los asuntos del estado. No menospreciéis ni desdeñéis ninguna orden por creer que no es apropiada, sino que debéis de aplicaros en ellas porque todo sale bien o mal
49 según resulte cada una de sus partes. Cuidad mis asuntos no menos que los vuestros, y no penséis que es un bien pequeño los honores que reciben quienes se ocupan convenientemente de lo nuestro. Absteneos de los bienes ajenos, para que adquiráis con mayor seguridad los vuestros propios. Es preciso que os comportéis con los demás como creéis que yo debo comportarme con vos-
50 otros. No os esforcéis en enriqueceros más que en parecer virtuosos, pues sabéis que los griegos y bárbaros que tienen más fama por su virtud son dueños de

los bienes más importantes. Pensad que los enriquecidos en contra de la justicia obtendrán peligro y no dinero. No consideréis ganancia conseguir cosas, ni perjuicio el perderlas; porque ninguna de estas situaciones tiene siempre el mismo sentido, antes bien, aquello que se hace con virtud en el momento oportuno, esto es lo
que ayuda a sus autores. No os disgustéis por ninguna 51
de mis órdenes; pues cuantos de vosotros sean más útiles para mis asuntos, esos mismos ayudarán en el mayor grado a sus propias casas. Lo que cada uno de vosotros conozca de sí mismo, sepa que a mí no se me pasará desapercibido[22], y piense que, aunque mi cuerpo no esté presente en los sucesos, mi mente si lo está; si este es vuestro pensamiento, decidiréis con mayor pru-
dencia sobre todas las cosas. No ocultéis ni lo que ha- 52
yáis adquirido, ni lo que hacéis ni lo que pensáis hacer; sabed que los asuntos ocultos producen necesariamente muchos temores. No intentéis participar en los asuntos de la ciudad con astucia ni a escondidas, sino con tanta sencillez y claridad que a nadie, ni aun queriendo, le sea fácil calumniaros. Examinad vuestros actos, y considerad peligrosos los que, al cometerlos, querríais que me pasaran desapercibidos, y beneficiosos, en cambio, aquellos por los que os consideraré mejores cuando lo
sepa. No os quedéis callados si veis a algunos mal dis- 53
puestos con mi gobierno; denunciadlos y pensad que son reos de la misma pena los que ocultan un delito que quienes lo cometen. Considerad afortunados no a los que pasan desapercibidos al hacer una mala acción, sino a los que en nada delinquen; porque es lógico que los primeros sufran lo mismo que ellos hacen, y que los segundos reciban la recompensa de la que son merece-
dores. No hagáis sociedades políticas[23] ni reuniones sin 54

[22] La misma expresión en *A Nicocles* 23.

[23] Véase nota 49 al *Panegírico*.

mi autorización; porque tales asociaciones son muy importantes en otros regímenes políticos, pero corren peligro en las monarquías. Absteneros no sólo de cometer errores, sino de hábitos que necesariamente infunden sospecha. Considerad mi amistad la más segura y
55 firme. Guardad el actual gobierno, y no deseéis ningún cambio político, porque sabéis que con el desorden irremisiblemente perecen las ciudades, y también quedan destruidos los bienes particulares[24]. Pensad que no sólo la manera de ser de los soberanos es la causa de que sean duros o blandos, sino también el carácter de los ciudadanos; en efecto, ya muchos reyes, por la maldad de sus gobernados, se vieron obligados a reinar con más dureza de lo que querían. Tened más confianza
56 en vuestra virtud que en mi dulzura. Pensad que mi seguridad es vuestra garantía; porque al ir bien mis cosas, de igual modo irán las vuestras. Es preciso que estéis sumisos ante mi poder, fieles a las costumbres, observantes de las leyes reales y espléndidos tanto en los servicios públicos a la ciudad[25] como en los que yo
57 ordene. Empujad a los jóvenes hacia la virtud no sólo con consejos, sino también demostrándoles con acciones cómo deben ser los hombres buenos. Enseñad a vuestros hijos a obedecer y acostumbradles a que pasen el mayor tiempo posible en la educación antedicha; pues si aprenden a obedecer bien, podrán mandar a muchos, y, al ser fieles y justos, participarán de nuestros bienes, mientras que si son malvados peligrarán
58 los suyos propios. Pensad que el mayor y más justo tesoro que daréis a vuestros hijos será el que podáis dejarles nuestro afecto. Considerad los más desdichados e infieles a cuantos se vuelven desleales con quienes en ellos confían; pues es forzoso que éstos vivan sin

---

[24] Chantaje político típico de todo gobierno autoritario.

[25] Los más ricos de Atenas debían pagar tres impuestos directos.

ánimos y con temor a todo, y que pasen lo que les queda de vida sin confiar en sus amigos más que en sus enemigos. No envidiéis a los que han conseguido mu- 59
chas riquezas, sino a quienes tienen conciencia de no haber hecho nada malo; porque con tal espíritu cualquiera podría vivir muy satisfecho. No penséis que la maldad puede ser más útil que la virtud, pero que sólo tiene de más desagradable el nombre[26]; por el contrario, pensad que sea cual sea el nombre de cada acto, su valor corresponde a su naturaleza. No odiéis a quie- 60
nes tienen el primer puesto junto a mí, sino emuladlos; intentad igualar a los que destacan mostrando vuestro propio valer. Pensad que debéis amar y honrar a aquellos a quienes lo hace el rey, para que obtengáis lo mismo de mí. Las cosas que decís en mi presencia, pensadlas también cuando estoy ausente. Mostrad vuestro 61
afecto hacia mí más de obra que de palabra. Aquello que os molesta aguantar a otros, no se lo hagáis tampoco a los demás. No practiquéis en vuestros actos aquello que condenáis con palabras. Intentad hacer cosas parecidas a las que sentís por mí. No sólo aplaudáis a los buenos, imitadlos. Considerad que mis pala- 62
bras son leyes e intentad perseverar en ellas, sabiendo que quienes de vosotros hagan mejor lo que yo quiero, muy pronto podrán vivir como ellos quieran. Resumiendo mis palabras: es preciso que os comportéis respecto a mi poder como creéis que se deberían comportar con vosotros vuestros subordinados.

Si hacéis esto, ¿para qué hablar más de las consecuen- 63
cias? Pues si yo me mantengo igual que antes y hay obediencia por vuestra parte, pronto veréis que vuestra

---

26 Mathieu, *Isocrate...*, II, pág. 136, nota 1, destaca que algunos sofistas sostenían esta idea; así Polo y Calicles en el *Gorgias* platónico y Trasímaco de Calcedonia en *República* I.

vida progresará, que mi poder aumentará y que la ciu-
64 dad resultará más próspera. A cambio de tales beneficios no hay que descuidar nada, sino soportar cualquier clase de trabajos y peligros; vosotros podéis realizar todo esto sin quebrantos, siendo sólo leales y justos.

EVÁGORAS (IX)

Este es el tercero de los discursos «chipriotas»; los dos anteriores fueron compuestos, como hemos visto, para Nicocles, hijo de Evágoras. Se ha supuesto que el *Evágoras* era un discurso fúnebre, dado que este personaje ya estaba muerto cuando se compuso esta obra.

Sin embargo, actualmente se piensa que no se trata de un discurso fúnebre, sino de un elogio del rey muerto, hecho para complacer a su hijo Nicocles; el hecho de que Isócrates haya compuesto tres obras para este destinatario parece indicar su interés por una familia que, por razones geográficas, puede ser eventual aliada de Grecia en su lucha contra Persia.

En cuanto a la fecha del discurso, desconocida, se aventuran varias hipótesis: para Blass el año 370 a. C., Jebb piensa en 365 antes de Cristo y Mathieu alrededor de ese mismo año 365, o no más tarde del 362 a. C.

En cuanto a Evágoras, sabemos que fue rey de Salamina, en Chipre, desde el año 411 a. C. (véase Lisias, *Contra Andócides* 26) al 374-373 en que murió, probablemente asesinado, sin que Isócrates nos comente nada sobre su final.

El género de elogio en prosa es típico de esta época; Jenofonte, con su *Ciropedia*, es un notable ejemplo. Isócrates había seguido a Gorgias en este género (recuérdense el *Elogio de Helena* y el *Busiris)*, pero aporta la novedad de utilizar personajes contemporáneos y no míticos.

ARGUMENTO DE UN GRAMÁTICO ANÓNIMO

Hay que saber que Isócrates escribió este Discurso a Nicocles después de la exhortación que le dirigió. ¿Por qué es esto evidente? Contestamos que porque el mismo Isócrates nos lo aclara al final del discurso cuando dice: «No es ahora la primera vez que te aconsejo aplicarte a la virtud, sino que ya hace tiempo...», con lo que se refiere a las exhortaciones. En efecto, Isócrates escribió primero a Nicocles las exhortaciones, tras la muerte del padre de éste, y, en segundo lugar, este elogio fúnebre, para demostrarle aún más su afecto, al honrar la muerte de Evágoras. Dicen algunos que por este discurso recibió treinta talentos. Alguno preguntaría al leer este discurso: ¿Por qué si es un epitafio y el epitafio exige, junto a todas las alabanzas principales, el lamento al principio y el consuelo al final (porque sólo en estos dos elementos principales se diferencian un epitafio y un elogio), en este caso faltan esos dos elementos capitales? Contestamos que parece que Evágoras ya llevaba muerto mucho tiempo. Isócrates, por haber enviado el discurso mucho después de la muerte de aquél, consideraba absurdo poner ahora el lamento y recordar el que se debía haber pronunciado antes, en el momento mismo de la muerte. Aunque se admitiera que por esta razón falta el lamento, alguien podría decir: ¿Por qué también al final se olvidó Isócrates de decir el consuelo?, contestaremos que si hubiera introducido esta parte sin haber puesto antes la que se refiere al lamento, parecería que su acción era todavía más inoportuna. Porque donde hay lamentos debe venir a continuación también la consolación. Y si en un discurso no lloramos a nadie, ¿por qué hemos de consolar a sus parientes? Así que el discurso puede llamarse tanto epitafio como elogio: epitafio porque Isócrates escribe su discurso en honor de Evágoras, ya muerto, y elogio, porque faltan los dos elementos principales del epitafio. Y prevaleció llamar elogio a este mismo discurso.

Hay que saber que Isócrates, en lugar de estos dos elementos principales, introdujo otros dos: el proemio de un tercer género, que no existe en un elogio, como se ha dicho antes, y la exhortación. El poner un tercer proemio era para sustituir al lamento, y la exhortación al final en lugar del consuelo. Isócrates en esa

parte aconseja: «Nicocles, debes imitar las hazañas de tu padre, las que hemos expuesto en el epitafio». Por esto puso la exhortación al final y no al principio, porque tenía que mostrar primero las hazañas del padre, para depués poder animar al hijo a imitarlas.

Nicocles, veo que honras la tumba de tu padre no 1
sólo con la cantidad y belleza de tus ofrendas, sino también con coros, música y certámenes gimnásticos, y, además, con carreras de caballos y trirremes, y que
no descuidas la abundancia de estas cosas. Pensé que 2
Evágoras —si es que entre los muertos hay conocimiento de lo que aquí sucede—[1] recibiría esto con agrado y que se alegraría al ver tu solicitud para con él y tu magnificencia, pero que agradecería aún mucho más que todos los regalos, que alguien pudiera contar de manera apropiada sus costumbres y los peligros que
corrió. Descubriremos, en efecto, que los hombres ami- 3
gos de honores y magnánimos no sólo prefieren el aplauso a los regalos, sino que escogen mejor morir que vivir, desean fama más que vida, y hacen todo para
dejar un recuerdo imperecedero de sí mismos[2]. Los 4
gastos no consiguen estas cosas, son simplemente señal de la riqueza; mas los que se dedican a la música o a otros certámenes se han dado a sí mismos la mayor reputación unos por sus cualidades, otros por mostrar su arte. Pero la palabra, si expone bellamente las hazañas de aquél, hará inolvidable la virtud de Evágoras entre todos los hombres.

Sería preciso que también otros oradores elogiaran a 5
los hombres que han resultado grandes en su misma época, para que los que pueden celebrar las hazañas de

[1] La misma fórmula en *Eginético* 42 y *Plateense* 61.

[2] El tema de la inmortalidad a través del recuerdo se repite en el *Panegírico* 84; *A Nicocles* 37; *Arquidamo* 109, etc.

los demás se valieran de la verdad al hacer sus discursos ante gentes que conocen esas hazañas. Así también los jóvenes se dispondrían ante la virtud con más empeño, por saber que serán más celebrados por estos actos
6 que les hacen a ellos mismos mejores. Pero ahora ¿quién no se descorazonaría al ver que los combatientes de la guerra troyana y sus descendientes son celebrados en himnos y tragedias, mientras que uno sabe que, ni aunque supere las virtudes de aquéllos, nunca será considerado digno de tales elogios? Responsable de esto es la envidia, cuyo único valor es que es el mayor mal de los que existen. En efecto, algunos son tan malhumorados que oyen con más gusto elogios de individuos que ni siquiera saben si han existido, a elogios de gente
7 de la que ellos mismos han alcanzado beneficio[3]. Los sensatos no deben ser esclavos de los que razonan tan mal, sino que deben despreocuparse de ellos y los demás deben acostumbrarse a oír aquello que es justo referir, sobre todo cuando sabemos que el progreso de las artes y de todo lo demás no se produce por los que se mantienen en las ya conseguidas, sino por quienes las mejoran y se atreven siempre a cambiar lo que no está bien.

8 Sé que lo que pretendo hacer es difícil: encomiar con palabras la virtud de un hombre. Y esta es la mejor señal: los filósofos se atreven a hablar sobre muchísimas cosas y de todas clases, pero ninguno de ellos intentó jamás escribir sobre esto. Y tengo con ellos
9 mucha indulgencia. Porque a los poetas se les permiten muchos procedimientos de ornamentación: les es posible, en efecto, poner en contacto a los dioses con los hombres y hacerles hablar y ayudar a quienes quieran; pueden mostrar estas cosas no sólo con los términos establecidos, sino con expresiones extranjeras, nuevas

[3] Para E. Mikkola, *Isokrates...*, es éste uno de los pasajes en que se ve claro el pesimismo de Isócrates.

y con metáforas y no dejan de utilizar nada, sino que
adornan su poesía con todo tipo de figuras. Nada de 10
esto les está permitido a los oradores[4], sino que por
fuerza deben utilizar con exactitud sólo las expresiones
de su ciudad y los pensamientos que se acomodan a las
acciones. Aparte de esto, unos hacen todo con medida
y ritmo, los otros de nada de esto participan; y aquellos
recursos tienen tal atractivo, que aunque el estilo y las
ideas no sean felices, seducen a sus oyentes con su buen
ritmo y simetría. Cualquiera comprendería su poder por 11
esto: si alguno de los poemas más celebrados conser-
vase sus expresiones y pensamientos, pero perdiese su
ritmo[5], parecería muy inferior a la opinión que ahora
tenemos de él. Con todo, aunque la poesía tenga tal ven-
taja, no hay que vacilar, sino intentar ver si la prosa
puede también elogiar a los hombres buenos, de ma-
nera no inferior a los encomios hechos con cantos y
versos[6].

En primer lugar, en lo que se refiere a la manera de 12
ser de Evágoras y a sus antecesores, aunque ya muchos
lo conocen, me parece conveniente a causa de los demás
también contarlo yo, para que todos sepan que no re-
sultó en nada inferior a los bellísimos y magníficos
ejemplos que le dejaron. Porque se está de acuerdo en 13
que los semidioses de más noble linaje son los nacidos
de Zeus, y de ellos no hay nadie que no prefiera a los

---

[4] La misma idea aparece en *A Nicocles* 49.

[5] Platón, en *República* 601 B, y *Gorgias* 502 C, dice lo mismo.

[6] Ya se habían hecho elogios en prosa, pero generalmente referidos a personajes míticos, como el *Encomio de Helena*, de Gorgias, buscando siempre defender lo imposible, tema tan grato a la sofística. Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 872, nota 8, con la mención que hace aquí Isócrates de la palabra «cantos» *(ōidaîs)*, alude a Píndaro, Baquílides, etc., pues el elogio de Evágoras es para Isócrates una nueva creación literaria que rivaliza conscientemente con la poesía.

Eácidas[7]. En efecto, en las demás familias encontra-
ríamos que unos se destacan y otros son inferiores,
pero todos estos Eácidas resultan los más renombra-
14 dos de los de su época. En primer lugar, Éaco, hijo de
Zeus y antepasado del linaje de los Teúcridas[8], tanto se
destacó que, cuando entre los griegos se produjeron
sequías y murieron muchos hombres, cuando la magni-
tud de la desgracia pasó lo imaginable, los jefes de las
ciudades vinieron a suplicarle. Ellos pensaban que debi-
do al parentesco y piedad de aquél, rápidamente obten-
15 dría de los dioses el cese de sus males presentes. Y
después de salvarse y obtener lo que pidieron, constru-
yeron en Egina un templo[9] común para los griegos jus-
tamente donde aquél hizo la súplica. En aquella época,
cuando Éaco estaba entre los hombres, vivió con la
fama más hermosa. Y después que murió, se dice que
recibió de Plutón y Core[10] las mayores honras y que
16 está sentado junto a ellos. Los hijos de Éaco fueron
Telamón y Peleo. El primero mereció un premio al valor
cuando acompañando a Heracles hizo una expedición
contra Laomedonte[11], y Peleo sobresalió en la lucha con-
tra los Centauros y alcanzó celebridad en muchos otros
peligros. Casó Peleo con Tetis, hija de Nereo, boda de
un mortal con una inmortal, y dicen que él fue el único
de los antepasados al que los dioses cantaron el hime-
17 neo durante sus bodas. Cada uno de estos hermanos
tuvieron hijos —Telamón tuvo a Ayante y Teucro, Peleo
a Aquiles— que dieron la prueba mayor y más clara de

---

7 Éaco tuvo fama de hombre muy piadoso.

8 Descendientes de Teucro, hijo de Telamón, que fundó la ciudad de Salamina en Chipre (Paus., I 28, 11).

9 Paus., II 29-30, nos da noticia de este templo, mencionado también por Píndaro en su *Nemea* V 53, y *Olímpica* XIII 109.

10 En efecto, Éaco figuraba como uno de los tres jueces del Hades, junto con Minos y Radamante.

11 Constructor de Troya con la ayuda de Poseidón.

su propia virtud. Porque no sólo obtuvieron la primacía en sus ciudades y en los lugares donde habitaban, sino que al producirse la expedición de los griegos contra los bárbaros[12] y reunirse muchos de cada bando sin
que faltase ningún caudillo de renombre, en tales peli- 18
gros, Aquiles sobresalió de entre todos, y, tras él, destacó Ayante. Y Teucro fue digno de su parentesco con aquéllos y en nada inferior a los demás, y después que ayudó a conquistar Troya, marchó a Chipre y fundó Salamina, dándole el nombre de su primera patria[13], y dejó su descendencia que todavía ahora reina allí.

Tal es, en efecto, la grandeza que desde el principio 19
correspondió a Evágoras por sus antepasados. De esta manera fue habitada la ciudad y desde un comienzo tuvieron la realeza los descendientes de Teucro. Tiempo después llegó de Fenicia un desterrado que gozó de la confianza del que entonces reinaba, y alcanzó un enor-
me poder, aunque no correspondió a esa confianza. Por 20
el contrario, hizo mal a quien le dio hospitalidad, y siendo muy hábil para aumentar su poder, expulsó a su bienhechor y él mismo se estableció en el trono. Pero como desconfiaba de sus obras y quería organizar con seguridad sus propios asuntos, entregó la ciudad a los
bárbaros y esclavizó toda la isla al Gran Rey. Así esta- 21
ban las cosas y tenían el poder los descendientes de aquel fenicio cuando nace Evágoras. Prefiero dejar de lado los rumores, los oráculos y las visiones aparecidas en sueños por los que se manifestaba que había nacido superior a la naturaleza humana. No es que desconfíe de los relatos, sino que querría mostrar a todos que tan lejos estoy de inventarme alguna de sus hazañas que omito incluso de las auténticas aquellas que conocen

[12] Se llama aquí «bárbaros» a los troyanos, con un término que habitualmente designa a los persas.

[13] La isla de Salamina, cerca de Atenas.

unos pocos y no saben todos los ciudadanos. Comenzaré a contar sobre Evágoras aquello que todos reconocen.
22 Desde su niñez Evágoras poseyó belleza, fuerza física y prudencia, que son las cualidades más convenientes en esa edad. De esto se podría presentar como testigos, de su prudencia a los ciudadanos que con él estudiaron, de su belleza a cuantos le vieron, de su fuerza corporal todos los certámenes atléticos en los que aquél venció
23 a los de su edad. Al hacerse hombre crecieron con él todas estas cualidades y además aparecieron en él el valor, la sabiduría y la justicia, y no de manera mediocre ni como en los demás, sino en el más alto grado cada una de ellas. Porque se distinguió tanto en las vir-
24 tudes físicas y en las morales que cuando le observaban los reyes de aquel tiempo se asustaban y temían por su gobierno, considerando imposible que un hombre así se conformase con vivir como un simple ciudadano. Pero cuando miraban la manera de ser de Evágoras, estaban tan seguros de él como para pensar que si alguien se atreviese a conspirar contra ellos, Evágoras
25 sería su defensor. Y aunque su fama era tan encontrada, en nada se engañaron. Porque ni Evágoras pasó su vida como un simple ciudadano ni conspiró contra ellos. Por el contrario, la divinidad tuvo con él tanta providencia para que alcanzase el poder real con honor, que cuanto fue necesario realizar con impiedad, otro lo ejecutó, y
26 reservó, sin embargo, a Evágoras aquello que le permitía alcanzar el poder de forma honrada y justa. En efecto, uno de los príncipes [14] urdió una conspiración, mató al soberano e intentó apresar a Evágoras, pensando que no podría mantener su poder si no se desemba-
27 razaba de aquél. Evágoras, rehuyendo el peligro, se salvó marchando a Solo de Cilicia. Pero no reaccionó igual que quienes caen en desgracias semejantes. Pues otros,

---

[14] Según Diodoro, XIV 98, este príncipe se llamaba Abdemón.

aunque sean derribados de un poder absoluto, tienen sus espíritus más desalentados por las desgracias presentes, y aquél, en cambio, llegó a tal grandeza de sentimientos que cuando se vio forzado a huir, creyó que debía tomar el poder absoluto, aunque antes había sido
un simple ciudadano. Desdeñó el andar errante de los 28
exiliados, la búsqueda del regreso por medio de ajenos y el servir a los que son inferiores a uno mismo. Tomó como punto de partida el que deben adoptar los que desean ser piadosos: defenderse y no ser el primero en empezar. Tras proponerse tener el poder absoluto, si tenía éxito, o morir, si fracasaba[15], juntó 50 hombres, según dice la mayoría y con ellos preparaba el regreso.
Y por este episodio se puede ver la manera de ser de 29
Evágoras y el prestigio de que gozaba entre los demás. Porque cuando estaba a punto de navegar con tan pocos compañeros contra una ciudad tan grande, cuando se aproximaban todas las calamidades, ni se desanimó Evágoras, ni uno solo de sus camaradas pensó en apartarse de los peligros. Antes bien, todos ellos, como si acompañaran a un dios, respetaron lo acordado y él se comportaba como si tuviera un ejército mayor al de los
enemigos o adivinase el porvenir. Y lo demostró con sus 30
obras. Después que desembarcó en la isla, pensó que no debía ocupar un terreno seguro y, una vez puesta su persona a salvo, aguardar a que le ayudaran algunos ciudadanos. Por el contrario, al punto tal y como estaba, esa misma noche abrió una puerta de la muralla y, conduciendo por ella a sus compañeros, se dirigió al pala-
cio real. ¿A qué perder el tiempo contando la confusión 31
que se produce en tales ocasiones, los temores de algu-

---

15 G. Heilbrunn, «Isocrates...», pág. 171, señala que el deseo inmoderado de la tiranía por parte de Evágoras es parecido a las pasiones que suscitó la belleza de Helena (cf. *Elogio de Helena* 17 y 54); en el *A Nicocles* y *Areopagítico* se critica la tiranía que es formalmente condenada en *Sobre la paz* 114.

nos y las órdenes de aquél?[16]. Siendo sus enemigos los que rodeaban al soberano, sus espectadores los demás ciudadanos —pues porque temían el poder del primero y la valentía del segundo, se mantuvieron inactivos—[17],
32 no cesó de luchar, él solo contra muchos y con unos pocos contra todos [los enemigos][18] hasta que tomó el palacio real, castigó a sus enemigos y socorrió a sus amigos. Además devolvió a su familia sus antiguos honores[19] y se estableció como soberano de la ciudad.

33 Creo que, aunque no recordase ninguna otra cosa, sino que acabara aquí mi discurso, sería fácil conocer, por lo dicho, la virtud de Evágoras y la magnitud de sus hazañas. Pienso, con todo, que se aclararán más aún
34 ambas cosas por lo siguiente. Pues aunque ha habido tantos soberanos en todo tiempo, no se ha visto a ninguno que hubiera logrado este honor con más gloria que aquél. Y si comparásemos las hazañas de Evágoras con las de cada uno de ellos, quizá ni el discurso se ajustaría a las circunstancias ni el tiempo bastaría para contarlas. Pero, si tras elegir a los más famosos de estos soberanos los examináramos, no sería peor nuestra investigación y hablaríamos sobre ello con mayor brevedad.

35 ¿Quién no preferiría los peligros de Evágoras, a los soberanos que recibieron la realeza de sus padres?[20].

---

16 La misma expresión en *Panegírico* 97.

17 El regreso de Evágoras se produjo el año 411 a. C., y la inactividad de los habitantes de Salamina fue seguramente debida a su odio contra el dominio fenicio.

18 Blass pone entre corchetes esta palabra, que sólo transmiten los MSS.

19 Cf. *Nicocles* 28.

20 Aquí Isócrates se contradice con las ideas que muestra en el *Panegírico* o en el *Arquidamo* sobre la hegemonía hereditaria. Es lógico que lo haga, ya que su discurso está destinado a un monarca de nuevo cuño.

Porque nadie es tan indolente como para preferir heredar de los antepasados el poder, en vez de adquirirlo como Evágoras y transmitirlo a sus propios hijos. De 36
los regresos a la patria en tiempo pasado los más estimados son los que oímos a los poetas. Pues éstos nos refieren no sólo los más bellos de los que han sucedido, sino que también componen unos nuevos por su cuenta. Con todo, ningún poeta ha imaginado un relato en el que uno regrese a su patria tras correr peligros tan terribles y temibles. Por el contrario, la mayoría de sus héroes aparecen conquistando los reinos por suerte, y otros venciendo a sus enemigos con engaño y astucia. De los que vivieron en nuestra época, y quizá de todos 37
los héroes, a quien más admira la mayoría es a Ciro, que arrebató el poder a los medos y lo adquirió para los persas[21]. Pero Ciro venció al ejército medo con uno persa, lo que fácilmente harían también muchos griegos y bárbaros. En cambio Evágoras realizó claramente la mayoría de sus hazañas antes referidas gracias a su propio espíritu y fuerza física. Además no está claro 38
de la expedición de Ciro que aguantase los peligros de Evágoras, mientras que a partir de lo efectuado por este último es a todos evidente que fácilmente habría intentado aquellas hazañas de Ciro. Todo lo que Evágoras llevó a cabo fue con piedad y justicia, pero algunos de los actos de Ciro no fueron piadosos. Pues Evágoras aniquiló a sus enemigos, pero Ciro asesinó al padre de su madre[22]. Por eso, si algunos quisieran juzgar los sucesos no por su magnitud, sino por la virtud de cada uno, aplaudirían con más justicia a Evágoras que a Ciro. Pero si hay que hablar con brevedad, sin disimulo y sin 39
temor a la envidia, sino usando la libertad de lenguaje, ningún mortal ni semidiós ni inmortal encontraría a

---

[21] Sobre Ciro, HERÓDOTO, I 95, nos da distintas versiones.

[22] Astiages, padre de Mandana, madre de Ciro.

nadie que haya obtenido la realeza con más nobleza, brillantez y piedad que Evágoras[23]. Cualquiera tendría la mayor confianza en estos hechos, aunque no creyera en absoluto lo que he dicho, si intentase examinar cómo reinó cada uno. Se verá que no me incliné a una grandilocuencia conseguida por todos los medios, sino que he hablado con tanto ardor de Evágoras a causa de la realidad de su empresa.

40 Aunque Evágoras hubiera brillado en cosas pequeñas, convendría elogiarle con palabras semejantes. Ahora bien, todos reconocerían que el poder absoluto es el mayor, el más venerado y el más disputado de los bienes divinos y humanos. Y al que adquirió con la mayor gloria lo más glorioso de lo que existe ¿qué [orador][24] o poeta, o inventor de discursos[25] elogiaría de manera digna de tales hazañas?

41 Y, a Evágoras, que se distinguió en esto, no se le encontrará inferior en lo demás. En primer lugar, estaba muy dotado de talento y era capaz de dirigir convenientemente la mayoría de sus empresas. A pesar de eso creía que no se debían menospreciar ni improvisar los asuntos, sino que gastaba mucho tiempo en buscar, pensar y deliberar. Creía que si preparaba bien su propia reflexión, igual le resultaría su reinado[26]. Le causaban asombro cuantos se ocupan de su espíritu por asuntos ajenos, pero no piensan en absoluto en él por
42 sí mismo[27]. En lo que se refiere a los negocios públicos, tenía el mismo pensamiento. Al ver que quienes

---

23 Un elogio que puede hacerse a un personaje oriental, no a un griego.

24 La palabra entre corchetes (*rḗtōr*) la dan todos los MSS, a pesar de que es una glosa introducida posteriormente.

25 La misma expresión aparece en *Filipo* 144.

26 Cf. *A Nicocles* 10.

27 La misma idea aparece en PLAT., *Apología* 36 C, y *Alcibíades* I 130 E.

se preocupan más de sus bienes son los que menos se inquietan, y que las auténticas distracciones no residen en la pereza, sino en la buena conducta y en la constancia, nada dejaba sin investigar. Estaba enterado con tanta exactitud de los asuntos y conocía tan bien a cada ciudadano, que no se le adelantaba ninguno de los que conspiraban contra él ni le pasaban desapercibidos los hombres honrados, sino que todos alcanzaban lo que les correspondía. No castigaba ni premiaba a los ciudadanos por lo que otros le dijeran, sino que sus juicios sobre ellos partían de su conocimiento personal. Al im- 43
ponerse tales preocupaciones, no vacilaba en lo que se le presentaba cada día, ni siquiera en una sola cosa, sino que gobernaba la ciudad con tanto amor a dioses y hombres que los viajeros envidiaban menos el poder de Evágoras que a los sometidos a su realeza. Toda su vida la pasó sin injuriar a nadie, honrando a los buenos ciudadanos, gobernando con firmeza a todos y castigando a los culpables de acuerdo con la ley [28]. Aunque para nada 44
necesitaba consejero, con todo, siempre deliberaba con sus amigos. Muchas veces cedía ante sus amigos, pero siempre se imponía a sus enemigos. Era majestuoso no tanto en su arreglo personal como en la organización de su vida. Ni en una sola cosa su disposición era desordenada ni desigual, sino que se cuidaba de que fueran coherentes sus obras y sus palabras. Cifraba su ambi- 45
ción no en los actos que ocurren por azar, sino en los producidos por él mismo [29]. Sometía a sus amigos con favores, y a los demás los cautivaba con su magnanimidad. Era temido no porque fuera severo con muchos,

---

[28] La serie de antítesis un tanto artificiosas que van desde el parágrafo 43 al 46 nos recuerdan el estilo de Gorgias.

[29] G. HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 168, destaca este pasaje: el azar aparece sobrepasado por el mérito propio, igual que en *Panegírico* 91; Atenas demostró haber vencido a los persas en Maratón «por valor» (*dià aretên*), no «por azar» (*dià týchēn*).

sino porque su manera de ser aventajaba en mucho a la de los demás. Dominaba sus placeres, pero no se dejaba llevar por ellos. Se procuraba muchas comodidades con pequeño esfuerzo, y no se entregaba a grandes trabajos
46 para obtener mezquinas satisfacciones. En una palabra, no descuidaba nada de lo que debe corresponder a los reyes. Y así, después de escoger lo mejor de cada régimen político, era democrático por su desvelo con la mayoría, estadista por su administración de toda la ciudad, estratega por su determinación ante los peligros, un gobernante absoluto por su superioridad sobre todos los demás. Estas eran las cualidades de Evágoras y aún mayores que éstas son las que con facilidad se conocerían por sus propias hazañas.

47 Conquistó, pues, una ciudad que había sido entregada a los bárbaros, que, a causa del gobierno fenicio, no tenía relaciones con los griegos ni conocía las técnicas artesanales ni tenía comercio, ni se había procurado un puerto. Evágoras mejoró todo esto, y además adquirió mucho territorio, rodeó la ciudad con murallas, botó trirremes, y tanto acrecentó la ciudad con otras disposiciones, que no se ha quedado rezagada de ninguna de las ciudades griegas[30]. Tan poderosa la hizo que
48 la temen muchos de los que antes la despreciaban. Las ciudades no pueden tomar tal incremento si no se las gobierna con métodos parecidos a los que Evágoras tuvo, y que yo hace poco intenté referir. Por eso no tengo miedo de que parezca que exagero sus cualidades,
49 sino mucho más de omitir sus hazañas. Porque ¿quién conseguiría una manera de ser semejante a la de Evágoras, que no sólo dignificó enormemente su propia ciudad, sino que también llevó a todo el territorio de

[30] Las fuerzas militares de Evágoras debían ser más considerables, según lo que aquí dice Isócrates, que los 3.000 peltastas que le asigna en *Panegírico* 141.

alrededor [la isla] a una manera de vivir apacible y
moderada? Antes de que Evágoras tomara el poder,
vivían tan insociables y fieros que consideraban sus
mejores gobernantes a aquellos que trataban a los grie-
gos con mayor crueldad. Ahora, en cambio, tanto han 50
cambiado, que disputan entre ellos por parecer los más
amigos de los griegos, la mayoría forman una familia
casándose con mujeres de nuestro pueblo [31], y disfrutan
con bienes y costumbres griegas más que con las suyas
propias [32]. Y quienes conocen el arte de las Musas y otro
tipo de educación superior, pasan más tiempo en estos
lugares que en los que antes acostumbraban. De todo
esto cualquiera reconocería que Evágoras es el respon-
sable.

Pero la mayor prueba de su manera de ser y de su 51
piedad es la siguiente: muchos griegos honrados deja-
ron sus patrias y vinieron a Chipre para vivir, pensando
que la monarquía de Evágoras era más soportable y
justa que sus propios regímenes políticos [33]. Sería una
gran tarea enumerar a cada uno de ellos. Sin embargo, 52
nadie ignora que Conón, el primero de los griegos por
sus muchas virtudes, al estar su ciudad en mala situa-
ción, vino junto a Evágoras, prefiriéndole de entre
todos. Conón pensó que su seguridad personal estaría
más garantizada refugiándose junto a él, y que éste

---

31 Es posible que existiera entre Salamina de Chipre y Atenas el derecho de *epigamía* que se cita en el *Plateense* 51 y nota 23 a ese discurso.

32 W. Steidle, «Redekunst...», pág. 277, nota 4, señala que aquí Isócrates viene a decir que los bárbaros se alegrarán con las costumbres griegas y se distraerán con la *mousikê* y otros métodos griegos de educación. Sería esto, pues, una anticipación de lo que conseguirá el helenismo en los países orientales.

33 Tras la derrota de Egospótamos (405 a. C.), el almirante ateniense Conón se refugió en Chipre, donde permaneció hasta el año 397; también estuvo allí el orador Andócides, como él mismo nos cuenta en *Sobre los misterios* 4.

pronto ayudaría a su ciudad. Y aunque ya antes Conón había dirigido con éxito muchas empresas, pareció que esta determinación era la mejor que nunca había toma-
53 do. Pues, de resultas de su llegada a Chipre, le ocurrió que hizo y recibió los mayores bienes. En primer lugar, tan pronto como se trataron Evágoras y Conón se tuvieron más estimación que a sus anteriores amigos. Además, pasaron todo el tiempo con el mismo parecer sobre diversos asuntos, y su opinión sobre nuestra ciudad
54 fue idéntica. Soportaban con tristeza y pesadumbre verla sometida a los lacedemonios y sufriendo un cambio tan grande. Ambos actuaban de manera conveniente, pues para uno era su patria natural y al otro le habían hecho ciudadano en virtud de una ley por sus muchos y grandes beneficios. Y cuando examinaban cómo la librarían de sus desgracias, de pronto los lacedemonios les dieron una ocasión. Éstos mandaban sobre los griegos por tierra y por mar, pero fueron tan insaciables que
55 intentaron también hacer daño a Asia. Evágoras y Conón aprovecharon esta oportunidad y al dudar los generales del rey persa qué había que hacer en este asunto, les enseñaron que la guerra contra los lacedemonios debía hacerse no por tierra, sino por mar. Pensaban ambos que, si equipaban un ejército de a pie y triunfaban, sólo quedarían resueltos los asuntos continentales, pero que, si vencían en el mar, toda Grecia participaría de
56 esta victoria. Así ocurrió. Pues los generales fueron convencidos, la escuadra reunida, los lacedemonios fueron vencidos en el mar y privados de su imperio [34], los griegos fueron liberados y nuestra ciudad recobró de nuevo una parte de su antigua fama y se estableció como señora de los aliados. Y esto se consiguió al ser Conón

---

[34] En la batalla de Cnido (394 a. C.), Conón, prisionero del sátrapa Tiribazo en Sardes, se escapó y de nuevo se acogió a la hospitalidad de Evágoras el año 392.

general, al ofrecerse Evágoras y procurarle la más importante fuerza militar. En agradecimiento a esto, nosotros les recompensamos con los mayores honores y levantamos estatuas suyas en el mismo lugar donde está la de Zeus Salvador[35], cerca de la del dios y cerca una de otra, como recuerdo de ambos, tanto de la magnitud de su beneficio como de su mutua amistad. 57

Pero el rey persa no tuvo de ellos la misma opinión, sino que les temió tanto más cuanto mayores y dignas de consideración fueron sus acciones. Sobre Conón hablaremos en otra ocasión, pero ni el mismo rey se cuidó de ocultar lo que pensaba de Evágoras. Porque se ve 58
que en la guerra de Chipre se esforzó más que en todas las otras y pensó que Evágoras era un adversario mayor y más duro que Ciro, quien le disputó el trono. Ésta es la mayor prueba: al tener el rey noticia de los preparativos de Ciro, tanto lo despreció que, por no preocuparse, faltó poco para que se le olvidara que Ciro estaba ante el palacio real[36]. En cambio tanto miedo tuvo a Evágoras desde mucho tiempo antes, que mientras recibía su amistad, intentaba hacerle la guerra. Su propósito no era honesto, pero tampoco totalmente ilógico.
Sabía que muchos griegos y bárbaros consiguieron gran- 59
des imperios a partir de situaciones bajas e insignificantes. Conocía también la grandeza de ánimo de Evágoras, el no pequeño aumento de su fama y empresas, así como su invencible naturaleza y la suerte que le
apoyaba. Por eso no le irritaban los sucesos pasados, 60
sino que temía por los venideros, y ese temor no era sólo por Chipre, sino que hizo la guerra a Evágoras por razones mucho más importantes. Y partió para la expedición con tanto interés que gastó en ella más de quince

[35] En el ágora de Atenas, cf. PAUS., I 3, 2.
[36] Cf. nota 109 al *Panegírico*.

61 mil talentos[37]. A pesar de todo, Evágoras, inferior en todas las fuerzas militares, opuso su propio temple a los enormes preparativos del rey[38], y se mostró en esta circunstancia mucho más admirable que en las anteriormente descritas. Porque, mientras el rey le permitió vivir en paz, Evágoras sólo poseía su propia ciudad.
62 Pero cuando se vio obligado a pelear, tuvo tal auxiliar en su hijo Pnitágoras que le faltó poco para dominar todo Chipre, devastó Fenicia, tomó Tiro por la fuerza[39], apartó a Cilicia de la obediencia del rey y mató a tantos enemigos que muchos persas, al llorar sus desgracias,
63 lo que hacían era recordar el valor de aquél. Finalmente, tanto les cansó de guerrear que los reyes, acostumbrados antes a no reconciliarse con los que se apartaban de su obediencia a no ser que les sometieran sus personas, acogieron con gusto la paz, abolieron aquella ley
64 y en nada tocaron la soberanía de Evágoras. A los lacedemonios, que tenían la mayor fama y poder, en aquella misma época el rey les quitó su imperio en tres años[40], y a Evágoras, en cambio, al que hizo la guerra durante diez[41], le dejó como dueño de lo que tenía antes de llegar las hostilidades[42]. Pero lo más extraordinario de todo fue que el Gran Rey no fue capaz de conquistar con tanto poder militar como tenía, la ciudad que Evágoras tomó con cincuenta hombres al monarca anterior.

---

37 En Atenas, el talento era de 60 minas de plata (unos 27 Kgs.); el talento de oro valía diez veces más; esta cifra es aumentada hasta 50.000 talentos por otro manuscrito.

38 Diodoro, XV 2, 1, nos habla de 300.000 soldados y 300 trirremes.

39 La conquista de Tiro tuvo lugar el año 384 a. C.

40 Entre 397 y 394 a. C., y el rey persa sólo acabó con la fuerza naval espartana.

41 Del 390 al 390 a. C., sin que haya seguridad en cuanto a la última fecha.

42 Miente Isócrates, pues Evágoras quedó totalmente sometido al rey persa.

¿Cómo se podría demostrar el valor o la inteligencia 65
o toda la virtud de Evágoras con más claridad que mediante tales hazañas y peligros? Pues se ve que superó no sólo otras guerras, sino también la de los héroes y la cantada por todos los hombres. Pues aquéllos sólo tomaron Troya con la ayuda de toda Grecia, Evágoras, en cambio, que tenía sólo una ciudad, hizo la guerra contra toda Asia. Por eso, si la mayoría quisiera elogiarle tanto como a aquéllos, Evágoras tendría una fama mucho
mayor que la suya. Si dejamos los mitos y observamos 66
la verdad, ¿a qué hombre de los que vivieron en su época encontraremos que haya ejecutado cosas parecidas, o a quién que haya sido causante de cambios tan grandes en la situación política? Éste, de simple particular se erigió en soberano absoluto, devolvió a su familia, privada de la ciudadanía[43] toda ella, los honores que le correspondían, a sus conciudadanos de bárbaros los hizo griegos, de cobardes belicosos, de desco-
nocidos famosos. Había encontrado el país totalmente 67
salvaje y devastado por todas partes y lo convirtió en el lugar más civilizado y agradable. Además de esto, después que se convirtió en enemigo del rey persa lo rechazó con tanta brillantez que la guerra de Chipre ha resultado inolvidable. Y, por el contrario, cuando fue aliado del mismo rey le proporcionó mucha más ayuda
que otros, hasta el extremo de estar reconocido que fue 68
Evágoras quien aportó la mayor fuerza militar para la batalla naval de Cnido[44]. Gracias a ella, el rey persa resultó señor de toda Asia, los lacedemonios se vieron obligados a luchar por su tierra en vez de saquear el continente, los griegos en lugar de esclavitud obtuvieron

[43] Para A. LEVI, *Isocrate...*, pág. 101, la palabra *politeia* significa aquí «dirección política».

[44] Celebrada en agosto del año 394 a. C., Conón, al frente de la escuadra persa, derrotó a la peloponesia mandada por el espartano Pisandro.

autonomía, y los atenienses progresaron tanto que sus
69 jefes anteriores vinieron a entregarles el poder[45]. Por eso, si alguien me preguntara cuál es la hazaña de Evágoras que considero mayor, si sus previsiones y preparativos contra los lacedemonios, cosa de la que acabamos de hablar, o la última guerra, o su manera de obtener la realeza, o todo su gobierno, me encontraría en un enorme apuro. Porque siempre me parece que es lo más importante y admirable aquello en lo que pongo mi atención.

70 Si alguno de los antepasados llegaron a inmortales gracias a su virtud, creo que también Evágoras mereció este don. Y pongo como prueba el hecho de que ha vivido en la época actual con más fortuna y amor de los dioses que aquéllos. Pues descubriremos que la mayoría de los semidioses incluso los más renombrados cayeron en las más grandes desgracias. Evágoras, en cambio, desde el principio vivió no sólo muy admirado, sino
71 también muy feliz. Porque ¿careció de algo para ser feliz?: él tuvo antepasados tan ilustres como ningún otro hombre, a no ser alguno de su misma familia, sobrepasó tanto a los demás en fuerza física e inteligencia que mereció reinar sobre toda Asia y no sólo sobre Salamina. Obtuvo la realeza de la forma más extraordinaria, y la conservó toda su vida[46]. Aunque nació mortal, dejó de sí mismo un recuerdo imperecedero[47], y vivió el tiempo suficiente como para librarse de la vejez y
72 de los achaques que tal edad lleva consigo. Además, también le sucedió lo que parece más raro y difícil: acertó a conseguir unos hijos buenos y numerosos. Y lo más grande fue que no dejó que a ninguno de sus hijos se le saludase con los nombres de un simple par-

[45] Referencia a la segunda liga marítima.
[46] Isócrates omite la muerte violenta de Evágoras.
[47] Véase nota 2 de este mismo discurso.

ticular, sino que uno de ellos recibió el título de rey[48], otros el de príncipes, las hijas el de princesas. Por eso, si ciertos poetas han empleado hipérboles al hablar de alguno de nuestros antepasados, al decir que era un dios entre los hombres o una divinidad mortal, todo eso encajaría perfectamente con la manera de ser de Evágoras.

Creo que olvidé muchas de las hazañas de Evágoras, 73
porque me falta el vigor de mi mejor edad[49], con el que habría hecho este elogio más esmerado y laborioso. A pesar de ello, ahora, en la medida de mis fuerzas, Evágoras no queda sin elogio. Nicocles, yo creo que las estatuas de las personas son hermosos recuerdos[50], pero estimo de más valor las imágenes de las hazañas y de la inteligencia, que se contemplan sólo en los discursos bien trabajados. Son éstas últimas las que prefiero, 74
en primer lugar, por saber que los hombres honrados no se enorgullecen por la belleza de su cuerpo tanto como se ufanan con sus obras e inteligencia. En segundo lugar, sé también que las estatuas sólo se ven necesariamente en aquellos lugares donde fueren colocadas, mientras que los discursos pueden llevarse a Grecia, y, al divulgarlos en las conversaciones de hombres inteligentes, son estimados y celebrados más entre ellos que entre todos los demás. Además, nadie podría adaptar su 75
figura corporal a las estatuas y pinturas, pero las costumbres y pensamientos que se encuentran en los discursos son fáciles de imitar[51] no por los que prefieren la despreocupación, sino por quienes desean ser hombres de provecho. Por eso puse mi mayor empeño en 76

[48] Nicocles.

[49] Isócrates, nacido el año 436 a. C., tenía 70 años el 365 a. C., fecha probable del discurso *Evágoras*.

[50] Véase nota 35 del *A Nicocles*.

[51] La misma idea en *Contra los sofistas* 21, y *Sobre el cambio de fortunas* 274.

escribir este discurso. Pensé que para ti, para tus hijos y para los demás descendientes de Evágoras sería ésta la más hermosa exhortación, si reuniendo sus virtudes y ordenándolas en un discurso os lo ofreciera para que
77 las contemplaseis y vivierais de acuerdo con ellas. Pues empujamos a los demás hacia la filosofía cuando aplaudimos a otros, para que al imitar a los elogiados, deseen seguir sus costumbres. Yo, al animaros a ti y a los tuyos no utilizo ejemplos ajenos a vosotros[52], sino familiares. Y os aconsejo que prestéis atención para que ningún
78 griego os aventaje en hablar y obrar. No pienses que te reprocho una despreocupación tuya actual porque te aconseje con frecuencia las mismas cosas. No se nos oculta ni a mí ni a los demás que eres el primero y el único de quienes tienen poder, riqueza y lujos que has intentado filosofar y esforzarte, ni que hiciste que muchos reyes, envidiando tu formación, ambicionaran tus ocupaciones y abandonaran aquellas con las que ahora
79 se complacían más. A pesar de que yo conozco esto, no menos por ello hago y haré lo mismo que los espectadores en los certámenes gimnásticos. Aquéllos animan a los corredores, no a los que abandonan, sino a los que luchan por la victoria.

80 Es tarea mía y de tus demás amigos decir y escribir aquello que, según pensamos, te animará a tratar de conseguir lo que ahora deseas[53]. A ti te corresponde no descuidar nada, sino aplicarte en el futuro como en el presente y ejercitar tu espíritu para ser digno de tu

---

[52] Puede ser un tópico. Lo usa también DEMÓSTENES en la *Olíntica* III 23.

[53] G. HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 173, citando mal (no es *Evágoras* 78, sino 80), cree ver un contraste entre la moderación que Isócrates preconiza en el *A Nicocles* con esta frase «te animará a tratar de conseguir lo que ahora deseas». Creo que, por el contexto, lo que Nicocles quiere obtener es precisamente sabiduría, no poder.

padre y de tus antepasados. Todos tienen que tener en la más alta estimación la inteligencia, pero es a vosotros, señores de los asuntos más numerosos e importantes, a quienes más conviene. No debes de contentarte 85
si ya eres superior a tus contemporáneos. Por el contrario, es preciso que te enfades si no te destacas mucho de otros que tienen los mismos honores que tú, siendo como eres por naturaleza, descendiente de Zeus desde antiguo e hijo de un hombre de tales virtudes. Es tarea tuya no fracasar en esto. Si te mantienes en la filosofía y progresas tanto como ahora, te harás con rapidez el hombre que debes ser.

ARQUIDAMO (VI)

Tras la batalla de Leuctra (371 a. C.), Esparta queda despojada de su hegemonía que pasa ahora a los tebanos. Epaminondas dirige la primera invasión tebana del Peloponeso (369 a. C.). Los hilotas y los mesenios reconstruyen la ciudad de Mesenia, destruida por Esparta el año 469 a. C. (cf. Diodoro, XV 66). El año 366 a. C. Tebas ofrece la paz, imponiendo, entre otras condiciones, que se reconozca la independencia de la nueva Mesenia, lo que aceptan Corinto y otros aliados de Esparta.

En esta situación, ante la asamblea espartana, Arquidamo III, hijo del rey Agesilao, se levanta para condenar el abandono de Mesenia.

Ahora bien, ¿pronunció Arquidamo el discurso que aquí tenemos, o fue un nuevo ejercicio retórico de Isócrates? La crítica antigua y moderna no está de acuerdo en esto. Blass *(Die attische...*, II, págs. 288-293) se decide por aceptar el discurso como una obra escolar; *Drerup*, en cambio, acepta que sí fue pronunciado por Arquidamo.

En cualquier caso, el *Arquidamo* estaría en la línea del *Plateense* o del *Nicocles*, en los que Isócrates pone sus propias ideas en boca del personaje que pronuncia el discurso. Otra cuestión sería preguntarse cómo el ateniense Isócrates defiende el imperialismo de Esparta. Si pensamos en el ideal panhelénico de nuestro autor, constantemente reiterado por él, veremos que no le podían atraer estas constantes rencillas entre griegos. Además, su enemistad hacia Tebas ya quedó clara en el *Plateense*.

En cuanto a la fecha del discurso podría ser la del año 366 a. C. que es la que nos da Jenofonte *(Hel.* VII 4, 6 ss.) para las primeras disensiones entre Esparta y sus aliados.

Argumento de un escritor desconocido

Tras la batalla de Leuctra, los tebanos hicieron incursiones contra Lacedemonia y muchas veces la devastaron hasta el punto de que las mujeres lacedemonias salieron al encuentro de los lacedemonios, que no dejaban de huir, y les decían: «¿Tendremos que acogeros en nuestro vientre por segunda vez?» Y así vencieron, concentrándose en Mantinea, donde la caballería ateniense formó con tanta brillantez. Después de la batalla de Mantinea, los lacedemonios enviaron embajadores a los tebanos para pedirles la paz. Y los tebanos prometieron que les dejarían tranquilos si reconstruían Mesenia y permitían su independencia. Los demás aconsejaban a los lacedemonios reconstruirla, pero Arquidamo el Joven aconsejó no hacerlo. La ascendencia del joven Arquidamo es la siguiente: de Zeuxidamo desciende Arquidamo, de éste Agis, de éste Agesilao y de éste Arquidamo. Unos dicen que Arquidamo envió a buscar este discurso a Atenas y que lo recibió de Isócrates. Otros afirman que el discurso es un ensayo de Isócrates, que se titularía «Palabras de Arquidamo aconsejando a los lacedemonios». Este es el argumento. La discusión del discurso se centra en los hechos, y su punto capital es la utilidad.

1 Quizá algunos de vosotros se admiren de que, habiéndome mantenido durante toda mi vida en las costumbres de la ciudad como no sé si lo habrá hecho otro de mis coetáneos, haya cambiado tanto como para venir, a pesar de mi juventud, a aconsejar sobre asuntos de
2 los que no se atreven a hablar los mayores [1]. Si alguno de los que acostumbran a hablaros lo hubiera hecho de manera conveniente a la ciudad, yo me quedaría tranquilo. Pero ahora, al ver que unos defienden las órdenes

[1] Plutarco en *Licurgo* 25, nos dice que en Esparta los jóvenes no podían hablar en las reuniones públicas antes de cumplir 30 años de edad.

de los enemigos, que otros se oponen sin decisión, que algunos incluso se han quedado callados por completo, me levanté para dar a conocer lo que sé de estos temas. Pensé que era una vergüenza guardar la dignidad particular de mi vida y ver con indiferencia que la ciudad vote cosas indignas de ella. Creo que si en otros asun- 3
tos deben callar los de mi edad, en lo que se refiere a hacer la guerra o no hacerla, es conveniente que opinen sobre todo quienes van a participar de los peligros en la mayor medida, especialmente si está establecido que resolvamos en común lo que debe hacerse. Porque si 4
se hubiera demostrado que los mayores son los que mejor saben todo, y en cambio los jóvenes ni en una sola cosa aciertan, en ese caso estaría bien que nos excluyeran de las deliberaciones. Pero puesto que las diferencias de nuestros razonamientos no vienen dadas por el número de años sino por nuestra manera de ser y nuestra aplicación, ¿cómo no deberá intentarse aprovechar ambas generaciones, para que, a través de todo lo que se diga, podamos elegir lo más provechoso? Me causa asombro que cuantos consideran que podemos 5
conducir naves de guerra y mandar ejércitos [2] —circunstancias en las que, si no tomamos resoluciones correctas, podemos rodear a la ciudad con muchas y graves desgracias— piensen, en cambio, que no debemos decir nuestra opinión sobre aquellos asuntos que van a decidir, en los que si acertamos, os ayudaremos a todos vosotros, y caso de equivocarnos, quizá pareceremos inferiores a vuestra manera de pensar, pero no dañaríamos a la comunidad.

Y no es por afán de hablar ni porque me disponga 6
a vivir de distinta manera a como antes lo hacía por lo

---

[2] Según nos dicen Jenof., en *Hel.*, VI 4, 18, VII 1, 28, y Diodoro, XV 72, Arquidamo ya había mandado ejércitos en los años 371 y 368 a. C.

que he hablado así sobre estas cosas, sino con el deseo
de exhortaros a no rechazar ninguna edad, y a buscar
en todas ellas a cualquier persona que pueda decir algo
7 de interés sobre las circunstancias presentes. Desde que
habitamos la ciudad no nos ha ocurrido ningún peligro
ni guerra en que se ventilasen asuntos tan importantes
como los que ahora nos han reunido para deliberar.
Antes luchábamos para mandar sobre otros, pero ahora
para no hacer lo que se nos manda. Esto es señal de
libertad, y por ella hay que soportar todos los peligros,
no sólo nosotros, sino también quienes no tienen exce-
siva cobardía y aspiran a la virtud, aunque sea en
8 pequeña escala. Yo, si tengo que decir mi opinión par-
ticular, preferiría morir sin obedecer lo ordenado, a
vivir más de lo que me toca después de haber votado
lo que mandan los tebanos[3]. Me daría vergüenza, en
efecto, siendo descendiente de Heracles[4], hijo del rey
actual, y verosímil heredero de este honor[5], ver con indi-
ferencia, en lo que a mí respecta, que ocuparan nues-
tros servidores la tierra que nos dejaron nuestros pa-
9 dres. Creo que vosotros tenéis mi misma opinión y que
pensáis que hasta este día parece que hemos tenido
mala suerte en la batalla contra los tebanos, y que nues-
tros cuerpos fueron vencidos por la incompetencia de
quien nos mandaba[6], pero que nuestros espíritus per-
10 manecen aún ahora invencibles. Pero si, por miedo a los
peligros que se nos vienen encima, abandonamos alguna
de nuestras propiedades, reforzaremos la fanfarronería

---

[3] Cf. con el párrafo 51. Las condiciones que imponen los tebanos a Esparta estaban establecidas por el rey persa (Jenof., *Hel.* VII 1, 36-37).

[4] Las dos familias de los reyes espartanos (Euripóntidas y Agíadas) se decían descendientes de Heracles (cf. *Panegírico* 62).

[5] Efectivamente, al morir Agesilao, Arquidamo sube al trono el año 361 a. C.

[6] El rey Cleombroto, vencido y muerto en Leuctra.

de los tebanos y levantaremos contra nosotros mismos un trofeo mucho más venerable y visible que el de Leuctra; el primero procede de nuestra mala suerte, el segundo será producido por nuestra manera de pensar. Que nadie os persuada a empujar a la ciudad a tales vergüenzas.

Los aliados[7] os han aconsejado con mucho empeño 11
que debéis hacer la paz después de entregar Mesenia. En justicia os tendríais que haber irritado mucho más con ellos que con quienes se separaron de vosotros desde el principio. Porque éstos, al abandonar vuestra amistad, destruyeron sus propias ciudades, arrojándolas a revueltas, asesinatos y a regímenes penosos[8]. Pero los aliados se presentan ante nosotros para hacernos daño.
Porque la buena fama que nos dejaron nuestros ante- 12
pasados, adquirida durante setecientos años[9] en medio de muchísimos peligros, os persuaden a que la perdáis en breve tiempo. No habrían podido nunca encontrar una desgracia más vergonzosa ni peor que ésta para un
lacedemonio. Llegan a tanta ambición y nos consideran 13
tan cobardes, que piensan que no deben ponerse en peligro por Mesenia, cuando tantas veces les pareció bien que lucháramos por su tierra. Es más, para poder cultivar con tranquilidad esa tierra suya, intentan enseñarnos que debemos abandonar la nuestra a los enemigos, e incluso nos amenazan con hacer ellos la paz por su
cuenta si no cedemos en esto. Creo que no será tan duro 14
el peligro que correremos sin ellos, sino mucho más hermoso, brillante y famoso entre todos los hombres. Pues el que intentemos salvarnos y vencer a los enemi-

---

[7] Sobre todo los corintios.

[8] Sobre esta época de revueltas nos informa JENOF., *Hel.* VII 1-4.

[9] La llegada de los dorios al Peloponeso se sitúa hacia el año 1100 y fue llamada por los griegos la vuelta de los Heraclidas.

gos por nosotros mismos, sin la ayuda de los aliados,
está de acuerdo con las demás hazañas de la ciudad.
15 Aunque nunca me gustó hablar, y siempre he pensa-
do que quienes gastan en ello el tiempo son los más
inútiles para la acción [10], ahora nada me gustaría más
que poder exponer lo que quiero sobre el tema fijado.
Porque, en el momento presente, espero llegar median-
16 te esto a hacer grandes beneficios a la ciudad. Creo que,
en primer lugar, debo contaros cómo conquistamos Me-
senia y por qué motivo habitasteis en el Peloponeso,
cuando antes erais dorios. Por eso cogeré el relato desde
muy antiguo, para que sepáis que esta tierra que ahora
intentan quitaros, la habéis adquirido con no menos
justicia que el resto de Lacedemonia.

17 Cuando Heracles cambió su vida, pasando de mortal
a dios, al principio sus hijos anduvieron errantes y
expuestos a muchos peligros a causa del poder de sus
enemigos. Pero cuando Euristeo murió se establecieron
entre los dorios. Después de tres generaciones llegaron
a Delfos con el deseo de consultar al oráculo sobre
algunas cuestiones. El dios no respondió lo que le pre-
guntaron, pero les ordenó que fueran a la tierra de sus
18 antepasados. Al examinar el oráculo, descubrieron que
Argos les pertenecía por derecho de familia —pues,
muerto Euristeo, eran ellos los únicos descendientes de
Perseo que sobrevivían— [11] y Lacedemonia por donación
—porque cuando Tíndaro [12] fue arrojado del poder,
cuando Cástor y Polideuces desaparecieron de entre los

---

[10] Era proverbial, y ha llegado hasta nosotros la escasa afición de los lacedemonios hacia los discursos.

[11] Sobre Euristeo, véase nota 37 al *Panegírico* y nota 23 al *Elogio de Helena*. Esténelo, padre de Euristeo, y Electrión, padre de Alcmena, eran hijos de Perseo.

[12] Tíndaro, padre de Helena y rey de Esparta, fue expulsado del poder por su hermanastro Hipoconte y los hijos de éste (Apolodoro, III 10, 5).

hombres, Heracles devolvió el reino a Tíndaro[13], y éste le dio Lacedemonia, por su servicio, y por el parentesco que tenían con sus hijos—[14]. En cuanto a Mesenia, la 19 habían ocupado como botín de guerra. Pues Heracles, al ser despojado de los bueyes de Eritea[15] por Neleo y sus hijos con excepción de Néstor[16], capturó este territorio y mató a los que le habían injuriado y entregó a Néstor la ciudad, pensando que, a pesar de su juventud, era sensato y no había participado en los errores de sus hermanos. Habiendo interpretado así el oráculo, reu- 20 nieron a vuestros antepasados y formaron un ejército. A los que les siguieron les entregaron para uso público la tierra de la que eran propietarios, y recibieron de ellos como prerrogativa la realeza. Tras darse estas mutuas pruebas de confianza, hicieron la expedición. ¿Para qué perder el tiempo en referir los peligros que 21 les ocurrieron durante el viaje y las demás empresas que nada importan en el presente? Vencieron en la guerra a los habitantes de los territorios antedichos y dividieron en tres los reinos. Vosotros, en efecto, hasta el día de hoy, habéis mantenido los tratados y juramentos que hicisteis a nuestros antepasados. Por ello, si en el 22 pasado os habéis portado mejor que los demás, hay que suponer que, manteniendo esta actitud, obraréis en el futuro mejor que ahora. Los mesenios, en cambio, llegaron a tal impiedad que tramaron una conspiración y mataron a Cresfonte, fundador de su ciudad, señor de su tierra, descendiente de Heracles y que había llegado a ser su gobernador. Sus hijos rehuyeron los peligros[17] 23

---

13 Heracles mató al usurpador Hipoconte y a sus 20 hijos.

14 Tíndaro era sobrino de Perseo y los hijos de Heracles tataranietos del mismo.

15 Véase nota 24 al *Elogio de Helena*.

16 El mítico rey de Pilos, el héroe más anciano de la guerra de Troya.

17 Sólo sobrevivió un hijo de Cresfonte, Épito, según nos dice Pausanias, IV 3.5 y 5.1.

y se establecieron en esta ciudad como suplicantes; nos pedían que vengáramos al muerto y nos ofrecían su territorio. Preguntasteis al dios y aquél os ordenó acoger estas súplicas y castigar a los criminales, y así adquiristeis el territorio de Mesenia después de asediar la ciudad.

24 No narré con precisión lo que se refiere a vosotros desde el comienzo de la historia, porque la ocasión presente no permite contar mitos, sino que había que hablar con más concisión que claridad. Pero creo que por ello no es menos evidente a todos que nos hemos hecho dueños de la tierra que se nos disputa, no de modo diferente a la que es nuestra sin discusión. Esta última la habitamos porque nos la dieron los hijos de Heracles, porque nos lo mandó el dios y porque vencimos en la guerra a sus dueños. Aquélla la recibimos de los mismos dueños, mediante un procedimiento parecido y utilizan-
25 do los mismos oráculos. Ahora bien si estamos en tal situación que no hemos de replicar ni a una sola cosa, ni aunque nos ordenen abandonar la misma Esparta, es absurdo preocuparnos de Mesenia. En cambio, si ninguno de vosotros considera digno vivir privado de su patria, conviene que tengáis el mismo parecer sobre Mesenia. Pues podemos alegar idénticos derechos y razones sobre ambas.

26 No se os debe olvidar que todos consideran legítimas y hereditarias las posesiones tanto públicas como privadas, cuando ha transcurrido mucho tiempo [18]. Nosotros conquistamos Mesenia antes de que los persas alcanzaran la soberanía y mandaran en el continente [19], antes incluso de que se fundaran algunas ciudades
27 griegas. Y aunque este es nuestro caso, entregan Asia al bárbaro como propiedad hereditaria, cuando no hace

---

[18] No era, desde luego, una norma totalmente legal.

[19] La fundación del imperio persa por Ciro fue el año 559 a. C.

aún doscientos años que ocupa el poder, y nos privan a nosotros de Mesenia, que es nuestra desde hace doble tiempo o el mismo al menos. Han destruido Tespis y Platea ayer o anteayer[20], y pretenden reconstruir Mesenia después de 400 años[21], actuando en ambos casos en
contra de juramentos y tratados. Y si devolvieran a su 28
patria a los auténticos mesenios, harían una injusticia, pero su mal trato hacia nosotros tendría un fundamento. En lugar de esto ahora hacen vivir a los hilotas como vecinos nuestros, de forma que no sería lo más duro el quitarnos la tierra contra justicia, sino que veamos tranquilamente como señores de ella a nuestros esclavos.

Con más precisión sabréis por lo siguiente que su- 29
frimos ahora cosas indignas y que con toda justicia poseíamos entonces Mesenia. Pues son muchos los riesgos que hemos corrido ya antes y nos hemos visto obligados a hacer la paz cuando estábamos mucho peor que los enemigos. Con todo, en tales circunstancias se han hecho tratados de los que no nos era posible sacar
ventaja. Y aunque se producían discusiones sobre algu- 30
nos puntos, ni el rey persa ni la ciudad de los atenienses nunca nos reprocharon que hubiéramos adquirido injustamente Mesenia. ¿Cómo encontraríamos un juicio más exacto sobre la justicia de esta ocupación, que el que decidieron los enemigos y se produjo cuando estábamos en situación desesperada?

El oráculo, reconocido por todos como el más anti- 31
guo, imparcial y fiable, no sólo dijo que Mesenia era nuestra[22], cuando al ofrecérnosla los hijos de Cresfonte nos ordenó que la aceptáramos como don y que auxiliá-

---

[20] Platea fue destruida el año 373 a. C. (vid. *Plateense)* y Tespis después del 371 a. C. (Diodoro, XV 46.4, y Jenof., *Hel.* VI 3.1).

[21] Todo lo que se refiere a las guerras de Mesenia está rodeado de leyendas; su conquista es hacia el año 724 a. C.

[22] Noticia de ese oráculo nos da Pausanias, IV 12.

ramos a las víctimas, sino que al hacerse mayor la guerra, uno y otro bando fuimos a Delfos, los mesenios a pedir su salvación, nosotros a preguntar cómo conquistaríamos la ciudad con rapidez; a los primeros nada respondió, como si considerase injusta su súplica, y en cambio a nosotros nos reveló los sacrificios que debía-
32 mos hacer y a quién había que pedir ayuda[23]. ¿Qué prueba mayor y más evidente podría aducir? En primer lugar está claro que recibimos la tierra de sus dueños —nada nos impide contarlo de nuevo en pocas palabras—, luego la conquistamos con la guerra, procedimiento por el que en aquellos tiempos se fundaron la mayoría de las ciudades. Además, expulsamos a quienes habían sido impíos con los hijos de Heracles, individuos que con justicia fueron arrojados fuera de toda la tierra civilizada. Por último, por el largo tiempo transcurrido, el dictamen de los enemigos y los oráculos del
33 dios tenemos justamente Mesenia. Cada uno de estos motivos es suficiente para refutar las palabras de quienes se atreven a acusarnos de que ahora no firmamos la paz por avaricia o de que hicimos la guerra a los mesenios por desear propiedades ajenas. Quizá sería posible hablar más de esta posesión nuestra, pero creo que basta con lo dicho.

34 Dicen quienes nos aconsejan hacer la paz, que las gentes sensatas no deben tener un criterio idéntico cuando las cosas les van bien y cuando les van mal. Por el contrario, tienen que deliberar siempre de acuerdo con el momento presente, atenerse al azar, no ambicionar más de lo que las fuerzas permiten, ni pretender lo
35 justo en tales circunstancias sino lo conveniente. Yo estoy de acuerdo con esta opinión en los demás extremos, pero nadie me podrá convencer de que algo debe

[23] Durante la segunda guerra de Mesenia (685-668 a. C.) el poeta espartano Tirteo había ido a Atenas a pedir ayuda.

considerarse más importante que la justicia. Porque veo que es por ella por la que están establecidas las leyes, que de ella se ufanan los hombres honrados, y que las ciudades bien gobernadas se aplican muchísimo a ella. Hasta las guerras antiguas acabaron todas ellas recu- 36
rriendo a la justicia, no a la fuerza[24]. En resumen, la vida humana perece por la maldad y se salva con la virtud. Por eso no tienen que desanimarse quienes piensan arriesgarse en favor de la justicia, sino mucho más los soberbios y los que no saben llevar con moderación su buena suerte. Hay que considerar también otra cosa. 37
Ahora, todos tenemos idéntica opinión sobre lo que es justo, pero discrepamos sobre lo que es conveniente. Propuestos estos dos bienes, uno evidente, el otro oscuro ¿cómo no haríais el ridículo si da la impresión de que rechazáis aquello en lo que hay acuerdo y de que elegís lo discutido, sobre todo cuando la elección es tan diferente? No existe en mis palabras la posibilidad de 38
abandonar vuestras cosas ni de arrojar a la ciudad a vergüenza alguna, sino esperanza de arriesgarnos por la justicia para luchar mejor contra los enemigos. En cambio, las palabras de mis contrarios sostienen que se abandone ya Mesenia[25], y una vez que empecéis a perjudicaros a vosotros mismos, pronto fracasaréis en lo conveniente, en lo justo y en todas las demás cosas que esperáis. Lo que, en efecto, no queda claro en modo 39
alguno es que, si cumplimos las órdenes, tendremos una paz estable. Pues creo que no ignoráis que todos acostumbran a discutir en términos de justicia con quienes se defienden, y, en cambio, a los que cumplen con mucho afán lo ordenado, siempre se les impone más de lo que al principio pensaban. Por eso ocurre que alcan-

---

24 Es sin duda Isócrates el que habla aquí por boca de Arquidamo, al establecer la norma de una política moral.

25 Mesenia era independiente de hecho el año 369 a. C.

zan mejores condiciones de paz los belicosos que los
que fácilmente aceptan los acuerdos[26].
40 Para no dar la impresión de que gasto mucho tiempo,
dejaré de lado todas estas cosas para dedicar ya mi
discurso a lo más simple. Si ningún pueblo desdichado
se hubiera recobrado jamás ni hubiera vencido a sus
enemigos, sería absurdo que esperáramos salvarnos
mediante la guerra. Pero si muchas veces ha sucedido
que los más fuertes han sido derrotados por los más
débiles, y que los sitiadores han sido destrozados por
los sitiados [que eran inferiores], ¿por qué admirarse
de que la situación actual vaya a admitir algún cambio?
41 De nuestra ciudad no puedo poner ningún ejemplo
parecido. Pues hasta el día de hoy nunca se lanzaron
sobre esta tierra pueblos más fuertes que nosotros[27].
Pero cualquiera podría utilizar muchos ejemplos de
otras ciudades, y sobre todo de la ciudad de los ate-
42 nienses. Descubriremos, en efecto, que los atenienses
incurrieron en el odio de los griegos por las órdenes
que daban a otros[28], pero que gozaron de enorme esti-
mación entre todos los hombres cuando rechazaban a
los soberbios. Si contara en detalle los riesgos que en
otro tiempo hicieron correr a las amazonas, a los tracios
o a los peloponesios[29] que se lanzaron contra su tierra
con Euristeo, quizá parecería que cuento relatos anti-
guos y alejados del presente. Pero ¿quién ignora que,
en la guerra pérsica pasaron de las mayores desgracias
43 a la felicidad más completa?[30]. Fueron los únicos de

[26] Exactamente lo contrario afirman los embajadores atenienses que dialogaron con los melios, según nos cuenta Tucídides.

[27] Lo que dice Arquidamo es falso, pues el tebano Epaminondas había invadido Lacedemonia en el invierno del 370-69 a. C. Más tarde en el párrafo 56 admite esa invasión.

[28] Cf. *Panegírico* 100-109.

[29] Cf. *Panegírico* 56 y 70.

[30] Cf. *Panegírico* 71-98.

cuantos habitan fuera del Peloponeso que, aun viendo irresistible el poder de los bárbaros, pensaron que no debían deliberar sobre lo que se les ordenaba[31], sino que prefirieron ver su ciudad arrasada antes que esclavizada. Abandonaron su tierra, determinaron que su patria era la libertad, se unieron a nosotros ante los peligros y obtuvieron un cambio de situación tan grande, que, privados de su patria unos pocos días, se hicieron señores de los demás durante mucho tiempo.

No sólo con lo ocurrido a esta ciudad se podría de- 44
mostrar que el atreverse a rechazar a los enemigos es causa de muchos bienes. También Dionisio el tirano, cuando fue sitiado por los cartagineses, sin vislumbrar salvación alguna, oprimido por la guera y soliviantados con él sus conciudadanos, pensó en huir por mar. Pero
uno de sus íntimos se atrevió a decirle que la tiranía es 45
un hermoso sudario[32]. Entonces se avergonzó de lo que pensaba e intentó de nuevo combatir. Aniquiló muchas decenas de miles de cartagineses, se hizo con un poder más fuerte sobre sus ciudadanos, adquirió un poderío mucho mayor del que antes tenía, pasó su vida como tirano y dejó a su hijo los mismos honores y poderes que él tenía.

Cosas parecidas a éstas hizo el rey Amintas de Mace- 46
donia. Pues, al ser vencido en combate por sus vecinos bárbaros y privado de toda Macedonia, al principio pensó abandonar su tierra y poner a salvo su persona. Pero oyó que uno elogiaba la frase dicha a Dionisio y, como aquél, cambió de parecer. Ocupó un pequeño territorio y desde allí pidió ayuda. En tres meses ocupó toda

---

31 Véanse los términos de la rendición en Heród., VII 133.

32 Dionisio tuvo enfrentamientos con Cartago los años 404 y 396 a. C. ¿En cuál ocurrió la anécdota que aquí se cuenta? Diodoro en XIV 8 y XX 78 parece referirse a la primera fecha, pero también en XIV 64 y ss. nos da como ocurrida en la segunda.

Macedonia y pasó el resto de su vida hasta su vejez como rey[33].

47 Si examináramos todas las acciones parecidas nos cansaríamos de contarlas y oírlas. Pero si recordamos lo que ocurrió en Tebas, nos afligiríamos por lo pasado, pero tendríamos mejores esperanzas para el futuro. Los tebanos se atrevieron a sostener nuestros ataques y amenazas hasta que la suerte dio tal vuelta a sus asuntos, que pasaron de súbditos nuestros en otro tiempo a creer que nos debían dar órdenes ahora.

48 Quien al ver los enormes cambios producidos crea que ya no los habrá en la actualidad, es muy insensato. Es preciso, por el contrario, que nos mantengamos firmes en las circunstancias presentes y confiemos en las futuras, por saber que ante desastres semejantes las ciudades mejoran su política y su experiencia en la guerra. Sobre esto nadie se atrevería a decir que no tenemos más experiencia que los demás, ni que somos los únicos que poseemos una constitución capaz para ello. Si nos pertenecen ambas cosas, es imposible que no obremos mejor que quienes nunca han puesto mucho cuidado en estas dos cuestiones.

49 Algunos critican la guerra y describen la inseguridad de su resultado. Utilizan muchos y diferentes ejemplos y sobre todo lo que nos ha ocurrido a nosotros. Se admiran de que haya quien confíe en un asunto tan difícil y peligroso. Pero yo sé que muchos obtuvieron una enorme felicidad gracias a la guerra y muchos también por
50 culpa de la paz perdieron lo que tenían. Porque ni la paz ni la guerra son un mal o un bien absoluto, sino que, según como se las utilice en las dificultades y oportunidades, así necesariamente será su resultado. Quienes

---

33 Amintas, rey de Macedonia, padre de Filipo, reinó entre los años 394-370 a. C. fue derrotado por los ilirios el 393 a. C. y efectivamente se rehizo (Diodoro, XIV 92.3).

están en buena situación deben desear la paz —pues en ese estado mantendrían por más tiempo su prosperidad actual—, pero los desdichados han de poner su atención en la guerra, porque con el desorden y renovación que produce, más rápidamente cambiarían su fortuna. Temo 51
que parezca que nosotros hacemos lo contrario. Pues cuando podíamos vivir tranquilos hacíamos más guerras de las necesarias, y cuando nos vemos obligados a correr peligros, ansiamos tranquilidad y deliberamos sobre nuestra seguridad. Hace falta que quienes desean ser libres rehúyan los tratados que son órdenes y casi una esclavitud, y hagan reconciliaciones cuando venzan a los enemigos o cuando igualen su poder con el de aquéllos. Así cada uno tendrá la paz que corresponda a las condiciones en que terminaron la guerra.

Si pensamos esto, no debemos lanzarnos precipitada- 52
mente a acuerdos vergonzosos, ni deliberar sobre nuestra patria con más despreocupación que otros. Recordad que en otro tiempo, si un solo lacedemonio corría en auxilio de alguna ciudad aliada sitiada, todos reconocían que con él venía su salvación. Cualquiera podría oír hablar a nuestros mayores de muchos hombres así, pero yo también puedo mencionar a los más famosos.

Pedarito[34] navegó a Quíos y salvó su ciudad. Brási- 53
das[35] entró en Anfípolis, reunió en torno suyo a unos pocos de los sitiados y venció en combate a los sitiadores que eran muchos. Gilipo[36] vino en ayuda de los siracusanos y no sólo los salvó sino que apresó a todo el ejército

---

[34] Harmosta de Quíos ayudó a los isleños que se sublevaron contra el dominio ateniense (Tuc., VIII 55.3).

[35] Brásidas socorrió a Anfípolis luchando contra el general ateniense Cleón. En esta acción Brásidas perdió la vida y desde entonces fue considerado como héroe local en Anfípolis (Tuc., V 8.11).

[36] Gilipo venció al general ateniense Nicias y capturó a todo su ejército en la desastrosa campaña de Sicilia el año 414 a. C.

54 que los acosaba por tierra y mar. ¿Cómo no sería una vergüenza que en otra época uno sólo de nosotros haya sido capaz de guardar ciudades ajenas y, en cambio, ahora ni podamos ni intentemos salvar la nuestra propia todos? Si hemos levantado trofeos en Europa y en toda Asia cuando luchábamos en beneficio de otros, ¿no haremos ni un solo combate digno de mención en favor de
55 nuestra patria tan claramente insultada? Y si otras ciudades han resistido los asedios más duros en defensa de nuestro imperio [37] ¿creemos nosotros que no debemos soportar ni un pequeño sufrimiento para no vernos obligados a actuar contra justicia? ¿Se nos verá incluso ahora criar troncos de costosos caballos [38], mientras hacemos la paz como un pueblo que ha llegado a extrema necesidad y anda falto hasta del sustento cotidiano?
56 Lo peor de todo sería que discutiéramos sobre estos asuntos con más negligencia que otros, cuando somos los griegos con más fama de dureza. ¿Sabemos de algún pueblo digno de mención que vencido una sola vez y ante una única invasión [39] se haya plegado a obedecer las órdenes tan cobardemente? ¿Cómo ese pueblo so-
57 portaría una desgracia prolongada? ¿Quién no nos censuraría, si los mesenios resistieron 20 años el asedio en defensa de su tierra [40], que nosotros renunciáramos a ella con tanta rapidez mediante tratados? ¿Quién no lo haría, si olvidándonos de nuestros antepasados, que con muchos trabajos y peligros adquirieron aquella tierra, nosotros la abandonáramos convencidos por palabras?
58 Nada de esto piensan algunos, sino que, desdeñando todo pudor, os dan unos consejos que llevarían la ciu-

---

[37] Tespis y Orcómeno sobre todo (cf. JENOF., *Hel.* VI 3.1-4).

[38] Caballos de carreras, ya que, según nos dice JENOF. en *Hel.* VI 4, 11, la caballería militar lacedemonia estaba mal organizada.

[39] La del general tebano Epaminondas que comentamos en nota anterior.

[40] Durante la primera guerra de Mesenia; cf. PAUS., IV 13.4.

dad al deshonor. Con tanto entusiasmo os impulsan a entregar Mesenia que se atrevieron a contar la debilidad de nuestra ciudad y el poderío de los enemigos. Y nos obligan a quienes somos sus adversarios a responder de dónde pensamos obtener ayuda para exhortaros a lu-
char. Yo creo que la alianza más grande y firme es el 59
actuar con justicia[41] —pues es verosímil que quienes obran así tengan la benevolencia divina, si hay que demostrar con los sucesos ya pasados los futuros— y además el gobernarse bien, el vivir con prudencia, el querer luchar contra los enemigos hasta la muerte y el pensar que no hay nada más terrible que la mala opinión de los conciudadanos. Nosotros poseemos estas
cosas en mayor medida que los demás hombres. Con su 60
ayuda yo combatiría mucho más gustosamente que con el concurso de muchas decenas de miles de hombres. Sé que los primeros de nosotros que llegaron a esta tierra no vencieron por su número a sus anteriores habitantes, sino por las virtudes que acabo de contar. Así que no es motivo para temer a los enemigos el que sean muchos, antes bien, debemos confiar mucho cuando vemos que somos nosotros los que hemos soportado
las desgracias como nunca otros lo hicieron, y que man- 61
tenemos las leyes y costumbres que establecimos desde el principio. Vemos, en cambio, que nuestros contrarios no son capaces de mantener su buena suerte, sino que andan desconcertados, apoderándose unos de las ciudades aliadas suyas, haciendo otros lo contrario, otros discutiendo con sus vecinos sobre las tierras, y algunos con más odio entre sí que ganas de luchar contra nosotros. Por eso me asombra que busquemos una alianza mayor que los propios errores enemigos[42].

[41] Cf. nota 24.

[42] Todas estas enemistades y disturbios en el seno de la confederación tebana pueden referirse a distintos pueblos. Así conflictos entre arcadios y aqueos, luchas en Élide entre demócratas

62 Pero si hay que hablar de una ayuda exterior, creo que serán muchos los que quieran socorrernos. Pues sé en primer lugar, que los atenienses, aunque no estén totalmente a nuestro lado, sí harán algo por nuestra salvación[43]. Hay además otras ciudades que decidirán en provecho de nuestros intereses como lo harían sobre
63 los suyos propios. También Dionisio el tirano[44], el rey de Egipto[45] y otros monarcas asiáticos[46], según cada uno pueda, nos socorrerán con entusiasmo. Aparte de éstos, los griegos sobresalientes en riquezas, destacados por su renombre y deseosos de gloria, aunque todavía no estén con nosotros, nos tienen simpatía y es natural que en ellos pongamos grandes esperanzas para el futuro.

64 Creo también que el restante pueblo peloponesio, incluso el democrático, el más hostil a nosotros, según pensamos, añora ya nuestro gobierno. Pues, al separarse de nosotros, no obtuvieron nada de lo que esperaban, sino que en lugar de libertad les vino lo contrario. Murieron los mejores de ellos a manos de los peores ciudadanos y en vez de autonomía cayeron en las más nume-
65 rosas y peores ilegalidades. Acostumbrados en otro tiempo a marchar a nuestro lado contra ajenos, ven ahora que otros hacen expediciones contra ellos y las

---

y oligarcas (Jenof., *Hel.* VII 4, 33 ss.). Discusiones sobre fronteras las tenían los atenienses y tebanos a propósito de la ciudad de Oropo, y también eleatas y arcadios.

43 Los atenienses habían actuado de mediadores entre Esparta y Arcadia y habían defendido a Eufrón de Sición contra Tebas (Jenof., *Hel.* VII 4, 1.3).

44 Se refiere a Dionisio el Joven, que empezó a reinar el año 367 a. C.

45 El rey de Egipto, Nectanebo (378-364) tenía interés en ayudar a Esparta, ya que Tebas contaba con protección persa (Jenof., *Agesilao* II 27).

46 Acaso Mausolo, de Caria, que se sublevó contra Persia el año 362 a. C.

revueltas civiles que antes sabían que se producían en otras ciudades, ahora en cambio les falta poco para tenerlas ellos a diario. Tan igualados están por las desgracias que nadie podría distinguir quiénes de ellos son los que están en peor situación. No hay, en efecto, nin- 66
guna ciudad libre, ni que no tenga a enemigos por vecinos. Así las tierras están arruinadas, arrasadas las ciudades, destruidas las casas privadas, derribadas las constituciones y abolidas las leyes bajo cuyo gobierno eran los más felices de los griegos. Es tal su mutua des- 67
confianza y odio, que temen más a sus conciudadanos que a los enemigos. En lugar de la concordia que tenían bajo nuestro gobierno y de su mutuo bienestar, han llegado a tal insociabilidad que los ricos con más gusto tirarían al mar sus propiedades antes que ayudar a los necesitados, y los pobres preferirían arrancar esas riquezas a sus propietarios mejor que encontrárselas. Abo- 68
lieron los sacrificios y se degüellan unos a otros sobre los altares [47]. Ahora son más los que huyen de una sola ciudad que cuantos antes lo hacían de todo el Peloponeso. Y aunque son tantos los males enumerados, son muchos más los que quedan por decir. No hay maldad ni dificultad que no haya coincidido allí. Hay quienes 69
ya están abrumados, otros lo estarán en poco tiempo, y buscarán encontrar algún escape a su actual situación. Pues no creáis que se aguantarán en ella. Pues ¿cómo soportarán largo tiempo el sufrir quienes se cansaron de vivir bien? Por eso no sólo si vencemos en el combate, sino aunque nos quedáramos tranquilos, veréis que ellos cambian de bando, por pensar que la alianza con nosotros es su propia salvación. Tales son las esperanzas que tengo.

---

[47] Se puede hacer alusión a la masacre de Corinto (cf. Jenof., *Hel.* IV 4, 3), al asesinato de unos suplicantes aqueos refugiados en el templo de Poseidón (Paus., VII 25) o a los sucesos de Argos del año 371 a. C. (Diod., XV 58).

70 Tan lejos estoy de aceptar alguna de las órdenes, que aunque no ocurriera ninguna de estas cosas ni recibiéramos ayuda alguna, sino que unos griegos nos injuriaran y otros nos despreciasen, ni aun así cambiaría de parecer. Por el contrario, arrostraría todos los peligros derivados de la guerra antes que cumplir estos acuerdos. Pues me avergonzarían estas dos cosas; que reprocháramos a los antepasados como si hubieran arrebatado a los mesenios su tierra injustamente o que, aunque se admitiera que la adquirieron con corrección y conveniencia, nosotros abandonáramos ni siquiera una parte
71 de ella, contra justicia. Nada de esto debe hacerse, sino examinar cómo lucharemos de acuerdo con nuestra propia dignidad y demostraremos que no mienten quienes acostumbran a elogiar a la ciudad. Antes bien, procuraremos dar la impresión de que nuestros panegiristas hablan sobre nosotros en términos inferiores a lo que
72 nos corresponde. Creo que no nos ocurrirá nada peor que la situación presente, sino que la manera de deliberar y actuar de los enemigos será la que nos ayude a restablecernos. Pero si nos engañamos en nuestras esperanzas, si nos atacan por todas partes y ni siquiera podemos defender la ciudad, es duro lo que voy a decir, pero no vacilaré en hablar con franqueza. Pues que los griegos conozcan mis palabras es más hermoso y más acorde con nuestra manera de pensar que los consejos que algunos os dan.

73 Afirmo[48] que es preciso enviar fuera de la ciudad a nuestros padres, hijos, mujeres y a todo el pueblo, unos hacia Sicilia, otros a Cirene, otros al continente[49]

---

[48] Un plan parecido al que aquí expone Arquidamo se había ya pensado con anterioridad en Esparta (cf. Tuc., I 81).

[49] Sicilia tenía amistad con Esparta a través del tirano Dionisio el Joven, Cirene era antigua colonia espartana y el continente puede ser Asia Menor, lo más probable, o el Sur de Italia, la Magna Grecia.

—todos los acogerán con alegría y les proporcionarán mucha tierra y los demás recursos necesarios para la vida, en parte por agradecimiento por los beneficios que recibieron, en parte esperando granjearse nuestra amistad con su iniciativa—. Recogidos los hombres que 74
quieran y puedan correr riesgos por la ciudad, saldremos de la ciudad sin otros bienes que cuantos podamos llevar con nosotros, tomaremos el territorio más seguro y conveniente para la guerra y devastaremos a los enemigos por tierra y mar hasta que desistan de discutirnos lo nuestro. Si nos atrevemos a esto y no nos echa- 75
mos atrás, veréis que quienes ahora nos mandan vienen a suplicarnos y a pedirnos que recobremos Mesenia y hagamos la paz.

¿Qué ciudad peloponesia resistiría una guerra como la que podríamos hacer si quisiéramos? ¿Quién no se asustaría y temería a un ejército firme que ha ejecutado cosas así, que está indignado justamente con los adversarios responsables de estos hechos, y en una situación desesperada respecto a la vida? Un ejército que 76
por su dedicación y por no gastar el tiempo en otra cosa que en la guerra se parece a un cuerpo de tropas mercenarias [50], pero tan notable por sus virtudes y hábitos que ningún hombre podría formar uno igual. Además no es utilizado por ningún estado establecido, sino que puede vivir al aire y andar por el territorio y acercarse con facilidad a los que quiera, y que además considera patria todos los lugares convenientes para la guerra. Yo creo que con sólo decir estas palabras y 77
extenderlas entre los griegos, nuestros enemigos caerán en enorme confusión, y más aún si nos vemos obligados a llevarlas a cabo. ¿Qué opinión creemos que tendrán, cuando lo pasen mal y no nos puedan hacer nada? ¿Qué 78

---

[50] En el siglo IV a. C. se prefieren las tropas mercenarias por su movilidad.

posibilidad de salvación en nuestras circunstancias, sino porque quería cambiar vuestra manera de pensar en el sentido de que debemos soportar estas calamidades y otras aún peores antes que firmar sobre Mesenia los tratados que nos ordenan.

87 No os animaría a la guerra con tanto entusiasmo si no viera que la paz que resulte como consecuencia de lo que digo será hermosa y firme, mientras que a partir de lo que algunos aconsejan resultaría una paz no sólo vergonzosa, sino ni siquiera duradera. Porque si asentamos a los hilotas cerca de nosotros y vemos con indiferencia crecer a esta ciudad[56], ¿quién ignora que pasaremos toda nuestra vida entre inquietudes y peligros? Por eso, los que hablan de seguridad olvidan que nos hacen una paz de pocos días de duración, y nos prepa-
88 ran, en cambio, la guerra para toda la vida. Con gusto les preguntaría por qué motivos piensan que deberíamos morir luchando. ¿No es suficiente que los enemigos nos ordenen algo contra justicia, nos dividan el territorio, liberen a nuestros súbditos, hagan que éstos residan en el lugar que nos dejaron nuestros padres, y no sólo nos priven de nuestros bienes, sino que, además de otros
89 males, nos impongan el deshonor? Mi opinión es que nos conviene soportar, en defensa de esto, no sólo la guerra sino el destierro y la muerte. Para nuestra fama es mucho mejor morir que vivir en la deshonra que recibiremos si hacemos lo que nos mandan. Resumiendo, si hay que decirlo todo, es preferible para nosotros ser aniquilados, antes que ser objeto de risa para los enemigos. Porque para quienes han vivido en tal honor

[56] Ya se ha dicho en la nota 25 que en el año 369 a. C. Mesenia era de hecho, independiente. Arquidamo engloba con el nombre de hilotas no sólo a éstos, sino también a los antiguos pobladores de Mesenia dispersos por toda Grecia. Sabemos que un número importante de mesenios se refugió en Sicilia, donde dieron su nombre a Mesina.

y orgullo debe haber estas dos posibilidades: o ser los primeros de los griegos o desaparecer completamente sin haber hecho ninguna acción miserable, sino procurándonos una hermosa muerte.

90 Es preciso que reflexionemos sobre estas cosas sin tener excesivo apego a la vida, sin dejarnos llevar por las opiniones de los aliados, que antes pensábamos dignas de seguirse, sino que juzgando por nosotros mismos elijamos no lo que es más cómodo para éstos, sino lo que resultará apropiado para Lacedemonia y para nuestras hazañas anteriores. Pues sobre un mismo asunto no deben deliberar todos de una misma manera, sino según cada uno haya fundado su vida desde el principio.

91 Nadie increparía a los epidaurios, a los corintios y a los fliasios[57] porque no pensaron en otra cosa sino en vivir y salvarse a sí mismos. Pero a los lacedemonios no les es posible buscar su salvación de cualquier manera, sino que si el salvarse no va unido al honor, es preferible para nosotros la muerte con honra. Pues los que discuten sobre la virtud no se deben aplicar a otra cosa que no sea mostrarse como gente que no hace nada indigno.

92 La disposición viciosa de las ciudades se manifiesta, así, no menos en deliberaciones semejantes que en los riesgos de la guerra. Porque la mayoría de esos riesgos dependen de la suerte, pero lo que se determina aquí es señal del propio pensamiento. Por eso debemos buscar la victoria tanto en lo que votemos aquí como en los combates armados.

93 Me admiran quienes están dispuestos a morir por su fama particular, pero no lo están a hacerlo por la fama común. Por ésta es digno sufrir cualquier cosa para no avergonzar a la ciudad, ni permitir que se abandone el puesto en el que nos colocaron nuestros padres[58].

---

[57] Los tres, aliados de Esparta que habían firmado con Tebas la paz.

[58] En el puesto de combate.

Presentándosenos muchas y graves acciones que debe-
94 mos evitar, vigilemos sobre todo que no se nos vea cometer ninguna cobardía ni ceder ante los enemigos contra justicia. Porque sería una vergüenza que quienes se consideraron dignos de gobernar a los griegos [59] fueran vistos obedeciendo órdenes y tan alejados de los antepasados que mientras aquéllos querían morir por mandar a otros [60], nosotros, en cambio, no nos atreviéramos a correr riesgos para no cumplir lo mandado.
95 Hemos de sentir vergüenza si pensamos en las Olimpiadas y otras fiestas solemnes, en las que cada uno de nosotros era más envidiable y admirado que los atletas que obtenían las victorias en los certámenes. ¿Quién se atrevería a acudir a ellas para ser despreciado en lugar de honrado, para ser objeto de la curiosidad general por
96 su miseria en vez de admirado por su virtud? ¿Quién soportaría, además de esto, ver que nuestros siervos obtienen de la tierra que nos dejaron nuestros padres más primicias y víctimas para sacrificios que nosotros? [61]. ¿Cómo se les podría oír unos insultos lógicos en gente que ha estado esclavizada con más dureza que otros y que ahora, en cambio, tratan a sus señores en plan de igualdad? Ante esto, cada uno de nosotros su-
97 friría tanto que nadie podría decirlo con palabras. Sobre estas cosas hay que deliberar y no irritarnos porque no saquemos ninguna ventaja, sino examinar ahora de qué manera no ocurrirá tal cosa. Porque la primera de las vergüenzas es no haber aceptado antes igualdad de

---

[59] La hegemonía espartana desde el año 404 a. C., derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso, hasta la batalla de Leuctra (371 a. C.).

[60] Cf. Tuc., I 140.

[61] Mientras Mesenia estuvo sometida a Esparta, los hilotas que cultivaban la tierra debían entregar a sus amos una producción fija. Arquidamo piensa que al ser libres, aumentará esta producción.

derechos con los hombres libres[62] y en cambio dar la sensación ahora de que aguantamos la libertad de lenguaje de los esclavos. Pues parece que antes fanfarro- 98
neábamos, y que, siendo parecidos a los demás en condiciones naturales, nos entregábamos a arrogancias y orgullos no sinceros sino fingidos. No proporcionemos este argumento a quienes acostumbran a hablar mal de nosotros; por el contrario, hemos de intentar refutar sus palabras, imitando las hazañas de los antepasados.

Acordaos de los que lucharon en Dipea[63] contra los 99
arcadios, de quienes cuentan que, formados en una sola línea de defensa, levantaron un trofeo por su victoria sobre muchas decenas de miles de soldados. Recordad también a los trescientos que en Tireas[64] vencieron en combate a todos los argivos, y a los mil que salieron al encuentro del enemigo en las Termópilas. Éstos se 100
lanzaron contra setecientos mil bárbaros y no huyeron ni fueron vencidos[65], sino que murieron en sus puestos y fue tal su actuación que quienes hacen artísticos elogios no pudieron igualar con sus alabanzas las virtudes de aquéllos. Teniendo en la memoria a todos éstos, nos 101
ocuparemos de la guerra con más ánimo y no aguardaremos a que sean otros los que curen las presentes desgracias. Antes bien, como es a nosotros a quienes nos han tocado, seremos nosotros los que intentaremos que desaparezcan. Los hombres de bien deben mostrarse superiores en tales ocasiones. Pues los buenos mo- 102
mentos esconden los defectos incluso de los malvados, pero las desgracias muestran al punto cómo es cada

62 Esa igualdad de derechos *(isēgoría)* se refiere a la que tenía que haber mantenido Esparta con sus aliados.

63 Dipea está en Arcadia central. Allí venció el rey Arquidamo a los arcadios el año 471 a. C.; cf. HERÓD., IX 35, y PAUS., VIII.

64 Localidad situada al NE de Lacedemonia, disputada por espartanos y argivos. La batalla tuvo lugar el año 542 a. C., HERÓD., I 82, y PAUSANIAS, II 38-5.

65 Cf. *Panegírico* 90-92.

pensarán al ver sus ciudades sometidas a asedio y la nuestra, en cambio, organizada de tal manera que nunca caerá en semejante desgracia? ¿Y cuando, además, vean que nos es fácil alimentar nuestros cuerpos con lo que tenemos y lo que nos resulte de la guerra, y difícil para ellos a causa de que no es lo mismo administrar un ejército que mantener las poblaciones de las ciudades?
79 Lo más doloroso de todo para ellos será cuando sepan que nuestros familiares se encuentran en la mayor abundancia y vean que los suyos carecen de lo necesario para el sustento cotidiano, y no puedan auxiliarlos en estos males, sino que pierdan las semillas al trabajar la tierra y si la dejan sin cultivar no sean capaces de
80 resistir tiempo alguno. Pero, quizá, agrupándose y formando un ejército común nos seguirán de cerca e impedirán que les hagamos daño. ¿Qué desearíamos más que encontrar cerca, en orden de batalla, acampados frente a nosotros en el mismo terreno difícil, a unos hombres indisciplinados, mezclados unos con otros y que necesitan muchos jefes?[51]. No habría necesidad de mucho esfuerzo, sino que con rapidez les obligaríamos a combatir en el momento favorable para nosotros, mas no para ellos.

81 No bastaría lo que falta de día si intentáramos contar las ventajas que se derivarán. Pero para todos es evidente esto, que hemos aventajado a los demás griegos no por el tamaño de nuestra ciudad ni por el gran número de habitantes[52], sino porque establecimos un régimen político semejante a un ejército bien organizado[53]

---

[51] Compárese lo que dice aquí Arquidamo de otros griegos con lo que se dice de los persas en *Panegírico* 150.

[52] Esparta tenía unos 10 kilómetros de circunferencia y unos 10.000 ciudadanos.

[53] Cf. Jenof., *La república de los lacedemonios*, donde se nos dan detalles de esa vida militar que impregna las costumbres espartanas.

y que quiere obedecer a sus jefes. Si esto nos distinguió
cuando sólo era una imitación, es indudable que si la
identidad de nuestro régimen con un ejército fuera total,
con facilidad venceríamos a los enemigos. Sabemos que 82
los fundadores de esta ciudad tenían un ejército peque-
ño cuando llegaron al Peloponeso, pero que se impusie-
ron a muchas y grandes ciudades. Es hermoso imitar
a los antepasados y volver de nuevo a los orígenes, y,
puesto que sufrimos un descalabro, intentar recuperar
los honores y poderes que tuvimos antes. Nos portaría- 83
mos de la peor manera si, después de saber que los
atenienses abandonaron su tierra por defender la liber-
tad de otros [54], nosotros no nos atreviésemos a abando-
nar la ciudad por nuestra propia salvación, sino que
debiendo ofrecernos a otros como ejemplo de tales
empresas, ni siquiera quisiéramos imitar las acciones
que aquéllos realizaron. Más ridículo aún que esto sería 84
que, si los focenses por huir de la soberanía del Gran
Rey abandonaron Asia y se asentaron en Marsella [55],
nosotros, en cambio, fuéramos tan pusilánimes que
obedeciéramos las órdenes de aquellos que nos han
estado sometidos siempre. No hay que entretener nues- 85
tro espíritu en el día en que deberemos separarnos de
nuestros más íntimos, sino dirigir la vista a ese momen-
to próximo en el que, después de vencer a los enemi-
gos, restauraremos la ciudad, traeremos a los nuestros
y mostraremos a todos que nuestra mala situación
actual es injusta, y que en el tiempo pasado fuimos
dignos de poseer más que otros con pleno derecho.
Así están las cosas. Yo he dicho estas palabras no por- 86
que tengáis que realizar esto ya, ni porque no exista otra

[54] Referencia a las guerras médicas.

[55] Los focenses abandonaron Asia Menor hacia el año 545 a. C. (Heród., I 65 ss.) y se establecieron en Córcega. Después, por presión cartaginesa fueron unos a Elea y otros a Marsella (Paus., X 8, 4).

uno[66]. En ellas debemos mostrar si nos hemos criado y educado en la virtud algo mejor que los demás.

103 Hay esperanza de que nos pueda ocurrir algo que nos convenga a partir de nuestra situación actual. Creo que no ignoráis que ya han sucedido muchas acciones parecidas y todos, en principio, pensaron que eran desgracias y se afligieron con quienes las sufrían, pero más tarde comprendieron que ellas eran la causa de los
104 mayores bienes. ¿Por qué contar lo pasado? También ahora descubriríamos que las ciudades de primera importancia, me refiero a la de los atenienses y a la de los tebanos, no tomaron un gran incremento a partir de la paz, sino que lo recobraron después de haber sufrido las circunstancias de la guerra. A partir de esta situación, la primera se hizo guía de los griegos y la segunda se ha hecho en el presente tan poderosa como nadie nunca pudo imaginarlo. Porque la brillantez y la gloria gustan de manifestarse en los combates, no en la inactividad.
105 Conviene que aspiremos a estos combates sin escatimar nuestros cuerpos, espíritus o bienes. Pues si enderezáramos la ciudad y pudiéramos situarla en el mismo lugar de donde cayó, seríamos más admirados que nuestros antepasados y no dejaríamos a nuestros descendientes la posibilidad de superarnos en bravura. Haríamos también que quienes quisieran elogiarnos no
106 pudieran decir nada digno de nuestras hazañas. No se os debe olvidar que todos prestan atención a esta reunión y a las resoluciones que vayamos a tomar. Que cada uno de vosotros adopte su parecer igual que daría prueba de su propia manera de ser en un teatro abierto a todos los griegos[67].

107 Hay simplemente que deliberar bien sobre estos asuntos. Si quisiéramos morir en defensa de la justicia no

---

[66] Idea parecida en DEMÓSTENES, *Olíntica* II 20.

[67] Metáfora usual entre los griegos.

sólo seríamos celebrados sino que también viviríamos seguros en el futuro. Pero si tememos los peligros, lle-
garemos a los más graves desórdenes. Después de ani- 108
marnos entre nosotros, devolvamos a la patria lo que gastó en alimentarnos [68] y no veamos con indiferencia que Lacedemonia es injuriada y despreciada, ni hagamos que quienes nos aprecian sean engañados en sus esperanzas. Tampoco nos mostremos como gente que estima más vivir que gozar de buena fama entre todos los hom-
bres. Hemos de pensar que es más hermoso cambiar 109
una fama inmortal por un cuerpo mortal, comprar con una vida que no tendremos sino pocos años una celebridad tan grande que les durará siempre a nuestros descendientes, que cubrirnos de enorme vergüenza por
apegarnos a una corta vida. Creo que os animaríais mu- 110
chísimo a la guerra si en vuestros pensamientos vierais presentes a nuestros padres e hijos, los primeros exhortándonos a no deshonrar el nombre de Esparta ni las leyes en las que fuimos educados ni los combates que en su época ocurrieron, y los segundos reclamando la tierra que dejaron los antepasados, el dominio de los griegos y la hegemonía que nosotros recibimos de nuestros padres. Ante esto no podríamos decir que no son justas las cosas que piden unos y otros.

No sé qué más se puede decir, a no ser lo siguiente: 111
que en las muchas guerras y peligros ocurridos a esta ciudad nunca los enemigos levantaron un trofeo nuestro mientras fue su guía un rey de nuestra familia [69]. Es propio de hombres inteligentes que ante peligros futuros acepten más que los consejos de otros, los de aquellos jefes que les llevaron a la victoria en los combates.

---

[68] Lo mismo en LISIAS, *Contra Andócides* 49, y PLATÓN, *República* 520 B.

[69] Arquidamo pertenecía a la familia de los Euripóntidas; véase nota 4.

SOBRE LA PAZ (VIII)

INTRODUCCIÓN

El año 357 a. C., Quíos, Rodas, Cos y Bizancio abandonan la segunda liga marítima, fundada veinte años antes. Estalla entonces la guerra de los confederados que durará hasta el 355 a. C. El discurso *Sobre la paz* se ha pronunciado entre esos años, probablemente en 356 a. C., porque los datos que nos dan sus parágrafos 19 y 20 nos hacen pensar que la guerra dura ya algún tiempo.

Según P. Cloché[1], el tema dominante del discurso es criticar el imperialismo marítimo, ambición común de atenienses y espartanos, y reclamar el cese inmediato de las hostilidades.

W. Jaeger[2], que sitúa el discurso *Areopagítico* antes que el *Sobre la paz*, considera que Isócrates estaba ya desengañado del renacimiento de Atenas, precisamente cuando las ideas expuestas en el *Areopagítico* habían comenzado a arraigar en la juventud de su ciudad. Para Jaeger el *Sobre la paz* representa la abolición de todos los planes de Isócrates, que aconseja abandonar

---

1 *Isocrate...*, págs. 76-77.

2 *Paideia...*, pág. 916.

toda pretensión de imperio y lograr la paz con todo el mundo.

Dentro de este panorama de política exterior, Isócrates aprovecha para hacer algunas consideraciones sobre la política interna de la ciudad. Mathieu[3] ha hecho notar que este es el primero de los discursos políticos en que Isócrates se dirige directamente a los atenienses, ya que el *Panegírico* iba dirigido a todos los griegos y el *Panatenaico* lo pronunciaba otro. Sin embargo, es evidente que Isócrates habla en nombre de una minoría conservadora partidaria de la paz, uno de cuyos líderes era Eubulo, un experto financiero.

Tenemos testimonios[4] de que la situación financiera de Atenas era catastrófica por estos años; precisamente Eubulo, con Calístrato y Licurgo introdujeron el orden en estas finanzas. Una guerra costosa en estas circunstancias era, desde luego, una enorme dificultad.

El esquema del discurso es el siguiente:

1-15. Exordio. Dificultad de decir la verdad a los atenienses.

16-25. Es forzoso firmar la paz que traerá ventajas materiales y éticas.

26-60. Los estados, como los individuos, han de tener su propia moral; la política interior y exterior de Atenas ha sido peligrosa.

61-116. Crítica de la política imperialista; la causa es la corrompida educación del pueblo y sus dirigentes. El comienzo del imperio marítimo fue también el comienzo de todos los males. Crítica también de la política agresiva de Esparta.

117-131. Pequeños pueblos, como los tesalios y megarenses han logrado grandes éxitos; pero la soberbia del poder y los

---

[3] *Isocrate...*, III, pág. 3.

[4] En Demóst., *Sobre la Corona* 234, y Jenof., *Sobre los ingresos públicos*.

demagogos que sólo piensan en su interés personal, han llevado a Atenas a la ruina.

132-145. Propuestas de reformas; posible hegemonía de Atenas como honor concedido por los demás estados, no impuesta. Invitación a otros oradores para que ayuden al autor en su tarea.

Mathieu señala[5] que los parágrafos 132-134 del *Sobre la paz,* introducidos en el discurso *Sobre el cambio de fortunas,* presentan un texto bastante diferente al que aquí tenemos. Las razones de este cambio vendrían dadas por la situación política que aconsejarían la corrección de las ideas vertidas en este pasaje.

Argumento de un escritor desconocido

Cares fue enviado a someter Anfípolis, que en aquella época era autónoma y dirigía sus propios asuntos, porque los lacedemonios estaban en mala situación después de la batalla de Leuctra, y los atenienses debilitados. Cares pensaba que conquistaría Anfípolis sin trabajo y, como ansiaba devolver a los atenienses su antiguo poder, atacó a los quiotas, a los rodios y a los restantes aliados. Estos resistieron y Cares sufrió tal derrota que no sabía qué hacer. Porque si se retiraba y marchaba contra Anfípolis, los aliados en venganza atacarían el Ática. Conocedores de esto, los atenienses solicitaron treguas que establecieron de inmediato los quiotas y los rodios junto con los demás. Esta fue la llamada guerra con los aliados.

En estas circunstancias se reunió la Asamblea Popular para tratar de poner fin a la guerra. Isócrates se levantó para aconsejar[6] que no había que inmiscuirse en cosas ajenas, sino man-

---

[5] *Isocrate...,* III, pág. 6.

[6] El discurso, como todos los de la etapa política de Isócrates, jamás se pronunció en público. El anónimo autor del argumento cree que realmente se dijo ante la asamblea popular.

tenerse tranquilos. Y dividió el discurso en dos partes: en la primera decía que se permitiera a los quiotas y a los demás ser autónomos, y en la segunda que se abandonara la hegemonía marítima. Se dice que a esta última parte Arístides opuso su discurso *Refutación de la paz*. Este es el argumento. El fundamento del discurso es la utilidad y es una obra práctica porque es un consejo sobre la paz.

Si alguna vez te vieras obligado a pronunciar un exordio general, emplea en él una afirmación particular, como la que aparece en el *Sobre la paz* de Isócrates, cuando dice: «Venimos a hablar de cosas importantes: de la guerra y de la paz». Lo más hermoso en estos discursos es el método, que metódicamente hagamos hincapié en unas mismas cosas, por más tradicional que sea el tema.

1 Todos los que llegan aquí tienen por costumbre afirmar que van a aconsejar sobre los asuntos más importantes y más dignos de cuidado para la ciudad. Aunque tal advertencia fue adecuada también a algunos otros asuntos, me parece que conviene empezar así a tratar
2 sobre la situación actual[7]. Porque venimos a deliberar en asamblea sobre la guerra y la paz, asuntos que tienen la mayor influencia en la vida humana. Quienes deliberan correctamente sobre ellos es forzoso que actúen mejor que los demás. Tal es la importancia del asunto por el que nos hemos reunido.

3 Veo que vosotros no concedéis idéntica audiencia a todos los oradores, sino que a unos les prestáis atención, y de otros, en cambio, ni soportáis la voz[8]. Y no hacéis nada sorprendente. Pues ya antes solíais expulsar a todos menos a quienes hablaban de acuerdo con
4 vuestros deseos. Cuaquiera os censuraría con razón esta

---

[7] Lugar común, empleado también por DEMÓST., en *Contra Timócrates* 4.

[8] Lo mismo en *Sobre el cambio de fortunas* 22.

actitud, porque, a pesar de saber que muchas y grandes casas han quedado destruidas por los aduladores y aunque odiais a quienes emplean este sistema en los asuntos privados, no pensáis lo mismo sobre ellos cuando se trata de asuntos públicos [9]. Por el contrario, mientras acusáis a quienes aceptan y lo pasan bien con gentes así, mostráis que vuestra confianza es mayor en ellos que en otros ciudadanos. Habéis hecho que los 5
oradores pongan su cuidado y pensamiento no en tratar lo conveniente para la ciudad, sino en cómo pronunciarán discursos que os agraden. A ese tipo de discursos se precipita [10] ahora la mayoría de los oradores. Pues está claro para todos que disfrutaríais más con quienes os exhortan a la guerra que con los que os aconsejan la paz. Los primeros producen la expectación al 6
decir que recuperaremos las propiedades en las ciudades [11] y recobraremos de nuevo el poder que antes tuvimos. Los segundos no prometen nada parecido. Dicen que hay que mantenerse en paz y no intentar grandes empresas contra justicia, sino contentarse con lo presente. Esto es precisamente lo más difícil de todo 7
para la mayoría de los hombres. Pues tan atados estamos a las esperanzas y somos tan insaciables de lo que nos parece ventajoso, que ni los que han adquirido la mayor riqueza quieren conformarse con ella,

---

9 Moral privada y moral pública no deben contradecirse entre sí. Por eso Isócrates afirma ahora la validez de la moral privada incluso para las relaciones entre los estados (Jaeger, *Paideia...*, pág. 919).

10 Mathieu, *Isocrate...*, III, pág. 12, n. 1, compara el verbo aquí utilizado (*errýēken*) con la imagen del torrente usada por Plat., en *Rep.* 485 D.

11 Una de las claúsulas de la segunda liga marítima era que Atenas no utilizaría su hegemonía para instalar ciudadanos en otros estados griegos (cleruquías). A pesar de ello, Atenas los había establecido en el Quersoneso, Potidea y Samos (Diodoro, XV 81, 5).

sino que, por desear más, corren peligro en lo que poseen. Esto es lo que hay que temer, que también
8 ahora nosotros resultemos reos de estas locuras. Me parece, en efecto, que algunos se sienten muy inclinados a la guerra, como si no fueran sus consejeros unos cualquiera sino que hubieran oído a los dioses que prosperaremos en todo y venceremos con facilidad a los enemigos. Es necesario que las gentes con sentido no deliberen sobre lo que saben —cosa superflua— sino que actúen de acuerdo con lo que han resuelto, y si deliberan sobre algo, que no crean saber lo que ocurrirá, sino que piensen que manejan una opinión, pero
9 las cosas sucederán de acuerdo con el azar. Vosotros no hacéis ninguna de estas dos cosas, y, en cambio, os encontráis en la mayor confusión posible. Os habéis reunido, en efecto, con la idea de que tenéis que elegir la mejor propuesta de todas las que se digan, pero, como si ya supiérais bien lo que hay que hacer, no queréis oír sino a quienes hablan ante la asamblea
10 buscando vuestro agrado[12]. Convendría que vosotros si queréis buscar lo ventajoso para la ciudad, prestárais mayor atención a los que se oponen a vuestra manera de pensar que a los que os dan la razón por agradaros, y que supiérais que de los oradores que aquí vienen, los que hablan de acuerdo con vuestros deseos, pueden engañaros con facilidad —porque lo que se dice para daros gusto os oscurece la visión de lo que es mejor— y en cambio, no os ocurrirá lo mismo con los
11 que no os aconsejan cosas de vuestro agrado. Porque no podrían cambiar vuestra manera de pensar si no demostraran con claridad la utilidad de sus consejos. Aparte de esto, ¿cómo podrían las personas juzgar bien sobre lo pasado o deliberar sobre el porvenir si

12 Es éste un lugar común en la oratoria judicial.

no examinasen los discursos de los adversarios y ellos mismos no estuvieran dispuestos a oír con imparcialidad a las dos partes? Me causa asombro el que los 12
viejos no recuerden ni los jóvenes hayan oído que nunca sufrimos mal alguno a causa de los que nos aconsejaron mantener la paz, mientras que hemos caído ya en muchas y enormes desgracias por culpa de quienes eligieron fácilmente la guerra. De esto nosotros no nos acordamos, sino que estamos dispuestos, con perjuicio de nuestro futuro, a equipar trirremes, a imponer tributos monetarios, a ayudar y a hacer la guerra a cualquiera, como si corriéramos peligro en una ciudad extraña. La causa de estas cosas es que vosotros de- 13
bíais aplicaros por igual a los asuntos públicos y a los privados, pero no tenéis sobre ellos la misma manera de pensar. Por el contrario, cuando tomáis una resolución sobre vuestros asuntos particulares, buscáis como consejeros a quienes son más inteligentes que vosotros mismos, pero cuando os reunís en asamblea en favor de la ciudad, desconfiáis de tales consejeros y los aborrecéis. Rodeáis de elogios, en cambio, a los peores de cuantos suben a la tribuna y pensáis que son más útiles al pueblo los embriagados que los sobrios, los necios que los inteligentes, los que se reparten los fondos estatales que quienes sostienen un servicio público con sus fortunas particulares [13]. Por eso hay que sorprenderse si alguno espera que la ciudad mejore utilizando tales consejeros.

Yo sé que es difícil oponerse a vuestro pensamiento, 14
y que, aunque estemos en una democracia, no existe

---

[13] Isócrates defiende a la minoría conservadora, a la que él pertenece, de los ataques que se le hacen, acusándola de antidemocrática. Esta minoría, con su dinero empleado en los servicios públicos, es la que más ha contribuido a la conservación del estado (Jaeger, *Paideia*..., pág. 903).

libertad de expresión salvo aquí, para los insensatos
que no piensan en vosotros y, en el teatro, para los
autores de comedias [14]. Lo peor de todo es que a quie-
nes sacan a la luz ante los demás griegos los errores
de la ciudad les tengáis un agradecimiento que no de-
mostráis a quienes obran bien [15], y que tratéis tan mal
a los que os reprenden y advierten como a quienes ha-
15 cen algún daño a la ciudad. A pesar de que las cosas
están así, no renunciaré a mi proyecto. He venido no
para agradaros ni para pretender vuestro voto, sino
para declarar lo que sé, en primer lugar, sobre lo que
los prítanes proponen, y después, sobre otros asuntos
de la ciudad. Porque no resultará ninguna utilidad de
lo que ahora resolvamos sobre la paz, si no delibera-
mos correctamente también sobre el resto de los asun-
16 tos. Sostengo que es preciso hacer la paz no sólo con
los quiotas, rodios y bizantinos, sino con todos los
hombres y que utilicemos no los tratados que ahora
algunos han suscrito, sino aquéllos que se firmaron con
el rey y los lacedemonios, donde se fija que los griegos
sean autónomos, que las guarniciones salgan de las ciu-
dades ajenas y que cada uno tenga su propio territo-
rio [16]. No hallaremos tratados más justos que éstos ni
más útiles para la ciudad.

---

14 La crítica de la libertad de lenguaje en los autores cómicos, va siempre referida a la comedia del s. v, no a la del IV (MATHIEU, *Les idées...*, pág. 29).

15 Recuérdese que éste fue el argumento empleado por Cleón para denunciar a Aristófanes tras la representación de *Los Babilonios*.

16 Isócrates aconseja retornar a la paz de Antálcidas (año 387 a. C.) como base para la política exterior, lo que equivalía a renunciar a la hegemonía marítima ateniense; este programa presenta una gran afinidad con el escrito de JENOFONTE, *Sobre los ingresos públicos*, de la misma época (JAEGER, *Paideia...*, pág. 917).

Si terminara aquí mi discurso, sé que daría la impresión de perjudicar a la ciudad, si nosotros abandonamos sin necesidad las ciudades que tenemos y los tebanos, en cambio, van a quedarse con Tespis, Platea y las demás ciudades que ocuparon en contra de los juramentos[17]. Pero si, prestándome atención, me escucháis hasta el final, creo que todos comprenderéis la enorme insensatez y locura de quienes piensan que la injusticia es una ventaja, de los que retienen por la fuerza ciudades ajenas y de los que no cuentan con las desgracias que se derivan de tal situación. Esto es lo que intentaremos enseñaros a través de todo el discurso. En primer lugar, vamos a hablar sobre la paz y a examinar qué cosa querríamos que nos ocurriese en la actualidad. Porque si esto lo delimitamos bien y con inteligencia, desde esta base reflexionaremos mejor sobre los demás asuntos[18].

17

18

¿Sería suficiente para nosotros vivir con seguridad en la ciudad, tener abundancia de medios, el mismo parecer entre nosotros mismos y gozar de buena fama entre los griegos? Yo creo que con estas cosas la ciudad sería completamente feliz[19]. La guerra, en cambio,

19

17 MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 16, n. 1, precisa que la ocupación de Tespis y Platea efectuada por los tebanos, no violaba la paz de Antálcidas, sino la llamada «paz del rey», suscrita el año 374 a. C.

18 Igual que Platón, Isócrates parte de lo generalmente reconocido; a este sistema de determinar un principio supremo le llama «hipótesis» y de ella arranca la deducción política contenida en este pasaje (JAEGER, *Paideia...*, pág. 880, n. 57).

19 El objetivo de la cultura retórica de Isócrates es crear el estado de perfección de la vida humana, que llama, con los filósofos *eudaimonía*; esta idea es siempre la base del pensamiento político de Isócrates. Aquí, en este pasaje, se reconoce la *eudaimonía* como meta de sus aspiraciones políticas. Este concepto encierra los siguientes postulados: 1) seguridad, 2)

nos ha privado de todo lo dicho. Porque nos hizo más pobres, nos obligó a soportar muchos peligros, nos enemistó con los griegos y nos ha agotado con toda clase
20 de desastres. Por el contrario, si hiciéramos la paz y nos adaptáramos a lo que mandan los tratados comunes[20], habitaríamos la ciudad con enorme seguridad y alejaríamos las guerras, peligros y desorden en que ahora nos enfrentamos entre nosotros. Además aumentaría nuestra abundancia de recursos para cada día, pondríamos fin a los tributos, trierarquías y demás servicios públicos para la guerra, cultivaríamos sin miedo la tierra, navegaríamos por el mar[21] y emprenderíamos las demás actividades que ahora están abandona-
21 das por culpa de la guerra. Veríamos que la ciudad recibiría el doble de ingresos que en la actualidad, que estaría llena de comerciantes, extranjeros y metecos, de los que ahora está desierta[22]. Y lo más importante: tendríamos a todos los hombres como aliados, no por la fuerza, sino por convicción, y nos acogerían no por nuestro poderío en momentos de seguridad para desertar en los de peligro, sino que se portarían con nosotros como deben hacerlo auténticos aliados y amigos.
22 Además de estas ventajas, adquiriríamos con facilidad mediante embajadas aquéllos que ahora no podemos recobrar por culpa de la guerra y del enorme gasto. No creáis que Cersoblepto lucharía por el Quersoneso

---

prosperidad, 3) armonía interior, 4) prestigio ante el exterior (Jaeger, *Paideia*..., pág. 878, n. 37, y 881, n. 59).

[20] Alusión a la paz de Antálcidas.

[21] La libertad de los mares que aquí propugna Isócrates se cumplirá en una de las cláusulas de la liga de Corinto (Mathieu, *Les idées*..., pág. 212).

[22] Los extranjeros pagaban un impuesto especial (*xenikà télē*) y los metecos el *metoíkion*, 12 dracmas el varón y 6 la mujer.

ni Filipo por Anfípolis si vieran que nosotros no deseamos ningún territorio ajeno[23]. Porque ahora temen con razón que nuestra ciudad se haga vecina de sus reinos. Ven, en efecto, que nosotros no nos conforma- 23
mos con lo que tenemos, sino que siempre deseamos más. Si cambiáramos nuestro modo de ser y consiguiéramos mejor fama, no sólo se marcharían de nuestro territorio, sino que nos darían parte del suyo. Pues les convendría tratar con cuidado el poder de la ciudad para tener seguros sus propios reinos. Podríamos con- 24
seguir en Tracia tanto territorio como para no sólo estar nosotros en la opulencia sino poder proporcionar una vida apropiada a los griegos necesitados y que por su pobreza andan errantes. Porque en un lugar donde Atenodoro[24] y Calístrato[25], el primero un simple particular, el segundo, un desterrado, han sido capaces de fundar ciudades, nosotros, si queremos, podríamos ocupar muchas poblaciones semejantes. Es preciso que quienes están al frente de los griegos consideren que es mucho mejor guiar tales empresas que guerras y ejércitos mercenarios, precisamente lo que ahora nosotros deseamos.

Sobre lo que anuncian los embajadores, es esto 25
suficiente y quizá cualquiera añadiría más cosas a éstas. Creo que nosotros debemos no sólo votar la paz antes de abandonar la asamblea sino también deliberar cómo la mantendremos sin hacer lo que acostumbra-

---

23 Cersoblepto había ocupado el año 359 casi todo el Quersoneso, del que había sido expulsado por el ateniense Cares el 357. En cuanto a Filipo, se había apoderado de Anfípolis el 357 a. C.

24 Ciudadano ateniense, capitán de una tropa mercenaria al servicio del rey persa; más tarde pasó al Quersoneso y fundó una colonia no conocida.

25 Orador ateniense que, acusado de traición, marchó a Tracia. Colaboró en el restablecimiento de la ciudad de Dato.

mos: dejar pasar algún tiempo para volver a los mismos desórdenes, y cómo lograremos no un aplazamiento sino una liberación de los males presentes.
26 Nada de esto se puede conseguir antes de persuadiros de que la tranquilidad es más útil y provechosa que el afán de novedades, más la justicia que la injusticia, y más el cuidado de los asuntos particulares que la ambición de los ajenos. Sobre esto ningún orador se atrevió a hablaros jamás[26]. Yo, en cambio, quiero dedicar a estos temas la mayoría de mis palabras hacia vosotros, porque veo que está en ellos la felicidad y no en lo que
27 ahora hacemos. Quien intente hablar ante el pueblo de manera distinta a lo habitual, y quiera cambiar vuestra manera de pensar, debe tocar en su discurso muchos asuntos, expresarse con prolijidad, recordar unas cosas, criticar otras, aplaudir algunas y aconsejar sobre otras. Difícilmente con todo esto uno podría induciros a pensar en lo mejor[27].

28 La situación es la siguiente: me parece que todos desean su conveniencia y tener más que otros, pero no saben qué acciones conducen a esto, sino que sus opiniones difieren mucho entre sí. Unos tienen una manera de pensar conveniente y que puede tender a su provecho, pero la opinión de otros les hace apartarse
29 totalmente de su utilidad[28]. Esto es precisamente lo que le sucede a la ciudad. Porque nosotros creemos que si navegamos por el mar con muchas trirremes, si

---

[26] Lugar común en la oratoria.

[27] Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 919, en este pasaje queda clara la voluntad de Isócrates de cambiar las ideas y los sentimientos de los atenienses en la cuestión del poder.

[28] Kennedy, *The Art...*, págs. 183-184 destaca la síntesis moral de los argumentos que Isócrates emplea a partir de este parágrafo. Debe extirparse la tendencia ambiciosa del estado ateniense a dominar sobre las demás ciudades (Jaeger, *Paideia...*, pág. 916).

obligamos a las ciudades a pagarnos tributos [29] y a en-
viar aquí consejeros [30], lograremos algo provechoso.
Pero nos engañamos por completo. Nada de lo que
esperábamos ha sucedido, y de eso mismo nos han
venido enemistades, guerras y gastos enormes. Cosa
lógica. Antes, partiendo de un afán parecido nos pusi- 30
mos en los peores peligros. Pero cuando ofrecimos la
ciudad como garantía de justicia, socorrimos a los agra-
viados y no deseamos lo ajeno, recibimos la hegemo-
nía de los griegos que nos la dieron de buen grado.
Ahora, desde hace ya mucho tiempo, los despreciamos
de manera absurda y muy a la ligera. Algunos han 31
llegado a tal grado de insensatez como para creer que
la injusticia es censurable, pero ventajosa y útil para
la vida diaria, mientras que la justicia es estimada,
pero perjudicial y capaz de ayudar más a los ajenos 32
que a quienes la poseen. No saben que para la riqueza,
la fama, las buenas acciones y, en una palabra, la feli-
cidad, nada reúne tanto poder como la virtud y sus
partes. Pues con los bienes que tenemos en el alma
adquirimos también las demás ventajas que necesita-
mos. Por eso los que descuidan su inteligencia se olvi-
dan de que al mismo tiempo desdeñan pensar y actuar 33
mejor. Me asombra que alguno crea que quienes se
ejercitan en la piedad y en la justicia y son firmes y
perseverantes en ellas esperen quedar en inferioridad
ante los malvados y no crean que conseguirán de los

[29] El tributo (*phóros*) pagado por los aliados de la primera confederación ático-délica, que era muy impopular, fue sustituido por las «contribuciones» (*syntáxeis*) durante la segunda liga marítima.

[30] Los diputados (*sýnedroi*) enviados al consejo común de los aliados; ellos eran en teoría los encargados de aprobar los impuestos pero, de hecho, los estrategos atenienses los elevaban a su arbitrio.

dioses y de los hombres más que otros[31]. Yo estoy convencido de que sólo ellos son superiores en lo que se debe desear, mientras que los demás lo son en cosas
34 peores. Porque veo que quienes prefieren la injusticia y consideran el mayor bien apoderarse de lo ajeno, sufren lo mismo que los animales atraídos por un cebo: disfrutan al principio de lo que cogieron, pero poco después se encuentran en las mayores calamidades. En cambio, quienes viven con piedad y justicia, pasan con seguridad el tiempo presente y tienen las
35 más dulces esperanzas para la eternidad[32]. Y si esto no suele suceder siempre de esta manera, al menos así ocurre la mayoría de las veces. Es preciso que los inteligentes demuestren que escogen lo que sirve frecuentemente de ayuda, ya que no somos capaces de distinguir lo que siempre puede aprovecharnos. En cambio, son los más insensatos cuantos piensan que la justicia es una hermosa práctica y más grata a los dioses que la injusticia, pero creen que vivirán peor los que la usan que los que prefieren la maldad.

36 Me gustaría que tan fácil como es aplaudir la virtud, igual lo fuera persuadir a los oyentes a practicarla. Pero mi temor ahora es que hablemos inútilmente. Pues hace ya mucho tiempo que estamos corrompidos por hombres que no pueden hacer otra cosa sino engañar. Ellos desprecian tanto al pueblo, que, cuando quieren dirigir la guerra contra alguien, reciben dinero para atreverse a decir que debemos imitar a los antepasados y no permitir que se rían de nosotros ni que naveguen por el mar quienes no quieren pagarnos tributo.
37 Con gusto preguntaría a esos individuos a qué antepa-

---

[31] Es una cínica confesión, repetida en *Nicocles* 2 y *Sobre el cambio de fortunas* 282.

[32] Idea repetida en *A Demónico* 39.

sados nos ordenan parecernos; ¿acaso a los que vivieron las guerras pérsicas o a los que gobernaron la ciudad antes de la guerra de Decelia?[33]. Si se refieren a estos últimos, no nos aconsejan otra cosa que volver a correr el riesgo de la esclavitud. Si se trata, en cambio, 38
de los que vencieron a los bárbaros en Maratón y de sus antecesores, ¿cómo no serían estos consejeros los más desvergonzados de todos si, aplaudiendo a los que entonces gobernaban, os inducen a hacer lo contrario de aquéllos y a cometer errores tan graves que no sé qué hacer, si servirme de la verdad como en otros casos o callar por temor a vuestra enemistad? Me parece que lo mejor será hablar de ello, aunque veo que vosotros tratáis peor a quienes critican el mal que a los que lo han producido. No me daría vergüenza mos- 39
trarme como alguien que piensa más en su propia fama que en la salvación común. Es tarea mía y de otros que se preocupan por la ciudad elegir no los discursos más gratos, sino los más útiles. Por vuestra parte, debéis saber que los médicos han encontrado muchos remedios de todo tipo para las enfermedades del cuerpo, pero que para las almas ignorantes y cargadas de malos deseos no hay otro remedio que el discurso que se atreve a reprender a los equivocados[34]. Debéis sa- 40
ber también que sería ridículo soportar las cauterizaciones y amputaciones de los médicos para librarnos de dolores mayores, y, en cambio, rechazar los discur-

---

33 Crítica de la hegemonía ateniense deplorando sus actos de violencia; más hábil que Andócides y Esquines, Isócrates apenas comenta la prosperidad financiera de Atenas fundada sobre su imperio (Mathieu, *Isocrate...*, pág. 22).

34 Como hace Sócrates en el *Gorgias* platónico, Isócrates se compara aquí con el médico que ha de quemar y cortar para curar. Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 922, n. 3, esta comparación no cuadra muy bien al antagonismo de partidos al que Isócrates la aplica.

sos antes de saber con claridad si tienen tanto poder como para ayudar a los oyentes.

41 Advertí estas cosas porque quiero hablaros del resto sin ocultar nada, sino con completa libertad. Un hombre que venga de fuera, que nunca se haya corrompido con nosotros, sino que se entere de pronto de lo que ocurre, ¿no pensaría que nosotros estamos locos o deliramos? Nosotros, que nos ufanamos con las hazañas de los antepasados y que creemos conveniente ensalzar a la ciudad por las acciones de entonces, no hacemos nada parecido a aquéllos, sino todo lo contrario.
42 Nuestros antepasados emplearon su vida guerreando con los bárbaros en provecho de los griegos, nosotros, en cambio, trasladamos desde Asia a los que allí viven y los conducimos contra los griegos [35]. Ellos merecieron la hegemonía al liberar las ciudades griegas y socorrerlas, pero nosotros, esclavizándolas y haciendo lo contrario que aquéllos, nos enfadamos si no tenemos
43 su mismo honor. Tanto nos hemos alejado en obras y pensamientos de los que vivieron en aquella época, que ellos se atrevieron a abandonar su propia patria para salvar a otros, y vencieron a los bárbaros en lucha terrestre y naval [36], mientras que a nosotros ni siquiera por nuestra codicia nos parece bien correr
44 peligros. Por el contrario, buscamos mandar sobre todos, pero no queremos ir a una expedición militar [37], y nos falta poco para emprender la guerra contra todos los hombres, pero para ella no nos ejercitamos a nosotros mismos, sino a hombres desterrados, deser-

---

35 El general ateniense Cares empleó mercenarios asiáticos en la guerra de los aliados.

36 Alusión a Maratón y Salamina.

37 La misma crítica dirige a los atenienses Demóstenes, en *Filípica* I 7-8 y 43-44.

tores o que proceden de otras maldades, gente que si uno les paga un sueldo mayor, irá con él contra nosotros. A pesar de todo, tanto les apreciamos que, si 45
hicieran daño a alguno de nuestros hijos, no querríamos presentar querella, y cuando caen sobre nosotros las acusaciones por sus saqueos, violencias e infracciones, no sólo no nos indignamos, sino que incluso disfrutamos al oír que han hecho algo de este estilo.
Hemos llegado a tal grado de locura que, faltándonos 46
el sustento cotidiano, hemos intentado mantener tropas mercenarias y maltratamos e imponemos un tributo especial a nuestros aliados para proporcionar un sueldo a enemigos comunes a todos los hombres[38].
Somos tan inferiores a nuestros antepasados, no sólo 47
respecto a los ilustres, sino también a los que fueron odiados, que aquéllos, si habían votado hacer la guerra a alguien, creían que tenían que poner en peligro sus propias personas para defender su opinión, aunque la acrópolis estuviera llena de plata y oro. Nosotros, en cambio, a pesar de haber llegado a tanta miseria y de ser tantos, utilizamos, como el gran rey, tropas mercenarias. En aquella época, si equipaban 48
trirremes, embarcaban en ellas como marineros a los extranjeros y a los esclavos, y enviaban con armas a los ciudadanos. Ahora utilizamos hoplitas extranjeros y obligamos a los ciudadanos a remar, de forma que cuando desembarquen en tierra enemiga, los que pretenden mandar a los griegos saldrán de la nave con un cojín de remero, y aquéllos, cuya manera de ser referí hace poco, soportarán el peligro con las armas.

Si uno viera que las cosas de la ciudad están bien 49
administradas, podría también enfrentarse al resto,

[38] Demóstenes llama a estos mercenarios «enemigos comunes de todo territorio» (*koinoí katà pâsan chôran echthroí*).

pero ¿no se enojaría especialmente por aquéllas? Nosotros decimos que somos autóctonos[39] y que esta ciudad fue fundada antes que las demás, y cuando debíamos ser un ejemplo para todos de buen gobierno y organización, administramos nuestra ciudad peor y con más desorden que las ciudades fundadas recientemen-
50 te. Además, nos vanagloriamos y enorgullecemos por haber nacido mejor que los demás, pero extendemos esta nobleza de origen a los que la desean más fácilmente que los tríbalos[40] y lucanos[41] hacen participar a otros de su bajo nacimiento. Establecemos muchas leyes[42], pero nos ocupamos tan poco de ellas —si oís un sólo caso, conoceréis también los demás— que votamos a mano alzada como estrategos a quienes con toda evidencia han sido convictos de corrupción[43], delito para el que está fijada pena de muerte, y ponemos al frente de los asuntos más importantes al que
51 pudo corromper más ciudadanos. Nos preocupamos de la constitución política no menos que de la salvación de toda la ciudad, y aunque sabemos que la democracia crece y se mantiene en la tranquilidad y la seguridad y que ya ha sido destruída por dos veces en la guerra, sin embargo, a los que desean la paz los aborrecemos como si fueran simpatizantes de los oligarcas, mientras que tenemos por buenos y preocupados demócra-
52 tas a los partidarios de la guerra. Siendo muy exper-

---

39 Lugar común ya repetido en *Panegírico* 24-25: también se encuentra en Tuc., I 2, Plat., *Menéx.* 237 D, etc.

40 Los tríbalos eran una tribu salvaje del interior de Tracia; su grosería era proverbial en Atenas desde el s. v (véase Aristf., *Aves* 1529 sigs.).

41 Los lucanos eran un pueblo feroz del sur de Italia.

42 Cf. *Areopagítico* 40 y 41.

43 Una alusión a Cares; así piensa G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 40, n. a.

tos en palabras y acciones, nuestro comportamiento es tan absurdo que no siempre opinamos lo mismo sobre un mismo asunto en el mismo día. Por el contrario, lo que censuramos antes de subir a la asamblea, después que entramos lo votamos a mano alzada, y sin dejar pasar mucho tiempo, cuando nos vamos volvemos a criticar lo que allí se votó. Pretendiendo ser los más sabios de los griegos, usamos tales consejeros que no hay quien no los desprecie, y hacemos dueños de todos los asuntos públicos a gente a la que nadie confiaría los suyos particulares[44]. Y lo más fu- 53
nesto de todo: consideramos los más fieles guardianes de la constitución a quienes reconocemos como los peores ciudadanos, pensamos que los metecos son iguales a sus patronos, pero nosotros mismos creemos que no tendremos la misma fama que quienes nos mandan.
Tanto nos diferenciamos de nuestros antepasados, 54
que ellos hacían jefes de la ciudad y elegían como generales a los mismos[45], por pensar que el que puede aconsejar lo mejor en la tribuna de oradores, ése también deliberará lo mejor por sí mismo. Nosotros
hacemos lo contrario. A las personas que usamos como 55
consejeros para asuntos de importancia no las consideramos dignas de ser votadas como estrategos, como si no tuvieran inteligencia. En cambio, a quienes nadie consultaría un asunto privado ni público, a ésos los enviamos fuera con plenos poderes[46] como si fueran a ser allí los más inteligentes y los que resolvieran los

[44] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 316 sigs.

[45] Alusión a Pericles.

[46] MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 27, n. 1, señala que era raro el que un estratego tuviera plenos poderes, al menos durante el s. v; en cambio, en el IV el hecho fue frecuente, quizá porque los jefes de los mercenarios no aceptarían órdenes de la asamblea popular.

asuntos griegos con más facilidad que los que aquí se
56 tratan. Cuando digo esto no me refiero a todos sino a los comprendidos en mis palabras[47]. Me vendría corto lo que queda de día, si intentara examinar todos los errores que hay en esta manera de obrar.

57 Quizá alguno de los más comprometidos por mi palabra me preguntaría irritado: «Si deliberamos tan mal, ¿cómo es que estamos a salvo y hemos adquirido un poderío superior a cualquier otra ciudad?». Yo respondería a esto que tenemos como adversarios a gente
58 que no piensa mejor que nosotros. Porque si los tebanos, tras la batalla en la que vencieron a los lacedemonios[48], hubieran liberado el Peloponeso y, tras conceder la autonomía a los demás, se hubieran mantenido tranquilos y nosotros nos equivocásemos como ahora, este individuo no podría haberme hecho esa pregunta y nosotros sabríamos cuánto mejor es reflexionar que
59 meterse en cosas ajenas. Pero ahora han cambiado tanto las circuntancias que los tebanos nos salvan y nosotros salvamos a los tebanos, que ellos nos proporcionan aliados y nosotros a ellos. Por eso, si fuéramos inteligentes nos procuraríamos unos a otros dinero para las asambleas. Pues los que de uno y otro bando se reúnen más frecuentemente, ésos hacen que las cosas
60 salgan mejor para sus contrarios. Es preciso que incluso quienes reflexionan poco no pongan sus esperanzas de salvación en los errores de los enemigos, sino en sus propias acciones y planes. Porque el bien que nos ha venido por su ignorancia podría cesar y cambiar, mientras que el producido por nosotros mismos se

---

[47] Lo mismo en *A Nicocles* 47.

[48] La de Leuctra, ocurrida el año 371 a. C., que marca el final de la hegemonía espartana y el comienzo de la de Tebas.

hará más firme y permanecerá más tiempo con nosotros.

No es difícil responder a quienes hacen censuras a 61
la ligera. Pero si uno de los que son razonables se me acercara y reconociera que digo la verdad y que critico con razón lo que ocurre, y dijera que es justo que quienes reprenden con afecto no sólo ataquen lo ya realizado, sino que también aconsejen de qué cosas nos 62
debemos apartar y a cuáles acercarnos para que dejemos de tener esta manera de pensar y de cometer errores semejantes, haría que mi respuesta careciera no de verdad y utilidad, pero sí de vuestro agrado. Ya que me he dispuesto a hablar con total sinceridad, no hay que abstenerse de sacar a luz también estas cosas.

Hemos dicho hace un poco lo que deben tener los 63
que desean ser felices: piedad, prudencia, justicia y los demás tipos de virtud. Cómo nos educaremos para llegar a ser así con la mayor rapidez, sinceramente lo diré aunque quizá al oírlo os parezca raro y muy diferente de lo que opinan los demás. Yo creo que gober- 64
naremos mejor nuestra ciudad, que nos haremos mejores y progresaremos en todas las acciones, si dejamos de desear el dominio del mar [49]. Pues él nos ha llevado al desorden, ha destruido aquella democracia en la que viviendo nuestros antepasados fueron los griegos más felices, y es la causa de casi todos los males que tenemos y de los que producimos a los demás. Sé que es 65
difícil decir algo que parezca tolerable cuando se critica un poderío deseado por todos y que ha sido objeto de combate. A pesar de ello, ya que habéis aguantado mis otras palabras, que, aunque verídicas, eran des-

[49] Postula Isócrates la renuncia al dominio marítimo; compárese con el parágrafo 142 donde se recomienda una hegemonía basada en la sumisión voluntaria de otros estados griegos.

66 agradables, os suplico que también aguantéis ésto, y que no me acuséis de una locura tan grande como para discutir de asuntos tan ajenos a vuestra manera de pensar sin poder decir algo verídico sobre ellos. Creo que ahora demostraré a todos claramente que deseamos un imperio injusto, imposible de realizarse e inconveniente para nosotros.

67 Que no es un imperio justo os lo puedo demostrar por lo que aprendí de vosotros. Cuando los lacedemonios tenían este poderío, ¿qué discursos dejasteis de pronunciar para criticar el imperio de aquéllos y para exponer que era justo que los griegos fueran autóno-
68 mos? ¿A qué ciudad ilustre no invitamos a la alianza que se organizó para defenderlos?[50]. ¿Cuántas embajadas enviamos al gran rey para explicarle que no era justo ni conveniente que una sola ciudad fuera señora de los griegos? No dejamos de luchar y de correr peligros por tierra y por mar hasta que los lacedemonios qui-
69 sieron firmar los tratados sobre la autonomía. En aquella época reconocimos que era injusto que los fuertes mandaran a los débiles y ahora también lo reconocemos en la constitución que tenemos establecida.

Que tampoco podríamos conquistar este imperio, creo que os lo aclararé con rapidez. Porque si no fuimos capaces de conservarlo con diez mil talentos[51], ¿cómo podríamos adquirirlo con nuestra actual penuria, y sobre todo si nuestras costumbres no son aquéllas con las que lo conquistamos, sino las mismas que

---

[50] Referencia a la alianza anti-espartana de Corinto, formada por Atenas, Tebas, Argos y Corinto.

[51] Es la cifra que da Isócrates en *Sobre el cambio de fortunas* 234 del dinero que Pericles había reunido en la Acrópolis; en el parágrafo 126 de este mismo discurso habla de 8.000 talentos; Tucídides, II 13, 3, habla de 9.700 talentos.

nos hicieron perderlo?[52]. Me parece que por lo que 70
voy a decir a continuación comprenderéis muy pronto
que este imperio no le conviene aceptarlo a la ciudad
ni aunque se lo regalaran. Prefiero, sin embargo, decir
antes algunas pocas cosas, pues tengo miedo de que
por censurar a muchos parezca a algunos que me pro-
pongo acusar a la ciudad.

Sería verosímil que fuera responsable de esta incul- 71
pación si intentase explicar las cosas de esta manera
ante otros. Pero ahora os hablo a vosotros, y no deseo
calumniaros ante los demás, sino que quiero aparta-
ros de tales conductas y que la paz, tema de todo el
discurso, la observen con firmeza la ciudad y los de-
más griegos. Es necesario que los que aconsejan y los 72
que acusan utilicen discursos semejantes, pero que sus
maneras de pensar sean lo más contrapuestas posi-
ble. Por eso no conviene que vosotros tengáis siempre
la misma opinión sobre los que hablan de cosas idén-
ticas: por el contrario, debéis odiar como a enemigos
de la ciudad a quienes censuran para hacer daño, y,
en cambio, a los que reprenden para ayudar, tenéis que
aplaudirlos y considerarlos los mejores ciudadanos,
sobre todo al que de ellos pueda aclarar mejor la mal- 73
dad de las acciones y las desgracias que de ellas se
derivan. Porque este individuo muy pronto haría que
vosotros odiárais lo que lo merece y deseárais las
acciones mejores. Esto es lo que tengo que deciros en
defensa de la severidad de mis palabras, tanto de las
que he dicho como de las que diré. Comenzaré de nue-
vo desde donde lo dejé.

---

[52] El mejoramiento de la situación política aparece supeditado, como en el *Areopagítico*, a un cambio radical de la actitud ética, cambio apoyado por la bancarrota de Atenas. El imperio naval se ha perdido y Atenas no se halla en condiciones de recuperarlo (JAEGER, *Paideia...*, pág. 919).

74 Decía entonces que vosotros os daríais cuenta perfectamente de que no os conviene tomar el dominio del mar, si examináis de qué manera se encontraba la ciudad antes de haber adquirido este poderío, y cómo cuando lo tuvo. Pues, si comparáis una y otra situación en vuestro pensamiento, sabréis de cuántos males fue causa para la ciudad.

75 La constitución era mejor y superior a la que se estableció después, igual que Arístides, Temístocles y Milicíades eran hombres mejores que Hipérbolo, Cleofonte y los demagogos actuales[53]. Descubriréis que el pueblo que entonces gobernaba no estaba lleno de pere-
76 za, indecisión ni de esperanzas vacías, sino que podía vencer en los combates a todos los que invadían el territorio, era considerado digno de premio en los peligros corridos defendiendo Grecia, e inspiraba tal confianza que la mayoría de las ciudades se entregaban a él de
77 buen grado. Estando así las cosas, en lugar de la constitución que gozaba de prestigio entre todos, ese dominio del mar nos condujo a tal libertinaje que ningún hombre lo aprobaría. En vez de vencer a los invasores, educó de tal forma a los ciudadanos que ni se atreven a combatir a los enemigos delante de las murallas[54].
78 En lugar del afecto que les tenían sus aliados y de su fama entre los demás griegos, tanto odio levantó (la hegemonía marítima) que la ciudad hubiera sido esclavizada, de no ser porque los lacedemonios, enemigos

---

[53] Los demagogos imperialistas citados por Isócrates son los de finales del s. V a. C. y la fórmula empleada parece de la misma época (Mathieu, *Isocrate...*, pág. 22).

[54] Todo lo que hay de malo y desenfrenado en el presente se atribuye a la educación corrompida del pueblo y sus dirigentes por obra del poder (Jaeger, *Paideia...*, pág. 920). Parece que aquí Isócrates reprocha a Pericles lo mismo de lo que le habían acusado sus adversarios: Cf. Plut., *Pericles* 33, 6-8.

nuestros al principio, fueron con nosotros más benévolos que nuestros anteriores aliados. Y a éstos no les 79
podríamos echar en cara con justicia que se portaron mal con nosotros. Pues no fue tomando la iniciativa, sino defendiéndose y después de haber sufrido muchas y graves desgracias, cuando adoptaron semejante actitud con nosotros. ¿Quién soportaría la insolencia de nuestros padres que convocaban a los más inútiles de toda Grecia y a los que participaban en todas las maldades, llenaban con ellos las trirremes[55], se hacían odiosos a los griegos, expulsaban a los mejores en las demás ciudades y distribuían sus bienes entre los peores de los griegos?[56]. Si me atreviera a hablar con deta- 80
lle de lo ocurrido bajo aquella forma de actuar, quizá lograría que vosotros resolviéseis mejor lo presente pero yo mismo sería acusado. Pues acostumbráis a odiar no tanto a quienes son responsables de errores, como a quienes los denuncian. Por tener vosotros esa 81
manera de pensar, tengo miedo de que al intentar ayudaros yo mismo obtenga alguna desgracia. No renunciaré totalmente a lo que pensé, pero dejaré a un lado lo más amargo y lo que más os molestaría, y me acordaré sólo de aquellas cosas con las que comprenderéis la insensatez de quienes entonces gobernaban. Aquéllos 82
tan bien descubrieron la manera de que los hombres los odiasen en extremo, que votaron que el dinero sobrante de los ingresos públicos se repartiera talento a talento y se llevara a la orquesta en las fiestas Dionisíacas, cuando el teatro estuviera lleno[57]. Y así lo ha-

---

55 Véase Tuc., I 121.

56 Alusión a las confiscaciones de bienes de las familias aristocráticas; quizá aquí Isócrates está pensando en la desaparición de su fortuna familiar (G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 55, n. f).

57 ¿A qué se refiere aquí Isócrates? Mathieu, *Isocrate...*, III,

cían e introducían subrepticiamente a los hijos de los
muertos en la guerra, y mostraban a los aliados que
la compensación de su fortuna se la llevaban asalaria-
dos [58], y a los demás griegos la multitud de huérfanos
83 y las desgracias producidas por esa ambición. Al hacer
esto, ellos consideraban feliz a la ciudad y muchos in-
sensatos la estimaban dichosa y no tenían previsión
alguna de lo que ocurriría por culpa de estos hechos,
a saber, que al admirar y envidiar la riqueza que entra-
ba en la ciudad injustamente, iba a perder con rapidez
al mismo tiempo la que le pertenecía en justicia.
84 Llegaron a descuidar tanto sus asuntos privados por
desear los ajenos que, cuando los lacedemonios se ha-
bían lanzado sobre el territorio y ya había sido levanta-
da la fortificación de Decelia, equipaban trirremes para
Sicilia y no les daba vergüenza ver con indiferencia
arrasada y destruida su patria mientras enviaban una
expedición contra pueblos que nunca nos habían he-
85 cho nada malo [59]. Y fue tanta su locura que sin dominar
su propia comarca, quisieron gobernar Italia, Sicilia
y Cartago [60]. Tanto aventajaron en estupidez a todos los
hombres, que si a los demás les acobardan y hacen

---

pág. 33, n. 1, se pregunta si la situación financiera se exponía en una asamblea reunida en el teatro pero la presencia de extranjeros es inexplicable. G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 57, n. e, cree que durante las Dionisíacas se admitía la presencia de algunos visitantes no oficiales de otros estados.

58 Pasaje difícil; hemos traducido *timás* por «compensación», y *misthōtôn* por «asalariados», entendiendo con este término a los soldados mercenarios.

59 Referencia a la desastrosa expedición a Sicilia, aconsejada por Alcibíades, y llevada a cabo el año 415 a. C. En cambio, la ocupación de Decelia ocurrió el 413 a. C. Isócrates convierte en simultáneos ambos sucesos.

60 Tal era la idea de Alcibíades (cf. Tuc., VI 15, 1).

más sensatos las desgracias, ellos ni con éstas se educaron. Mientras duró este imperio cayeron en los ma- 86
yores y más graves desastres acaecidos a la ciudad en todo tiempo. Doscientas trirremes que navegaban hacia Egipto[61] fueron destruidas con toda la tripulación y ciento cincuenta en torno a Chipre. En Dato perecieron diez mil hoplitas propios y aliados[62], en Sicilia cuarenta mil hombres y doscientas cuarenta trirremes, y en el Helesponto[63], por último, otras doscientas. ¿Quién podría llevar la cuenta de las trirremes des- 87
truidas de cinco en cinco, de diez en diez o más y de los hombres que murieron de mil en mil o de dos mil en dos mil? Una de sus costumbres era celebrar funerales cada año, a los que acudían muchos de los vecinos y otros griegos, no para llorar conjuntamente a los muertos, sino para regocijarnos con nuestra desgracia. Finalmente, se olvidaron de que llenaban las sepultu- 88
ras oficiales con ciudadanos y, en cambio, las fratrías y los registros estatales[64] con gente que en nada convenía a la ciudad. Cualquiera se daría cuenta por esto del enorme número de muertos. Y descubriremos que las familias de los hombres más renombrados y las casas más importantes que lograron escapar a las revueltas de los tiranos[65] y a la guerra pérsica, queda-

---

[61] Estas naves fueron enviadas para ayudar a Ínaro de Egipto cuando éste se sublevó contra Persia el año 460 a. C. (cf. Tuc., I 104 sigs.).

[62] Cifra sin duda exagerada; según Tuc., II 13, el número de combatientes atenienses al empezar la guerra del Peloponeso no pasaba de 29.000.

[63] Referencia a la batalla de Egospótamos (405 a. C.); la cifra de naves dada por Jenof. (*Hel.* II 1, 20) y Diod. (XIII 105) era de 180.

[64] Todos los ciudadanos debían estar inscritos en los registros de las fratrías (*phratorikà grammateia*) y en los registros estatales (*lēxiarchicà grammateîa*).

[65] Pisístrato y sus hijos. Cf. Aristót., *Const. de Aten.* 18.

ron destruidas cuando teníamos ese mismo imperio
89 que deseamos. Por eso, si alguno quisiera examinar otras cosas tomando esto como ejemplo, se vería que somos casi iguales. No debe ser feliz una ciudad que congregue a la ligera a todos los hombres, sino la que mantenga mejor que otras la familia de quienes la habitaron al principio. Hay que envidiar no a los hombres que poseen la tiranía, ni a los que adquirieron más poder de lo justo, sino a quienes merecen el mayor honor y se contentan con lo que les dé la mayoría.
90 Porque ningún hombre ni ciudad podría conseguir una posesión más preciosa ni más segura ni de mayor valor que ésta. Al tenerla los que vivieron en las guerras pérsicas no pasaron su vida como los piratas, con más de lo necesario unas veces y encontrándose otras en carestías, en asedios y en los mayores males. Antes bien no tuvieron ni falta ni exceso de lo necesario para cada día y por la justicia de su constitución política y sus propias virtudes fueron honrados y pasaron
91 una vida más dulce que los demás. Al estar privados de esto los que nacieron después de aquéllos, desearon no mandar, sino tiranizar, cosas que parecen tener el mismo significado pero que se diferencian muchísimo entre sí[66]. Porque es tarea de los que mandan, hacer más felices con sus cuidados a los gobernados, mientras que los tiranos tienen la costumbre de procurarse sus propios placeres con los trabajos y males de otros. Es forzoso que quienes emprenden actos así, caigan en las desgracias propias de los tiranos y sufran
92 lo mismo que hicieron a otros. Esto es lo que le ocurrió a la ciudad. En lugar de poner guarniciones en las ciudadelas ajenas, vio que los enemigos fueron señores

[66] La oposición entre tirano y el que manda fue un tema típico del pensamiento político del s. IV a. C. Cf. PLAT., *Rep.* 565 D y sigs., y ARISTÓT., *Pol.* 1310 b (MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 36, n. 1).

de la suya[67]. En vez de tomar como rehenes a niños quitándolos a sus padres y madres[68], muchos ciudadanos fueron obligados durante el asedio a educar y criar a sus hijos peor de lo que les convenía. En vez de cultivar las tierras ajenas ni pudieron ver las suyas durante muchos años. Por eso, si alguien nos pregunta- 93
se si aceptaríamos gobernar tanto tiempo viendo a la ciudad sufrir cosas semejantes, ¿quién estaría de acuerdo en aceptarlo, a no ser alguien totalmente insensato y que no pensase en los templos, ni en sus padres, ni en sus hijos, ni en otra cosa que no fuera sólo el tiempo de su vida? No habría que envidiar la manera de pensar de esta gente, sino mucho más a quienes obran con mucha previsión, ponen su ambición no menos en la buena fama de todos que en la suya privada y prefieren una vida moderada con justicia a mucha riqueza injusta. Porque nuestros antepasa- 94
dos, al mostrarse así, transmitieron a sus descendientes una ciudad más feliz y dejaron un recuerdo inmortal de su virtud. De ambas situaciones es fácil deducir que nuestra tierra puede criar hombres mejores que los demás, mientras que el que llamamos imperio, una desgracia en realidad, tiene por naturaleza la facultad de hacer peores a todos los que se sirven de él.

La mayor prueba es la siguiente: nos destruyó no 95
sólo a nosotros, sino también a la ciudad de los lacedemonios, de manera que quienes acostumbran a elogiar las virtudes de aquéllos no pudieron decir el argumento de que nosotros dispusimos mal los asuntos públicos por tener un gobierno democrático, pero que si los lacedemonios hubieran conseguido ese poderío, habrían hecho felices a los demás y a sí mis-

---

67 Se refiere a la guarnición espartana que ocupó la Acrópolis de Atenas durante el gobierno de los Treinta.

68 Así ocurrió en Samos el año 440 a. C., según cuenta Tuc., I 115.

mos[69]. Mucho más pronto en aquella situación se mostró su auténtica manera de ser. Pues su constitución política, que nadie sabe que en setecientos años hubiera sido alterada ni por situaciones de peligro ni por desgracias, en breve tiempo se tambaleó y faltó
96 poco para que fuera destruida[70]. Este poder cambió las costumbres establecidas y llenó a los ciudadanos de injusticia, despreocupación, desprecio de las leyes, codicia, y al gobierno de la ciudad de desprecio hacia los enemigos, deseo de lo ajeno e indiferencia con los juramentos y tratados. Tanto aventajaron a las nuestras sus faltas contra los griegos, que añadieron a las de antes, matanzas y discordias en las ciudades, cosas
97 que produjeron entre ellos enemistades inextinguibles. Un pueblo que en otro tiempo era más cauto que otros en cuestiones bélicas y no se apartaba de sus aliados ni de sus bienhechores, tuvo tanto amor a la guerra y a los riesgos que, cuando el rey les ofreció más de cinco mil talentos para hacernos la guerra, cuando Quíos[71] había sido la más dispuesta de todos sus aliados para
98 compartir los peligros con su escuadra, cuando los tebanos habían añadido un enorme potencial al ejército de tierra, no se apresuraron a ocupar el imperio. Antes bien, en seguida conspiraron contra los tebanos, enviaron a Clearco y un ejército contra el rey[72], desterraron a los principales ciudadanos de Quíos, sacaron

---

[69] Contra la ambición del poder por parte del estado, tiranía que se impone en todas las formas de este estado, invoca Isócrates el espíritu de la democracia, que se convierte en la renuncia a la tendencia al poder (Jaeger, *Paideia...*, pág. 921).

[70] La hegemonía espartana duró desde el año 404 al 371 a. C.; los setecientos años de constitución espartana nos llevan al año 1191 a. C., fecha admitida por algunos para la invasión doria.

[71] La rebelión de Quíos contra Atenas ocurrió el año 412 a. C.

[72] Referencia a la expedición de mercenarios en apoyo de Ciro el Joven; Cf. Jenof., *Anábasis*.

las trirremes de los arsenales y se marcharon tras apoderarse de todas. No les bastó cometer estos errores 99
sino que por la misma época saquearon el continente, maltrataron a las islas, abolieron los sistemas políticos de Italia y Sicilia y establecieron tiranos, maltrataron el Peloponeso y lo llenaron de revueltas y de guerras. ¿Contra qué ciudad no enviaron una expedición militar? ¿Dejaron de cometer errores con alguna de ellas?
¿No quitaron parte de su territorio a los eléatas, tala- 100
ron la tierra de los corintios, dispersaron a los mantineos, asediaron a los de Fliunte y se lanzaron contra la Argólide?, y, ¿no cesaron de hacer daño a otros, mientras se preparaban para sí mismos la derrota de Leuctra?[73]. Algunos dicen que esta derrota fue la causa de los males de Esparta, pero mienten. Pues sus aliados no les odiaron por ella, sino que fue por sus injurias de otro tiempo por lo que sufrieron esta de-
rrota y corrió peligro su tierra. Hay que atribuir las 101
causas no a los daños subsiguientes, sino a los primeros errores que les precipitaron a este final. Por eso, sería mucho más exacto que se dijera que el comienzo de sus desgracias surgió cuando conquistaron el dominio del mar[74]. Adquirieron, en efecto, un poderío que en nada se asemejaba al que habían tenido antes.
A causa de su hegemonía terrestre, de su disciplina 102
y de la firmeza con que se ejercitaban en ella, fácil-

---

[73] La derrota espartana en Leuctra causó una enorme conmoción en todo el mundo griego; hay que tener en cuenta el enorme prestigio que proporcionó a Esparta su victoria sobre Atenas en la guerra del Peloponeso. Platón, Jenofonte y Aristóteles, al igual que Isócrates, explicaban esta derrota acusando a Esparta de no haber utilizado sabiamente su poder (JAEGER, *Paideia*, pág. 897).

[74] El comienzo de todos los males fue el comienzo de la dominación naval. La idea que aquí expone Isócrates es absolutamente opuesta a la que mantiene en *Panegírico* y *Areopagítico* (JAEGER, *Paideia*..., pág. 918).

mente obtuvieron el dominio del mar. Pero por el desenfreno que les vino de este dominio, rápidamente se vieron privados también de aquella primera hegemonía[75]. No guardaban las leyes que recibieron de sus antepasados, ni mantenían las costumbres que antes
103 tuvieron, sino que, por creer que podían hacer lo que quisieran, cayeron en el mayor desorden. No sabían que el poder, que todos desean alcanzar, es muy difícil de tratar, que hace delirar a quienes lo aman, y que su naturaleza es semejante a las heteras que provocan el amor hacia ellas, pero destruyen a quienes las
104 tratan. Bien claramente ha demostrado que tiene ese poder. Si empezara por nosotros y por los lacedemonios cualquiera vería que los más poderosos caen en las mayores desgracias. Pues estas ciudades que antes tenían los gobiernos más prudentes y gozaban de la más hermosa fama, cuando se toparon con el poder y lo ocuparon, no se diferenciaron entre sí, sino que, como es propio de quienes están afectados por las mismas pasiones y la misma enfermedad, emprendieron las mismas acciones, se abandonaron a errores parecidos y, finalmente, cayeron en desgracias idénti-
105 cas. Nosotros, cuando éramos odiados por los aliados y corríamos el riesgo de la esclavitud, fuimos salvados por los lacedemonios[76], y éstos, cuando todos querían destruirlos, se refugiaron entre nosotros y por nuestra mediación obtuvieron la salvación. ¿Cómo va a haber que aplaudir a un imperio que tiene un final tan doloroso? ¿Cómo no odiar y escapar a un imperio que ha

---

[75] «La hegemonía terrestre se ejercita con la disciplina, pero el dominio del mar con la industria naval», dice Isócrates en el *Panatenaico* 115-116.

[76] Alusión a la propuesta que hicieron los tebanos y corintios al final de la guerra del Peloponeso para que Atenas sufriera lo mismo que ella hizo sufrir; Cf. Jenof., *Hel.* II 2, 19-20.

empujado a ambas ciudades a hacer muchas cosas terribles y les ha obligado a sufrirlas?

No hay que admirarse de que en otro tiempo les 106
pasara desapercibido a todos que este imperio era causa de tantos males para los que lo poseían, ni de que haya sido disputado por nosotros y por los lacedemonios. Descubriréis que la mayoría de los hombres se equivocan en las elecciones de sus actos, que tienen más deseo de lo malo que de lo bueno, y que sus resoluciones son mejores para los enemigos que para ellos
mismos. Estos se podría ver en los asuntos de mayor 107
importancia. ¿Qué cosa no ha ocurrido así? ¿No preferimos nosotros actuar de tal manera que los lacedemonios se hicieron señores de los griegos, y aquéllos dirigieron tan mal los asuntos que no muchos años después volvimos nosotros a dominar y fuimos dueños
de su salvación? El espíritu de intriga de los partida- 108
rios de Atenas, ¿no hizo que las ciudades fueran partidarias de los laconios?, y la insolencia de los pro-laconios ¿no obligó a esas mismas ciudades a ser filoatenienses? ¿No deseó el mismo pueblo la oligarquía establecida por los Cuatrocientos debido a la maldad de los demagogos[77], y luego, a causa de la locura de los Treinta, fuimos todos más demócratas que quienes se
habían apoderado de Filé?[78]. En las cosas de poca im- 109
portancia y en la vida diaria se podría señalar que la mayoría disfruta con los alimentos y costumbres que perjudican al cuerpo y al espíritu, que considera penosas y duras las que benefician a ambos y que le parecen

[77] P. CLOCHÉ señala que Isócrates critica tanto a los oradores del s. V a. C. como a los de su época. El régimen de los Treinta siempre recibe sus invectivas.

[78] Trasibulo, al frente de un grupo de demócratas, ocupó la fortaleza de Filé en las alturas del monte Parnes, y desde allí avanzó contra Atenas, donde tomó el Pireo y el fuerte de Muniquia.

110 valientes quienes se mantienen en las últimas. Cuando se ve que un pueblo en su vida ordinaria y en lo que más le concierne, elige lo peor ¿por qué admirarse de que se equivoque y luche entre sí por el dominio del mar si sobre este dominio nunca les pasó por la cabeza reflexión alguna?

111 Y en las monarquías establecidas en las ciudades, observad cuántos seguidores tienen y dispuestos a sufrir lo que sea para conservarlas[79]. ¿Qué rigor o dificultad no les pertenece? Tan pronto como toman el poder, ¿no se encuentran envueltos en tantos males,
112 que están obligados a hacer la guerra a todos los ciudadanos, a odiar a quienes nunca les perjudicaron, a desconfiar de sus amigos y camaradas, a confiar la custodia de sus personas a hombres mercenarios a quienes nunca vieron, a temer no menos a sus guardianes que a los conspiradores, y a sospechar tanto de todos que ni siquiera sienten confianza cuando les
113 rodean sus íntimos?[80]. Y es lógico. Porque saben que de los tiranos anteriores a ellos unos fueron muertos por sus padres, otros por sus hijos, otros por sus hermanos, otros por sus mujeres y que incluso su familia ha desaparecido de entre los hombres[81]. A pesar de ello se exponen a sí mismos, voluntariamente, a tan numerosas desgracias. Y cuando los más nobles y de más prestigio aman males tan grandes ¿por qué asombrarse de que los demás deseen otros males semejantes?
114 No ignoro que aunque aceptéis lo que he dicho sobre

---

[79] La tendencia hacia el poder es análoga a la tiranía y por tanto incompatible con la democracia (JAEGER, *Paideia...*, página 919). Desde este parágrafo hasta el 115 es clara la crítica a la tiranía.

[80] Cosas parecidas en *A Nicocles* 5 y *Helena* 32.

[81] Todo este pasaje parece describir la vida de los tiranos del s. IV a. C., especialmente de Dionisio el Viejo y de Jasón de Feras.

los tiranos, oís en cambio con mal humor mis palabras sobre el imperio. Os ocurre lo más vergonzoso e imprudente de todo: lo que véis en otros lo ignoráis cuando os ocurre a vosotros mismos. Por eso los hombres inteligentes tienen como característica muy significativa mostrar que reconocen los mismos hechos en todos los casos parecidos. De esto nunca os preocu- 115
pasteis en absoluto. Pensáis que las tiranías son duras y perjudiciales tanto para los que las sufren como para los que las ejercen, y, en cambio, creéis que el imperio del mar es el mayor de los bienes, cuando ni por sus infortunios ni por sus acciones difiere en nada de las monarquías. Consideráis que los asuntos de los tebanos van mal porque injurian a sus vecinos [82], pero vosotros mismos no gobernáis mejor a los aliados que aquéllos a Beocia y creéis que hacéis todo lo necesario.

Si me hacéis caso, tras cesar de tomar decisiones 116
totalmente al azar, os prestaréis atención a vosotros mismos y a la ciudad, estudiaréis y examinaréis qué hicieron las dos ciudades (me refiero a la nuestra y a la de los lacedemonios), para gobernar a los griegos cuando cada una de ellas partía de una situación modesta y cómo, después que alcanzaron un poderío insuperable, llegaron a verse en riesgo de esclavitud. También veréis por qué causa los tesalios, que habían 117
heredado enormes riquezas y poseían el territorio mejor y más grande llegaron a ser pobres, y, en cambio, los megarenses que al principio tenían pocos y sencillos bienes [83], sin tierra ni puertos ni minas de plata, y que cultivaban un terreno pedregroso, han adquirido las mejores casas de los griegos. Las ciudadelas de 118
los tesalios las ocupaban siempre otros cuando ellos

---

[82] Especialmente los ataques a Platea y Tespias.

[83] Era proverbial entre los griegos la insignificancia de Mégara.

tenían más de tres mil jinetes e innumerables peltastas; los de Mégara, en cambio, con una pequeña fuerza, gobernaban su país como querían. Además de esto los tesalios luchan entre sí, mientras que los megarenses, que viven entre los peloponesios, los tesalios y nuestra
119 ciudad, pasan su vida en paz. Si vosotros mismos discurrís sobre esto y otras cosas parecidas, descubriréis que el libertinaje y la soberbia son causas de males, y la prudencia, en cambio, de bienes. Esa prudencia la aplaudís en los hombres corrientes y pensáis que quienes la emplean viven con muchísima seguridad y son los mejores ciudadanos, pero no creéis que nuestra
120 comunidad deba procurarse tal virtud. Y conviene que las ciudades mucho más que los simples individuos cultiven las virtudes y rehuyan los vicios[84]. Porque un hombre que sea impío y malvado podría morir antes de pagar el castigo de sus errores. Las ciudades, en cambio, por su inmortalidad sufren la venganza que viene de los hombres y de los dioses.

121 Al reflexionar sobre esto, es preciso que prestéis atención no a los que en el presente os agradan sin tener cuidado alguno del futuro, ni a los que suelen hablar de su amor al pueblo pero hacen daño a toda la ciudad. De esta foma ya antes, cuando tales individuos dominaron la tribuna, llevaron a la ciudad a tanta insensatez, que sufrió lo que os conté hace un
122 poco. Por eso, uno se sorprendería muchísimo de que elijáis como conductores del pueblo no a quienes tienen la misma opinión que los que engrandecieron la ciudad, sino a los que dicen y hacen cosas semejantes a sus destructores, y eso que sabéis que los buenos se diferencian de los malvados no sólo en que hacen feliz
123 a la ciudad. La diferencia está también en que, con

[84] Nuevamente insiste Isócrates en las razones éticas que deben presidir los actos de los estados; véase nota 9.

los primeros la democracia no se alteró ni se transformó durante muchos años y bajo los segundos en poco tiempo fue destruida dos veces[85]. Los destierros decretados por los tiranos y por los Treinta no acabaron gracias a los sicofantas, sino por medio de los que odiaban a éstos y gozaban de la mejor fama por su virtud. Al mismo tiempo que se nos olvidan tales 124
recuerdos y cómo actuó la ciudad bajo el gobierno de cada uno de ellos, tanto nos agradan las malicias de los oradores que, a pesar de ver que gracias a la guerra y revueltas por ellos producidas, han sido privados muchos ciudadanos de sus herencias paternas[86], y éstos, en cambio, han pasado de pobres a ricos, no nos indignamos ni envidiamos sus éxitos. Por el 125
contrario, soportamos que se calumnie a la ciudad de injuriar e imponer tributos a los griegos, mientras que esta gente recibe el provecho, y de que el pueblo, que según dicen ellos debe mandar a otros, esté en peor situación que los esclavos de la oligarquía. Entretanto, ellos, que no tienen bien alguno, han llegado a ser los más prósperos desde una situación modesta gracias a nuestra estupidez. Pericles, que fue jefe popular 126
antes que éstos, recibió una ciudad cuya manera de pensar era peor que antes de tener el imperio, pero con una política aún soportable[87], y no acrecentó su fortuna particular, sino que dejó una hacienda inferior a la que heredó de su padre, pero llevó a la acrópolis ocho mil talentos, además de los tesoros de los templos. En cambio éstos tanto se diferencian de aquél 127

[85] En los años 411 (gobierno de los Cuatrocientos) y 404 a. C. (derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso).

[86] Puede ser una referencia a la pérdida del patrimonio del propio Isócrates.

[87] No se trata de un elogio entusiasta de Pericles, pero sí de su probidad y desinterés. Un juicio parecido sobre Pericles en Aristót., *Const. de Aten.* 28, 7.

que se atreven a decir que debido a su preocupación por los asuntos públicos no pueden atender los suyos particulares, cuando se ve que esos asuntos abandonados han alcanzado tal prosperidad como nunca se atrevieron a pedir a los dioses. Entretanto, la mayoría de nosotros, de la que dicen que se preocupan está tan mal que ningún ciudadano vive con gusto o facilidad
128 y la ciudad está llena de lamentos. Unos se ven obligados a contar y llorar consigo mismos su pobreza y necesidad, otros, el gran número de mandatos y de impuestos extraordinarios y los males que se producen por las simmorías[88] y los procesos de cambios de fortuna. Esto produce tales desgracias que vivir es más penoso para quienes han adquirido haciendas que para
129 los que siempre han sido pobres. Me sorprende que no podáis comprender que no hay raza más hostil a la mayoría que los malos oradores y demagogos. Además de otros males, ellos desean principalmente que carezcáis del sustento cotidiano, al ver que quienes pueden gobernar sus cosas privadamente son partidarios de la
130 ciudad y de los mejores oradores, mientras que quienes viven de los tribunales, de las asambleas y de los ingresos que allí se producen, se ven obligados por su necesidad a estar a su servicio y les agradecen mucho las denuncias, las acusaciones públicas y las demás calumnias que se originan gracias a ellos.
131 Verían con gusto que todos los ciudadanos se encontraran en la pobreza, gracias a la cual gobiernan. Y la mayor prueba es la siguiente: ellos no buscan de qué manera procurarán medios de vida a los necesitados,

---

[88] La sinmoría (*symmoría*) era la agrupación de los sesenta ciudadanos más ricos de Atenas, que tomaban a su cargo ciertas liturgias o impuestos extraordinarios, sobre todo la trierarquía y el pago de un impuesto destinado a los ciudadanos más pobres (*eisphorá*). Según JENOF., *Hel.* I 7, 32, había veinte sinmorías, dos por cada tribu.

sino cómo igualarían con los pobres a quienes parece que poseen algo[89]. ¿Cómo podríamos huir de nuestros 132
males presentes? He discurrido mucho sobre estos asuntos no por orden, sino según su oportunidad. Sería para nosotros más fácil de recordar si intentara tratarlos de nuevo recapitulando los más urgentes.

Hay un sistema con el que enderezaríamos los asun- 133
tos de la ciudad y los haríamos mejores: en primer lugar, si tomamos como consejeros de los negocios públicos a los mismos que querríamos que lo fueran de nuestros asuntos particulares, si dejásemos de pensar que los sicofantas son amigos del pueblo y los partidarios de la oligarquía los mejores de los hombres. Porque sabemos que nadie por naturaleza[90] es de un bando u otro, sino que cada uno quiere establecer el sistema político en el que está bien considerado. [Pero si tenéis trato y acogéis a los hombres honrados en vez de a los malvados, como antiguamente, podréis serviros mejor de los demagogos y de los políticos][91]. En 134
segundo lugar, si quisiéramos considerar a los aliados como amigos, sin darles la autonomía de palabra, pero entregándolos de hecho a los estrategos para que hagan con ellos lo que quieran, si les gobernáramos no despóticamente sino en plan de aliados, porque estamos informados de que somos más fuertes que una sola ciudad, pero más débiles que todas. [Teníais que intentar adquirir alianzas no con guerras ni asedios, sino con buenas acciones; pues es lógico que con estas últi-

---

89 Esta acusación va dirigida a la distribución instituida por el estado ateniense a propuesta de los demócratas Pericles, Cleón, Cleofonte, etc., de indemnizaciones judiciales y políticas, de las que vivían los pobres según la propia expresión de Isócrates (P. Cloché, *Isocrate...*, pág. 97).

90 Isócrates contradice aquí lo que él mismo había defendido en otro discurso: *Contra Loquites*.

91 El pasaje entre corchetes aparece en la cita que Isócrates hace de este discurso en *Sobre el cambio de fortunas*.

mas surjan amistades, y odios, en cambio, por lo que
135 hacemos ahora] [92]. En tercer lugar, si considerárais que
nada es más valioso, además de la piedad hacia los
dioses, que gozar de buena fama entre los griegos.
Porque, a quienes así se comportan, les dan volunta-
riamente los poderes y las hegemonías [93].

136 Por tanto, si os atenéis a mis palabras y además de
esto os mostráis belicosos en vuestros cuidados y pre-
parativos, pero pacíficos por no hacer nada en contra
de la justicia, no sólo haréis feliz a esta ciudad, sino a
137 todos los demás griegos. Ya que ninguna otra ciudad
se atreverá a hacerles daño, sino que vacilarán y se
mantendrán muy tranquilos cuando vean que nuestra
fuerza está vigilante y dispuesta a socorrer a los inju-
riados. Además, hagan lo que hagan, nuestra situación
138 será buena y útil. Si las ciudades más sobresalientes
tomaran la decisión de apartarse de las injusticias,
nosotros seremos la causa de este bien, y si, por el
contrario, intentan hacer daño, todos los que tengan
miedo y lo pasen mal se refugiarán entre nosotros,
haciéndonos muchas súplicas y ruegos y nos confiarán
no sólo la hegemonía sino sus propias personas.
139 Porque no careceremos de gente para impedir que
esas ciudades hagan daño, sino que tendremos muchos
con voluntad y ánimo de luchar a nuestro lado. ¿Qué
ciudad o qué individuo no desearía participar de nues-
tra amistad y alianza cuando vea que somos los más
justos y los más fuertes, que queremos y podemos sal-
var a los demás mientras que nosotros no necesitamos
140 ayuda de nadie? ¿Qué incremento hay que pensar que
alcanzarán las cosas de la ciudad cuando los demás
nos tengan un afecto tan grande? ¿Cuánta riqueza

---

92 Véase nota anterior.

93 ¿Confía realmente Isócrates en que así se obtienen los poderes y hegemonías?

correrá hacia la ciudad cuando toda Grecia esté a salvo gracias a nosotros? ¿Quiénes no elogiarán a los que han sido autores de tantos y tales bienes? Debido a 141
mi edad no puedo abarcar en el discurso todo lo que tengo en mi pensamiento, salvo que sería hermoso, entre las injusticias y locuras ajenas, que fuéramos los primeros que por nuestra sensatez defendiéramos la libertad de los griegos, fuéramos llamados sus salvadores y no sus destructores y que, famosos por nuestra virtud, recobráramos la fama de los antepasados.

En resumen, puedo decir a qué tiende todo lo 142
mencionado y con qué perspectiva tenéis que examinar las actuaciones de la ciudad. Si queremos destruir las calumnias que sufrimos en el presente, es preciso que abandonemos las guerras inútiles, que adquiramos para la ciudad una hegemonía para siempre, que odiemos todos los gobiernos tiránicos y despóticos [94], tras reflexionar en las desgracias producidas por ellos, y que emulemos e imitemos la monarquía que existe en Lacedemonia. Porque a aquellos reyes no se les permite 143
ser más injustos que los ciudadanos corrientes, pero son mucho más felices que quienes ocupan por la fuerza las tiranías, ya que los que matan a los tiranos obtienen las mayores recompensas de sus conciudadanos, y, en cambio, los que no se atreven a morir en combate por defender a estos reyes quedan más deshonrados que los que abandonan su puesto o arrojan su escudo. Hay, pues, que aspirar a una hegemonía de 144
estas características. Por nuestra situación podemos obtener de los griegos este honor que aquellos reyes reciben de sus ciudadanos, si los griegos entienden que

[94] Para Jaeger, *Paideia*..., pág. 919, se distingue aquí entre dominación y hegemonía; la hegemonía de Atenas deberá serle dada por los demás estados, cosa que Isócrates no considera totalmente imposible. Compara esta hegemonía con la de los reyes espartanos, que gobiernan con honor y no por la fuerza.

nuestro poderío será causa de su salvación, no de su esclavitud.

145 Muchas y bellas palabras podrían decirse sobre este tema, pero dos cosas me aconsejan terminar: la extensión de mi discurso y mi edad avanzada. A los más jóvenes y a quienes cuentan con la plenitud de sus fuerzas yo les aconsejo y exhorto a que hablen y escriban discursos con los que inclinarán hacia la virtud y la justicia a las ciudades más importantes, acostumbradas a causar daños a las demás, para que suceda que cuando Grecia esté en buena situación también los asuntos de los filósofos resulten mucho mejor.

AREOPAGÍTICO (VII)

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos ante una de las obras fundamentales del pensamiento político de Isócrates. Muchas son las opiniones que se han expresado sobre este discurso, muy controvertido en cuanto a su finalidad real. Así, Heilbrunn[1] opina que el *Areopagítico* no es sólo un panfleto que urja una reforma política, sino también un análisis de lo ocurrido en Atenas. Jacoby[2] ve en esta obra la clara hostilidad de Isócrates hacia la democracia, hostilidad latente desde mucho antes.

Para Cloché[3], en cambio, las ideas de Isócrates son reaccionarias en cuanto al papel que debe jugar el Areópago (sin condenar el principio de la democracia), ya que propone devolver a este tribunal la autoridad política que le dieron los legisladores del s. VI a. C. Sin embargo por vez primera Isócrates hace una precisión sobre la organización política de Atenas inspirándose en una consideración democrática: la necesidad de acabar con las intrigas de los partidarios de la oligarquía y de respetar la voluntad del pueblo.

---

1 «Isócrates...», pág. 161, n. 29.

2 *Atthis*, Oxford, 1949, pág. 74.

3 *Isocrate...*, págs. 83, 84-85 y 88-89.

En líneas generales, el *Areopagítico* es una exaltación de la antigua democracia, la de Solón y Clístenes, de la *pátrios politeía*; pero no es sólo una obra de política interior, sino también una explicación pormenorizada de la paideía isocrática, como bien ha señalado W. Jaeger[4].

La situación política de Atenas, en decadencia en los tiempos de la segunda liga marítima, es claramente criticada por la minoría conservadora y acomodada ateniense; precisamente la restauración del tribunal del Areópago como fiscalizador de las costumbres de los ciudadanos era desde hacía tiempo un punto establecido en el programa del partido conservador. A Jaeger, tras este análisis, le parece imposible que Isócrates procediese en solitario en un problema tan importante de política interior; sin duda Isócrates hablaba en nombre de un grupo político real, del que también formaba parte Timoteo, discípulo y amigo de nuestro autor.

La división del discurso es la siguiente:

1-14. Exordio. Para Isócrates, la situación de Atenas es crítica, a pesar de la opinión de sus conciudadanos.

15-35. Hay que restaurar la *pátrios politeía*.

36-64. En la antigua democracia, la función del Areópago fue esencial, no sólo por su fuerza política, sino también por su misión educativa.

65-70. Lo que Isócrates desea reformar está dentro de la tradición ateniense y de la auténtica democracia.

71-77. Los atenienses deben abandonar sus antiguos errores y procurar emular a los antepasados.

78-84. Recuerdo de los éxitos del pasado y exhortación para salvar a todos los griegos.

---

[4] *Paideia*..., págs. 903 y 908.

La fecha del *Areopagítico* ha sido también discutida. Blass y Drerup lo sitúan en los años 356 ó 355 a. C., Norlin en el 355 y Mathieu en la primera mitad del 354. Jaeger[5], en cambio, sostiene una fecha anterior al 357 a. C., comienzo de la guerra de Atenas con sus aliados. Las razones de Jaeger son que Isócrates alude repetidas veces al potencial de Atenas en el momento de pronunciarse el Areopagítico, y que los ejemplos de decadencia a que se refieren están siempre tomados de lo ocurrido al disolverse la primera liga marítima. E. Mikkola da la fecha del 355 a. C., pero sitúa con interrogación la del 357 a. C. Para nosotros la fecha más probable es la que da Mathieu, quien en la introducción a este discurso en su edición da razones de más peso que Jaeger, y, además de esto, una lectura detallada del discurso nos confirma en ello.

Como ya vimos en el discurso *Sobre la paz,* también adopta aquí Isócrates la ficción de que habla ante la asamblea popular.

Argumento de un gramático anónimo

En este discurso Isócrates aconseja que los Areopagitas recuperen su anterior poder político, según el cual les correspondía la total responsabilidad, por decirlo en suma, de todos los asuntos de la ciudad. Esta responsabilidad la habían perdido por el motivo siguiente: un tal Efialtes y Temístocles habían tomado prestado dinero estatal, y al saber que si les juzgaban los Areopagitas tendrían que devolver todo, convencieron a la ciudad para que los destituyeran y así nunca pudiera juzgar a nadie. (Aristóteles dice en la *Constitución de los atenienses*

---

[5] «The Date of Isocrates Areopagiticus and the Athenian Opposition», *Harvard Studies in Classical Philology,* Cambridge, 1941.

(XXV), que también Temístocles fue el responsable de que los Areopagitas no juzgaran todos los asuntos.) Dejaron suponer que hacían esto por propia iniciativa, pero en realidad prepararon todo por este motivo. Después que los atenienses oyeron con gusto este consejo, anularon el Areópago. Tal es el argumento. Es una obra práctica y el fundamento del discurso es la utilidad. Se escribió el discurso en los primeros tiempos de Filipo, como el mismo autor aclara.

1 Creo que muchos de vosotros os preguntáis con admiración qué es lo que he pensado para tomar como tema vuestra salvación, como si la ciudad estuviera en peligro o sus asuntos en una posición incierta. Por el contrario, la ciudad posee más de doscientas trirremes, mantiene la paz en su territorio, ostenta el domi-
2 nio del mar, incluso tiene muchos aliados dispuestos a ayudarnos si hiciera falta, y muchos más que pagan impuestos y que cumplen lo que se les ordena. Siendo esta nuestra situación, cualquiera diría que es lógico que tengamos confianza por estar alejados de peligros, y que es a nuestros enemigos a quienes conviene tener miedo y pensar en su propia salvación.

3 Sé que vosotros, al utilizar este razonamiento, despreciáis mi intervención y esperáis dominar con este poder a toda Grecia. Eso mismo es lo que yo temo. Porque veo que las ciudades que creen obrar mejor son las que deciden peor, y que las más audaces se ponen
4 en los mayores peligros [6]. La causa de esto es que ningún bien ni mal se presenta por sí solo a los hombres,

---

[6] Isócrates teme que la apariencia de poder haga caer en la catástrofe a Atenas; esta idea tiene su raíz en la tragedia griega. La penuria y pequeñez son factores educativos que engendran el autodominio y la moderación (JAEGER, *Paideia...*, página 896).

sino que la irreflexión y con ella la intemperancia se une y acompaña a los ricos y a los poderosos, y en cambio, a los necesitados y humildes, la prudencia y
una gran templanza. Por eso es difícil discernir cuál 5
de estas situaciones uno aceptaría dejar a sus hijos. Pues veríamos que con la que parece ser más incapaz de lo mejor, los asuntos van a más y suelen empeorar,
en cambio, con la que se muestra superior[7]. Y puedo 6
aportar muchos ejemplos de esto a partir de asuntos particulares —pues estos tienen cambios frecuentísimos— y no obstante para mis oyentes serán mayores y más claros los que nos han ocurrido a nosotros y a los lacedemonios. Porque nosotros, cuando los bárbaros destruyeron la ciudad, gracias a nuestro miedo y a la atención que pusimos en los asuntos, fuimos los primeros de los griegos, pero cuando creímos que teníamos un poderío invencible, por poco llegamos a ser
esclavizados. Los lacedemonios, que partían al princi- 7
pio de ciudades insignificantes y pobres, conquistaron el Peloponeso por su manera de vivir prudente y guerrera, y después, cuando se engrieron más de lo preciso y tomaron el poder terrestre y marítimo, fueron a parar a los mismos peligros que nosotros.

Cualquiera que, sabiendo que se han producido tales 8
cambios y que poderíos tan grandes se han destruido con tanta rapidez[8], confíe en las circunstancias presen-

---

[7] La experiencia enseña que las malas situaciones sirven de estímulo hacia lo mejor, mientras que la dicha se trueca en infortunio (como en la tragedia griega), piensa JAEGER, *Paideia...*, págs. 896-897.

[8] Isócrates se basa en los ejemplos de la caída del poder ateniense y espartano para explicar su teoría política de los cambios históricos (*metabolê*). Esta idea, al igual que en Platón y Aristóteles, debía jugar un papel importante en su educación política.

tes, es un completo necio, sobre todo cuando nuestra ciudad es ahora mucho más débil que en aquel tiempo y está de nuevo renovado el odio de los griegos y la enemistad del rey [9], cosas que entonces nos dominaron.
9 No sé si sospechar que no os preocupan en absoluto los asuntos públicos o que, aun pensando en ellos, llegáis a tal insensibilidad que se os olvida en qué desorden cayó la ciudad. Porque os parecéis a hombres que piensan así, cuando, después de haber perdido todas las ciudades de Tracia [10], de pagar en vano más
10 de mil talentos a los mercenarios [11], de estar desacreditados entre los griegos, de haberos hecho enemigos del bárbaro, incluso de veros obligados a salvar a los amigos de los tebanos, y de haber perdido nuestros aliados, ya hemos hecho por dos veces sacrificios [12] como si tales acciones fueran una buena noticia, y convocamos asambleas para tratar de ellas con más despreocupación que quienes ejecutan todo lo que deben.

11 Es natural que obremos así y suframos estas cosas. Pues no les puede suceder nada conveniente a quienes no deciden bien sobre el conjunto de la administración, sino que emprenden con éxito algunas acciones por suerte o por la virtud de un hombre, pero tras dejar un pequeño intervalo vuelven a las mismas indecisiones. Cualquiera se daría cuenta de esto por lo que
12 nos ha ocurrido. Cuando toda Grecia estaba bajo nuestra ciudad, tras la batalla naval de Conón y el

---

9 Durante la guerra con los aliados, el general ateniense Cares ayudó con sus tropas al sátrapa Artabazo cuando éste se sublevó contra el rey persa Artajerjes III.

10 Las ciudades de la Calcídica, como Anfípolis, Pidna, Potidea y Olinto.

11 Cf. *Sobre la paz* 44-47.

12 Se celebraron sacrificios en Atenas, en honor de la victoria de Cares (véase nota 9), según nos cuenta Diodoro, XVI 22.

mando de Timoteo[13], no pudimos retener tiempo al-
guno nuestros éxitos, sino que rápidamente los destrui-
mos y perdimos. Porque no tenemos ni hemos buscado
bien una constitución política que nos procure exacti-
tud en los asuntos públicos[14]. Todos sabemos que los 13
éxitos se producen y se mantienen no entre quienes han
levantado las murallas más hermosas y mayores[15], ni
en los que se reúnen en un mismo lugar con muchos
hombres, sino en quienes gobiernan su propia ciudad
de la manera mejor y más prudente. Porque el alma 14
de una ciudad no es otra cosa que su constitución[16],
que tiene tanto poder como la inteligencia en el cuer-
po. Ella es la que delibera sobre todos los asuntos, la
que conserva los bienes y rehuye las desgracias. A ella
tienen que acomodarse las leyes, los oradores y los ciu-
dadanos corrientes y actuar de tal manera que cada
uno se mantenga en los límites de la constitución. 15
Aunque la nuestra está destruida, ni pensamos ni busca-
mos cómo la mejoraremos[17]. Por el contrario, sentados

---

13 Victoria naval del almirante Conón en Cnido (año 394 a. C.) y de su hijo Timoteo (entre los años 375 a 373 a. C.); ambos, como sabemos eran amigos de Isócrates y Timoteo, además, discípulo. P. Cloché, *Isocrate...*, pág. 83, n. 2, hace notar que Isócrates, deliberadamente o no, omite los éxitos de otros generales atenienses, especialmente de Ifícrates, rival de Timoteo. También aquí sale al paso, como indica Jaeger, *Paideia...*, pág. 874, el problema político interno de una democracia con un estratego de poderes ilimitados, caso de Timoteo en la guerra contra Esparta tras la fundación de la segunda liga marítima.

14 Estas reflexiones sobre la *politeía* se refieren a los problemas del momento.

15 El pasaje recuerda a Tuc., VII 77, «los hombres son la ciudad, no las murallas ni las naves vacías de hombres».

16 El alma del estado es su constitución; la idea vuelve a aparecer en el *Panatenaico* 134.

17 Jaeger, *Paideia...*, pág. 914, piensa que aquí por última vez se levanta una voz que reclama una transformación de la

en los talleres[18], criticamos la situación, y decimos que nunca fuimos tan mal gobernados en época democrática, pero en nuestros asuntos y pensamientos amamos más a ésta que a la que nos dejaron nuestros antepasados. En favor de ella quiero hacer mi discurso y para
16 eso me inscribí como orador. Encuentro que lo único que podría evitar los males futuros y cesar los presentes sería que aceptáramos recobrar aquella democracia[19] que Solón, el mayor demócrata, nos legisló, y Clístenes restableció tras expulsar a los tiranos y traer
17 de nuevo al pueblo[20]. No encontraremos ninguna más democrática ni más útil a la ciudad que ésta. Y la mayor prueba es la siguiente: los que se sirvieron de ella, ejecutaron muchas y bellas acciones, tuvieron la mayor fama entre todos los hombres y alcanzaron la hegemonía que les dieron voluntariamente los griegos. En cambio, quienes desearon la constitución vigente, fueron odiados por todos, sufrieron muchas y graves calamidades y les faltó poco para caer en las peores
18 desgracias. ¿Cómo aplaudir o querer esta constitución que fue antes causa de tantos males y ahora cada año va a peor? ¿Cómo no temer que al tomar tanto incremento acabemos por encallar en circunstancias más duras que las que antes se produjeron?

---

educación política de los ciudadanos que les capacite para cumplir con éxito la misión histórica de la hegemonía.

[18] Lugares de reunión de los ociosos; eran especialmente las barberías.

[19] Hay que volver a la *pátrios politeia,* con un régimen que restrinja la ciudadanía a un limitado número de personas cualificadas (Levi, *Isocrate...*, pág. 103).

[20] Los nombres de Solón y Clístenes solían unirse siempre al hablar de la antigua democracia, a pesar de las enormes diferencias existentes entre las constituciones propuestas por ambos.

Para que no escuchéis sólo un resumen, sino que 19
podáis hacer con conocimiento la elección y el juicio de las dos constituciones, será tarea vuestra que procuréis prestar atención a mis palabras, y yo intentaré, de la forma más breve que pueda, explicaros ambas.

Quienes en aquel tiempo gobernaban la ciudad es- 20
tablecieron no una constitución que tenía el nombre más democrático y dulce pero que por sus hechos no se mostraba así a los que les afectaba, ni la que educaba a los ciudadanos en la creencia de que era democracia el libertinaje, libertad la ilegalidad, igualdad de derechos la libertad de expresión[21] y felicidad la posibilidad de actuar de esta manera, sino la que, al odiar y castigar a los que eran así, hizo mejores y más prudentes a todos los ciudadanos. Lo que más contribuyó a 21
que gobernaran bien la ciudad fue que, de las dos igualdades que se conocen, una la que asigna lo mismo a todos y otra la que da a cada uno lo conveniente[22], no ignoraron cuál es la más útil, sino que consideraron injusta la que estima igual a los buenos y a los malos. Por el contrario, prefirieron la igualdad que premia y 22
castiga a cada uno según su mérito, y con ella gobernaron la ciudad, sin designar los cargos públicos sacándolos a sorteo entre todos, sino eligiendo para cada empresa a los mejores y a los más capaces[23]. Porque esperaban que los demás se hicieran iguales a quienes

---

[21] Crítica a la democracia avanzada al tratar el tema de la libertad de palabra (*parrēsía*); no debe confundirse esta libertad de expresión con la injuria (LEVI, *Isocrate*..., pág. 103).

[22] Distinción entre igualdad «matemática» e igualdad «geométrica»; el tema lo trata PLATÓN en *Rep.* 558 C, e Isócrates lo plantea también en *Nicocles* 14 y sigs. y *A Nicocles* 14.

[23] A este tipo de elecciones entre un grupo de gentes, seleccionadas anticipadamente, se le llama *prokrínein* o *haireîsthai ek prokritōn* (JAEGER, *Paideia*..., pág. 902, n. 24).

23 eran más diestros en los asuntos públicos. Además, pensaron que este sistema era más democrático que el producido por la suerte. Pues en un sorteo decide el azar y muchas veces los cargos van a parar a quienes desean la oligarquía, pero en una elección de los más adecuados, el pueblo será dueño de escoger a los más
24 firmes partidarios de la constitución establecida. La causa de que agradara a la mayoría y de que los cargos públicos no fueran disputados era que habían aprendido a trabajar y a economizar[24], a no descuidar sus asuntos domésticos, a no desear los ajenos, a no atender sus cosas con los fondos públicos, sino que, si era necesario, abastecían al erario con sus propios bienes, y a conocer los ingresos de los cargos públicos con no
25 menos exactitud que los de su fortuna privada. Tan poco querían lucrarse con los bienes públicos que en aquellos tiempos era más difícil encontrar a quienes quisieran mandar de lo que lo es ahora a quienes no lo deseen[25]. Porque pensaban que el cuidado de los asuntos públicos no era un negocio sino una carga, ni investigaban desde el primer día que llegaban al cargo si los anteriores mandatarios habían dejado alguna ganancia, sino mucho más si habían descuidado algún asunto que precisase urgente cumplimiento.
26 Para decirlo en una palabra, aquéllos habían determinado que el pueblo, como un tirano, debía establecer los cargos públicos, castigar a los infractores y resolver las disputas, y que los que fueran capaces de mandar

---

[24] «Trabajar y ahorrar» es un tópico surgido en la lucha de partidos del s. IV a. C.; aparece también en PLAT., *Rep.* 553 C, para caracterizar al tipo humano oligárquico.

[25] Todo este pasaje muestra, según CLOCHÉ, *Isocrate...*, página 85, una concepción netamente aristocrática de las funciones públicas.

y hubieran adquirido unos medios de vida suficientes[26], se ocuparan de los asuntos públicos como si fueran sus servidores y que, si llegaban a ser justos, fueran aplaudidos y se conformaran con este honor. Además, 27
que no alcanzaran disculpa alguna caso de gobernar mal, sino que cayeran en las mayores penas. Por eso ¿cómo se podría encontrar una democracia más firme o más justa que la que ponía a los más capacitados al frente de los asuntos y hacía al pueblo señor de ellos[27]?

Tal era el conjunto de su constitución política. Es 28
fácil deducir de esto que pasaron cada día actuando con rectitud y legalidad. Pues, por fuerza, quienes habían proporcionado hermosos fundamentos a los asuntos considerados en su totalidad, también actuaban de igual manera en sus partes.

En primer lugar, en cuanto a los asuntos divinos 29
—es de justicia comenzar por aquí— los atendían y celebraban sin desigualdad ni desorden. No hacían una procesión de trescientos bueyes cuando les parecía, ni dejaban abandonados al azar los sacrificios heredados de los antepasados. Tampoco celebraban con magnificencia las fiestas que se añaden a un banquete mientras alquilaban los sacrificios para los cultos más sagrados. Sólo vigilaban esto: que no se aboliera ninguna de 30
las costumbres heredadas de los antepasados ni se añadiese nada fuera de lo acostumbrado. Porque pensaban que la piedad no estaba en el lujo, sino en no

---

[26] Estas eran las condiciones que Solón imponía en su constitución para seleccionar los magistrados, según ARISTÓT., *Política* 1274 a, 15 sigs.

[27] Para que no se le acuse de oligarquía, Isócrates dice que era el pueblo el que mandaba entonces. La frase «la democracia que ponía a los más capacitados al frente de los asuntos públicos» nos remite al mejor período de la democracia ateniense, en contraste con la situación presente.

cambiar nada de lo que los antepasados dejaron[28]. Porque los dioses no les proporcionaban nada fuera de sentido ni confuso, sino la oportunidad para el cultivo de la tierra y la recolección de los frutos.

31 Administraban sus propios asuntos de manera similar a lo ya mencionado. No sólo estaban de acuerdo en los negocios comunes sino que, respecto a la vida privada, actuaban entre sí con la sensatez que deben tener hombres inteligentes y que tienen una misma patria. Los ciudadanos más pobres estaban tan lejos
32 de envidiar a los más hacendados, que se cuidaban tanto de las casas grandes como de las suyas propias, por pensar que la felicidad de aquéllos les procuraba bienestar. Quienes tenían haciendas no menospreciaban a los que se hallaban en una situación más menesterosa, sino consideraban que era para ellos una vergüenza la pobreza de los ciudadanos y socorrían sus necesidades, confiando a unos terrenos de labor a un alquiler moderado[29], mandando a otros a comerciar y suministrando a algunos capitales para otros trabajos.
33 Porque no tenían miedo de sufrir ninguna de estas dos cosas: perder todo o recobrar una parte de lo prestado con muchas dificultades. Tenían igual seguridad en lo que habían entregado que en lo que conservaban en su casa. Veían, en efecto, que quienes juzgaban los contratos no acudían a la benignidad, sino que obedecían
34 las leyes. Y no se permitían ser injustos en los procesos de otros[30], sino que se indignaban más con los ladrones

---

28 La crítica a la frivolidad con que se hacen las fiestas religiosas se inscribe dentro de un conservadurismo religioso ligado a un conservadurismo político.

29 Los *ektêmoroi* eran arrendatarios obligados a pagar a los propietarios un sexto de la cosecha (de ahí su nombre), lo que era realmente moderado, como dice Isócrates.

30 Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 142.

que los propios perjudicados y pensaban que quienes
incumplían los contratos dañaban más a los pobres que
a los ricos. Porque estos últimos, aunque renunciaran
a reclamar, quedarían privados de unos pocos ingre-
sos, mientras que los pobres, al faltarles sus valedores,
quedarían en la miseria más extrema. Con esta manera 35
de pensar ninguno escondía su hacienda ni vacilaba
en prestar, pues veía con más agrado a quienes le
pedían préstamos que a quienes se los devolvían. Les
ocurrían las dos cosas que desean los hombres inteli-
gentes: ayudaban a los ciudadanos y al mismo tiempo
hacían productivo su dinero. Y lo más importante de
un buen trato mutuo: las adquisiciones eran seguras
porque se poseían con justicia y su disfrute era común
a todos los ciudadanos necesitados.

Quizá alguno censuraría mis palabras porque alabo 36
las acciones producidas en aquellos tiempos, pero no
indico las causas por las que se llevaban tan bien entre
sí mismos y gobernaban a la ciudad[31]. Creo yo que he
contado algo de esto, pero intentaré desarrollarlo con
mayor amplitud y claridad. Aquellos hombres no te- 37
nían muchos que les dirigieran en su juventud como
para poder hacer lo que quisieran al ser declarada su
mayoría de edad; ponían, en cambio, mayor interés en
los adultos que en los jóvenes[32]. Tanto se preocupaban
de la prudencia nuestros antepasados que ordenaron
que el tribunal del Areópago se cuidara del orden, y

---

[31] Isócrates no pone en las condiciones externas la causa de las sólidas y sanas relaciones entre pobres y ricos, sino en la educación de los ciudadanos (JAEGER, *Paideia...*, pág. 908).

[32] El defecto de la educación es que se limitaba sólo a la enseñanza escolar; todos los preocupados por la educación, sobre todo Platón e Isócrates, estaban de acuerdo en que la *paideía* era un ideal absoluto de cultura, de formación del alma humana.

que este tribunal sólo pudieran formarlo los de noble nacimiento que hubieran demostrado mucha virtud y prudencia en su vida[33]. De esta forma, con razón este tribunal sobresalió de entre todos los que había en Grecia.

38 Podría utilizarse como señal de que entonces se estableció lo que ocurre en el presente. Pues todavía ahora que está descuidado todo lo que se refiere a la elección de magistrados y a su examen, veríamos que quienes son insoportables en otros asuntos, cuando llegan al Areópago, no se atreven a mostrar su auténtico carácter y son más fieles a los preceptos de allí que a sus propias maldades. Tanto es el miedo que aquellos produjeron a los malvados y tan gran recuerdo de su propia virtud y prudencia dejaron.

39 Hicieron a este tribunal, como digo, responsable del cuidado del buen orden, un tribunal que consideraba equivocados a quienes pensaban que eran los mejores hombres los de aquellas ciudades en las que las leyes estuvieran establecidas con la mayor exactitud. Porque nada impedía que todos los griegos fueran iguales a causa de lo fácil que era que tomaran las
40 leyes escritas unos de otros. Pero no era por esto por lo que aumentaba la virtud, sino por las costumbres cotidianas. En efecto, la mayoría llega a tener costumbres parecidas a aquellas en las que cada uno fue educado. Porque el gran número de leyes y su exactitud es señal de que esta ciudad está mal gobernada. Al poner obstáculos a las faltas estamos obligados a esta-

---

[33] Las condiciones para ingresar en el Areópago eran mucho más precisas y limitadas de lo que aquí dice Isócrates. El Areópago se componía de antiguos arcontes y sólo se dio entrada a los zeugitas, la clase media, en el año 458-457 a. C. (Aristót., *Const. de Aten.* 26, 2).

blecer muchas leyes[34]. Es preciso que los buenos go- 41
bernantes no llenen los pórticos con escritos[35], sino que establezcan la justicia en los espíritus. Porque las ciudades se gobiernan bien no con decretos sino con costumbres, y quienes han sido mal criados se atreverán a transgredir las leyes por bien redactadas que estén. En cambio los que han sido bien educados también querrán ser fieles a las leyes establecidas con
sencillez. Si hubiéramos meditado esto, no examinarían 42
en primer lugar con qué medios castigarían a quienes obran contra la ley, sino cómo les prepararían para que no cometieran ninguna acción digna de castigo. Porque creerían que esto es su tarea y, en cambio, el preocuparse de los castigos, algo que conviene a los enemigos.

Estos gobernantes se cuidaban de todos los ciuda- 43
danos pero especialmente de los jóvenes. Veían, en efecto, que ellos están muy confusos y llenos de muchas pasiones, que sus espíritus tienen enorme necesidad de ser educados en buenas costumbres y gratos trabajos. Sólo en estas actividades se mantendrían como hombres criados con libertad y acostumbrados
a tener pensamientos elevados. Ciertamente no era 44
posible inducir a todos a las mismas ocupaciones porque su modo de vivir no es igual. Pero se podía atribuir a cada uno una actividad adecuada a su fortuna. Los que eran más pobres se dedicaban a la agricultura y al comercio, por saber que la pobreza se produce
por la pereza y la maldad por la pobreza. Al anular el 45

34 JAEGER, *Paideia...*, pág. 909, señala que aquí se trata de dotar a la ciudad de buenas costumbres y no de muchas leyes específicas. También Platón, en su estado ideal, había creído que debía renunciar a una legislación especializada, pues la educación actuaría automáticamente a través de la libre voluntad de los ciudadanos (PLAT., *Rep.* 426 E-427 A).

35 Cf. *Panegírico* 78.

origen de los males creían que cesarían también los demás errores producidos por aquél. A quienes tenían un medio de vida suficiente les obligaban a ocuparse en la hípica, la gimnasia, la caza y la filosofía [36], porque veían que a partir de estas actividades se distinguirían
46 y se apartarían de la mayoría de los males. Después de establecer estas leyes no se pasaron sin hacer nada el resto del tiempo, sino que dividieron la ciudad en barrios y el territorio en municipios [37], observaban la vida de cada uno y a quienes vivían en el desorden los llevaban ante el Consejo. Éste amonestaba a unos, amenazaba a otros, y a algunos les castigaba según su criterio [38]. Porque sabían que dos son los sistemas que les empujan a la injusticia o les apartan de las malda-
47 des: en las ciudades en las que no se estableció vigilancia alguna de los malvados ni los juicios son severos, se corrompen incluso las buenas naturalezas, pero donde no es fácil que se oculten los injustos ni que alcancen disculpa cuando quedan al descubierto, ahí las malas costumbres desaparecen. Aquéllos se daban cuenta de esto y dominaban [39] a los ciudadanos con
48 ambas cosas: con el castigo y con la solicitud. Tan lejos estaban de que se les ocultaran los que habían

---

36 La educación debe adaptarse a la fortuna de cada individuo; la idea aparece ya en el platónico *Protágoras* 326 C, donde se supedita la duración de la educación a la fortuna de los padres. Más tarde, en la *República*, Platón elimina esta idea, pues allí la educación corre a cargo del estado; todo esto le es ajeno a Isócrates, a cuyo modelo de educación es Jenofonte el que más se acerca (Jaeger, *Paideia*..., pág. 410).

37 Esta división del territorio en municipios o demos se fijó en la reforma de Clístenes (cf. Aristót., *Const. de Aten.* 21, 5).

38 Aquí ve Kennedy (*The art*...., pág. 186) una reminiscencia de la oratoria forense isocrática.

39 Jaeger, *Paideia*..., pág. 911, n. 66, nota que la palabra aquí empleada para «dominar» (*kateîchon*) aparece ya en *Solón*, frags. 24, 22, y 25, 6.

cometido algún delito, que incluso sospechaban quiénes serían probables delincuentes. Por eso los jóvenes no se entretenían en las casas de juego, ni con las flautistas ni pasaban el día como ahora en semejantes reuniones, sino que se mantenían en las ocupaciones que les habían mandado, admirando y envidiando a los que en ellas eran los primeros. Tanto rehuían el ágora que, si se les obligaba a ir a ella mostraban que lo hacían con mucha vergüenza[40] y sensatez. Replicar a los 49
mayores o criticarlos pensaban que era más terrible de lo que lo es ahora faltar a los padres. Comer o beber en una taberna ni siquiera se atrevía a hacerlo un buen sirviente. Porque se preocupaban de ser respetables y no bufones. A los chistosos y a los que eran capaces de hablar en broma, a quienes ahora se les llama ingeniosos, aquéllos los consideraban infortunados.

Y que nadie piense que estoy mal dispuesto hacia 50
la gente joven. Porque creo que ellos no son los responsables de lo que sucede y sé que la mayoría de ellos aprecian poco esta situación en la que les está permitido pasar el tiempo en semejantes libertinajes. Por eso no es a ellos a quienes lógicamente censuraría, sino con mucha más justicia a los que gobernaron la ciudad poco antes de nuestra época. Fueron aquéllos 51
los que nos empujaron a esta despreocupación y los que anularon la fuerza del Consejo[41]. Cuando el Consejo gobernaba, la ciudad no estaba llena de procesos,

---

40 Toda la vida del joven la presidía la vergüenza (*aidōs*), cuya desaparición lloraba HESÍODO, en *Trabajos y días* 199. Tanto ARISTÓFANES, en *Las Nubes*, como PLATÓN en la *República*, citaban este concepto, al contrastar la antigua y nueva *paideia*. La idea del *aidōs* era una parte heredada de la antigua ética y de la antigua educación de la nobleza griega. (JAEGER, *Paideia*..., págs. 911 y 912).

41 El Areópago vio limitadas sus funciones por las reformas de Efialtes del año 462 a. C.; Cf. ARISTÓT., *Const. de Aten.* 26.

acusaciones, tributos, pobreza y guerras, sino que se mantenían tranquilos entre sí y estaban en paz con todos los demás. Se presentaban fieles a los griegos y
52 temibles a los bárbaros. Porque a los primeros los habían salvado, y habían tomado tal venganza de los segundos que aquéllos se contentaban con no sufrir nada más. Por eso vivían con tanta seguridad que las casas y los enseres del campo eran más hermosas y ricas que las del interior de las murallas[42], y muchos ciudadanos no bajaban a la ciudad para las fiestas, sino que preferían mantenerse con sus bienes particu-
53 lares antes que disfrutar de los públicos. Ni siquiera las fiestas, por las que uno vendría, las hacían con desenfreno y suntuosidad, sino con inteligencia. Consideraban que no era bienestar el que procede de las procesiones solemnes, de las rivalidades en las coregías ni de la vanidad en cosas parecidas, sino el vivir con prudencia cada día y el que ninguno de los ciudadanos careciera de recursos. Hay que juzgar por estas cosas quiénes actúan bien de verdad y gobiernan de
54 manera oportuna. Porque ahora, ¿qué persona sensata no sufriría ante lo que sucede cuando viera que muchos ciudadanos se echan a suertes delante de los tribunales para tener o no tener lo indispensable[43], que juzgan conveniente alimentar a los griegos que quieren guiar sus naves, que forman parte del coro con mantos de oro pero pasan el invierno con unas ropas que no quiero decir? Además se producen otras con-

---

[42] Demóstenes, en la *Olíntica III* 25, nos habla de que las casas particulares de los líderes políticos como Milcíades no eran más ricas que la de un ciudadano corriente; el lujo se reservaba para los templos de los dioses. Como se ve, ya había costumbre de vivir fuera de la ciudad, donde estaban las casas de los más ricos (Tuc., II 62, 3).

[43] Aristófanes, en *Las Avispas* 303 sigs., da un cuadro cómico sobre esta interesada «pleitomanía» ateniense.

tradicciones parecidas en lo referente al gobierno, que causan la mayor vergüenza a la ciudad. Nada de esto 55
sucedía bajo aquel Consejo. Pues liberó a los pobres de sus miserias mediante el trabajo y la ayuda de los ricos, a los jóvenes del desenfreno con ocupaciones y el cuidado que de ellos se tenía, a los gobernantes de ambiciones con el castigo y el no pasar por alto a los que cometían injusticias, y a los ancianos de su desánimo con honores dados por la ciudad y con las atenciones de los jóvenes. ¿Cómo podría existir una constitución más digna que ésta, que tan bien se cuidaba de todos los asuntos?

Hemos expuesto por separado en su mayor parte lo 56
que entonces estaba establecido. Las cosas que hemos omitido es fácil deducirlas de lo dicho, porque su situación era la misma. Ya algunos que oyeron mi discurso[44] aplaudieron lo más posible y consideraron dichosos a los antepasados porque administraron la
ciudad de esta manera. Pero creían que a vosotros no 57
se os convencería para utilizar tales procedimientos, sino que por rutina preferiríais sufrir en las circunstancias establecidas a pasar una vida mejor con una constitución política más perfecta[45]. Dijeron que yo, al aconsejar lo mejor, también estaría en peligro de ser considerado enemigo del pueblo y de pasar por alguien que buscaba arrojar la ciudad a la oligarquía[46].

---

44 Se aprecia en este pasaje la costumbre de Isócrates de exponer sus obras ante sus amigos antes de darlas a la publicación. También Platón, en la *Carta VII* 326 A, nos indica que el autor había concebido y expuesto oralmente las ideas que más tarde publicaría en la *República*. Para Jaeger, *Paideia...*, 906, n. 41, las ideas aquí expuestas por Isócrates no eran suyas propias, sino las del círculo de Terámenes.

45 Aquí Isócrates admite que los atenienses están ya acostumbrados a la corrupción.

46 Sigue Isócrates esforzándose en defenderse contra su impo-

58 Si yo utilizara como tema de mis discursos asuntos desconocidos y no públicos y os aconsejara que para ellos tomárais consejeros o redactores [47] que antes hubieran destruido la democracia, con razón sería culpable de este delito. Pero ahora nada de esto he dicho, sino que hablo de un gobierno claro para todos, y no
59 oculto. Todos sabéis que ese gobierno es para nosotros una herencia de los antepasados, causante de enormes bienes para la ciudad y para los demás griegos, y que además de esto fue legalizado y establecido por unos hombres de tal categoría que no habría nadie que no estuviera de acuerdo en que eran los ciudadanos más demócratas. Por eso me sucedería lo peor de todo si, al recomendar este gobierno, diera la impresión de que deseaba cambios políticos.

60 Mi opinión es fácil de conocer por lo siguiente: en la mayoría de los discursos pronunciados por mí, se verá claro que critico las oligarquías y los regímenes violentos y que, en cambio, alabo a los igualitarios y a las democracias, no a todas, sino a las bien establecidas, y tampoco a las que lo están así por casualidad,
61 sino a las que poseen justicia y razón. Sé, en efecto, que nuestros antepasados con esta constitución se distinguieron mucho de los demás y que los lacedemonios están muy bien gobernados porque gozan de una gran democracia [48]. Pues en la elección de gobernantes, en la vida cotidiana y en las demás costumbres, vemos que entre ellos la igualdad y la homogeneidad tienen más fuerza que en otros pueblos. Esas cualidades son

---

pularidad en amplios sectores de Atenas (Jaeger, *Paideia...*, pág. 922).

[47] Estos redactores (*syngrapheîs*) fueron treinta ciudadanos a los que el régimen de los Cuatrocientos (año 411 a. C.) encargó redactar una nueva constitución.

[48] G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 142, n. c, anota con ironía «excepción hecha de los periecos e hilotas».

las que combaten las oligarquías, y en cuyo uso perseveran las buenas democracias.

Además, si quisiéramos hacer un repaso, descubri- 62
ríamos que a las más brillantes y grandes de las demás ciudades les han aprovechado más las democracias que las oligarquías. Porque también, si comparáramos nuestra constitución política que todos critican no con aquélla de la que hablé, sino con la establecida por los Treinta, no habría nadie que no la considerase obra
de los dioses [49]. Y quiero, aunque algunos dirán que me 63
aparto del tema, aclarar y exponer cuánto aventajó a la de entonces, para que nadie piense que examino con minuciosidad los errores del gobierno popular y que omito, en cambio, lo bueno y respetable que haya podido hacer. El discurso no será ni largo ni inútil para
los oyentes. Cuando perdimos las naves que estaban 64
en el Helesponto [50] y la ciudad cayó en aquellas desgracias, ¿qué hombre de edad no sabe que quienes se llaman demócratas estuvieron dispuestos a sufrir lo que fuera con tal de no cumplir lo ordenado, y que consideraron terrible que alguien pudiera ver sometida a otros la ciudad que gobernó a los griegos?, y, en cambio, ¿no desearon de buen grado los partidarios de la oligarquía arrasar las murallas y permanecer en la
esclavitud? Antes, cuando la mayoría democrática era 65
dueña de los asuntos, ¿no poníamos guarniciones en las ciudadelas de los demás?; pero cuando los Treinta tomaron el gobierno, ¿no tenían la nuestra los enemigos? En aquel tiempo los lacedemonios eran nuestros dueños, pero cuando los desterrados regresaron y se

[49] Según piensa Jaeger, *Paideia...*, pág. 913, Isócrates prefiere el gobierno radical de las masas, aunque necesite tantas reformas, a la tiranía y oligarquía que Atenas conoció bajo el régimen de los Treinta.

[50] Isócrates siempre se refiere a la derrota de Egospótamos, del año 405 a. C.

atrevieron a pelear en favor de la libertad, cuando Conón obtuvo la victoria en un combate naval[51], ¿no vinieron embajadores de los lacedemonios y dieron a
66 la ciudad el dominio del mar?[52] ¿Quién de mis coetáneos no recuerda que la democracia tanto adornó la ciudad con templos y monumentos civiles que todavía ahora nuestros visitantes piensan que ella es digna de gobernar no sólo a los griegos, sino a todos los demás? Los Treinta, en cambio, descuidaron algunos de estos monumentos, otros los saquearon[53] y entregaron los muelles para su demolición por tres talentos[54], cuando la ciudad había gastado en ellos no menos de mil.
67 En justicia nadie aplaudiría la dulzura de aquéllos más que la de la democracia. Ellos, que se apoderaron de la ciudad con un decreto, mataron sin juicio mil quinientos ciudadanos y obligaron a huir hacia el Pireo a más de cinco mil. En cambio los demócratas, después de vencer y regresar armados y una vez que quitaron de en medio a los mayores responsables de los males, gobernaron a los demás con tanta bondad y legalidad, que en nada hicieron de menos a los causantes del
68 exilio con respecto a los que de él regresaron[55]. La prueba más hermosa y mayor de la equidad del gobierno popular es ésta: los que permanecieron en la ciudadela habían prestado cien talentos a los lacedemonios para el asedio de los que ocupaban el Pireo, y como se

---

[51] La batalla de Cnido, del año 394 a. C.

[52] El pueblo imponía su autoridad sobre otros estados, la oligarquía, en cambio, sobre los propios conciudadanos (JAEGER, *Paideia...*, pág. 914).

[53] Cf. sobre todos estos sucesos el discurso de LISIAS, *Contra Eratóstenes.*

[54] Una de las condiciones impuestas a Atenas tras su derrota en la guerra del Peloponeso fue la destrucción de los «muros largos» que unían la ciudad con el Pireo; cf. JENOF., *Hel.* II 2, 20.

[55] Alusión a la amnistía del año 403 a. C.

celebrase una asamblea para tratar de la devolución del dinero y muchos dijeran que era justo que fueran los prestamistas quienes rescidieran el préstamo hecho a los lacedemonios y no los sitiados, el gobierno popular estimó que la devolución sería cosa de todos[56].
Gracias a esta manera de pensar establecieron una 69
concordia tan grande entre nosotros y tanto mejoraron la ciudad, que los lacedemonios, a quienes bajo la oligarquía les faltó poco para mandarnos cada día, vinieron en época democrática a suplicarnos y a pedir que no viéramos con indiferencia su destrucción. Lo más importante de las intenciones de cada uno de los partidos era lo siguiente: quienes tenían por digno mandar a los ciudadanos se hacían esclavos de los enemigos, y los que pensaban que había que gobernar a otros se mantenían en situación de igualdad con esos
mismos ciudadanos. Me referí a esto por dos motivos: 70
primero, para demostrar que yo no soy partidario de oligarquías ni de gobiernos tiránicos, sino que deseo gobiernos justos y ordenados; en segundo lugar, para señalar que incluso las democracias mal establecidas son causa de menores desgracias y las bien organizadas sobresalen por ser más justas, más igualitarias y más agradables para quienes participan en ellas[57].

Acaso alguno se preguntaría con admiración cuáles 71
son mis intenciones cuando os aconsejo adoptar otra constitución en lugar de la que ha llevado a cabo tan numerosas y bellas acciones, y por qué, si ahora he hecho tan gran elogio de la democracia, quizá cambio de opinión al criticar y censurar la situación establecida.

---

56 Aplaude Aristóteles esta medida en su *Constitución de Atenas* 40.

57 Defensa vigorosa de las acusaciones de oligarca que Isócrates sin duda sufría; en *Sobre el cambio de fortunas* volverá a defenderse de manera más completa.

72 Yo reprendo a los ciudadanos que se ocupan poco de su rectitud y, en cambio, cometen muchos errores y pienso que son más despreocupados de lo que debieran; además, a quienes descienden de hombres honrados y son sólo un poco más honestos que los mayores criminales, pero mucho peores que sus padres, los cen-
73 suro y aconsejo que dejen de comportarse así. Sobre los negocios públicos tengo idéntica opinión. Creo, en efecto, preciso que nosotros no seamos soberbios ni nos contentemos con ser más justos que los hombres sumidos en la desdicha y en la locura, sino que debemos indignarnos muchísimo y soportar con pesar si resultamos inferiores a los antepasados. Hemos de emular su virtud y no la maldad de los Treinta, sobre todo cuando nos corresponde ser los mejores de todos los
74 hombres. No es ahora la primera vez que digo esto, sino que ya lo hice muchas veces y ante muchos. Porque sé que en otros lugares se producen frutos, árboles y animales típicos de cada uno de esos sitios y que se distinguen mucho de otros, pero que nuestra tierra es capaz de producir y criar hombres bien dotados para las artes, la acción y los discursos, y muy sobre-
75 salientes también en valor y virtud. Es justo probarlo con los antiguos combates que hicieron contra las amazonas, los tracios y todos los peloponesios, y con los peligros corridos en las guerras pérsicas, en los que sólos o con los peloponesios, luchando por tierra y por mar, vencieron a los bárbaros y fueron considerados dignos de premio. Nada de esto hubieran hecho, si no
76 se distinguieran mucho por su manera de ser. Que nadie piense que este elogio nos toca a quienes ahora participamos en la política, sino muy al contrario. Pues tales palabras son un aplauso para aquellos que se mantienen dignos de la virtud de los antepasados, pero acusación para quienes deshonran su buen linaje con su despreocupación y malicia. Esto es precisamen-

te lo que hacemos, si se ha de decir la verdad. A pesar de tener tales condiciones naturales[58] no las cuidamos sino que hemos caído en la insensatez, el desorden y el deseo de acciones malvadas. Pero si me dejo llevar por 77
la posibilidad de criticar y censurar la circunstancia actual temo alejarme demasiado de mi asunto. Sobre estas cosas hemos hablado antes y volveremos a hacerlo si no os persuadimos a dejar de cometer semejantes errores. En cuanto a lo que establecí como tema de mi discurso desde el principio, lo trataré con brevedad para dejar sitio a quienes quieran todavía aconsejaros sobre ello.

Pues si nosotros seguimos gobernando la ciudad 78
como hasta ahora, no habrá forma de que no hagamos deliberaciones, peleemos y vivamos y de que casi totalmente suframos y actuemos de la misma manera que en el momento presente y en el inmediato pasado. Pero si cambiamos la constitución política, está claro que, según el mismo razonamiento, nuestra situación será parecida a la de los antepasados. Porque es forzoso que de idénticas prácticas políticas deriven siempre resultados semejantes e iguales. Tras poner en 79
paralelo los más importantes hemos de determinar cuáles debemos adoptar. En primer lugar, veamos cómo se comportaron con aquella constitución política los griegos y los bárbaros y cómo están ahora con nosotros. Porque estos pueblos influyen en no pequeña parte en nuestra prosperidad cuando se comportan con nosotros de manera conveniente. Los griegos confiaban 80
tanto en quienes nos gobernaban en aquella época que

[58] Para Isócrates, toda la historia de Atenas no es más que el despliegue de su naturaleza (*phýsis*); en esto se parece a Tucídides, que habla de las dotes naturales de cada pueblo. A diferencia del concepto de *phýsis* en la medicina griega, donde se entendía como algo general, para Isócrates entraña lo individual, imperecedero y normativo (Jaeger, *Paideia...*, pág. 915).

en su mayoría se ponían gustosamente a disposición de la ciudad. Los bárbaros distaban tanto de meterse en los asuntos griegos que ni navegaban con barcos de guerra más allá de Fasélide ni bajaban un ejército de a pie fuera del río Halis[59], sino que se mantenían en
81 completa calma. Pero ahora cambió tanto la situación, que los griegos odian a nuestra ciudad y los bárbaros nos desprecian. Sobre el odio de los griegos habéis oído a los estrategos. Cómo se porta el rey con nosotros lo aclaró en las cartas que ha mandado.

82 Además, por aquella disciplina los ciudadanos fueron tan educados para la virtud que no se molestaban entre sí y vencían en combate a todos cuantos invadían el territorio. Con nosotros ocurre lo contrario. Porque no pasa un día sin que nos hagamos daño, y tan desatendidos tenemos los asuntos de la guerra que ni nos atrevemos a pasar revista militar a no ser que
83 nos paguen. Y lo principal: en aquella época ningún ciudadano carecía de lo necesario ni avergonzaba a la ciudad mendigando a los transeúntes, mientras que ahora son más los pobres que los ricos. Hay que tener indulgencia con esta gente si no se ocupan de los asuntos públicos sino de cuidar cómo pasarán el día presente.

84 Yo creo que si imitamos a los antepasados nos libraremos de los males y seremos los salvadores no sólo de la ciudad sino de todos los griegos. Por eso me inscribí como orador y pronuncié estas palabras. Vosotros, después de razonar todo, votad a mano alzada lo que os parezca más conveniente para la ciudad.

---

[59] Cf. *Panegírico* 113.

SOBRE EL CAMBIO DE FORTUNAS (ANTÍDOSIS) (XV)

INTRODUCCIÓN

Uno de los impuestos extraordinarios (liturgias) más costosos era la trierarquía, consistente en sufragar el mantenimiento de un barco de guerra. Para atender a este impuesto se estableció el año 357 a. C. una ley, llamada de Periandro, por la que los doscientos ciudadanos más ricos quedaban divididos en grupos de veinte (*symmoríai*) y cada simmoría en secciones (*syntéleiai*). Cada sección se hacía cargo del costo de la trierarquía.

Hacia el año 356 a. C. un miembro de una de estas secciones, llamado Megaclides, fue designado para sostener una trierarquía. Megaclides protestó, alegando que Isócrates era más rico que él, y promovió un proceso de cambio de fortunas (*antídosis*). Este tipo de proceso hacía que el perdedor debiera cambiar su fortuna por la de su rival; también había la posibilidad de cambiar de liturgia. Isócrates se hizo defender por su hijo adoptivo Afareo, perdió el proceso y tuvo que pagar la trierarquía.

Sobre este hecho real se apoya Isócrates para publicar una defensa de su persona y de su tipo de *paideía*;

el pretexto que adopta para mantener, como otras veces, la ficción de que habla en público, es que un cierto Lisímaco le ha acusado públicamente (*graphḗ*) de corromper a la juventud y enriquecerse con su enseñanza. Así, supuestamente, el discurso *Sobre el cambio de fortunas*, es una defensa ante esta acusación.

Jaeger [1] califica el discurso *Sobre el cambio de fortunas* de extraña mezcla de discurso forense, autodefensa y autobiografía. Según él, Platón fue el primero que en la *Apología*, convirtió el discurso forense en forma literaria de confesión, mediante la cual una personalidad espiritualmente destacada procura rendir cuenta de sus actos [2]. El discurso *Sobre el cambio de fortunas* se limita a exponer con ciertas variantes las concepciones ya desarrolladas en *Contra los sofistas*.

Es muy evidente el paralelismo que busca Isócrates en este discurso con la defensa que Sócrates hizo de él mismo y que Platón recoge en la *Apología*. Mathieu [3] señala la inquietud que por esta época sentían los filósofos ante la hostilidad de los políticos «realistas», ahora en el poder, y la afirmación de estos filósofos de la superioridad de la especulación sobre la práctica. Esta misma inquietud la testimonia Platón en su *Carta VII* que es, más o menos, contemporánea del *Sobre el cambio de fortunas*.

El esquema del discurso es el siguiente:

1-13. Prólogo. Razones de Isócrates para escribir el discurso.

14-25. Exordio en el que se aducen las dificultades de una defensa ante una acusación, tópico de las defensas judiciales.

25-33. Exposición de la acusación que Lisímaco le ha hecho.

---

1 *Paideia*..., pág. 923.

2 Cf. Plat., *Apol.* 20 C.

3 *Isocrate*..., III, pág. 90.

33-166. Justificación de la actividad de Isócrates como orador mediante la presentación de diversos fragmentos de tres obras suyas: *Panegírico*, *Sobre la paz* y *A Nicocles*.

167-292. Defensa del método de educación que Isócrates ha propugnado. Para ello hace un estudio de la pedagogía en la primera mitad del s. IV a. C. Oposición de su educación a la de los filósofos erísticos (Jaeger piensa que más contra Aristóteles que contra Platón).

293-323. Apelación a la opinión del público (como se suele hacer en estos discursos de defensa) con una exhortación a los atenienses para que mantengan la cultura que ha dado gloria a la ciudad.

La fecha del discurso es precisa, pues en el parágrafo 9 Isócrates dice que tiene ochenta y dos años; esto sitúa el discurso *Sobre el cambio de fortunas* en el año 354-353 a. C.

Argumento de Focio

El discurso titulado «Sobre el cambio de fortunas» parece ser de tipo judicial y es una defensa de las injurias que Lisímaco dijo de Isócrates. Isócrates tenía ochenta y dos años cuando escribió este discurso, el más largo de los suyos. Es un discurso mixto y más complicado que los demás. Presenta algunos fragmentos de otros discursos suyos a través de los cuales Isócrates demuestra que no corrompe a los jóvenes, sino que ayuda a la comunidad.

Si el discurso que va a leerse se pareciese a los que 1
se pronuncian en los pleitos o a los que se hacen como alarde, creo que no tendría proemio. Pero, en realidad, por su novedad y diferencia es necesario decir previa-

mente las causas por las que escogí escribir un discurso tan diferente de los demás[4]. Y si no lo aclarase quizá a muchos les daría la impresión de que es una
2 obra extravagante. Sé que algunos sofistas hablan mal de mi profesión y dicen que me dedico a escribir discursos judiciales[5], y hacen igual que si alguien se atreviese a llamar figurero a Fidias, el autor de la estatua de Atenea, o dijera que Zeuxis y Parrasio tienen el mismo arte que quienes pintan exvotos[6]; a pesar de ello
3 nunca hice frente a su mezquindad de espíritu, porque pensaba que sus charlatanerías no tenían fuerza alguna, y porque yo he demostrado claramente a todos que preferí hablar y escribir no sobre contratos privados, sino defendiendo cuestiones de tal magnitud que nadie se atrevería a hacerlo salvo quienes han sido discípulos míos o quieren imitarles[7].

4 Hasta una edad muy avanzada creí que estaría bien considerado por todos los ciudadanos corrientes debido a esta profesión y a mi vida tranquila[8]. Pero ya

---

[4] Isócrates se desvía de su antigua elocuencia panegírica, porque en la Grecia de estos años ya no daría resultado; lo mismo en *Filipo* 12 (Jaeger, *Paideia*..., pág. 860, n. 11).

[5] Actividad a la que efectivamente se dedicó; la misma estructura de este discurso es análoga a la de un discurso judicial.

[6] Al compararse con Fidias, Zeuxis y Parrasio, Isócrates quiere señalar que hay gente que considera la retórica como algo subalterno. Análogamente hace Platón, en *Rep.* 472 C-D.

[7] Para Isócrates la superioridad educativa de la filosofía radica en la posesión de una suprema meta moral, pero como él no cree ni en la legitimidad exclusiva de esta meta ni en la idoneidad de los medios con los que los filósofos esperan alcanzarla, se pone como objetivo convertir la retórica en verdadera educación, dándole por contenido las «cosas supremas» (Jaeger, *Paideia*, pág. 857).

[8] Mención a la «inactividad» (*apragmosýnē*) que caracteriza su vida y la de sus discípulos. Ehremberg, («Polypragmosýnē»,

próximo el final de mi vida, al producirse un proceso de cambio de fortuna con motivo de una trierarquía, me doy cuenta de que algunos no se han portado conmigo como esperaba, sino que están muy equivocados con respecto a mis ocupaciones y que otros, bien informados sobre mi trabajo, me envidian y me odian igual que los sofistas y se complacen con quienes tienen de mí una opinión equivocada. Y demostraron que pen- 5
saban así. Pues cuando la parte contraria no dijo nada justo sobre aquello que motivaba el juicio, cuando desacreditó la fuerza de mis discursos y exageró mi riqueza y el número de mis alumnos, sentenciaron que me correspondía pagar el impuesto extraordinario. Soportamos este gasto como conviene a quienes no se turban mucho con cosas así, ni son totalmente pródigos ni avariciosos con su dinero.

Pero al darme cuenta, como dije, de que eran mu- 6
chos más de los que creía quienes no tienen una opinión correcta sobre mí, reflexionaba cómo dejaría claro ante ellos y sus descendientes mi manera de ser, la vida que llevo y la enseñanza a que me dedico[9], y cómo no vería con indiferencia que yo quedara sin juzgar sobre estos extremos ni en manos de quienes acostumbran a calumniar, como ahora me ocurrió.
Al examinar la situación, descubrí que de ninguna 7
manera podría vencerla, a no ser escribiendo un discurso que fuera un retrato de mi pensamiento y de mis otras actividades en la vida. Con este discurso

Jour. of. Hell. Stud. 67 (1947), pág. 56) ve en esta actitud una oposición a la política de Atenas y no sólo una política de paz y una búsqueda de prosperidad.

[9] Distingue Isócrates tres finalidades en su obra: exposición de su carácter (*trópos*), de su manera de vivir (*bíos*) y de su *paideía*, llamada muchas veces filosofía (Jaeger, *Paideia...*, página 923, n. 11).

esperaba, en efecto, que se me conociera mejor y que quedara como recuerdo mío, recuerdo mucho más her-
8 moso que los monumentos de bronce[10]. Veía también que si intentaba hacer mi autoalabanza no sería capaz de abarcar todo cuanto me había propuesto explicar ni tampoco podría hablar de ello de una manera atractiva ni intachable. En cambio, si suponía que se trataba de un proceso y que corría un riesgo, que el denunciante y el que me ocasionaba dificultades era un sicofanta y que aquél utilizaría las calumnias pronunciadas en el proceso de cambio de fortunas, y yo pronunciaría mis palabras con el esquema de una defensa, así sí que podría desarrollar mucho mejor todo lo que quiero.

9 Después de razonar de este modo escribí este discurso, no cuando estaba en la flor de la edad, sino a mis ochenta y dos años. Por ello hay que tener indulgencia, si el discurso parece menos consistente que los que antes ofrecí[11]. Porque no era fácil ni sencillo, sino
10 obra muy trabajosa. De lo que he escrito, algunas partes encajarían con lo que se dice en un tribunal, y otras, en cambio, no se ajustan a tales juicios, sino que hablan con libertad de filosofía y demuestran su fuerza. Hay también algún apartado que ayudaría, si lo oyeran, a los jóvenes que se mueven en el campo de las ciencias y la educación. También se encuentran mezcladas, entre mis palabras actuales, muchas cosas escritas por mí hace tiempo, y su inclusión no es absurda ni inoportuna, sino conveniente al tema.
11 Abarcar de una ojeada un discurso tan largo, adaptar y reunir tantas ideas tan diferentes entre sí, enlazar

---

[10] Esta misma idea aparecía ya en *Evágoras* 72 y *A Nicocles* 36.

[11] Parece una confesión de que esta obra es la más floja de las suyas.

lo futuro con lo ya advertido y lograr que todo encaje, no era tarea muy pequeña. Sin embargo, a pesar de mi avanzada edad, no renuncié a terminar mi discurso, pronunciado con mucha sinceridad, y será la opinión de los oyentes la que diga cómo es en otros aspectos.
Es necesario que quienes hagan la lectura pongan 12
primero atención a que es un discurso variado y abierto a todos los temas, que luego vuelvan su mente más a lo que se va a decir que a lo que ya se haya dicho. Además no deben pretender leerlo todo seguido, sino en la medida en que no canse a los presentes. Si os atenéis a esto, podréis observar mejor si lo que decimos es digno de nosotros mismos.

Era necesario advertir esto. Ahora, leed esta de- 13
fensa que se supone escrita para un juicio [12], que quiere desvelar la verdad sobre mí, y que puede hacer que la conozcan los que no la saben y que quienes me odian sufran más por esta enfermedad. No podría tomar de ellos una venganza mayor.

Creo que los más criminales de todos y los que 14
merecen un castigo mayor son quienes se atreven a acusar a otros de los mismos delitos que ellos cometen, como ha hecho Lisímaco. Este individuo, al leer sus discursos escritos, ha hablado más de mis propios discursos que de todo lo demás, actuando igual que si uno acusa a otro de robo sacrílego y se ve que él tiene en las manos objetos que pertenecen a la divinidad. Estimaría mucho que él me creyera tan hábil 15
como os ha dicho. Pues no intentaría ocasionarme dificultades. Sin embargo, dice ahora que yo soy capaz de presentar como más fuertes los argumentos más debi-

---

[12] Queda bien claro aquí que Isócrates escribe una defensa ficticia, hecha para ser leída.

les[13], y, en cambio, tanto me desprecia, que espera fácilmente vencerme utilizando la mentira mientras
16 yo digo la verdad. Todas las cosas me han salido tan mal que otros deshacen con sus discursos las calumnias, y a mí, en cambio, Lisímaco me ha calumniado mis propios discursos para que, si parece que hablo bien, se me vea culpable de esa habilidad mía que él ha mencionado antes, y si, por el contrario, en mis palabras me muestro inferior a lo que éste os ha hecho suponer, penséis que mis actos son peores.

17 Os pido que no confiéis en sus palabras ni tampoco dejéis de confiar en ellas antes de que oigáis hasta el final las nuestras, y que reflexionéis sobre el hecho de que no se debería proporcionar una defensa a los acusados si fuera posible emitir un voto justo a partir de los argumentos del acusador. Pero ahora mismo ninguno de los presentes podría saber si el acusador lo hace bien o mal. Si se sirve de palabras verdaderas es cosa que a los jueces no les es fácil saber por el discurso de quien ha hablado primero, sino que nos daríamos por satisfechos con que pudieran discernir lo
18 justo por los discursos de uno y otro. No me causan admiración quienes dedican más tiempo a las acusaciones de los mentirosos que a sus propias defensas, ni quienes dicen que la calumnia es el mayor de los males. ¿Qué cosa habría más perjudicial que la calumnia, que proporciona buena estimación a los mentirosos, da la impresión de que delinquen quienes nunca lo hicieron, y de que los jueces cometen perjurio, y, en una palabra, oculta la verdad y destruye injustamente a cualquier ciudadano al proporcionar una opinión
19 falsa a los oyentes? Esto es lo que debe vigilarse, que

---

13 Era esto lo que tópicamente se achacaba a la sofística; cf. Plat., *Apol.* 19 B.

no nos ocurra tal cosa y que no acuséis a otros de
aquello en que claramente estáis cayendo vosotros
mismos. Creo que vosotros no ignoráis que la ciudad
con frecuencia sintió tanto pesar por los juicios cele-
brados en un momento de pasión y sin pruebas que,
sin dejar pasar mucho tiempo, deseó tomar venganza
de quienes mintieron y vio con agrado que los calum-
niados estuvieran en mejor situación que antes[14]. Es 20
preciso que recordando esto no confiemos precipita-
damente en las palabras de los acusadores ni escuche-
mos a los defensores con alboroto y severidad[15]. Por-
que sería una vergüenza que se reconozca que somos
los más piadosos y apacibles de todos los griegos en
otros asuntos, y, en cambio, en los procesos que aquí
se celebran se viera que hacemos lo contrario a aquella
buena fama. En otros lugares, cuando juzgan un pro- 21
ceso capital, una parte de los votos se pone de entrada
a favor de los acusados; entre vosotros, por el con-
trario, quienes corren peligro no están en situación de
igualdad con los sicofantas, sino que, aunque se jura
cada año que se ha de oír igual a los acusadores que
a los defensores, vuestra actuación es tan parcial que 22
aceptáis lo que dicen los acusadores, pero ni una vez
soportáis el oír la voz de quienes intentan refutar-
los[16]. Además, creéis que son inhabitables las ciudades
en las que algunos ciudadanos mueren sin juicio, pero
ignoráis que hacen lo mismo quienes no ofrecen una
buena disposición común a los litigantes. Y lo peor de 23
todo es que alguien cuando corre peligro critica a sus

---

14 Alusión al proceso de las Arginusas, así como al proceso de Sócrates; piensa así MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 108; cf. JENOF., *Hel.* I 7, 35.

15 Esta era una actitud frecuente de los jurados atenienses; cf. PLAT., *Apol.* 30 C, y ARISTÓF., *Avispas* 624.

16 Cf. *Sobre la paz* 3, y DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 1-2.

difamadores pero no opina igual de ellos cuando le toca juzgar a otro.

Es preciso que las gentes sensatas juzguen a los demás igual que ellos querrían ser juzgados, y que piensen que debido al atrevimiento de los sicofantas no se sabe quién se verá obligado a hablar al verse en peligro, como yo ahora, ante quienes emitirán un
24 voto sobre él. No hay que confiar en que por llevar una vida ordenada, se vaya a habitar sin miedo la ciudad. Porque quienes prefieren desatender sus bienes particulares y acechan los ajenos, no se mantienen lejos de los ciudadanos prudentes y traen a juicio ante vosotros a quienes hacen algo malo, sino que, al hacer ostentación de sus fuerzas con los que en nada delinquen, reciben más dinero de los culpables mani-
25 fiestos. Esto es lo que pensó Lisímaco al ponerme en este peligro. Creía que el juicio contra mí le procuraría una ganancia que otros le darían y suponía que si me superaba con sus palabras a mí, a quien llama maestro de otros, daría a todos la impresión de que su fuerza
26 es irresistible. Esperaba conseguir esto con facilidad. Pues veía que vosotros aceptáis con mucha ligereza las acusaciones y las calumnias y que yo no podría defenderme de ellas de manera digna de mi fama, por
27 mi vejez y mi inexperiencia en estos procesos [17]. Pues tal ha sido mi vida hasta ahora que jamás nadie me acusó de abuso o injuria ni durante la oligarquía ni durante la democracia, y está claro que no existe árbitro o juez que jamás haya intervenido en mis asuntos. Porque yo era capaz de no perjudicar a otros y tampoco obtenía satisfacción en un tribunal si era yo el perjudicado, sino que solucionaba mis diferencias

---

[17] Eco de la defensa de Sócrates en la *Apología* platónica (17 D).

tratando con los amigos de mis adversarios. De esto 28 no he obtenido ventaja alguna, antes por el contrario, habiendo vivido de manera irreprochable hasta esta edad que tengo, me vi en el mismo riesgo que si hubiera injuriado a todos.

A pesar de ello, no estoy totalmente desanimado por la magnitud de la multa, sino que, si quisiérais escucharme con benevolencia, tengo muchas esperanzas en que quienes están engañados acerca de mis ocupaciones y quienes han sido convencidos por los amigos de calumniar, mudarán su parecer y, en cambio, los que me juzgan tal como soy, mantendrán con más firmeza aún su opinión. Para no molestar en exceso con mucho 29 preámbulo dejaré esto e intentaré contaros el asunto sobre el que emitiréis vuestro voto. Léeme el escrito de acusación.

(Escrito de acusación)

Con este escrito, el acusador intenta calumniarme 30 diciendo que corrompo a los jóvenes[18] al enseñarles a hablar y a llevar ventaja en los procesos contra justicia. Con el resto de sus palabras el acusador me hace aparecer como alguien que nunca ha existido, ni entre quienes rondan los tribunales, ni entre los que dedicaron su tiempo a la filosofía. Porque sostiene que mis discípulos no son sólo hombres corrientes, sino oradores, generales, reyes y tiranos, y que de ellos he recibido un montón de dinero y que todavía ahora lo

---

[18] Kennedy, *The Art...*, pág. 181, destaca que la acusación de corromper a los jóvenes recuerda especialmente a la *Apología* platónica.

31 recibo. De esta manera ha hecho la acusación, pensando que, al exagerar mi riqueza y el número de mis alumnos, infundirá la envidia en todos los oyentes y por mi actividad en los tribunales os moverá a ira y odio, cosas que hacen que los jueces, cuando las sufren, sean más duros con los acusados.

Que Lisímaco ha dicho más de lo que convenía y que miente absolutamente, creo que lo aclararé con
32 facilidad. Os pido que no prestéis atención a las palabras que antes habéis oído sobre mí de quienes pretenden infamarme y calumniarme. Tampoco confiéis en quienes hablan sin pruebas ni criterio, ni os sirváis de las opiniones que, sin motivo, ellos han hecho nacer en vosotros. Por el contrario, debéis juzgar mi manera de ser por cómo se me vea en la actual acusación y defensa. Porque, al opinar así, demostraréis que juzgáis bien y legalmente, y yo alcanzaré total justicia.

33 El peligro que corro ahora es, creo, la mayor prueba de que ningún ciudadano ha sido perjudicado por mi habilidad ni por mis escritos. Pues si alguno hubiera sido injuriado y hubiera permanecido tranquilo hasta ahora, no descuidaría la actual ocasión, sino que vendría para acusar o para declarar como testigo. En efecto, cuando un individuo que nunca ha oído de mí ni una simple palabra, me trajo a este juicio tan importante, sin duda intentarían vengarse de mí con mucho más motivo quienes hubieran sufrido daño.
34 Porque no es lógico ni posible que si he hecho daño a muchos, esos que han sufrido desgracias por mi culpa se queden tranquilos, no se atrevan a acusarme, y en mis apuros sean más suaves que aquellos a quienes nunca injurié, cuando podían, tras denunciar lo
35 que sufrieron, imponerme el mayor castigo. Ni antes ni ahora aparecerá nadie que me acuse. Si transigiese

con el acusador y estuviera de acuerdo con él en que soy el más hábil de todos los hombres y que no ha nacido otro escritor tan capaz como yo de escribir los discursos que os molestan, con mucha más justicia sería considerado un hombre bien dotado que alguien digno de castigo. Cualquiera atribuiría con razón al 36
azar el que haya nacido con ventaja sobre los demás en palabras o en acciones, pero todos aplaudirían con justicia mi manera de ser por emplear con belleza y medida mis cualidades naturales.

Pero ni aunque pudiera hablar así sobre mí, no se verá que me haya dedicado a discursos semejantes[19].
Si observáis mis costumbres os será más fácil conocer 37
por ellas la verdad, que a través de los difamadores. Creo, en efecto, que nadie ignora que todos los hombres acostumbran a pasar el tiempo en aquel lugar de donde obtienen sus medios de vida. Y a quienes 38
viven de vuestros contratos y de la actividad que se despliega en torno a ellos, podéis ver que sólo les falta vivir en los tribunales, mientras que a mí nadie me ha visto en los consejos ni en las investigaciones de un proceso[20], ni en los tribunales ni con los árbitros, sino que estoy tan alejado de todo esto como ningún otro ciudadano[21]. Además descubriréis que aquéllos pueden 39
enriquecerse sólo a costa vuestra, y si navegan a otro

---

[19] Este es un pasaje muy significativo en el que Isócrates demuestra su desprecio por los discursos judiciales, a los que se dedicó en su primera época (Kennedy, *The Art...*, pág. 176, n. 81).

[20] Esta investigación (*anákrisis*) era un estudio preliminar de la causa antes de presentarla ante el magistrado correspondiente.

[21] Isócrates se defiende contra ataques como los de Aristóteles, que se burlaba del prurito de Isócrates de que no se le confundiese con los escritores forenses (Jaeger, *Paideia...*, pág. 924, n. 14).

sitio, se encuentran faltos de lo cotidiano; mis riquezas, en cambio, que éste ha exagerado, me han venido todas de fuera[22]. Con aquellos individuos tienen trato o quienes están en mala situación o quienes quieren crear dificultades a otros, mientras que a mí se acercan los griegos que se encuentran en la mayor holgu-
40 ra[23]. Habéis oído también al acusador decir que recibí muchos y grandes regalos de Nicocles, el rey de Salamina. ¿A quién de vosotros le parece creíble que Nicocles me los diera para aprender a hablar en tales procesos, cuando él es quien juzgaba como soberano las disensiones entre los demás? De manera que por lo que éste mismo ha dicho es fácil comprender que estoy lejos de las actividades que se crean en torno a
41 los contratos. Está también claro para todos, que son multitud quienes preparan los discursos para los que disputan en los tribunales. Y aunque son tantos se verá que ninguno ha sido considerado digno de tener discípulos, pero yo he tenido, según dice el acusador, más que todos los que se dedican a la filosofía. ¿Cómo, entonces, puede ser lógico pensar que se dedican a las mismas actividades quienes difieren tanto en costumbres?

42 Aunque puedo establecer muchas diferencias entre mi vida y la de los que se dedican a los procesos, creo que rápidamente cambiaríais de opinión si alguien os demostrase que no he tenido discípulos de estas acti-

---

[22] De aquí debe proceder la tradición según lo cual Isócrates sólo cobraba sus honorarios a los no atenienses; sin embargo, en la *Vida de Isócrates* del Pseudo-Plutarco, 12-13, se nos dice que Demóstenes no pudo ser discípulo suyo por no tener dinero para pagarle.

[23] Isócrates y sus discípulos eran personajes acomodados y políticamente «moderados» (Heilbrunn, «Isócrates...», pág. 159, n. 19).

vidades mencionadas por el acusador y que tampoco soy un hábil orador en los discursos concernientes a contratos privados. Creo que vosotros, si queda refu- 43
tada la acusación que antes se me hizo, intentaréis adoptar otra manera de pensar y querréis oír a qué clase de discursos me he dedicado para obtener una fama tan grande. Si me va a convenir decir la verdad, no lo sé, pues es difícil acertar con vuestra opinión. A pesar de todo, os hablaré con total sinceridad. Sentiría 44
vergüenza ante mis amigos, si después de haberles dicho muchas veces que aceptaría que todos los ciudadanos supieran la vida que llevo y los discursos que pronuncio, ahora no os los aclarara y pareciera que los oculto. Prestad atención, pues vais a oír la verdad.

En primer lugar, debéis saber que los géneros de 45
prosa no son menos que los de las composiciones métricas. Pues unos autores pasaron su vida investigando las genealogías de los semidioses[24], otros filosofaron sobre los poetas, algunos quisieron reunir las hazañas guerreras, y otros se dedicaron a las preguntas y a las respuestas, los llamados dialécticos. No 46
sería pequeña tarea que uno intentase enumerar todos los géneros de la prosa. Haré mención al género al que me dedico y dejaré los demás. Porque hay algunos prosistas que, aunque conocen los géneros literarios antedichos, prefirieron escribir discursos que no se refieren a vuestros contratos, sino que se dirigen a todos los griegos, que atañen a la ciudad y a todo el público que asiste a una fiesta solemne. Estas obras, según todos dicen, se acomodan más a las composicio-

---

24 Sin dedicarse específicamente a ellas Isócrates trabajó en este sentido en su *Elogio de Helena* y *Busiris*; ya hemos comentado muchas veces la frecuencia con que utiliza el mito para justificar algún suceso histórico.

nes que llevan música y ritmo que a las que se pronun-
47 cian en el tribunal. Pues en la expresión aclaran los
hechos de manera más poética y adornada e inten-
tan utilizar los pensamientos más dignos y nuevos y
además organizan todo el discurso con otros brillantes
y útiles procedimientos. Al oírlos, todos disfrutan no
menos que con las composiciones métricas, muchos
quieren aprenderlos por pensar que quienes destacan
en ellos son más sabios, mejores y más capaces de ayu-
48 dar que los que hablan bien en los procesos. Porque
saben que éstos llegaron a ser expertos en pleitos gra-
cias a su espíritu de intriga[25], mientras que aquellos
discursos a los que antes me referí reciben su fuerza
de la filosofía, y que a los que son considerados dies-
tros en pleitear se les soporta sólo el día en el que
sostienen el juicio, pero los otros son honrados y al-
canzan un prestigio adecuado en todas las reuniones y
49 de manera continua. Además a los primeros, cuando
son vistos dos o tres veces en los tribunales, se les
odia y desacredita. En cambio, a los segundos, cuan-
tas más veces y con más público se juntan, tanto más
se les admira. Más todavía: quienes son hábiles en dis-
cursos forenses están lejos de aquellos otros discursos,
y éstos, por el contrario, si quisieran, podrían también
50 dominarlos con rapidez. Por pensar así y por juzgar
que esta elección es mucho mejor, quieren participar
de esta educación, de la que a mí no sólo no se me ve
excluido, sino que he alcanzado una reputación muy
halagüeña. Habéis oído toda la verdad acerca de mi
talento, filosofía u ocupación, como queráis llamarla[26].

---

[25] Ataque contra la elocuencia judicial similar a la utilizada en *Contra los sofistas* 9-13 y 19-20.

[26] Para G. Norlin, *Isocrates*..., II, pág. 215, n. b, la expresión de esta sentencia es una reminiscencia de Plat., *Apol.* 20 D, E.

Quiero que en lo que a mí se refiere se establezca 51
una ley más dura que para los demás, y también pronunciar un discurso más vigoroso de lo que a mi edad corresponde. Considero que si utilizo palabras insultantes, no sólo no debo alcanzar compasión alguna de vosotros sino que debo incurrir en el mayor castigo, si esas palabras son equiparables a las de cualquier otro. No haría una promesa tan arriesgada si no estuviera dispuesto a haceros una demostración de esos discursos y a daros un fácil medio de distinguirlos. La cosa 52
es así: yo pienso que la más hermosa y más justa defensa es aquella que hace comprender a los jueces de la manera mejor posible el asunto sobre el que emitirán su voto, y la que no les equivoca en su opinión ni les impide reconocer quiénes dicen la verdad. Pues 53
bien, si se me acusara de haber cometido algunas malas acciones, no podría ofrecerlas ante vuestros ojos, sino que os veríais obligados a figuraros como pudierais lo ocurrido a partir de lo que se dijera. Pero como es de discursos de lo que me acusan, creo que os podré dar a conocer mejor la verdad. Os enseñaré los 54
discursos que he pronunciado y he escrito, de forma que votaréis sobre ello no a partir de figuraciones, sino después de saber con claridad qué clase de discursos son. No podría decirlos todos en su totalidad, porque el tiempo que se nos ha concedido es breve. Pero intentaré escoger una muestra de cada uno, como si fueran frutas. Después que oigáis un pequeño fragmento, fácilmente conoceréis mi manera de pensar y comprenderéis la eficacia de todos mis discursos [27]. Pido a quie- 55

[27] Para Jaeger, *Paideia*..., pág. 925, la tendencia educativa de Isócrates a base de modelos nos da la clave para comprender el método didáctico de su escuela. Allí no sólo se enseñaban los detalles técnicos del lenguaje y composición, sino que la inspiración final debía venir del modelo artístico del maestro.

nes han leído muchas veces lo que se va a decir que no esperen de mí nuevos discursos en la situación presente y que no me consideren pesado porque pronuncio los que ya están divulgados entre vosotros desde hace tiempo. Porque si los dijera para hacer una demostración, merecería con razón esta acusación. Pero ahora que estoy siendo juzgado y en peligro me
56 veo obligado a utilizarlos de esta manera. Sería el más despreciable de todos los hombres si, al difamarme el acusador diciendo que escribo discursos capaces de dañar a la ciudad y de corromper a los jóvenes, hiciera mi defensa con otros, cuando puedo, mostrando ésos precisamente, deshacer la calumnia pronunciada contra nosotros.

Por eso os pido a vosotros que tengáis consideración conmigo y seáis mis auxiliares y con los demás intentaré cumplir, después de advertirles aún un poco, para
57 que sigan con más facilidad lo que se va a decir. El discurso que se os va a mostrar en primer lugar[28] fue escrito en aquellos tiempos en que los lacedemonios gobernaban a los griegos y nosotros estábamos en mala situación. Exhorta a los griegos a hacer una expedición contra los bárbaros y discute a los lacedemonios su
58 hegemonía. Después de exponer este argumento, demuestro que la ciudad ha sido la causa de todos los bienes que tienen los griegos. Tras separar el discurso que se refiere a tales beneficios y con el deseo de declarar con más claridad aún que la hegemonía corresponde a nuestra ciudad, a continuación intento señalar

---

[28] El que Isócrates anteponga el *Panegírico* a todas sus demás obras, es señal para Jaeger, *Paideia*..., pág. 925, de que lo hacía tanto por lo ejemplar de su forma como por ser testimonio de su patriotismo, puesto en duda por sus conciudadanos. Kennedy, *The Art*..., pág. 192, ve aquí que para Isócrates el panhelenismo era cosa del pasado.

que le conviene a la ciudad recibir honores mucho más por los peligros corridos en la guerra que por sus demás beneficios. Creía que podría personalmente refe- 59
rirlo. Pero ahora la vejez me lo estorba y me hace renunciar. Para no desfallecer completamente cuando todavía me queda mucho por decir, empieza desde la nota señalada al margen y léeles lo que se refiere a la hegemonía[29].

Del Panegírico

Creo que hay que honrar a nuestros antepasados por los peligros bélicos no menos que por sus otros beneficios (§ 51).

Hasta

y si tras estar en primera fila para defender a todos, ahora fuéramos obligados a seguir a otros? (§ 99).

Es fácil comprender a través de lo dicho que la he- 60
gemonía pertenecería con justicia a la ciudad. Considerad entre vosotros mismos si os parece que con estos discursos corrompo a los jóvenes y no que los empujo a la virtud y a los peligros en defensa de la ciudad, o si en justicia debo pagar un castigo por mis palabras y no recibir el mayor agradecimiento de vuestra parte.
Tanto he encomiado a la ciudad, a los antepasados y 61
a los riesgos corridos en aquellos tiempos, que todos cuantos escribieron antes sobre este mismo tema, han destruido sus discursos al sentir vergüenza de sus pala-

[29] Como indica Mathieu, *Isocrate...*, III, pág. 118, n. 1, el que Isócrates pida al escribano que lea la obra, como si se tratase de un juicio auténtico, forma parte de la ficción con que se ha construido el discurso.

bras, y quienes ahora pasan por hábiles oradores no se atreven todavía a hablar sobre estos asuntos, sino que reconocen su propia inferioridad.

62 Pero, a pesar de eso, aunque están así las cosas, aparecerán algunos incapaces de encontrar y decir algo estimable, pero que se han ocupado de censurar y desacreditar lo ajeno y ellos dirán que esto está escrito con gracia —pues evitarán decir bien— pero que serían mucho más útiles y superiores los discursos que critican los errores actuales que los que aplauden las hazañas anteriores, y que conviene más aconsejar lo que se debe hacer que contar las obras del pasado.
63 Para que no puedan decir esto, evitaré defender lo ya dicho e intentaré recitaros un fragmento de otro discurso de dimensiones parecidas al de hace un poco, en el que se verá que he puesto mucho cuidado en todo esto. Lo que se dice al principio se refiere a la paz
64 con los quiotas, los rodios y los bizantinos. Después de señalar cuánto conviene a la ciudad terminar la guerra, critico el dominio que impone a los griegos y el imperio marítimo, y señalo que este dominio no difiere en nada, ni en lo que hace ni en lo que sufre, de las monarquías[30]. Recuerdo también lo que por culpa de este imperio ocurrió a nuestra ciudad, a los lacedemonios y a
65 todos los demás. Una vez explicados estos puntos, lamento las desgracias de Grecia, exhorto a la ciudad a que no debe verla con indiferencia en esta situación, y finalmente la invito a que sea justa, reprendo a quienes yerran y doy consejos para el porvenir. Léeles este trozo, empezando desde donde trato estos asuntos:

---

[30] Esta idea recuerda lo que decía Tucídides; cf. *Sobre la paz* 89.

DEL SOBRE LA PAZ 66

Creo que nosotros debemos no sólo votar la paz antes de abandonar la asamblea, sino también deliberar cómo la guardaremos (§ 25).

Hasta

Me vendría corto lo que me queda de día si intentara examinar todos los errores que hay en esta manera de obrar (§ 56).

Luego, suprimiendo lo intermedio, continuaría así:

¿Cómo se podría cesar este desorden? y ¿cómo enderezaríamos los asuntos de la ciudad y los mejoraríamos? En primer lugar, si dejásemos de pensar que los sicofantas son amigos del pueblo y los partidarios de la oligarquía los mejores de los hombres (§ 133)[31].

Y el resto del libro.

Habéis oído dos discursos. Pero quiero leeros toda- 67
vía un poco de un tercero, para que os resulte aún más claro que todos mis discursos tienden a la virtud y a la justicia. El que se os va a leer está dedicado a Nicocles el chipriota, que reinaba en aquel tiempo, y en él le aconsejaba cómo debía gobernar a sus ciudadanos. No está escrito con el mismo estilo que los que
ya conocéis. Pues en ellos lo que se dice concuerda 68
siempre con lo anterior y está enlazado estrechamente, pero en éste ocurre lo contrario. Porque yo separé cada parte de lo anterior y al ponerlas por separado como en los llamados resúmenes, intento exponer bre-
vemente cada uno de mis consejos. Escogí este tema, 69
por pensar que a partir de mis exhortaciones ayudaría

31 Ya indicamos en el discurso *Sobre la paz* los parágrafos que presentaban diversas diferencias con los que aquí se recogen fragmentariamente y cómo el propio Isócrates los había modificado por razones del cambio producido en la política.

muchísimo al propósito de Nicocles y aclararía con rapidez mi propia manera de ser. Con este mismo propósito también ahora escogí mostraros este discurso, no porque esté mejor escrito que los demás, sino porque con su ayuda haría más patente el modo de pensar que acostumbro a seguir con los ciudadanos pri-
70 vados y con los príncipes. Porque se verá que trato a Nicocles con libertad y de manera digna de la ciudad, y que no halago la riqueza ni el poder de aquél, sino que defiendo a sus súbditos y dispongo para ellos, en la medida de mis fuerzas, la constitución política más suave posible[32]. Y puesto que al hablar con un rey, pronunciaba discursos en favor del pueblo, es indudable que a quienes gobiernan en un régimen democrático les aconsejaría con más encarecimiento servir a la
71 mayoría[33]. En el proemio y en los primeros capítulos critico a las monarquías que se educan peor que los simples ciudadanos cuando debían ejercitar su espíritu más que otros. Tras haber hablado de esto, aconsejo a Nicocles que no sea negligente ni piense que ha recibido la realeza como un sacerdocio, sino que se despreocupe de los placeres y preste atención a los asun-
72 tos públicos. Intento también convencerle de que debe considerar terrible el ver que los peores gobiernan a los mejores y que los necios manden a los inteligentes. Le digo que cuanta mayor sea su firmeza en despreciar la insensatez de otros, tanto más dará forma a su propia inteligencia. Comenzando desde donde yo acabé léeles también el resto del discurso[34].

---

32 Subraya Isócrates que había aconsejado a Nicocles suavizar todo lo posible su gobierno. De esta manera vuelve a defender su espíritu democrático.

33 Mathieu, *Isocrate...*, III, pág. 121, n. 1, destaca el juego que aquí hace Isócrates con la sinonimia que existe entre pueblo (*dêmos*) y mayoría (*plêthos*).

34 Desde el parágrafo 72 al 310 falta el texto en los manuscritos más antiguos. *Andreas Mustoxydis* descubrió el códice

DEL A NICOCLES 73

Tú serías tu mejor colaborador si consideras vergonzoso que los peores manden a los mejores y los más ignorantes estén al frente de los más inteligentes (§ 14).

Hasta

Considera sabios no a los que disputan sobre cosas de poca importancia con prolijidad, sino a quienes hablan bien de las importantes. Usa lo que te he dicho o busca cosas mejores (§ 39).

Bástenos con los discursos leídos, sobre todo sien- 74
do tan largos. Porque no rehusaría leer un fragmento pequeño de los escritos con anterioridad, sino que lo diría, si me pareciese que era adecuado a la ocasión presente. Sería absurdo si, al ver que otros se sirven de mis discursos, yo fuera el único que renunciara a los que he pronunciado antes[35], sobre todo ahora que no sólo decidí utilizar ante vosotros pequeños fragmentos sino ideas completas. Esto lo haremos según nos salgan las cosas.

Dije antes de leerlos que sería merecedor no sólo de 75
vuestra venganza si utilizaba palabras insultantes, sino también que debía incurrir en el mayor castigo si esas palabras eran equiparables a los de cualquier otro. Si algunos de vosotros sospechasteis que lo dicho era muy jactancioso y orgulloso, en justicia no deberíais tener aún la misma opinión. Pues creo que he cumplido mi promesa y que los discursos leídos eran como
ofrecí al principio. Quiero hacer ante vosotros una 76
breve defensa de cada uno y evidenciar más aún que antes dije la verdad y ahora también la digo. En pri-

Ambrosianus O 144 (E) y fue el primero que publicó completo el discurso *Sobre el cambio de fortunas* el año 1812.

[35] Lo mismo dice Isócrates en *Filipo* 93-94.

mer lugar, ¿cómo puede haber un discurso más piadoso y justo que el que alaba a los antepasados de manera digna de su virtud y de las hazañas que aqué-
77 llos hicieron? En segundo lugar ¿quién es más patriota o más útil a la ciudad que el que demuestra que, por otros beneficios y por los peligros corridos, la hegemonía es más nuestra que de los lacedemonios? Más aún: ¿Quién se ocupa de asuntos más hermosos e importantes que quien anima a los griegos a hacer una expedición militar contra los bárbaros y aconseja la
78 concordia entre los propios griegos? Esto es lo que he dicho en el primer discurso, y en los posteriores, cosas menores que éstas, pero no inútiles ni menos apropiadas a la ciudad. Conoceréis su importancia si los comparáis con otras obras famosas y que parecen ser ventajosas.

79 Creo que todos están de acuerdo en que las leyes son las causantes de los mayores y más importantes bienes para la vida humana[36]. Su utilización sólo ayuda, por su naturaleza, a los asuntos de la ciudad y a los contratos que hacemos entre nosotros. Pero si hacéis caso a mis discursos, gobernaréis toda Grecia con jus-
80 ticia y utilidad para la ciudad. Es preciso que los inteligentes se apliquen a ambas cosas y que las consideren como las más grandes y estimables. Luego, deben saber que miles de griegos y bárbaros han sido capaces de establecer leyes, pero que no son muchos los que podrían hablar acerca de lo que es útil de manera apro-
81 piada a nuestra ciudad y a Grecia. Por eso, a quienes tienen como tarea inventar tales discursos hay que estimarles tanto más que a los que establecen y escriben las leyes, por cuanto que sus discursos son más raros,

---

[36] Cf. *Panegírico* 39 y 40. Lo que sigue parece una crítica a los filósofos que se dedicaban a hacer tratados sobre estados ideales, como Platón con su *República* y *Leyes*.

más difíciles y precisan más dedicación intelectual, sobre todo ahora. Pues cuando la raza humana comen- 82
zaba a surgir y a vivir en ciudades, era natural que la búsqueda de leyes y discursos fuera paralela[37]. Pero cuando hemos llegado a un momento en el que son incontables los discursos pronunciados y las leyes establecidas y en el que se aplauden las leyes más antiguas y los discursos más nuevos, ya no son empresa de una misma inteligencia. Por el contrario, a los que prefie- 83
ren establecer leyes les ayuda el gran número de las ya establecidas —porque no necesitan buscar otras, sino intentar recopilar las que son estimadas en otros lugares, cosa que haría fácilmente quien quisiera— mientras que a quienes se ocupan en discursos, debido a que ya se han tratado la mayoría de los temas, les ha ocurrido lo contrario. Pues si dicen lo mismo que otros han dicho antes, dará la impresión de que obran sin pudor y desvarían, y, si buscan argumentos nuevos, los encontrarán sólo con dificultad. Por eso decía que conviene aplaudir a ambos, pero más a quienes pueden cultivar lo más difícil. Ahora bien, nosotros 84
somos claramente más sinceros y útiles que quienes pretenden exhortar hacia la prudencia y la justicia[38]. Pues éstos invitan a una virtud y sensatez desconocidas por los demás y discutidas por ellos mismos; yo, en cambio, a una virtud reconocida por todos. A aquéllos 85
les basta si pueden atraer a algunos a su enseñanza con el prestigio de sus nombres. Pero nunca se verá que yo haya llamado junto a mí a ningún ciudadano particular, sino que intento convencer a toda la ciudad para que emprenda acciones capaces de hacernos felices y que libren a los demás griegos de los males presentes. Y si uno se esfuerza en animar a todos los 86

---

[37] Cf. *Panegírico* 32 y sigs.

[38] Los erísticos, y entre ellos Platón.

ciudadanos a que gobiernen mejor y con más justicia a los griegos ¿cómo va a ser lógico que este hombre corrompa a quienes están con él? Y quien es capaz de componer semejantes discursos, ¿cómo intentaría buscarlos malos y con malos argumentos, sobre todo cuando ha conseguido con ellos lo que yo?

87 Pues después de haber escrito y divulgado estos discursos, obtuve fama entre muchos y recibí numerosos discípulos, de los que ninguno se hubiera quedado si no hubieran encontrado en mí lo que esperaban. Pero ahora, cuando han sido tantos mis discípulos, y de ellos, unos han convivido conmigo tres años y otros
88 cuatro, se verá que ninguno me hizo reproches, sino que al terminar, cuando ya estaban a punto de navegar hacia la casa de sus padres y sus amigos, tanto amaban esta ocupación, que la despedida siempre se hacía con nostalgia y llanto. ¿En quién deberéis confiar vosotros, en los que conocen bien mis discursos y mi manera de ser o en el que sin conocer ninguna de mis cosas, se ha decidido a acusarme falsamente?[39].

89 Ha llegado a tanta maldad y osadía este individuo, que escribió que yo enseño discursos por medio de los cuales se sacará ventaja en contra de la justicia, pero no aportó ninguna prueba de ello. Ha continuado diciendo que es una vergüenza corromper a hombres tan jóvenes, como si alguien se lo hubiera refutado o tuviese que descubrir lo que todos reconocen, en lugar de demostrar solamente que yo estoy haciendo eso.
90 Y si uno, después de llevarle a juicio como ladrón de esclavos, de dinero y de vestidos, no demostrara que él ha hecho algo de esto, pero explicara cuán espantoso

---

[39] El paralelo con la defensa de Sócrates realizada por Platón en su *Apología* 33 D es evidente; Isócrates se esfuerza en recordar al lector, mediante citas literales, la acusación contra Sócrates y su defensa; ya J. Dolff se dio cuenta de ello (Jaeger, *Paideia...*, pág. 923).

es cada uno de sus delitos, él diría que su acusador obra neciamente y está loco. Él precisamente, que ha empleado palabras parecidas, cree que os pasarán desapercibidas. Yo creo que hasta los más ignorantes 91
saben que las acusaciones más dignas de crédito y poderosas deben ser no las que pueden utilizarse contra inocentes, sino las que no pueden pronunciarse más que contra los culpables. Pero este individuo se preocupa poco de ello y ha pronunciado palabras que nada tienen que ver con la acusación. Pues debería 92
de haber indicado los discursos con los que yo corrompo a mis acompañantes y dar a conocer los discípulos que se han vuelto peores con mi trato. Pero ahora no ha hecho nada de esto y, tras abandonar la más justa de las acusaciones, intentó engañaros. Yo, en cambio, basaré mi defensa en los mismos argumentos, los más justos y convenientes.

Hace poco os dimos a conocer mis discursos, y 93
ahora os señalaré a quienes me han frecuentado desde que era un muchacho hasta mi vejez, y os presentaré como testigos de ellos a aquéllos de entre vosotros mismos que han alcanzado mi edad. Comenzaron a frecuentarme entre los primeros Eunomo, Lisítides y Calipo, y, tras ellos, Onétor, Anticles, Filónides, Filemelo y Carmántides[40]. A todos estos la ciudad los 94

[40] Eunomo podía ser el estratego del año 388 a. C. y embajador en Sicilia el 393, pero su escalada política habría sido rapidísima. Calipo fue adversario de Apolodoro en un proceso en el que Lisítides fue árbitro (cf. PSEUDO-DEMÓSTENES, LII 14). Filónides y Onétor eran hermanos y el último de ellos fue adversario de Demóstenes en sus procesos de tutoría (DEM., XXIX 3, XXX y XXI). De Filómelo sabemos que fue muchas veces trierarco; el abuelo de Carmántides había sido tesorero de Atenea. Nada se sabe acerca de Anticles (MATHIEU, *Isocrate*..., III, págs. 126 y 127, notas 1 y 2). Sobre los discípulos de Isócrates véanse BLASS, *Die attische*..., II, págs. 17 y sigs., y el artículo de R. JOHNSON, «A Note on the Number of Isocrates Pupils», *Amer. Jour. of Philology* 78 (1957), págs. 297 y sigs.

coronó con coronas de oro, no porque hubiesen deseado lo ajeno, sino porque eran hombres buenos y porque gastaron muchas de sus propiedades en beneficio de la ciudad. Estableced entre ellos y yo la relación que queráis. Pues para la situación presente
95 me vendrá bien por todo. Si creyérais que yo soy su consejero y maestro, con justicia me tendríais mayor gratitud que a quienes por su virtud son alimentados en el Pritaneo. Pues cada uno de ellos se presenta sólo como persona honrada, mientras que yo ofrezco tantos acompañantes como os dije
96 antes. Aunque yo no hubiera contribuido en nada de lo que aquellos han hecho y los hubiera tratado sólo como camaradas y amigos, creo que ésta es una defensa suficiente contra la acusación que se me hace[41]. Pues si era amigo de quienes recibieron recompensas por su virtud y no pienso igual que este sicofanta ¿cómo se podría pensar de mí con razón que corrompo
97 a los que tratan conmigo? O sería el más desdichado de todos si cuando los demás hombres obtienen una reputación peor o mejor según sus costumbres y compañías, fuera yo el único que no alcanzara esta consideración, sino que, después de haber convivido con hombres semejantes y de haberme mantenido como una persona irreprochable hasta esta edad, se me considerara igual que quienes han sido acusados por sus costumbres y por sus demás relaciones. Me gustaría saber qué me habría sucedido en el caso de haber

---

[41] Se muestra dispuesto Isócrates a asumir toda la responsabilidad por sus discípulos. La fama de su escuela y de su sistema educativo dependía de ello; JAEGER, *Paideia...*, pág. 929, recuerda a este respecto cómo los socráticos se habían esforzado por absolver a Sócrates de toda responsabilidad por el papel que jugaron Critias y Alcibíades. El propio Isócrates en *Nicocles* 4 se defendía de que el abuso que hacen los malos de los bienes no es una razón para hacer pasar a éstos por un mal.

tenido trato con alguien como mi acusador, si, por odiar a los que son así y por ser odiado por ellos, me veo en este peligro.

Ni siquiera me podría en justicia perjudicar aquel 98
argumento que se atreverían quizá a decir algunos de mis mayores enemigos, el de que nombré a gentes con las que sólo se me vio charlar, pero que tuve otros muchos e intrigantes discípulos cuya existencia os oculto. Tengo un contraargumento que refutará y deshará todas esas difamaciones. Pido que si algunos de 99
los que tuvieron trato conmigo han resultado hombres honrados con la ciudad, con sus amigos y con su propia casa, vosotros les aplaudáis a ellos y no me tengáis ningún agradecimiento por ellos. En cambio, si entre ellos hay algunos malvados y que sean capaces por su carácter de denunciar y desear lo ajeno, os pido que se me imponga a mí el castigo. ¿Qué invitación 100
sería menos censurable y más humilde que ésta, que no reclama sus buenos discípulos y quiere, en cambio sufrir el castigo por los malos, si es que ha habido algunos? Esta proposición no se ha dicho gratuitamente, sino que cedo el sitio a mi acusador y a cualquier otro que lo desee, si es que se puede citar a un individuo semejante, no porque no hay algunos que gustosamente me acusarían, sino porque en seguida quedarían en evidencia y serían ellos y no yo quienes recibieran el castigo.

No sé cómo podría hacer una demostración más 101
clara de los cargos que se me hacen y de que no corrompo a los que tratan conmigo. Pero Lisímaco recordó la amistad que existió entre Timoteo y yo e intentó difamarnos a ambos. No le dio vergüenza pronunciar palabras insultantes y muy insolentes contra un hombre ya fallecido y que hizo muchos bienes a

102 la ciudad[42]. Yo creía que, aunque se demostrara palpablemente mi falta, sería justo que me salvara por mi amistad con Timoteo[43]. Pero puesto que Lisímaco intenta perjudicarme con lo mismo que justamente me ayudaría, es forzoso que dé una explicación sobre ello. No recordé a Timoteo al mismo tiempo que a mis demás amigos, porque sus ocupaciones eran muy dife-
103 rentes. Pues el acusador no se atrevió a decir nada malo de aquéllos, pero se aplicó en la acusación a Timoteo más que en lo que presentó en el proceso. Porque de mis otros amigos, unos tuvieron poco poder, y otros, en cada cargo que tuvieron, se preocuparon tanto que alcanzaron el honor que expuse antes. Pero Timoteo estuvo durante mucho tiempo al frente de muchos e importantes asuntos. Por eso no convino que hablara al mismo tiempo de él y de los demás, sino
104 que era obligado separarlos y situarlos así. No hay que pensar que está fuera de lugar hablar sobre Timoteo en las circunstancias presentes ni que al hacerlo me salgo de los límites del proceso. Pues a los ciudadanos corrientes les conviene bajar de la tribuna cuando han defendido lo que cada uno hizo o pasarán por indiscretos. Pero quienes son considerados consejeros y maestros tienen que defender a sus discípulos igual

---

[42] Desde el parágrafo 101 al 139 se extiende el elogio de Timoteo, amigo y discípulo de Isócrates, e hijo del almirante Conón, también amigo de nuestro autor. Para los atenienses este elogio de Timoteo, depuesto tres veces por ellos, debía equivaler a una dura acusación. JAEGER, *Paideia...*, pág. 874, indica que aquí sale al paso, como en *Areopagítico* 11-12, el problema político interno de una democracia que convive con un estratego de poderes ilimitados, como fue el caso de Timoteo en la guerra contra Esparta tras la fundación de la segunda liga marítima.

[43] Según la *Vida de Isócrates*, del PSEUDO-PLUTARCO (9 y 27), Timoteo había regalado a Isócrates un talento y le había mandado hacer una estatua en Eleusis.

que a sí mismos, sobre todo si es por este motivo por el que son juzgados, que es lo que me ha ocurrido a mí. A otro quizá le bastaría decir que no es justo 105
hacerle responsable de los desaciertos de Timoteo. Pues nadie le hizo partícipe de los regalos y honores votados para Timoteo, ni ningún orador creyó oportuno alabarle como consejero de aquél. Lo justo sería o participar de los bienes o no cargar con las desgracias. Pero a mí me daría vergüenza hablar así y hago 106
la misma invitación que con los otros. Pido que si Timoteo ha resultado un hombre malvado, y ha cometido muchas acciones deshonestas contra vosotros se me haga responsable, pague la pena y sufra lo mismo que los culpables. Pero si se demuestra que fue un buen ciudadano y un general como ningún otro conocimos, creo que debéis aplaudirle y tenerle agradecimiento, pero en lo que respecta al presente proceso, es por mi actuación por lo que resolveréis lo que os parezca justo.

Lo que puedo decir muy en resumen sobre Timo- 107
teo y sobre todas sus hazañas es que conquistó por la fuerza tantas ciudades como nunca ningún otro general ni de esta ciudad ni del resto de Grecia, y que en algunas de las que tomó, todo el territorio vecino se vio obligado a someterse a la ciudad. Tanto poderío tenía cada una de ellas. ¿Quién ignora que Corcira está en 108
el lugar más favorable y mejor de las que se sitúan alrededor del Peloponeso, igual que Samos en Jonia, Sesto y Critota en el Helesponto, Potidea y Torona en Tracia? Él las ganó todas y os las entregó sin gran gasto, ni maltratando a los aliados que teníais, ni obligándoos a pagar muchos impuestos. Por el contrario 109
para su navegación alrededor del Peloponeso la ciudad sólo le dio trece talentos y cincuenta trirremes[44]

[44] Según Jenof., *Hel.* V 4, 63-65, la escuadra que mandaba Timoteo constaba de sesenta trirremes; con ellas sostuvo a

y con ello tomó Corcira, ciudad que tenía ochenta trirremes, y al mismo tiempo venció en combate naval a los lacedemonios y les obligó a suscribir una paz que produjo mucho cambio en la situación de cada una
110 de las dos ciudades. Tan grande fue, que desde aquel día hacemos un sacrificio cada año, ya que ninguna otra paz fue más conveniente para la ciudad. Y desde entonces nadie ha visto que los lacedemonios hicieran ni una sola navegación dentro del cabo de Malea ni que enviasen un ejército a través del istmo, lo que cualquiera descubriría que fue ocasionado por su de-
111 rrota en Leuctra. Tras estas hazañas navegó hacia Samos, ciudad que Pericles, el hombre que gozó de la mayor fama por su sabiduría, justicia y prudencia, había vencido con doscientas naves y mil talentos[45]. Sin haber recibido de la ciudad o de los aliados ni más ni menos de lo que dije, en diez meses la conquistó con ocho mil peltastas y treinta trirremes y a todos ellos les pagó la soldada con los fondos del enemigo.
112 Si apareciera algún otro que haya realizado una empresa semejante, estaría de acuerdo en que desvarío al intentar alabar sobre todo a un hombre que no ha hecho nada más extraordinario que otros. Desde allí zarpó y conquistó Sesto y Critota e hizo que prestarais atención al Quersoneso, del que antes nunca os
113 habíais ocupado. Finalmente marchó contra Potidea, que había costado antes a la ciudad dos mil cuatrocientos talentos y la tomó con el dinero que él mismo consiguió y con los impuestos de Tracia. Además, venció a todos los calcídicos[46]. Y si hay que hablar en general

---

los demócratas de Corcira y consiguió su adhesión y la de otros a la segunda liga marítima.

[45] Homenaje a Pericles, del que recuerda su empresa victoriosa contra Samos en los años 440-439 a. C., antes de celebrar los éxitos de Timoteo. Éste capturó la ciudad el año 366 a. C.

[46] Sesto y Critota fueron conquistadas el año 365 a. C., dentro de la campaña contra Samos, y la Calcídica en 365-364.

y no de cada caso, os hizo dueños de veinticuatro ciudades con menos gastos de los que nuestros padres hicieron para tomar Melos [47].

Querría que así como ha resultado fácil enumerar 114
sus hazañas también lo fuera aclarar brevemente las circunstancias en las que realizó cada una de ellas, y cómo estaban los asuntos de la ciudad y cuál era el poder de los enemigos. Porque sus favores os parecerían mayores y él más estimable. Pero ahora los dejaré debido a su extensión. Creo que oiríais con gusto los 115
motivos por los que hombres que tienen fama entre vosotros y os parecen aguerridos no pudieron conquistar ni una aldea y, en cambio, Timoteo, que no tenía una constitución física robusta ni había pasado su vida en ejércitos errantes, sino que era entre vosotros un simple ciudadano, logró hacer algo tan enorme. La respuesta es, sin duda, insultante pero conviene decirla. Aquél superó tanto a los demás porque no tenía 116
la misma opinión que vosotros sobre los asuntos griegos, los de los aliados y el cuidado de éstos. Vosotros votabais como generales a quienes tenían un cuerpo robusto y habían estado muchas veces en ejércitos mercenarios [48]. Timoteo, por el contrario, se servía de éstos como capitanes y lugartenientes y algunos de ellos resultaron dignos de mención y útiles a la ciudad debido a la expedición que hicieron con él. Fue habi- 117
lidoso en lo que debe mostrar su capacidad un buen general. ¿Qué cosas son éstas y cuál es su valor? Hay que decirlo, no en una palabra, sino de manera suficiente. En primer lugar, hay que tener la capacidad de saber a quiénes hay que hacer la guerra y con quiénes hay que aliarse. Pues ésta es la base de la estrategia,

[47] Efectivamente, la campaña de Melos fue muy costosa; cf. Tuc., V 84-116.

[48] G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 250, n. a, cree que aquí Isócrates se refiere a Cares, el rival y enemigo de Timoteo.

y si uno se equivoca en esto, es forzoso que la guerra
118 sea perjudicial, difícil e inútil[49]. Pues bien, en esta resolución nadie fue no ya semejante a él sino ni siquiera comparable. Y esto es fácil deducirlo de sus obras. Pues aunque emprendió la mayoría de las guerras sin la ayuda de la ciudad, en todas ellas triunfó y a todos los griegos les pareció que había actuado con justicia. ¿Quién podría presentar una demostración más suficiente y mejor que ésta de su buena
119 decisión? ¿Qué es lo que precisa un buen general, en segundo lugar? Reclutar un ejército adecuado a la guerra que emprenda, organizarlo y utilizarlo de manera conveniente. Que lo sabía utilizar bien, sus mismas hazañas lo han demostrado. Y que aventajó a todos en prepararlo magníficamente y de modo adecuado a la ciudad, ni siquiera un enemigo se atrevería a contra-
120 decirlo. Además de esto, soportar las penurias y necesidades de un ejército y encontrar de nuevo recursos ¿quién de sus compañeros de armas dejaría de juzgar que aquél sobresalió en ambas cosas? Pues sabían que desde el comienzo de la guerra Timoteo estaba en los mayores apuros por no recibir nada de la ciudad y que desde esta situación pudo cambiar tanto las cosas como para vencer en la guerra y dar toda la paga a los sol-
121 dados[50]. Y con ser estas cosas tan grandes y deseadas, cualquiera le alabaría con más justicia por las consecuencias. Pues Timoteo veía que vosotros considera-

---

49 La guerra se ve en su aspecto diplomático y no desde una concepción puramente militar (Mathieu, *Isocrate...*, III, pág. 132, n. 2).

50 La situación financiera de Atenas en los años 70 del s. IV a. C. era desastrosa. Ya indicamos que figuras como Calístrato, Eubulo y Licurgo introducirían un orden en las finanzas atenienses a partir de los años 50 de este siglo; hasta entonces el concepto de establecer un presupuesto no se les había occurrido a los griegos.

bais sólo a los hombres que molestaban y atemorizaban a otras ciudades y a quienes siempre hacían innovaciones en las cosas de los aliados[51]. Pero él no se dejó llevar por vuestra manera de pensar ni quiso alcanzar fama con daño para la ciudad, sino que pensó y actuó para que ninguna de las ciudades griegas le tuviera miedo, sino que todas confiaran, salvo las agresoras. Sabía en efecto, que quienes temen, odian a 122
los que les han infundido este miedo, y que nuestra ciudad fue la más próspera y grande gracias a la amistad de las demás, pero que a causa de su odio le faltó poco para caer en las desgracias más extremas. Pensando en ello, sometía con el poder de la ciudad a los enemigos, pero con su carácter se ganaba el afecto de los demás, y creía que esto era una estratagema mayor y más hermosa que conquistar muchas ciudades y vencerlas muchas veces en batalla. Tanto se preocupaba 123
de que ninguna ciudad tuviera la menor sospecha de que él tramaba algo, que cuando iba a navegar hacia las que no pagaban los tributos, enviaba por delante a alguien a avisar a los gobernantes, para que, al ser visto de pronto ante el puerto, no produjese tumulto y desorden entre ellos. Si arribaba a un país, no con- 124
sentía que los soldados saquearan ni robaran ni arruinasen las casas, sino que tenía tanto cuidado de que no ocurriera nada como los propios dueños de las propiedades. Pues no ponía su atención en tener por esto buen prestigio entre los soldados, sino en que nuestra ciudad lo tuviera entre los griegos. Además, gobernaba 125
a las ciudades conquistadas en la guerra con tanta dulzura y legalidad como ningún otro ha tratado a las aliadas. Pensaba que si se comportaba así con los que combatió, habría dado la mayor confianza de que nunca se atrevería a hacer daño a otros. Así, por la 126

[51] Nueva alusión a Cares.

fama que conseguía con estas acciones, muchas ciudades que os eran enemigas le recibían con las puertas abiertas. En ellas, aquél no causaba ningún desorden, sino que con el gobierno con que las encontraba al
127 entrar así las dejaba al salir. Lo fundamental de todo esto es lo siguiente: antes eran habituales entre los griegos muchas desgracias, pero, después de su mando militar, nadie descubriría que se hayan producido devastaciones, ni cambios de constituciones, ni asesinatos, ni destierros, ni ningún daño irreparable, sino que entonces tales desastres tanto remitieron que él fue el único, de los que nosotros recordamos, que hizo a
128 nuestra ciudad irreprochable ante los griegos. Hay que considerar buen y magnífico general no a quien tuvo tanto éxito como Lisandro en un solo momento de suerte, cosa que ningún otro ha conseguido, sino a quien en muchos, variados y desfavorables asuntos siempre ha cumplido con corrección e inteligencia, como Timoteo.

129 Creo que muchos de vosotros os sorprenderéis con mis palabras y pensaréis que el elogio de aquél es una acusación contra la ciudad, ya que, después de conquistar tantas ciudades y de no perder ninguna, la ciudad le juzgó por alta traición y, después de rendir cuentas y aceptar Ifícrates la responsabilidad de las campañas y Menesteo la de los asuntos monetarios, a éstos los absolvió pero a Timoteo le castigó con una multa tan fuerte como nunca impuso a sus anteceso-
130 res[52]. Y esto es así. Pero quiero también hablar en favor de la ciudad. Si vosotros examináis el asunto

[52] Durante la campaña contra Bizancio (año 357 a. C.) surgió un conflicto entre Cares y los demás jefes de la escuadra griega, Timoteo, Ifícrates y Menesteo, hijo de Ifícrates. Al volver Cares a Atenas acusó a sus rivales de traición y corrupción. Timoteo fue condenado a pagar una multa de cien talentos, por haber recibido dinero de Quíos y Rodas.

mirando la justicia, no hay forma de que no os parezca a todos que es terrible y sorprendente lo que se hizo a Timoteo. Pero si reflexionáis en la insensatez que todos los hombres tenemos y en las envidias que surgen entre nosotros, y también en los desórdenes y alboroto en el que vivimos, descubriréis que no ha ocurrido nada ilógico y ajeno a la naturaleza humana, sino que Timoteo ha contribuido en parte a que no se le juzgara de
manera adecuada. Aquél no odiaba la democracia ni 131
a la humanidad ni era orgulloso ni tenía ninguno de estos defectos, pero, a causa de la arrogancia que se produce en el mando de un ejército, lo que no armoniza con las exigencias de lo que sucede a diario, dio a todos la impresión de que era culpable de lo antedicho. Pues estaba tan poco dotado para ser solícito con los hombres como hábil era para el cuidado de los
asuntos. Y por cierto que muchas veces me oyó pala- 132
bras parecidas, en el sentido de que los gobernantes que desean agradar deben proponerse las acciones más útiles y mejores y los discursos más sinceros y justos, pero que deben atender no menos y examinar cómo se presentarán ante todos de manera atractiva y amable tanto en sus palabras como en sus acciones. Que quienes hacen poco caso de estas cosas parecen a sus con-
ciudadanos los más odiosos e insoportables[53]. «Ves 133
que la manera de ser de la mayoría tiende hacia los placeres y que por eso aprecian más a quienes buscan su agrado que a los que obran bien y más a quienes les engañan con alegría y amabilidad que a quienes les ayudan con orgullo y altivez. Nada de esto te ha preocupado, sino que por haberte dedicado con discreción

---

[53] Todo este discurso que se intercala como exhortación a Timoteo le recuerda a Jaeger, *Paideia...*, pág. 932, el discurso exhortativo a Aquiles que Homero pone en boca de Fénix en *Ilíada* IX. El problema era parecido: hay que frenar la grandeza de alma.

a los asuntos de fuera, crees que estarán a bien contigo
134 los que aquí gobiernan. Pero esto no es así, sino que suele ocurrir lo contrario. Porque, si agradas a éstos, no juzgarán realmente todo lo que hagas sino que supondrán lo que te convenga, despreciarán tus errores y lo que aciertes lo pondrán por los cielos. La benevo-
135 lencia pone a todos en esta situación. Si tú buscas por todos los medios adquirir para la ciudad esa benevolencia de otros por pensar que es el mayor de los bienes, pero tú crees que no debes preparártela para ti mismo de parte de la ciudad, aunque hayas sido el causante de los mayores bienes te verás peor que quie-
136 nes no han realizado nada digno de mención[54]. Y es natural. Ellos sirven a los oradores y a quienes en las reuniones privadas pueden hablar y simular que saben todo, pero tú no sólo te despreocupas sino que discutes con los que, de entre ellos, tienen mayor poder. ¿Cuántos crees que han caído en la desgracia o han quedado deshonrados por estos embustes? ¿Cuántos antepasados quedaron en el anonimato cuando habían sido mucho más virtuosos y dignos que quienes fueron
137 cantados en poesías o tragedias? Unos, según creo, encontraron poetas e historiadores, y los otros no tuvieron gente que los celebrara. Si me hicieras caso y fueras sensato, no despreciarías a estos hombres de quienes suele fiarse la mayoría, no sólo en lo referente a cada ciudadano individual, sino a todos los asuntos. Por el contrario, pondrías algún cuidado y solicitud en ellos para alcanzar buena fama por ambas cosas,
138 por tus propias hazañas y por sus discursos». Cuando me oía, decía que eran ciertas mis palabras, pero que no era capaz de cambiar su manera de ser. Que él era

54 Para HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 159, esta defensa de Timoteo es una denuncia contra el demos y los oradores democráticos.

un hombre honrado y digno de la ciudad y de Grecia, pero que no armonizaba con esta clase de hombres que odian a quienes les superan en cualidades naturales. Por eso los oradores se tomaron la tarea de inventar muchas y falsas acusaciones contra él y la multitud aceptó lo que dijeron. Con gusto lo defende- 139
ría de estas acusaciones si tuviera oportunidad. Pues creo que vosotros después de oírme, odiaríais a quienes movieron la ciudad a aborrecerle y a los que se atrevieron a decir cosas desagradables sobre él. Pero ahora dejaré a un lado este tema y hablaré sobre mí y sobre el asunto que nos ocupa.

No sé cómo disponer lo que queda y qué mencionar 140
en primer lugar y qué en segundo. Pues el hablar de forma sistemática se me escapa. Quizá será necesario hablar de cada cosa según venga a cuento. Lo que ahora se me ha venido a la cabeza y sobre lo que creo que debo dar una explicación, no os lo ocultaré aunque alguno me aconsejaba callarme. Cuando Lisímaco pre- 141
sentó la acusación, yo discurría sobre esto como lo habría hecho cada uno de vosotros, y pasé revista a mi vida y acciones y dediqué mucho tiempo a aquellas que, según pensaba, me traerían un justo aplauso. Pero un amigo que me oyó [55] se atrevió a decirme el argumento más insolente de todos, que mis palabras merecerían crédito, pero que él temía que disgustasen muchísimo a la mayoría de los oyentes. Y decía: «Hay 142
algunos tan exasperados y descontentos por la envidia y la pobreza, que combaten no ya las desgracias sino incluso los éxitos y odian a los hombres más discretos y a las mejores costumbres. Además de estos males, se agrupan con los delincuentes y tienen compasión

[55] Cf. con *Areopagítico* 56 y sigs. y *Panatenaico* 200; los tres casos reflejan la costumbre de Isócrates de discutir y corregir (*epanorthoûn*) sus discursos con sus discípulos antes de publicarlos (JAEGER, *Paideia.*, pág. 933, n. 66).

de ellos, pero destruyen, si pueden, a quienes envidian.
143 Y actúan así no porque ignoren lo que van a votar, sino porque esperan ser injustos y no tienen miedo de ser vistos, pues, al salvar a sus iguales, creen que se ayudan también a sí mismos. Te dije esto para que, al saberlo, te comportes mejor y utilices ante ellos los discursos más seguros. Porque ahora, ¿qué opinión crees que tendrá esta gente cuando cuentes tu vida y tus acciones que en muy poco se parecen a las suyas, sino que son de tal naturaleza que intentas contármelas?
144 Demostrarás, en efecto, que los discursos que has escrito merecen no una censura sino el mayor agradecimiento, que de quienes se han juntado contigo, unos no han delinquido ni fallado en nada, y otros han sido coronados por la ciudad a causa de su virtud, y que tú mismo has vivido con tanta prudencia y orden como no sé que lo haya hecho otro ciudadano, y, además, que nunca te has querellado contra nadie, ni has sido acusado, salvo en un proceso de cambio de fortunas, que no has declarado con otros, ni has testificado, ni has hecho nada de lo que hacen todos los ciudadanos.
145 Además de estas actuaciones tan privadas y extraordinarias[56], dices también que te has mantenido al margen de los cargos y beneficios que de ahí se derivan, y de toda la restante actividad política, y que no te fue bastante estar entre los mil doscientos que pagan impuestos y sostienen un servicio público: junto con tu hijo has sido tres veces trierarco y has sostenido otros servicios al estado con más gasto y grandeza de lo
146 que mandan las leyes[57]. ¿No crees que al oír esto

[56] La participación cívica de Isócrates consiste sólo en pagar las liturgias, destaca HEILBRUNN, «Isócrates...», pág. 159, n. 19.

[57] Isócrates no quiere ocultar su fortuna; además, el éxito material de sus actividades docentes es el criterio supremo para juzgar sus obras. Esto es lo que aquí se lee entre líneas, piensa JAEGER, *Paideia...*, pág. 934, n. 69.

quienes tienen costumbres opuestas a todo lo que has dicho, lo soportarán mal y creerán que censuras su vida porque no es digna? Si entendieran que tú adquieres con trabajo y sufrimiento lo que te gastas en servicios públicos y en tu restante administración, no se preocuparían igual. Pero lo que ahora piensan es que recibes de los extranjeros mucho más de lo que realmente te dan. Creen que tú vives con más comodidad 147
que otros, incluso mejor que quienes se dedican a la filosofía y tienen tu misma ocupación. Porque ven que la mayoría de estos filósofos, salvo quienes se han contentado con una vida y carácter como el tuyo, hacen demostraciones en las fiestas solemnes y en las reuniones privadas, compiten entre ellos, prometen cosas exageradas, se irritan, se injurian y no dejan de cometer maldad alguna. Antes bien, se ponen dificultades 148
unos a otros, permiten a sus oyentes que algunos se rían de lo que dicen y otros les aplaudan, que la mayoría les odien, y también en algunas ocasiones que cada uno piense lo que quiera de ellos. Pero tú no participas en nada de esto[58], sino que vives de manera diferente a los sofistas y a los particulares, a los que tienen mucho y a quienes yacen en la pobreza. Por eso, los que 149
son capaces de razonar y son inteligentes quizá te imitarían, pero quienes obran de modo inferior y están más acostumbrados a disgustarse por los éxitos de otros que por sus propios infortunios, no hay forma de que no se enfaden y lo lleven a mal. Puesto que así piensan, mira qué te conviene decirles y qué callarte».

Yo, tanto entonces al oírle como ahora, creo que 150
los hombres más insensatos y criminales de todos serían quienes escucharan con pesadumbre que yo me ofrezco a la ciudad para sostener un impuesto extraordinario y hacer lo que me mande, pero que no pido ni

---

[58] Cf. *Panatenaico* 12 y 13.

ser sorteado para magistrado ni recibir lo que a otros da la ciudad, ni defenderme ni acusar ante un tribunal.
151 Me resolví a ello no por dinero, ni por arrogancia, ni porque odiara a quienes no viven de igual manera que yo. Lo que sucede es que me agrada la tranquilidad y el retraimiento, porque veo en general que los que son así gozan de buena fama entre vosotros y entre los demás, y además porque pienso que esta manera de vivir es más agradable que la de los hombres muy ocupados y más convenientes las ocupaciones que adopté
152 desde el principio. Por eso elegí vivir de esta manera. Renuncié a las ganancias que proporciona la ciudad porque me parecía una vergüenza, si podía sustentarme con mis bienes personales, que yo fuera un obstáculo para quienes se ven obligados a vivir aquí [recibiendo lo que les da la ciudad] [59] y porque con mi presencia algún necesitado quedaría privado de recursos. Por
153 esto era digno más de aplauso que de calumnia. Pero ahora estoy en el mayor apuro porque no sé qué podría hacer para contentar a éstos. Si durante todo el tiempo me impuse como tarea no injuriar a nadie ni molestarle ni disgustarle y por eso mismo disgusto a algunos ¿qué tendría que hacer para agradarles? ¿Qué me queda sino considerarme a mí infortunado y a éstos ignorantes y desagradables para sus conciudadanos?

154 Ante quienes ignoran los asuntos ajenos y son más duros con los que no han obrado mal que con los culpables, es una locura intentar una defensa. Pues cuanto más demuestre uno que es honrado, está claro que tanto peor luchará con ellos. Pero ante los demás será preciso hablar de lo que Lisímaco me calumnió, esto es, de haber adquirido una inmensa fortuna, no

---

[59] Hirschig piensa que esta es una glosa introducida en el texto; con razón, según Mathieu.

vaya a ser que sea creída su afirmación y nos lance a más y mayores cargas públicas de las que podríamos soportar. En general no se encontrará que ninguno de 155
los llamados sofistas haya reunido muchas riquezas, sino que unos viven con poco y otros con un poco más de desahogo. El que más ganó de los que recordamos fue Gorgias de Leontino, quien vivió en Tesalia[60] cuando sus habitantes eran los más prósperos de los griegos. Vivió mucho tiempo y se dedicó a ganar dinero. No habitó en ninguna ciudad de manera fija ni gastó 156
en asuntos públicos ni se vio obligado a pagar impuestos[61]. Además no se casó ni tuvo hijos, sino que vivió libre de esta carga, la más duradera y costosa, y aunque tanto aventajó a los demás en sus ganancias, dejó sólo mil estateras[62]. Por eso no hay que hacer 157
caso a los acusadores en lo que se refiere a las fortunas ajenas, ni creer que son iguales las ganancias de los sofistas que las de los actores. Hay que confrontar a quienes tienen las mismas ocupaciones y pensar que quienes adquirieron un talento parecido en cada una, tienen también una fortuna semejante. Aunque me 158
equiparéis con uno que ganó más y me pongáis a su altura, no daréis la impresión de hacer un cálculo totalmente irreflexivo ni se verá que nosotros hayamos atendido mal las cosas de la ciudad ni nuestros propios bienes, sino que vivimos con más modestia de lo que

---

[60] Alusión a la actividad retórica de Isócrates con Gorgias en Tesalia (cf. PLAT., *Menón* 70 B).

[61] A Isócrates le gustaba que le comparasen con su maestro Gorgias, pero no con los demás maestros de retórica, de ingresos modestos (JAEGER, *Paideia...*, pág. 934, n. 71).

[62] Como ocurre con la mina y el talento, la estatera era a la vez una medida de peso y una moneda. La había de plata, con un valor de cuatro dracmas y de oro, con un valor de veinte dracmas. Gorgias cobraba cien minas por su enseñanza, y, según Platón, era uno de los tres sofistas más ricos (*Hipias mayor* 281 B y sigs.).

gastamos en los servicios públicos. A no ser que sea justo aplaudir a quienes gastan más en lo privado que en lo público.

159 Pienso, cuando estoy a la mitad de mi discurso, cuánto han cambiado las cosas de la ciudad y cómo quienes ahora gobiernan no tienen una visión de los asuntos igual a la de los anteriores gobernantes. Cuando yo era niño, se consideraba tan seguro y respetable el enriquecerse que faltaba poco para que todos fingieran haber adquirido una fortuna mayor de la que tenían, porque deseaban participar de esta fama.
160 Ahora, en cambio, hay que preparar y examinar una defensa por ser rico como si se tratara del mayor delito, si es que uno quiere estar a salvo. Porque se ha hecho mucho más peligroso parecer rico que delinquir abiertamente. Los delincuentes alcanzaron compasión o fueron sancionados con un pequeño castigo, pero los ricos están totalmente perdidos y encontraremos más gente que ha perecido por sus bienes que
161 quienes han pagado por sus crímenes. ¿Y para qué hablar de los asuntos públicos? Yo mismo fracasé no poco en mis cosas debido a este cambio. Porque cuando empezaba a recuperarme en mis asuntos privados después de haber perdido durante la guerra con los lacedemonios todos nuestros bienes, con los que mi padre fue útil a la ciudad y al mismo tiempo nos dio una educación tan cuidadosa que yo era más conocido entonces entre los de mi edad y entre mis condiscípulos de lo que ahora lo soy entre mis conciudadanos,
162 en ese momento, como decía, comenzaba a tener algunos discípulos. Creía que si era capaz de adquirir y economizar más que quienes se dedican a este mismo tipo de vida, obtendría fama en dos cosas: en destacar en filosofía y en vivir con más arreglo que otros[63].

[63] Isócrates se enorgullece de haber logrado una fortuna considerable a pesar de haber perdido la paterna. Resalta el

Pero me ha sucedido lo contrario. Porque si hubiera 163
sido alguien que no merece ninguna consideración y tampoco hubiera ahorrado nada, nadie me habría ocasionado dificultades y hubiera vivido con seguridad, al menos en lo que se refiere a los sicofantas, aunque hubiera sido claramente culpable. Ahora, en lugar de la fama que esperaba me han venido querellas, peligros, envidias y difamaciones. Tanto disfruta la ciudad 164
en el momento presente acosando y humillando a los hombres honrados y permitiendo que los malvados digan y hagan lo que quieran, que Lisímaco, que eligió vivir de las falsas acusaciones y de hacer siempre daño a algún ciudadano, ha subido a la tribuna para acusarnos; en cambio, yo, que nunca perjudiqué a una sola persona, sino que renuncié a las ganancias de aquí y obtuve beneficios de extranjeros y de quienes pensaban que les servía, estoy en un peligro tan grande como si fuera autor de daños terribles. Los hombres 165
inteligentes deberían suplicar a los dioses que aparecieran muchos ciudadanos con esta capacidad mediante la cual podrían obtener de otros cosas útiles como yo ofrecí a la ciudad. De las muchas situaciones incomprensibles que me han ocurrido, la peor de todas sería que me tuvieran tanta gratitud como para ayudarme ahora quienes me han pagado dinero y que vosotros, con quienes gasté lo mío, desearais castigarme. Aún peor sería que si al poeta Píndaro por una 166
sola frase cuando llamó a la ciudad «apoyo de Grecia» nuestros antepasados le honraron tanto que le hicieron próxeno y le entregaron como regalo diez mil

---

carácter burgués de Isócrates frente a la actitud aristocrática de Platón, que jamás explotó como negocio la filosofía. En todo este relato se ve la educación «victoriana» de la última generación del s. v a. C., a la que Isócrates pertenecía (Jaeger, *Paideia*..., pág. 934, n. 75).

dracmas[64], a mí, en cambio, que he encomiado mucho más y con mayor belleza a la ciudad y a los antepasados ni siquiera se me permitiera vivir tranquilo el tiempo que me queda.

167 Sobre estas y las demás acusaciones creo que basta la defensa que he pronunciado. No vacilaré en deciros la verdad sobre cómo me encuentro ahora ante el actual peligro, ni cómo me encontré antes. Yo tenía muchas esperanzas de defender bien mis asuntos per-
168 sonales[65]. Pues confiaba en mi vida y en mis actos, y creía que tenía para defenderlos muchos y justos discursos. Pero, al ver que no sólo estaban irritados con la enseñanza de la retórica quienes acostumbran a enfadarse con todo, sino que también muchos otros ciudadanos se agitaban contra ella, temía que se hiciera poco caso de mi comportamiento personal y que me ocurriese algo desagradable por la general difamación
169 contra los sofistas. Al pasar el tiempo, cuando me puse a reflexionar y examinar de qué podría servirme en las circunstancias presentes, deseché el temor y la inquietud, no irreflexivamente, sino después de considerarlo
170 de manera razonable y animarme. Pues sabía que quienes de entre vosotros son honrados, a los que dirigiré mis palabras, no se atienen a las opiniones que resultaron injustas, sino que siguen las auténticas, y hacen caso a quienes dicen la verdad. Pensaba que podría demostrar con muchos argumentos que la filosofía[66] ha sido injustamente difamada y que es mucho más

---

[64] Sólo se conserva un fragmento de este elogio de Atenas hecho por Píndaro; la proxenía era un título honorario que concedía la asamblea popular a aquellos no atenienses distinguidos.

[65] Desde este punto Isócrates hace un análisis general de su método de enseñanza, intentando distinguirlo de otros.

[66] Isócrates llama con el nombre de filosofía a la cultura.

justo amarla que odiarla. Y ahora todavía mantengo la misma opinión.

No hay que asombrarse porque alguna hermosa 171
actividad sea desconocida e ignorada, ni porque algunos estén engañados con respecto a ella. Pues encontraríamos que estamos igual en lo que se refiere a nosotros mismos y a otros incontables asuntos. Nuestra ciudad, que es ahora y ha sido antes causa de muchos bienes para los ciudadanos y para los demás griegos y que está llena de muchos encantos, se halla en una gran dificultad. A causa de su tamaño y del número de sus 172
habitantes no se la puede abarcar de una ojeada ni con exactitud, sino que, como un torrente, según sorprende a cada hombre y asunto, así lo arrastra, y a algunos les atribuyó una fama opuesta a la que les correspondía. Esto es lo que le ha ocurrido a la enseñanza de la retórica. Si pensáis así, no debéis juzgar 173
ningún asunto sin considerarlo, ni comportaros como cuando sois jueces de querellas particulares, sino examinar minuciosamente cada cosa y buscar la verdad, acordándoos de los juramentos y las leyes según los cuales os habéis reunido para juzgar. No es sobre asuntos de poca importancia, sino de mucha, el discurso y el juicio en el que ahora nos encontramos. Porque no sólo vais a votar sobre mí, sino sobre una ocupación en la que muchos jóvenes ponen su atención. Creo que no ignoráis que los ancianos transmi- 174
ten los asuntos de la ciudad a los que nos suceden y a quienes son como vosotros. Al producirse este curso de acontecimientos, es necesario que los jóvenes reciban un tipo de educación que influya en el futuro de la ciudad [67]. Por eso, no hay que hacer a los sicofantas dueños y señores de un asunto tan importante, ni castigar a quienes no les dan dinero, ni permitir que

[67] Quien tiene la juventud tiene el estado.

175 quienes se lo dan hagan lo que quieran. Por el contrario, si la filosofía tiene tanto poder como para corromper a los jóvenes, no sólo se deberá castigar a quien acuse algún sicofanta, sino expulsar a todos los que se dediquen a esta actividad. Pero si la filosofía por su misma naturaleza hace lo contrario y puede ayudar a volver mejores y más dignos a sus discípulos, habrá que acabar con las difamaciones, dejar sin derechos cívicos a los sicofantas, y aconsejar a los jóvenes que pasen más tiempo en ella que en otras actividades.

176 Me gustaría mucho, ya que me ha tocado defenderme en este proceso, tener todo mi vigor para enfrentarme con este peligro. Pues no estaría desanimado sino que tendría más capacidad para rechazar al acusador y apoyar a la filosofía. Ahora, en cambio, cuando gracias a ésta he defendido convenientemente otros asuntos, tengo miedo de que mi exposición sobre ella sea peor que sobre otras cosas de menor interés para
177 mí. Y aceptaría —pues hay que decir la verdad, aunque la expresión sea una insensatez— que mi vida acabara ya, cuando hubiera hablado de manera apropiada al tema y os hubiera persuadido a considerar tal cual es el estudio de los discursos, mejor que vivir mucho tiempo viendo que este estudio está conside-
178 rado entre vosotros igual que ahora. Sé que nuestro discurso será muy inferior a nuestro deseo. Sin embargo, del modo que pueda intentaré relataros la naturaleza y el poder que tiene este estudio, cómo es del mismo género que otras artes[68], qué utilidad aporta a quienes le siguen, y cuáles son las promesas que nosotros hacemos. Porque creo que cuando conozcáis la
179 verdad, deliberaréis y juzgaréis mejor sobre él. Os pido que, si se me ve pronunciar discursos muy dife-

---

[68] Isócrates concebía su *philosophía* como una *téchnē*, cf. *Contra los sofistas* 9-10 (Jaeger, *Paideia...*, pág. 833, n. 12).

rentes de los que soléis escuchar, no os irritéis sino que me disculpéis, pensando que quienes compiten en asuntos diferentes de otros, es necesario que utilicen discursos también distintos. Si toleráis mi manera de hablar y mi franqueza y si me permitís consumir el tiempo otorgado a la defensa, podréis votar lo que a cada uno de vosotros le parezca justo y legal.

Quiero comenzar a hablaros sobre la educación 180
retórica igual que los genealogistas. Está reconocido que nuestra naturaleza se compone de cuerpo y alma. De ambos elementos nadie podría negar que el alma es por naturaleza más capaz de dirigir y más excelsa. Porque es tarea suya deliberar sobre los asuntos privados y públicos y la del cuerpo ejecutar lo decidido por el alma. Al ser esto así, algunos de nuestros remo- 181
tos antepasados vieron que se habían establecido muchas técnicas para otras actividades, pero que no se había organizado nada semejante para el cuerpo y el alma. Entonces inventaron dos ciencias y nos las transmitieron; para los cuerpos la educación física, de la que es una parte la gimnasia y para las almas la filosofía, sobre la que yo voy a hablar. Ambas materias 182
están en correspondencia, unidas y concordantes, y, gracias a ellas, sus maestros hacen a las almas más sensatas y a los cuerpos más útiles y no separan mucho ambas educaciones entre sí, sino que las usan de manera paralela en sus enseñanzas, ejercicios y demás cuidados[69]. Cuando reciben discípulos, los profesores 183
de educación física les enseñan las posiciones inventadas para el ejercicio gimnástico y los de filosofía explican a sus discípulos todos los procedimientos que utiliza el discurso. Después de haberles dado a cono- 184

[69] Las formas del *lógos* corresponden, en lo que se refiere a la cultura del espíritu, a los «esquemas» corporales que el arte del profesor de gimnasia (*paidotribês*) enseña para los pugilatos (JAEGER, *Paideia...*, pág. 936, n. 83).

cer esto y tras examinarles minuciosamente, de nuevo les adiestran en ellos y les obligan a acostumbrarse al trabajo y a repetir cada cosa de las que aprendieron[70], para que las retengan con más firmeza y sus conocimientos se ajusten mejor a las circunstancias. Y aunque se sepan, es imposible abarcarlas, ya que en todos los asuntos las circunstancias escapan a los conocimientos. Pero quienes ponen más atención y pueden observar lo que suele ocurrir, las alcanzan muy fre-
185 cuentemente. Al preocuparse de este modo, ambas clases de maestros pueden hacer avanzar a los alumnos en su educación hasta que llegan a ser mejores que ellos mismos y tener unos mejor inteligencia, otros más aptitudes físicas. Pero ni unos ni otros pueden conseguir aquella ciencia que haga atletas a quienes quieran ni oradores capaces, sino que contribuyen en parte, pero esas capacidades completas surgen en quienes destacan por sus condiciones naturales y por su dedicación.

186 Tal es el contenido de la filosofía. Pero creo que vosotros mejor aún comprenderéis su poder si os cuento las promesas que hacemos a quienes quieren
187 acercarse a nosotros. Decimos que quienes quieran destacar en la oratoria, en la acción o en otras actividades precisan, en primer lugar, estar bien dotados para aquello que han elegido, en segundo lugar ser educados y haber aprendido la ciencia precisa para cada cosa, y en tercer lugar haberse dedicado y ejercitado en su uso y conocimiento. A partir de estas condi-

---

[70] El sentido del doble método (*syneirein kath' hén hékaston*) estriba en dar al discípulo una mayor experiencia (*émpeiron poieîn*) y en aguzar en él la conciencia de estas formas (*akriboûn*) para que, de este modo, se acerque más al caso concreto. Este método se basa en la elaboración de un cierto promedio de experiencia. No hay, naturalmente, un saber infalible (Jaeger, *Paideia*..., pág. 936, n. 83).

ciones es como llegan a la perfección y a destacarse mucho de los demás en todas las actividades. Lo que 188
conviene particularmente a ambos, a los que enseñan y a los que aprenden, es que estos últimos aporten las cualidades naturales precisas y los maestros eduquen a quienes las tienen. Común para ambos es el ejercicio referido a la práctica. Pues es preciso que los maestros dirijan con cuidado a los educandos y que éstos perseveren con firmeza en lo ordenado[71]. Esto es lo 189
que decimos para todas las ciencias. Pero si alguno pasara por alto lo demás y me preguntara cuál de estos requisitos es el más eficaz para el aprendizaje de la retórica, le respondería que el requisito de las cualidades naturales es imprescindible y el que más se destaca de todos. Pues quien tiene una naturaleza capaz de inventar, aprender, trabajar y recordar, una voz y una claridad de dicción tal que pueda convencer a sus oyentes no sólo con sus palabras sino también con la buena disposición de ellas, y además una auda- 190
cia, no la que es señal de desvergüenza, sino la que tiene prudencia, y prepara el alma para no confiar menos al hablar ante todos los ciudadanos que al pensar consigo mismo, ¿quién ignora que el que sea así, al recibir una educación no esmeradísima sino superficial y general, resultaría un orador como no sé que ningún griego lo haya sido? Sabemos que, incluso 191
aquellos que tienen una naturaleza inferior, al distinguirse en los conocimientos y en la práctica, llegan a ser superiores no sólo a los de su condición sino también a los bien dotados que se han descuidado mucho[72]. Así, cada una de estas circunstancias haría a uno temible en la palabra y la acción, y, si ambas se reu-

[71] Cf. *Contra los sofistas* 15-18.

[72] En la rivalidad «dotes naturales» (*phýsis*)/«educación» (*paideía*), parece que Isócrates se decide por la última.

nieran en uno mismo, harían que fuera insuperable
192 para los demás. Esto es lo que conozco sobre las condiciones naturales y la experiencia. En cuanto a la educación, no puedo decir un discurso semejante. Porque su poder no es igual ni semejante a lo anterior. Si uno escuchara hasta el fin todo lo que se refiere a la retórica y lo examinara con mayor minuciosidad que otros, sería un autor de discursos más elegante que muchos, pero, al encontrarse ante una muchedumbre privado sólo de esto, de la audacia, no podría ni emitir un sonido.

193 Que nadie piense que yo rebajo mi compromiso ante vosotros, mientras que al hablar con quienes quieren estudiar conmigo digo que lo puedo todo. Para evitar estas acusaciones, cuando comencé a dedicarme a esta actividad divulgué un discurso escrito en el que dejaba claro que criticaba a quienes hacen prome-
194 sas excesivas y exponía mi propia opinión[73]. Dejaré de lado lo que acusaba a los demás. Pues excede la actual ocasión. Pero intentaré explicaros lo que declaraba. Empezaba desde aquí:

Del contra los sofistas

Y si es preciso no sólo criticar a los demás sino aclarar mi propia manera de pensar (§ 14).

Hasta

Pero si quedara olvidado algo de lo dicho, necesariamente en eso estarían peor los que estudian (§ 18).

195 Esto está escrito con más elegancia que lo que se ha dicho antes, pero quiere aclarar lo mismo. Esto debió ser para vosotros la mayor prueba de mi honra-

---

[73] Queda claro aquí que la base del programa de la escuela de Isócrates fue el *Contra los sofistas* (Kennedy, *The Art...*, pág. 185).

dez. Pues, si cuando era joven no se me vio alardear ni hacer grandes promesas, después que he disfrutado de mi profesión y he envejecido, tampoco en este momento empequeñezco la filosofía. Por el contrario, he utilizado los mismos discursos cuando estaba en la flor de mi edad y cuando ésta ha pasado, y tengo valor y corro riesgos tanto ante quienes quieren reunirse conmigo como ante los que van a emitir su voto sobre mí. De forma que no sé cómo alguien podría señalar a otro que haya sido más sincero o justo con la filosofía.

Añádase esto a aquello que hemos dicho antes. No 196
ignoro que nada de lo dicho es suficiente para apartar de esta manera de pensar a los descontentadizos, sino que aún se precisan muchos discursos y de todo tipo si van a adoptar otra opinión en vez de la que ahora
tienen[74]. No debemos renunciar a enseñar y hablar, 197
pues de ello se deducirá una de estas dos cosas: o haremos cambiar sus opiniones o demostraremos que son falsas las difamaciones y acusaciones que usan contra nosotros. Estas son de dos tipos. Dicen unos que pasar el tiempo con los sofistas es una frivolidad y un fraude, porque no se ha descubierto un tipo de educación que haga a uno más hábil en sus discursos o más sensato en sus acciones, sino que quienes destacan en ambas cosas aventajan a los demás por sus
condiciones naturales. Otros reconocen que los que se 198

---

[74] Isócrates replica a los que dudan de la *paideia*: así como se puede amansar a las fieras, se puede educar el espíritu del hombre. La duda sobre la posibilidad de una educación es refutada con argumentos tomados de los antiguos sofistas. Tal es la famosa «trinidad pedagógica» que los sofistas antiguos explicaban así: la agricultura requiere una buena tierra, un buen cultivador y una buena simiente; la naturaleza humana es el terreno, el cultivador es el educador y la simiente las doctrinas transmitidas por la palabra hablada (Jaeger, *Paideia...*, págs. 285 y 286).

dedican a esta práctica se hacen más hábiles, pero se corrompen y resultan peores. Pues cuando consiguen ese poder intrigan por lo ajeno. Tengo muchas esperanzas de aclarar a todos que lo que unos y otros dicen no es razonable ni verídico.

199 Pensad en primer lugar que quienes dicen que esta educación es una frivolidad, desvarían ellos mismos abiertamente. Pues la ridiculizan al decir que no sirve para nada y que es engaño y fraude. Y quieren que nuestros discípulos tan pronto se acerquen a nosotros
200 sobrepasen a los demás, que cuando hayan pasado en esta ocupación unos pocos días, parezcan más sabios y capaces en los discursos que quienes les aventajan en edad y experiencia, y que, si se mantienen un año sólo, sean todos excelentes y completos oradores, y que no sean peores los negligentes que quienes desean trabajar, ni los ineptos que los que poseen espíritus vigo-
201 rosos. Esto es lo que nos mandan, sin que nos hayan oído hacer promesas semejantes y sin haber visto que esto ocurra en otras especialidades o educaciones. Por el contrario, estos conocimientos nos vienen con dificultad[75], y entre nosotros no es igual la manera de llevar a la práctica lo que aprendemos, sino que de todas las escuelas sólo surgen dos o tres maestros en la oratoria y los demás salen de ellas como oradores
202 vulgares. Entonces ¿cómo no considerar insensatos a quienes se atreven a pedir a una ciencia que, según dicen, no existe unos poderes que no tienen ni las demás técnicas reconocidas, y a reclamar más utilidad a una enseñanza de la que desconfían que a las que
203 parecen haber alcanzado una mayor perfección? Las personas inteligentes no deben hacer juicios desigua-

---

[75] Isócrates repite aquí su teoría sobre los diversos grados de eficacia de la *paideia;* ya en *Contra los sofistas* 14-15, se subrayaba el diverso grado de influencia de la *téchnē* sobre los distintos talentos (Jaeger, *Paideia...*, pág. 937, n. 94).

les sobre asuntos semejantes ni rechazar una educación que lleva a cabo las mismas cosas que la mayoría de las técnicas. Porque ¿quién ignora que muchos de vosotros que estuvieron con los sofistas no resultaron engañados ni tratados como éstos dicen, sino que unos 204
se hicieron hábiles oradores, otros fueron capaces de enseñar a otros, y cuantos desearon vivir como personas particulares, en las reuniones son más agradables de lo que antes lo eran y han podido hacer juicios sobre los discursos y consejos con más exactitud que la mayoría? ¿cómo desdeñar esta ocupación que puede dar semejante preparación a quienes se sirven de ella? Antes bien, todos reconocerían que en 205
todas las técnicas y oficios manuales consideraríamos los más expertos a quienes enseñan a sus discípulos a trabajar de la manera más parecida posible entre ellos. Se verá que esto es lo que ocurre en la filosofía. Pues cuantos tuvieron un maestro sincero e inteligen- 206
te, descubrirían que tienen en sus discursos una capacidad tan semejante que a todos les parecería que han participado de una educación idéntica. Ya que, de no haber tenido ningún hábito común ni una práctica sistemática, no habría forma de que llegaran a esta semejanza. Además, entre vosotros no habrá nadie que 207
no pudiera decir que muchos de vuestros condiscípulos, cuando eran niños, parecía que eran los más atrasados de los de su edad, pero que, al llegar a viejos, sobrepasaron mucho en inteligencia y oratoria a quienes les habían dejado atrás durante la infancia. Por esto cualquiera comprendería qué poder tiene el ejercicio. Pues está claro que todos utilizan la inteligencia con la que nacieron desde un principio, pero que, al hacerse hombres, sobresalieron y cambiaron su capacidad intelectual porque unos viven con derroche y despreocupación y otros con la atención puesta en los asuntos y en sí mismos. Cuando, por su propio 208

ejercicio, algunos se hacen mejores ¿cómo no aventajarían más a sí mismos y a los demás si hubieran encontrado un maestro maduro y experimentado en muchos temas, tanto en los ya conocidos como en los que personalmente hubiera descubierto?

209 No sólo por estas razones sino por otras que quedan, todos se admirarían con razón de la ignorancia de quienes se atreven a desdeñar tan a la ligera a la filosofía. En primer lugar, a pesar de saber que todas las actividades y técnicas se aprenden con práctica y afición al trabajo, piensan que estas cualidades no tienen ningún poder para el ejercicio de la inteligencia.
210 Además, aunque niegan que haya un cuerpo tan defectuoso que no pueda ser mejorado por la gimnasia y el trabajo, creen que las almas, superiores a los cuerpos por su condición natural, no se hacen más diligentes al recibir educación y alcanzar un cuidado adecuado.
211 Más aún, ven que hay algunos expertos en caballos, perros y en la mayoría de los animales que consiguen hacerlos más vigorosos, más dóciles y más inteligentes; pero creen que no se ha hallado para el carácter humano una educación semejante, que pueda llevarlo a los mismos resultados que se consiguen con las fie-
212 ras. Nos han condenado a todos nosotros a tanto infortunio que, aun reconociendo que con nuestras inteligencias se podría hacer mejor y más útil a cada uno de los seres vivos, se atreven a decir que nosotros mismos, poseedores de esa inteligencia con la que dignificamos todo, no podríamos hacernos bien unos a
213 otros para alcanzar la benignidad. Y lo peor de todo: cada año contemplan en los espectáculos a leones que se comportan con más mansedumbre con sus cuidadores que algunos hombres con sus bienhechores, y osos que dan vueltas, luchan e imitan las destrezas
214 humanas, y ni con estas pruebas pueden comprender cuánta fuerza tienen la educación y el cuidado, ni que

ambas podrían ayudar con mucha más facilidad a nuestra naturaleza que a la de los animales. Por eso no sé si es más justo admirarse de la mansedumbre que se produce en las fieras más salvajes o la ferocidad que existe en las almas de hombres semejantes.

Se podría decir más sobre esto. Pero si hablo de- 215
masiado de aquello en lo que la mayoría está de acuerdo, temo dar la impresión de no saber hacerlo sobre lo que se discute. Dejaré pues eso para volverme a aquellos individuos que no desprecian la filosofía, pero la acusan con mucha acritud, y transfieren las maldades de quienes se llaman sofistas pero se dedican a otra cosa, a los que en absoluto se ocupan en las acti-
vidades de aquéllos[76]. Yo no voy a hablar para defen- 216
der a quienes prometen que pueden enseñar, sino a los que, con justicia, tienen fama de ello. Creo que demostraré suficientemente que nuestros acusadores se apartan mucho de la verdad, si queréis escuchar mis palabras hasta el final.

En primer lugar hay que delimitar qué pretenden 217
y qué quieren conseguir los que se atreven a delinquir. Si definimos bien esto, conoceréis mejor si son ciertas o falsas las acusaciones que se pronunciaron contra nosotros. Yo sostengo que todos hacen todo por placer, ganancia y honra. Pues fuera de estos deseos no
veo que ningún otro sea innato a los hombres. Si la 218
cosa es así, sólo queda examinar cuál de estos deseos obtenemos al corromper a los jóvenes. ¿Acaso disfrutamos al ver o saber que ellos son malvados o lo parecen a sus conciudadanos? Y, ¿quién es tan insensible que no sufra al verse envuelto en una calumnia
tan grande? No seríamos admirados ni alcanzaríamos 219

[76] Intenta Isócrates poner a los maestros de retórica a salvo del reproche de que sus discípulos nada malo aprenden de ellos; lo mismo en *Nicocles* 2 y sigs. (Jaeger, *Paideia...*, pág. 844, n. 43).

un gran honor si formáramos semejantes discípulos,
sino que seríamos mucho más despreciados y odiados
que los reos de otros delitos. Y aunque no fuéramos
despreciados, no ganaríamos mucho dinero si expu-
220 siéramos esta educación. Creo que todos saben que la
ganancia más hermosa y mayor para un sofista es que
algunos de sus discípulos resulten hombres honrados,
sensatos y con buena reputación entre sus ciudadanos.
Pues tales discípulos hacen que muchos deseen parti-
cipar de la educación, mientras que los malos alumnos
apartan de ella a los que antes pensaban seguirla. Por
eso, ¿quién ignoraría lo que es mejor, cuando las cir-
cunstancias son tan diferentes?

221 A esto quizá alguno se atrevería a responder que
muchos hombres por falta de autodominio no son
fieles a la lógica sino que se despreocupan de lo que
conviene para dedicarse a los placeres. Yo reconozco
que hay muchos y también algunos pretendidos sofistas
222 que tienen esta manera de ser. Pero, con todo, ningu-
no de ellos es tan débil como para aceptar que sus
discípulos fueran así[77]. Pues no podría participar de
los placeres producidos por la obediencia de aquéllos,
pero le tocaría la mayor parte de esa fama procurada
por la maldad. Además ¿a quiénes corromperían y cuál
sería la disposición natural de los discípulos que reci-
223 bieran? Hay que explicar también esto. ¿Acaso se tra-
taría de individuos ya viciosos y malvados? Y, ¿quién
intentaría aprender de otro lo que ya sabe por su pro-
pia manera de ser? ¿Se trataría entonces de individuos
discretos y deseosos de buenas costumbres? Entonces
ni uno de los que son así se atrevería a conversar con

---

[77] Desde aquí hasta el final del parágrafo 224 hay muchas divergencias en los MSS. Algunos (Keil, Muenscher, Havet, Drerup) han hablado de una interpolación. Orelli, al que sigue Mathieu, cree que el propio Isócrates modificó su primitiva redacción.

quienes dicen o hacen algo malo [78]. También me gustaría preguntar a quienes nos aborrecen qué es lo que opinan sobre los que navegan desde Sicilia, el Ponto y otros lugares (hacia nosotros) para educarse. ¿Creen, acaso, que hacen el viaje porque carecen allí de hombres malvados? Sin embargo por todas partes uno encontraría abundancia de individuos que desean asociarse a maldades y crímenes. [Pero [79] no es justo calumniar a quienes se sirven bien de la filosofía porque haya gente débil de carácter o malvada. Pues, aunque algunos ciudadanos sicofantas e intrigantes son como mi acusador, no conviene pensar que todos los demás son así, sino que es preciso juzgar a cada uno por separado. Por eso mismo os leí antes mis discursos y os conté quiénes habían tenido relación conmigo, con la intención ⟨de aclararos⟩ [80] cuánto nos alejamos unos de otros. Descubriréis que no hay nada parecido ni en nuestras costumbres, ni en lo que decimos, practicamos o prometemos. Ni siquiera quienes tienen trato con cada uno de nosotros busca lo mismo. Unos quieren participar de la fanfarronería, otros de la educación. Aparte de esto, veríais que los primeros son justamente odiados [en] todas las ciudades griegas porque molestan y buscan a cualquiera que puedan perjudicar, pero de todas partes navegan para encontrar a los más sinceros y honrados. Sobre esto me gustaría preguntar a Lisímaco, a ver qué opina sobre quienes navegan hacia nosotros desde Sicilia, el Ponto y otros 224

[78] A la educación hay que juzgarla por sus representantes buenos y valiosos; ¿es posible asociar al concepto de la verdadera cultura el abuso o la ineficacia, como pensaba Platón? Isócrates enfoca el concepto de la cultura en un sentido más bien instrumental (JAEGER, *Paideia...*, pág. 938).

[79] El texto entre corchetes es el que nos ha transmitido el *Laurentianus* LXXXVII.

[80] Añadido por ORELLI.

lugares para recibir educación. ¿Cree, acaso, que hacen este viaje hacia aquí porque allí les faltan hombres malvados? Sin embargo, por todas partes podría encontrarse abundancia de individuos que desean aso-
225 ciarse a maldades y crímenes]. ¿Van a pagar mucho dinero para hacerse intrigantes y sicofantas? En primer lugar, quienes piensan así, con mucho más gusto se apoderarían de lo ajeno antes que dar cualquier cosa de su propiedad. ¿Habría incluso algunos que gastarían dinero para ser malvados cuando pueden serlo en el momento en que quieran sin gasto? Pues estas acciones no tienen que aprenderse, sino sólo intentar-
226 se. Está claro que navegan, dan dinero y hacen todo, por pensar que los educadores de aquí son más inteligentes que los suyos propios. Sería justo que todos los ciudadanos honraran y estimaran muchísimo a quienes fueron los causantes de esta fama para la ciudad [81].
227 Pero algunos son tan ignorantes que, aún sabiendo que los extranjeros que vienen y los responsables de la educación no hacen daño alguno, sino que son los más retraídos de la política de entre los habitantes de la ciudad y quienes se mantienen con más tranquilidad, que sólo se ocupan de sí mismos y sólo se reúnen
228 unos con otros; que, además, viven cada día con mucha frugalidad y modestia y ansían no los discursos que se pronuncian en contratos particulares ni que perjudican a algunos, sino los que procuran buena fama entre todos los hombres, a pesar de ello, se atreven a difamarlos y a decir que hacen este ejercicio para triunfar
229 en los procesos en contra de la justicia. ¿Quiénes querrían vivir con más prudencia que los demás, si se ejercitasen en la injusticia y en la maldad?, los que hablan así ¿a quiénes han visto alguna vez aplazar y

---

81 Para Mathieu, *Isocrates*..., III, pág. 159, n. 1, este párrafo está inspirado por Tuc., II 41: cf. también *Panegírico* 50.

acumular sus maldades en vez de usar en seguida el carácter que tienen?

Aparte de esto, si la habilidad en la oratoria hace 230 desear los bienes ajenos, convendría que todos los que son capaces de hablar fuesen intrigantes y sicofantas. Pues una causa idéntica tiene que producir en todos los mismos efectos. Pero ahora descubriréis que de 231 quienes se dedican a la política en la actualidad y de los que han muerto recientemente, han sido los mejores al subir a la tribuna los que ponían en sus discursos el mayor cuidado. Incluso entre los antiguos, los mejores oradores y los más famosos fueron la causa de bienes importantísimos para la ciudad, empezando por Solón[82]. Aquél, después de establecerse 232 como jefe del partido popular, tan bien legisló, organizó los asuntos y dispuso la ciudad, que aun ahora se aprecia el gobierno por él establecido. Después, Clístenes, arrojado de la ciudad por los tiranos, convenció con su palabra a los Anfictiones para que pagasen al dios su dinero[83], y guió al pueblo, expulsó a los tiranos y estableció aquella democracia que fue causa de enormes bienes para los griegos. Tras éste, Temístocles 233

---

[82] Isócrates cita a Solón, Clístenes, y también a Temístocles y Pericles; para él, estos hombres son los que admiraban los atenienses antes y después de Platón; eran la suprema pauta de la *aretê*. Al defender a Temístocles y Pericles, atacados en el *Gorgias* y *Menón* platónicos, es indudable que Isócrates se identificaba con los atacados. (Jaeger, *Paideia*..., págs. 938 y 943, n. 126). Cloché, *Isócrates*..., pág. 89, destaca que, al elogiar aquí a Solón como el que estableció la democracia, olvida Isócrates que en el parágrafo 232 dirá que «se hizo jefe del partido popular», esto es, con la democracia ya establecida por Clístenes.

[83] Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas, participó, en la segunda mitad del siglo VI a. C., en la reconstrucción del templo de Delfos; se ha supuesto que el dinero depositado en el templo habría sufragado los gastos contra los tiranos de Atenas.

fue general en la guerra pérsica, aconsejó a nuestros antepasados abandonar la ciudad[84] —¿cómo podría haberles convencido de no ser un orador muy aventajado?—, y llevó sus asuntos a tal punto que tras pocos días de estar desterrados se hicieron señores de los
234 griegos por mucho tiempo. Finalmente Pericles[85], que era un buen partidario del pueblo y un estupendo orador adornó tanto la ciudad con templos, monumentos y todo lo demás, que todavía ahora quienes llegan a ella piensan que no sólo merece gobernar a los griegos, sino a todos los demás pueblos. Aparte de estas obras, subió a la Acrópolis no menos de diez mil
235 talentos. Ninguno de estos hombres que tantas hazañas llevaron a cabo desatendió los discursos sino que pusieron en ellos más atención que los demás. Por eso Solón fue llamado uno de los siete sofistas y tuvo este sobrenombre que ahora es deshonrado y criticado entre vosotros, Pericles fue discípulo de dos sofistas[86], Anaxágoras de Clazómene y Damón, que en aquél tiempo era considerado el más prudente de los ciudadanos.
236 ¿Cómo podría demostraros alguien con más suficiencia que la habilidad oratoria no hace intrigantes a los hombres? Pero los que poseen el mismo carácter que el acusador, pasan su vida, según creo, usando palabras y acciones malvadas.

237 Tengo que señalar en qué lugares los que lo deseen pueden ver a los intrigantes y a los que son reos de las culpas que estos cargan a los sofistas. Están por fuerza en las tablas expuestas por los magistrados: en las de los tesmotetas están ambos, quienes injurian a la ciudad y los sicofantas, en las de los Once, los malhechores y sus jefes, en las de los Cuarenta, los que delin-

[84] Cf. *Panegírico* 96 y *Arquidamo* 43.
[85] Cf. *Sobre la paz* 126.
[86] Cf. Plat., *Alcibiades* 118 C, Plutarco, *Pericles* 4, 6.

quen en asuntos privados y los que acusan judicialmente con injusticia. En ellas veréis que figuran escri- 238
tos mi acusador y sus amigos, mientras que yo y los que se dedican a mi misma ocupación no aparecemos en ninguna, pues nos hemos organizado de tal manera que no hemos precisado de los procesos que existen entre vosotros. Y quienes no se dedican a esas activi- 239
dades, ni viven en el libertinaje, ni han cometido ninguna otra acción vergonzosa, ¿cómo no habrá que alabarlos mejor que juzgarlos? Porque es evidente que enseñamos a nuestros discípulos las mismas costumbres que practicamos.

Por lo que os voy a decir comprenderéis aún mejor 240
qué lejos estamos de corromper a los jóvenes. Si hiciéramos algo así, no sería Lisímaco el que se enfadara ni ninguno de sus semejantes, sino que veríais a los padres de nuestros discípulos y a sus familiares indignarse, acusarnos y buscar tomar venganza de nosotros. Pero ahora aquéllos nos traen a sus hijos y nos pagan 241
dinero, y se alegran cuando ven que pasan los días con nosotros. Los sicofantas, en cambio, nos censuran y nos crean dificultades. ¿Quiénes verían con más gusto que muchos ciudadanos fueran corrompidos y se hiciesen malvados? Pues saben que ellos mismos tienen poder sobre los que son así, mientras que los hombres honrados e inteligentes los aniquilan cuando los alcanzan. Por eso éstos piensan bien cuando buscan destruir 242
todas estas actividades en las que creen que los ciudadanos se harán mejor, más duros con sus maldades y falsas acusaciones. A vosotros os conviene obrar de manera contraria y pensar que es la más hermosa de las ocupaciones aquella que veáis que éstos combaten con más ardor.

Me ocurre algo extraño. Y os lo diré aunque algu- 243
nos digan que soy muy inconstante. Hace un poco decía que muchos hombres honrados, engañados con la filo-

sofía, eran muy duros con ella. Pero ahora he creído que los argumentos pronunciados son tan claros y evidentes a todos que, según me parece, nadie desconoce el poder de la filosofía ni nos acusa de corromper a los discípulos, ni tiene el sentimiento de nada de lo
244 que hace un momento yo censuraba. Pero si hay que decir la verdad y lo que ahora tengo en el pensamiento, creo que todos cuantos me envidian, desean una buena inteligencia y oratoria, pero se despreocupan de ello, unos por pereza, otros porque desprecian su propia naturaleza, otros por motivos diferentes, que son mul-
245 titud. Y ante quienes ponen mucha dedicación y quieren alcanzar lo que ellos mismos desean, se enfadan, los envidian, agitan sus espíritus y les ocurre lo mismo que a los enamorados. Porque ¿qué otra inculpación
246 convendría más echarles en cara que ésta? Ellos celebran y envidian a quienes pueden usar bien la palabra, pero censuran a los jóvenes que quieren alcanzar este honor. No hay nadie que no suplique mucho a los dioses el dominio de la palabra para sí mismo; y si no,
247 para sus hijos y parientes. Pero a quienes intentan conseguir con el trabajo y la filosofía lo que ellos quieren pedir a los dioses, les acusan de no hacer nada conveniente, algunas veces pretenden reírse de ellos como de gente burlada y engañada, pero, cuando llega la ocasión, cambian su actitud al decir que son capa-
248 ces de pronunciar discursos para aprovecharse. Cuando algún peligro sobrevino a la ciudad utilizan como consejeros a quienes hablan mejor sobre los asuntos y hacen lo que ellos les advierten. Pero piensan que hay que calumniar a los que se toman como tarea preparar a ésos para que sean útiles a la ciudad en estas circunstancias. Echan en cara a los tebanos y a otros enemigos su ignorancia, pero se pasan la vida injuriando a quienes buscan escapar de esa enfermedad
249 del modo que sea. Y esto no sólo es señal de pertur-

bación mental, sino también de desprecio hacia los dioses. Pues creen que la Persuasión es una diosa y ven que la ciudad le hace un sacrificio cada año, pero sostienen que quienes quieren participar del poder que tiene la diosa, al desear una cosa malvada se corrompen. Y lo peor de todo es que, a pesar de reconocer 250
que el alma es más preciosa que el cuerpo, aun sabiéndolo, aceptan mejor a los que hacen gimnasia que a los que filosofan. Entonces ¿cómo no va a ser absurdo aplaudir más a quienes se ocupan de lo más simple que a los que se dedican a lo más importante, y eso cuando todos saben que la ciudad nunca consiguió hazañas famosas por el vigor del cuerpo, y fue, en cambio, la más próspera y grande de las ciudades griegas gracias a la inteligencia de un hombre?

Podría recoger muchas más contradicciones uno 251
que fuera más joven que yo y que no tuviera que preocuparse por la circunstancia presente; porque sobre este mismo tema se podría añadir lo siguiente: si algunos después de recibir mucho dinero de sus antepasados no fueran útiles a la ciudad, sino que injuriasen a los ciudadanos y deshonrasen a los niños y mujeres ¿habría alguien que se atreviese a reprochar a los causantes de su riqueza, en vez de indignarse con los propios delincuentes? Si algunos, tras haber aprendido 252
a combatir con armas, no utilizasen sus conocimientos contra los enemigos, y, en cambio, se sublevasen y matasen a muchos ciudadanos, o, si quienes fueron educados de la mejor manera posible en el pugilato y en el pancracio descuidasen los certámenes gimnásticos y golpeasen a quien se les pusiera por delante, ¿quién dejaría de aplaudir a sus maestros y de matar a los que usan mal lo que aprendieron? Por eso hay 253
que tener con las palabras la misma manera de pensar que se tiene sobre otras cosas y no opinar lo contrario sobre asuntos idénticos ni mostrarse hostil con

una cualidad que es de todas las que existen en la naturaleza humana la causa de muchos bienes[87]. Con las demás cualidades que tenemos, como ya dije antes, en nada aventajamos a los animales, sino que incluso somos inferiores a la mayoría de ellos en rapidez,
254 fuerza y otros recursos. Pero como existe en nosotros la posibilidad de convencernos mutuamente y de aclararnos aquello sobre lo que tomamos decisiones, no sólo nos libramos de la vida salvaje, sino que nos reunimos, habitamos ciudades, establecimos leyes, descubrimos las técnicas y de todo cuanto hemos inven-
255 tado la palabra es la que ayudó a establecerlo. Ella determinó con leyes lo que es justo e injusto, lo bello y lo vergonzoso, y, de no haber sido separadas estas cualidades, no habríamos sido capaces de vivir en comunidad. Con la palabra censuramos a los malvados y encomiamos a los buenos, gracias a ella educamos a los ignorantes y examinamos a los inteligentes. Porque el hablar con propiedad es para nosotros la mayor prueba de una buena inteligencia, y una palabra sincera, legítima y justa es imagen de un alma buena y
256 fiel. Con la palabra discutimos nuestros pleitos y examinamos lo que no conocemos. Las pruebas con las que convencemos a los demás al hablar son las mismas que utilizamos en nuestras reflexiones, y llamamos retóricos a quienes son capaces de hablar en público, y tenemos por buenos consejeros a los que razonaron consigo mismo los asuntos de la mejor ma-
257 nera. Si hay que hablar en general de su poder, descubriremos que en nada de lo que se hace con inteligencia deja de aparecer la palabra, sino que ella es guía de todas las acciones y pensamientos y que la

---

[87] A partir de aquí comienza un encendido elogio de la palabra, similar al ya expresado en *Nicocles* 5-9. Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 938, n. 105, es un himno en toda regla.

usan muchísimo los más inteligentes. Nada de esto pensó Lisímaco cuando se atrevió a acusar a quienes desean lo que es causa de tantos y tan grandes bienes.

¿Por qué admirarse de esto, cuando algunos de los 258
que se dedican a la erística calumnian los discursos comunes y útiles, igual que los hombres más malvados? No ignoran su fuerza, ni que ayudan a quienes los usan, pero tienen la esperanza de que, si los desacreditan, harán más estimables los suyos propios[88].
Podría hablar sobre ellos con más acritud que ellos 259
lo hacen sobre nosotros. Pero creo que no debo ni hacerme semejante a unos individuos destrozados por la envidia ni vituperar a quienes no obran mal con sus discípulos pero pueden hacer menos bien que otros. No dejaré de acordarme un poco de ellos, sobre todo porque nos aludieron, y también para que conozcáis con más claridad su poder y nos consideréis a cada uno
según es justo. También para dejar claro que nosotros 260
nos dedicamos a los discursos políticos, que aquellos tildan de provocadores de odio, aunque somos mucho más dulces que ellos. Pues dicen siempre algo malo de nosotros, pero yo no voy a decir nada semejante, sino
que me serviré de la verdad. Creo, en efecto, que los 261
príncipes de la oratoria erística y los que se dedican a astronomía, geometría y otras ciencias semejantes no dañan, sino que ayudan a sus discípulos, pero menos de lo que prometen y más de lo que parece a otros.
La mayoría de los hombres, en efecto, piensan que 262

88 Isócrates echa en cara a los filósofos el que, conociendo como nadie la fuerza del *lógos* se presten a rebajarlo y asientan a lo que critica la gente inculta, para triunfar sobre otros educadores. Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 939, n. 108, y 940, n. 112, Isócrates diferencia a Platón de Aristóteles. Hay desde luego constancia de la crítica dura de Aristóteles contra Isócrates, cuando, parodiando un verso de Eurípides, dice: «Sería deplorable guardar silencio y dejar hablar a Isócrates».

estas enseñanzas son charlatanería y mezquindad[89]. Pues ninguna de ellas es útil ni para los negocios privados ni para los públicos, ni se quedan mucho tiempo en la memoria de quienes las aprenden, debido a que no se adaptan a la vida ni socorren en las acciones, sino que están totalmente alejadas de las necesi-
263 dades. Yo no opino así pero tampoco me alejo mucho de ello, y me parece que quienes creen que este tipo de educación es inútil para la vida práctica, piensan con corrección y que dicen la verdad los que la aplauden. He pronunciado un razonamiento contradictorio en sí mismo porque la naturaleza de estos estudios no
264 es la misma que la de los que enseñamos. Las otras materias pueden ayudarnos tan pronto como las conocemos, pero esas ni siquiera beneficiarían a los que profundizan en ellas, salvo en el caso de que decidieran vivir de ellas, y su utilidad es sólo para quienes
265 están aprendiéndolas. Pues los que se dedican con esmero y exactitud a la astronomía y a la geometría están obligados a poner su atención en asuntos difíciles de aprender y además se acostumbran a mantenerse y trabajar en las tareas que hemos dicho y demostrado y a que su pensamiento no divague. Por estar ejercitados y agudizados en ellas, pueden comprender y aprender con facilidad y rapidez los asun-
266 tos más serios e importantes. Creo que no hay que llamar filosofía a una actividad que en la actualidad no ayuda a hablar ni a obrar, sino que llamo ejercicio del espíritu y preparación a la filosofía a este entretenimiento, más propio de hombres que lo que los muchachos hacen en las escuelas, pero muy parecido[90].

---

[89] Contraste con *Contra los sofistas* 8, donde empleaban las mismas palabras, *adoleschía* y *micrología* para atacar a Platón.

[90] Aunque Isócrates se muestra dispuesto a considerar la dialéctica como una ocupación más varonil que la cultura musical de viejo estilo enseñada en las escuelas (*didaskaleîa*),

Porque los muchachos, después de trabajar con empeño la gramática, la música y la restante educación, no progresan nunca en hablar o deliberar mejor sobre los asuntos, pero sí se hacen más capaces de aprender los estudios más importantes y serios. Yo aconsejaría a los jóvenes que pasen algún tiempo en este tipo de educación[91], pero que no permitan que sus dotes naturales se pierdan en ellas ni encallen en las palabras de los sofistas antiguos, de los que uno dijo que es infinito el número de seres, Empédocles que eran cuatro, y entre ellos había odio y amor, Ión que no eran más de tres, Alcmeón sólo dos, Parménides y Meliso uno, y Gorgias que no había absolutamente ninguno[92]. Creo que estas extrañas teorías son iguales a las prestidigitaciones, que no sirven para nada y hacen formar círculo a los ignorantes. Quienes quieran hacer algo provechoso deben quitar de todas sus ocupaciones las palabras vanas y las acciones que nada aportan a la vida.

267 (line 1) · 268 (line 5) · 269 (line 13)

Sobre estos asuntos me basta lo que ahora he dicho 270
y aconsejado. En cuanto a la sabiduría y la filosofía,

---

sitúa, en general, sus efectos en el mismo plano que los de ésta. Al parecer, los representantes de la explicación poética se resintieron de estas manifestaciones despectivas acerca de la cultura literaria (cf. *Panatenaico* 18); la opinión la expresa Jaeger, *Paideia*..., pág. 941, n. 119.

[91] Cosas parecidas expresa Calicles en Plat., *Gorgias* 484 C-D, al censurar en la cultura dialéctica de los socráticos el que aísle de la vida real a sus estudiosos.

[92] Ya en el *Elogio de Helena* 2-3, Isócrates había atacado a Protágoras, Gorgias, Zenón y Meliso como buscadores de paradojas. Ahora censura a Empédocles, Ión, Alcmeón, Parménides, Meliso y Gorgias, a este último no como retórico, sino por haber inventado la paradoja «el ser no es» cosa que a Isócrates le parecía inconcebible. Jaeger, *Paideia*, pág. 942, n. 121, destaca que como los diálogos platónicos *Parménides* y *Teeteto* se habían dedicado a estos estudios, el ataque de Isócrates debe ir también contra la Academia.

no conviene que hablen de estos temas quienes disputan sobre otros diferentes —pues son ajenas a todos los negocios— y es a mí, puesto que soy juzgado por ellas y sostengo que no existe la que algunos llaman filosofía, a quien corresponde delimitar y aclararos la
271 que se considera auténtica filosofía[93]. Lo que sé sobre ello es simple. Puesto que la naturaleza humana no puede adquirir una ciencia con la que podamos saber lo que hay que hacer o decir, en el resto de los saberes considero sabios a quienes son capaces de alcanzar lo mejor con sus opiniones[94], y filósofos a los que se dedican a unas actividades con las que rápidamente
272 conseguirán esta inteligencia[95]. Puedo decir cuáles son las actividades que tienen este poder, pero vacilo en decirlas. Pues son tantas, tan extrañas y alejadas de la manera de pensar de otros que tengo miedo no sea que al comenzar a oírlas llenéis todo el tribunal con tumulto y gritos. Aunque esto es lo que pienso, intentaré exponerlas. Sentiría vergüenza, en efecto, si diera a algunos la impresión de traicionar la verdad por te-
273 mor a mi vejez y a la corta vida que me queda. Os pido que no me achaquéis el ser tan loco que haya elegido, estando en peligro, palabras contrarias a vuestras opiniones, como si no hubiera pensado que esas palabras son consecuentes con las antedichas y creyera que
274 puedo demostrarlas con veracidad y suficiencia. Pienso que una técnica capaz de introducir la prudencia y la justicia en quienes carecen de dotes naturales para

93 Isócrates reivindica el título de *philosophía* sólo para su obra (JAEGER, *Paideia*..., pág. 846, n. 48 b).

94 Isócrates no cree en la existencia de una ciencia absoluta (*epistêmē*) y piensa que hay que contentarse con la opinión (*dóxa*).

95 JAEGER, *Paideia*..., pág. 943, n. 125, destaca el término «esta inteligencia» (*tḕn toiaútēn phrónēsin*), con lo que el conocimiento político-práctico de los valores reconocidos por Isócrates se contrapone a la frónesis teórica de Platón.

la virtud, no ha existido ni antes ni ahora, y que los que hacen promesas[96] sobre ella renunciarán y dejarán de desvariar, antes de que se encuentre una edu- 275
cación semejante. Se harán mejores y más dignos si pusiesen su empeño en hablar bien, si deseasen poder convencer a sus oyentes, y si, además, buscasen la superioridad, no la que piensan los insensatos, sino la
que tiene realmente este poder. Que esto es así por 276
naturaleza creo que rápidamente os lo aclararé. En primer lugar, cuando uno se propone pronunciar o escribir discursos dignos de aplauso u honor, no le está permitido tomar argumentos injustos, de poca importancia o que se refieran a contratos privados, sino temas importantes, hermosos, que beneficien a la humanidad y traten sobre asuntos públicos[97]. Y si no los encuentra de este tipo no logrará lo que pretende.
Además, de las acciones que se refieren al argumento, 277
escogerá las más convenientes y útiles. El individuo acostumbrado a observar y examinar estas acciones tendrá esta capacidad no sólo en el discurso emprendido sino en sus demás actuaciones, de forma que el hablar bien y el reflexionar aparecerán al mismo tiempo en quienes preparan sus discursos con filosofía y
empeño. El que quiera convencer no desatenderá la 278
virtud, sino que en ella pondrá su mayor atención para lograr la mejor fama entre sus conciudadanos. Porque ¿quién ignora que los discursos parecen más verídicos si son pronunciados por personas bien consideradas que por gente desacreditada, y que puede ofrecer más confianza una vida que un discurso? Por eso, cuanto más desee alguien convencer a sus oyentes, tanto más se ejercitará en ser un hombre cabal y en

---

96 La palabra «promesa» (*hypóschesis*) significa aquí lo que el profesor se compromete a enseñar a sus discípulos y es sinónimo de *epángelma* (Jaeger, *Paideia*..., 944, n. 122).

97 Cf. *Filipo* 10 y *Panatenaico* 246.

279 ser bien considerado por los ciudadanos. No piense ninguno de vosotros que todos los demás saben cuánta fuerza de persuasión hay en agradar a los jueces, y que los filósofos son los únicos que desconocen el poder de la simpatía. Porque lo saben con más exacti-
280 tud que los demás, y saben también que lo verosímil, las pruebas y todas las formas de persuasión sólo ayudan según el momento en el que cada uno habla[98], mientras que parecer honrado no sólo hace más creíble un discurso sino también más apreciadas las acciones del que posee una fama así, cosa que deben procurar los inteligentes más que todos los demás.

281 Ciertamente lo que se refiere a la superioridad[99] es lo más difícil de lo que he dicho. Si alguno sospecha que es una superioridad conseguida robando, engañando, o haciendo algún daño, no piensa con corrección. Porque nadie en toda su vida lo pasa peor ni se encuentra en mayores dificultades ni vive con más vergüenza ni, en una palabra, es más infeliz que quienes
282 así actúan. Debe pensarse que son ahora superiores y lo serán aquellos quienes sean considerados por los dioses como más piadosos y cuidadosos con su culto, y por los hombres como los mejor dispuestos con sus
283 vecinos y ciudadanos y tengan la mayor fama. Esto está de acuerdo con la verdad y conviene hablar de ello de esta manera, puesto que ahora muchas cosas de la ciudad están tan revueltas y confundidas que algunos ni siquiera utilizan las palabras conforme a su sentido natural, sino que transfieren los nombres de las ha-
284 zañas más hermosas a las peores costumbres. Llaman bien dotados a los bufones y a quienes pueden burlarse y parodiar[100], cuando convenía conceder este título

---

98 Cf. Aristót., *Retórica* 1356 a y sigs.

99 Esta superioridad, literalmente «apetencia de más» (*pleonexía*), tan criticada por Platón, cobra aquí un sentido positivo.

100 Cf. *Areopagítico* 20 y *Panatenaico* 131.

a los que su naturaleza hace mejores para la virtud. A los que se dedican a las malas costumbres y malas acciones y, aunque es poco lo que consiguen, adquieren una mala reputación, los consideran superiores, en lugar de a los más piadosos y justos, cuya superioridad está en lo bueno, no en lo malo. A quienes se 285
despreocupan de lo necesario pero aman las extrañas teorías de los sofistas antiguos, dicen que filosofan, mientras que se olvidaron de los que aprenden y cuidan los conocimientos con los cuales gobernarán bien su propia casa y los asuntos públicos de la ciudad, por cuyo motivo hay que esforzarse, filosofar y ejecutar todo. Vosotros excluisteis de ello a los jóvenes durante mucho tiempo, por aceptar los discursos de quienes difaman esta clase de educación. Habéis conseguido que 286
los más discretos pasen su juventud bebiendo, en reuniones, despreocupaciones y bromas, descuidados de instruirse para ser mejores, y que los peores pasen sus días en desenfrenos tan grandes a los que ni siquiera antes ningún buen criado se atrevió. Pues unos refres- 287
can el vino en la fuente Calírroe[101], otros beben en tabernas, algunos juegan a los dados en casas de juego y muchos pasan el tiempo en las escuelas de flautistas[102]. Y nadie de los que les incitan a ello jamás fue citado ante vosotros por los que dicen preocuparse de esta edad. En cambio, nos ocasionan dificultades a nosotros a quienes debían agradecer, si no otra cosa, que apartamos a nuestros alumnos de estas prácticas. Tan malevolente es con todos la casta de los sicofantas 288
que a los que gastan veinte o treinta minas en mujeres que aruinarán su restante hacienda, no sólo no les reprenden, sino que además disfrutan con esos des-

---

[101] Según nos cuenta Tuc. II 15, 5, esta fuente Calírroe había sido instalada por los Pisistrátidas; se le llamaba la fuente de los «nueve caños» y estaba cerca de la Acrópolis.

[102] Cf. *Areopagítico* 49.

enfrenos, y, por el contrario, afirman que se corrompen quienes gastan algo en su propia educación. ¿Quiénes
289 podrían hacer una acusación más injusta que ésta? Se trata de individuos que en pleno vigor despreciaron los placeres, cuando éstos son lo más deseado por la gente de su edad; que, cuando podían estar negligentes sin gastar, prefirieron invertir su dinero en esforzarse; que recién salidos de la infancia se dieron
290 cuenta de cosas que muchos viejos no conocen, a saber: que quien gobierna su juventud con rectitud y dignidad y comienza bien su vida, debe atender primero a sí mismo que a sus bienes, y no ha de apresurarse ni intentar mandar sobre otros antes de conseguir un maestro de su pensamiento; que no ha de alegrarse ni enorgullecerse con bienes diferentes a los que surjan en su alma gracias a la educación. ¿Cómo no habrá que alabar más que censurar a los que así piensan, y considerar que son mejores y más prudentes que sus coetáneos?

291 Me causan admiración cuantos felicitan a quienes tienen dotes naturales para la oratoria y dicen que es buena y hermosa esta cualidad que les ha tocado en suerte, y, en cambio, censuran a los que quieren adquirirla como si deseasen una educación injusta y malvada. Porque, ¿qué hermosa cualidad natural resulta vergonzosa o malvada si se consigue por el trabajo? No encontraríamos ninguna que fuera así, por el contrario, aplaudiríamos más a los que pudieron adquirir algo bueno con su propio amor al trabajo
292 que a quienes lo recibieron de sus antepasados[103]. Y sería lógico. Pues en todas las demás actividades y especialmente en la oratoria, conviene celebrar no la suerte, sino el esfuerzo. Quienes fueron capaces de ser

[103] HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 159, ve aquí la clara inclinación de Isócrates por la *paideia* frente a la *phýsis*.

buenos oradores por sus dotes naturales o la suerte, no ponen sus ojos en lo mejor, sino que acostumbran a utilizar sus discursos según les venga en gana. En cambio, los que adquirieron esta capacidad con la filosofía y el razonamiento, nada dicen sin reflexionar, y se descuidan menos en sus acciones. Por eso, desear 293
que se eduquen muchos buenos oradores, es conveniente para todos, y sobre todo para vosotros. Porque sois los primeros y os diferenciais de las demás no en los cuidados de la guerra[104], ni en que os gobernéis mejor, ni en que conservéis muy bien las leyes que os dejaron los antepasados, sino en aquellas normas que han educado mejor para el pensamiento y la palabra a la naturaleza humana frente a los demás animales, y a la raza de los griegos frente a la de los bárbaros. De ahí que sucedería lo peor de todo, si a quienes 294
quieren distinguirse de los de su edad en lo mismo en lo que vosotros os distinguís de los demás, votárais que están corrompidos y arrojárais alguna desgracia sobre los que utilizan esta educación de la que vosotros habéis sido guías.

No se os debe pasar por alto que nuestra ciudad 295
parece ser, lógicamente, maestra de todos cuantos tienen la capacidad de hablar o enseñar. Porque ven que ella ha dejado los más importantes premios para quienes tienen este poder, que ofrece los ejercicios más numerosos y variados a los que eligen disputar en ello y a quienes quieren entrenarse, y, además, que 296
todos obtienen aquí la experiencia que más capacita para poder hablar. Aparte de esto, piensan que el carácter común de nuestra lengua[105], su proporción y también su donaire y facilidad para la dialéctica, con-

---

104 Ironía contra Esparta.

105 Mathieu, *Isocrate...*, III, pág. 175, n. 1, señala que el ático se veía como un dialecto intermedio entre el dorio y el jonio.

tribuyó en no pequeña medida a la educación retórica. Por eso suponen con justicia que todos los buenos
297 oradores son discípulos de nuestra ciudad[106]. Mirad que no suceda un ridículo completo por juzgar desfavorablemente esta fama que vosotros tenéis entre los griegos, mucho mayor que la mía entre vosotros. Pues no haríais otra cosa que votar semejante injusticia
298 claramente contra vosotros mismos, y habríais hecho lo mismo que si los lacedemonios intentasen castigar a quienes practican la guerra, o los tesalios considerasen que hubiera que imponer un castigo a quienes se dedican a la equitación. Hay que vigilar que no os equivoquéis en nada de esto con perjuicio vuestro, ni que tengáis por más fiables los discursos de los que
299 acusan a la ciudad que los de sus panegiristas. Creo que no desconocéis que unos griegos os tienen malevolencia, mientras que otros os aman muchísimo y tienen en vosotros sus esperanzas de salvación. Y dicen estos últimos que sólo ésta es una ciudad, y las demás aldeas, que Atenas con justicia se llamaría capital de Grecia por su tamaño, por la abundancia de recursos que aquí hay para otros y, sobre todo, por la manera
300 de ser de sus habitantes. Pues dicen que no hay otros más amables y sociables, ni con los que alguien pasase más familiarmente toda su vida. Usan tales exageraciones que no vacilan en decir que con más gusto serían maltratados por un hombre ateniense mejor que beneficiarse de la dureza de otros. Otros ridiculizan esto, y, contando las crueldades y maldades de los sicofantas, acusan a toda la ciudad de ser insociable e
301 incómoda[107]. Es propio de jueces inteligentes matar a

---

[106] La idea aparece ya en TUC., II 41, 1, y en *Panegírico* 50; Atenas es la madre de la cultura.

[107] Los delatores y demagogos son la gran mancha del nombre de Atenas, porque debe la grandeza sólo a la cultura. El

los responsables de discursos semejantes, porque se trata de individuos que causan la mayor vergüenza a la ciudad, y honrar, en cambio, a quienes la ensalzan cuando la citan en alguna parte, y honrarlos más que a los atletas vencedores en combates por una corona.
Porque obtuvieron para la ciudad una fama mucho 302
más hermosa que la de aquéllos y más apropiada. En efecto, en un certamen atlético tenemos muchos competidores, pero todos aceptarían que somos los primeros en lo que se refiere a la educación. Los que pueden razonar un poco, deben honrar claramente a quienes se distinguen en hazañas que dan fama a la ciudad, y no aborrecerlos ni pensar sobre ellos de manera contraria a los demás griegos. Pero nunca os ocupasteis 303
de esto, sino que tanto habéis equivocado vuestra conveniencia como para portaros mejor con quienes hablan mal de vosotros que con quienes os aplauden, y pensáis que los responsables de que la ciudad sea odiada por muchos son más demócratas que los que han conseguido que la estimen todos con cuantos tratan. Si pensarais con cordura acabaríais con este des- 304
orden y no os portaríais con la filosofía como ahora, unos con dureza, otros con indiferencia, sino que consideraríais que el cuidado del espíritu es la más hermosa y honrada de las ocupaciones[108] y dirigiríais a esta educación y práctica a los jóvenes que tienen unos medios de vida suficientes y pueden dedicarle tiempo.
También tendríais en la más alta estimación a los que 305
quieren trabajar y prepararse para ser útiles a la ciudad, pero a los que viven abatidos y sin pensar en otra cosa que en gastar su herencia con desenfreno, a esos los odiaríais y los tendríais por traidores a la patria

---

pasaje es interesante porque distingue entre cultura y vida política contemporánea (JAEGER, *Paideia*..., pág. 948, n. 144).

[108] La excelencia de Atenas reside en su *philosophía*, no en la guerra.

y a la fama de sus antepasados. Pues si comprendieran cómo os comportáis con unos y otros, aunque es difícil, los jóvenes querrían abandonar su despreocupación para poner su atención en ellos mismos y en la filoso-
306 fía. Acordaos de la belleza y la magnitud de las hazañas realizadas por la ciudad y los antepasados, tratad entre vosotros y observad cómo era tanto por su nacimiento como por la forma en que fue educado el que expulsó a los tiranos, trajo de nuevo al pueblo y restauró la democracia. Y cómo era el que venció a los bárbaros en la batalla de Maratón y adquirió para la
307 ciudad la fama que de ella se derivó [109]. Cómo era también el que, tras aquél, liberó a los griegos, empujó a los antepasados a la hegemonía y poderío que tuvieron, se dio cuenta de las condiciones naturales del Pireo y ciñó la ciudad con una muralla a pesar de los lacedemonios; cómo era, por último, el que después de éste llenó la Acrópolis con plata y oro y consiguió que las casas privadas estuvieran repletas de prosperidad y
308 riqueza [110]. Si examináis en detalle a cada uno de estos hombres, descubriréis que no han realizado estas hazañas los que vivieron como sicofantas ni con despreocupación ni siendo iguales a la mayoría, sino que los causantes de todos los bienes han resultado ser quienes destacaron y sobresalieron no sólo por su nobleza de nacimiento y fama, sino también por su pensamiento
309 y oratoria. Es natural que, si reflexionáis en esto y véis que en los procesos por contratos privados se procura lo justo en favor de la mayoría y se busca la participación en los demás derechos comunes, a quienes

[109] Elogia, sin nombrarle, a Milcíades.

[110] Clara exposición del concepto de democracia, alabando a Clístenes, Milcíades, Temístocles y Pericles. A pesar de sus diferencias, los cuatro fueron hombres superiores y por eso no cayeron en los excesos de un gobierno demócrata avanzado (Levi, *Isocrate...*, pág. 102).

sobresalen por sus dotes naturales y sus estudios y a los que intentan igualarles los améis, honréis y cuidéis, sabiendo que dirigir hazañas hermosas e importantes, ser capaz de salvar a la ciudad de peligros y guardar la democracia, lo pueden hacer éstos y no los sicofantas.

Me quedan muchas cosas por decir y no sé cómo 310
colocarlas. Porque me parece que cada cosa de las que pienso va a mostrar su conveniencia cuando la diga, pero que si digo todas ahora se va a producir una gran confusión para mí y para los oyentes. Y tengo miedo de que lo ya dicho haya causado una sensación
parecida debido a su longitud. Pues todos somos tan 311
insaciables en los discursos que a pesar de aplaudir la oportunidad y reconocer que no hay otra cosa como ella, cuando creemos que tenemos algo que decir, nos olvidamos de la proporción y añadiendo siempre un poco nos lanzamos a las peores inoportunidades[111]. Aunque yo digo esto y lo reconozco, a pesar de todo
quiero aún hablar con vosotros. Porque estoy indigna- 312
do al ver que la acusación falsa tiene mejor fama que la filosofía, y que la primera acusa y la segunda es acusada. ¿Qué hombre antiguo habría sospechado que esto ocurriría, sobre todo entre vosotros que celebráis
la sabiduría más que otros? Sin duda no ocurrió así 313
entre los antepasados, sino que ellos admiraban a los llamados sofistas y envidiaban a sus discípulos, mientras que consideraban que los sicofantas eran los causantes de las mayores desgracias. He aquí la mayor prueba: a Solón, el primero de los ciudadanos que recibió este nombre de sofista, le consideraron digno de ser jefe de la ciudad y establecieron leyes más duras
para los sicofantas que para los demás. Pues para los 314

[111] Ama Isócrates el sonido y fuerza de las palabras, así como el poder que ella da; lo mismo en *Panegírico* 48 y sigs., y *Nicocles* 5 y sigs. (Kennedy, *The Art...*, pág. 175).

mayores delitos hicieron que juzgara un sólo tribunal, pero contra los sicofantas establecieron acciones públicas ante los tesmotetas, denuncias ante el Consejo, y citaciones ante la asamblea popular, por creer que quienes se servían de estas artes sobrepasaban todas las maldades. Los demás, al menos, intentaban ocul-
315 tar sus delitos, pero los sicofantas mostraban ante todos su crueldad, inhumanidad y afición al odio. Y aquéllos así pensaban sobre los sicofantas. Pero vosotros, tan lejos estáis de castigarlos, que los utilizáis como acusadores y legisladores de los demás. Por eso convendría que los odiarais ahora más que en aquella
316 época. Pues entonces sólo dañaban a sus conciudadanos en asuntos marginales o en cuestiones internas de la ciudad. Pero después que la ciudad creció y logró el imperio, nuestros padres, por tener más confianza de lo que convenía, odiaron el poder de los hombres honrados que habían engrandecido a la ciudad y se aficionaron a los hombres malvados y llenos de osadía.
317 Creían que estos individuos por su atrevimiento y amor al odio serían capaces de custodiar la democracia, pero que por la inferioridad de su origen no serían soberbios ni desearían otra constitución política. De este cambio, ¿qué desgracia dejó de caer sobre la ciudad? ¿Qué daño terrible no cumplieron de palabra u
318 obra los individuos de esta naturaleza? ¿No echaron en cara su oligarquía y filolaconismo a los más renombrados ciudadanos que podían haber hecho con facilidad algún bien a la ciudad? ¿No cesaron de hacerlo hasta obligarles a ser lo que se les acusaba? Al maltratar a nuestros aliados, acusarles falsamente y expulsarlos de sus mejores posesiones, ¿no les pusieron en tal situación que desertaron de nosotros y desearon la
319 amistad y alianza de los lacedemonios? [112]. Por eso nos

[112] Polémica contra la democracia avanzada, que se precisa

pusimos en guerra, y vimos a muchos ciudadanos o muertos o prisioneros de los enemigos, algunos incluso privados de subsistencia, la democracia destruida por dos veces, los muros de la patria derrumbados y lo que es peor, toda la ciudad a punto de ser esclavizada y la acrópolis ocupada por los enemigos[113].

Aunque me dejo arrastrar a la violencia por la cóle- 320
ra sé que nos falta agua y que estoy pronunciando discursos y acusaciones que duran todo el día. Omito la multitud de desgracias causadas por estos individuos y, tras rechazar la inoportunidad de las cosas que se podrían decir sobre sus falsas acusaciones, acabaré mi
discurso recordando unas pocas cosas. Veo que cuando 321
otros corren un riesgo y llegan al final de su defensa, suplican, ruegan y hacen subir a la tribuna a sus hijos y amigos. Yo no creo que [esto][114] convenga a la gente de mi edad, y además, por saberlo, sentiría vergüenza de salvarme por alguna otra circunstancia que no fueran los discursos pronunciados y escritos por mí. Porque sé que yo los he utilizado con tanta piedad y justicia en lo que se refiere a la ciudad, a los antepasados y especialmente a los dioses, que, si a éstos les preocupan en algo los negocios humanos, no creo que
se olviden de lo que ahora me ocurre. Por eso no 322
temo lo que me ocurrirá de vuestra parte, sino que estoy animoso y tengo muchas esperanzas de que el final de mi vida llegará cuando me sea de provecho, y me sirve como señal de ello el que he vivido desde el pasado hasta el día de hoy como conviene a los hom-
bres piadosos y amantes de los dioses. Por tener esta 323

---

en la acusación de su responsabilidad en la guerra del Peloponeso (Levi, *Isocrate...*, pág. 102).

113 Según Cloché, *Isocrate...*, pág. 90, Isócrates atribuye a Cleón, Andócides y Esquines la responsabilidad de las desgracias ocurridas a Atenas en la guerra del Peloponeso.

114 Sólo dan esta palabra algunos MSS.

manera de pensar y considerar que lo que decidáis será bello y provechoso para mí, votad en la forma que a cada uno de vosotros le guste y quiera.

FILIPO (V)

INTRODUCCIÓN

Hacía ya tiempo que Isócrates había dejado de confiar en la capacidad de Atenas para lograr la concordia de los griegos y dirigir la expedición militar contra Asia. Su mirada se había detenido en diferentes monarcas como posibles ejecutores de su plan político. Así, en el año 367 a. C. había escrito una carta a Dionisio de Siracusa, en el 356 al rey Arquidamo de Esparta; seguramente también había escrito al tirano Jasón de Feras, en una fecha no determinada pero quizá poco anterior al asesinato de Jasón, cometido el año 370 a. C.

Conservamos las cartas a Dionisio y a Arquidamo (la autenticidad de esta última está muy controvertida) y son bastante explícitas en cuanto a los planes de Isócrates.

Pero desde el año 359 a. C. había irrumpido en el mundo griego un nuevo y capaz político: el rey Filipo II de Macedonia. El progreso de su dominio sobre Grecia mediante la agresión o la acción diplomática revela una genialidad fuera de lo común. Inevitablemente la política de Filipo había chocado con la de Atenas: la ocupación por el macedonio de Anfípolis, antigua colonia ateniense (año 357 a. C.), la conquista de Olinto y de Tesalia (352 a. C.) eran los hechos más

significativos; sin embargo, el año 346 a. C. se firma entre Filipo y Atenas la paz llamada de Filócrates.

Precisamente en este año 346 Isócrates saca a la luz su discurso *Filipo*. Hasta entonces sus opiniones sobre Macedonia (en especial sobre su rey Amintas, el padre de Filipo) habían pasado desde la crítica al elogio [1].

En el discurso, Isócrates propone a Filipo dos tareas bien precisas: conseguir la armonía de los estados griegos para guiarlos a la conquista de Persia. Para G. Kennedy [2] el *Filipo* es el más vigoroso de los últimos discursos de Isócrates.

El desarrollo es el siguiente:

1-29. Introducción: propósito del discurso; alabanza de Filipo.
30-38. Deuda de Macedonia con los principales estados griegos.
39-56. Posibilidad de una reconciliación.
57-67. Ejemplos históricos de políticos que desde una situación difícil alcanzaron éxitos.
68-80. Méritos a que Filipo se hará acreedor si logra la armonía entre los griegos.
80-123. Superioridad de Filipo sobre los persas; elogio de Heracles, antepasado de Filipo; consecuencias favorables de la conquista del imperio persa, o, al menos, de Asia Menor.
123-155. Gloria que reportará a Filipo la acción.

¿Cuál fue la reacción de Filipo ante los consejos de Isócrates?; el argumento anónimo del discurso demuestra, según Mathieu [3], que la opinión general creía en una influencia directa de Isócrates sobre Alejandro, no sobre Filipo. Pero hay datos suficientes como para pen-

---

[1] Cf. la opinión de Isócrates sobre el rey Amintas en el *Panegírico* 126, donde critica su monarquía, a la que están consolidando los espartanos, y la que expone en el *Arquidamo* 46, en donde aplaude su coraje.

[2] *The Art...*, pág. 199.

[3] *Les idées...*, pág. 214.

sar que el macedonio no olvidó las advertencias de Isócrates[4].

Este discurso, conservado en muchos manuscritos, ha sido uno de los más leídos en la Edad Media y Renacimiento; literariamente es quizá el de mayor calidad.

ARGUMENTO DEL DISCURSO A FILIPO, DE ESCRITOR ANÓNIMO

Debe saberse que Isócrates escribió este discurso a Filipo tras la paz firmada por los compañeros de Esquines y Demóstenes. De ahí que tuviera la oportunidad de escribir al mismo Filipo, porque éste se había hecho amigo de la ciudad de los atenienses. Bajo la forma de un elogio, Isócrates aconseja a Filipo que, después de reconciliar las grandes ciudades griegas que luchaban entre sí, haga una expedición contra los persas. «Te conviene, dice, hacer esto, por ser descendiente de Heracles y tener tanto poder». Y Filipo, una vez que recibió el discurso y conoció su contenido, no fue convencido por los argumentos, sino que aplazó su decisión. Posteriormente el hijo de Filipo, Alejandro, leyó el discurso, se animó e hizo una expedición contra Darío II, también llamado Oco. Pues su nombre auténtico era Oco, pero los persas, por adularle, le dieron el apodo de Darío[5], como sus primeros antecesores.

Es una obra práctica, pues aconseja. Isócrates escribió el discurso cuando era viejo, poco antes de su muerte y de la de Filipo, según dice Hermipo.

Filipo no te asombres de que comience mi discur- 1
so no por lo que te voy a decir y señalar ahora, sino

---

[4] MATHIEU, *Isocrate...*, IV, págs. 14-16, trata a fondo esta influencia.

[5] El autor anónimo del argumento confunde a Artajerjes III Oco, que fue rey de Persia entre los años 358 al 337 a. C., contemporáneo por tanto del discurso *Filipo*, con Darío III Codomano.

por lo que escribí respecto a Anfípolis[6]. Quiero hacer un pequeño preámbulo sobre este tema, para aclararte a ti y a los demás que me puse a escribir este discurso para ti no por ignorancia ni porque me engañara mi debilidad actual[7], sino con lógica, después de haberlo pensado en detalle.

2 Al ver, en efecto, que la guerra que se inició entre ti y nuestra ciudad por Anfípolis es causa de muchos males, intenté hablar sobre esta ciudad y su territorio con argumentos que no fueran iguales a los de tus compañeros ni a los de nuestros oradores, sino muy
3 distantes de su manera de pensar. Porque éstos os empujaban a la guerra, hablando de acuerdo con vuestros deseos. Yo, en cambio, no mostraba opinión alguna sobre lo que se discutía, y me ocupaba del argumento que me parecía más apropiado para la paz, al decir que ambos os equivocáis en el asunto: tú haces la guerra en favor de nuestros intereses y la ciudad en beneficio de tu poder. A ti te viene bien que nosotros tengamos esa tierra, pero a la ciudad de ningún modo le conviene
4 conquistarla. Tal impresión causé en los oyentes al exponer esto, que no alabaron ningún argumento ni el estilo por su exactitud y pureza, cosa que suelen hacer algunos, sino que admiraban el realismo de los temas y pensaban que no había modo alguno de cesar
5 vuestras rivalidades, a no ser que tú te convencieras de que te sería mejor la amistad de la ciudad que los

---

[6] La ciudad de Anfípolis, conquistada y colonizada por Atenas el año 437 a. C. era una plaza de excepcional importancia estratégica: situada en el curso del Estrimón, desde ella enviaban madera para las construcciones navales, y cerca estaban las minas de oro del Pangeo. El espartano Brásidas había conquistado la ciudad el año 424 a. C., lo que ocasionó el destierro de Tucídides, uno de los generales atenienses destinados en Tracia (Tuc., IV 107 y sigs.). Filipo la ocupó el año 357 a. C.

[7] Nacido el año 436 a. C., Isócrates tenía por estas fechas 90 años.

ingresos de Anfípolis, y nuestra ciudad pudiera comprender que debía huir de unas colonizaciones en las que por cuatro o cinco veces habían muerto los ciudadanos, y buscar lugares alejados de pueblos capaces de mandar y cerca de los acostumbrados a obedecer, así como los lacedemonios establecieron a los de Cirene.
Aparte de estas consideraciones, tu deberías compren- 6
der que, prometiéndonos esta tierra, de hecho la dominarás tú y además ganarás nuestra benevolencia, pues tomarás tantas garantías de nuestra amistad como colonos enviemos hacia tu dominio. También alguien debería señalar a nuestro pueblo que, si conquistáramos Anfípolis, nos veríamos obligados a tratar tus asuntos con la misma buena disposición que empleamos con Amadoco el viejo [8], debido a los agricultores
del Quersoneso. Después de decir muchas razones se- 7
mejantes, quienes me escuchaban esperaron que cuando mi discurso fuera divulgado, vosotros cesárais la guerra y, reconociendo vuestro error, trazárais algún bien común para todos vosotros. Si su opinión era equivocada o correcta, es cosa que, en justicia, a ellos les corresponde. Pero, mientras yo estaba en esta tarea, os apresurásteis a firmar la paz antes de que hubiera acabado el discurso, y actuásteis con prudencia. Porque es mejor haberla hecho como sea, a pro-
longar los males que se derivan de la guera. Yo me 8
alegré por lo que se votó sobre la paz y pensé que nos aprovecharía no sólo a nosotros sino también a ti y a todos los demás griegos. Pero no era capaz de apartar mi pensamiento del futuro, sino que me encontraba en situación de examinar cómo lo que se había hecho nos duraría y nuestra ciudad, tras dejar pasar un poco de

---

[8] Amadoco, rey de los odrisos en Tracia, firmó una alianza con el ateniense Trasibulo en el año 390 a. C. después que éste último le reconcilió con Seutes, jefe de los territorios de la costa (cf. JENOF., *Hel.* IV 8, 26).

9 tiempo, no desearía de nuevo otras guerras. Al discurrir sobre esto conmigo mismo, descubría que la ciudad no podría estar tranquila de ninguna forma, a no ser que las principales ciudades se reconciliaran entre sí para llevar a la guerra a Asia, y quisieran obtener de los bárbaros las ganancias que ahora éstos pretenden de los griegos. Esto es lo que he aconsejado en el discurso del Panegírico[9].

10 Así pensé y por creer que nunca habría descubierto un argumento más bello que éste ni más común ni que más nos conviniera a todos nosotros, intenté escribir de nuevo sobre él. No desconocía mis circunstancias personales, sino que sabía perfectamente que este discurso requería no un hombre de mi edad sino en pleno vigor y de condiciones naturales superiores
11 a los demás. Pero veía que era difícil pronunciar bien dos discursos sobre el mismo argumento, sobre todo si el que divulgamos en primer lugar ha sido escrito de tal modo que los envidiosos nos imitan y lo admiran más aún que quienes lo aplauden exageradamente.
12 A pesar de ello, desprecié todas esas dificultades, y he llegado a ser tan ambicioso en mi vejez que quise en las palabras que te dirijo, señalar también y hacer evidente a mis discípulos que molestar en las fiestas solemnes y hablar a todos los que en ellas se encuentran no vale de nada[10], sino que tales discursos son tan inútiles como las leyes y las constituciones políticas escri-

---

[9] Cf. *Panegírico* 17.

[10] Mathieu, *Isocrate...*, IV, pág. 22, n. 2, se pregunta si hay aquí una alusión a los *Discursos Olímpicos* de Gorgias y Lisias. Preguntaríamos nosotros, ¿y por qué no al mismo Isócrates?, pues el término empleado por él es *panegýresis*, «fiesta solemne», de donde viene el título de su *Panegírico*. ¿Reconocería entonces Isócrates que su *Panegírico* fue una pérdida de tiempo?; podría ser, aunque no criticando su discurso (cf. parágrafo 11), sino la ocasión en la que lo dio a conocer.

tas por los sofistas [11]. Es preciso, por el contrario, que 13
quienes quieran no decir tonterías vanamente sino hacer algo de provecho y los que crean haber descubierto algún bien común a todos, dejen a otros pronunciar discursos en las fiestas solemnes y ellos se propongan hacerse con algún protector de entre los que pueden hablar y actuar y tienen gran fama, si es
que algunos quieren prestarles atención. Tras pensar 14
esto, me decidí a contártelo, no porque buscara agradecimiento, aunque me gustaría muchísimo que mis palabras te fueran gratas, pues no tenía esto en el pensamiento. Veía que otros hombres famosos vivían sometidos a las ciudades y a las leyes [12], y que no les estaba permitido hacer otra cosa que lo ordenado y que incluso eran muy inferiores a los asuntos que se

---

[11] Un pasaje muy significativo. Las palabras «leyes» (*nómoi*) y «constituciones» (*politeîai*) recuerdan las famosas y monumentales obras de Platón, muerto en 347 a. C., un año antes de este discurso. Según Jaeger, *Paideia...*, pág. 854, Isócrates considera ahora a Platón como el gran teórico del estado aunque su pensamiento, desgraciadamente, sea irrealizable. Isócrates se desvía ahora de su antigua elocuencia panegírica, que ya no tendría resultado; la pretensión del orador es lograr una política realista. Los discursos panegíricos no guardan más relación con la política real que las Repúblicas y Leyes de los teóricos del estado, entre ellos, evidentemente Platón (Jaeger, *Paideia...*, pág. 868, n. 47).

Francamente, nosotros no vemos tal elogio a Platón, que es de nuevo tachado de sofista. El contraste «leyes»/«constituciones políticas» es señalado por Levi, *Isocrates...*, pág. 100, quien insiste en que *politeía* no puede traducirse por «constitución», si se entiende este término como «suma de leyes fundamentales».

[12] Evidentemente, Filipo no vive «sometido a las ciudades y a las leyes»; por eso es el mejor para dirigir la empresa panhelénica. Mathieu, *Isocrate...*, IV, pág. 23, n. 1, cree ver aquí una referencia a Timoteo y Arquidamo, en quienes durante cierto tiempo pensó Isócrates para que fueran los ejecutores del proyecto.

15 van a contar. Veía también que tú eras el único que
tenías un completo poder concedido por la fortuna
para enviar embajadores a los lugares que quisieras y
recibirlos de quienes te pareciera, de decir lo que con-
sideraras provechoso, y que, además, habías adquirido
riqueza y poderío como ningún otro griego, únicas cosas
reales capaces de convencer y obligar. Creo que ellas
16 son también necesarias para lo que voy a decir. Quiero
aconsejarte, en efecto, que tomes a tu cargo la concor-
dia de los griegos[13] y la expedición militar contra los
bárbaros. Para los griegos es conveniente persuadirse,
y útil el atacar a los bárbaros. Tal es la aspiración de
todo mi discurso.

17 No vacilaré en exponerte detalladamente los moti-
vos por los que se molestaron algunos de mis discípulos.
Creo, en efecto, que será algo provechoso. Porque, des-
pués de aclararles yo que deseo enviarte un discurso
no para hacer un alarde retórico ni para alabar las
guerras que has llevado a cabo, cosa que otros harán,
sino para intentar dirigir tu atención a hazañas más
apropiadas, hermosas y útiles que las que ahora estás
18 emprendiendo, tuvieron tanto miedo de que me hubiera
puesto fuera de mí debido a la vejez, que se atrevieron
a increparme, cosa que nunca antes solían hacer. De-
cían que intentaba empresas extravagantes y muy in-
sensatas: «Quieres enviar a Filipo un discurso para
aconsejarle, a Filipo, que si antes pensaba ser inferior
a alguno en inteligencia, ahora por la magnitud de sus
éxitos es imposible que no crea que puede deliberar
19 mejor que los demás. Además, tiene a su lado a los
macedonios más diligentes, que, como es natural, aun-
que sean inexpertos en otras cosas, conocen mejor

---

13 Bringmann, *Studien...*, señala que la concordia (*homónoia*) entre estados es análoga a la concordia entre los ciudadanos.

que tú lo que conviene a Filipo. También verías que muchos de los griegos que viven allí no son hombres despreciables ni insensatos[14], antes bien, si Filipo consultara con ellos, no haría menor su reino sino que conseguiría cosas dignas de envanecimiento. ¿Qué le falta 20
pues? ¿Acaso no ha conseguido que los tesalios, antiguos dominadores de Macedonia, se comporten con él tan amigablemente que cada uno de ellos confía más en Filipo que en sus conciudadanos? ¿No ha adherido a su alianza a las ciudades de aquel territorio que se portaron bien con él, y, en cambio, devastó las que le molestaron mucho?[15]. ¿No sometió a los magnetos, 21
perrebos y peonios, y a todos, él solo, los hizo súbditos suyos? ¿No ha sido dueño y señor de la mayoría de los ilirios, salvo de los que viven junto al Adriático? ¿No estableció como señores de toda Tracia a quienes quiso? Y si ha realizado tantas y tan importantes hazañas, ¿no crees que acusará de gran insensatez al que le envió un libro y que pensará que este individuo se engaña mucho en lo que se refiere al poder de sus discursos y a su propia inteligencia?». Cómo, tras oír 22
esto, me puse al principio fuera de mí y cómo, de nuevo, me recobré y respondí a cada uno de estos argumentos lo dejaré de lado para no dar a algunos la impresión de que me recreo por haberles replicado con suficiencia. Cuando reprendí con mesura, según me parece, a quienes se atrevieron a increparme, terminé por prometerles que el discurso sólo se lo mostraría a los ciudadanos y que no haría ninguna otra cosa a este respecto en contra de su opinión. Se fueron después 23

---

14 Pitón de Bizancio, Eumenes de Cardia y más tarde Aristóteles.

15 En el año 352 a. C. Filipo inicia una segunda fase de la expansión de Macedonia; Filipo ataca Tracia primero, luego la Calcídica, donde toma Estagira, patria de Aristóteles, el año 350 a. C., y Olinto el 348, quedando destruidas ambas ciudades.

de oír mis palabras, no sé con qué intenciones. Pero no muchos días después, ya terminado el discurso, y una vez se lo hube mostrado, cambiaron tanto que se avergonzaban de su atrevimiento, se arrepentían de todas sus palabras, reconocían que nunca habían cometido un error tan grande, se esforzaban más que yo en que este discurso te fuera enviado y manifestaban la esperanza de que no sólo me agradeceríais mis palabras tú y la ciudad, sino todos los griegos.

24 Te he relatado esto para que, si algo de lo que se dice al principio te parece increíble, imposible, o inconveniente para ti, no te enojes y rechaces lo que queda, y que no te ocurra lo mismo que a mis discípulos, sino que lo soportes con tranquilidad, hasta oír la totalidad de los argumentos. Creo, en efecto, que diré
25 algo que precisas y te conviene. Ciertamente no se me ha pasado por alto cuánto se diferencian en su poder de convicción los discursos que se pronuncian de los que se leen, ni que todos han entendido que los primeros se dicen cuando se trata de asuntos serios y apremiantes y los segundos se escriben para hacer una
26 demostración y como ejercicio personal. Y no es ilógica su opinión. Pues cuando el discurso queda privado de la fama del orador, de su voz y de las variaciones que se producen en las declamaciones, así como de la oportunidad y del esfuerzo de su ejecución, cuando nada hay que coopere y ayude a convencer, sino que queda abandonado y desnudo de todo lo antedicho, y uno lo lee sin convicción y sin imprimirle carácter,
27 como si contase números, entonces es lógico, según creo, que ese discurso parezca malo a los oyentes. Eso es lo que más perjudicaría y daría peor fama a quien ahora lo presenta. Porque no hemos adornado el estilo de este discurso con las buenas cadencias y variedades de estilo que yo mismo de más joven utilicé y enseñé a otros, para que hicieran sus discursos más

gratos y también más convincentes. Nada de esto pue- 28
do hacer ya a causa de mi edad, sino que me basta si puedo explicar los simples hechos. Creo que también a ti te conviene olvidarte de todo lo demás y prestar atención sólo a ellos. Así observarías con la mayor exactitud y perfección lo que pudiéramos decir;
si suprimieras las molestias que causan los sofistas y 29
los discursos leídos, y recordando cada uno de ellos los examinases en tu pensamiento, sin considerarlo como accesorio ni con indiferencia, sino con reflexión y filosofía, actividad de la que también tu tienes parte, según dicen[16]. Pues al examinarlos así, deliberarías sobre ellos mejor que si contaras con la opinión de
muchos. Esto es lo que quería advertirte. Pero voy a 30
hablar ya de los hechos en cuestión. Sostengo que te es necesario, sin descuidar ningún asunto tuyo particular, que intentes reconciliarte a la ciudad de los argivos, a la de los lacedemonios, a la de los tebanos y a la nuestra. Si pudieras unirlas[17], sin dificultad lograrías
que las demás tuvieran el mismo parecer. Pues todas 31
las demás están sometidas a las ciudades referidas y, cuando tienen miedo, se refugian y reciben ayuda de cualquiera de ellas. Por eso, si convences a sólo cuatro ciudades a ser benevolentes, librarás también a las demás de muchos males.

Te darías cuenta de que no te conviene menospre- 32
ciar a ninguna de estas ciudades, si te remontaras a sus actuaciones con tus antepasados. Descubrirás, en efecto, que cada una os ha dado mucha amistad y los más grandes beneficios. Argos es la patria de tus ante-

---

16 Elogios de Isócrates a la educación de Filipo (HEILBRUNN, «Isocrates»..., pág. 162, n. 31.

17 G. DOBESCH, *Der panhellenische Gedanke im 4. Jahrhundert vor Chr. und der «Philippos» des Isokrates*, Viena, 1968, página 133, destaca que aquí se habla claramente de armonía entre ciudades y ya no dentro de Atenas.

pasados[18] y es justo que tengas con ella el mismo cuidado que con tus mayores. Los tebanos honran el fundador de vuestro linaje con más procesiones y sacrifi-
33 cios que a los demás dioses[19], y, a los descendientes de aquél los lacedemonios les han concedido para siempre la realeza y el poder[20]. Y aquellos en quienes confiamos para los asuntos antiguos dicen que nuestra ciudad contribuyó a la inmortalidad de Heracles —de qué manera, lo puedes averiguar fácilmente, pero no es oportuno que yo lo diga ahora— y a la salvación
34 de sus hijos. Pues nuestra ciudad fue la única que se expuso a los mayores peligros ante el poder de Euristeo[21] e hizo cesar su grandísima insolencia y libró a las hijos de Heracles del miedo que siempre les acompañaba. Por estos hechos nos deben tener agradecimiento no sólo los salvados entonces, sino también los que ahora existen. Porque gracias a nosotros viven y gozan de sus bienes. En cambio, si no se hubieran salvado sus antepasados, ni siquiera vivirían.

35 Cuando todas las ciudades han realizado actos así, no te conviene tener nunca desavenencias con ninguna de ellas. Pero todos hemos nacido con más disposición para equivocarnos que para acertar. Por eso es justo considerar lo que ha ocurrido anteriormente como responsabilidades comunes, y debe vigilarse para el futuro que no ocurra algo semejante y examinar qué bien puedes hacer a las ciudades para demostrar que has

---

18 Heródoto, VIII 137, nos dice que Pérdicas I, fundador de la dinastía argiva en Macedonia, era descendiente del héroe argivo Temeno (G. Norlin, *Isocrates*..., I, pág. 264, n. a); para Mathieu, *Isocrate*..., IV, pág. 27, n. 1, esta tradición se apoya en una identificación del Argos peloponesio y del Argos de Orestides, en Macedonia.

19 Las fiestas en honor de Heracles en Tebas eran muy famosas (Jenof., *Hel.* VI 4, 7).

20 Cf. *Panegírico* 62.

21 Cf. *Arquidamo* 42, y *Panegírico* 56, 58, 59 y 65.

hecho cosas dignas de ti y de lo que aquéllas realizaron. Y ahora tienes una ocasión. Pues cuando les des el 36 agradecimiento que debes, creerán, debido al largo tiempo transcurrido, que eres el primero en hacer beneficios. Y es una cosa hermosa dar la impresión de que haces bien a las grandes ciudades, lo que te ayuda a ti no menos que a aquéllas. Aparte de esto, si has tenido 37 algún disgusto con algunas, todo eso lo terminarás. Porque en las circunstancias presentes los beneficios hacen olvidar los mutuos errores pasados. Y es manifiesto que todos los hombres tienen el mejor recuerdo de quienes les trataron bien en las desgracias. Ves 38 cómo han sufrido a causa de la guerra y cómo se parecen a los que pelean en combate singular. Nadie podría separarlos cuando su odio aumenta, pero cuando mutuamente se maltrataron, ellos mismos se alejaron sin que nadie los separara. Eso es lo que creo que harán, si tú antes no te preocupas de ellas.

Quizá alguien se atrevería a oponerse a mis palabras, 39 diciendo que intento persuadirte a unas acciones imposibles. Pues nunca los argivos fueron amigos de los lacedemonios, ni los lacedemonios de los tebanos ni, en general, quienes están acostumbrados desde siempre a dominar, nunca tendrán los mismos derechos entre sí[22]. Pero yo creo que cuando nuestra ciudad 40 gobernaba a los griegos y luego otra vez la de los lacedemonios, nada progresó, porque fácilmente cada una de ellas fue obstáculo para cualquier tentativa. Ahora, en cambio, no pienso lo mismo. Sé que todas son igualadas por las desgracias y por eso creo que ellas preferirán las ventajas de la concordia a las ambiciones

---

[22] Distinción entre «dominio» (*pleonexía*) e «igualdad de derechos» (*isomoría*). La democracia representa la igualdad de derechos, la oligarquía en cambio, el dominio (BRINGMANN, *Studien...*, pág. 24); Cf. También TUC., VI 39, 1 sigs.

41 de sus anteriores actuaciones[23]. Además, reconozco que ningún otro podría reconciliar a estas ciudades, cosa que a ti no te es difícil. Veo, en efecto, que tú has realizado muchas cosas que a otros parecen inesperadas e increíbles, de manera que no sería extraño que sólo tú pudieras unirlas. Es preciso que quienes destacan y sobresalen no intenten cosas semejantes a las que cualquiera conseguiría, sino aquellas que ningún otro podría intentar, a no ser quienes poseen unas dotes naturales y un poder semejante a ti.

42 Me causan admiración quienes piensan que es imposible realizar nada de esto, como si ellos mismos no supieran o no hubieran oído de otros que se han producido muchas y terribles guerras, y que quienes las hicieron cesar fueron los responsables de enormes bienes mutuos. ¿Qué enemistad puede superar a la que los griegos sintieron por Jerjes? Sin embargo, todos saben que nosotros y los lacedemonios preferimos su amistad[24] a la de quienes nos ayudaron a preparar el
43 imperio de cada uno de nosotros. ¿Para qué hablar de cosas antiguas y que se refieren a los bárbaros? Si alguien reuniera y examinase las desgracias de los griegos, descubriría que no son ni una parte de las que nos han sucedido por causa de los tebanos y lacedemonios. No fue lo menos cuando, al hacer los lacedemonios una expedición contra los tebanos con el deseo de causar daño a Beocia y dividir las ciudades[25], nosotros ayudamos a los tebanos y estorbamos los deseos
44 de aquéllos. Y de nuevo cuando cambió la suerte y

---

[23] Lo que Isócrates intentó en el *Panegírico*, reconciliar a Atenas y Esparta, ha sido imposible. Por eso recurre ahora a la intervención de un rey extranjero (Heilbrunn, «Isocrates...», págs. 154 y 155).

[24] Referencia a la paz de Antálcidas.

[25] Se refiere a la expedición de Agesilao durante el año 378 a. C.

los tebanos y todos los peloponesios intentaron des-
truir Esparta, nosotros fuimos los únicos griegos que
nos aliamos con los lacedemonios y ayudamos a su
salvación. Sería un completo insensato quien al ver que 45
se producen cambios semejantes y que las ciudades no
piensan ni en enemistad ni en juramento ni en otra
cosa a no ser en lo que según su opinión les puede
ayudar, y que sólo con esto se contentan y ponen en
ello todo su empeño, no creyera que ellas piensan
ahora lo mismo, sobre todo si tú estás al cuidado de
su reconciliación, si su interés les convence y les obli-
gan sus males actuales. Yo creo que esto te ayudará a
que todo resulte convenientemente.

Considero que como mejor comprenderás si las 46
ciudades tienen entre sí intenciones pacíficas o belico-
sas es si explicáramos de modo no muy resumido ni
tampoco con excesivo detalle los asuntos más impor-
tantes de su actual situación, y empezáramos por la de
los lacedemonios.

Los lacedemonios, señores de los griegos hasta no 47
hace mucho tiempo, por tierra y por mar, han cambia-
do tanto después que fueron vencidos en Leuctra[26],
que quedaron privados de su dominio sobre los grie-
gos y perdieron hombres que prefirieron estar muertos
antes que vivir sometidos a quienes antes mandaban.
Además de esto, vieron que todos los peloponesios[27] 48
que antes les acompañaban contra otros, atacaban su
tierra en compañía de los tebanos. Contra ellos se vie-

---

[26] La impresión causada por la derrota espartana en Leuctra (371 a. C.) fue enorme en toda Grecia; los admiradores del régimen político espartano, como Platón, Jenofonte, Aristóteles e Isócrates, la explicaron diciendo que Esparta no supo usar sabiamente su poder (Jaeger, *Paideia...*, pág. 897).

[27] Acompañaron al tebano Epaminondas los argivos, mesenios, tegeatas, megalopolitas, aseatas y palantieos; no fueron, por tanto, todos los peloponesios (Jenof., *Hel.* VII 5, 5).

ron obligados a correr tan gran peligro no en la tierra para defender los frutos sino en medio de la ciudad ante los mismos magistrados por sus hijos y mujeres, que habrían estado a punto de perecer si no hubieran
49 tenido éxito. Pero, aunque vencieron, no cesaron sus males, sino que son atacados por sus vecinos, abandonados por todos los peloponesios, odiados por la mayoría de los griegos. También les saquean día y noche sus propios servidores [28] y no pasa un día sin que hagan una expedición contra algunos o luchen contra otros o
50 ayuden a quienes de entre ellos pasan apuros. Y el mayor de sus males es lo siguiente: viven con el temor de que los tebanos, tras reconciliarse con los focenses [29], de nuevo marchen tierra adentro y les lancen a mayores desgracias de las que antes tuvieron. ¿Cómo no creer que quienes están en semejante situación no verán con gusto una paz impuesta por un hombre digno y que puede acabar con las guerras que sufren?

51 En cuanto a los argivos, verías que se encuentran en una circunstancia parecida a la que se ha dicho o aún peor. Porque desde que habitan su ciudad, están en guerra con sus vecinos, como los lacedemonios, pero con la diferencia de que aquéllos luchan contra pueblos más débiles que ellos, mientras que los argivos lo hacen contra pueblos más poderosos [30]. Todos reconocerían que éste es el mayor de los males. Tan mal les va en la guerra que falta poco para que cada año vean con impotencia su tierra destruida y saqueada.
52 Y lo peor de todo: cuando sus enemigos dejan de hacerles daño, ellos mismos matan a sus conciudadanos

---

[28] Los hilotas, piensa G. Norlin, *Isocrates...*, I, pág. 275, n. e; según Mathieu, *Les idées...*, pág. 31, n. 5, se trata de los mesenios, liberados por Epaminondas.

[29] Tebas fue el principal enemigo de los focenses en la Guerra Sagrada (356-346 a. C.).

[30] Contra los espartanos precisamente.

más ilustres y ricos[31], y, al hacerlo, disfrutan tanto como ningún otro pueblo al matar a sus enemigos. La causa de que vivan con este desorden no es otra que la guerra. Si tú acabaras con ella, no sólo les librarías de esto sino que también conseguirías que tomaran mejores resoluciones sobre otros asuntos.

Tampoco ignoras cómo están las cosas de los teba- 53
nos. Después de haber vencido en un glorioso combate y haber ganado con él un enorme prestigio[32], por no haber utilizado bien estos éxitos, no se encuentran mejor que quienes fueron vencidos y tuvieron mala suerte. Pues no terminaron de vencer a sus enemigos cuando, despreocupados de todo, molestaban a las ciudades del Peloponeso, se atrevían a esclavizar Tesalia, amenazaban a sus vecinos los megarenses, quitaban a nuestra ciudad una parte de su territorio, saqueaban Eubea, enviaban trirremes a Bizancio para mandar por tierra
y por mar[33]. Finalmente llevaron la guerra a los focen- 54
ses como si fueran a conquistar en breve tiempo sus ciudades, a apoderarse de todo el territorio circun-

---

31 Según DIODORO, XV 57, 58, el año 370 a. C. fueron asesinados en Argos un gran número de ciudadanos. Durante esta época la inestabilidad política en el Peloponeso entre oligarquías y democracias, o mejor entre pro-espartanos y pro-atenienses, fue absolutamente general.

32 La batalla de Leuctra.

33 A finales del año 370 a. C. el tebano Epaminondas invade el Peloponeso, respondiendo a una llamada de los arcadios, en guerra con Esparta. Epaminondas llegó hasta los suburbios de Esparta, que se salvó gracias a Agesilao, pero perdió Mesenia, estado independiente el año 369 a. C. Epaminondas realizó otras dos invasiones (año 369 y 367 a. C.) sin resultados importantes; sin embargo, el año 364, en una única expedición marítima, los tebanos consiguieron apartar de la alianza con Atenas a Bizancio, Quíos y Rodas. La última expedición tebana contra el Peloponeso terminó el año 362 a. C. con la batalla de Mantinea, sin que ni los beocios ni la coalición espartanos —mantineos, lograran un resultado cierto.

dante y a aventajar las riquezas de Delfos con sus propios recursos. Pero nada de esto les sucedió, sino que, en lugar de conquistar las ciudades de los focenses, han perdido las suyas propias[34], y, al atacar la tierra enemiga, hicieron menos daño del que sufrieron
55 cuando los enemigos vinieron contra la suya. Pues en Focea matan a algunos mercenarios para quienes es más ventajoso morir que vivir, pero al retirarse pierden a sus hombres más prestigiosos y más dispuestos a morir por su patria. Pero su situación sufrió tal revés que, después de esperar que todos los griegos estuvieran bajo su dominio, ahora tienen puesta en ti sus esperanzas de salvación. Por eso creo que rápidamente harán lo que tú les ordenes y aconsejes.

56 Nos quedaría hablar aún sobre nuestra ciudad si no hubiera sido más sensata que las demás al hacer la paz la primera. Ahora creo que ella te ayudará en lo que hagas, sobre todo si pudiera tener conciencia de que organizas esto como preparación a la expedición contra los bárbaros.

57 Creo que por lo dicho te resultará evidente que no te es imposible coaligar a estas ciudades. Pues bien, que lo harás aún más fácilmente, pienso explicártelo con muchos ejemplos. Porque si se viera que algunos de los antecesores no intentaron acciones más hermosas ni más sagradas que las que hemos aconsejado, pero realizaron cosas mayores y más difíciles que éstas, ¿qué argumento les quedará a quienes objetan que tú harás lo fácil en más tiempo que aquéllos lo difícil?[35].

58 Examina en primer lugar la actividad de Alcibíades[36]. Cuando él fue desterrado de entre nosotros, veía

34 Orcómeno, Coronea y Corsia.
35 Elogio encendido de las cualidades militares de Filipo.
36 Es una crítica, suave desde luego, de Alcibíades.

que quienes habían sufrido la misma desgracia antes que él estaban abatidos debido al poder de la ciudad. Sin embargo no tuvo la misma manera de pensar que aquéllos, sino que, por creer que debía intentar volver a la fuerza, decidió hacer la guerra a la ciudad. Si al- 59
guien intentase contar uno por uno todos los sucesos de entonces no podría hacerlo con exactitud, y quizá molestaría en la situación presente. Pero Alcibíades llevó tanto desorden no sólo a la ciudad, sino a los lacedemonios y a los demás griegos, que nosotros sufrimos lo que todos saben y los demás cayeron en males tan grandes que ni siquiera ahora han desaparecido 60
las desgracias que por aquella guerra ocurrieron en las ciudades. Los lacedemonios, que entonces tenían fama de afortunados, se encuentran en su actual calamidad por culpa de Alcibíades. Porque, persuadidos por él, desearon el dominio del mar, y perdieron su hegemonía terrestre, de forma que no podría demostrarse que 61
miente quien diga que el comienzo de los presentes males de los lacedemonios fue cuando lograban el dominio del mar[37]. Alcibíades, tras causar males tan grandes, regresó a la ciudad con un gran prestigio, pero sin contar con el aplauso de todos. Conón, no muchos años después[38], hizo todo lo contrario. Pues, vencido 62
en el combate naval del Helesponto[39] no por su culpa sino por la de sus colegas, sintió vergüenza de volver a la patria y navegó a Chipre donde pasó un tiempo dedicado a sus asuntos[40]. Pero al enterarse de que Agesi-

---

37 El mismo juego de palabras con los dos significados de *archê* («dominio» y «principio») se encuentra en *Panegírico* 119, y *Sobre la paz* 101.

38 Las hazañas de Conón se enumeran en *Panegírico* 142 y siguientes.

39 Egospótamos.

40 Cf. *Evágoras* 52 y sigs.

lao había pasado a Asia con fuerzas importantes y de que saqueaba el territorio, tuvo tanto atrevimiento
63 que, sin tener otro recurso que su persona y su inteligencia, esperó abatir a los lacedemonios, señores entonces de los griegos por tierra y mar, y envió embajadores a los generales del rey persa prometiendo que lo haría. ¿Para qué hablar más? Fue reunida una flota cerca de Rodas para Conón y, tras vencer a los lacedemonios en combate naval[41], les expulsó de su dominio,
64 liberó a los griegos y no sólo restauró las murallas de su patria sino que devolvió a la ciudad la misma gloria de la que había caído. ¿Quién pudo suponer que un hombre tan abatido daría la vuelta a los asuntos de Grecia, deshonraría a unas ciudades griegas y a otras las haría predominar?

65 Dionisio[42] —quiero convencerte con muchos argumentos de que es fácil la empresa a la que te estoy invitando—, que era entre los siracusanos un individuo insignificante por su nacimiento, su fama y todo lo demás, deseó la monarquía de manera absurda y extraviada y se atrevió a hacer todo lo que le llevaría a este poder: se apoderó de Siracusa, conquistó todas las ciudades griegas de Sicilia y se rodeó de tanta fuerza terrestre y marítima como ningún hombre de los que
66 vivieron antes que él[43]. También Ciro, para que conozcamos lo que sucede entre los bárbaros, fue abandonado por su madre en un camino, y, recogido por una mujer persa, cambió tanto su situación que llegó a ser señor de toda Asia[44].

---

41 Batalla de Cnido, año 394 a. C.

42 Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa entre los años 406-367 a. C.

43 Según Diodoro, XIV 42, las fuerzas de Dionisio comprendían unas trescientas naves y unos veinte mil hombres.

44 Ciro el grande, fundador del imperio persa; cf. *Evágoras* 31; sobre la leyenda de su exposición véase Heródoto, I 108 y 112.

Por eso, si Alcibíades, un desterrado, Conón, en pleno infortunio, Dionisio, un hombre vulgar, y Ciro, que tuvo un nacimiento tan miserable, llegaron a tanto y realizaron tales hazañas, ¿cómo tú no vas a esperar organizar con facilidad todo lo que antes se ha dicho, si has nacido de tales padres, si eres rey de Macedonia y señor de tantos? 67

Mira que vale la pena intentar con afán estas empresas porque, si triunfas en ellas, adquirirás un prestigio comparable a los primeros, y, si fracasas en tus esperanzas, al menos conseguirás el afecto de los griegos, adquisición mucho más hermosa que conquistar por la fuerza ciudades griegas [45]. Pues tales acciones producen odio, enemistad y muchas maldiciones, mientras que a las que nosotros hemos aconsejado nada de esto les corresponde. Si algún dios te dejara elegir aquello en cuya ocupación y cuidado desearías pasar tu vida, no escogerías ninguna otra mejor que ésta, si atendieras mis consejos. Pues no sólo serías envidiado por los demás sino que tú mismo te felicitarías. Porque, ¿quién podría esperar tanta felicidad cuando lleguen como embajadores ante tu reino los más ilustres de las ciudades más importantes y deliberes con ellos sobre la salvación común, que será tarea tuya más que de ningún otro? [46]. ¿Y cuando sepas que toda Grecia es próspera gracias a tus consejos, que nadie tiene en menos tus decisiones, sino que unos preguntan cómo están las cosas, otros suplican que no fallen tus planes, y otros desean que no te ocurra nada antes de que finalices tus hazañas? Si las cosas están así, ¿cómo no vas a estar lógica- 68 69 70 71

[45] La misma idea aparece en su *Carta a Filipo*.

[46] MATHIEU, *Les idées...*, pág. 213, destaca que este ideal de Isócrates se cumplirá en la liga de Corinto, dirigida por un consejo (*synédrion*) de delegados de las ciudades griegas; podía ser una imitación del *synédrion* de la segunda confederación ateniense.

mente orgulloso? ¿Cómo no pasarás una vida muy alegre al ver que te has hecho guía de empresas tan importantes? ¿Qué hombre medianamente inteligente no te animaría a alegir unas actividades que pueden reportarte un doble fruto, placeres extraordinarios y honores imborrables?

72 Me bastaría lo que ya he dicho sobre estos temas si no hubiera descuidado un argumento, no por olvido sino por no atreverme a decirlo, aunque me parece que lo voy a aclarar ahora. Pues creo que te conviene oírlo y a mí también me viene bien hablarte con la franqueza que acostumbro.

73 Sé que eres difamado por los que te odian, gente que también acostumbra a sembrar el desorden en sus propias ciudades, que piensa que es una guerra contra sus intereses particulares una paz común para los demás. Ellos, despreocupándose de todo lo demás, dicen que tu poderío se incrementa en provecho propio y no para defensa de Grecia, que tú conspiras contra
74 todos nosotros desde hace mucho tiempo[47], que de palabra estás dispuestos a socorrer a los mesenios[48] cuando administras los asuntos de los focenses, pero, de hecho, pones al Peloponeso bajo tu dominio. Dicen que te pertenecen los tesalios, los tebanos, y que están dispuestos a seguirte todos los que participan de la Anfictionía[49], que los argivos, los mesenios, los megalopolitas y otros muchos también están decididos a lu-

---

[47] Como caudillo y árbitro, Filipo no debe violar la autonomía de las ciudades griegas (cf. Dobesch, *Der panhellenische...*, págs. 97 y 102 sigs.). La acusación sin duda venía de Demóstenes.

[48] Pausanias, IV 28, 2, nos dice que los mesenios tenían alianza con Filipo durante su guerra contra Esparta.

[49] La Anfictionía era una federación de ciudades griegas bajo la protección del oráculo de Delfos. En ella fue admitido Filipo el año 346 a. C.

char a tu lado y a destruir a los lacedemonios. Que,
si hicieras esto, fácilmente dominarías a los demás
griegos. Al decir esto a tontas y a locas, sostener que 75
lo saben con exactitud y revolver rápidamente todo
con su palabra, convencen a muchos, sobre todo a
quienes desean las mismas desgracias que los oradores
y también a quienes no razonan para defender los
asuntos comunes, sino que están completamente em-
botados y muestran mucho agradecimiento a quienes
fingen recelar y temer por ellos. Convencen incluso a
quienes no rechazan la impresión de que conspiras
contra los griegos, sino que consideran esta acusación
como algo deseable. Y éstos están tan lejos de ser in- 76
teligentes que no saben que, utilizando palabras idén-
ticas, cualquiera dañaría a unos y beneficiaría a otros.
Es como si ahora alguien dijera que el rey de Asia
conspira contra los griegos y prepara una expedición
contra nosotros, y no diría con esto nada malo de él,
sino que conseguiría que pareciera más enérgico y
estimable. Pero si esta inculpación se le hiciera a uno
de los descendientes de Heracles, que fue el benefactor
de toda Grecia, le causaría el mayor deshonor. Porque 77
¿quién no se indignaría y tendría odio si se viera que
conspira contra los mismos por quienes su antecesor
decidió correr peligros, que no intenta conservar el
afecto que aquél dejó a sus descendientes y que, des-
preocupándose de esto, desea cosas censurables y mal-
vadas?

Es necesario que al reflexionar sobre esto no veas 78
con indiferencia este rumor que crece alrededor de ti,
rumor que los enemigos desean atribuirte, y ninguno
de tus amigos se atrevería a contradecir para defen-
derte. Y en lo que te conviene podrías ver muy bien la
verdad en las opiniones de ambos.

Quizá piensas que es una mezquindad inquietarse 79
por los difamadores, los frívolos y los persuadidos por

éstos, sobre todo cuando sabes muy bien que no has cometido un error. Pero no hay que despreciar a la masa ni valorar en poco el estar bien considerado por todos, sino que debes de pensar que tendrás un prestigio bueno y grande, conveniente para ti, tus antepasa-
80 dos y vuestras empresas, cuando pongas a los griegos en la misma situación que ves que los lacedemonios tienen con sus reyes y tus camaradas contigo. No es difícil que esto suceda si quisieras ser sociable con todos y dejaras de tratar amistosamente a unas ciudades y a otras con hostilidad, y, además, si te decidieras a ejecutar empresas que te harán merecer la confianza de los griegos y el temor de los bárbaros.

81 Y no te admires de que, igual que escribí a Dionisio cuando logró la tiranía, te haya hablado con más audacia que otros sin ser general ni orador ni gobernante. Pues yo fui el más inepto de todos los ciudadanos en lo que se refiere al gobierno. Porque no tuve voz suficiente ni el atrevimiento que permite tratar con la muchedumbre, insultar y vituperar a quienes van y
82 vienen por la tribuna. Pero la inteligencia y la buena educación, aunque alguno dirá que este argumento es más vulgar, las disputo y me pondría a mí mismo en comparación con los más aventajados, no con los peores. Por eso intento aconsejar en la forma que me es propia y puedo, a la ciudad, a los griegos y a los hombres más renombrados[50].

83 Acabas de oír lo que me atañe y lo que debes hacer con los griegos. En lo que se refiere a la expedición militar hacia Asia, aconsejaremos a las ciudades que,

---

[50] Isócrates puede aconsejar a Filipo por la fuerza que le da su educación e inteligencia, aunque tenga deficiencias en política y ciencia militar. Este pasaje marca la transición entre los dos temas: Filipo pacificador de Grecia y Filipo caudillo de la guerra contra Persia (Heilbrunn, «Isocrates...», págs. 155 y 163). La *phýsis* y la *dýnamis* derivan de la *paideía*.

según dije, debes reconciliar, cómo deben hacer la guerra a los bárbaros[51], cuando veamos que están concordes, pero ahora te hablaré a ti en particular aunque no con la misma intención que tenía en aquella edad cuando escribí sobre este mismo tema. Porque enton- 84
ces aconsejaba a mis oyentes que se rieran de mí y me despreciaran si se veía que mi discurso era indigno del tema, de mi renombre y del tiempo que había empleado en escribirlo. Ahora, en cambio, temo hablar de manera muy inferior a todos mis discursos anteriores. Pues, entre otros, el discurso llamado «Panegírico», que hizo más diestros a otros que se dedican a la filosofía me ha ocasionado un gran apuro. Porque ni quiero repetir lo que quedó escrito en aquél ni puedo ya buscar nuevas expresiones. Pero no hay que aban- 85
donar, sino decir sobre el tema que elegí lo que pueda encontrarse y ayudar para persuadirte a ejecutar estas cosas. Si descuido algo y no puedo escribir de la misma forma que en mis obras publicadas anteriormente, creo al menos que esbozaré con gracia para quienes puedan acabar la obra y esforzarse en ella.

Creo que el comienzo del conjunto del discurso lo 86
he hecho como conviene a quienes aconsejan marchar en expedición contra Asia. Porque no se debe actuar si antes no se consigue que los griegos cooperen o que muestren muy buena disposición para estas empresas[52]. Agesilao, que parecía el más sensato de los lacedemonios, menospreció esto, no por maldad sino por ambición[53]. Pues tuvo dos deseos, ambos hermosos, pero 87

---

[51] Este será el tema que Isócrates tratará en el *Panatenaico*.

[52] Heilbrunn, «Isocrates...», pág. 156, señala que el argumento pacifista, expuesto en *Sobre la paz* 136-141, y el pro-bélico del *Panegírico* se conectan con la condición previa de que Filipo dirija las fuerzas griegas y la colonización junto con la guerra.

[53] Esta crítica a Agesilao vuelve a aparecer en su *Carta a Arquidamo*.

no ajustados entre sí e imposibles de realizarse simultáneamente. Había determinado hacer la guerra al rey y devolver a sus camaradas a sus ciudades y hacerles señores de ellas. Ocurrió que por su actividad en defensa de sus camaradas puso a los griegos en males y peligros, y que, debido al desorden producido aquí, no tuvo descanso ni pudo pelear contra los bárbaros.
88 De forma que por las equivocaciones de aquella época es fácil comprender que quienes deliberan correctamente no deben llevar la guerra contra el rey antes de reconciliar a los griegos y de hacer cesar la locura en la que están sumidos. Esto es lo que te hemos aconsejado.

89 Sobre esta cuestión ninguna persona inteligente se atrevería a contradecirme, pero creo que si a algunos les diera por aconsejar sobre la expedición a Asia, exhortarían diciendo que cuantos intentaron guerrear contra el rey pasaron todos de desconocidos a ilustres, de pobres a ricos, de modestos a señores de muchas
90 tierras y ciudades. Yo no te voy a animar con cosas así, sino con quienes parece que tuvieron mala suerte, me refiero a los que hicieron la expedición militar con Ciro y Clearco[54]. Está reconocido que aquellos obtuvieron tal victoria al luchar contra toda la fuerza del rey como si hubieran atacado a sus mujeres y que, cuando parecía que ya eran dueños de los asuntos, fracasaron por causa de la precipitación de Ciro. Pues por estar muy alegre y alejarse mucho de los demás, se encon-
91 tró en medio de los enemigos y pereció. Pero, a pesar de que ocurrió tal desgracia, tanto despreciaba el rey a la fuerza militar que le rodeaba que invitó a Clearco y a los demás generales a una conferencia y prometió darle grandes dádivas y enviar a los demás soldados la

---

[54] Referencia a la expedición de los diez mil; cf. Jenof., *Anábasis*; el mismo tema aparecía en *Panegírico* 145-149.

paga completa y, engañándolos con tales esperanzas y las garantías que allí se consideran más grandes, los mató tras reunirlos y prefirió pecar contra los dioses antes que atacar a unos soldados que estaban tan indefensos. ¿Qué exhortación podría haber más hermosa 92
y fiable que ésta? Pues se ve que aquéllos habrían dominado el imperio del rey de no ser por Ciro. No es difícil que tú evites la desgracia que entonces se produjo y que prepares con facilidad una fuerza militar mucho más poderosa que aquella que venció al ejército del rey. Y si existen estas dos cosas, ¿cómo no va a haber que confiar al hacer esta expedición?

Nadie sospeche que quiero ocultar que he mostra- 93
do algunos argumentos de la misma manera que antes. Pues, tras detenerme en las mismas ideas, decidí no pasar trabajos para procurar decir de otro modo lo que ya había aclarado bien. Porque si hiciera un discurso de aparato, intentaría evitar todo esto, pero, 94
como te estoy aconsejando, sería necio si consumiera más tiempo en el estilo que en los temas, sobre todo si al ver a otros usar mis obras yo fuera el único que me abstuviera de emplear esas palabras mías anteriores[55]. Quizá usaría mis argumentos si la situación fuera muy apremiante y conveniente, pero no aceptaría los ajenos como tampoco hice en el pasado[56].

Así son las cosas. Pero me parece que tras esto hay 95
que hablar sobre los preparativos que tú tendrás y sobre los que tuvieron quienes fueron con Ciro. Lo más importante es que tendrás a los griegos bien dispuestos si quisieras perseverar en lo que hemos dicho sobre

---

[55] Prácticamente Isócrates dice lo mismo en *Sobre el cambio de fortunas* 74.

[56] Mathieu, *Isocrate*..., IV, pág. 44, n. 1, cree que con estas palabras Isócrates quiere contestar a quienes buscaban el origen de sus ideas políticas en los *Discursos Olímpicos* de Gorgias y Lisias.

ellos, mientras que aquéllos contaban con su mayor aborrecimiento, debido a las decarquías establecidas por los lacedemonios. Los griegos creían que si Ciro y Clearco tenían éxito, los esclavizarían más aún, pero que si el rey triunfaba, cesarían sus males de entonces.
96 Y esto es lo que les ocurrió. En cuanto a soldados, tú reclutarás tantos voluntarios como quieras. Pues las cosas de Grecia están en tal situación que es fácil reunir un ejército más numeroso y fuerte con vagabundos que con ciudadanos. En aquellos tiempos no había un cuerpo de tropas mercenarias y por eso, al verse obligados a reclutar gente de las ciudades, gastaban más en regalos para los reclutadores que en la
97 paga de los soldados[57]. Y si quisiéramos examinar en detalle y compararte a ti, que vas ahora a dirigir la expedición y a tener poder decisorio sobre todo, con Clearco, el que estuvo al frente de aquella acción, encontraremos que aquél nunca antes dirigió un ejército naval ni terrestre y si se hizo famoso fue por el desas-
98 tre que sufrió en el continente. Tú, en cambio, has realizado tan grandes cosas que sería hermoso descubrirlas si dirigiera mis palabras a otros, pero como te hablo a ti, daría con justicia la impresión de ser necio e indiscreto si te contara tus propias hazañas.

99 Merece la pena acordarse de ambos reyes, de éste contra el que te aconsejo marchar y de aquél con quién Clearco guerreó, para que conozcas la manera de pensar y la fuerza de cada uno. El padre del rey actual venció a nuestra ciudad[58] y a la de los lacedemonios,

---

[57] Los griegos que marcharon con Clearco cobraban una soldada; es cierto que al enterarse de que aquello no era un paseo militar sino una guerra entre Ciro y Artajerjes, pidieron un aumento de paga; cf. JENOF., *Anáb.* IV 11.

[58] Artajerjes II comenzó a reinar el año 405 a. C., el mismo de la derrota ateniense en Egospótamos; no pudo, por tanto, ayudar decisivamente a Esparta contra Atenas.

pero éste[59], en cambio, nunca se impuso sobre ninguna de las expediciones que destruyen su territorio. Ade- 100
más, el primero obtuvo toda Asia de los griegos mediante tratados[60], pero el segundo tan lejos está de mandar sobre otros que ni siquiera es dueño de las ciudades que se le entregaron. Por eso cualquiera dudaría si hay que pensar que el rey renunció a ellas por cobardía o son ellas las que han despreciado y desdeñado el poder bárbaro.

Al estar así la situación en el país, ¿quién, al saber- 101
lo, no se animaría a pelear contra el rey? Porque en aquel tiempo, Egipto había hecho defección, pero temían miedo de que si el rey en persona hacía una expedición se impondría a las dificultades producidas por el río y a todos sus otros preparativos. Pero ahora el rey les libró de este temor. Porque después de haber preparado la mayor fuerza militar que pudo y de marchar contra ellos, volvió de allí no sólo vencido sino ridiculizado y dando la sensación de que era indigno de reinar y de dirigir un ejército. Los territorios de 102
Chipre, Fenicia y Cilicia, y el lugar de donde obtienen la flota, eran entonces del rey, pero ahora unos hicieron defección, otros se encuentran en guerra y en tantos males que ninguno de estos pueblos le serán de utilidad, lo que te será conveniente si quieres guerrear contra él. Idrieo[61], el más rico de los reyes que hay 103
ahora en el continente, es lógico que sea más hostil con las empresas del rey que quienes le hacen la guerra. De no ser así, Idrieo sería el más criminal, si no quisiera derribar el imperio que ultrajó a su hermano, le hizo la guerra a él mismo, conspira siempre contra él y quiere hacerse dueño de su persona y de todas sus

---

[59] Artajerjes III, rey de Persia entre 359 y 339 a. C.
[60] La paz de Antálcidas.
[61] Idrieo, hermano de Mausolo, le sucedió el año 353 a. C.

104 riquezas. Como tiene miedo ahora, está obligado a servir al rey y a enviarle cada año más riquezas. Pero si tú pasaras al continente, aquél lo vería con gusto, al pensar que vienes a ayudarle, y alejarías del rey a otros muchos sátrapas si les prometieras la libertad y difundieras por Asia esta palabra, la cual, cuando se extendió a los griegos, derribó nuestro imperio y el de los lacedemonios [62].

105 Todavía intentaría aconsejarte sobre la clase de guerra con la que más rápidamente vencerías a la fuerza militar del rey. Pero temo ahora que algunos nos censuren, si me atreviera a aconsejarte a ti, que has realizado las más importantes y mayores hazañas en la guerra, yo que nunca he manejado asuntos militares. Por eso creo que no hay nada más que hablar sobre este asunto. Pero, sobre los demás, pienso que tu padre, que el fundador del reino y el primero de la dinastía, si a este último se le permitiera y los otros dos tuvieran esa posibilidad, te darían los mismos con-
106 sejos que yo. Me sirve como prueba lo que aquéllos han hecho. Tu padre tuvo buenas relaciones con todas estas ciudades que te animo a atender. El que adquirió vuestro imperio pensó más en sus conciudadanos que en su propio deseo de ser monarca, pero no pensó
107 igual que quienes tienden a ambiciones parecidas. Porque estos últimos adquirieron este honor provocando en sus propias ciudades revueltas, desórdenes y matanzas, pero aquél se despreocupó totalmente del territorio griego y buscó establecer el reino en Macedonia [63].

---

[62] En los años 337 y 302 a. C. se estipuló una exención de tributos para las ciudades griegas de Asia Menor; era la idea que aquí está exponiendo Isócrates.

[63] Filipo, como descendiente del arquetipo heroico que es Heracles puede ejercer, igual que él, un poder despótico sobre pueblos no griegos acostumbrados a ser tratados así (HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 161).

Sabía, en efecto, que los griegos no están acostumbrados a soportar las monarquías, pero que otros no pueden administrar su vida sin esta dominación. Y ocu- 108
rrió que, a causa de su singular conocimiento sobre esto, su reino resultó muy diferente de otros. Porque fue el único griego que quiso mandar sobre un pueblo de origen diferente, y el único que pudo escapar a los peligros que hay en las monarquías. Veríamos que quienes han hecho algo parecido entre los griegos, no sólo perecieron ellos mismos, sino que su propia familia desapareció de entre los hombres. En cambio aquél pasó su vida en la felicidad y dejó a su familia los mismos honores que tuvo.

Sobre Heracles los demás continúan cantando su 109
valor y enumerando sus trabajos, pero ningún poeta ni prosista ha recordado jamás sus otras cualidades espirituales[64]. Yo creo que esta oportunidad es mía y que está totalmente inexplorada, que no es tarea pequeña ni inútil sino llena de muchos elogios y de hermosas acciones, y que requiere a alguien capaz de explicarla dignamente. Si me hubiera encargado de esta tarea 110
cuando era más joven, habría demostrado con facilidad que vuestro antepasado aventajó a sus antecesores en inteligencia, honor y justicia más que en fuerza física. Pero ahora que llegué a ello y vi la cantidad de cosas que hay que decir, me reproché mis pocas fuerzas y me di cuenta de que resultaría un discurso doble al que ahora te estoy leyendo. Por estos motivos me aparté de otros temas y tomé sólo una acción que se acomodara y conviniera a mis palabras anteriores y que también fuera muy apropiada al tema actual.

---

[64] Es constante en Isócrates el empleo de la mitología para dar un motivo legendario a su idea política y justificarla; Heracles hace aquí un papel paradigmático de protector, lo mismo que ocurría con Helena en la guerra de Troya y con Agamenón en el *Panatenaico* 76 sigs.

111 Heracles[65], al ver que Grecia estaba llena de guerras, revueltas y de muchas otras calamidades, hizo cesar esto y reconcilió a las ciudades entre sí. Señaló a la posteridad con quiénes conviene hacer la guerra y contra qué enemigos. Hizo una expedición contra Troya, entonces la mayor potencia de Asia, y tanto se destacó por su estrategia de los que después hicie-
112 ron esta guerra, que estos últimos con dificultad la conquistaron en diez años contando con el poder de Grecia, pero Heracles fácilmente la tomó por la fuerza en diez días o menos, y con pocos compañeros[66]. Tras esto, mató a todos los reyes de los pueblos que habitan una y otra ribera del continente[67]. Y no los habría podido tomar si no se hubiera impuesto sobre su poder. Cuando realizó estas hazañas, levantó las columnas llamadas de Heracles, trofeo sobre los bárbaros, recuerdo de su virtud y de los peligros corridos, y límites del territorio griego.

113 Te he explicado esto para que sepas que con mi discurso te estoy invitando a unas acciones que tus antepasados eligieron claramente con sus actos como las más hermosas. Es necesario que todos los inteligentes tomen como modelo al más fuerte e intenten emularle, y esto sobre todo te conviene a ti. Porque, al no ser preciso que tomes ejemplos ajenos sino propios, ¿cómo no es lógico que te animes y rivalices para
114 hacerte semejante a tu antepasado? No digo que podrás imitar todas las hazañas de Heracles —pues algunos de los dioses tampoco podrían[68]— sino que, al

---

65 Mathieu, *Les idées...*, pág. 27, señala que Isócrates toma de Lisias (*Olímpico* 1-2) el elogio de Heracles, presentado como primer campeón de la unidad griega.

66 Cf. *Panegírico* 83, y *Evágoras* 65.

67 Todos reyes bárbaros: Diomedes de Tracia, el asiático Sarpedón, el egipcio Busiris, etc.

68 El elogio desmesurado (y poco acorde con el espíritu grie-

menos, podrías equipararte a sus decisiones en lo tocante a su carácter, su filantropía y la benevolencia que sentía hacia los griegos. Si haces caso a mis palabras alcanzarás la fama que tú quieres. Porque es más 115
fácil adquirir desde la situación presente el prestigio más hermoso que conseguir el que ahora disfrutas por la herencia que recibiste. Mira que te estoy invitando a acciones por las que harás una expedición militar no con los bárbaros para atacar a quienes no es justo hacerlo, sino con los griegos contra pueblos a quienes conviene que ataquen los descendientes de Heracles.

Y no te sorprendas de que a lo largo de todo mi 116
discurso intente persuadirte a que hagas beneficios a los griegos y a ser afable y humanitario. Pues veo que la dureza es perjudicial para los que la tienen y para quienes la soportan, mientras que la afabilidad está bien considerada no sólo entre los hombres sino entre todos los seres vivos, y que a los dioses que nos origi- 117
nan bienes les llamamos Olímpicos, mientras que los que se han encargado de las desgracias y castigos tienen nombres peores. A los primeros, los particulares y las ciudades les construyen templos y altares, pero los segundos no son honrados en las súplicas ni en los sacrificios sino que nosotros les hacemos conjuros[69].
Al pensar en esto, es necesario que te acostumbres y 118
te preocupes para que todos tengan esa opinión de ti incluso más que ahora. Quienes desean un renombre mayor al de los demás deben proponerse unas hazañas posibles pero acomodadas a lo que se desea, y buscar el ejecutarlas según se presenten las ocasiones[70].

---

go) de Isócrates a Filipo es sin duda un camino hacia la futura apoteosis de los monarcas helenísticos.

[69] Referencia a las divinidades subterráneas como Hades, Poseidón, etc.

[70] Según KENNEDY, *The Art...*, pág. 196, esto es la plena admisión del oportunismo político.

119 Por muchos ejemplos comprenderías de qué forma hay que actuar, pero sobre todo por lo que le ocurrió a Jasón[71]. Pues aquél, que no había realizado ninguna empresa semejante a las tuyas, alcanzó un enorme prestigio no por lo que hizo sino por lo que dijo. Hablaba, en efecto, de que pasaría al continente y haría la
120 guerra al rey. Y puesto que Jasón, utilizando sólo la palabra, tanto aumentó su prestigio, ¿qué opinión hay que esperar que tengan todos de ti, si hicieras esto e intentases sobre todo destruir todo el reino persa, o, si no, deslindar el mayor territorio posible y partir Asia, como dicen algunos, desde Cilicia a Sínope[72], y además adquirir ciudades en este lugar y establecer a quienes ahora andan errantes por la falta del sustento
121 cotidiano y hacen daño a quienes encuentran? Si no hacemos cesar su crecimiento procurándoles unos medios de vida suficientes, sin darnos cuenta se harán tan numerosos que resultarán no menos temibles para los griegos que para los bárbaros. De no tenerlos en consideración, ignoraremos un temor general y un peli-
122 gro que crecerá contra todos nosotros. Corresponde a un hombre ambicioso, amigo de los griegos, y que mire con su pensamiento más lejos que otros, utilizar a estos hombres contra los bárbaros, apropiarse de tanta tierra como antes hemos dicho para liberar a éstos que viven como mercenarios, de los males que tienen y causan a otros, para organizar con ellos ciudades, limitar con ellas a Grecia y colocarlas como defensa de

---

71 Jasón de Feras, en Tesalia, tirano de su ciudad entre los años 380 a 370 a. C.; como decíamos en la introducción a este discurso, es posible que Isócrates le escribiera una carta, no conservada. De su proyectada expedición contra Persia nos habla también JENOF., *Hel.* I 12.

72 En *Panegírico* 162, la expresión es «desde Cnido hasta Sínope».

todos nosotros[73]. Si realizaras esto, no sólo harías feli- 123
ces a aquéllos sino que a todos nosotros nos darías la seguridad[74]. Y si fracasaras, al menos conseguirías con facilidad la liberación de las ciudades establecidas en Asia. Pero por lo que puedas hacer o sólo intentar es seguro que serás mejor considerado que otros y con justicia, si tú mismo emprendes esto y empujas a los
griegos. Porque ahora ¿quién no se admiraría lógica- 124
mente por lo sucedido y nos despreciaría porque entre los bárbaros que hemos considerado cobardes, inexpertos en la guerra y corrompidos por el lujo, hayan surgido hombres que pretendieron dominar Grecia,
mientras que ningún griego ha tenido la ambición de 125
intentar que nosotros fuéramos señores de Asia? No ha sido así, sino que tan lejos de ellos hemos quedado, que los bárbaros no vacilaron en dar ejemplo de su odio contra los griegos, y nosotros, en cambio, ni nos atrevemos a defendernos por los males que sufrimos. Por el contrario, cuando aquéllos reconocen que en todas las guerras no tienen soldados ni generales ni
cosa alguna de utilidad ante los peligros, sino que todo 126
esto lo obtienen de nosotros, tanto deseamos perjudicarnos a nosotros mismos que, cuando podíamos poseer sin reparo sus bienes, luchamos entre nosotros por cosas de poca importancia, les ayudamos a someter a quienes hicieron defección del imperio del rey, y nos olvidamos de que, al ayudar algunas veces a nuestros ancestrales enemigos, intentamos destruir a quienes pertenecen a nuestra misma raza[75].

---

73 MATHIEU, *Les idées...*, pág. 215, cree ver una influencia de esta idea de Isócrates en las numerosas ciudades fundadas por Alejandro que hacían de defensa en el mismo sentido recomendado por el orador.

74 Paz y seguridad, ideal del burgués, son presentadas como resultado de la guerra contra Persia (BRINGMANN, *Studien...*, página 24, n. 1).

75 Las expresiones que aquí emplea Isócrates son las mismas

127 También por esto creo que te conviene ponerte al frente de la guerra contra el rey, cuando los demás se muestran tan cobardes. Y conviene a los demás descendientes de Heracles y a quienes están ligados a una constitución y a unas leyes contentarse con la ciudad que habitan. Pero tú, que estás libre, tienes que considerar a toda Grecia como tu patria[76], igual que vuestro antepasado, y correr peligros en su defensa igual que por lo que más deseas.

128 Quizá se atrevan a criticar quienes no pueden hacer otra cosa, porque preferí impulsarte a ti a la expedición contra los bárbaros y al cuidado de los griegos,
129 mientras dejaba a un lado a mi propia ciudad. Si yo hubiera intentado elegir a algunos otros para esta empresa antes que a mi patria, que por tres veces liberó a los griegos, dos del dominio de los bárbaros y una del de los lacedemonios, reconocería mi error. Pero se verá que yo la exhorté en primer lugar a ella con el mayor interés que pude, pero, al darme cuenta de que se interesaba menos por mis palabras que por quienes se ponen fuera de sí en la tribuna, la dejé de lado,
130 aunque no deserté de mi tarea[77]. Todos me elogiarían con justicia porque dediqué toda la capacidad que tengo y todo mi tiempo a hacer la guerra contra los bárbaros, a acusar a quienes no piensan igual que yo, y a animar a los que, según espero, podrían muy bien

---

que usó Lisias en su discurso *Olímpico* (Mathieu, *Les idées...*, páginas 27).

[76] Filipo puede considerar a toda Grecia como patria porque está libre de las restricciones impuestas por las *politeiai* y *nómoi*.

[77] Isócrates se defiende de la crítica de que es objeto por solicitar la ayuda de un extranjero. Pero es Atenas la culpable, no Isócrates. La conducta de Timoteo, descrita en *Sobre el cambio de fortunas* 114-128 es similar (Heilbrunn, «Isocrates...», pág. 155, n. 4). Para H. Ll. Hudson-Williams, «Isocrates and Recitations», *Class. Quart.* 43 (1949), Isócrates se refiere claramente al *Panegírico* en este parágrafo.

beneficiar en algo a los griegos y despojar a los bárbaros de su actual bienestar. Por ese mismo motivo tam- 131
bién ahora te dedico mis palabras, aunque no ignoro que muchos envidiarán lo que digo, pero que esos mismos se regocijarán todos con lo que tú hagas. Porque nadie se ha unido a mis palabras, pero no habrá quien no desee participar de las ventajas que se alcanzarán.

Examina qué vergonzoso es permitir que Asia esté 132
mejor que Europa, los bárbaros más prósperos que los griegos, que, además, quienes heredan el poder de Ciro, a quien su madre dejó en un camino, se llamen grandes reyes, y, en cambio, los descendientes de Heracles, a los que su antepasado por su virtud puso entre los dioses, reciban nombres más humildes que aquéllos[78]. Nada de esto se puede permitir, sino que hay que derribar y cambiar todo lo que está así.

Sabe bien que no habría intentado convencerte si 133
viera que de esta empresa iba a resultar sólo poder y dinero. Creo, en efecto, que de ambas cosas en la actualidad posees más de lo suficiente, y que sería muy insaciable quien prefiriera correr peligros para apoderarse de esto o perder la vida. Al hacer este discurso 134
no me fijé en tales adquisiciones, sino pensando en que de ello te resultaría un prestigio muy grande y muy hermoso. Piensa que todos tenemos un cuerpo mortal, pero que por la alabanza, los elogios, la fama y el recuerdo que nos acompaña en el tiempo, participamos de una inmortalidad a la que debemos tender aunque tengamos que sufrir cuanto podamos[79]. Verías 135
que los más discretos de entre los simples particulares no cambiarían su vida por nada, pero están dispuestos a morir en las guerras si obtienen una hermosa

---

78 Los reyes de Esparta, simples «reyes», frente al «gran rey» con que siempre se designa al de Persia.

79 Lo mismo en *A Nicocles* 37 y *Arquidamo* 109.

reputación y que, en general, son aplaudidos por todos los que desean un honor mayor que el que tienen, mientras que los insaciables de cualquier otra cosa de las que existen parecen más incontinentes y peores.
136 Y lo más importante de lo que he dicho: muchas veces sucede que los enemigos se hacen dueños del poder y de la riqueza, pero del afecto que nos tienen muchos y de lo demás que hemos hablado, no hay otros herederos que nuestros propios descendientes. Me avergonzaría si no fueran estos los motivos por los que te aconsejo hacer esta expedición, a saber, pelear y correr peligros.

137 Como mejor resolverás esta cuestión es si piensas que no sólo es este discurso el que te anima, sino tus antepasados, la cobardía de los bárbaros[80], los que se hicieron famosos y parecieron semidioses por su expedición contra éstos, y sobre todo la ocasión, ya que tú has adquirido tanta fuerza como ninguno de los que habitaron Europa y lucharás contra un individuo tan odiado y despreciado por todos como ninguno de los que antes reinaron.

138 Me gustaría muchísimo poder reunir todos los discursos pronunciados por mí sobre este asunto. Pues el discurso resultante parecería más digno del tema. A pesar de todo, es necesario que examines desde todos los puntos de vista lo que tiende y empuja a esta guerra. Porque así tu resolución será mejor.

139 No desconozco que muchos griegos consideran invencible el poder del rey. Hay que admirarse de ellos, si piensan que un poder conquistado y afligido con la esclavitud por un hombre bárbaro y mal educado, no puede ser destruido con la libertad por un griego muy

---

80 Proverbial entre los griegos; cf. EURÍPIDES, *Ifigenia en Aulide* 1.400, y *Panegírico* 150.

experimentado en la guerra [81], y eso sabiendo que organizar todo es difícil, y fácil, en cambio, el desunirlo.

Piensa que todos honran y admiran a quienes son 140 capaces de ambas cosas, de organizar una ciudad y de dirigir un ejército. Cuando ves que son celebrados quienes demuestran esa manera de ser en una sola ciudad, ¿qué elogios debes esperar que se digan de ti cuando aparezcas gobernando con tus beneficios a todos los griegos y subyugando con tus ejércitos a los bárbaros? Yo creo que serán los más elevados. Porque 141 ningún otro nunca podrá realizar más que esto, ya que entre los griegos no habrá una hazaña tan grande como es conducirnos a todos nosotros a la concordia desde guerras tan encarnizadas, ni es lógico que entre los bárbaros se reúna un poderío semejante si tú destruyes el que ahora tienen. Por eso, ni aunque alguno de nues- 142 tros descendientes aventajara a los demás en dotes, no podrá hacer nada parecido. También puedo afirmar sin mezquindad, sino sinceramente, que has aventajado las hazañas de los antepasados con las que tú has realizado. Y tú, que has sometido tantos pueblos que no se pueden comparar con las ciudades que algún griego conquistó, ¿cómo, al compararte con cada uno de ellos, no demostraré fácilmente que has logrado más que aquéllos? Sin embargo, preferí abstenerme de este pro- 143 cedimiento por dos cosas: porque algunos lo emplean inoportunamente y porque no quería que resultaran inferiores a quienes ahora viven los que son considerados semidioses.

Para contar algún relato antiguo, piensa que la ri- 144 queza de Tántalo, el imperio de Pélope y el poder de Euristeo no los elogiaría ningún inventor de discursos

---

[81] Contraste griego/bárbaro, Filipo/rey persa. MATHIEU, *Les idées...*, pág. 56, n. 2, hace ver que a Ciro se le llama *ánthrōpos* («hombre», término peyorativo) frente al término *anḗr* («varón») con que se designa a Filipo.

ni poeta, pero que, tras la superioridad de Heracles y la virtud de Teseo, todos alabarían a quienes marcharon contra Troya y a aquéllos que se les parecieron.
145 Sabemos que los más renombrados y mejores de ellos tenían sus reinos en pequeñas ciudades e islotes[82]. Pero, a pesar de todo, dejaron una fama semejante a la de los dioses y celebrada por todos. Porque se ama no a quienes consiguieron para sí mismos un gran poder, sino a quienes han sido causantes de los mayores bienes para los griegos.

146 Verás que la gente tiene esta opinión no sólo en lo que se refiere a ellos, sino en todo. Porque nadie aplaudiría a nuestra ciudad porque tuvo el dominio del mar, ni porque, tras exigir de los aliados enormes riquezas, las subió a la acrópolis[83], ni porque tuvo la facultad sobre muchas ciudades de destruir unas, incrementar otras y a algunas administrarlas como quería
147 —pues todo esto podía hacerlo—, sino que de esta situación se han producido contra la ciudad muchas acusaciones. Sin embargo todos la alaban por la batalla de Maratón, el combate naval de Salamina y, sobre todo, porque los atenienses abandonaron su propia ciudad para asegurar la salvación de los griegos. Y sobre
148 los lacedemonios existe la misma opinión. Estiman más su derrota en las Termópilas que sus demás victorias, aman y contemplan el trofeo que fue levantado sobre ellos por los bárbaros, pero no aprueban los que los lacedemonios levantaron sobre otros, sino

---

[82] Las ciudades e islas de las que eran reyes los atacantes de Troya eran, efectivamente, muy poco importantes en época de Isócrates.

[83] Crítica de Isócrates a la talasocracia ateniense; en cuanto al dinero subido a la acrópolis era el tesoro de la primera liga marítima, guardado al principio en Delos. Fue Pericles el que lo llevó a Atenas.

que los ven con disgusto [84]. Porque piensan que no son señal de valor, sino de ambición.

Si, después de examinar todo y meditarlo contigo 149
mismo, algo de lo dicho fuera más flojo o inferior, atribúyelo a mi edad por la que, en justicia, todos me disculparían. Si hay algo igual a lo que ya antes ha sido publicado, debes pensar que no es mi vejez la que lo ha discurrido, sino que lo ha sugerido la divinidad [85], no porque se ocupe de mí, sino porque se compadece de Grecia y quiere que ella se libre de los males presentes y que a ti te rodee un prestigio mucho mayor del que tienes actualmente. Creo que no 150
ignoras de qué forma los dioses gobiernan los asuntos humanos. No son autores ni de los bienes ni de los males que nos ocurren, sino que a cada uno le inspiran una inteligencia tal que por nosotros mismos nos suceden unas cosas u otras. Quizá ahora de la misma 151
manera nos asignan a nosotros los discursos y a ti te imponen las empresas [86], pensando que tú las regirás muy bien y que mi discurso no será fastidioso para mis oyentes. Creo también que tus empresas anteriores no hubieran sido tan extraordinarias si algún dios no hubiera contribuido a enderezarlas, no para que pasa- 152
ses el tiempo guerreando sólo contra los bárbaros que viven en Europa sino para que te entrenases con ellos, y cuando hubieras adquirido experiencia y te hubieras

---

[84] La frase donde se oponen los trofeos levantados sobre los bárbaros a los erigidos sobre los griegos era originaria de Gorgias, según nos transmite Filóstrato, *Vida de los sofistas* I 9, 5 (Mathieu, *Les idées...*, pág. 25).

[85] Mikkola, *Isokrates...*, págs. 121-124, hace un interesante análisis sobre la diferencia *theós/daimónion* en Isócrates. Señala que la divinidad llamada *daimónion* es algo colectivo, no individual como ocurría en el pensamiento socrático.

[86] Dobesch, *Der panhellenische...*, pág. 202, n. 2, sugiere que Isócrates se atribuye aquí el papel de colaborador de Filipo, aunque más tarde pretenda asumir la dirección de la empresa.

dado cuenta de cómo eres, ambicionaras lo que te he aconsejado. Porque es vergonzoso cuando la suerte es una buena guía que te quedes atrás y no te ofrezcas a lo que se te quiere inducir.

153 Creo que debes honrar a todos los que dicen algo bueno de tus hazañas, pero que has de considerar que te alaban más quienes piensan que tus dotes naturales merecen empresas mayores que éstas, y los que no sólo en el presente lo han expuesto con gracia sino los que harán que la posteridad admire tus hazañas más que las de ningún otro antepasado. Aunque querría decir muchas más cosas así, no puedo. La causa la he dicho ya muchas más veces de lo necesario.

154 Me falta reunir lo que he dicho para que comprendas en resumen lo más importante de mis consejos. Afirmo que tú debes ser el bienhechor de los griegos, reinar sobre los macedonios y mandar sobre el mayor número posible de bárbaros. Si haces esto, todos te lo agradecerán, los griegos por los beneficios que reciban, los macedonios porque los gobernarás como un rey, no como un tirano [87], y los demás pueblos porque, libres de la dominación bárbara, tendrán un gobierno
155 griego [88]. Es de justicia preguntaros a vosotros mis oyentes cómo está escrito mi discurso en cuanto a la oportunidad y a los detalles. Pero creo saber bien que nadie te daría consejos mejores que éstos ni más acordes con la realidad.

---

[87] Crítica a la tiranía, más suave que la condena que de ella hacía en *Sobre la paz* 111-115.

[88] Mathieu, *Les idées...*, pág. 213, al estudiar la influencia de las ideas políticas de Isócrates en la política real, afirma que el estatuto de las ciudades de Asia escapará a la competencia del consejo de la liga de Corinto, quizá por lo que Isócrates aconsejó en cuanto al distinto tratamiento que se debía dar a griegos y bárbaros.

PANATENAICO (XII)

INTRODUCCIÓN

Es éste el último discurso de Isócrates, obra realmente importante y extensa para los 97 años que tenía cuando lo terminó. Por los datos que él mismo nos da[1], sabemos que la redacción del *Panatenaico* sufrió una demora de tres años debido a una grave enfermedad del autor. Es, pues, uno de los pocos discursos cuya fecha es segura: año 339 a. C.

¿Cuál es la finalidad del *Panatenaico*? Algunos comentaristas consideran esta obra extraña y poco satisfactoria[2]. Para Kennedy[3], el *Panatenaico* es una defensa de Atenas ante Filipo, defensa posible por la paz, firmada el año 346 a. C. Cloché[4] ve en el discurso de nuevo la admiración de Isócrates por la *pátrios politeía* y la actividad de ciertos hombres de estado particularmente ilustres, así como un nuevo elogio a las instituciones espartanas.

---

1 Especialmente los parágrafos 267 y 268-270.

2 Un estudio importante es el de Hans-Otto Kröner, «Dialog und Rede: Zur Deutung des isokrateischen Panathenaikos», *Antike und Abendland* 15 (1956), págs. 102-111.

3 *The Art...*, pág. 194.

4 *Isocrate...*, pág. 90.

Desde luego, como señala Mathieu [5], los graves sucesos históricos ocurridos en Grecia desde el año 346, fecha del *Filipo*, explicarían la actitud de Isócrates y el propósito del *Panatenaico*.

En efecto, Filipo, en el año 343 a. C. había comenzado la conquista de Tracia, en el 342 había entrado en contacto con los etolios y enviado tropas a Eretria, en Eubea. El enfrentamiento principal entre Atenas y Filipo era por Eubea y por el Quersoneso tracio. Argos, Mesenia y Megalópolis habían concertado un tratado con Filipo el año 343 a. C. Entretanto, Demóstenes pronunciaba el año 341 a. C. sus tercera y cuarta *Filípicas*, y lograba coaligar en una liga helénica los estados de Eubea, Acarnania, Acaya, Corinto, Mégara, Leúcade y Corcira. Derribada la estela donde se habían grabado las claúsulas del tratado de paz del año 346 a. C., Atenas declaró la guerra a Filipo. El 2 de Agosto del 338 a. C., en Queronea, triunfó Filipo. Es el mismo año de la muerte de Isócrates.

Los apartados del *Panatenaico* son los siguientes:

1-39. Introducción. Reflexiones personales del autor. Propósito de la obra: hablar de las hazañas de la ciudad y de los méritos de los antepasados. Crítica de otros oradores.

40-107. Elogio de Atenas que siempre ha superado a Esparta en poderío, hazañas y beneficios para los griegos.

108-176. Alabanza del sistema de gobierno ateniense desde sus orígenes, enlazando, como tantas veces, con una justificación mítico-histórica.

177-185. Crítica de Esparta, cuya historia se estudia desde la venida de los dorios al Peloponeso.

186-199. Nuevo elogio de Atenas.

200-265. Larga digresión donde intervienen discípulos de Isócrates, a los que estaba leyendo su discurso; ante la

---

[5] *Isocrate...*, IV, págs. 74 y sigs.

crítica de un discípulo admirador de Esparta se templan los juicios vertidos anteriormente sobre esta ciudad.

266-272. Cierran la obra unas reflexiones de carácter personal.

Cuando era más joven decidí escribir unos discursos que no fueran cuentos fabulosos ni llenos de portentos y mentiras, que son los que la mayoría prefieren a los que tratan de su salvación[6]. Tampoco quise escribir discursos que explicaran antiguas hazañas ni las guerras de los griegos, aunque sabía que estas obras se aplauden con justicia, ni aquéllos que parecen pronunciados con sencillez pero que no tienen sutileza alguna, cuyo uso recomiendan a los jóvenes los expertos en oratoria judical si quieren vencer a sus rivales. 1
Por el contrario, abandoné todos esos y me ocupaba en aquéllos que aconsejan a la ciudad y a los demás griegos lo que les conviene, discursos cargados de pensamiento, con no pocas antítesis y parisosilabias, y con las demás figuras que brillan en las obras de oratoria y obligan al auditorio a la aprobación y al aplauso. 2
Pero ahora no me ocupo ni siquiera de éstos. Porque creo que no corresponde a los noventa y cuatro años que tengo ni, en general, a quienes peinan canas, hablar todavía con aquel estilo, sino como todos esperarían hacerlo si quisiesen, y más fácilmente de lo que nadie podría, salvo aquéllos que quieran esforzarse y poner mucha atención. 3
Avisé esta circunstancia para que si el discurso que voy a pronunciar les parece a algunos más flojo que los publicados con anterioridad no lo comparen con la habilidad de aquéllos, sino que 4

[6] Cf. *Elogio de Helena* 5 y sigs.

lo juzguen de acuerdo con el tema seleccionado actualmente[7].

5 Voy a hablar de las hazañas de la ciudad y del valor de nuestros antepasados, empezando no por estos sucesos sino por los que me han ocurrido a mí. Pues creo que ellos me apremian más. Auque he intentado vivir de manera irreprochable y sin causar daño a otros, no he pasado un momento sin ser calumniado por sofistas desacreditados y malvados y por algunos otros que, sin conocer cómo soy, se han hecho de mí una
6 idea de acuerdo con lo que oyeron a ajenos[8]. Quiero, por tanto, hablar previamente de mí y de quienes así se comportan conmigo, para que, en la medida en que pueda, haga callar a los calumniadores y saber a los demás en qué cosas me ocupo. Si consigo atender esto convenientemente en mi discurso, espero que pasaré el resto de mi vida tranquilamente y que los presentes prestarán una atención mayor a las palabras que voy a pronunciar.

7 No vacilaré en confesar francamente la agitación que ahora existe en mi pensamiento, el absurdo de lo que voy a decir, incluso que hago algo inconveniente. Porque cuento con los bienes más grandes que todos desearían obtener: en primer lugar, salud de cuerpo y alma, y no una cualquiera sino comparable a la de quienes han tenido más suerte en ambas. En segundo lugar tengo un bienestar económico que nunca me hizo carecer de placeres moderados ni de lo que un hombre
8 inteligente podría desear. Más todavía: no fui un hombre abatido ni despreciado, sino de aquéllos a quienes los griegos más renombrados recordarían y elegirían

---

7 ¿Cuál es la mejor constitución para Atenas?, Jaeger, *Paideia...*, pág. 949, n. 148, ve que en este párrafo hay un creciente desprecio del estilo en favor del factor intrínseco de la oratoria: la política.

8 Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 4-8.

como personas virtuosas. Aunque he tenido todos estos bienes, unos en exceso, otros de manera suficiente, no disfruto al vivir así. Porque la vejez es tan difícil de contentar, tan puntillosa y tan regañona que muchas veces ya censuré mi propia naturaleza que ningún otro
ha menospreciado, y lamenté mi suerte, a la que no 9
tengo otra cosa que reprochar sino que por la filosofía que elegí, me han venido algunas calamidades y falsas denuncias, y eso que sé que mis condiciones naturales son más débiles y flojas de lo preciso para la acción, incompletas e inútiles por muchos conceptos para los discursos, sin duda más capaces para observar la verdad de cada asunto que quienes afirman conocerlo, pero, por decirlo así, inferiores para hablar de eso mismo en una asamblea de muchos hombres[9].

Tan falto estuve de las dos cosas que tienen más 10
eficacia entre nosotros, una voz apropiada y audacia, como no sé si algún otro ciudadano. Quienes no tienen esas cualidades llegan a estar más infamados en lo que respecta a su honor que quienes deben dinero al estado. Porque éstos últimos tienen esperanzas de pagar su deuda, pero aquéllos nunca podrían cambiar
sus cualidades naturales. Sin desanimarme por esto 11
no sufrí quedarme sin gloria ni en total anonimato, y puesto que fracasé en la vida política me refugié en la filosofía, en el trabajo y en escribir lo que pensaba, sin tratar sobre asuntos de poca monta ni sobre contratos privados ni sobre lo que algunos desvarían. Por el contrario, traté los asuntos de los griegos, de los reyes, de la ciudad, asuntos que, según creía, harían que me honrasen más que a quienes suben a la tribuna, porque yo hablaba sobre temas mayores y más hermosos

---

[9] Reiteración de lo que Isócrates decía de sí mismo en *Sobre el cambio de fortunas*.

12 que aquéllos[10]. Nada de esto nos sucedió. Todos saben que muchos oradores se atreven a hablar ante el pueblo no de lo que conviene a la ciudad, sino de aquello de lo que esperan sacar ingresos ellos mismos[11], mientras que yo y los míos no sólo nos alejamos más que otros de los bienes públicos sino que nos gastamos los nuestros particulares en las necesidades de la ciu-
13 dad por encima de nuestras posibilidades[12]. Además, esos oradores se insultan entre ellos mismos en las asambleas[13] por una garantía depositada en manos de un tercero, o injurian a los aliados o acusan en falso a cualquiera de los demás. En cambio, yo he sido autor de los discursos que animan a los griegos a la mutua
14 concordia y a la expedición contra los bárbaros, y de los que aconsejan a todos nosotros enviar una colonia conjunta a un territorio tan grande y de tal valor que cuantos de él han oído hablar, están de acuerdo en que si pensáramos con sensatez y cesáramos nuestra locura, nos apoderaríamos de él con rapidez y sin trabajos ni peligros, y en que aquella tierra recogería a todos nuestros compatriotas privados de lo necesario. Si todos reunidos tratáramos de conseguir esta empresa, nunca encontraríamos otra más hermosa, importante o que más nos conviniera a todos nosotros.
15 Aunque estamos tan alejados en manera de pensar y tan seria es la aspiración que yo he trazado, la mayoría nos ha recibido no con justicia, sino con desorden y de manera absolutamente ilógica. Porque los ciudada-

[10] Es, sin duda, una alusión a sus grandes discursos políticos, especialmente el *Panegírico*, *Areopagítico* y *Filipo*.

[11] Cf. *Areopagítico* 24.

[12] El tema del pago de los impuestos extraordinarios o liturgias lo tocó ya Isócrates en *Sobre el cambio de fortunas* 145. HEILBRUNN, «Isócrates...», pág. 160, destacaba el que para Isócrates el pago de las liturgias era el equivalente del ejercicio de la política en el «antiguo régimen».

[13] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 147-149.

nos censuran el modo de obrar de los oradores, pero les hacen jefes de la ciudad y señores de todo, mientras que aplauden mis discursos, pero me odian precisamente por esos discursos que aceptan. Tan desafortunado me encuentro con ellos.

¿Por qué admirarse de que la masa por naturaleza 16
se porte así ante toda persona superior cuando algunos de los que se creen distinguidos, de los que me envidian y desean imitarme me tratan peor que los ciudadanos corrientes? ¿Se podría descubrir a gente peor —hay que decirlo, aunque a algunos les parezca que digo palabras más imprudentes y duras de las que conviene a mi edad— que quienes, sin instruir a sus discípulos ni siquiera parcialmente en lo que yo he dicho, utilizan mis discursos como ejemplo, viven de ello y tan lejos están de mostrarme agradecimiento que ni quieren despreocuparse de nosotros sino que dicen siempre algo desagradable de mí? Mientras que inju- 17
riaban nuestros discursos cotejándolos con los suyos de la peor manera posible, dividiéndolos incorrectamente, recortándolos y alterándolos de todas maneras, no me inquietaba por esas noticias, sino que me mantenía despreocupado. Pero poco antes de las grandes Panateneas [14] me causaron un enorme disgusto. Se 18
presentaron ante mí algunos de mis íntimos y me decían que cuando estaban sentados juntos en el Liceo tres o cuatro sofistas del montón, que dicen saber todo y en todas partes improvisan con rapidez, hablaban

[14] Las Panateneas era la fiesta principal de Atenas en las que se conmemoraba cada año el cumpleaños de la diosa Atenea. Se celebraban el 28 del mes *hecatombaiôn* (primer mes del calendario griego, entre junio y julio). La tradición hacía de Teseo y Erictonio los fundadores de la fiesta. Desde el año 565 a. C. aprox. se instituyeron las grandes Panateneas que se celebraban cada cuatro años. En esa ocasión se llevaba en procesión el nuevo peplo a Atenea Polias.

de otros poetas y también de la obra de Hesíodo y Homero. No decían nada original, sino que recitaban sus obras y recordaban los comentarios de mayor calidad
19 que habían hecho algunos antiguos. Los circunstantes acogieron con agrado la conversación, y uno de los sofistas, el más atrevido, intentó calumniarme, diciendo que yo desprecio todo esto, que anulo las filosofías de los demás y todos los sistemas de educación, y que sostengo que todos desvarían salvo quienes han participado en mi ocupación. Cuando dijeron esto, algunos de los presentes se mostraron disgustados con nosotros.
20 No podría decir cuánto me disgusté y trastorné cuando oí que algunos aceptaron semejantes palabras. Porque creía que tan manifiesta era mi hostilidad hacia los jactanciosos, y mi manera de hablar comedida o más bien humilde, como para que nadie hiciera caso a quienes dijeran que yo me servía de semejantes fanfarro-
21 nerías. Pero no sin razón me lamentaba al principio de la mala suerte que siempre me acompaña en tales casos. Porque ella es la causa de las mentiras que se dicen de mí, de las calumnias, de la envidia, y de que no pueda haber alcanzado el prestigio que me corresponde ni el que todos reconocen ni el que me tienen algunos de mis discípulos que nos han observado desde
22 todos los puntos de vista. Al no ser posible que esto cambie, por fuerza habrá que contentarse con lo ya ocurrido. Aunque se me han presentado muchas ideas, no sé si acusar a mi vez a quienes tienen por costumbre mentir siempre sobre mí y decir cosas desagradables. Pero si se me viera esforzarme y hacer muchos discursos contra unos hombres a los que nadie ha considerado dignos de mención, con justicia parecería un
23 insensato. ¿Los despreciaré y me defenderé de esos ciudadanos que me envidian contra justicia, e intentaré demostrarles que su opinión sobre mí no es justa ni conveniente? Pero, ¿quién no me reprocharía una

gran insensatez si ante quienes me aborrecen no por otra cosa sino porque les parece que he hablado con gracia de algunos asuntos, a esos precisamente creyera yo que iba a calmar su disgusto ante mis palabras expresándome igual que antes? ¿No se enfadarían más, sobre todo si se ve que ni ahora, que soy tan viejo,
[he cesado][15] de hablar a tontas y a locas? Pero nadie 24
me aconsejaría hacer eso, despreocuparme de estos individuos y dejarlos de lado para acabar el discurso que me propuse, con el deseo de mostrar que nuestra ciudad ha sido responsable de mayores beneficios para los griegos que la ciudad de los lacedemonios. Porque si hiciera ahora esto, sin poner fin a lo que ya he escrito ni enlazar el comienzo de lo que voy a decir con el final de mis palabras anteriores, me asemejaría a quienes hablan a la ligera, con inoportunidad y tratando en revoltijo lo que surge. De esto es de lo
que hemos de guardarnos. Lo mejor de todo es que dé 25
a conocer para terminar la opinión que me merece el tema de la acusación lanzada contra mí y luego aquello que al principio proyecté. Creo, en efecto, que si doy a conocer por escrito y aclaro la opinión que tengo sobre la educación y sobre los poetas, haré callar a quienes forjan mentirosas acusaciones y dicen lo que les viene en gana.

Tan lejos estoy de menospreciar la educación que 26
nos legaron los antepasados que aplaudo la que está establecida entre nosotros, me refiero a la geometría, la astronomía y las conversaciones llamadas dialécticas[16], cosas en las que los jóvenes disfrutan más de lo preciso, mientras que no hay anciano que afirmara que
son soportables. Con todo, yo aconsejo a quienes se 27

---

[15] Este término «he cesado» (*pepauménos*) lo da sólo el manuscrito Γ.

[16] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 265.

dedican a esto que se esfuercen y pongan su atención
en todas estas actividades, y afirmo que, aun a pesar
de que estos estudios no pudieran lograr otro bien, al
menos apartan a los jóvenes de otros muchos errores.
Creo que nunca se encontrarían entretenimientos más
útiles ni más convenientes que éstos para quienes es-
28 tán en edad semejante[17]. Afirmo, en cambio, que estas
prácticas no armonizan con los ancianos ni con los
hombres hechos y derechos[18]. Porque veo que algunos
de los que han trabajado en estas disciplinas tanto
como para enseñar a otros, ni utilizan con oportunidad
los conocimientos que tienen, ni en las demás ocupa-
ciones de la vida son más sensatos que sus discípulos.
Pues no me atrevo a decir que lo son menos que sus
29 servidores. La misma opinión tengo sobre los que son
capaces de hablar en público y sobre quienes gozan
de fama por escribir sus discursos, y, en general, so-
bre todos aquellos que sobresalen en los oficios, las
ciencias y el talento. Sé, en efecto, que la mayoría de
ellos ni han administrado bien sus propios asuntos, ni
son soportables en las reuniones privadas, y que, ade-
más, menosprecian la opinión de sus conciudadanos y
están llenos de otros muchos y grandes errores. De
forma que pienso que ellos no participan de la prácti-
30 ca de la que estoy hablando[19]. Entonces ¿a quiénes
llamo personas bien educadas, puesto que rechazo los
oficios, las ciencias y el talento? En primer lugar, a los
que se valen bien de las actividades que ocurren cada

---

17 Para Isócrates es evidente que el estudio debe comenzar en la primera edad, deduce Burk, *Die Pädagogik...*, pág. 69.

18 Mathieu, *Isocrate...*, IV pág. 94, n. 2, señala que una reserva parecida la sostiene Calicles en el Gorgias platónico (484 C).

19 En el programa educacional de Isócrates apenas tiene cabida la actividad de la oratoria (Heilbrunn, «Isocrates...», pág. 167, n. 60).

día y tienen una opinión adecuada a las oportunidades y capaz de acertar muchas veces en lo que conviene[20].
Después, a quienes tratan con dignidad y justicia a los 31
que siempre están con ellos, soportan de buen humor y con facilidad los enojos y orgullos de los demás y se muestran muy dulces y comedidos con sus compañeros. También a los que siempre dominan los placeres y no se abaten en exceso por las desgracias, sino que en ellas se comportan con valentía y de forma adecuada a la naturaleza de la que participamos[21]. En 32
cuarto y principal lugar, a los que no se estropean con los éxitos, ni se ponen fuera de sí ni se vuelven arrogantes, sino que se mantienen en la categoría de hombres inteligentes, y no se alegran más con los bienes que les correspondieron por azar que con los que les vienen dados desde el principio por sus propias cualidades naturales e inteligencia. De quienes poseen una disposición de espíritu ajustada no sólo a una de éstas cualidades sino a todas, de ésos afirmo que son hombres inteligentes, completos y que tienen todas las virtudes. Esto es lo que pienso sobre una buena educa- 33
ción. Quiero hablar también sobre la poesía de Homero, de Hesíodo y de otros, porque sé que podría hacer callar a quienes recitan sus obras en el Liceo y desvarían sobre ellos, pero comprendo que me saldría fuera de la proporción establecida para un proemio.
Es propio de un hombre inteligente no satisfacerse 34
con la posibilidad que cualquiera tiene de hablar más que otros sobre un mismo asunto, sino vigilar la oportunidad de los temas que puede tratar. Eso es lo que

---

[20] Isócrates se esfuerza en describir el modo interior de ser del hombre culto, mientras que Platón encuadraba al hombre dentro del estado y traducía el valor de la educación en la capacidad que adquiría el hombre para cooperar con otros (Jaeger, *Paideia...*, pág. 1028, n. 67).

[21] Cf. *A Demónico* 21, y *A Nicocles* 29.

debo hacer. Por tanto, hablaremos de nuevo de los poetas, si antes no me arrebata mi vejez. Porque tenemos que decir algo sobre asuntos más importantes que éstos.

35 Hablaré ya de los beneficios de la ciudad hacia los griegos, y no porque no le haya dedicado más elogios que todos cuantos se dedican a la poesía o a la oratoria[22]. Pero ahora no lo haré de la misma manera. Pues en discursos anteriores me acordaba de la ciudad a propósito de otras hazañas, pero ahora la tomé como
36 tema principal. No desconozco la magnitud de la empresa que inicio, teniendo en cuenta mi edad, sino que lo sé muy bien y he dicho muchas veces que es fácil aumentar con las palabras las hazañas pequeñas y difícil, en cambio, hacer elogios iguales a las acciones que
37 destacan por su grandeza y belleza[23]. Con todo, no hay que desertar de ello, sino cumplirlo si es que aún podemos vivir, sobre todo cuando muchos me animan a escribir sobre este tema, en primer lugar, quienes acostumbran a acusar con insolencia a nuestra ciudad, luego los que la elogian con amabilidad, pero sin cono-
38 cimiento ni suficiencia, también otros que se atreven a elogiarla en exceso fuera de los límites humanos, de forma que se granjean muchos enemigos. Sobre todo, me impulsa a ello mi edad actual, que a otros, lógicamente, les haría desistir. Porque espero, en caso de hacerlo bien, recibir un prestigio mayor que el que tengo, y si resulto inferior cuando haya hablado, que mis oyentes tengan conmigo una gran clemencia.

39 Esto es lo que he reflexionado sobre mí mismo y sobre los demás como cuando un coro [antes de la representación] se prepara a actuar. Creo que quienes

---

[22] Para Kennedy, *The Art...*, pág. 195, a partir de este parágrafo se nota el gran amor de Isócrates por Atenas.

[23] Cf. *Panegírico* 8.

deseen elogiar a una ciudad con exactitud y justicia no sólo deben hablar sobre la que han elegido, sino, igual que contemplamos y apreciamos la púrpura y el oro al compararlos con otros objetos que tienen un aspecto parecido y son tasados en un precio igual, así tam- 40
bién ha de hacerse con las ciudades, sin comparar las pequeñas con las grandes, ni las que siempre han estado sometidas a otras con las acostumbradas a mandar, ni las que precisan ser salvadas con las que pueden salvar, sino comparar las que tiene un poderío semejante, han realizado empresas similares y utilizado recursos parecidos. Pues así es como mejor daremos con la verdad. Si uno nos examina de esta manera y 41
nos compara no con cualquier ciudad sino con la de los espartíatas, que la mayoría elogia con mesura, pero que algunos la recuerdan como si allí hubieran gobernado semidioses, se verá que en poderío, hazañas y beneficios para los griegos les hemos dejado más atrás que ellos a otros [24].

Después hablaremos de los antiguos combates tra- 42
bados en defensa de los griegos, pero ahora hablaré de aquellos hombres, comenzando por el momento en el que ocuparon las ciudades aqueleas y dividieron el territorio con argivos y mesenios [25]. Porque es desde aquí desde donde conviene hablar de ellos. Quedará claro, en efecto, que nuestros antepasados procuraban la armonía con los griegos y con los bárbaros la enemistad que heredaron desde la guerra de Troya, y que

---

[24] Los oligarcas en Atenas mantenían una gran admiración por las instituciones políticas espartanas. El propio Isócrates las ha elogiado varias veces en sus discursos; ya hemos indicado el prestigio que alcanzó Esparta tras su victoria en la guerra del Peloponeso, victoria de sus hombres más ilustres en realidad.

[25] Isócrates se remonta al momento en que se produjo la invasión doria; véase n. 70 al discurso *Sobre la paz*.

43 se mantenían en esta misma situación. En primer lugar, en cuanto a las islas Cícladas, sobre las que se produjeron muchos conflictos durante el reinado de Minos de Creta, y que finalmente fueron ocupadas por los carios, nuestros antepasados, después de expulsarlos no se atrevieron a apropiarse del territorio, sino que establecieron en ellas como colonos a los griegos
44 más necesitados [26]. Después, fundaron muchas y grandes ciudades en las dos márgenes del continente, rechazaron del mar a los bárbaros, enseñaron a los griegos de qué forma gobernarían sus propias patrias y contra quiénes debían de luchar para engrandecer a
45 Grecia. Los lacedemonios, en cambio, en esa misma época distaron tanto de realizar alguno de estos actos nuestros, hacer la guerra a los bárbaros y beneficiar a los griegos, que ni siquiera quisieron mantenerse en paz. Aunque tenían una ciudad ajena y territorio no sólo suficiente sino como ninguna ciudad griega, no se
46 conformaron con esto, sino que aprendieron por lo que les había ocurrido que, según las leyes, parece que las ciudades y sus territorios son de quienes las han adquirido con justicia y legalidad, mas, en realidad, son de los que se ejercitan más en la guerra y pueden vencer en los combates a sus enemigos. Después de reflexionar así, se despreocuparon de los trabajos del campo y de todos los demás oficios y no cesaban de sitiar y hacer daño a cada una de las ciudades que hay en el Peloponeso, hasta que sometieron a todas, salvo
47 a la de los argivos [27]. Ocurría así que, como consecuencia de nuestras acciones, Grecia se desarrollaba y Europa se hacía más poderosa que Asia, que, además, los griegos sin recursos conseguían ciudades y tierras,

---

26 Cf. *Panegírico* 34 y sigs.

27 Véase la versión espartana de la conquista del Peloponeso en *Arquidamo* 16.

que los bárbaros, acostumbrados a ser soberbios, quedaban desposeídos de territorio suyo y eran más humildes que antes. Pero de las acciones de los espartiatas sólo su ciudad se engrandecía, dominaba a todas las del Peloponeso, era temible para las demás y obtenía de ellas mucha servidumbre. Es justo, por consi- 48
guiente, elogiar a la ciudad que ha sido causa de muchos bienes para los demás y considerar, en cambio, indigna a la que obtiene su propia conveniencia; hacerse amigos de quienes se comportan igual con ellos mismos que con los demás, y recelar y temer de los que son lo más amigos posible de ellos mismos, pero administran su ciudad de manera hostil y belicosa hacia los demás. Cada una de las dos ciudades organizó así su imperio.

Tiempo después se produjo la guerra pérsica y Jer- 49
jes, rey entonces, después de reunir 1300 trirremes, un ejército de tierra de 5 millones de hombres en total, y 700.000 combatientes, con una fuerza tan considerable marchó en expedición contra los griegos. Los espartia- 50
tas, señores del Peloponeso, para el combate naval que tuvo influencia decisiva en toda la guerra enviaron sólo diez trirremes, pero nuestros padres, que quedaron desterrados y habían abandonado la ciudad por no haber sido fortificada en aquel tiempo, suministraron más naves y con más poderío que todos sus compañeros de peligros. Los espartiatas eligieron como general 51
a Euribiades, quien, aunque al final cumplió lo que proyectaba hacer, no evitó que murieran los griegos. Los nuestros llevaron como general a Temístocles, reconocido por todos como el responsable tanto de que la batalla naval resultara victoriosa como de todos los demás éxitos de aquel tiempo[28]. Y ésta es la mayor 52
prueba: quienes compartieron con nosotros los peli-

[28] Cf. estos sucesos en HERÓD., VIII 57 y sigs.

gros quitaron el mando a los lacedemonios y lo dieron a los nuestros. Y, en verdad, ¿qué jueces resultarían más capacitados y fiables de lo que entonces ocurrió que quienes estuvieron presentes en los mismos combates? ¿Quién podría citar un beneficio mayor que el que pudo salvar a toda Grecia?

53 Después de esto, ocurrió que cada una fue señora del dominio del mar, dominio que proporciona a cualquiera que lo tiene el sometimiento de la mayoría de las ciudades. Hablando en general, no aplaudo a ninguna de las dos. Porque cualquiera las censuraría por muchos motivos. Pero en este gobierno nos distanciamos de los lacedemonios no menos que en las hazañas
54 hace poco relatadas[29]. Nuestros padres convencieron a sus aliados para que adoptaran la misma constitución política que ellos mismos seguían queriendo. Esto es señal de benevolencia y amistad, cuando algunos aconsejan a otros servirse de aquello que piensan que les conviene a sí mismos. Los lacedemonios no establecieron una constitución parecida a la suya ni a ninguna otra anterior, sino que hicieron a diez hombres señores de cada ciudad, individuos que si alguno intentara acusarlos durante tres o cuatro días seguidos, parecería que no había dicho ni una parte de los errores
55 cometidos por aquéllos. Es insensato hablar de cada uno, siendo tales y tantos. Pero quizá habría procurado, si fuera joven, contar unas pocas cosas que producirían en los oyentes una indignación proporcionada a los hechos. Ahora, en cambio, no me viene a la cabeza cosa semejante, sino lo que a todos, que aquellos individuos tanto aventajaron a sus predecesores en ilegalidad y codicia que no sólo perecieron ellos mismos, sus amigos y patrias sino que, al indisponer a los lacedemonios con sus aliados, les lanzaron a tantas

[29] Cf. *Panegírico* 104 y sigs.

y tales desgracias como nadie nunca esperó que les ocurrieran.

Uno podría comprender muy bien a partir de aquí 56
que nosotros nos preocupamos de los asuntos con más sobriedad y dulzura, y lo comprenderá más aún por lo que voy a decir. Los espartiatas gobernaron con dificultad diez años, nosotros retuvimos el imperio sin interrupción durante sesenta y cinco [30]. Todos saben que las ciudades sometidas a ajenos permanecen más tiempo bajo el poder de quienes les hacen menos daño,
Como consecuencia de esto, ambas ciudades fueron 57
odiadas y llegaron a la guerra y al desorden, situación en la que se vería que nuestra ciudad, cuando todos los griegos y bárbaros la atacaron, pudo hacerles frente durante diez años. Pero los lacedemonios, que aún tenían poder terrestre, lucharon sólo contra los tebanos y, fueron vencidos en una sola batalla, quedaron desposeídos de todo cuanto tenían y sufrieron parecidos infortunios y desgracias a las nuestras. Y además nuestra 58
ciudad se recobró en menos años de lo que costó vencerla, mientras que los espartiatas, tras su derrota [31], con mucho más tiempo, no pudieron restablecerse en la misma situación de la que cayeron, sino que están igual todavía ahora.

Hay que aclarar cómo nos comportamos unos y 59
otros con relación a los bárbaros. Pues aún nos falta esto. Durante nuestra hegemonía no les fue posible ni

---

[30] Teóricamente, la hegemonía espartana duró desde el final de la guerra del Peloponeso (año 404 a. C.) hasta su derrota en Leuctra ante los tebanos (años 371 a. C.); G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 406, n. a, razona que el triunfo de Conón en la batalla de Cnido (año 394 a. C.) limitaría a diez años la supremacía naval espartana.

[31] La derrota de Esparta en Leuctra (371 a. C.) causó en Grecia una fortísima impresión. Jeager, *Paideia...*, pág. 897 señala cómo a partir de Leuctra, cambian en la literatura política del s. IV a. C. los juicios sobre Esparta y sus instituciones.

bajar un ejército terrestre más allá del río Halis, ni navegar con barcos de guerra desde Fasélide[32]. Cuando dominaron los lacedemonios, no sólo tuvieron los bárbaros la posibilidad de marchar y navegar donde querían, sino que se hicieron señores de muchas ciudades
60 griegas. Y a la ciudad que firmó con el rey persa los tratados más generosos y nobles, que fue la responsable de los más grandes y peores males para los bárbaros y de beneficios para los griegos, que incluso arrebató a los enemigos la costa de Asia y otro mucho
61 territorio y lo adquirió para sus aliados, y detuvo la soberbia de los primeros y la penuria de los segundos, que además, luchó en su propia defensa mejor que la más famosa en estos asuntos bélicos y se libró de las desgracias con más rapidez que ésa misma, ¿cómo no va a ser justo el elogiarla y honrarla más que a la ciudad que ha resultado inferior en todas estas circunstancias? Esto es lo que tenía que decir en el presente sobre lo que hicieron unos y otros y los peligros que conjuntamente corrieron contra los mismos enemigos.

62 Creo que quienes oyen con disgusto estas palabras no contradirán la veracidad de lo dicho ni podrán hablar de otras hazañas con las que los lacedemonios causaron muchos beneficios a los griegos. Intentarán
63 en cambio, acusar a nuestra ciudad, como siempre suelen hacer, y relatar los sucesos más desagradables que han ocurrido cuando tuvimos el dominio del mar[33], y nos echarán en cara los procesos y juicios llevados a cabo aquí contra los aliados y el cobro de tributos. Especialmente se detendrán en los sufrimientos de los melios, de los escionios y de los toroneos, pensando

---

[32] Alusión a la paz de Calias, del año 448 a. C. por el que se reconocía la hegemonía de Atenas en el mar Egeo.

[33] Cosas parecidas decía Isócrates en *Panegírico* 113.

que con estas acusaciones mancharán los beneficios de la ciudad, beneficios que cité hace un poco[34]. Yo, ante 64
todo lo que se diga con justicia en contra de la ciudad, ni podría replicar ni intentaría hacerlo. Porque me daría vergüenza, como ya dije antes, que si otros piensan que ni los dioses son irreprochables, yo me empecinara e intentara convencer de que nunca nuestra comunidad ha cometido errores. No es eso lo que pienso 65
hacer, sino demostrar que la ciudad de los espartiatas, en los hechos referidos, ha sido mucho más cruel y dura que la nuestra, y que quienes nos infaman para defenderlos se comportan de la manera más insensata posible y son los responsables de que sus amigos nos tengan en mal concepto. Porque cuando nos reprochan 66
cosas de las que los lacedemonios son más responsables, no dudamos en acusarles de un error mayor que el que nos reprochan. Así también ahora, si hacen mención de los procesos que se celebran aquí contra los aliados, ¿quién será tan inepto que no consiga responderles a esto que los lacedemonios mataron sin juicio a más griegos de los que entre nosotros comparecieron ante un proceso y juicio desde que habitamos la ciudad?[35].

Cosas parecidas podríamos decir sobre el cobro de 67
tributos, si dijeran algo. Pues demostraremos que dimos muchas más ventajas que los lacedemonios a las ciudades que nos pagaban tributo. En primer lugar, esto lo hacían sin que se lo hubiéramos mandado, sino que ellos mismos lo decidieron cuando nos entregaron el dominio del mar. En segundo lugar, no pagaban el 68
tributo para nuestra salvación, sino en defensa de la

---

[34] MATHIEU, *Les idées...*, pág. 22, ve aquí una crítica de la hegemonía marítima de Atenas, deplorando su violencia. Nosotros no lo vemos en absoluto.

[35] ¿Alusión a las maldades de los Treinta, sostenidos por los espartanos?

democracia y de su propia libertad, y para no caer, si se establecía la oligarquía, en males semejantes y tan grandes como los ocurridos bajo las decarquías y bajo el dominio de la ciudad de los lacedemonios. Más incluso: no los pagaban por lo que ellos mismos hubieran salvado, sino por los bienes que tenían a causa nues-
69 tra. Si tuvieran una pequeña facultad de razonar, con justicia nos darían las gracias por esos tributos. Porque después que recibimos sus ciudades, unas destruidas completamente por los bárbaros, otras saqueadas, las hemos hecho avanzar tanto que, aunque nos daban una pequeña parte de sus recursos, no tenían haciendas inferiores a las de los peloponesios que no pagaban tributo alguno.

70 En cuanto a las destrucciones producidas por ambas ciudades, cosa que algunos nos reprochan sólo a nosotros, demostraremos que las han hecho mucho más terribles aquellos a quienes se pasan la vida elogiando. Porque a nosotros nos ocurrió que cometimos faltas contra unos islotes tan importantes y grandes que la mayoría de los griegos no los conocen, pero aquéllos, después de destruir las ciudades peloponesias más grandes y principales por todos los conceptos, conser-
71 van lo que era de aquéllas. Unas ciudades que, en justicia, aunque no hubieran hecho bien alguno en el pasado, debían alcanzar de los griegos el mayor privilegio a causa de la expedición contra Troya, en la que fueron las primeras ellas mismas y sus jefes, y tenían no sólo las virtudes de las que participan incluso muchos mediocres, sino aquellas que ningún cobarde
72 podría asumir. Así Mesenia presentó a Néstor, el más sensato de los hombres de aquel tiempo, Lacedemonia a Menelao, el único digno de ser por su prudencia y justicia yerno de Zeus, y la ciudad de los argivos a Agamenón, quién no tenía una o dos virtudes sino todas las que se podrían decir, y no en un grado nor-

mal sino excepcional. Porque no encontraremos a nadie que haya tenido entre manos hazañas más insólitas, hermosas o mayores, ni más útiles para los griegos, ni dignas de mayores aplausos[36]. Y si sólo las enumerara, algunos las pondrían en duda con razón, pero si hablamos un poco de cada una, todos reconocerían que digo la verdad. 73

No puedo ver con claridad, sino que vacilo en qué palabras utilizar tras éstas para que mi propósito resultara bien. Porque me da vergüenza que si he comenzado a hablar en semejantes términos de la virtud de Agamenón, no me acordara de ninguna de sus hazañas y pareciera a mis oyentes igual que quienes fanfarronean y dicen cualquier cosa que se les ocurre. Veo también que cuantos hechos se relatan fuera del tema elegido no se aplauden, sino que parecen confusiones, y que, aunque son muchos quienes los han utilizado mal, son muchos más sus críticos. Por eso temo que me ocurra algo parecido. Con todo, elijo ayudar a un hombre que ha sufrido lo mismo que yo y otros muchos, que por error ha quedado privado del prestigio que le correspondía y que, habiendo sido el causante de los mayores bienes en aquel tiempo, es menos alabado que quienes nada hicieron digno de mención[37]. 74 75

Porque, ¿qué descuidó Agamenón, que tuvo tanto honor como no se podría encontrar ni aunque todos 76

---

[36] Las comparaciones de Isócrates con el mundo de Homero pudieron influir en la posterior conducta de Alejandro de Macedonia, que tomó la Ilíada como pauta a seguir en su expedición al imperio persa. Así, desde su desembarco en Asia, con el sacrificio en honor de Aquiles, Alejandro comparaba su destino con el del héroe homérico (Mathieu, *Les idées...*, pág. 214).

[37] Blass, *Die attische...*, II, pág. 331, señala que generalmente Agamenón es un disfraz que emplea Isócrates para hablar de Filipo, por ser el primero el jefe de la expedición contra Asia, lo que Isócrates pretende que sea Filipo.

reunidos lo buscaran? Fue el único que mereció ser general de toda Grecia. No podría decir si fue elegido por todos o lo ganó por su cuenta. Pero, sea como fuere, no ha podido ser superado en gloria por los que
77 fueron honrados por cualquier otro concepto. Con este poder no hizo daño a ninguna ciudad griega, sino que tan lejos estuvo de ello que, habiendo encontrado a los griegos en guerra, tumultos y con muchas desgracias, les libró de esto y, tras establecer la concordia, despreció las hazañas desmesuradas, prodigiosas y que en nada ayudan a otros para reunir un ejército, que con-
78 dujo contra los bárbaros. No se verá que ninguno de los hombres famosos de aquella época ni de la posteridad haya realizado una campaña más hermosa y más útil a los griegos. Aquél la llevó a cabo y demostró a los demás que no obtuvo la fama que merecía gracias a quienes prefieren los prodigios a los beneficios y las mentiras a la verdad. Pero, aunque tal había sido su comportamiento, tiene menos prestigio que quienes ni se atrevieron a imitarlo.

79 No se le aplaudiría sólo por esto, sino por lo que hizo en aquel mismo tiempo. Llegó a tanta magnanimidad que no le bastó con recibir como soldados a los ciudadanos que quiso de cada ciudad, sino que a los reyes que hacían lo que querían en sus ciudades y que mandaban sobre otros, les persuadió a ponerse bajo sus órdenes y a acompañarle contra los que dirigía la expedición, a hacer lo que les mandara y a vivir como
80 soldados dejando su vida de reyes. También les convenció para que se arriesgaran y guerrearan no en defensa de su propia patria y reino, sino con la excusa de proteger a Helena, mujer de Menelao, pero, en realidad, para que Grecia no sufriera a manos de los bárbaros cosas parecidas a las que padeció antes[38],

[38] Lo mismo en el *Elogio de Helena* 51.

como la conquista de todo el Peloponeso por Pélope, de la ciudad de los argivos por Dánao y de Tebas por Cadmo[39]. ¿Aparecerá algún otro que haya previsto esto o que haya impedido que nada semejante se produjera, excepción hecha del carácter y la fuerza de Agamenón? Viene ahora lo que es menos importante 81
que mis palabras anteriores, pero mayor y más digno de mención que otras cosas encomiadas muchas veces. El ejército se había formado con gente de todas las ciudades, era tan grande como es lógico pensarlo, y tenía muchos descendientes de dioses o hijos de los mismos dioses, que no se comportaban igual que la mayoría ni pensaban lo mismo, sino que estaban llenos de cólera, valor y ambición. A pesar de ello, Agamenón 82
dirigió este ejército durante diez años sin grandes pagas ni gastos de dinero, con los que ahora todos gobiernan[40], sino con la superioridad de su inteligencia, con su capacidad para proporcionar a los soldados alimento de los enemigos, y, sobre todo, porque parecía que sus decisiones sobre la salvación de otros eran mejores que las de los otros sobre sí mismos. Y no 83
menos hay que admirar el final que dió a todos estos asuntos. Porque se verá que su actuación no fue inconveniente ni indigna de lo anteriormente dicho. Por el contrario, se dice que luchó contra una sola ciudad, pero, en realidad, lo hizo no sólo contra todos los habitantes de Asia, sino contra otros muchos pueblos bárbaros. Y aunque corría peligro, no rehusó ni lo dejó hasta esclavizar a la ciudad del que se atrevió a pecar y hasta acabar con la soberbia de los bárbaros.

No desconozco lo mucho que he hablado sobre la 84
virtud de Agamenón ni que, aunque sea tanto, si se

---

[39] La misma mención en *Elogio de Helena* 68.

[40] Crítica a la costumbre de contratar tropas mercenarias, corriente en Grecia en todo el s. IV a. C.; cf. *Sobre la paz* 44 y sigs.

examinasen los argumentos uno a uno para ver cuál habría de rechazarse, nadie se atrevería a suprimir ninguno; pero al leerlos todos seguidos, quizá todos me
85 criticarían por hablar mucho más de lo preciso. Si no me hubiera dado cuenta de que hablaba en exceso, sentiría vergüenza de haber sido tan estúpido cuando intentaba escribir de un tema que nadie se atrevió a tratar. Pero sabía con más exactitud que quienes osaron increparme, que muchos me criticarían por esto. A pesar de ello, pensé que el que a algunos les pareciera inoportuna esta parte del discurso, era preferible a olvidar, al hablar de semejante varón, alguno de los beneficios que a él le correspondían y a mí me conve-
86 nía tratar. Creía también que sería celebrado entre mis oyentes más condescendientes, porque se vería que, al tratar sobre la virtud, iba a hablar de manera digna del tema, preocupándome más por ello que por la simetría del discurso, aunque me daba perfecta cuenta de que esta inoportunidad me haría perder fama, mientras que mi prudencia al tratar sus hazañas sería de utilidad a aquéllos a quienes elogio. Con todo, tras dejar a un lado mi provecho, elegí lo que era justo.
87 Pero se descubriría que tengo esta manera de pensar no sólo en el presente discurso sino en todos, porque veía que era más considerado por aquellos de mis discípulos que tienen fama por su vida y obras que por quienes parecen temibles oradores. Y aunque no tuviera nada que ver con quienes hablan bien, todos me harían responsable de ello, pero si todos saben que he sido consejero de los que obran con corrección, no habrá persona que no aplauda al que intervino en esos actos.

88 Pero no sé adónde me está llevando esto. Por pensar siempre que hay que añadir a lo que se ha dicho previamente su consecuencia, estoy completamente alejado de mi tema. No me queda más que pedir disculpas

para mi vejez por su olvido y prolijidad, cosas que les suelen ocurrir a los de mi edad, y regresar al punto desde el que caí en esta digresión. Creo que ya me doy 89
cuenta de donde me perdí. Yo replicaba a quienes echaban en cara a la ciudad las desgracias de los melios y de otras islitas parecidas, que eso no eran faltas, y les señalaba que los que ellos admiraban habían destruido muchas más ciudades que nosotros y más importantes. Al hablar de estas ciudades es cuando traté de la virtud de Agamenón, Menelao y Néstor, sin decir mentira alguna, pero quizá apartándome de la simetría. Esto lo hacía porque pensaba que no habría falta más 90
grave para la común opinión que la de quienes se atrevieron a destruir las ciudades que engendraron y criaron unos hombres de tal categoría que, incluso ahora, se podría decir de ellos muchas y bellas palabras. Pero es una insensatez gastar el tiempo en una sola acción como si no se pudiera hablar de la crueldad y dureza de los lacedemonios, cuando es un tema muy amplio. A los lacedemonios no les bastó con hacer daño a 91
estas ciudades y a hombres semejantes, sino que también se lo hicieron a quienes tenían su mismo origen, hicieron con ellos una común expedición y participaron de idénticos peligros, me refiero a argivos y mesenios. Porque desearon que éstos cayeran en las mismas desgracias que aquéllos. A los mesenios los sitiaron y no descansaron hasta expulsarlos del territorio[41], y con los argivos todavía pelean con el mismo objetivo. En 92
cuanto a lo que hicieron con Platea, sería insensato si, tras haber hablado de esto, no lo recordara. Fue en su territorio donde acamparon con nosotros y los demás aliados, y donde se enfrentaron con los enemigos, sacrificaron a los dioses que los plateenses veneran y no sólo liberamos a los griegos que estaban con nos-

[41] Cf. *Arquidamo* 26 y sigs.

93 otros, sino también a quienes se vieron obligados a estar con el enemigo, y esto lo hicimos sin tener otros aliados en Beocia que los plateenses[42]. Sin dejar pasar mucho tiempo los lacedemonios, por agradar a los tebanos, después de sitiar a los plateenses, mataron a todos salvo a quienes pudieron irse corriendo. Nuestra ciudad, en cambio, no se portó igual con ellos[43].
94 Porque los lacedemonios se atrevieron a causar tal perjuicio a los benefactores de los griegos y a sus propios parientes, pero los nuestros salvaron a los mesenios y los trasladaron a Naupacto, hicieron ciudadanos a los plateenses supervivientes y partícipes de todo lo que poseían. Por eso, si no pudiéramos decir sobre las dos ciudades ninguna otra cosa, por éstas sería fácil comprender la manera de actuar de cada una y cuál ha destruido más y más importantes ciudades.

95 Sé que me ocurre un fenómeno contradictorio con mis palabras anteriores. Entonces llegué a hablar de ignorancia, digresión y olvido, pero ahora sé bien que no me mantengo con la misma tranquilidad que tenía cuando comencé a escribir el discurso, sino que trato de hablar de asuntos que no pensaba tratar, yo mismo me encuentro más animoso que de costumbre y sin ser dueño de algunos temas de los que hablo a causa de la multitud de cosas que me vienen a la cabeza.
96 Pero, puesto que me ha entrado el deseo de hablar con franqueza, tengo desatada la lengua y desarrollé el tema de tal forma que no está bien ni es posible dejar de lado los hechos por los que se puede demostrar que nuestra ciudad se ha comportado con los griegos mejor que la de los lacedemonios, no hay que callar

---

42 Referencia a la batalla de Platea (479 a. C.), la menos famosa de las guerras médicas pero la realmente decisiva.

43 Cf. el *Plateense*, y Tuc., III 57 y sigs.

los demás males ocurridos a los griegos que nunca se han contado. Habrá que señalar, por el contrario, que los nuestros se han instruido tarde en hacer daño, mientras que los lacedemonios han sido los primeros en hacerlo o los únicos.

La mayoría acusa a ambas ciudades de que, bajo el 97
pretexto de correr peligro contra los bárbaros en defensa de los griegos, no dejaron que las ciudades fueran autónomas ni que gobernaran sus asuntos como a cada una le conviniera, sino que, después de repartírselas como si hubieran sido botín de guerra, las esclavizaron a todas y obraron igual que quienes quitan a otros sus servidores para darles la libertad, pero obligan a los primeros a ser sus propios esclavos. De que 98
se dijera esto y cosas aún mucho más duras, nosotros no hemos sido responsables, sino quienes ahora se oponen a lo que decimos, y en otro tiempo a todo lo que hicimos. Porque nadie podría demostrar que nuestros antepasados en los innumerables tiempos anteriores intentaran gobernar sobre ciudad alguna, ni grande ni pequeña. Pero todos saben que los lacedemonios desde que llegaron al Peloponeso no hacían ni pensaban en otra cosa que no fuera en cómo dominar mejor a todos, y si no a todos, a los peloponesios. En cuanto a 99
las revueltas, las matanzas y los cambios de gobiernos que algunos nos achacan a ambos, se verá que los lacedemonios llenaron todas las ciudades salvo unas pocas de semejantes desgracias y enfermedades, mientras que ninguno se atrevería a decir que nuestra ciudad haya hecho algo parecido con sus aliados antes del desastre del Helesponto. Pero cuando los lacedemo- 100
nios, que habían sido señores de los griegos, de nuevo quedaron apartados de los asuntos y en esa circunstancia se peleaban otras ciudades, dos o tres de nuestros generales —no ocultaré la verdad— las hicieron

daño[44], esperando que si imitaban las hazañas de los
101 espartiatas, podrían retenerlas mejor. Por eso, en justicia, todos acusarían a los espartiatas de haber sido los primeros y los maestros de semejantes actos, pero con los nuestros tendrían una indulgencia lógica, como discípulos engañados por quienes les hacen promesas y como gente equivocada en sus esperanzas.

102 Finalmente, ¿quién no conoce lo que los lacedemonios hicieron ellos solos y por su propia iniciativa? Cuando existía entre nosotros un odio común contra los bárbaros y sus reyes, nosotros, que estuvimos en muchas guerras, que alguna vez caímos en enormes desgracias, que vimos con frecuencia saqueada y destruida nuestra tierra, nunca confiamos en la amistad ni en la alianza con los bárbaros, sino que, por sus conspiraciones contra los griegos, no dejamos de odiarlos más que a quienes nos hacen daño en el presente.
103 Los lacedemonios, en cambio, aunque no sufrían daño alguno, ni lo esperaban, ni lo temían, llegaron a tal grado de insaciabilidad que no les bastó tener el dominio terrestre, sino que tanto desearon conquistar el poderío del mar que, al mismo tiempo de provocar la defección de nuestros aliados con la promesa de liberarlos, hablaban con el rey de amistad y alianza[45], diciéndole que le entregarían a cuantos vivían en Asia.
104 Y después de dar a unos y a otros garantías y de vencernos a nosotros, a quienes prometieron liberar los esclavizaron con más dureza que a los hilotas, y al rey le demostraron tanta gratitud que convencieron a su hermano Ciro, más joven que él, a disputarle el reino,

[44] Según G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 434, n. c, se refiere Isócrates a Cares, general rival de Timoteo, el discípulo y amigo del orador.

[45] Por el tratado de Mileto, del año 412 a. C. Esparta recibió ayuda monetaria de Persia a cambio de renunciar a las ciudades jonias de Asia Menor.

reunieron para él un ejército, colocaron a su frente a Clearco y lo enviaron contra el rey. Pero tuvieron mala 105
suerte en estos planes, quedaron al descubierto en lo que deseaban, fueron odiados por todos y se vieron en guerra y en tantos desórdenes como es de esperar que tengan quienes perjudicaron a griegos y a bárbaros. No sé qué más hay que decir sobre esto, a no ser que vencidos en el mar por el poderío del rey y la estrategia de Conón, firmaron una paz cual nadie po- 106
dría señalar otra más vergonzosa, censurable, despreciable para los griegos ni más contraria a lo que algunos dicen sobre la virtud de los lacedemonios[46]. Esos lacedemonios que, cuando el rey les hizo señores de los griegos, intentaron arrebatarle su reino y toda su prosperidad, pero que cuando los venció en combate naval, no le entregaron unos pocos griegos, sino todos los que viven en Asia. Además, escribieron expresa- 107
mente que el rey haría lo que quisiera, y no les dio vergüenza firmar estos acuerdos sobre hombres con cuya alianza nos vencieron, se hicieron dueños de los griegos y esperaron dominar toda Asia, sino que esos tratados los grabaron en sus templos y obligaron a sus aliados a hacerlo.

Creo que no se deseará oír otros hechos, sino que 108
con la comprensión de lo dicho se juzgará suficientemente cómo se comportó con los griegos cada una de las dos ciudades. Pero yo no pienso así, creo, por el contrario, que el tema que tomé necesita otros muchos razonamientos y sobre todo los que demostrarán la insensatez de quienes se atrevieron a contradecir mis palabras. Creo que estas razones las encontraré con facilidad. Pienso que los mejores y los más inteligen- 109

[46] La paz de Antálcidas, del año 387 a. C.; aquí esta paz es muy criticada, pero en el discurso *Sobre la paz* Isócrates aconsejaba retornar a ella como base para la política exterior (cf. n. 16 a ese discurso).

tes de quienes aceptan todas las acciones de los lacedemonios aplaudirán la constitución política de los espartiatas y tendrán sobre ella la misma opinión que antes [47], pero en cuanto a lo que hicieron con los grie-
110 gos se mostrarán conformes con mis palabras. Pero quienes son inferiores a éstos y a la mayoría de los hombres, que son incapaces de pronunciar un discurso soportable de cualquier otro asunto, pero no pueden dejar de hablar de los lacedemonios porque piensan que si exageran en los elogios que de ellos hacen recibirán la misma fama que los oradores que parecen más
111 vigorosos que ellos y mucho mejores, ésos, cuando se den cuenta que todas sus mañas han sido sorprendidas y que no pueden oponer ni un sólo argumento a mis palabras, creo que se volverán a hablar de las constituciones políticas y que elogiarán a Esparta comparando la que está allí establecida con la de aquí y sobre todo su prudencia y disciplina con nuestra des-
112 preocupación. En el caso de que intenten hacer algo así, conviene que las personas inteligentes piensen que ellos desvarían. Porque yo no me propuse tratar de las constituciones políticas, sino demostrar que nuestra ciudad se portó con los griegos mucho mejor que los lacedemonios. Si suprimieran algo de esto o hablaran de otras empresas comunes en las que aquéllos fueron mejores que nosotros, serían aplaudidos con razón. Pero si pretenden hablar de cosas de las que yo no hice mención alguna, darán a todos con justicia la impre-
113 sión de que son estúpidos. Con todo, como creo que ellos propondrán en público un discurso sobre las constituciones no vacilaré en hablar sobre ellas. Porque pienso que demostraré que también en esto nuestra ciudad sobresalió más que en lo ya relatado.

---

47 Los mejores se han inspirado en la constitución de los espartiatas, pero su fundador Licurgo se inspiró, a su vez, en el modelo ateniense (Cloché, *Isocrate...*, págs. 90-91).

Y que nadie piense que lo que he dicho se refiere 114
a la constitución que fuimos obligados a cambiar, sino a la de nuestros antepasados[48], que nuestros padres no despreciaron por desear la que ahora está establecida, sino que juzgaron que aquélla era muy conveniente para otras acciones y ésta la más útil para el dominio del mar. Cuando adoptaron ésta última y la aplicaron bien, fueron capaces de rechazar las intrigas de los espartiatas y la fuerza de todos los peloponesios que apremiaban a la ciudad sobre todo en aquel tiem-
po a luchar para sobrevivir. Por eso nadie con justicia 115
censuraría a quienes la eligieron. Pues no se engañaron en sus esperanzas, ni desconocían las virtudes y defectos de cada uno de estos poderes, sino que sabían bien que la hegemonía terrestre se ejercita con la disciplina, la prudencia, la obediencia y otras cosas semejantes, pero el dominio del mar no aumenta con esto,
sino con la industria naval, con quienes pueden con- 116
ducir las naves y con los que, por haber perdido sus bienes, están acostumbrados a ganarse la vida con los ajenos[49]. Si estos individuos caían sobre la ciudad no era dudoso que el orden establecido por la anterior constitución se disolvería y la benevolencia de los aliados cambiaría con rapidez, cuando a los que antes daban tierras y ciudades se les obligara a pagar impuestos y tributos para tener una soldada que dar a
éstos a los que me referí hace un poco. Pero, aunque 117
no ignoraban lo anteriormente dicho, pensaban que a una ciudad tan grande y de tanto prestigio le era ven-

[48] La antigua democracia de Solón y Clístenes, tan alabada en el *Areopagítico*.

[49] Esta nueva constitución era la de la política naval impulsada por Arístides y Temístocles. En el año 487 a. C., Temístocles consigue neutralizar la influencia del Areópago y aumentar la de los estrategos, que desde entonces tienen poderes administrativos y financieros.

tajoso y conveniente soportar todas las dificultades
mejor que el dominio de los lacedemonios. Porque ante
ambas propuestas, malas las dos, era preferible elegir
el hacer daño a otros antes que sufrirlo uno mismo y
mandar sobre los demás contra justicia a rehuir esta
acusación siendo esclavizados injustamente por los la-
118 cedemonios. Esto era lo que eligieron y decidieron
todos los inteligentes. Unos pocos que presumían de
sabios habrían dicho que no, si se les hubiera pre-
guntado. Los motivos por los que cambiaron la cons-
titución que algunos criticaban por la que todos aplau-
den, aunque los expliqué con mucha amplitud, eran
éstos.

119 Pero ya voy a hablar de la constitución que elegí
como tema y de los antepasados, empezando por aque-
llos tiempos en que no existía el nombre de oligarquía
ni el de democracia, sino que eran monarquías las
que gobernaban tanto los pueblos bárbaros como todas
120 las ciudades griegas. Elegí el comenzar desde tan atrás
por lo siguiente: en primer lugar porque creía con-
veniente que quienes disputan por la virtud sobresa-
lieran de los demás desde su nacimiento, y, además,
porque me daba vergüenza que si por hablar de hom-
bres ilustres me había alargado más de lo que conve-
nía, no hiciera ni una pequeña mención de los antepa-
121 sados que tan bien gobernaron la ciudad. Nuestros
antepasados fueron tan superiores a quienes tenían el
poder en otros lugares, como lo son los hombres más
inteligentes y sensatos con respecto a los animales
más feroces y llenos de la mayor crueldad. Porque,
¿qué acción desmedida por su impiedad y rigor no en-
contramos en las demás ciudades y sobre todo en las
que entonces se tenían por más importantes y toda-
vía ahora lo parecen? ¿No han sido incontables las
122 muertes de hermanos, padres y huéspedes? ¿Y los ase-
sinatos de madres, los incestos y las procreaciones con

los propios padres?[50]. ¿Y la crianza de los niños, amenazada por sus parientes más cercanos? ¿No se produjeron destierros de hijos por sus padres, naufragios, cegueras y tal cantidad de maldades que nunca les han faltado a ninguno de los que acostumbran a representar en el teatro las desgracias que entonces ocurrieron?

Conté estos sucesos no con la intención de insultar 123
a aquellos hombres, sino para señalar que nada de esto se ha producido entre nosotros. No sería, por supuesto, una señal de virtud, sino de que nuestra manera de ser no es igual a la de los más impíos que han existido. Pero es preciso que quienes intentan elogiar a algunos en exceso no muestren sólo que no son malvados, sino que aventajaron a los de entonces y a los de ahora en todas las virtudes. Esto es lo que cualquiera podría decir de nuestros antepasados.
Gobernaron la ciudad y sus propios bienes con tanta 124
piedad y belleza como conviene a descendientes de dioses, a los primeros que habitaron la ciudad y se sirvieron de leyes, a los que siempre practicaron la piedad con los dioses y la justicia con los hombres y a los únicos de los griegos que fueron autóctonos y no
un pueblo formado por mezclas ni advenedizos. Tenían 125
como alimento la tierra de la que nacieron y la amaban como aman los mejores a sus padres y madres, y además de esto, eran tan queridos por los dioses que lo que parece más difícil y raro, encontrar que algunas familias de tiranos o reyes duren cuatro o cinco generaciones, ésto les ocurrió sólo a ellos. Porque Ericto- 126
nio, nacido de Hefesto y de Gea, recibió su linaje y reino de Cécrope que no tenía hijos varones. Desde

[50] En este pasaje Isócrates puede referirse a la larga serie de crímenes de las leyendas argiva y tebana: Tiestes comió a su propio hijo que le sirvió su hermano Atreo; Edipo procreó con su propia madre, y sus hijos Eteocles y Polinices se dieron mutuamente muerte, etc.

entonces todos sus descendientes, que no fueron pocos, transmitieron a sus hijos sus posesiones y poderes, hasta llegar a Teseo[51]. De éste preferiría no haber ya hablado de su virtud y de sus hazañas. Pues encajaría mucho mejor tratarlas en este discurso sobre
127 la ciudad. Pero sería difícil, o mejor, imposible, eludir lo que ahora se me ocurrió sobre Teseo, y dejarlo para otra oportunidad que no sé si se volverá a producir. Con todo, dejaremos a un lado lo que ya utilicé anteriormente. Recordaré sólo una hazaña, que reúne las circunstancias de que nunca se habló de ella antes ni tampoco ha sido realizada por otro que no fuera Teseo, y que es la mayor señal de su virtud e inteli-
128 gencia. Pues aunque tenía un reino muy seguro y grande, en el que ya había realizado muchas y hermosas hazañas, todo eso lo despreció, y prefirió el prestigio que se deriva de los trabajos y de los combates y que siempre es recordado, a la indolencia y a la prosperidad que entonces poseía gracias a su reino.
129 Y esto lo llevó a cabo no cuando fue viejo ni cuando había disfrutado de los bienes que tenía, sino que en la flor de la edad confió al pueblo el gobierno de su ciudad, según se cuenta, y él pasaba su vida corriendo peligros por ella y por los demás griegos.

130 Ahora recordamos como pudimos la virtud de Teseo, pero ya antes contamos, sin pasarlas por alto, todas sus hazañas. En cuanto a quienes recibieron el gobierno de la ciudad que él les confió, no sé cómo podría elogiarlos en términos adecuados a su inteligencia. Ellos eran inexpertos en asuntos políticos, pero no se equivocaron al elegir una forma de gobierno reconocida por todos no sólo como la más imparcial y

---

[51] Mikkola hace notar que en todas las obras de Isócrates se insiste en una élite dirigente, tanto en plan colectivo como individual: este último caso es el de Teseo.

justa sino también como la más conveniente y agradable para quienes la usan. Establecieron, en efecto, 131
la democracia, no la que gobierna al azar y cree que el desenfreno es libertad y felicidad el que cada uno haga lo que quiera, sino la que critica esto y se sirve de la aristocracia. Una aristocracia que, aunque es muy útil, la mayoría la cuentan entre los regímenes políticos que se basan en las riquezas, y lo hacen no por ignorancia, sino porque nunca se preocuparon de lo que debían. Yo afirmo que hay sólo tres clases de 132
regímenes políticos: la oligarquía, la democracia y la monarquía [52], y que de los pueblos que viven en estos regímenes, cuantos acostumbran a colocar en las magistraturas y al frente de los demás asuntos públicos a sus conciudadanos más capaces y que estén dispuestos a gobernar de la mejor manera y con más justicia, ésos, en todos los sistemas políticos, se administrarán mejor a sí mismos y a los demás. Pero quienes uti- 133
lizan para esas funciones a los individuos más atrevidos y malvados y a los que no piensan en lo que conviene a la ciudad, pero están dispuestos a sufrir lo que sea en provecho de su ambición, sus ciudades serán gobernadas de acuerdo con las maldades de sus jefes. Y quienes no se gobiernan así ni como antes dije, sino que unas veces confían y honran mucho a quienes les agradan con sus palabras, y otras tienen miedo y se refugian en los mejores y en los más sensatos, a ésos alternativamente les irá unas veces peor y otras mejor. Así son las naturalezas y las posibilidades de 134
los sistemas políticos. Creo que ellos ofrecerán a otros muchos más argumentos que los que ahora se han dicho, pero yo no voy a hablar de todos, sino sólo de la

---

[52] Se habla aquí de las tres formas fundamentales de gobierno en un sentido no diferente al de Heródoto (III 80-12), y de sus posibles degeneraciones (Levi, *Isocrate...*, pág. 202).

constitución política de los antepasados. Porque prometí demostrar que fue más útil y causante de más
135 bienes que la que estaba establecida en Esparta. El discurso que voy a pronunciar no será molesto ni inoportuno para quienes me oigan hablar con gusto de un sistema político útil, sino comedido y adecuado a mis palabras anteriores. Sin embargo, a los que no les agrade lo que se dice con mucha seriedad, sino que prefieren a quienes se insultan en las fiestas solemnes, o a los que, lejos de esta locura, alaban lo más vil o a los más criminales, a ésos creo que mi discurso
136 les parecerá más extenso de lo preciso. Nunca me interesaron tales oyentes a mí ni a los demás hombres inteligentes, sino aquellos que recordarán lo que dije al principio de todo el discurso, que no criticarán el número de mis palabras ni aunque fueran miles, sino que pensarán que es tarea suya leer y tratar la parte que quieran. Sobre todo, me interesan aquellos que no escucharán con más gusto otro discurso que no cuente las virtudes de los hombres y la manera de
137 ser de una ciudad bien gobernada. Si algunos quisieran y pudieran imitar estas virtudes, vivirían en la mayor fama y harían prósperas sus propias ciudades. Ya he dicho qué clase de auditorio me gustaría tener, pero temo que, aunque lo tenga, mi discurso resulte muy inferior a los asuntos que quiero tratar. A pesar de ello, intentaré desarrollarlos en la medida de mis
138 posibilidades. De que nuestra ciudad tuviera un gobierno distinguido sobre las demás en aquel tiempo, atribuiremos la responsabilidad a sus reyes, de quienes hablé hace poco. Pues aquéllos eran los que educaron al pueblo en la virtud, la justicia y en la mayor prudencia, y quienes les hicieron aprender por cómo gobernaban (se verá que esto lo digo después de que aquéllos lo realizaron) que todo sistema político es el alma de una ciudad con tanto poder como la inteli-

gencia en el cuerpo[53]. Porque es él el que delibera sobre todos los asuntos y custodia los bienes, el que rehuye las desgracias y es causa de todo lo que les ocurre a las ciudades. Cuando el pueblo aprendió esto, 139
no se le olvidó por el cambio político, sino que más que a otros asuntos se dedicó a buscar cómo conseguiría jefes partidarios de la democracia, cuyo carácter fuera semejante a quienes antes le gobernaron, a que no se le pasara establecer como señores de todos los asuntos públicos a quienes nadie confiaría los suyos particulares. También procuró no ver con indiferen- 140
cia que reconocidos criminales se acercaran a los asuntos de la ciudad, ni soportar la voz de quienes, censurables en sus personas, pretendían aconsejar a los demás de qué forma obrarían con discreción y mejor al gobernar la ciudad. Tampoco admitió a los que habían perdido sus patrimonios en los peores placeres, ni a quienes intentaban reparar su menguada fortuna con los bienes públicos ni a los que, por agradar, siempre desean hablar, pero arrojan a los que convencen a los mayores sinsabores y dolores. Todos y cada uno 141
creerían que debe apartarse de la deliberación a semejantes individuos, y también a los que suelen decir que las haciendas de los demás pertenecen a la ciudad, pero se atreven a robar y saquear los propios de la ciudad, y a quienes fingen amar al pueblo, pero hacen que sea odiado por todos los demás. Asimismo a los 142
que de palabra se inquietan por los griegos, pero de hecho los injurian, los calumnian y los ponen contra nosotros, de tal manera que las ciudades en guerra con más gusto y facilidad recibirían a sus asaltantes que una ayuda nuestra. Cualquiera desistiría de escribir si intentase enumerar todas sus malicias y perversidades. Nuestros antepasados, por odiar estas mal- 143

[53] Lo mismo en *Areopagítico* 13.

dades y a sus autores, hacían consejeros y jefes suyos no a cualquiera, sino a los mejores, a los más sensatos y a los de vida más ejemplar, los elegían como generales y embajadores, y donde era necesario los enviaban, les confiaban también todos los poderes de la ciudad, por creer que quienes en la tribuna quieren y pueden aconsejar de la mejor manera, ésos, por sí mismos, tendrán la misma manera de pensar en todos los lugares y sobre todas las formas de actuar.
144 Y esto era lo que les ocurría. Porque, gracias a este modo de pensar, en pocos días vieron que habían sido inscritas las leyes, no como las de ahora, ni repletas de tanta confusión y contradicciones que no se podrían reconocer las útiles ni las superfluas, sino unas leyes que, en primer lugar, eran pocas, pero suficientes y fáciles de conocer para quienes las usaran, y, además, justas, convenientes y concordes entre sí, que atendían más a las ocupaciones públicas que a los contratos privados, y que eran las precisas para un pueblo
145 bien gobernado. Por este mismo tiempo situaron en los cargos públicos a los elegidos por tribus y demos[54], y esos cargos no los hicieron disputados ni deseables, sino mucho más parecidos a las liturgias, que son molestas para quienes las soportan, pero que les otorgan alguna clase de honor. Porque era preciso que los elegidos para el mando se despreocupasen de sus bienes particulares y se abstuviesen de los ingresos que se acostumbra a dar a las magistraturas no menos que de los bienes de los templos —¿quién aguantaría esto en
146 las circunstancias actuales?— Y quienes en esos cargos eran cumplidores, tras ser elogiados comedidamente, servían en otro con la misma dedicación, pero los que cometían alguna pequeña falta, caían en el peor deshonor y en los mayores castigos. De suerte que nin-

---

[54] Cf. *Areopagítico* 22.

gún ciudadano se comportaba ante las magistraturas como ahora, sino que entonces preferían rehuirlas más de lo que ahora las persiguen. Y todos piensan que 147
no hubo democracia más sincera, más firme y que más conviniera a la mayoría que la que, al conceder al pueblo la exención de tan grandes esfuerzos, le hacía dueño de establecer las magistraturas y de castigar a los infractores, cosas que corresponden a los tiranos más afortunados. La mayor señal de que apreciaban 148
esta situación más de lo que he dicho es la siguiente: está claro que el pueblo lucha contra los sistemas políticos que no le agradan, que los derriba y mata a sus jefes. Sin embargo utilizó éste no menos de mil años y se mantuvo en él desde que lo recibió hasta la época de Solón y el gobierno de Pisístrato, el que, cuando se hizo demagogo, tras perjudicar mucho a la ciudad y desterrar a los mejores ciudadanos como sospechosos de oligarquía, acabó por derribar el gobierno del pueblo y hacerse a sí mismo tirano[55].

Quizá algunos dirían que soy extravagante —nada 149
me impide hacer una pausa en mi discurso— porque me atrevo a hablar, como si los conociera con exactitud, de asuntos que se realizaron sin mi presencia. Yo creo que actuar así no es extravagancia. Pues si fuera el único que confiara en lo que se dice sobre la antigüedad o en los escritos que de aquella época se nos han transmitido, sería criticado con razón. Pero ocurre que en la actualidad se ve que a muchos hombres inteligentes les sucede lo mismo que a mí. Al 150
margen de esto, si empleara la demostración y el razonamiento, podría señalar que todos los hombres

---

[55] La tiranía de Pisístrato no fue tan terrible como Isócrates la presenta; hubo una reforma agraria, grandes obras públicas, fomento del culto a Dioniso (culto más democrático que el dedicado a Apolo), etc.; ARISTÓT., en *Const. de Aten.* 14 y sigs., presenta una imagen más favorable de Pisístrato.

tienen más conocimientos por lo que han oído que por lo que han visto y que, de los sucesos que saben, son mayores y más hermosos los que han oído de otros que aquellos a los que han asistido personalmente. Con todo, no está bien descuidar tales objeciones —porque podría ocurrir que si nadie las contradijera perjudicaran a la verdad— ni tampoco emplear mucho tiempo en refutarlas, sino sólo el suficiente para demostrar a los demás que estos individuos dicen tonterías, y luego volver a tratar el tema, tomando la narración desde donde la dejé. Esto es lo que haré.

151 Hemos aclarado suficientemente el conjunto del sistema político de entonces y el tiempo que usaron este tipo de gobierno. Nos quedan por explicar los sucesos producidos por este buen gobierno. Pues a partir de esos sucesos mejor se podría comprender que el gobierno que tuvieron nuestros antepasados fue mejor y más prudente que los demás y que se sirvieron de los jefes y consejeros que deben utilizar los
152 inteligentes. Con todo, no debo contarlos antes de hablar un poco sobre ellos. Porque si, despreciando las censuras de quienes no pueden hacer otra cosa, siguiese inmediatamente con otras hazañas que realizaron o con las costumbres bélicas de que se sirvieron nuestros antepasados para vencer a los bárbaros y tener prestigio entre los griegos, no habría forma de impedir que algunos dijeran que cuento las leyes que Licurgo estableció y están usando los espartiatas.

153 Reconozco que contaré muchas cosas de las que allí están establecidas, pero no porque Licurgo descubriera o discurriera ninguna, sino porque imitó de la mejor manera posible la organización de nuestros antepasados y estableció en su pueblo una democracia mezclada con la aristocracia[56], como la que había

---

[56] Pasaje especialmente interesante, pues concuerda con lo

entre nosotros, e hizo que las magistraturas no fueran a sorteo sino elegibles. Ordenó por ley que la elección 154
de los ancianos que gobernaban todos los asuntos se hiciera con tanta seriedad como, según se dice, había entre nuestros antepasados con los que iban a subir al Areópago, y también les atribuyó un poder idéntico al que sabía que tenía nuestro Consejo. Que estableció 155
allí la misma costumbre que antiguamente había en nuestras instituciones, lo podrían averiguar por muchos datos quienes deseen saberlo. En cuanto a la experiencia militar, los espartiatas no se ejercitaron en ella antes que nosotros ni la usaron mejor, y por los combates y guerras que, según todos reconocen, se celebraron en aquel tiempo, creo que lo demostraré tan suficientemente que ni los insensatos partidarios de Esparta podrán contradecir mis palabras ni tampoco quienes al mismo tiempo que las admiran, las critican y desean imitarlas. Empezaré con unas pala- 156
bras que quizá algunos no oigan con gusto, pero no será inútil el decirlas. Pero si alguno afirmara que las dos ciudades han sido responsables de los mayores bienes para los griegos y de los mayores males tras la expedición de Jerjes, no es posible que diera la impresión de no decir la verdad a quienes saben algo de lo que entonces ocurrió. Pues lucharon de la mejor ma- 157
nera posible contra el poderío de Jerjes y, tras realizar esta hazaña, cuando les convenía haber deliberado bien sobre el porvenir, llegaron a tal grado no de insensatez,

---

que Isócrates expuso en sus obras anteriores y aporta, además, una definición bien clara y precisa sobre el régimen político preferido por Isócrates: no una simple democracia, sino un régimen mixto, en el que están asociadas, como en Esparta, la democracia y la aristocracia. Lo mismo en Tuc., VII 97, cuando al hablar de la constitución de Terámenes del año 411, dice que es «una sabia combinación de oligarquía y democracia» (Cloché, *Isocrate...*, pág. 92).

sino de locura, que con el rey que hizo la expedición y quiso destruir por completo a ambas ciudades y
158 esclavizar a los demás griegos, con ese individuo al que con facilidad se habrían impuesto por tierra y mar, suscribieron una paz eterna[57] como si hubiera sido un bienhechor. Envidiaron, en cambio, sus propias virtudes y se lanzaron a la guerra entre ellas y a la rivalidad, y no cesaron de destruirse a sí mismos y a los demás griegos antes de hacer al enemigo común dueño de arrojar a nuestra ciudad a los peligros más extremos, gracias al poderío de los lacedemonios, y a su vez,
159 a la de éstos, gracias a nuestro poder. Y aunque quedaron tan atrás respecto al bárbaro en inteligencia, ni en aquellos tiempos se afligieron en proporción a lo que sufrieron ni a lo que les convenía, ni ahora las mayores ciudades griegas se avergüenzan de arrastrarse ante el oro del rey, sino que la de los argivos y la de los tebanos atacan a Egipto[58] junto con él, para que con mayor poder conspire contra los griegos. Y nosotros y los espartiatas, a pesar de haber suscrito una alianza, no nos mostramos menos hostiles entre nosotros que con los enemigos que tenemos cada uno.
160 Una prueba no pequeña es que no tratamos en común ni un solo asunto, y que por separado enviamos embajadores al rey, con la esperanza de que llegarán a ser dueños de la hegemonía sobre los griegos aquellos a quienes trate con más familiaridad, como si no supiéramos bien que tiene la costumbre de tratar con insolencia a los que le sirven, mientras que intenta apa-

---

57 La paz de Antálcidas.

58 La reconquista de Egipto por Persia la efectuó el rey Artajerjes III en el año 343-42 a. C., tras haber suscrito poco antes un pacto de no agresión con Macedonia. Egipto, sublevado el año 405 a. C., era independiente de hecho desde entonces.

ciguar por todos los medios las discrepancias de los que le hacen frente y desprecian su poder[59].

Conté esto aunque no ignoraba que algunos se atre- 161
verán a decir que utilicé argumentos que se apartan del tema. Creo, sin embargo, que nunca he dicho palabras más apropiadas a lo anterior que éstas, ni más claras para que cualquiera pudiera demostrar que nuestros antepasados gobernaron los asuntos más importantes con más sensatez que quienes administraron nuestra ciudad y la de los espartiatas tras la
guerra con Jerjes. Porque está claro que las dos ciu- 162
dades en aquellos tiempos, después de hacer la paz con los bárbaros, se destruyeron a sí mismas y a las demás ciudades, y que ahora pretenden gobernar a los griegos tras enviar al rey embajadores para tratar de amistad y alianza. Quienes en otra época habitaban la ciudad no hacían nada semejante, sino todo lo contra-
rio. Tan resueltos estaban a mantenerse lejos de las 163
ciudades griegas, como los más piadosos de los bienes de los templos y pensaban que la guerra más necesaria y la más justa era la de todos los hombres contra la crueldad de las fieras, y, después, la de los griegos contra los bárbaros, enemigos naturales y que siempre
conspiran contra nosotros. Esto que he dicho no me 164
lo he inventado, sino que lo he deducido de lo que aquéllos hicieron. Porque, al ver ellos que las demás ciudades se encontraban en muchos males, guerras y desórdenes y que la suya era la única bien gobernada, pensaron que quienes decidían y actuaban mejor que los demás no debían despreocuparse ni ver con indiferencia que se destruyeran las ciudades de su misma raza, sino que había que reflexionar y actuar para que
todas escapasen de sus males presentes. Después que 165
pensaron esto, intentaban suprimir las diferencias de

[59] Cf. *Panegírico* 154-155.

las ciudades menos enfermas con embajadas y palabras, a las más revueltas enviaban a los ciudadanos que tenían entre ellos el mayor prestigio, para que les aconsejaran sobre sus circunstancias presentes. Socorrían a quienes no podían vivir en ellas y a quienes actuaban peor de lo que mandan las leyes, que son los que más perjudican a las ciudades, y les persuadían para que con ellos marcharan en expedición y busca-
166 ran una vida mejor que la que tenían. Al ser muchos los que se convencían y querían hacerlo, con ellos formaban un ejército, sometían a quienes ocupaban las islas de los bárbaros y a los que habitaban en ambas costas del continente y, tras expulsar a todos, asentaban en ellas a los griegos más necesitados[60]. Pasaban el tiempo en estas acciones y dando ejemplo a los demás, hasta que oyeron que los espartiatas, como dije, habían puesto bajo su poder a las ciudades que se asentaban en el Peloponeso. Después de esto, se vieron obligados a atender sus intereses particulares.

167 ¿Qué beneficio es el que resultó de esta guerra por las colonias y de este esfuerzo? Creo que esto es lo que más deseará oír la mayoría. Para los griegos, llegar a ser más prósperos en medios de vida y a que su concordia fuera mayor cuando se apartaran de esa masa de semejantes hombres. En cuanto a los bárbaros, se vieron expulsados de su propia tierra y fueron menos ambiciosos que antes. Y los responsables de estos hechos ganaron enorme prestigio y dieron la impresión de haber hecho a Grecia doble de lo que era al
168 principio. No podría descubrir un beneficio de nuestros antepasados que haya sido mayor que éste y más común para los griegos. Pero quizá podríamos haber citado otro más unido a la práctica de la guerra, no

---

[60] Todo este pasaje es una alabanza a la colonización ateniense.

inferior en fama y más claro para todos. ¿Quién no conoce o quién no ha oído a través de los autores de tragedias en las Dionisíacas, las desgracias que le ocurrieron a Adrastro en Tebas?[61]. Porque, cuando que- 169
ría llevar a su país al hijo de Edipo, yerno suyo[62], perdió muchísimos argivos, vio muertos a todos sus comandantes y aunque él mismo se salvó con deshonor, como no pudo obtener treguas ni retirar sus muertos, llegó en calidad de suplicante a nuestra ciudad cuando Teseo aún la gobernaba[63]. Pedía que no se viera con indiferencia que tales hombres quedaran sin sepultura ni que fuera abolida una antigua costumbre y ley ancestral que todos los hombres practican desde siempre, no porque lo disponga la naturaleza humana, sino porque está ordenado por un poder di-
vino. Cuando el pueblo lo oyó, no dejó pasar tiempo 170
alguno, y envió una embajada a Tebas para aconsejarles que sobre la retirada de los muertos tomaran una resolución más piadosa y dieran una respuesta más justa que la anterior. También les indicaron que nuestra ciudad no permitiría que transgredieran una ley
común de todos los griegos. Después de escuchar los 171
que entonces eran jefes de los tebanos, su decisión no fue igual a la opinión que algunos tienen de ellos ni a lo que antes resolvieron, sino que razonaron este asunto con mesura, criticaron a sus atacantes y concedieron a nuestra ciudad la retirada de los muer-
tos. Nadie piense que no me doy cuenta de que estoy 172
diciendo sobre los tebanos cosas contrarias a las que he escrito en el *Panegírico*. Porque creo que entre quienes hayan sido capaces de reconocer esto no habrá nadie tan lleno de ignorancia y envidia que no

[61] Especialmente en los *Siete contra Tebas*, de Esquilo, y *Las Fenicias* de Eurípides.

[62] Polinices, casado con Argía, hija de Adrasto.

[63] Cf. *Panegírico* 54 y sigs.

me aplaudiría y me consideraría sensato por haber hablado sobre los tebanos de aquella manera entonces
173 y de ésta ahora[64]. Sé que he escrito bien y convenientemente sobre estos sucesos. En cuanto a que nuestra ciudad tenía superioridad militar en aquel tiempo —pues por querer demostrarlo conté lo ocurrido en Tebas— creo que aquella actuación aclaró suficientemente a todos que obligó al rey de los argi-
174 vos a suplicar a nuestra ciudad, y consiguió que los jefes de los tebanos prefirieran atenerse a las palabras de la ciudad que a las leyes establecidas por la divinidad. Nada de esto hubiera podido atender conveniente nuestra ciudad si no se hubiera destacado mucho de las demás en fama y poder.

175 Aunque puedo referir muchas y hermosas hazañas de los antepasados, estoy pensando en cómo contarlas. Porque esto me preocupa más que lo demás. Me encuentro en la parte de mi tema que dejé para el final y en la que anuncié que mostraría que nuestros antepasados aventajaron en guerras y combates a los espar-
176 tiatas más que en todo lo demás[65]. Será un argumento extraño para muchos pero igualmente sincero para otros. Ahora mismo dudaba qué peligros y combates contar primero, si los de los espartiatas o los nuestros. Pero me he propuesto relatar las hazañas de aquéllos, para acabar el discurso con las más hermosas y justas.

177 Cuando los dorios invadieron el Peloponeso, dividieron en tres partes las ciudades y territorios [que][66] arrebataron a sus legítimos poseedores. Unos obtuvieron Argos y Mesenia y las habitaban de manera

---

[64] Confesión clara de que en política es imprescindible el saber cambiar; para KENNEDY, *The Art...*, pág. 196, esto es oportunismo.

[65] Cf. *Panegírico* 51-70.

[66] El pronombre fue introducido por BLASS.

similar a la de los demás griegos, pero los del tercer lote, a quienes ahora llamamos lacedemonios, tuvieron unas disensiones como ningún otro pueblo griego, según dicen quienes conocen con exactitud la historia de aquéllos. Y, aunque aventajaban en orgullo a la masa, no tomaban sobre lo ocurrido decisiones iguales a las de quienes habían conseguido cosas parecidas. Pues los demás pueblos mantienen como vecinos 178
en su ciudad a quienes lucharon contra ellos y les asocian a todo, salvo a magistraturas y honores. Pero los espartiatas inteligentes creen que no son sensatos quienes piensan que se puede gobernar con seguridad viviendo con individuos que les han puesto en los mayores aprietos. Nada de esto hacen, sino que entre ellos establecieron una igualdad de derechos y una democracia tal como necesitan quienes están dispuestos a tener siempre el mismo parecer. Hicieron, en cambio, que el pueblo viviera fuera de la ciudad y esclavizaron sus espíritus no menos que los de sus servidores[67]. Tras obrar así, la tierra que cada uno 179
debía tener en igual proporción, la consiguieron unos pocos, y no sólo la mejor sino tanta como ningún griego tiene. A la masa, en cambio, le asignaron un lote de la peor, de tal manera que trabajándola con laboriosidad apenas tienen el sustento de cada día. Después dividieron al pueblo en grupos tan insignificantes como fue posible y los asentaron en muchos y pequeños lugares y les dieron nombres como si vivieran en ciudades, pero su importancia es menor que la de nuestros demos. Y cuando les arrebataron todo 180
lo que deben tener hombres libres, les expusieron a la

[67] En líneas generales lo que Isócrates nos cuenta sobre Esparta coincide bastante con las escasas noticias que tenemos sobre su constitución, que son sobre todo *La Constitución de los lacedemonios* de Jenofonte, la *Vida de Licurgo* de Plutarco, algunos datos que nos da Heródoto, etc.

mayoría de los peligros. Pues en las expediciones que conduce el rey, las forman con ellos en orden de batalla hombre por hombre, y a algunos en primera línea, y si necesitan enviar un socorro y temen los esfuerzos, los riesgos o su larga duración, mandan a estos para
181 que afronten el peligro por los demás. ¿Para qué hablar con más extensión de todos los ultrajes que se hacen al pueblo, en lugar de contar el mayor de los males dejando los demás? Pues, aunque han sufrido desde el principio cosas tan terribles y son útiles en las circunstancias presentes, los éforos pueden matar sin hacerles juicio a tantos como quieran[68]. Entre los demás griegos no está permitido asesinar ni siquiera a los servidores más malvados.

182 Me he extendido mucho en contar su intimidad y sus faltas contra el pueblo para preguntar a los que aceptan todos los actos de los espartiatas si también aceptan éstos, y si creen que las luchas mantenidas
183 contra estos hombres son piadosas y hermosas. Yo creo que esas luchas han sido grandes y formidables, causa de muchos males para los vencidos y de provechos para los vencedores, y por eso se han pasado todo el tiempo peleando, pero que no son lícitas ni hermosas ni convenientes para quienes aspiran a la virtud, no la que se promete en las artes y en otras muchas actividades, sino la que se produce con la piedad y la justicia en las almas de los hombres honrados, vir-
184 tud sobre la que trata todo mi discurso. Menospreciándola, algunos elogian a los que cometen más faltas que otros, y no se dan cuenta de que, al mostrar su propio pensamiento, aplaudirían también a aquellos que, a pesar de haber ganado más de lo preciso, se atreverían a matar a sus propios hermanos, a sus camaradas y compañeros para apoderarse de sus bienes. Pues seme-

[68] Referencia clara a la precaria situación de los hilotas.

jantes actos son comparables a lo que han hecho los espartiatas y quienes lo aceptan tienen que pensar igual sobre lo que acabo de decir. Me causa admira- 185
ción que algunos piensen que las luchas y victorias producidas contra justicia no son más vergonzosas y llenas de más reproches que las derrotas sufridas sin deshonor, y eso a pesar de saber que grandes fuerzas, pero malvadas, muchas veces se imponen a hombres honrados y decididos a correr peligros en defensa de
su patria. Con mucha más justicia elogiaríamos a 186
éstos que a quienes desean resueltamente morir por obtener lo ajeno y a los que son como los mercenarios. Porque estas son empresas de hombres perversos, pero el que algunas veces los hombres virtuosos luchen peor que quienes desean injuriarles se podrían
decir que es descuido de los dioses. Podría también 187
emplear este mismo razonamiento con el desastre sufrido por los espartiatas en las Termópilas. Todo cuantos han oído hablar de él lo aplauden y admiran más que las victorias ganadas sobre adversarios contra los que nunca debieron producirse[69]. Y aunque algunos se atreven a elogiarlas, no saben que nada de lo que se dice o hace contra la justicia es lícito ni hermoso.
Los espartiatas nunca se preocuparon de ello. Pues no 188
miran a otra cosa que no sea cómo apoderarse de la mayoría de lo ajeno. Los nuestros, en cambio, no se preocupaban sino de alcanzar prestigio entre los griegos. Creían, en efecto, que ningún juicio es más auténtico ni más justo que el determinado por toda una
raza. Y mostraban que eran así en las demás disposi- 189
ciones con que gobernaban la ciudad y en sus empresas más importantes. Tres guerras han sostenido los griegos contra los bárbaros además de la de Troya[70],

---

[69] Cf. *Filipo* 148.

[70] La cronología de estas tres guerras está invertida para

y en todas procuraron que nuestra ciudad fuera la primera. De estas guerras, la primera fue contra Jerjes, y en ella se destacaron de los lacedemonios en todos
190 los peligros más que éstos de los demás. La segunda fue por la fundación de las colonias, a lo que ningún dorio llegó para ayudarnos, mientras que nuestra ciudad se hizo guía de los necesitados y de otros que querían marcharse, y tanto cambió la situación que cuando en otro tiempo los bárbaros acostumbraban a apoderarse de las mayores ciudades griegas, hizo que los griegos pudieran causar el daño que antes sufrieron.

191 Ya hemos hablado suficientemente en el párrafo anterior de las dos guerras, y trataré de la tercera, que ocurrió cuando las ciudades griegas acababan de ser fundadas y la nuestra tenía todavía un régimen monárquico. Bajo estos reyes se sucedieron muchísimas guerras y grandes peligros y no podría descubrirlos
192 todos ni contarlos. Tras dejar a un lado la enorme cantidad de sucesos producidos en aquel tiempo, pero que ahora no es urgente el decirlos, intentaré mostrar de la manera más concisa que pueda los que atacaron a nuestra ciudad, los combates dignos de recordarse y comentarse, sus jefes y también los pretextos que alegaban y el poderío de los pueblos que les acompañaron. Contar esto bastará después de lo que hemos
193 dicho sobre nuestros adversarios. Los tracios se lanzaron sobre nuestra tierra con Eumolpo, hijo de Poseidón, que discutía a Erecteo la posesión de nuestra ciudad, afirmando que Poseidón la había conquistado antes que Atenea. Luego los escitas con las amazonas, hijas de Ares, que hicieron una expedición contra Hipólita, porque había transgredido sus leyes y, enamo-

permitir la digresión mítica que Isócrates pone a continuación.

rada de Teseo, le había acompañado desde allí y vivía con él. Después los peloponesios junto con 194
Euristeo, quien no había dado satisfacción a Heracles por sus faltas contra él, e hizo una expedición contra nuestros antepasados para llevarse por la fuerza a los hijos de aquél —pues se habían refugiado junto a nosotros— y sufrió lo que merecía. Porque tan lejos estuvo de hacerse dueño de quienes nos habían suplicado que, vencido en combate y prisionero de los nuestros, él mismo acabó su vida tras ser suplicante de aquellos a los que vino a reclamar[71]. Tras éste vinie- 195
ron las tropas enviadas por Darío para arrasar Grecia. Cuando desembarcaron en Maratón cayeron en peores males y mayores desgracias de las que esperaron causar a nuestra ciudad, y se fueron expulsados de toda Grecia. A todos estos que conté, que no nos 196
atacaron todos juntos ni al mismo tiempo, sino según las oportunidades y como les convino y quisieron, nuestros antepasados les vencieron en combate e hicieron cesar su insolencia, pero no cambiaron su manera de pensar. Aunque habían realizado tan enormes empresas, no les ocurrió lo que a otros que, por haber decidido bien y con prudencia, ganaron grandes riquezas y hermosa fama, pero, por el exceso de estas cosas, se hicieron arrogantes, perdieron su prudencia y llevaron sus asuntos a una situación peor y más modesta que la que tenían antes. Por el contrario, rehuyeron 197
todo esto y se mantuvieron fieles a las costumbres que tenían gracias a gobernarse bien, se engreían más por su disposición de espíritu y por su inteligencia que por los combates producidos, y todos admiraban más esa constancia y prudencia que el valor demostrado en los peligros mismos. Porque todos veían que el espí- 198

[71] Todas estas leyendas las trató ya Isócrates en los discursos *Panegírico* 68, *Arquidamo* 142, y *Areopagítico* 75.

ritu guerrero lo tienen muchos, incluso los que destacan en malas acciones, pero que del coraje útil para todo y que a todos puede ayudar no participan los malvados, sino que sólo surge en los bien nacidos, criados y educados, cosas que tenían quienes entonces gobernaban la ciudad y fueron responsables de todos los bienes enumerados.

199 Veo que otros terminan sus discursos hablando de las acciones más importantes y que más se recordarán, y pienso que son prudentes al pensar y obrar así, pero a mí no me conviene hacer lo mismo, sino que me veo obligado a hablar más todavía. El motivo que me obliga lo diré dentro de un momento, cuando haya tratado previamente unas pocas cosas.

200 Estaba revisando mi discurso hasta donde he leído con tres o cuatro muchachos de los que suelen pasar el tiempo conmigo[72]. Y cuando lo acabamos nos pareció que estaba bien y que sólo le faltaba el final. Yo creí oportuno mandar a buscar a alguno de los que conmigo se habían educado, que habían tenido parte en el gobierno durante la oligarquía y preferían elogiar a los lacedemonios, para que si se nos había pasado por alto algún error, él lo viera y nos lo aclarara.
201 Cuando vino el que llamé y leyó el discurso —¿para qué gastar tiempo contando lo que pasó en medio?— no rechazó nada de lo escrito, sino que lo elogió de la manera mejor posible y trató sobre cada una de sus partes de manera parecida a lo que nosotros pensábamos. Con todo, era evidente que no le gustaba lo que
202 había dicho sobre los lacedemonios[73]. Y lo manifestó con rapidez. Pues se atrevió a decir que, aunque los lacedemonios no hubieran hecho otro bien a los grie-

---

[72] Cf. nota 44 del *Areopagítico*.

[73] KENNEDY, *The Art...*, pág. 181, ve en la discusión que viene a continuación un paralelo con la postura de Sócrates en el *Fedro* platónico.

gos, al menos en justicia todos debían agradecerles que descubrieron las mejores costumbres, que las practicaron y las transmitieron a otros.

Esto que digo tan breve y conciso fue la causa de 203
que no cerrara mi discurso donde quería, por entender que haría algo vergonzoso e indigno si veía con indiferencia que, ante mí, uno de mis discípulos [74] usase palabras viles. Con esta idea le pregunté si no pensaba para nada en los presentes ni le avergonzaba haber pronunciado un argumento impío, falso y lleno
de muchas contradicciones. «Reconocerías que es así, 204
si preguntaras a algunos hombres inteligentes cuáles son las costumbres que consideran más hermosas, y tras esto, cuánto tiempo hace que los espartiatas viven en el Peloponeso. No habrá nadie que no considere que esas costumbres son la piedad con los dioses, la justicia con los hombres y la inteligencia en las demás acciones. Dirán también que los espartiatas viven allí
desde hace no más de setecientos años [75]. Al ser así las 205
cosas, si dijeras la verdad cuando afirmas que los lacedemonios han sido los inventores de las costumbres más hermosas, es preciso deducir que las muchas generaciones que hubo antes de que los espartiatas vivieran allí no participaron de esas costumbres, ni tampoco los que hicieron la expedición contra Troya, ni los contemporáneos de Heracles y Teseo, ni Minos, hijo de Zeus, ni Radamanto, ni Éaco, ni ninguno de los demás que son celebrados en himnos por estas

[74] G. Norlin, *Isócrates*..., II, pág. 496, n. a, dice que es probable que este discípulo fuera el historiador Teopompo.

[75] La fundación de Esparta se sitúa históricamente hacia el año 900 a. C. Así los espartanos llevarían viviendo allí unos 561 años, contando desde la fecha del *Panatenaico*. Si contamos hasta la invasión doria (1150 a. C. aprox.) en ese caso serían más años de los que nos da Isócrates. Pero esta fecha era tradicional y las diferencias no son excesivas.

virtudes, sino que el prestigio que todos tienen es
206 falso. Pero si estás hablando a la ligera y si es conveniente que los descendientes de los dioses practiquen esas virtudes más que los demás y que se las hayan mostrado a sus descendientes, no habrá modo de que no des a tus oyentes la impresión de que deliras cuando elogias a cualquiera tan a la ligera e injustamente.

Además, si los elogiaras sin haber oído mis palabras, hablarías neciamente, pero no se vería que dije-
207 ras cosas contrarias a ti mismo. Sin embargo, ahora, después que has elogiado mi discurso, en el que se muestra que los lacedemonios han cometido muchos y terribles errores con sus propios parientes y con los demás griegos, ¿cómo vas a poder decir que quienes son reos de tales delitos se han hecho los guías de
208 las costumbres más hermosas? Aparte de esto, se te ha olvidado que lo que se ha descuidado en cuanto a costumbres, técnicas y todo lo demás no lo descubre cualquiera sino los que sobresalen por sus cualidades naturales, los que son capaces de asimilar la mayor cantidad de los descubrimientos anteriores y desean prestar más atención que los demás a buscarlos. De esta manera de ser se alejan más los lacedemonios
209 que los bárbaros. Porque se vería que estos últimos han sido discípulos y maestros de muchos hallazgos, pero los lacedemonios han estado tan distantes de la educación y filosofía comunes que ni conocen las letras, tan importantes que quienes las saben y las usan no sólo se hacen expertos en lo que se realizó en su tiem-
210 po, sino también en lo que alguna vez ocurrió. A pesar de todo, tú te atreviste a decir que esos individuos tan ignorantes han llegado a ser los inventores de las más hermosas costumbres, aunque sabías que habitúan a sus hijos a dedicarse a unas ocupaciones de tal naturaleza como para esperar que, gracias a ellas, no resulten bienhechores de otros, sino capaces de causar

el mayor daño a los griegos[76]. Si contara todas estas 211
ocupaciones ocasionaría muchas molestias a mí y a mis oyentes, pero con comentar sólo una que les gusta y en la que ponen su mayor empeño, creo que aclararé toda su manera de ser. Los lacedemonios envían a sus hijos cada día desde que se levantan y con los compañeros que cada uno quiere, a cazar, según dicen, pero,
en realidad, a robar a los campesinos. En esta práctica 212
ocurre que los que son capturados pagan una multa pecuniaria y reciben azotes, pero quienes hacen las mayores fechorías y pueden escapar, tienen entre los jóvenes más prestigio que los demás, y cuando se hacen hombres, si perseveran en los hábitos en que se ejercitaron de niños, se encuentran cerca de las ma-
gistraturas más importantes. Si alguien me mostrara 213
una educación que entre ellos fuera considerada más deseable o conveniente, reconocería que no he dicho la verdad sobre ni un sólo tema. Pero ¿qué acción de éstas es hermosa o venerable en lugar de vergonzosa? ¿Cómo no considerar insensatos a quienes aplauden a los que tan alejados están de las leyes comunes y no
piensan igual que griegos o bárbaros? Porque los de- 214
más consideran los peores servidores a quienes hacen daño y roban, pero los lacedemonios piensan que los mejores muchachos son los que destacan en tales acciones y los estiman muchísimo. Por eso ¿qué persona inteligente no preferiría morir tres veces a ser reconocido como virtuoso gracias a semejantes costumbres?»

Cuando escuchó esto mi discípulo, no se atrevió a 215
replicarme a una sola de mis palabras, pero tampoco guardó un silencio absoluto sino que me decía: «Tú

[76] Para todas las noticias que Isócrates nos da aquí sobre Esparta cf. Jenof., *Const. de los Laced.* II 5 y sigs., y Plutarco, *Licurgo* 16-18.

has hablado como si yo aceptase todo lo de Esparta y creyera que estaba bien. Me parece, sin embargo, que censuras con razón la libertad que se da a los jóvenes y otras muchas cosas, pero a mí me acusas injusta-
216 mente. Porque me disgustó, cuando leí tu discurso, lo que has dicho contra los lacedemonios, pero no tanto como para poder contradecir en su defensa lo que habías escrito, pues estaba acostumbrado en otro tiempo a aplaudirte. Al hallarme en tal dificultad dije lo único que podía, esto es, que si no por otra cosa, todos debían agradecerles al menos que usaban las costum-
217 bres más hermosas. Dije esto sin referirme a la piedad, la justicia y la sensatez, cosas que tú contaste, sino a los ejercicios gimnásticos que allí están establecidos, a la práctica del valor, a la disciplina y, en conjunto, a su dedicación a la guerra, lo que todos aplaudirían y reconocerían que son los lacedemonios los que más se ocupan de ello.»

218 Acepté lo que mi alumno dijo, pero no porque deshiciera alguna de mis acusaciones, sino porque disimulaba sus palabras anteriores, cosa propia no de un hombre mal educado sino inteligente, y porque defendía los restantes temas con más prudencia que su anterior ligereza de lenguaje. A pesar de todo, abandoné aquel tema y afirmaba que sobre esos mismos puntos mi acusación era mucho más dura que sobre la afición
219 a robar de los jóvenes lacedemonios. «Porque con aquellas costumbres estropean a sus propios hijos, pero con las que referiste hace poco, arruinan a los griegos. Y es fácil comprender que esto es así. Creo, en efecto, que todos estarían de acuerdo en que los hombres peores y dignos del mayor castigo son quienes utilizan para hacer daño las prácticas que se
220 crearon para ayudar, y para hacer daño no a los bárbaros ni a los que injurian ni a quienes invaden su tierra, sino a los más íntimos y a los que son de su

misma raza. Esto era lo que hacían los espartiatas. ¿Cómo va a permitirse afirmar que hacen buen uso de las prácticas bélicas quienes se pasan todo el tiempo destruyendo a los que debían salvar? No eres tú el 221
único que desconoces quiénes se comportan bien en los asuntos, sino casi la mayoría de las griegos. Porque cuando ven o saben que algunos se dedican con afán a algo que se considera una hermosa costumbre, los aplauden y hablan mucho de ellos, aunque no saben cuál será el resultado. Es preciso que quienes 222
deseen juzgar con rectitud a hombres semejantes callen al principio y no tengan opinión alguna sobre ellos y que cuando llegue el momento en que les verán hablar y actuar sobre los asuntos privados y los públicos, entonces observen con rigor a cada uno de ellos, aplaudan y honren a quienes utilizan con legalidad y 223
bondad las ocupaciones a las que se dedicaron, pero a los que delinquen y hacen daño los censuren, odien y se guarden de su manera de ser. Pues deben pensar que las ocupaciones por su misma naturaleza ni nos ayudan ni nos perjudican, sino que, responsables de todo lo que nos ocurre, son el empleo y la ejecución que de ellas hacen los hombres[77]. Y cualquiera 224
lo comprendería por lo siguiente: las mismas cosas, en todas partes y sin que en nada se diferencien, son útiles para unos y perjudiciales para otros. Tampoco es razonable que cada ser tenga una naturaleza contraria a sí misma y no idéntica. En cambio, el que no resulten iguales para quienes obran con rectitud y justicia y para los que lo hacen con desenfreno y maldad ¿a qué hombre sensato no le parecería natural? Este mismo argumento también se ajustaría a las 225
clases de concordia. Pues ellas no son de diferente naturaleza a lo que hemos dicho, por el contrario,

---

[77] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 251, y *Nicocles* 3-4.

descubriríamos que unas son causa de muchísimos bienes y otras de grandes males y desgracias.

Afirmo que una de estas últimas es la clase de concordia de los espartiatas. Porque se dirá la verdad, aunque dé la impresión a algunos de que cuento cosas
226 muy extrañas. Los espartiatas, por tener entre ellos idéntica opinión sobre los asuntos exteriores, hacían que los griegos se peleasen, cosa que consideraban un arte, y pensaban que el peor mal que les sucediese a las demás ciudades era para ellos mismos lo más provechoso de todo. Pues a las que estuvieran en esa situación podrían gobernarlas como quisieran. De forma que nadie en justicia les aplaudiría por su concordia no más que a los piratas, ladrones y a otra clase de malhechores. Porque los espartiatas, al estar de acuerdo entre ellos, destruyen a los demás. Si a algu-
227 nos les doy la impresión de haber hecho una comparación inconveniente para el prestigio de aquéllos, la omitiré y hablaré de los tríbalos[78], cuya concordia, según dicen todos, es como la de ningún otro pueblo, pero que destruyen no sólo a sus vecinos y a quienes viven cerca, sino también a cuantos puedan atacar.
228 Los que aspiran a la virtud no deben imitarlos, sino que mucho más han de procurar la fuerza de la sabiduría, de la justicia y de las demás virtudes. Pues ellas no benefician su propia naturaleza, sino que hacen prósperos y felices a quienes las mantienen cuando las recibieron. Los lacedemonios, por el contrario, destruyen a los que tienen trato con ellos y hacen suyos todos los bienes de los demás.»

229 Cuando hablé así, hice callar a mi interlocutor, hombre hábil, muy experto y entrenado en la oratoria no menos que mis demás discípulos. Los muchachos que habían sido testigos de todo no tuvieron la misma

---

78 Véase la nota 40 al *Sobre la paz.*

opinión que yo, sino que me elogiaron porque había hablado con más espíritu juvenil del que esperaban, y porque había competido bien; en cambio, menospreciaron a aquél, pero su juicio no fue correcto, sino que se equivocaron sobre nosotros dos. Mi adversario se 230
fue más prudente y con un pensamiento más modesto, como deben tener los hombres inteligentes. Había experimentado lo que está escrito en Delfos[79] y se conocía a sí mismo y a la manera de ser de los lacedemonios mejor que antes. Yo me quedé con la idea de que quizá había hablado con éxito, pero, por eso mismo, me encontraba menos sensato, con más orgullo del que conviene a los de mi edad y lleno de una confusión juvenil. Y era evidente que estaba así. Porque 231
cuando recobré la tranquilidad no descansé hasta dictar a mi escribano el discurso que poco antes traté con gusto y que poco después me disgustaría. En efecto, cuando pasaron tres o cuatro días lo volví a leer y a repasarlo, y no me disgustó lo que había dicho sobre la ciudad —pues sobre ella había escrito todo con belleza y justicia—, pero lo que se refería a los 232
lacedemonios me molestaba y lo llevaba a mal. Me parecía, en efecto, que había discurrido sobre ellos sin mesura y no igual que sobre otros pueblos. Los había tratado con menosprecio, con mucha aspereza y con total irreflexión. Por eso muchas veces pensé borrarlo o quemarlo, pero cambiaba de opinión por compadecerme de mi vejez y del trabajo que había invertido en el discurso.

Como me hallaba en esta confusión y cambiaba 233
muchas veces de parecer, creí que era lo mejor mandar llamar a mis discípulos que vivían en la ciudad, deliberar con ellos si el discurso debía destruirse por

---

[79] El famoso *gnōthi seautón* («conócete a ti mismo») grabado en el frontispicio del templo de Apolo.

completo o divulgarse entre quienes quisieran aprenderlo, y cumplir lo que resolvieran, fuera lo que fuera. Después de tomar esta resolución no me entretuve, sino que al momento fueron llamados los que dije. Tras explicarles previamente por qué habían sido reunidos, les fue leído el discurso y fui aplaudido y aclamado y me sucedió lo que a los vencedores en las
234 declamaciones públicas[80]. Terminado todo esto, los demás discípulos hablaban entre ellos, claro está que de lo que habían leído. Pero el discípulo que habíamos llamado al principio para aconsejarnos, me refiero al que alababa a los lacedemonios, con el que había discutido más de lo conveniente, hizo que se callaran, me miró y dijo que no sabía cómo comportarse en la situación presente. Porque no quería desconfiar de mis palabras ni tampoco podía confiar completamente en
235 ellas. «Me admira que te disgustes tanto y lleves tan a mal, como afirmas, lo que has dicho sobre los lacedemonios —pues en tus palabras no veo escrito nada semejante— y que, si querías tener consejeros para tu discurso, nos hayas traído a nosotros de quienes sabes con exactitud que aplaudimos todo lo que dices y haces. Los inteligentes acostumbran a consultar aquello en lo que trabajan sobre todo con los que son más prudentes que ellos, y si no, con quienes están dispuestos a manifestar su propia opinión. Tú has
236 obrado al contrario. Por consiguiente, no acepto ninguna de estas palabras y me parece que nos has llamado y que has hecho el elogio de la ciudad no sin una segunda intención ni por lo que nos has explicado, sino con el propósito de intentar descubrir si filosofamos, nos acordamos de lo que se decía en nuestras conversaciones y podemos comprender el estilo con

[80] Estos eran los discursos epidícticos (de alarde) en los que fueron muy expertos los sofistas.

el que está escrito el discurso. Fuiste inteligente al 237
elegir elogiar a tu propia ciudad, para agradar a la
masa de los ciudadanos y tener prestigio entre aquellos
que son amigos vuestros. Tras decidir esto, pensaste
que si hablabas sólo de la ciudad y sobre ella decías
las leyendas que todos repiten, tus palabras serían
iguales a lo que otros han escrito, y por eso tú senti-
rías mucha vergüenza y disgusto. En cambio, si deján- 238
dolas de lado, contabas las hazañas reconocidas y que
han sido causa de muchos bienes para los griegos, si
las comparabas con las de los lacedemonios censuran-
do sus obras y aplaudiendo las de nuestros antepasa-
dos, entonces tu discurso parecería más verídico a los
oyentes y tú te mantendrías en tu plan, lo que algunos
admirarían más que los escritos de otros. Me parece 239
que así es como lo organizaste y decidiste al principio.
Pero, al darte cuenta de que habías alabado el gobierno
de los espartiatas como ningún otro lo ha hecho[81], tu-
viste miedo de que tus oyentes pensaran que eras
igual a quienes dicen lo primero que se les ocurre, y
de que ahora reprobaras a esos que antes elogiabas
más que a nadie. Tras esta reflexión, examinaste cómo
hablarías de ambos pueblos para dar la impresión de
que tus palabras sobre ellos eran verídicas, cómo
podrías elogiar a los antepasados, en la medida de tus
deseos, y parecer que acusabas a los espartiatas ante
quienes los aborrecen, sin hacerlo directamente sino
como si se te olvidara alabarlos. Creo que cuando bus- 240
cabas esto hallaste con facilidad palabras ambiguas
que no son más de elogio que de censura, que pueden

[81] Esta afirmación, que a G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 518, n. a, le parece una exageración, es bastante cierta. Todos los discursos de Isócrates hablan de su simpatía hacia el sistema político espartano por lo menos en líneas generales; por supuesto, como ya hemos dicho, no era el único escritor de su época que pensaba así.

tener doble sentido y muchas interpretaciones, palabras que, al usarse cuando se discute sobre contratos o sobre cuestiones de ganancias, son señal no pequeña de vicio y maldad, pero que si se habla de la naturaleza del hombre y de asuntos generales son hermosas
241 y filosóficas. Tal es el discurso que ha sido leído, en el que has hecho a tus antepasados pacíficos amigos de los griegos y caudillos de la igualdad de derechos en las constituciones, mientras que a los espartiatas los has presentado como orgullosos, belicosos y ambiciosos, igual que todos creen que son. Tal es la manera de ser de ambos pueblos, unos aplaudidos por todos y considerados benévolos por la mayoría, los otros odiados por muchos y soportados con dificultad, aunque
242 hay quienes los alaban y admiran, y se atreven a decir que tienen mejores cualidades que las de tus antepasados. Porque el orgullo tiene que ver con la respetabilidad, cualidad bien estimada, y a todos les parece que los orgullosos son más grandes que los caudillos de la igualdad de derechos y que los belicosos aventajan a los pacíficos. Pues estos últimos no pueden adquirir bienes ni ser buenos guardianes de los que tienen, pero aquéllos pueden hacer ambas cosas, apoderarse de lo que desean y salvar lo que conquistaron de una vez para siempre. Esto lo consiguen quienes tie-
243 nen fama de ser hombres hechos y derechos [82]. En lo referente a la ambición, creen que tienen mejores argumentos que los que se han pronunciado. Piensan que, en justicia, no se debe llamar ambiciosos a quienes defraudan en contratos privados, engañan y falsean sus razonamientos porque, en todos los asuntos, estos individuos están disminuidos por su mala fama, mientras que las ambiciones de los espartiatas, las de los reyes y las de los tiranos son dignas de ser deseadas

[82] Cf. PLAT., *Rep.* 344 y *Gorgias* 483.

y todos las ansían, aunque vituperen y maldigan a los 244
que tienen semejante poder. No existe naturaleza humana que no suplique muchísimo a los dioses para conseguir este poder ella misma, y, si no, sus más íntimos. Por eso es evidente que todos consideramos como el mayor de los bienes tener más que otros. Me parece que el desarrollo del discurso lo has hecho con
esta intención. Si creyera que tú ibas a perdonar mis 245
palabras y a dejar este discurso mío sin reprensión, ni yo mismo intentaría hablarte todavía. Pero ahora no di mi opinión sobre lo que fui llamado como consejero, ya que creo que en nada te vaya a preocupar, ni me parece que te preocupara cuando nos reuniste.
Elegiste componer un discurso distinto de los demás 246
que pareciera simple y fácil de aprender a quienes lo leyeran con ligereza, pero se les mostrase arduo y difícil de comprender a los que lo examinasen con detenimiento e intentasen descubrir lo que a otros se les pasa por alto, lleno de muchas noticias históricas y de filosofía y henchido de artificios de todo tipo e invenciones, no de esas que se suelen utilizar con maldad para perjudicar a los conciudadanos, sino de las que pueden con educación ayudar o agradar a los oyen-
tes. Al no haber pasado por alto ninguno de estos 247
procedimientos, tú dirás que yo comprendo el sistema que proyectaste, pero que cuando demuestro la eficacia de tus palabras y explico tu intención no me doy cuenta de que vuelvo el discurso tanto más vulgar cuanto más lo aclaro y hago comprensible a los lectores. Dirás también que al hacer nacer la ciencia en los ignorantes dejo el discurso vacío y le privo de la estimación que tiene gracias a los que trabajan y se ponen
a sí mismos dificultades. Yo reconozco que mi inteli- 248
gencia está muy lejos de la tuya, pero precisamente por saberlo, también me doy cuenta de que cuando vuestra ciudad delibera sobre los asuntos más impor-

tantes, quienes dan la impresión de reflexionar mejor algunas veces se equivocan en lo que conviene hacer, mientras que entre los considerados como peores y desdeñados sucede que uno acertó por casualidad y
249 pareció el mejor orador. Por eso nada tendría de sorprendente que en lo que ahora tratamos ocurriera algo parecido, y que mientras tú piensas alcanzar el mayor prestigio si dejas oculto durante el mayor tiempo posible el propósito que tenías al trabajar en tu discurso, yo, en cambio, creo que obrarías mejor si la intención de que te servías al escribir pudieras aclarársela cuanto antes a todos los demás y a los lacedemonios, de quienes dijiste muchas palabras, unas justas y dig-
250 nas, otras insolentes y muy odiosas. Si alguno se las mostrase antes de que yo las hubiera explicado, sería imposible que no te odiasen y te tratasen con enemistad como si hubieras escrito una acusación contra ellos. Ahora, sin embargo, creo que la mayoría de los espartiatas se mantienen en las mismas costumbres de antes y que no prestarán mayor atención a las palabras aquí escritas que a lo que se dice fuera de las columnas
251 de Heracles[83]. Con todo, los más inteligentes de ellos y quienes poseen algunos de tus escritos y los admiran, ésos, si consiguiesen uno que les leyera este discurso y tiempo para meditarlo consigo mismos, no ignorarán tus palabras, sino que se darán cuenta de los elogios que sobre su ciudad has contado con pruebas y despreciarán las injurias dichas a la ligera contra sus acciones, injurias que se sirven de duras expresiones. Pensarán que las difamaciones contenidas en tu libro su-
252 ponen el odio, pero que has escrito y recordado también las hazañas y batallas de las que se engríen y

83 Mediante esta ironía (las columnas de Heracles para un griego representan el fin del mundo) se critica duramente la indiferencia espartana hacia la cultura.

que les dan prestigio entre los demás, y que, al haberlas reunido y parangonado, eres el responsable de que muchos deseen conocerlas y examinarlas, no porque quieran oír las empresas de los espartanos, sino con el deseo de aprender cómo las explicaste tú. Al 253
pensar y discurrir así, no olvidarán las antiguas hazañas con las que has alabado a sus antepasados, sino que conversarán entre ellos con frecuencia de que, siendo dorios al principio, cuando observaron sus propias ciudades sin gloria, pequeñas y con muchas privaciones, tras despreciarlas marcharon contra las principales del Peloponeso, contra Argos, Lacedemonia y Mesenia. Cuando vencieron en el combate, expulsaron de 254
las ciudades y del territorio a los vencidos, se apoderaron entonces de todos los bienes de aquéllos, que todavía ahora conservan. Nadie presentaría una hazaña realizada en aquella época mayor ni más admirable, ni una empresa más afortunada y amada de los dioses que la que libró de su propia pobreza a sus autores y les hizo dueños de la prosperidad ajena. Y estas em- 255
presas las realizaron con todos sus compañeros de expedición. Pero, una vez que partieron el territorio con los argivos y mesenios y se establecieron por su cuenta en Esparta, en esas circunstancias afirmas que tanta fue su ambición que, aunque no eran más de dos mil, se consideraron indignos de vivir a no ser que pudieran hacerse señores de todas las ciudades del Peloponeso. Con este propósito empezaron a pelear y 256
no cejaron, aunque se encontraban en muchas calamidades y peligros, hasta que pusieron bajo su dominio a todas las ciudades, menos la de los argivos. Ya con un enorme territorio, un gran poderío y tanto prestigio como conviene a los que han llevado a cabo hazañas semejantes, no estaban menos ufanos de que sólo a ellos de entre los griegos les perteneció un título particular y hermoso. Pudieron decir, en efecto, que, 257

llamados, no se alborotaron, como acostumbran a hacer ante los que se han expresado con elegancia sino que le aclamaron como orador superior, y, rodeándolo, le elogiaban, envidiaban y felicitaban. Dijeron que nada tenían que añadir o quitar a sus palabras, que estaban de acuerdo con él y me aconsejaban hacer lo que aquél
265 me advirtió. Tampoco yo me quedé callado, sino que alabé sus dotes naturales y su solicitud. No hablé, sin embargo, de los temas que trató, ni de que hubiera acertado o fallado con el sentido de mi pensamiento, sino que le dejé estar en la misma situación en la que él se colocó.

266 Creo que he hablado suficientemente de los temas que tomé como argumento. Pues recordar una por una mis palabras no conviene a esta clase de discursos. Quiero, sin embargo, explicar mi situación particular en lo que afecta al discurso. Yo lo comencé cuando
267 tenía la edad que señalé al principio. Cuando estaba ya escrita la mitad, me sobrevino un enfermedad que sería superfluo describir, capaz de matar en tres o cuatro días no ya a los ancianos sino incluso a muchos hombres vigorosos [87]. Me pasé luchando con ella tres años, viviendo cada día con tanta laboriosidad que mis conocidos y quienes por ellos se enteraban me admiraban más por esta firmeza que por lo que antes me aplau-
268 dían. Ya había renunciado a mi obra a causa de la enfermedad y de la vejez, cuando algunos que me visitaban y que habían leído muchas veces la parte escrita del discurso, me pedían y aconsejaban que no lo dejara incompleto ni inacabado, sino que trabajara un
269 poco en el resto y le prestara atención. No hablaban como gente que lo hace por compromiso, sino alabando excesivamente lo escrito, y decían tales cosas que si las

[87] Adamantius Coray pensó que la enfermedad de Isócrates fue disentería.

oyeran quienes no fueran amigos nuestros ni nos tuvieran simpatía alguna, no habría forma de que no creyeran que mis visitantes me engañaban y que yo estaría afectado por la enfermedad y completamente loco si hacía caso a sus palabras.

Encontrándome en esta situación por lo que se atre- 270
vieron a decirme, fui convencido —¿para qué hablar más?—, y me apliqué a trabajar en el resto del discurso, aunque sólo me faltaban tres años para cumplir cien y mi salud era tan mala que otro no sólo no habría intentado escribir, sino que ni siquiera habría querido escuchar lo que otra persona hubiera presentado y trabajado.

¿Por qué conté estos detalles? No con la intención 271
de alcanzar disculpa para mis palabras —pues no creo que haya hablado en este tono—, sino con el deseo de aclarar lo que me había ocurrido y de elogiar a los oyentes que acogieron tan bien el discurso y a otras personas que piensan que son más importantes y filosóficos los discursos escritos en plan didáctico y técnico que los destinados a exhibiciones retóricas [88] y a los tribunales, los que tienden a la verdad que los que buscan engañar la opinión del auditorio y los que reprenden a los delincuentes y los amonestan que los
que se dicen para placer y diversión [89]. Quiero también 272
aconsejar a quienes piensan de manera contraria que, en primer lugar, no confíen en sus propias opiniones, ni crean que son verdaderos los juicios hechos por los despreocupados, después, que no muestren precipitadamente su parecer sobre lo que no saben, sino que esperen hasta que puedan concordar su pensamiento con quienes tienen mucha experiencia en los temas

[88] Cf. nota 80 a este discurso.
[89] Cf. *A Nicocles* 54.

señalados. Pues si así rigen su propia manera de pensar no habrá nadie que piense que son necios los que obran así.